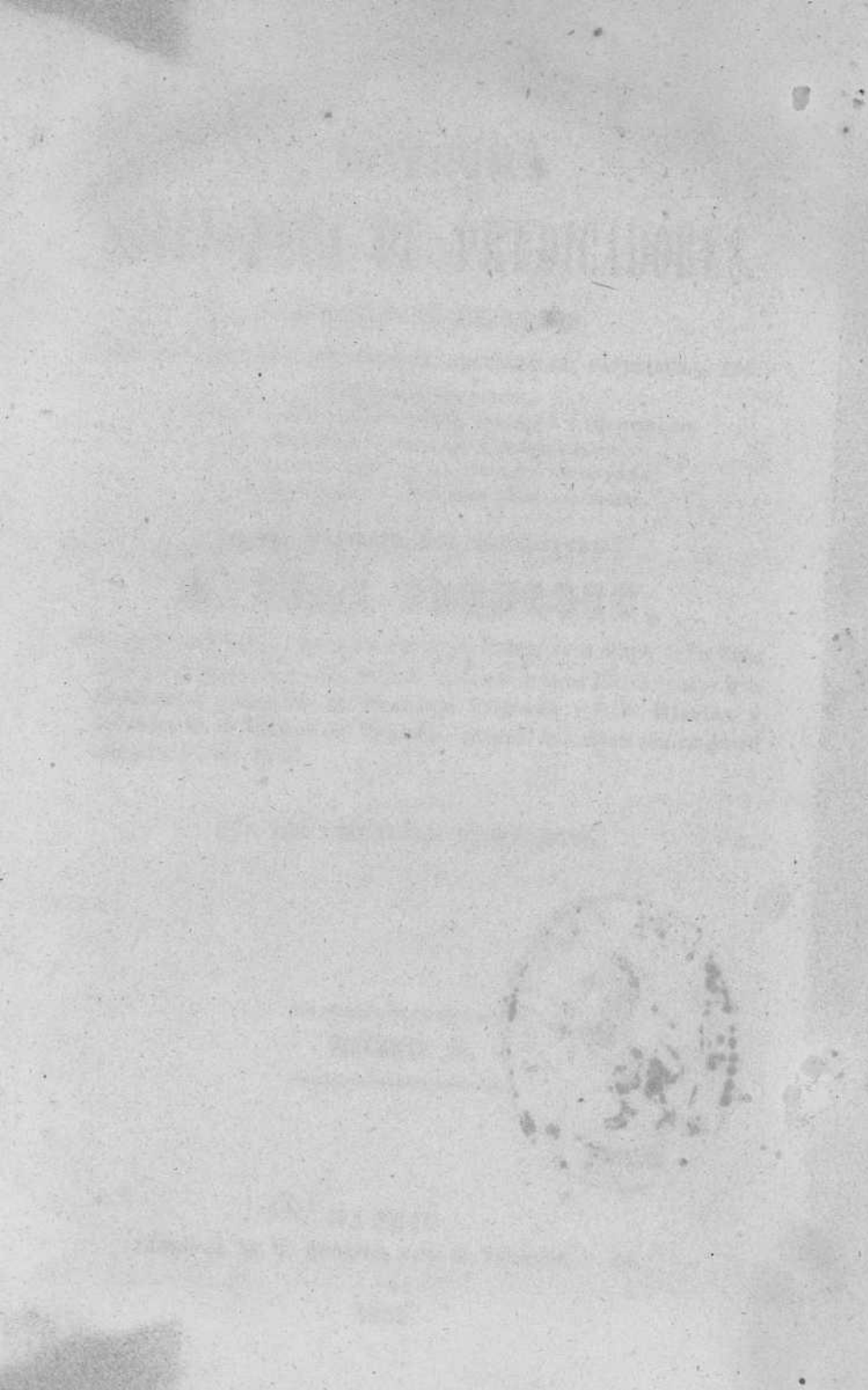




1156





NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOG MÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SERIES,

ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES

QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,

A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,

Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

D. JEAN TRONGOSO,

Lector que fué de Filosofía, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptación del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO V.



MADRID:

IMPRESA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

1855.

NOVISIMA

BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMATICOS, APOLOGETICOS, HOMILIAS, DOCTRINALES, PASTORALES, ETC.

CLASIFICADOS POR GÉNERO.

ACOMODADOS A TODAS LAS ORDENAS, MISIONES Y REUNIONES

CON ACABAMIENTO DE LA LIBRERIA CATALANA.

A LAS PARTES DE LA LIBRERIA DE REVISTA

Y A OTROS PUNTOS DE ACUALIDAD BRINDANDO FACIL

GRASA ORIGINAL DEL PRESENTE

D. JUAN PARRON.

Este es el libro de la Biblia, y de donde se han tomado los discursos que se encuentran en esta obra. El autor ha procurado que sea útil y agradable a los que se dedican a leer y a predicar. Este libro es el más completo de la literatura sagrada y de la doctrina y de la historia de la Iglesia de España. Publicadas por algunos años con gran aceptación del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



TOMO V.

MADRID:

IMPRESA DE H. KENNEDY, calle de Valverde, n. 54.

1882

SERMON

PARA EL PRIMER DIA DE CARNIVAL

SEGUNDA SÉRIE.

**Sermones morales y homilias para todos los dias
de Cuaresma y Semana Santa.**

TOMO II.

Cuando el espíritu de la religión viene a tocar el corazón de un pueblo en medio del ruido general de las pasiones mundanas, cuando la voz tremulante del que surge del cristianismo sobreponiéndose al huracán humano de errores insidiosos, de vicios superpuestos y de excelsos, sancionados por el tiempo, va a buscar al hombre en el seno de sus desconfianzas, de sus orgías y de sus inmundicias buscando para averle mostrar las eternas verdades del Evangelio, precisa es que un convencimiento íntimo le impulse a aceptar con manso y libre corazón e ingenuidad. En este caso no cabe duda de que el M. A. O. y mi embargo es tal el haber de haberse en el mundo que se ve estar hondamente penetrado de que no sólo es un deber de un ministro, y de que nuestros deberes se refieren, sino también con los de la religión que se nos da, dando

SEGUNDA SERIE.

Sermones morales y homilias para todos los dias
de Cuaresma y Semana Santa.

TOMO II.

SERMON

PARA EL PRIMER DIA DE CARNAVAL.

CUÁN CONTRARIA ES Á LA MISMA RAZON ILUSTRADA DEL HOMBRE LA CONDUCTA DE LOS QUE EN ESTOS DIAS CONSAGRADOS Á INAUGURAR LA ESCENA SANGRIENTA DEL CALVARIO, SE ENTREGAN Á LOS ESCESOS DEL LIBERTINAJE Y DE LA IMMORALIDAD.

Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis.

Hè aqui que subimos á Jerusalem, y allí se cumplirán todas las cosas que hán sido escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre.

LUC. XVIII. 31.

CUANDO el eco de la religion viene á herir el corazon de un pueblo en medio del confuso griterio de las pasiones en febril exaltacion; cuando la voz tremenda al par que amiga del cristianismo sobreponiéndose al impetuoso huracan de errores lastimosos, de vicios envejecidos y de escándalos sancionados por el tiempo, va á buscar al hombre en el seno de sus disipaciones, de sus orgías y de sus inmundas bacanales para hacerle escuchar las eternas verdades del Evangelio, preciso es que un convencimiento íntimo le impulse á aceptar una misión tan enojosa é ingrata. En este caso me encuentro yo hoy, M. A. O., y mi embarazo es tal al haber de hablaros desde este sitio, que á no estar hondamente penetrado de que en ello cumplo un deber de mi ministerio, y de que vuestros intereses espirituales, identificados con los de la religion cuya causa defiendo,

así lo exigen, preferiría mas bien encerrarme en el silencioso retiro del santuario para llorar allí amargamente y pedir al cielo misericordia en favor de un pueblo ciego y olvidado de sí mismo, que abandonándose á los escesos de un furor satánico, corre precipitado á quemar incienso ante las aras maldecidas de Baal. ¿Y es posible que todos los años ha de renovarse nuestro llanto en estos dias desgraciados? ¿Y habremos de estar condenados á recordar siempre en ellos el aniversario del baldon, de la ignominia y de la vergüenza que cubre de justo rubor la frente augusta del cristianismo, desacreditado, hollado, despreciado por los mismos que debieran honrarle con sus virtudes? ¡Triste necesidad creada por el libertinaje, fomentada por la inmoralidad, y sostenida por preocupaciones á que jamás supo hacerse superior el poder de los que rigen los destinos de los pueblos! Mientras por una parte se proclama á voz en grito el triunfo de la inteligencia y el reinado de la civilizacion, nuestros ojos no contemplan por otra sino un materialismo cada vez mas creciente, y una degradacion cada dia mas profunda, y unos instintos que rayan en el embrutecimiento, y unas costumbres que distan muy poco del salvagismo, una sociedad en fin en donde ni se respetan las tradiciones de lo pasado, ni lo presente ofrece sino el cuadro desgarrador de aspiraciones anárquicas, ni se ve mas porvenir que el goce material, la animalidad, y por consiguiente la nada.

Nunca como en estos dias se presenta á nuestra vista tan repugnante y ásqueroso el espectáculo de ese siglo inmoral y cínico, de esa sociedad sin rubor que á semejanza de la prostituida Babilonia de los profetas, bebe á grandes tragos la emponzoñada copa del crimen, brinda con ella á sus partidarios y amigos, y arrastrándose en el cenagoso lodazal de unos vicios tanto mas deshonorosos cuanto cometidos con mayor osadía, arrastra en su propia ruina á los que se dejan alucinar de sus engañosas seducciones. No anticiparé el cuadro de tantas miserias, de tanta degradacion, de tanta infamia. Vosotros lo sabeis M. A. O. Cuanto veis en vuestro alrededor, cuanto oís, donde quiera que dirijais vuestros pasos, todo exhala un aire inficionado que corrompe y mata el alma del que no trata de precaverse contra su funesta influencia. El carnaval es, propiamente ha-

blando, la grande época de todas las pasiones y de todos los vicios, el teatro de la mas desenfadada inmoralidad, la expansion del libertinaje mas exagerado, el triunfo del cinismo, el punto en fin á donde anualmente se dan cita todos los desórdenes y se reunen todos los malos instintos de la humanidad, y viene á tomar parte cuanto hay de mas atrevido en el escándalo, de mas deshonesto en la lascivia, de mas desenvuelto en el impudor, para presentarse en su odiosa desnudez, insultando á la virtud, escarneciendo la religion, y hollando la razon y la naturaleza humana en lo que tiene de mas respetable y santo.

¿Qué os diré pues, M. A. O., en estos dias tan aciagos? ¿Os recordaré, como Jesucristo á sus apóstoles en el presente Evangelio, la próxima consumacion del sangriento drama del Calvario, para inspiraros un justo y saludable horror á los vicios y pasiones de un mundo enemigo declarado de la Cruz del Salvador? La idea seguramente no puede ser mas oportuna, pues no hay medio mas eficaz para hacer entrar al hombre dentro de si mismo, que el recuerdo de lo que por él hizo y padeció un Dios-Hombre en la tierra. *Ved pues os diré, que hoy subimos á Jerusalem, por cuanto en este dia inaugura la Iglesia los preliminares de la redencion verificada por Jesus en la cumbre del Gólgota, y va á consumarse todo cuanto está escrito en los profetas del Hijo del hombre: y será entregado en manos de los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido, y muerto en un infame leño.* Todo esto efectivamente va á verificarse místicamente en breve; y el cristianismo despojándose de su ropaje de gala, y cubriéndose de ceniza y cilicio, y vistiéndose de luto, preparase á celebrar el aniversario de la pasion y de la muerte de su Redentor. ¿Y es posible que mientras esto hace la religion, el mundo por el contrario se entregue sin reserva á todos los excesos del pasatiempo, del goce, y de la alegría, dando rienda suelta á las pasiones y haciendo alarde de una inmoralidad altamente escandalosa? ¡Oh! Cubramos nuestras frentes por no presenciar tanta iniquidad; lloremos, porque tiempo es de lágrimas y de amargura, sobre la ceguera de tantos desacertados mortales que van á precipitarse sin saberlo en el abismo del mal; lamentemos la aberracion

de una sociedad que se pierde en el laberinto de unos desórdenes cuyo término es el infierno: y contemplemos «cuán contraria á la razon ilustrada del hombre es la conducta de los mortales que en estos dias consagrados á inaugurar la escena sangrienta del Calvario, se entregan á los excesos del libertinaje y de la inmoralidad.» Invoquemos ante todo los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Por mas que una larga série de hechos pretenda autorizar ciertos desórdenes, toda vez que estos repugnen á la razon sana é ilustrada del hombre, jamás podrán cohonestarse ni recibir la sancion del tiempo. Recuerdo en este momento el dicho del sabio Filon: «que la costumbre inveterada llega á constituir un poder tan imperioso como el de la misma naturaleza (1).» Y ciertamente, la esperiencia así lo ha demostrado tras siglos y siglos. Pero hay escepciones felices que hacen caducar esa regla: pues nunca podrá formar ley en la humanidad lo que la es esencialmente contrario, lo que abiertamente pugna con su origen, con su naturaleza primitiva, con sus instintos que son los instintos de Dios, con sus aspiraciones que son la suprema felicidad, con su porvenir que es eterno é inmortal. Y digo esto, M. A. O., anticipándome desde luego á una objecion que funda en el tiempo la sancion del escándalo que anualmente presenciamos en estos dias nefandos, y pretende decorar los crímenes que en ellos se perpetran, con el especioso pretesto de una costumbre tradicional que se pierde en la noche de los siglos.

Que esto se dijese en los tiempos bárbaros, cual place á nuestros modernos sabios denominar aquella época en que las ciencias no habian tomado el vuelo que al presente, ni con las luces funestas de la inteligencia habíanse desarrollado tantos gérmenes de anárquica

(1) Inveterata consuetudo tantum potest quantum natura. (Philon.)

desmoralizacion, comprenderiase hasta cierto punto: en la ignorancia misma de unos siglos estacionarios encontraria suficiente disculpa tamaña aberracion. Pero cuando la razon ha llegado á recibir un culto casi divino, cuando el templo de Temis se ha abierto al génio, y do quiera el humano entendimiento ostenta orgulloso los tesoros del saber que ha arrebatado á las pasadas edades, cuando brilla de polo á polo la luz de la civilizacion mas rica y fecunda, y la sociedad actual muestra envanecida sus adelantos en todos los ramos de la ciencia, sus rápidos progresos en las artes, su colosal imperio en la region de las ideas, ¿no es un contrasentido manifiesto, un insulto imperdonable hecho á la humanidad, un sangriento sarcasmo lanzado á la razon, sostener y defender lo que la razon ilustrada rechaza, lo que la humanidad regenerada repugna, lo que no puede aceptar ni consentir en manera alguna la civilizacion del siglo, sin desmentirse á sí propia, sin envilecerse, sin degradarse, sin ruborizarse de sí misma? ¡Miserable condicion del hombre! ¡Contradiccion lamentable en sus ideas! ¡Lucha vergonzosa entre su deber y sus pasiones! ¿Posible es que siempre y donde quiera ha de manifestar los vergonzosos harapos que encubren su repugnante degradacion?

¡La costumbre!... ¿Y quién es esa nueva deidad para que hayamos de acatar sus revelaciones? ¿Quién la introdujo en el santuario de la conciencia para que allí recibiese nuestros homenajes é incienso? ¿No está sobre ella la razon, así como sobre la razon está la ley divina? Y si la razon de acuerdo con la doctrina de la verdad católica rechaza la tirania de ese poder intruso, ¿por qué no se ha de despedazar su cetro, y hacer menudo polvo un sólio levantado sobre las ruinas de la fé, de la conciencia, del deber y de la misma civilizacion? ¡Mengua y baldon de la humanidad! El anatema de los siglos pasados y el veredicto de la historia aúnanse para pronunciar contra nosotros un fallo terrible. He recorrido las inmensas distancias que nos separan de aquellos, y las estensas páginas que nos conserva esta, y nunca, en ninguna parte he hallado esa sancion del tiempo que se intenta dar á los desmanes vergonzosos, al libertinaje insultante, á la inmoralidad audaz de estos dias, que bajo

el título de costumbre se nos dá en espectáculo todos los años en la época del carnaval. Yo he visto pueblos que se desgarraban en fratricida lucha, tronos que se hundían bajo el peso de su propia tiranía, naciones que desaparecían del mapa, relegados por la huesuda mano del tiempo á las oscuras regiones de la mitología ó de la fábula; he visto hombres vegetar en una profunda estupidez sin saber de donde venían y á donde caminaban, sociedades acéfalas, sin principios, sin leyes, sin reyes, sin historia, sin porvenir; he visto hordas salvajes, que ignoraban lo que era racionalidad, cuyos hábitos feroces, cuyos instintos sanguinarios, cuyas costumbres repugnantes representaban el cuadro mas vivo y completo de ese ente vicioso y miserable que la moderna filosofía quiso darnos por modelo; he visto en fin cuanto de mas innoble y lastimoso, cuanto de mas envilecedor y funesto puede concebirse en el ser humano, cuando en él no funciona la razón, ó bien esta potencia se halla falseada por lamentables errores ó subordinada al imperio de pasiones violentas. He aquí lo que nos ofrece el exámen de la historia y de los pasados siglos. Cuadros siempre tristes, siempre desgarradores, que no pueden menos de afectar un corazón cristiano y sensible. Mas pueblos que en el apogeo de la civilización se disputasen el mérito de la inmoralidad en ciertas épocas señaladas del año; sociedades que á nombre de la razón y cuando esta era para ellas una antorcha luminosa encendida en el seno de la divinidad, rivalizasen en impudencia y cinismo, consagrando como solemnidades populares los mas inauditos escándalos, dando una sanción pública á la prostitución mas asquerosa, y haciendo alarde por las calles de la desvergüenza y desenvoltura mas desenfundadas; hombres que apoyados en la costumbre se degradasen hasta el punto de aparecer bajo viles disfraces con todo el descaro de la lubricidad, con toda la osadía del crimen, con toda la libertad del vicio, insultando el pudor, avergonzando á la virtud, befando á la religión, ridiculizando el culto, parodiando las prácticas sagradas del cristianismo, con otros mil excesos que por sabidos y vergonzosos deben callarse... esto únicamente estaba reservado á los siglos ilustrados, á las naciones cultas, á las sociedades que hacen alarde de despreocupadas porque han transigido con todas las aber-

raciones de la humana inteligencia y con todos los vicios del corazón.

¡Ah! Los pueblos no han querido quedar estacionarios; se les ha dicho que es preciso avanzar, y avanzan á toda costa. Se progresa en el refinamiento del crimen á la par que se retrocede en la sencillez de la fé; se dan pasos agigantados en la desmoralizacion de las costumbres, proporcionalmente al estancamiento de las creencias; se marcha con rapidez hácia la libertad omnimoda de obrar el mal, en razon directa del olvido de las antiguas tradiciones. Asi lo que en los siglos pasados pudo ser una sencilla distraccion, en los tiempos modernos es el desenfreno de las mas innobles pasiones; lo que un dia pudo ser una expansion inofensiva de jovialidad, hoy es el desarrollo de todos los instintos bastardos de una corrupcion profunda; lo que antes no pasaba de un liviano pasatiempo, ahora es la voluptuosidad puesta en pública escena, el escándalo autorizado por todas las clases sociales, el completo olvido de la propia dignidad, el abandono universal del hombre á los viciados impulsos de una naturaleza que propende de suyo á la animalidad. Tal es el carnaval en los tiempos que hemos alcanzado. Poco es ya si no se prescinde de todas las reglas del pudor y de la educacion para darse en ridiculo espectáculo desplegando cuanto hay de mas torpe en la sensualidad y de mas indecoroso en el libertinage. Poco es si no se huellan todas las leyes de honor y de conveniencia para satirizar á mansalva cuanto hay de mas grave y respetable en las canas, en el saber, en la ciencia y en una conducta pura é intachable. Poco es si no se olvidan todas las prescripciones de la religion para perseguir bajo el velo del disfraz la tímida inocencia, para tender lazos al sexo pudoroso, para despertar pasiones que duermen, para evocar recuerdos que punzan, para reproducir un pasado que hace enrojecer el semblante con el carmin de la vergüenza, para lanzar alusiones insultantes y ofensivas al rostro de un rival aborrecido, para hacer revelaciones imprudentes que á trueque de satisfacer una venganza miserable, siembran la guerra en el hogar doméstico y envenenan el tálamo nupcial. ¡Cuántos males no ha causado esa perniciosa costumbre! ¡Qué de desgracias no ha producido esa libertad cada vez mas creciente que en estos dias despliega el crimen! ¡Cuántas lágrimas

mas no ha hecho verter á padres honrados, á esposas virtuosas, á hijas irrepreensibles la venenosa calumnia, sazónada con la picante sal de la sátira y encubierta con la máscara del carnaval! Hemos visto jóvenes apreciables por mil conceptos perder colocaciones ventajosas que les aseguraban un brillante porvenir, familias antes estrechamente unidas con los lazos de una envidiable paz envueltos despues en odios irreconciliables y en eternas discordias, separaciones escandalosas en matrimonios que tras largos años venian viviendo en dulce union... Y todo esto lo ocasionó una palabra imprudente ó maliciosa, arrojada á la ventura ó con premeditacion por uno de esos seres que en estos dias se sirven del disfraz para dar libre vuelo á sus malignos instintos ó satisfacer personales resentimientos. Esa palabra fué una tea ardiente que, cayendo en un alma inflamable, causó un voraz incendio imposible de apagar: á la manera que una pequeña chispa basta á veces para reducir á cenizas todo un bosque, segun el simil de los santos libros (1).

Y todo esto M. A. O., ¿no repugna altamente á la sana razon, por mas que el libertinage se obstine en sostener lo contrario? ¿No se opone al simple buen sentido ese abuso escandaloso que en semejantes dias se hace de la libertad que dá el disfraz para atacar sin piedad reputaciones inmaculadas, para sacar á plaza defectos ocultos, para saborearse con el placer de descubrir debilidades desconocidas, para satisfacer aspiraciones vergonzosas y dar suelta rienda á pasiones no menos innobles? La misma civilizacion del siglo, ¿no se resiente, no padece, no anatematiza unos usos de que se ruborizarian acaso los pueblos mas atrasados, las naciones menos cultas del globo? Figurémonos un habitante del polo, ó bien uno de esos seres envilecidos que vejetan bajo la tienda del desierto, ó á la sombra del árbol de los bosques del Nuevo Mundo. Que éste habiendo oido hablar de la civilizacion europea, de su cultura y progresos, viniese á visitar nuestras regiones y presenciase una de esas escenas que venimos describiendo. Decidme ¿qué juicio formaria de nuestras costumbres? ¿Qué iria diciendo de nuestra ilustracion y de nuestros

(1) Jacob, III. 5.

adelantos? Ciertamente que por una parte no podrían menos de causarle admiración una infinidad de objetos para él desconocidos; asombrarle el desarrollo de nuestra industria y de nuestro comercio; ponderaría el brillante estado de nuestros ejércitos, y la imponente magestad de nuestros monarcas; nuestros templos, nuestros edificios, nuestros monumentos artísticos, todo en fin sería para él un motivo de estático entusiasmo; pero al examinar, por otra parte nuestra degradación, nuestro envilecimiento en estos días de expansión desenfrenada, seguro estoy que nos miraría con desden, y hasta nos despreciaría en alto grado. «Yo he visto, pudiera decir, grandes poblaciones, ciudades ricas y populosas, embellecidas con soberbios palacios, donde todo era animación y vida; he visto lujosos trenes, trajes de gran valor, objetos de inapreciable mérito, maravillas mil del arte y del ingenio; he visto escuadras formidables, apuestos guerreros, y un aparato bélico cual nunca llegué á imaginar... Pero he visto en cambio hombres muy pequeños y despreciables que disfrazando unos su sexo con ridículos trajes, ocultando otros su semblante con grotescos antifaces, se agitaban en desorden, gritaban desaforados, corrían de un lado á otro haciendo repugnantes contorsiones, y en el más febril desenfreno, insultaban á éste, apostrofaban á aquél, y aquí proferían expresiones inmundas, y allí cometían actos de torpe liviandad, y en una parte se entregaban á inmundas bacanales, y en otra se permitían acciones de un brutal cinismo: y mezclados indistintamente los sexos, y confundidos en asquerosas orgías hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, todas las edades, todas las clases, todas las condiciones sociales, nada se veía más que escándalo, furor báquico, y una exaltación febril de todo género de malas pasiones, que hacía olvidar hasta la menor idea de cultura en un país culto por excelencia.»

«Hé aquí lo que de nuestro país pudiera con razón decir el salvaje más estúpido en vista de una costumbre tan propia á rebajarnos hasta el último grado de la escala social. ¡Y que esto se permita por los que tienen la grave misión de regir los destinos de los pueblos! ¡Y que con mengua de nuestras antiguas tradiciones y baldón de nuestras creencias se toleren tamaños desmanes en un país alta-

mente católico, en los días precisamente consagrados á inaugurar los gravísimos misterios de nuestra redencion! ¿Quién jamás oyó semejante monstruosidad? Nunca, en ningun tiempo la razon sana é ilustrada, cuanto menos la religion, pudo autorizar escándalos tan públicos que afectan hondamente á la moralidad y á las buenas costumbres, base y garantía del órden, y salvaguardia de las sociedades. Pero elegir para ello la época mas solemne y crítica del año; desplegar la bandera del libertinaje, cuando la iglesia levanta el estandarte de la cruz para llamar á los cristianos á recordar cuanto hay de mas patético y triste en la historia del Hombre-Dios; levantar por decirlo así la cruzada del vicio y de las pasiones, cuando el cristianismo llorando entre el vestibulo y el altar eleva al cielo sus plegarias en favor de un pueblo pecador, y comienza la trágica escena que termina en un doloroso calvario; y ante ese calvario, y á la vista de esa cruz que ondea sobre su cumbre, y á presencia de ese Salvador divino que con sentido acento nos dice: «*Hoy subimos á Jerusalem donde ha de consumarse cuanto está escrito del Hijo del hombre,*» hacer alarde del mas insensato cinismo, de la inmodestia mas exagerada, de una lubricidad sin limites, y de una corrupcion sin ejemplo; ¡ah! eso es inaudito, es en alto grado escandaloso, es insultar visiblemente al cielo, á la tierra, á la humanidad; es..... No quiero pronunciar lo que solo mi corazon es capaz de comprender y de sentir. La lengua se resiste á decir lo que con mayor elocuencia expresa el mudo silencio. La razon misma se siente humillada, avergonzada á vista de semejante befa hecha al ser racional criado para unos destinos tan elevados, que lleva impreso sobre su frente la mirada primitiva de su Hacedor, dotado de un corazon que respira por decirlo así el soplo de la divinidad, y que impulsado por ese soplo inmortal hácia un porvenir eterno, se encuentra violentado y experimenta un malestar indefinible cuando un principio extraño trata de comprimir su vuelo, y pretende sofocar el sentimiento sublime de su grandeza y dignidad.

Queda pues demostrado que es tan indigna como injustificable, porque es altamente repugnante á la razon ilustrada del hombre, esa costumbre que autoriza el libertinaje de la inmoralidad en unos dias

consagrados á inaugurar la sangrienta escena del Calvario. Mañana nos ocuparemos de este mismo asunto, considerado bajo el punto de vista exclusivamente religioso. Entretanto, tiemblen los que teniendo una gran mision que llenar en los pueblos, toleran unos escándalos á todas luces reprobables. Fuerza es que los haya, segun ha consignado el Salvador del mundo. Pero ¡ay de aquellos que los ocasionan, ó pudiendo y debiendo impedirlos no los impiden (1)! Sobre ellos caerá con todo su peso el anatema divino. Mejor les seria precipitarse en las profundidades del mar, que cargar con la tremenda responsabilidad de tamaños crímenes (2). Oid pues reyes, escuchad los que gobernais la tierra. Si quereis declinar esa responsabilidad, evitar ese juicio, y libraros de ese anatema, obrad rectamente, poned coto á los abusos introducidos por el vicio y las pasiones, desterrad para siempre de un pueblo cristiano escenas que la civilizacion misma rechaza; no permitais que presenciemos el repugnante espectáculo de la inmoralidad pública llevada á la efervescencia. De lo contrario, os emplazamos para el día tremendo del Señor: allí respondereis de vuestra debilidad ó torpe condescendencia en este punto; allí habreis de dar cuenta de ese poder que se os diera para evitar el mal y proteger el bien, para fomentar la virtud y castigar el vicio. Y nosotros, M. A. O., postrados ante las sagradas aras, vertiendo lágrimas de verdadera compuncion, interpongamos nuestras súplicas entre la tierra criminal y el cielo armado para descargar sobre ella el golpe de su venganza, diciendo con toda la efusion de nuestros corazones arrepentidos: *Parce, Domine, parce populo tuo, etc.*

(1) Matth. XVIII. 7.

(2) Ibid. 6.

SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE CARNAVAL.

CUÁN OPUESTO ES AL ESPÍRITU DE LA RELIGION EL PROCEDER DE LOS MALOS CRISTIANOS EN LOS DIAS DE CARNAVAL: PUESTO QUE SE MUESTRAN ENEMIGOS DE JESUCRISTO, PERSEGUIDORES DE SU CRUZ, Y PROFANADORES DE SU EVANGELIO.

Multi ambulans, quos scæpe dicebam vobis (nunc autem et flens dico), inimicos crucis Christi: quorum finis interitus..... et gloria in confusione ipsorum.

Hay muchos, como os he dicho repetidas veces (y ahora os lo digo llorando), que se conducen como enemigos de la cruz de Cristo; cuyo paradero es la perdicion, y que hacen gala de lo que forma su mayor confusion y deshonra.

AD PHILIP. III. 48, 49.

NUNCA como en la ocasion presente pudiera yo tomar prestado el patético lenguaje de los profetas, para espresar el hondo sentimiento del cristianismo á vista de los desórdenes de que es teatro el mundo en estos dias de general dispacion. Desiertos los caminos de la mistica Sion, abandonado el santuario, sus sacerdotes gimiendo, oprimidas de amargura sus vírgenes, sentados en profundo silencio sus ancianos, y entretanto los hijos que ella amamantó en su seno convertidos hoy en enemigos crueles, paseando en triunfo el vicio, haciendo el apoteósís del escándalo, dando un culto infame á las pasiones..... ;qué espectáculo tan desgarrador! ;qué pena tan incomparable! ;qué dolor tan íntimo para el corazon de una madre tan tierna como la iglesia! Ella que en la persona de una mujer di-

vina destinada á prefigurar esta nueva arca de la alianza, recibió á todos los hombres en su seno maternal para guarecerlos del naufragio de la culpa; ella que aceptando al pié de una cruz y en la cumbre de un Calvario la adopcion universal de todos los pueblos presentes y por venir, viene llenando á través de diez y ocho siglos la mision mas sublime, y continuando en la tierra por entre luchas y persecuciones, á costa de lágrimas y de sangre, á precio de amarguras y de combates, la grande obra que el Redentor de la humanidad consumó un dia en el Gólgota; ella que ni un instante ha cesado de ejercer esa augusta maternidad, esponiendo por salvar á los que Jesucristo confiara á su custodia cuanto hay de mas caro y estimable, y cuya aspiracion única é incesante es y ha sido siempre labrar la eterna bienandanza de la gran familia humana, hoy en recompensa de sus desvelos y sacrificios se mira escarnecida, insultada, despreciada; y los que en su seno crió con todo el esmero del amor mas puro, la befan, la silban, menean la cabeza en señal de desden, segun el símil profético, y huyen de ella, y se alejan de su templo para ir á mezclarse con los adoradores de los ídolos y á tomar parte en el festin profano de la lúbrica Babilonia.

No son estas bellas ficciones, ni figuras retóricas, M. A. O. La verdad no necesita adornarse con las flores de la elocuencia, ni tiene por que ir á tomar prestadas del humano ingenio las perlas con que ha de adornar su diadema. Sola, desnuda y sin estraños atavíos, su voz es mas autorizada, persuasiva y convincente que la del fastuoso saber terrenal, porque se apoya en los hechos, y funda en la experiencia la prueba de sus aserciones. Y sino, reparad: ¿Qué hacen esas turbas que hoy veis moverse, bullir, agitarse por todas partes con la blasfemia en los labios y la desvergüenza en la frente? ¿A dónde van esos hombres cínicos, esas mujeres desenvueltas, esa juventud sin rubor, esa ancianidad sin decoro, ese pueblo sin dignidad que veis presentarse en público haciendo mérito de una degradacion lastimosa y del mas repugnante descaro? ¿Son seres racionales los que así se olvidan de los mas naturales instintos de la racionalidad? ¿Son cristianos los que de esta suerte se sobreponen á los mas sagrados deberes del cristianismo, y pisotean con fanática avi-

¿lantéz todas las reglas del Evangelio? Ni una cosa ni otra son en mi concepto, puesto que á ambos caracteres contradice semejante proceder: y si opuesto es al primero, como dejamos consignado en el discurso anterior, la conducta escandalosa é inmoral de los que en estos días se entregan á los desórdenes del libertinaje, aun se resiente mas el segundo, como voy á demostraros en este momento. Terrible, pero cierta, es la acusacion que voy á formular contra esos séres bastardos que hoy aflijen á la iglesia y escandalizan al pueblo fiel con sus desmanes y excesos. Voy á darles el nombre que merecen, apellidándolos «enemigos de Jesucristo, perseguidores de su cruz, y profanadores de su Evangelio», tanto mas dignos de anatema y reprobacion, cuanto sube mas de punto su crimen proporcionalmente al desprecio que hacen de la fé que recibieran y al olvido de las promesas que hicieron un dia en las fuentes regeneradoras del bautismo. Ayudadme á implorar las luces del cielo para tratar con la dignidad debida una materia tan grave como interesante, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Por dura que parezca á primera vista la calificacion que acabo de dar á los desórdenes del carnaval y á los que á ellos se entregan, nada hay en ella de exageracion ó hipérbole. El simple raciocinio va á convencernos de ello. ¿Qué simboliza Jesucristo? ¿Cuál fué su mision en el mundo? ¿Qué objeto tienen sus relaciones con la humanidad? Jesucristo representa el principio de toda virtud y de toda santidad; su venida á la tierra fué para regenerar al hombre caido, rectificando sus errores, modificando sus ideas, dando una direccion conveniente á sus instintos, y mostrándole el camino recto de sus destinos; y por último, en sus relaciones con la humana naturaleza el fin principal y esclusivo fué enseñarla á obrar el bien en el tiempo para hacerla merecer la gloria en la eternidad. Para esto nació temporalmente en el seno de una virgen el que en el seno de su Padre

celestial vivia eternamente feliz, y atravesó un largo período de privaciones y penalidades, el que era infinitamente rico y poderoso; y finalizó sus dias como hombre en el leño afrentoso de los criminales, el que como Dios ceñia una diadema de inmensurable gloria. Y esa cruz que tras siglos y siglos viene figurando en todas las naciones como el trofeo del vencedor del mundo, y ese Evangelio que á despecho de la rabia, del furor y de la indignacion de tronos, reyes, filósofos y tiranos, da hoy la ley al universo postrado ante su autor inefable, son unos monumentos imperecederos de lo que el hijo de Dios humanado ha hecho en pro de los mortales, hijos del proscrito de Eden.

Ahora bien, M. A. O., desde que ese Dios-Hombre apareció en nuestro suelo, desde que su cruz se enarboló en el monte de las calaveras, desde que su Evangelio resonó en las orillas del Jordan, ha habido enemigos encarnizados del primero, émulos implacables de la segunda, y antagonistas porfiados del tercero. Es decir, que ni un solo instante han faltado génius malévolos que han hecho guerra al Salvador, ni un solo dia ha dejado de sufrir insultos el adorable trono en que humilló á todos los poderes terrenales, ni un solo momento ha cesado de luchar contra los vicios y las pasiones ese código divino llamado á civilizar y salvar á la humanidad. Vosotros lo sabeis, y ninguna necesidad tengo yo de recordaros la gloriosa historia de los combates del cristianismo coronados con honrosos triunfos. Voy pues directamente á mi objeto. Ciertó que en todas épocas, este ha sido el blanco de una contradiccion universal, como en persona de su augusto fundador vaticinó en ocasion solemne una voz autorizada y respetable. El judaismo le escarneció, el mundo pagano se levantó en masa contra él, el imperio mas colosal de la tierra opúsole una resistencia de tres siglos: y evocando sus sábios, y aprestando sus ejércitos, y apelando á la tiranía, aspiró á anegarle en lagos de sangre. Tras él vino el helenismo con los seductores ensueños de su imaginacion, despues la herejía con sus errores enmascarados, luego la filosofia con sus sofismas, y el racionalismo con sus mil sistemas, y toda esa larga série de génius aviesos, de escuelas corrompidas, de hombres de perdicion que por distintas vias se han

:

propuesto esterminar ese gran principio, y acabar si posible fuese con toda idea cristiana. Nada de esto empero presenta un carácter de maldad tan odioso como la conducta de los que profesando la doctrina de Jesucristo, reconociendo en su cruz el simbolo de la redencion, y venerando el Evangelio como un libro divino, huellan, insultan, menosprecian, y combaten de hecho esos tres objetos sagrados y venerables. Y este desprecio, este insulto sacrilego sube mucho de punto en los dias de carnaval; dias nefastos en que por todas partes no se ve otra cosa mas que crímenes vergonzosos, bastantes á desacreditar nuestra religion augusta, si su divinidad no descansase sobre bases tan sólidas, y no se apoyase en pruebas tan convincentes que todo el poder del mundo y del infierno es impotente á destruir.

Enemigos de Jesucristo he denominado á los malos cristianos que en estos dias se entregan á los escesos de la inmoralidad, y no me arrepiento de tal calificacion. ¿Qué mas hicieron contra él cuantos desde que apareció en la tierra le juraron un ódio implacable? Si como el hipócrita fariseo no espian sus palabras para fundar en ellas acusaciones immotivadas; si como el venal escriba no le calumnian é improperan para desprestigiar su doctrina y milagros; si como el judío carnal é incrédulo no niegan su origen celestial; si como los corrompidos pontífices no fallan contra él una sentencia de muerte; si no le venden traidoramente como Judas por un vil metal; si no le arrastran, en fin, como los verdugos de Jerusalem á un infame patíbulo; ¿es menos cierto que sus obras son tales que bastarian á hacer reproducir la sangrienta escena del Calvario, si morir pudiese el que resucitó una vez para no volver á caer bajo el dominio de la muerte (1)? ¡Ah! San Pablo ha dicho una espresion no menos terrible que exacta, cuando asegura que los cristianos infieles y escandalosos vuelven á crucificar y á escarnecer en sí mismos al Hijo de Dios: *Rursum crucifigentes sibi metipsis Filium Dei, et ostentui habentes* (2)!! ¿Y quién no vé renovada donde quiera esa crucifixion, ese

(1) Ad Rom. VI. 9.

(2) Hæbr. VI. 6.

escarnio de Jesucristo en estos dias de triste recuerdo? ¡Cuántos Judas pérfidos que le entregan sin piedad, no á énemigos armados que le acechan en la oscuridad, sino á las mas innobles y repugnantes pasiones de un corazon en donde mora Lucifer! ¡Cuántos hombres desalmados que si no le ponen en sus manos una caña despreciable por cetro, un harapo asqueroso por manto real, una corona de espinas por diadema, abusan hasta de los simbolos sagrados de nuestra redencion para esponerlos al ludibrio de turbas insensatas, que gozan en ver unas escenas mas propias para arrancar lágrimas de sangre de un corazon cristiano que para escitar esa hilaridad infernal que ostentan sus semblantes! ¡Oh! Paréceme ver en la algazara y confuso griterio de ese pueblo que por nuestras calles y plazas se desbanda hoy frenético, aquellas tumultuosas masas que en otro dia memorable gritaba en la Jerusalem deicida: «No queremos que ese reine sobre nosotros. ¡Crucificalo, crucificalo!» Ciertamente que no repiten ese mismo eco de muerte; cierto que no piden que la sangre del Hijo de Dios caiga sobre sus cabezas, como allá los hijos de la ciudad homicida de los profetas. Pero ¿qué importa, si ellos mismos se han constituido en ejecutores, en verdugos de Jesucristo? Ellos le insultan con sus lenguas escandalosas y maldicientes; ellos le escupen y denostan con sus embriagueces y destemplanzas; ellos le arrastran á un calvario mucho mas doloroso con sus liviandades y deshonestas acciones; ellos, en fin, con sus pecados de toda especie que en estos dias multiplican de un modo prodigioso, aguzan los férreos clavos que taladran los pies y las manos de aquella adorable victima, afilan los abrojos que traspasan sus divinas sienas y el acero que hiende su amante pecho, acrecen las angustias de su alma agonizante, acibaran la ingrata hiel que atormenta sus lábios, y misticamente le dan una muerte tanto mas cruel y horrorosa cuanto menos debia esperarla de los que á tanta costa salvó en el dia de la espiacion: *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes.* ¡Desgraciados! Mas os valiera no haber nacido, ó por lo menos mejor hubiera sido para vosotros vivir en aquellos dias nefastos que diez y ocho siglos y algo mas no han podido borrar de nuestra memoria; háberos asociado á sus impíos sacrificadores, haber toma-

do parte en la negra conjuración forjada contra el Hijo de María; haberos confundido con aquel pueblo amotinado que le pospuso á Barrabás y le clavó en un leño deshonroso. Tal vez una gota de su sangre divina, cayendo sobre vosotros, hubiese obrado el prodigio de vuestra conversión; quizás hubiéseis descendido del monte del sacrificio hiriendo vuestros pechos y esclamando: ¡Ciertamente él era hijo de Dios (1)! Y este convencimiento abriéndoos la puerta de la penitencia, hubiérais salvado. Pero ahora.... ¡Dios mio! Respeto vuestros altísimos é incomprensibles designios; no me atreveré á es- cudiñar los arcanos de vuestra sabiduría..... ¿Por qué poner tasa á vuestras bondades? Sois infinitamente rico en piedad, y vuestra misericordia escede á todas las demás obras de vuestra omnipotente diestra..... ¿Los perdonareis, Señor? ¿Perdonareis á ese pueblo ciego que hoy os olvida, é insulta y crucifica á vuestro unigénito? ¡Ah! Un estremecimiento convulsivo se apodera de mí cuando leo en el apóstol San Pablo, «que es moralmente imposible que sean renovados por la penitencia, los que una vez iluminados y habiendo gustado los dones celestiales del Señor, y alimentándose de su palabra, vuelven á caer en la apostasía de las pasiones ó en la incredulidad del crimen (2).» Mas no, Dios indulgente y compasivo, no usareis de tan estremado rigor con los que redimisteis á tan caro precio. Los perdonareis por vuestras lágrimas, los perdonareis por vuestra misma sangre vertida en el Gólgota, los perdonareis por esa misma cruz de que hoy en su vertiginoso delirio se muestran sin saberlo ciegos perseguidores: *Inimicos crucis Christi*.

Tal es en efecto la segunda acusación que pesa sobre los que se entregan á los excesos del carnaval. La cruz simboliza la austeridad, la penitencia, la mortificación de los sentidos, la crucifixión de las pasiones, la lucha contra los apetitos carnales, el combate incesante del cristiano con cuanto conspira á separarle de la virtud, el sacrificio en fin de todo lo que halaga y seduce la parte animal, y la aceptación de lo que contraría y acibara los insensatos placeres del

(1) Matth. XXVII. 54.

(2) Hæbr. VI. 4, 5, 6.

tiempo. Y esa cruz, levantada en el seno del cristianismo como faro luminoso para indicar el derrotero á los que en el borrascoso mar del siglo vogan, como un trofeo glorioso que recuerda á los que en la tierra militan las victorias de su jefe conseguidas á costa de tantos sacrificios y penalidades tan amargas; esa cruz en donde se lee escritas con caractéres de púrpura lo que hubo de tolerar el Redentor de la humanidad por salvar al hombre culpable; ¿qué culto recibe en estos dias desgraciados? ¿Cómo lo veneran los que en ella y por ella fueron rehabilitados para la vida eterna? ¡Horror! Aquí es la ocasion de esclamar con un profeta. ¿Quién jamás presenció tamaños desmanes? ¿Quién fué testigo de profanaciones tan inauditas? *¿Quis audivit unquam talia?* En la época mas crítica, en los dias mas solemnes, en los momentos precisos en que todo en derredor del cristianismo conspira á despertar las ideas mas graves y los pensamientos mas patéticos, cuando la Iglesia vistiéndose de luto para inaugurar los funerales de su divino esposo, convida á sus hijos á unirse á ella para subir juntos con la consideracion á Jerusalem, y celebrar los misterios de la pasion y muerte del Redentor, entonces es cuando estos desentendiéndose de sus invitaciones, y formando una antítesis horrible, truecan en corona de gloria la diadema de amargura, cambian por el harpa seductora de Babilonia el triste laud de los profetas, y adornándose de rosas, y perfumando sus vestidos como en los dias de gala, y ataviándose como en las solemnidades profanas, en vez de cubrir sus semblantes con el sombrío velo del dolor, lánzanse á toda suerte de diversiones, y apuran la copa emponzoñada de placer, gritando: «comamos, bebamos, regocijémonos, antes que una muerte temprana venga á burlar nuestras esperanzas (1)» Hed ahí el mundo cristiano en los dias de carnaval. Tal es la triste cuanto repugnante escena que presenta en ellos la mayor parte de la humanidad. Todo es confusion y algazara, todo embriaguez y destemplanza, todo sensualidad y bacanales inmundas, todo orgías y escandalosos disfraces... Reconoced si podeis en esos seres que bullen, y gritan, y corren en todas direccio-

(1) I. Corint. XV. 32.

nes, á los discípulos de la cruz. ¡Ah! ciegos mortales, ¿á dónde vais? ¿Qué haceis? ¿Qué génio maléfico se ha apoderado de vuestras almas? Veis á Jesucristo clavado en un madero recordándoos lo que por vosotros sufriera; ¡y vosotros reis, clamais y os entregais sin reserva á vuestros criminales goces! Oís la voz de la religion que os llama á Jerusalem, al asilo del dolor, al lugar de la penitencia, al monte de la mirra, á la tierra del llanto y de los suspiros; ¡y vosotros huyendo de ella os precipitais á una en los floridos campos de la sensualidad y de los regocijos mundanales! Veis, en fin, un pavés ensangrentado, y sobre él una cruz que se alza entre negras sombras, y clavada en ella una víctima divina, víctima de vuestra voluptuosidad y de vuestra molicie, víctima de vuestra soberbia y de vuestro orgullo, víctima de vuestros ódios y de vuestras venganzas, víctima de vuestros placeres y de vuestras deshonestidades, víctima, en fin, de vuestras pasiones y delitos; ¡y en vez de caer prosternados ante ese símbolo augusto implorando perdon y clemencia, le insultais, le escarneceis, le hollais con una impudencia incalificable, cual si esa cruz en que se os conquistó vuestra libertad, en que se despedazaron las cadenas de la esclavitud en que gemiais, en que se os franquearon las puertas de la inmortalidad, no mereciese de vosotros mas que indiferencia y desprecio! ¿Y no temblais al leer en el Evangelio que esa misma cruz radiante un día de luz y de gloria será el signo precursor de vuestro juicio y de vuestra eterna reprobacion?

¡Mas qué han de temblar los que no contentos con perseguir á Jesucristo, y menospreciar su cruz, hacen gala de profanar públicamente ese divino código especialmente en estos días de escándalo universal! Vedles cual se burlan de sus dogmas, postergan sus máximas, se rien de sus enseñanzas, ridiculizan sus preceptos y arrastran, digámoslo así, por el polvo sus augustas páginas. El Evangelio grita: « ¡Ay del mundo por los escándalos (1)!... Y ellos desarrollando todo género de torpezas y refinando cuanto pueden los diversos modos de gozar, dan una publicidad inaudita á sus vergonzosos des-

(1) Matth. XVIII. 7.

manes. Aquel esclama: «El tiempo es breve, la escena de este mundo pasa cual sombra fugaz, vivamos en él como sino viviésemos (1), no en embriagueces y liviandades, no en disoluciones y torpezas sino revestidos del espíritu de Jesucristo (2), ¿qué importa poseer todo el mundo si el alma se pierde (3)?...» Y ellos á este grito de la eterna verdad responden con el grito infernal de los impíos del libro de la Sabiduría: «Nada hay despues del tiempo sino las cenizas del sepulcro: porque nuestra vida es un meteoro que pasa rápidamente. Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes... Llenémonos de vinos esquisitos, de olorosos perfumes y no dejemos pasar la flor de la edad... No haya prado en que no queden impresas las huellas de nuestra intemperancia; dejemos donde quiera vestigios de nuestra lascivia, pues ésta es nuestra herencia y nuestra suerte (4).» Y consecuentes á estos principios, no hay esceso que no cometan, ni liviandad á que no se entreguen, ni accion indecorosa que les ruborice, haciéndose un mérito del impudor, y una gloria de la infamia.

Larga sobre enojosa seria nuestra tarea si nos propusiésemos poner en relieve todo lo que en la conducta de los malos cristianos, que en estos dias dan rienda suelta á las malas pasiones que les dominan, hay de repugnante, de inmoral y altamente contrario á la religion católica. Bástenos haber manifestado, aunque de paso, que los que asi obran se muestran abiertamente «enemigos de Jesucristo, despreciadores de su cruz y profanadores de su Evangelio». Pero mas bien que condenarles compadezcamos á esos seres desgraciados, lamentemos la suerte de los que así corren ciegos á precipitarse en su eterna perdicion. Y si todavía puede servirles de algo nuestro apoyo, ofrezcámosles una mano auxiliadora. A nombre de la religion y de la humanidad, á nombre de Jesucristo y de su cruz adorable, por las entrañas misericordiosas de un Salvador infinitamente pródigo en piedad y cuyo corazon rebosa por do quiera amor hácia el

(1) I. Corint. VII. 9.

(2) Ad Rom. XIII. 13, 14.

(3) Matth. XVI. 26.

(4) Sap. II. 1 Aseg.

hombre que redimiera, conjurémosles que se detengan un instante á considerar á donde van á parar, cuál es el término de esa anchurosa senda á que se han lanzado... ¡Estremeceos! Un hondo abismo se abre á vuestros piés. Sobre vuestras cabezas relumbra la espada de la divina justicia, dispuesta á descargar sus golpes terribles. La cruz de Jesucristo escarnecida, su sangre divina conculcada, su Evangelio menospreciado, todo se mancomuna para pedir venganza contra vuestros escesos. Los ángeles de paz lloran, y su llanto penetra hasta el trono del Altísimo; la naturaleza misma insultada por vosotros en lo que en ella hay de mas repetable constitúyese en fiscal severo para demandar una reparacion conveniente. Las criaturas todas gimen, en language del Apóstol, y piden al cielo derrame la copa de su indignacion sobre una tierra manchada con tantos crímenes. Si pues quereis doblegar la justicia eterna, si quereis obtener la misericordia del Señor, acudid en tiempo hábil al pié de su trono, verted lágrimas de verdadero arrepentimiento, detestad vuestros pasados extravíos, y no ceséis de esclamar: *Domine, non secundum peccata nostra facias nobis*. No tomeis en cuenta, Dios misericordioso, nuestra pasada conducta para castigarnos con el rigor de que nos hicimos merecedores por nuestros delitos. Evocad los recuerdos de vuestra infinita clemencia. Vuestros somos, y hechuras de vuestra mano omnipotente. No hagais ostentacion de vuestro poder contra unas débiles hojas que arrastra el mas leve soplo, contra un poco de polvo que el menor viento hace desaparecer de la luz de la tierra. Seamos víctimas de vuestro amor y no de vuestra cólera, Jesus piadoso. Entremos desde hoy á participar de los dones de una gracia que nos haga fuertes para detestar el mal, poderosos para obrar el bien, perseverantes para vivir y morir en vuestro servicio, y merecer de esta suerte en la tierra la paz del alma consecuencia de la virtud, y en el cielo la eterna bienaventuranza.

SERMON

PARA EL DIA TERCERO DE CARNAVAL.

LOS ACONTECIMIENTOS FUNESTOS QUE VENIMOS PRESENCIANDO TIEMPO HÁ,
Y QUE CADA VEZ VAN TOMANDO UN CARÁCTER MAS ALARMANTE,
NO SON SINO LA JUSTA EXPIACION DE LA IMPIEDAD Y DE LOS
CRÍMENES DE NUESTRO SIGLO.

¡Vae mundo a scandalis!

¡Ay del mundo por los escándalos!

MATTH. XVIII. 7.

MAS de diez y ocho siglos hace que pesa sobre la humanidad este terrible anatema de Jesucristo: «¡Ay del mundo por los escándalos!» Sentencia de una concision admirable, pero que en breves palabras encierra un gran fondo de doctrina para los individuos y para los pueblos que con sus excesos y extravíos, con su libertinaje y su inmoralidad atraen sobre sí la cólera divina, y se colocan bajo la accion formidable de su eternal justicia. Pecados hay que pasan en cierto modo desapercibidos, porque ocultos bajo el velo misterioso de la conciencia individual, no dejan ver ni los estragos que causan en el alma del que los comete, ni los castigos con que el cielo los venga. Pero hay otros cuya visible expiacion manifiesta al par de su gravedad la funesta influencia que ejercen en los destinos y en el porvenir de las naciones. Tales son los escándalos públicos, que autorizados por el abuso, sancionados por una costumbre reprobable, y fomentados por las malas pasiones humanas, cada vez mas desenfre-

nadas merced al prodigioso desarrollo de una libertad mal entendida, llegan á constituirse en ley con el transcurso del tiempo. Cada siglo lega á su sucesor nuevos desórdenes, cada generacion trasmite á la que la sigue nuevos elementos de ruina moral, nuevos gérmenes de corrupcion, que cultivados por el sensualismo y refinados por la molicie y la ociosidad, van dando frutos copiosos de degradacion y de muerte. Y como hay en el mal un principio muy poderoso de contagio que fácilmente se estiende y propaga con el contacto social, de aquí es que á todas las clases y condiciones inficiona el escándalo; y los nobles y los plebeyos, y la aristocracia y el pueblo, y el trono y los vasallos, todos en su respectiva esfera participan de las mismas ideas, respiran un mismo aire emponzoñado, y se dejan arrastrar por idénticas pasiones. El escándalo, pues, de la inmoralidad y del libertinaje tiene donde quiera altares y sacerdotes, víctimas y sacrificadores. En todas partes humean los sacrílegos inciensos quemados á esa infame deidad. Reina igualmente sobre las gradas del sόlio, que bajo la humilde choza; y la púrpora no se ruboriza de inclinar una frente coronada de brillantes ante ese poder tiránico que avasalla á cuanto existe, la moda ó la costumbre: porque hasta en el pecar se paga tributo en nuestro siglo á esos agentes del crimen.

Ved una triste pero evidente demostracion de esta verdad en el espectáculo que en estos dias ofrece el mundo, ese mundo pervertido é immoral, ese mundo émulo de la virtud, esclavo del vicio, enemigo de Cristo, despreciador de su Cruz, y profanador de su Evangelio. Buscad una clase de la sociedad en donde el escándalo no se deje ver con el mas impudente descaro. No la hallareis. Todas, como dejamos dicho, hállanse contaminadas de ese mal endémico, todas se dejan arrastrar indistintamente por el impetuoso torrente del libertinaje mas repugnante, todas hacen gala de ostentar un cinismo que raya en furor. La Babilonia maldecida por los profetas parece haberse trasladado á nuestros pueblos y ciudades. ¿Qué extraño, pues, que tambien la indignacion del cielo pese sobre nuestras cabezas como en otros tiempos sobre aquel pais nefando?

«¡Ay del mundo por los escándalos!» nos dice Jesucristo. Y el mundo no obstante continúa en sus escesos, sin cuidarse de esa

horrenda amenaza. Pero en vano ensordece, inútilmente se desentiende de ella, como si su indiferencia ú olvido pudieran evitar la accion del cielo, dispuesto á ejercer sobre ese mundo fermentado una expiacion proporcionada á sus iniquidades. No, no la evitará, y ya hace tiempo que venimos experimentando los efectos de esa cólera que con nuestros escándalos hemos provocado. Triste es decirlo; pero mi deber y mi conciencia me imponen la obligacion de no ocultar la verdad. Por mas que se trate de buscar en causas puramente naturales la esplicacion de ciertos fenómenos de que somos testigos y victimas á la vez, mal que pese á la ciencia carnal del siglo siempre pronta á atribuir á la marcha misma de la época esas crisis espantosas que nos afligen, esas convulsiones y sacudimientos sociales que nos ponen al borde del abismo, esas luchas desastrosas que nos diezman y empobrecen, en una palabra, esos funestos acontecimientos que forman la mas sangrienta y horrorosa página de nuestra historia; á pesar de todo esto, repito, yo veo sobre los cálculos del hombre los cálculos de Dios, sobre los proyectos de la tierra los proyectos del cielo; veo, sí, una voluntad superior, un pensamiento divino, una mano invisible que venga los públicos escándalos del mundo con los públicos desastres de que es teatro. Y ved lo que me propongo demostraros en este discurso haciendo ver «que esos acontecimientos funestos que venimos presenciando tiempo há, y que cada vez van tomando un carácter de gravedad mas alarmante, no son sino la justa expiacion de la impiedad y de los crímenes de nuestro siglo.» Verdad importantísima hácia la cual reclamo toda vuestra atencion, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Los que á fuerza de negar sistemáticamente todo cuanto no está en armonía con sus principios desorganizadores, han llegado á contraer un hábito funesto de no creer en nada; los que por haber bebido sus

inspiraciones en las cenagosas fuentes de una ciencia que en todo y para todo se desentiende de Dios como de un sér enojoso é innecesario, han hallado el medio de sustituir á la idea innata de una providencia celestial, la de una necesidad irresistible que impulsa y dirige todos los sucesos humanos; los que se han propuesto en fin explicar y dar solución á todos los fenómenos sociales atribuyéndolos á la fuerza de las circunstancias ó á la marcha progresiva de la humanidad, de seguro que no solamente no estarán conformes con nuestras convicciones en el asunto que nos ocupa, sino que desde luego nos calificarán de preocupados é ignorantes, y menospreciarán nuestras doctrinas como productos de un torpe fanatismo. Mas como quiera que no aspiramos al honor de sus elogios, ni abrigamos pretensiones de convencer á esas inteligencias obstinadas, poco ó nada nos afecta su desprecio ó su indiferencia; lo único que nos interesa es el triunfo de la verdad.

Ahora bien, ¿no es una verdad innegable que sobre todas las causas humanas, hay una causa independiente y eterna á cuya accion están subordinados todos los acontecimientos del tiempo? ¿No lo es asimismo, que por cima de los menguados cálculos del hombre descuella, digámoslo así, una idea infinita, un pensamiento divino, una inteligencia suprema que dá el ser y la vida á cuanto aquí existe, y traza el curso de los siglos, y señala á cada cual sus destinos, si bien dejando siempre salva la libertad del hombre, para que á su grado pueda marchar hácia su felicidad ó hácia su ruina? Antes de negar esto, negad que existe un Dios á quien los siglos y los pueblos todos del universo vienen adorando y rindiendo vasallage. Pero si no os atreveis á pronunciar esa horrible blasfemia, si vuestra fé ó vuestra razon se resiste á proferir una palabra que os pondria en contradiccion manifiesta con vosotros mismos, con la conciencia y con la historia de todo el género humano, ¿os ariais disputar á ese Dios el régimen exterior del mundo? ¿Le negaríais el derecho de dirigir su propia obra? ¿Pretenderíais que no interviniese en la conservacion de lo que crió su potente diestra? No: un Dios inerte, pasivo, mero espectador de los sucesos humanos, chocaria hasta con el buen sentido. Ni aun en las ficciones mitológicas pudiera tener cabida

semejante aberracion. Y si es evidente que Dios no puede mirar impasible lo que acá en la tierra acontece, si sus ojos están siempre fijos, en frase del rey profeta, sobre todos cuantos en ella habitan (1); si su gloria, su honor, su justicia están interesadas en el buen gobierno del mundo como criador, ¿no lo estará tambien como soberano, árbitro y Juez supremo en castigar y reprimir los desmanes de ese mismo mundo, toda vez que se opone á sus eternos planes y se atreve á contrariar sus sábios designios?

Los pueblos, M. A. O., son el producto de la voluntad divina, las naciones son el patrimonio del hijo del Eterno, como ha cantado el profeta de los salmos (2). El Señor que dió á estas y á aquellos el sér, y les designó sus futuros destinos proporcionándoles los medios de llegar á ellos, se reservó á sí propio el incuestionable derecho de vengar los abusos que pudieran cometer en el ejercicio de un poder y de una libertad que solo les concediera para obrar el bien. ¡Y cuán visiblemente y de qué manera tan terrible ha hecho uso de este derecho en el transecurso de los siglos con los pueblos criminales é infieles á su ley! Una sola ojeada por la historia antigua bastará á convencernos de esta verdad. Si su nacion predilecta se estravía de las sendas del deber y se entrega á los excesos de la idolatria, la mano pesada del Eterno déjase sentir sobre ella, y en los horrores del hambre, y los azares sangrientos de la guerra, y entre los hierros de la esclavitud y bajo la accion terrible de la epidemia y de mil desgracias á cual mas sensibles, expía visiblemente sus crímenes y su ingratitud. Si unas ciudades abominables, desafiando la cólera divina se lanzan á los mas infames excesos de la sensualidad, allí está la mano visible del Dios vengador arrojando una lluvia de fuego celestial que las reduce instantáneamente á pavesas. Si en Egipto la tiranía de un monarca procaz y obstinado se empeña en perseguir y afligir á un pueblo libre é inocente porque es desgraciado, el dedo del Omnipotente cansado de multiplicar sin fruto los prodigios de su clemencia, arma el brazo del ángel exterminador, y en una hora

(1) Psalm. XXXII. 44.

(2) Psalm. I. 7, 8.

dada todos los primogénitos de aquel país caen cadáveres al golpe del alfanje celeste. Y aquí veo todo un mundo anegado en un horroroso diluvio preparado por la justicia divina para vengar la corrupción universal de los primeros habitantes de la tierra; y allí ejércitos prepotentes que son derrotados y pasados á cuchillo por haber osado insultar y blasfemar el nombre de Dios; y mas allá pueblos que desaparecen y no vuelven á figurar en el mapa de los países civilizados, envueltos en las ruinas que les acarrearón sus públicos escándalos. Babilonia la opulenta, Memphis la bella, y otras cien ciudades que en sus días de gloria insultaban al cielo y se consideraban inmortales, ¿dónde están? ¿qué se ha hecho de su antigua soberbia y poderío? ¡Ah! Entre ellas y Dios levantóse un abismo de crímenes, y otro abismo de sangre evocado por aquel las inundó para siempre... Buscad sus huellas, y apenas encontrareis algun leve vestigio de su existencia, algunos escombros sobre los cuales leereis: «¡Venganza! ¡Expiación! ¡Justicia de Dios!»

Sí, M. A. O.; donde quiera la historia de la humanidad no es sino la historia de la Providencia, la historia del poder y de la soberanía de un Dios que castiga con mano fuerte los crímenes de los pueblos y de los individuos incrédulos y obstinados que se atreven á provocar las iras del cielo. Harto lo experimentamos y palpamos de algun tiempo á esta parte, por mas que nuestro indiferentismo pretenda sobreponerse á la verdadera causa de tantos desastres como venimos sufriendo, atribuyendo á efectos puramente humanos lo que en realidad no es sino la expiación visible de una impiedad desmedida, de una desmoralización sin ejemplo. Cuando una nación se pone en lucha abierta con Dios, rompe los lazos que le unian con el único origen de su dicha y se atreve á desafiar su cólera; cuando no pudiendo negar la existencia del Ser Supremo, desconoce sus atributos, menosprecia sus bondades y se burla de sus amenazas; cuando en una palabra, despedazando el yugo suave de su ley, invoca una independencia quimérica y dice: «Soy libre, no quiero hacer cesion de unos derechos que por mi origen me pertenecen, dueño soy de mí mismo y de mis acciones, jamás abdicaré una soberanía con que nací investido; marcharé por donde mejor me plaz-

ea, me daré leyes á mi antojo, me trazaré mi línea de conducta y no me dejaré arrastrar por un servilismo que me deshonra; » cuando en consecuencia de estos principios la religion llega á mirarse como una rémora enojosa al progreso facticio de la humanidad, y el Evangelio como un elemento reaccionario y como tal inútil ó pernicioso al desarrollo de todos los gérmenes de bienestar social, y la moral un ente de razon inventado para asustar á los débiles ó alucinar á los ignorantes; ¿qué les resta á los pueblos llegados á este estado, sino las tinieblas de la inteligencia, la corrupcion del corazon, el marasmo del alma, la perversion de todas las facultades mentales, y como resultado preciso de ese desórden el triunfo de todos los vicios, la lucha de todos los errores, la recrudescencia de todos los crímenes, el desenvolvimiento de todos los extravíos, el furor de todos los excesos, la sancion de todas las iniquidades, la divinizacion de todas las pasiones humanas? Ved, si no, el cuadro espantoso que ofrece nuestra patria bajo el punto de vista moral. Decidme si jamás el escándalo llegó á tan alto punto, si nunca cundió tanto la inmoralidad, si hubo en algun tiempo tanto cinismo en la juventud, tanta osadía en la edad madura, tanta desvergüenza en la ancianidad, tanto descaro en el pecar, tanta libertad en insultar públicamente los mas venerandos objetos del culto; decidme si la blasfemia, el perjurio, la malédocencia, la calumnia, la venganza estuvieron como hoy á la órden del dia en todas las clases y estados; decidme si el impudor no ha roto todos los diques, si la lubricidad no ha salvado todas las barreras, si la procacidad no se presenta erguida é insultante vertiendo por do quiera el veneno de la seducion..... ¿Pero á dónde voy? ¿Pretendo acaso retratar en un vasto lienzo todos los vicios de nuestra época? ¿Intento enumerar los innumerables escándalos de nuestro siglo? ¡Imposible! Todo en derredor nuestro lleva impreso el carácter de una corrupcion nunca vista; el crimen se ha escedido á sí mismo, la inmoralidad ha aumentado en una escala sorprendente; leyes, costumbres, hábitos todo ha sufrido una modificacion espantosa en mal sentido. Hemos marchado á pasos agigantados, hemos progresado rápidamente en la impiedad. De la fé, de las creencias y de los sentimientos de nuestros

antepasados solo nos resta un vago recuerdo..... Somos mas ilustrados que ellos, sabemos mas que ellos sabian, porque sabemos pecar sin rubor, faltar á nuestros deberes sin remordimiento, despreciar la luz divina sin temor, blasfemar del Evangelio con desenfado, denostar la religion á sangre fria, hollar los preceptos eclesiásticos con indiferencia, insultar la virtud que no somos capaces de imitar, llamar fanáticos á los que nos confunden con su religiosidad, tratar de ignorantes á los que no imitan nuestros desórdenes, denominar ilusiones los dogmas católicos y reirnos de todo cuanto atañe al cristianismo como de una fábula. Hé aquí nuestra ciencia, nuestro progreso, nuestra ilustracion. Por lo demas, que la envidia suplante al hombre virtuoso, que la calumnia empañe la virtud mas acreditada, que la intriga triunfe del mérito, que la violencia arranque de su hogar al pacífico ciudadano, que la injusticia haga gemir á la inocencia, que la ambicion sacrifique centenares de víctimas para reinar sobre sus despojos, que la codicia centralice mañosamente en manos de unos pocos el sudor de muchos, que la miseria haga estragos en las clases obreras merced á los agios de gobernantes corruptores y corrompidos, que se levanten facciones tumultuosas, que se enciendan las discordias civiles, que el padre se arme contra el hijo, el hijo contra el padre, el hermano contra el hermano; que haya luchas intestinas, y proscripciones, y sangre... todo esto no importa: es la civilizacion moderna que á través de grandes crisis marcha triunfante á hacer la felicidad de los pueblos y á labrar el gran porvenir de las naciones.....

¡Insensatos mortales! ¿Hasta cuándo os dejareis fascinar por esas deslumbradoras utopias? ¿Cuándo reconocereis en esos acontecimientos que cada dia van tomando un carácter de gravedad mas alarmante, el dedo de Dios que visiblemente se burla de las falsas teorías de la humana ciencia, castigando á la vez su audacia y su impiedad? Veis crugir los cimientos del órden con espantosos sacudimientos; veis la anarquía sembrar por todas partes la confusion y el caos; veis agitarse convulsivamente la sociedad en medio de mil elementos de degradacion y ruina; veis sucederse unos á otros los partidos sin que ninguno halle el medio de gobernar un pais desor-

ganizado ni menos de hacer su felicidad; veis el empobrecimiento y la miseria acrecentándose cada vez mas á despecho de tantas promesas, de tantos cálculos, y de tan repetidos ensayos para levantar á la nacion de su profundo abatimiento; veis desaparecer la confianza, hundirse el crédito, manifestarse en toda su desnudez la impotencia de todos los grandes hombres de Estado para promover la menor mejora, para fomentar el mas leve pensamiento de utilidad pública, para llevar á cabo el mas insignificante proyecto de bienestar; veis en una palabra, que los pueblos gimen cada dia mas oprimidos cuanto mas se les predica libertad, que son mas desgraciados cuanto mas se les promete bienandanza, y que envueltos en un eterno círculo de decepciones arrastran una existencia cada dia mas mísera sin entrever un porvenir mas bonancible, víctimas de ilusiones engañosas; ¡y sin embargo os obstinais todavía en no buscar la verdadera causa de tantos desastres en la misma multiplicacion de vuestros escesos! ¿Habeis olvidado por ventura la conducta de Dios para con los pueblos rebeldes á su ley? ¿Ignorais lo que en todos tiempos ha hecho para vengar su nombre escarnecido y su grandeza ultrajada? ¿No sabeis que cuando quiere hacer pesar su mano sobre una nacion pecadora é impía, se retira de ella, cesa de ser su Dios segun el language profético, la abandona á sus propios desórdenes, para que en sus mismas desgracias encuentre la expiacion de su mal obrar? Ciegos debeis estar para no ver en los males que nos afligen la diestra vengadora del Omnipotente derramando sobre nuestro pais culpable la copa de su furor. La miseria mas espantosa diezmando los pueblos y obligando á innumerables familias á emigrar á un suelo extraño; el hambre sacrificando en todas partes millares de víctimas; el génio de las discordias civiles llevando por do quiera la tea homicida, y dejando en pos de sí hondas huellas de luto y de sangre; la muerte paseando triunfante sus pendones por todos los ángulos de la Península, y convirtiendo las ciudades y las aldeas en vastos cementerios; y ese agente terrible de la cólera divina que lleva su nombre, ese azote que ha pesado indistintamente sobre todas nuestras provincias causando en varias de ellas los mas horribles estragos; todo esto, ¿no es una demostracion innegable de que hay en el cielo

un Poder Supremo tan dispuesto á derramar sobre el mundo los benéficos influjos de su Providencia paternal, como pronto á descargar sobre él los rayos de su justicia?

Veán norabuena los hombres obstinados é incrédulos en todos estos acontecimientos unos meros efectos casuales, tradúzcanlos como puros resultados de la marcha comun de las causas naturales. ¿Qué importa que el ciego maldiga la luz porque sus ojos son incapaces de contemplar sus bellos resplandores? ¿Brillará menos la verdad porque haya hombres insensatos que se obstinan en defender un error? Yo por mi parte (y conmigo todos los hombres sensatos de clara inteligencia y de corazon recto), despreciando los ridiculos cálculos y las aseeriones insensatas de la incredulidad, no veo, ni podré ver nunca en todo cuanto llevo dicho, sino la realizacion de aquella terrible amenaza de Jesucristo: «¡Ay del mundo por los escándalos! Si: los escándalos de nuestro siglo, los excesos de nuestra sociedad, los crímenes, la impiedad, los extravíos de una nacion que olvidada de su vocacion, de sus altos destinos y de su glorioso renombre, ha hecho pacto con el error, ha abrazado la mentira, ha fraternizado con los delirios de otros países importando su cinismo, su libertinaje y su desmoralizacion: hed ahí las legítimas causas de nuestras desgracias, el origen de nuestra degradacion, los motivos que han impulsado al cielo á castigarnos tan cruelmente, en una palabra, los que han armado el brazo del Omnipotente del alfanje vengador que pesa sobre nuestras cabezas.

No hay pues mas que un medio de conjurar tan terrible azote, y este lo ha reconocido ya España cuando postrada en masa ante los santos altares, la hemos visto gemir, llorar, é implorar las divinas misericordias en momentos solemnes de afliccion y de angustia. Sola la penitencia puede cerrar las hondas llagas que en el corazon de nuestra patria abriera el libertinaje y el escándalo. Sola una reaccion pronta y saludable hácia el bien es capaz de contener ese desbordamiento del furor celestial que ha correspondido al desbordamiento de la inmoralidad. De España parece haberse escrito aquellas palabras que se leen en el profeta Ezequiel (1): «Tú has pecado, oh na-

(1) Ezech. XXII. per tot.

cion insensata, y con tus escándalos aceleraste el tiempo de tu castigo..... Tus príncipes abusaron de su poder para derramar sangre inocente. En medio de tí se ultrajó al padre y á la madre, se calumnió al extranjero, y se afligió al huérfano y á la viuda. Mi santuario fué despreciado, olvidados han sido mis sábados y profanadas mis solemnidades. En tu recinto abundan hombres calumniadores, avaros, incestuosos, venales y corrompidos, que roban con violencia lo ajeno, contristan al necesitado, oprimen al pobre, y cometen todo género de injusticias..... ¿Cómo pues podrá mantenerse firme tu corazón, ni te bastarán tus robustos brazos para hacer frente á mi cólera en los días de quebranto que yo te preparo? Yo el Señor lo dije, y lo haré..... Por cuanto imitaste los pecados de otras naciones, y te contaminaste con sus delirios y estravíos, te castigaré lo mismo que á ellas, y te entregaré en manos de los que tú aborreciste, y te robarán tus sudores dejándote cubierta de baldón é ignominia, y beberás el cáliz profundo y ancho de la afliccion y de la amargura, y apurarás hasta sus últimas heces, y te despedazarás el pecho, porque te has olvidado de mí y vuéltome las espaldas (1).» Esto, mis amados oyentes, mas bien que una antigua profecía, ¿no es la historia exacta y verídica de nuestros desmanes y de su expiacion?

Cesen, pues, las causas de nuestros desastres, y cesarán los efectos; finalicen los escándalos y acabarán los castigos; desaparezca la inmoralidad y desaparecerá la venganza. Opongamos á nuestros envejecidos vicios nuevas virtudes; sustituyamos á nuestras inveteradas iniquidades obras de piedad y de religion; reemplace al libertinaje el decoro y la modestia en todas las clases; proscribese para siempre de entre nosotros la injusticia, el dolo, la venalidad, la intriga, la ambicion, la lubricidad y todas las malas pasiones, para hacer lugar á unas costumbres puras, graves y dignas del carácter que nos ennoblece; huyan de nuestro católico suelo esos abusos vergonzosos y degradantes, restos de los tiempos idolatras que en estos días se renuevan entre nosotros con general sentimiento de los buenos católicos y mengua no poca de nuestra decantada civiliza-

(1) Ibid. XXIII. 28 et seq.

cion. Seamos un pueblo eminentemente religioso, constantemente adherido á sus tradiciones, celoso de sus creencias y entusiasta defensor de sus dogmas, y entonces veremos cambiar completamente la escena, y el cielo nos prestará su proteccion; y como en otro tiempo fuimos la envidia de estraños pueblos por nuestra prosperidad y bienandanza, lo seremos tambien en lo sucesivo, sin luchas en lo interior, sin temores en lo esterior: porque el Dios de Sabaoth será nuestra égida, nuestro escudo, nuestra defensa. ¡Plegue al Señor que así sea! Tengamos la dicha de ver cambiar la faz de este país infortunado y digno de mejor suerte. Escuchadnos, Jesus amoroso; recibid nuestras lágrimas en prenda de nuestros buenos deseos; aceptad nuestras plegarias y suspiros, y lleguen hasta vuestro sòlio eternal para atraer sobre la tierra vuestras bondades y misericordias. Quebrantados nuestros pechos por la mas honda compuncion, os pedimos perdoneis á un pueblo ciego é insensato que pudo olvidaros en momentos de delirio, pero que siempre se confesará vuestra herencia, vuestro patrimonio especial, vuestra posesion y vuestro triunfo. Triunfad, sí, Salvador divino, triunfad de nuestra obstinacion: que vencidos por vos en esta liza gloriosa, seremos á la par vencedores, y con vos viviremos dichosos en el tiempo y mas dichosos aun en la perdurable inmortalidad.

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

LA IMPOSICION DE LA CENIZA SOBRE NUESTRAS FRENTE NOS RECUERDA LO QUE FUIMOS POR LA BONDAD DEL CRIADOR, LO QUE PERDIMOS POR NUESTRA MALICIA HEREDITARIA, Y LO QUE ESTAMOS LLAMADOS A SER POR LA PIEDAD DEL DIVINO REDENTOR.

Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris.

Acuérdate hombre que eres polvo, y á ser polvo tornarás.

GENES. III. 49.

¡QUÉ contrastes tan singulares ofrece la humanidad al ojo observador del cristiano! Inconstante y frivola en todas sus acciones pasa repentinamente del entusiasmo á la apatía, de la agitacion febril á la mas fria inercia, de las grandes emociones á la impasibilidad mas absoluta, de la risa al dolor, de la alegría al llanto. ¡Miserable condicion de un sér degradado! Siempre voluble, siempre inconsecuente, flor delicada que el mas liviano soplo deshoja y marchita, jamás permanece en un mismo estado, segun la profunda alegoria de los santos libros (1). Ayer todo era ruido, confusion, regocijo; hoy todo es melancolia, tristeza y sepulcral silencio. Ayer impulsados por la embriaguez de los placeres mundanales, el jóven y el anciano, la muger y el niño, todos los sexos y estados precipitábanse indistintamente tras ese fantasma de felicidad y de encanto que la prosti-

(1) Job. XIV. 1, 2.

tuida Samaria ofrecia á sus adoradores; todos participaban de un mismo frenesí, y formando coro en las inmundas orgias consagradas á celebrar el triunfo del libertinaje y del impudor, entonaban el himno de los impíos de la Escritura: «Ciñamos nuestras frentes con vistosas diademas, coronémonos de rosas, alegrémonos, comamos y bebamos, que esta vida otro la ha de heredar (1).» Y hoy esos mismos, pálido y compungido el semblante, vienen al templo santo á inclinar sus frentes ante el ministro de la religion, que á nombre del cristianismo arroja sobre ellos un puñado de ceniza, repitiendo aquella terrible sentencia pronunciada en los primeros dias de la creacion por los labios del Eterno sobre Adan pecador: «Acuérdate que eres polvo, y á ser polvo tornarás:» *Memento quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*

¡Qué lenguaje tan elocuente! ¡Qué misterio tan profundo encierra en breves palabras! Solo el Criador hubiera podido hallar en su amarga ironía y en el hondo dolor que afectaba su corazon en aquel dia de tristes recuerdos, un apóstrofe tan contundente, tan penetrante y desgarrador para el hombre culpable. Aquella misma mañana, la mas bella de cuantas el sol bañó con sus deslumbrantes rayos, habia dicho Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (2).» Y por la tarde, cuando todavia el crepúsculo vespertino no habia anunciado las sombrías tinieblas de la noche, aquel mismo sér en cuyo semblante reflejaban los rasgos mas perfectos de su Hacedor, y cuya alma respiraba el aliento divino, mirábase ya maldecido, condenado, proscrito, y escuchaba de la boca del que acababa de formarle: «¡Eres polvo, y á ser polvo tornarás!» *Pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Ved ahí, C. O., toda la historia del hombre; su grandeza primitiva, y su posterior degradacion; su origen elevado, y su profunda caida; su felicidad incomprendible, y su incomparable ruina. Y esto es lo que á todos nos recuerda hoy la religion, cuando poniendo sobre nuestras frentes esa ceniza, símbolo de nuestra mortalidad, nos

(1) Sap. II. 8.

(2) Genes. I. 26.

recuerda aquel triste y terrible apóstrofe con que el Señor abatió el orgullo de nuestro comun padre en el momento de su caída, mostrándole la profundidad del abismo en que le precipitára el pecado. ¡Oh polvo misterioso! ¡Oh ceniza sublime! Yo te recojo con respeto, como caída del cielo para inspirar en nuestras almas altos pensamientos y saludables ideas. Tú serás hoy el tema de nuestras meditaciones, porque en tí hallamos simbolizado el gran misterio de nuestro origen y de nuestros destinos. Si por una parte nos dices lo que vinimos á ser por el pecado de un padre criminal, por otra nos descubres lo que merecimos ser por la misericordia de un Reparador divino. Y bajo este concepto, ya esa ceniza no nos avergüenza, ese polvo no nos abate. Hay todavía en esos signos de nuestra humanal miseria un resto de grandeza y de magestad que nos permite levantar muy alto nuestras abatidas frentes y mirar al cielo, patria querida cuyas puertas nos franqueó Jesucristo con su sangre preciosa. Apliquémonos, pues, á contemplar en presencia de ese polvo tan fecundo en sublimes enseñanzas, «lo que fuimos por la bondad del Criador, lo que perdimos por nuestra malicia hereditaria, y lo que estamos llamados á ser por la piedad del divino Redentor.» Ved todo el asunto del presente discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Al tratar de investigar el gran misterio de la humanidad en el individuo, no puede uno menos de contemplar con asombro esa confusa mezcla, digámoslo así, de grandeza y de miseria, de gloria y de degradacion, de elevacion y de abatimiento que reasume en su personalidad. Por su origen se remonta hasta el cielo, la inmensidad es su elemento, lo eterno es su cuna, y en la voluntad misma del Omnipotente encuentra la razon de su sér y la causa de su existencia. Por su asimilacion con el Criador nada reconoce superior á sí mas que el que le formara: los espíritus celestes no le llevan otra

ventaja que la de no participar de la corruptibilidad del cuerpo. Por lo demás, la belleza de Dios, su sabiduría, su poder, su magestad, su inteligencia, sus atributos todos brillan como en un limpio espejo en ese sér misterioso. Si respira, es el sople mismo de la divinidad que le fué infundido en la creacion; si vive, es la vida de Dios que participa de una manera prodigiosa; si piensa, si quiere, si ama, el pensamiento, el querer, el amor lo recibe de aquel sér inmenso é infinito que proponiéndose crear una maravilla superior á cuantas salieran de su poderosa diestra, evocó á consejo toda la Trinidad beatísima, y dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» Sí, hombre miserable, por grande, por profunda que sea tu degradacion actual, no por eso tienes menos motivos de envanecerte de tu origen que te coloca en una esfera superior á todo cuanto existe. Rompe las cadenas que te atan á ese polvo que huellas con tu planta, eleva tus pensamientos sobre las esferas celestes, deja tras de tí los astros, remóntate sobre los serafines, no te detengas hasta llegar á aquella naturaleza divina y perfectísima en cuya presencia los espíritus invisibles se cubren con sus alas, no pudiendo sufrir los esplendorosos rayos del que vive por siglos y siglos en una eternidad dichosa, en una inmutabilidad constante: y fijando allí si puedes tus miradas, gózate en contemplar tu tipo, tu modelo, tu imágen primordial. Él fué quien te embelleció con esa alma que te distingue de todos los demás seres criados; él quien estableció entre tu alma y tu cuerpo aquella sublime alianza que sin el pecado hubiera sido invariable, y que hoy mismo á pesar de tu caída revela uno de los mayores prodigios de la omnipotencia y sabiduría divinas; él quien puso en tus manos el cetro del universo, para que como monarca de la creacion dictases tus leyes á todo cuanto vive y respira; él en suma quien te adornó de una inteligencia capaz de conocimientos casi infinitos, de una voluntad libre y generosa para obrar con entera independencia en la esfera del bien ó del mal, de ideas sublimes, de pensamientos elevados, de aspiraciones eternas... ¡Qué grandeza tan inconmensurable! Nada veo en el mundo comparable á ese sér que reasume en sí lo finito y lo infinito, el espacio y la inmensidad, y con una sola mirada recorre lo visible y lo invisible, el

tiempo y la eternidad, lo presente y el porvenir, sin que nada sea bastante á contener ese vuelo misterioso de su alma que va á buscar la medida de su existencia inmortal en el seno mismo de Dios de donde deriva.

Tal fué el hombre por la bondad del Criador al salir de sus manos. ¡Y ojalá hubiera sabido sostenerse en este estado de primitiva grandeza! Pero desgraciadamente el abuso de uno de los mas bellos dones que le concediera le precipitó en un hondo abismo de degradacion y de miseria. Desobedeció al que le habia formado, pecó contra su Hacedor, y hénos aquí á todos los hijos de un padre criminal, despojados por nuestra malicia hereditaria de los mas ricos y preciosos dotes de la naturaleza y de la gracia. Cuando yo intento establecer un paralelo entre la humanidad inocente y la humanidad caída, faltanme las fuerzas para llevar á término un pensamiento tan amargo. ¿Dónde está, me digo á mí mismo, aquel sér noble y justo en quien reflejaban á la vez los mas bellos rasgos del candor y de la inocencia original, cuya inteligencia se lanzaba por un movimiento espontáneo hácia el cielo, en cuyo pecho latia constantemente el sentimiento del amor mas puro, cuyos lábios no sabian sino bendecir y engrandecer al santo por esencia, cuyos ojos brillaban con el fuego de la caridad mejor que los rayos del mas claro dia, cuya dulce fisonomía respiraba paz y bienandanza, y en cuya noble figura contemplaban admirados los ángeles el tipo de la belleza eterna, el reflejo de la gloria de Dios, la imágen mas acabada y perfecta del supremo Criador? ¡Ah! Yo no veo ahora mas que un sér impotente, débil, miserable, esclavo de vergonzosos caprichos, víctima de errores absurdos, extraviado en su razon, ciego en su inteligencia, corrompido en su voluntad, por cuyas venas en vez de aquella sangre noble y generosa que recibiera en la creacion, circula una sangre degenerada é impura, cuya alma antes tan ágil para levantarse hácia el cielo, yace hoy adherida á la tierra, torpe para conocer el bien, y siempre en lucha consigo misma para practicar la virtud... ¡Dolorosa transicion! El hombre participaba del poder del Criador; la naturaleza entera le obedecia; el mundo era su propiedad, su reino su dominio; los séres todos plegábanse ante él y eran sus tribu-

tarios; los destinos de las demás criaturas pendian de sus lábios como jefe y rey del universo: y ahora ese monarca destronado, de cuyas manos cayera hecho pedazos el cetro magestuoso que no supo sostener, mirase reducido á ser triste juguete de los mas vergonzosos caprichos, y se sacrifica á veces por poseer aquello mismo que un día era el objeto de su mas alto desprecio. Era feliz, y ahora es desgraciado; la alegría y el gozo mas puro formaban el encanto de su existencia, y ahora la tristeza y el llanto acompañanle desde la cuna hasta el sepulcro; la naturaleza brotaba pródiga á sus pies una vegetacion rica y abundante, y ahora un suelo ingrato regado con el sudor de su frente no le produce sino abrojos y espinas; una eterna juventud debía embellecer su noble semblante y dar una inalterable agilidad á sus miembros, y ahora el dolor, las enfermedades, y por último la muerte, son su único patrimonio: porque polvo es, y en polvo se ha de convertir: *Pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Hed ahí el hombre tal cual le paró el pecado; contempladle en su lastimosa caída, y ved si podéis hallar en él la mas leve huella de su perdida grandeza. Reyes, príncipes, grandes, sábios del mundo, cualesquiera que seáis por vuestra alcurnia ó por vuestra fortuna, yo veo escrito en vuestras frentes ese lema desgarrador: «¡Sois polvo, y á ser polvo tornareis!» Nada me importa vuestra gloria de un día, vuestra nobleza de un momento, vuestro poderío vacilante; vuestras riquezas de lodo, vuestro orgullo efímero. A pesar del oro con que deslumbráis mis ojos, á despecho de esos timbres y blasones con que ostentáis vuestro ilustre linage, por entre esos soberbios monumentos de vuestra vanidad, nada veo en vosotros mas que la imágen de la nada, el retrato de Adán pecador, el hombre en su profunda degradacion, el polvo de la tumba que en vano intentáis ocultar bajo el velo de brillantes frivolidades. *Pulvis es, et in pulverem reverteris.* Ese polvo que mancha hoy la púrpura régia, y empaña las coronas y deslumbra los cetros, ese polvo que la mano de la religion esparce indistintamente en este dia sobre la augusta cabeza del opulento monarca y del pordiosero andrajoso, ese polvo que vienen á recibir prosternados los que mandan ejércitos y los

que en el campo apacientan inocentes manadas, es el símbolo de nuestra mortalidad, el sello de nuestra degradacion, el monumento de nuestra comun miseria, el recuerdo de nuestra caída. Él nos dice lo que éramos y lo que somos, lo que nos hizo una bondad sin límites de parte de Dios, y á lo que nos redujo una maldad sin ejemplo de parte nuestra; lo que gozamos, y lo que hemos perdido. ¡Pérdida inmensa, irreparable, eterna! Nobleza, poder, gloria, felicidad, todo lo renunciamos pecando, sin que de nuestra primitiva magestad nos quede mas que un recuerdo punzador, una reminiscencia amarga, y el despecho y la vergüenza consiguiente á nuestra ruina, cuyo importuno remordimiento nos es posible evitar, á manera de esos monarcas que habiendo sido arrojados de sus tronos, llevan donde quiera la idea de una soberanía que no esperan recobrar, y cuya memoria les es mil veces mas odiosa y amarga que su misma desgracia. Decíles que vuelvan sus ojos hácia aquellos palacios que un dia habitaron... Antes que hacerlo preferirian lanzarse en un abismo. Su orgullo herido no les permite hacer tan doloroso sacrificio, su amor propio ultrajado jamás consentiria en semejante humillacion.

Sin embargo nosotros, cristianos, á pesar de nuestro orgullo y de nuestra vanidad, no nos desdeñamos de fijar la vista en ese polvo que tan elocuentemente nos recuerda nuestra miseria. Hay en él un no sé qué de grande y misterioso que debe llamar nuestra atencion en este dia: puesto que si bien es cierto que en él vemos escrita la historia de nuestro abatimiento y de nuestra nada presentes, tambien reflejan en él algunos destellos de nuestros futuros destinos. Y si hemos contemplado lo que por la bondad del Criador fuimos y lo que venimos á ser por nuestra malicia hereditaria, ¿no es justo recordemos tambien lo que por la piedad del divino Redentor estamos llamados á ser?

Cierto, dice San Agustin, que existe en el hombre pecador un fondo inmenso de debilidad y de miseria, pero existe al mismo tiempo en ese sér degradado un misterio no menos inmenso de misericordia. Al lado de la naturaleza caída, está la gracia benéfica augusta y reparadora; junto al mortal que se desploma de una altura inconmensurable, está el Dios inmortal que le levanta me-

diante el sacrificio de su unigénito; cabe la muerte está la vida, tras el dolor el consuelo, en pos de la llaga el remedio. Y este remedio, este consuelo, esta gracia no se hace esperar mucho tiempo, siquiera el cielo en sus inefables designios retarde el cumplimiento de sus promesas, y aplase la realización del gran misterio. No bien el Criador ve su obra destruida, manchada y deshonrada, cuando ya piensa en su futura rehabilitación. Todavía no había concluido de pronunciar el anatema terrible que condenaba al hombre á la muerte, y ya le preparaba el antídoto que debía darle la vida. Dije mal, el decreto de la libertad precede al de la servidumbre, el fallo de la misericordia anticipase al de la justicia, y antes que dijese á Adán pecador: «eres polvo, y á ser polvo tornarás,» había ya pronunciado la promesa augusta de su feliz reparación, diciendo á la serpiente: «Pondré enemistad entre tí y la mujer, entre tu raza y la descendencia suya, y ella quebrantará tu cabeza (1).» Desde entonces ese polvo abyecto y despreciable de suyo, elevase con la esperanza de una rehabilitación que debía devolverle sus perdidos derechos, y ponerle en posesión de la inmortalidad á que pecando renunciara. Desde entonces á través de las edades el hombre creyó en un mediador destinado á reparar las quiebras que en el paraíso había sufrido, y sus suspiros y deseos, y sus aspiraciones y plegarias tenían por único objeto al que en la plenitud de los tiempos debía verificar una misteriosa alianza entre la tierra y el cielo, uniendo de nuevo con indisolubles eslabones la humanidad con la divinidad, y haciendo de todo el universo mediante su sangre divina, un nuevo pueblo, una nueva generación, una nación santa, una raza escogida, heredera de su reino perdurable.

Y ved lo que Jesucristo realizó en el Calvario en el gran día de la expiación. El mundo fué renovado, el hombre entró en el goce de todos sus antiguos fueros y preeminencias de una manera mas maravillosa que antes. Por sus venas circuló la sangre divina del Redentor en virtud de la unión hipostática del Verbo con la humanidad. Por efecto de ese inefable misterio somos carne de su carne, huesos

(1) Genes. III. 15.

de sus huesos, hijos adoptivos de Dios, hermanos de Jesucristo, coherederos con él de la gloria del Padre. Ese polvo de que fué formado nuestro cuerpo, ya nada tiene de despreciable y envilecedor. Honrado, ennoblecido por el Salvador que adoptó nuestra carne y se hizo uno de nosotros, está llamado á un glorioso porvenir. Cumpliráse el fallo del Eterno: terminaremos nuestra existencia en una tumba; pero á despecho de la corrupcion y de los gusanos, esa carne tornará á resucitar fresca, viva y revestida de la incorruptibilidad de nuestra propia alma; ese polvo en desolacion volverá á adquirir sus primitivas formas, su movimiento antiguo, su agilidad para disfrutar de una felicidad idéntica que nuestros espíritus. Y nuestra inteligencia pobre ahora y limitada ya no estará sujeta á la eterna movilidad de unas ideas insubsistentes, y nuestro corazon objeto hoy de terribles luchas y de borrascosos vaivenes, gozará de una tranquilidad invariable; y todo nuestro ser sujeto al presente á tantos sinsabores y amarguras, centro del dolor y de la desgracia, se verá inundado en un abismo de dicha incomprendible.....

¡Oh culpa dichosa, esclamaré aquí con la Iglesia, puesto que nos mereció tener un Redentor tan grande y misericordioso! ¡Caida funesta es cierto por lo que perdimos, pero feliz por lo que en cambio nos grangeó! Hombres terrenos, hijos del polvo, levantaos hoy de esa atmósfera en que os arrastrais, y elevad vuestras ideas para contemplar lo que ese mismo polvo os enseña respecto á vuestros futuros destinos. Cuando el sagrado ministro esparciendo sobre vuestras abatidas frentes la ceniza del pecador, os recuerda vuestra mortalidad, pena y efecto á la vez de una culpa hereditaria, recordad tambien que sois inmortales por la gracia de un Reparador divino; que si en el Paraiso se os condenó á un ostracismo perpétuo, en el Calvario fué rasgado aquel fatal decreto; que si allí caísteis en el profundo abismo de la degradacion, aquí fuisteis levantados al apogeo de la gloria; y que nada impide ese polvo maldecido un dia que al presente os hace arrastrar una existencia difícil y trabajosa, para que aspireis despues de la vida del tiempo á gozar otra vida eterna y perdurable.

Por lo demas, atentos siempre á lo que fuimos, á lo que somos y

á lo que estamos llamados á ser, sirvanos únicamente el recuerdo que hoy nos hace la Iglesia, de un poderoso aliciente para no manchar con nuevas culpas nuestras almas regeneradas con la sangre del Redentor; para no profanar con nuevos desórdenes una carne ennoblecida por Jesucristo en la Encarnacion; para no desmentir con nuevos excesos el noble origen de nuestra creacion en el que fuimos rehabilitados con el Calvario. Hé aquí lo que de nosotros espera la Iglesia nuestra madre, y el fin principal que se propone al renovar todos los años esa ceremonia augusta y grave. Haciéndolo así cumpliremos un deber que nos impone nuestro carácter de cristianos redimidos con la sangre de un Dios-Hombre, y nos haremos acreedores á obtener en esta vida sus piedades y á recibir despues de ella la corona inmortal de la gloria.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA I DE CUARESMA.

NECESIDAD DEL AYUNO, SU UTILIDAD Y EFICACIA PARA DOMINAR LA CARNE, DESARMAR AL ENEMIGO DE NUESTRA FELICIDAD Y TRIUNFAR DE LAS MALAS PASIONES.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo, fué conducido Jesus por el Espiritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces acercándose el tentador le dijo: Si eres hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesus le respondió: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Despues de esto le trasportó el diablo á la santa ciudad y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de ahí abajo: pues está escrito que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos, para que tu pié no tropiece en alguna piedra. Replicóle Jesus: Tambien está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Llevóle otra vez á un monte muy elevado, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, le dijo: Todas estas cosas te daré si pos-trándote me adoras. Respondió entonces Jesus: Apártate de ahí, Satanás: porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás. Con esto le dejó el diablo, y los ángeles se acercaron para servirle.»

(MATTH. IV. A ET SEQ.)

Si alguna vez la voz elocuente y animada de la religion, siempre viva y eficaz como una espada de dos filos segun el símil profético, debiera penetrar en el fondo de los corazones cristianos, haciendo enmudecer el grito tumultuoso de las diversas pasiones que por do quiera se levantan para nuestra ruina, nunca mejor que en la ocasion presente, en que al inaugurar el solemne ayuno cuadragesimal instituido para disponernos á celebrar dignamente los augustos misterios de nuestra redencion, nos propone la gran figura del Salvador como tipo y modelo de nuestra conducta, en estos dias de re-

conciliacion y de misericordia. No sin gran razon nos exhorta el Apóstol á no malograr un tiempo tan precioso, á no recibir en vano la gracia del Señor, y á aprovechar con el mayor cuidado una ocasion tan oportuna y favorable para labrar nuestra eterna felicidad (1). Sin embargo, á despecho de los reiterados avisos y de las repetidas exortaciones del cristianismo los hombres ven llegar esta solemne época con igual indiferencia que cualquiera otra del año. Sorpréndelos la Cuaresma impassibles hácia su propia salvacion, encuéntrales dominados por las mismas pasiones, esclavos de los mismos vicios, entregados á los mismos delirios, deslumbrados por las mismas ilusiones, víctimas de los mismos hábitos criminales de siempre, añadiendo nuevos errores y nuevas preocupaciones á las preocupaciones y vicios antiguos. La decadencia de la disciplina cada vez es mas visible, la relajacion del fervor primitivo cada dia es mas notable, el menosprecio de las antiguas tradiciones vá en aumento progresivo; lo que ayer era indiferencia hoy se convierte en positivo desden, lo que antes era mera apatía ahora es marcada repugnancia, lo que en otros tiempos solo inspiraba cierta melancolía que podia traducirse por debilidad de espíritu, en los actuales inspira una reprobacion que bien puede llamarse audacia. Seamos mas explicitos: el ayuno cuadregesimal ha llegado á mirarse por muchos como un precepto importuno, como un deber inútil, como una práctica enojosa, buena si se quiere en épocas de entusiasmo religioso que ya pasaron, pero de ningun provecho en la presente porque cesó la razon de su existencia. ¡Como si siempre y donde quiera el hombre no fuese el mismo, idénticas sus pasiones, iguales sus necesidades morales, y por consiguiente no le fuese preciso recurrir á los remedios que la religion le suministra para vencer las unas y satisfacer las otras! No me detendré en hacer la apologia de este solemne ayuno, ni en ensalzar sus escelencias. «Su necesidad reconocida, su utilidad práctica, su eficacia suma en el órden moral para dominar la carne, desarmar al enemigo de nuestra felicidad, y triunfar de las malas pasiones», no necesitan otra recomendacion que

(1) II. Corint. VI.

el ejemplo que hoy nos ofrece el Salvador, en el texto evangélico.

«*En aquel tiempo (dice) fué conducido Jesus por el espíritu al desierto para que fuese tentado allí por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, tuvo hambre despues.*»

Tambien á nosotros nos conduce el espíritu del Señor á la misteriosa soledad de nuestros corazones, para que en estos dias de salvacion meditemos acerca de nuestros verdaderos intereses, los de la eternidad; pues comparados con ellos los negocios todos del tiempo no son mas que frivolidades engañosas, sombras fugitivas, bellos ideales que nos seducen por un momento para perdernos sin fin. ¿Y con qué disposiciones debemos emprender esta carrera? ¿Cuál debe ser la conducta del cristiano en la Cuaresma para prepararse á celebrar los grandes misterios de la redencion? Partiendo del principio inconcuso de que la vida del hombre que se consagra á la virtud es y fué siempre una incesante lucha, un sacrificio continuado, una pelea sin trégua contra si propio y contra los enemigos que por do quiera le cercan, preciso es se presente en esa arena armado cual combatiente intrépido con el escudo de la fé y pertrechado de todo género de armas espirituales para hacer frente á los asaltos del espíritu tentador. La tentacion es en efecto una consecuencia necesaria y como una condicion precisa de la vida virtuosa. «Porque fuiste acepto á los ojos de Dios, decia el ángel á Tobías, fué necesario que la tentacion te probase (1).» Y el Espíritu Santo por boca del hijo de Sirac nos dice: «Tan luego como os dediqueis al servicio de Dios, perseverad firmes en la justicia y en el temor, y preparad vuestras almas para la tentacion» (2). La razon misma y la esperiencia vienen en apoyo de esta verdad. ¿Quiénes son los que en el mundo luchan y combaten? ¿Los amigos de los placeres? ¿Los esclavos de la sensualidad? ¿Los idólatras del vicio y de las pasiones? No, que con estos cuenta siempre su jefe y caudillo Satanás, y ninguna necesidad tiene de tenderles asechanzas para que caigan en el crimen. Los enemigos del mundo y de sus impuros goces, los que aborrecen el pe-

(1) Tobías. XII, 43.

(2) Eccli. II, 1.

cado y aspiran á vivir cual cumple á sus eternos destinos, los que por cima de los deleites carnales, del oro deslumbrador, de la gloria terrenal, y de todos esos objetos que en esta vida conspiran á perder al hombre degradándole y haciéndole culpable, ven en las espinas de este árido desierto el camino de la positiva felicidad, y en las lágrimas de la penitencia el encanto de la vida futura, y en el sacrificio de cuanto aquí halaga y seduce los sentidos, el principio de aquel bienestar perpétuo que entusiasma á los ángeles, esos son los que incesantemente están espuestos á los tiros del demonio, á ellos acecha á todo momento, contra ellos emplea su infernal astucia, y nada omite por uncirlos á su carro victorioso.

Pues bien, despues de la fè, de la esperanza y de la caridad que son las tres virtudes, y como si dijéramos los tres ejes sobre que gira y se mueve el sistema de la vida cristiana, ¿qué otro elemento puede haber mas eficaz que la abstinencia y el ayuno para vencer las tentaciones y humillar al altivo cuanto porfiado enemigo de nuestra dicha? ¿Qué otro medio adoptó Jesucristo en el desierto para rechazar las sugerencias del tentador? ¿Con qué otras armas hizo frente á sus repetidos asaltos? No en vano, dice San Basilio, quiso el Salvador prepararse con el ayuno á recibir los insultos de Satanás, sin permitir que antes se atreviese á presentarle la guerra, á fin de enseñarnos cuál debe ser la primera disposicion que debemos adoptar toda vez que cual atletas nos lanzamos á la arena, si no queremos ser vencidos por nuestro adversario (1). Tal vez el primer flanco que atacará será el de la natural flaqueza de nuestra propia carne. Ayunando cual la iglesia nos prescribe y absteniéndonos de todo aquello que no sea indispensable á nuestra conservacion, experimentaremos el hambre, como Jesucristo la sintió en su humanidad santísima. Entonces el tentador procurando lisonjear nuestra sensualidad, y despertar nuestra molicie, para hacernos enojoso el sacrificio de nuestra abstinencia, y seducirnos por este medio á que-

(1) Dominus noster non prius in carne, quam pro nobis assumpserat, diaboli insultus exceptit, quam eam jejunió communisset; simul et nos erudiens, ut nosmet adversus tentatoris conflictus, exemplo palæstritarum ungamus et exerceamus. (San Basil. hom. 4. de laud. jejun.)

brantar el precepto, *acercándose* á nosotros con malignas sugestiones, nos dirá como *dijo* al Salvador en el desierto: *Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.* O lo que es igual: ¿A qué bien privaros siendo hijos de Dios, de lo que éste crió para vuestro alimento? ¿Qué utilidad puede reportaros una privacion que allije la carne, debilita las fuerzas, y hace al hombre impotente para trabajar en sus respectivas ocupaciones? ¿Qué ventajas puede acarrear una práctica que la naturaleza repugna como contraria á la salud y opuesta al instinto de la conservacion que es comun á todos los séres criados? Así ha hablado, y habla al cristiano el espíritu de mentira por el órgano de sus apóstoles. Con estos ó semejantes sofismas han intentado ridiculizar y desacreditar el ayuno eclesiástico los heraldos del error, los satélites del vicio, los corifeos de la filosofía carnal del siglo, los apologistas de la civilizacion anticristiana, los defensores de la despreocupacion, los adoradores de la materia. Pero sobre que contra sus aseeraciones deponen mil pruebas hasta de razon y de higiene pública, sobre que sus gritos no son mas que bostezos del infierno cuyas tendencias bien conocidas se dirigen á desterrar del mundo toda tradicion, toda práctica religiosa capaz de enfrenar las humanas pasiones; ¿es por ventura el alimento grosero y material de que usamos, el único manjar de un sér cuya parte principal es espíritu y cuyas aspiraciones son eternas é inmortales? Recordad cómo el Salvador rebate las sugestiones de Satanás diciéndole: *Escrito está que no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.* Leccion sublime que no debemos olvidar jamás, ejemplo admirable que nos cumple imitar siempre que el enemigo de nuestra salvacion pretenda vencernos con nuestra propia flaqueza, y sugerirnos la idea de halagar nuestro sensualismo y nuestra molicié. Alimentados con la palabra salvadora de Dios, nada tendremos que temer de sus asechanzas. El ayuno lejos de sernos enojoso y de debilitarnos para luchar contra nuestro comun adversario, nos proporcionará nuevas fuerzas: porque él es, en sentir del Crisóstomo, el manjar misterioso del alma, bien así como el pan lo es del cuerpo; y tanto mas valiente y aguerrida se siente aquella, cuanto este se halla menos sobrecargado con los excesos de la destem-

planza y de la gula (1). Tanto que, como dice oportunamente San Ambrosio, al hombre muelle y delicado, al esclavo de su vientre es á quien el diablo se atreve á acercarse osado y arrogante: pero del hombre mortificado y abstinente huye temeroso; la palidez de su semblante le asusta, la austeridad de su carne le aterra, la debilidad de unos miembros debilitados por el ayuno le postra, porque ella constituye la fortaleza del cristiano (2). Cuando este ayuna, añade San Pedro Crisólogo, el enemigo tiene hambre, por cuanto no puede satisfacerse sino con nuestras culpas. Así que su triunfo consiste en convertir nuestro alimento en glotonería, nuestra bebida en embriaguez; para dementar nuestra inteligencia procura materializar nuestro cuerpo, haciendo de lo que es muralla del espíritu vaso del alma, escuela de la virtud y templo de Dios, el domicilio del crimen, el asilo de las pasiones, el teatro de los vicios y el albergue de la iniquidad (3).

Y no es menos eficaz la influencia del ayuno para resistir á las demás tentaciones del infierno, y triunfar de todos los ataques del mundo, cualquiera que sea su origen y sus tendencias. Observad siempre el gran modelo que hoy nos propone el Evangelio: Mal satisfecho Satanás de su primera tentativa contra Jesucristo, *lo lleva á la santa ciudad, y poniéndole sobre el pináculo del templo le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de ahí abajo; pues escrito está que te encomendó á sus ángeles, y que te llevarán en palmas para que*

(1) Jejunium animæ nostræ alimentum est: et sicut corporalis iste cibus impinguat corpus, ita jejunium animam habiliorem efficit, atque valentior. (S. Chrysost. hom. 4. in Gen.)

(2) Temulentum aggreditur diabolus: ubi autem jejunantem viderit, fugit, pertimescit, terretur pallore ejus, debilitatur inedia, infirmitato prosternitur, quia Christiano infirmitas fortitudo est. (S. Ambros. de Elia et jejun.)

(3) Jejuantibus nobis, diabolus esurit, qui nostris semper saturatur ex culpis: ille cibum nostrum deducit in crapulam, potum nostrum in ebrietatem effundit; ut mentem faciat amentem, carnem luteam reddit, corpus animæ domicilium, animæ vas, murum spiritus, virtutum scholam, Dei templum, in scenam criminum, in vitiorum pompam, voluptatum redigit in theatrum. (S. Chrysol. serm. 12.)

no se lastime tu pié tropezando en la piedra. ¡Qué tentación tan artificiosa! ¡Qué sugestión tan peligrosa y funesta! Astucia propiamente infernal fué el abusar de un texto de los santos libros torciéndole con interpretaciones ambiguas para vencer al Salvador por el orgullo, ya que impotentes fueran sus tiros para triunfar de él por la sensualidad. ¿Y no es esta la marcha comun del demonio? ¿No empieza siempre por lisonjear la carne por medio del placer sensible, para corromper mas fácilmente el corazón? La historia de todas las aberraciones, de todas las pasiones y de todos los crímenes que han trastornado el mundo, ¿no tuvieron este mismo origen? Llenas están las páginas de ese gran libro de nombres tristemente célebres á quienes el génio del mal subió al pináculo del templo, esto es, á la cumbre de la soberbia y de la vanidad, para precipitarlos de allí al mas profundo abismo del error y del vicio. Desde allí cayeron esas celebridades literarias, esas grandes capacidades, esos vastos génios que heridos de un vértigo infernal, no supieron sostenerse á tanta altura, y empujados por su desmedida arrogancia porque se hallaban debilitados por la sensualidad, abusando de su ciencia y haciendo de ella armas contra el cielo, persiguieron á Dios, afligieron al cristianismo, insultaron á la iglesia, burláronse de la verdad, y desterrando del mundo la moral, el órden, las buenas costumbres, sembraron por do quiera los gérmenes de una corrupcion nunca vista. De allí cayeron tambien esos hombres de perdicion que en nuestros tiempos proclamaron el ateismo, predicaron la nada, hicieron la apología del crimen, divinizaron la razon, y constituyeron en la materia la única felicidad del mundo. De allí... ¿Pero á qué hacer aplicaciones estrañas cuando en nosotros mismos estamos experimentando diariamente los efectos de esa tentacion funestisima? ¿Qué otro agente mas eficaz tiene el demonio para vencernos que la soberbia? A ella debemos la mayor parte de nuestros delitos, en ella encontramos el origen de nuestros extravíos, de ella surgen en nuestra alma los delirios que nos enloquecen, las pasiones que nos irritan, los vicios que nos deshonoran, los deseos que nos enfurecen, los malos instintos que nos arrastran al mal. Fuerza es pues buscar un antidoto eficaz, un arma poderosa para rechazar tan pernicioso in-

fluencia. ¿Y qué otro mejor que el ayuno? El es el yelmo de la humanidad, el escudo de la modestia, el sosten del propio conocimiento, el escudo impenetrable de todas las virtudes, contra el que vienen á estrellarse los dardos del orgulloso Lucifér (1). El ayuno es el alcázar del cristiano, decia el Crisólogo (2). Con el ayuno nos parapetamos como en un castillo inespugnable, en frase de San Ambrosio (3). Contra el ayuno, escribe San Basilio, son impotentes las acometidas del vicio, porque los ángeles custodian al abstigente y están siempre dispuestos á defender su causa (4). En vano intentaría Satanás vencer por el orgullo al cristiano escudado con esa arma tan poderosa. La gracia del Señor vendrá á su socorro, y fortalecido con ella rechazará toda sugestion maligna, diciendo como *dijo Jesus: Tambien está escrito no tentarás al Señor Dios tuyo.*

Por último, si la ambicion, la peor tal vez y la mas peligrosa de las tentaciones, nos asalta en nuestra vida cristiana, ninguna disposicion mas eficaz para triunfar de ella que el ayuno. Tambien Jesucristo esperimentó en su humanidad este género de ataque. Despechado el demonio con las anteriores derrotas, *llevóle otra vez á un monte muy elevado, y mostrándole desde alli todos los reinos del mundo y su gloria, le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote me adoras.* ¿Fementido! ¿Puede él por ventura dar lo que no es suyo? Y aun cuando dar pudiese esa soñada felicidad que promete, ¿quién es él para hacer que la disfruten los que por poseerla le adoran, sacrificándole su vida, su alma y su conciencia? Sin embargo, C. O., no sin gran resultado pone el enemigo todos los dias en juego ese poderoso resorte. ¿Cuántas victimas caen continuamente á los piés del demonio de la ambicion! ¿A cuántos no seduce con el

(1) *Jejunium scutum nostrum est ad retorquenda jacula diaboli.* (Tert. L. de Jejunio.)

(2) *Jejunium scimus esse Dei arcem, Christi castra.* (Crysol. serm. 2.)

(3) *Castra nobis sunt jejunia, quæ nos à Diabolica invasione defendunt.* (S. Ambros. serm. 25.)

(4) *Contumelia dæmonum nihil audet adversus jejunantem: et vite nostræ custodes angeli clarius manent apud illos qui per jejunium purgati sunt.* (S. Basil. apud. Ant. in Melissa. 1, part. c. 380.)

aparato deslumbrador de las riquezas, del oro, de la gloria mundanal! Mostrando á sus ojos el espectáculo de una bienandanza ideal, haciéndolos concebir la suprema dicha del hombre en la ostentacion, en el fausto, en la superioridad sobre sus semejantes, y en otras friolidades de este género, háles dicho: «Todo os lo daré, si prostrándoos me adorais.» Y desvanecidos con la idea de ser mas que otros, de poseer mas que otros, de brillar y figurar en la sociedad mas que otros, cayeron rodando de la altura de sus vanos pensamientos, y arrollando la justicia, postergando el mérito, desentendiéndose de toda razon de conveniencia, hollando las leyes divinas y humanas, solo atendieron á su propio engrandecimiento; y nada les importó el llanto de la viuda, los gemidos del huérfano, los lamentos de la virtud oprimida, y la desgracia de los que les sirvieron de escala para subir al puesto que ambicionaban, ó apoderarse de lo que formaba el objeto de sus aspiraciones. Otro tanto sucede respecto de todos los demás vicios: «Esto te daré,» dice el demonio al libertino, mostrándole los lúbricos placeres de la sensualidad; y el libertino se postra, y le sacrifica cuanto hay que sacrificar por lograr lo que bien presto se convierte para él en motivo de cruel despecho. «Esto te daré» dice al agiotista, manifestándole los beneficiosos resultados de un negocio inmoral é inicuo: y el agiotista se postra y le adora, porque á trueque de satisfacer su insaciable codicia, aféctale poco ó nada la pérdida del honor, y que el público le señale con el dedo como un hombre sin conciencia y sin Dios. «Esto te daré» dice al jóven licencioso que aspira á poseer ilegítimamente una belleza que le seduce con sus encantos, á la doncella envanecida de sus gracias y atractivos, al literato infatuado con los aplausos de la muchedumbre, al magistrado presumido de su rectitud é integridad, al político sediento de celebridad y renombre, al hacendista pagado de su ciencia y tino en el manejo de los negocios.... y todos á su vez adoran al demonio; este olvidándose de su probidad y enriqueciéndose á costa del erario, aquel abusando del poder para introducir en el Estado la anarquía y el desorden, el uno vendiendo la justicia y haciendo un infame tráfico con las leyes, el otro prostituyendo sus talentos y sirviéndose de su pluma para fomentar la

desmoralizacion, la incredulidad ó el escándalo; la doncella aceptando los incienso de sus adoradores y entregándose á todos los excesos de la mas vil pasion; el jóven tendiendo lazos á la virtud, manejando el oro, la intriga y la seduccion hasta conseguir su triunfo.

Ahora bien, M. A. O., ¿cómo triunfa Jesucristo de esta tentacion terrible? ¡Ah! El ayuno, debilitando su cuerpo habia dado á su espiritu una fortaleza sobrehumana, á su inteligencia una claridad infinita, á su voluntad una energía invencible, á su alma un heroismo singular. Así que no pudiendo contener la indignacion que le causa tanta petulancia, tanta osadía de parte del enemigo, *dicele Jesus: Retirate Satanás: pues escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y le servirás á él solo. Y entonces le dejó el diablo, y los ángeles se acercaron para servirle.* ¡Oh virtud poderosa del ayuno que, en lenguaje de Orígenes, postra al demonio y hace huir avergonzadas sus malignas huestes (1)! Con razon el Crisólogo coloca á la abstinencia en primer lugar entre las virtudes con que debemos hacer frente á las sugerencias del vicio (2). No hay crimen, no hay maldad en sentir de San Leon, que no logre desarraigar y destruir del alma el ayuno. Cuanto la codicia mas sedienta apetece, cuanto la mas desenfrenada lujuria anhela, cuanto la ambicion mas desmedida busca, todo cede ante esa virtud poderosa (3). Armados pues con ella en este santo tiempo, todas las tentaciones de la carne, del mundo y del demonio reducidas á las tres que toleró el Salvador en el desierto, las rebatiremos gloriosamente; y ni será bastante á seducirnos ese humo de gloria y de grandeza con que el siglo pretende trastornar nuestras inteligencias, ni el orgullo podrá corromper nuestros corazones, ni la sensualidad será capaz de debilitar la energía de nuestra alma con sus infames placeres. Solo á Dios que es el

(1) Cum jejunatis demonem vincitis, omnemque illius classem malignam retrorsum convertitis. (Orig. Hom. 4. de Diversis.)

(2) Jejunium contra vitia prima virtus est nobis. (S. Petr. Crysol. serm. 70.)

(3) Per jejunium et abstinenciam universa vitia destruuntur: et quidquid avaritia sitit, quidquid luxuria concupiscit, hujus virtutis soliditate superatur. (S. Leo. serm. 8. de Jejunio.)

único objeto digno de nuestro amor y culto adoraremos, á él exclusivamente consagraremos nuestra vida, á él sacrificaremos nuestras potencias y sentidos, convencidos de que solo en él podemos hallar esa dicha que el mundo promete pero no puede dar, esa paz y esa bienandanza que es patrimonio único de la virtud. Tengamos empero presente, que no basta para esto el ayuno material, si á él no añadimos la abstinencia de los vicios, en lo que consiste la parte principal de la mortificación cristiana (1). ¿De qué nos serviría, dice oportunamente San Gerónimo, afligir la carne con la privación de los manjares, si el alma estuviese saturada con la soberbia? ¿Qué utilidad nos reportaría abstenernos del vino que embriaga, si no nos abstuviésemos de la embriaguez de la ira, del odio ó de la venganza (2)? Ayunen también los ojos, concluye San Bernardo, ayunen los oídos, ayune la lengua, ayunen las manos, ayune en fin el alma absteniéndose de lo ilícito (3): y entonces será grato nuestro sacrificio á los ojos de Dios, y venciendo aquí con él todas las acometidas del enemigo, y postrando á nuestros pies el mundo con sus errores y sus pasiones, mereceremos un día entrar triunfantes con Jesucristo en el reino de la inmortalidad.

(1) *Jejunium magnum et generale est, abstinere ab iniquitatibus et illicitis voluptatibus sæculi, quod est perfectum jejunium.* (S. August. tract. in Joan.)

(2) *Quid prodest tentari corpus abstinencia, si animus intumescit superbia? Quid utilitatis habet vinum non bibere, et ira et odio inebriari?* (S. Hieron. Epist. ad Celant.)

(3) *Jejunet ergo oculus, jejunet auris, jejunet lingua, jejunet manus, jejunet etiam anima ipsa.* (S. Bern. serm. 4. cuadrag.)

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA I DE CUARESMA.

LOS RESULTADOS CASI INFALIBLES DE LA REINCIDENCIA EN EL PECADO
SON EL LIBERTINAJE DE LAS PASIONES, LA OBSTINACION Y LA
IMPENITENCIA FINAL.

Cum immundas spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida, quaerens requiem, et non invenit. Tunc dicit: revertar in domum meam unde exivi. Et veniens invenit eam vacantem, scopis mundatam et ornatam. Tunc vadit, et assumit septem alios spiritus nequiores se, et intrantes habitant ibi: et sunt novissima hominis pejora prioribus.

Cuando el espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos, buscando donde hacer asiento, sin que lo consiga. Entonces dice. Tornaré á mi casa, de donde he salido. Y volviendo á ella la encuentra desocupada, bien barrida y alhajada. Y vá, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí; viniendo á ser el postrer estado de aquel hombre mas lastimoso que el primero.

MATTH. XII. 43 ET SEQ.

Así como el combate es la condicion esencial de la vida cristiana segun en varias ocasiones venimos demostrando, del mismo modo en la perseverancia final consiste la victoria. No basta pues luchar un dia en esa arena sangrienta: preciso es combatir sin tregua y sin descanso hasta el morir, tanto mas cuanto que la obstinacion es el principal carácter de ese enemigo contra quien tenemos que habérnoslas; y vencido una y otra vez, no por eso desiste, sino que vuelve porfiado y tenaz á la liza, convencido de que mas glorioso será su triunfo, si llega á conseguirlo, cuanto mayores hayan sido los obstáculos y mas rudos los choques que haya tenido que sostener.

Por eso el príncipe de los apóstoles exhortándonos á vivir vigilantes contra ese temible adversario, nos le pinta como un leon hambriento que incesantemente hace oír sus rugidos en derredor nuestro buscando víctimas con que satisfacer su incansable saña (1). Pero aun mas clara y terminantemente se espresa Jesucristo en el presente Evangelio, manifestándonos los ardides del demonio, su pertinaz insistencia en triunfar del hombre convertido, los peligros de una nueva recaída en el pecado y sus funestas consecuencias. «*Cuando el inmundo espíritu (dice) ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos, buscando donde hacer asiento. Y no consiguiéndolo, dice: Tornaré á mi casa, de donde sali. Y volviendo á ella, la encuentra desocupada, bien barrida, y alhajada. Entonces vá, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan alli: viniendo á ser el postrer estado del hombre peor que el primero.*»

Ved ahí, M. A. O., pintado á grandes rasgos el carácter esencial del espíritu de seducción y la marcha que sigue para arrastrarnos de nuevo á nuestra ruina, una vez que por la gracia del Señor hemos quebrantado su yugo, y salido de su cautiverio. Lejos de acobardarse por su derrota, torna á la carga con mas ardor que antes, renueva sus asaltos, y en el deseo de vengarse de Dios en su imagen, ya que en él mismo le es imposible, aguijado por su propia ignominia, nada perdona por apoderarse del alma que se le escapára de entre las manos, contando por nada otras conquistas, en comparación de aquella que burló sus esperanzas acogíendose al seno de Dios mediante una sincera penitencia. De aquí su inquietud, su turbacion, su despecho mientras no logra volver á posesionarse de la morada de donde fué lanzado: *Quærens requiem et non invenit.* De aquí el apelar á todos los recursos que le sugiere su malignidad y reforzar sus huestes para el nuevo asalto que medita: *Et assumit septem alios spiritus nequiores se.* ¿Bastaría pues en estas circunstancias haber ayunado con el Salvador en el desierto, haber humillado como él al tentador, y arrojádole de sí por medio de la peni-

(1) Petri. V. 8.

tencia en este santo tiempo de Cuaresma, si entregados despues á una muelle apatía le dejásemos volver á posesionarse de nuestra alma? ¡Tristes de nosotros! Entonces nada habríamos conseguido sino hacer mas visible y brillante el triunfo de nuestro adversario, y mas funesta y vergonzosa nuestra derrota. *Et ingressi habitant ibi, et sunt novissima hominis illius pejora prioribus.* Porque comunmente «los resultados casi infalibles de una reaccion de esta clase, son el libertinage de las pasiones, la obstinacion en el pecado, y la impenitencia final», como os voy á demostrar en este discurso, despues de haber invocado los divinos auxilios, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

El Apóstol San Pablo ha consignado un principio que por mas que á primera vista parezca exagerado, estudiado empero á la luz de la sana razon y de la diaria esperiencia no es sino por desgracia muy cierto. «Cuando un hombre (dice) despues de haber recibido las ilustraciones celestiales y gustado de los dones de la gracia, y participado de la santa palabra de Dios que le descubre las maravillas del porvenir, vuelve á caer en sus primitivos pecados, es imposible que vuelva á ser renovado por la penitencia (1).» Preciso es sin embargo M. A. O., tener en cuenta que no se trata en este texto de una imposibilidad absoluta, lo cual estaria en contradiccion con la doctrina católica, sino de una dificultad suma que, atendidas las circunstancias del pecador relapso, constituye frecuentemente una especie de imposibilidad moral de convertirse á causa de la fuerza casi invencible con que el hábito criminal arrastra al hombre al abismo del mal. Asi han entendido las referidas palabras del Apóstol los génios mas eminentes del cristianismo, salvando de este modo por una parte la exactitud del texto en cuestion, sin menoscabar por otra la infinita misericordia de Dios que siempre y en todas ocasiones está dispuesto á aceptar la verdadera penitencia del culpable.

(1) Ad. hæbr. VI. 4 et seq.

Esto supuesto, veamos en qué estriba esa dificultad de convertirse sinceramente despues de una reaccion funesta de la penitencia al pecado. San Bernardo la constituye en que la reincidencia nos aleja considerablemente de Dios: 1.º, fortificando en el relapso la inclinacion al vicio, de donde se origina el libertinaje de las pasiones; 2.º, debilitando en el alma la accion de la gracia; y hed ahí el principio de la obstinacion en el pecado; 3.º, creando en ella una oposicion esencial á todo cuanto pudiera convertirla, y de aquí la impenitencia final. Terrible escala que recorre frecuentemente el pecador para llegar á ese abismo cuyo fondo es el infierno.

Y en primer lugar que la recaida en el pecado nos aleje considerablemente de Dios y nos empuje hácia el libertinaje de las pasiones fortificando en nuestra alma la inclinacion al vicio, es una de esas verdades que saltan á la vista del menos perspicaz. Sobre la esperiencia que cada cual tiene de sí propio en este punto, hay razones poderosísimas que la evidencian. De solas dos haré mérito, tomada la una de la justicia de Dios, y la otra de la naturaleza misma del hombre. Siquiera la misericordia divina sea esencialmente infinita, é inagotables los tesoros de su bondad, ¿quién duda que considerada con relacion al hombre tiene un límite, por lo que respecta á la distribucion de los auxilios especiales de que depende la conversion? He callado, he tolerado, decia el Señor por uno de sus profetas, por los tres primeros crímenes de Damasco, ¿empero callaré y sufriré del mismo modo cuando por cuarta vez ha olvidado mi ley y mostrádose rebelde? No: yo haré sensible mi venganza alejándome de esos impíos que han irritado mi cólera (1). Tal es la conducta de Dios con el pecador relapso; sufre, calla, tolera pacientemente sus extravíos hasta cierto tiempo, porque su deseo es que el hombre viva arrepintiéndose de sus maldades: mas luego que la tolerancia divina ha llegado á agotarse por efecto de la humana ingratitude, retírase del criminal, déjale marchar libremente en pos de sus torcidas inclinaciones; y separado entonces de aquel que únicamente podia llenar su corazon derramando en él la uncion de su es-

(1) Amos I. 3 et seq.

piritu, todos los vicios hallan lugar en él, todas las pasiones se insinúan con la mayor facilidad; de la corrupcion del corazon pasa á la de la inteligencia, y á trueque de justificar su conducta no duda abrazar los mas absurdos errores. Verificase lo que dice el Salvador en la presente parábola: El espíritu del mal al volver á posesionarse de un alma de que habia sido lanzado, ya no vuelve solo, lleva consigo una cohorte de espíritus peores que él, el espíritu de la indiferencia, el espíritu de la incredulidad, el espíritu del cinismo y del impudor que le comunican su venenoso aliento: *Assumit septem alios spiritus nequiores se, et ingressi habitant ibi*. Entonces la virtud no es para el relapso mas que una quimera, la devocion una hipocresía, la piedad una ilusion, la penitencia un fanatismo. De aquí la osadia, el sacrilegio, la irreligion, la impiedad, y todos esos vicios que reunidos forman en breve el monstruo del libertinaje. Hed ahí el carácter del hombre, propenso de suyo á dejarse llevar por cuanto seduce y halaga el sensualismo; una vez que se ha divorciado de la virtud nada teme, nada recela, es un torrente que ha salvado sus diques y vá á precipitarse insensiblemente en el abismo de todos los males, segun la frase de los santos libros (4).

Del libertinaje á la obstinacion no hay mas que un paso, y este paso le da el pecador relapso sin la menor dificultad. Las mismas recaidas que fortifican en el alma la inclinacion al vicio, debilitan en ella la accion de la gracia, y llegan á hacerla insoportable el yugo de la divina ley. Entonces una lucha terrible se empeña en el corazon del criminal que ha contraido el hábito de pecar. Sintién-dose por una parte abismado en un océano de inmundos placeres, de goces vergonzosos, de pasiones seductoras, y asaltado por otra de la idea de un Dios primer autor, último fin, juez incorruptible y vengador eterno del vicio, teniendo sin cesar delante de los ojos una eternidad de tormentos que le amenazan, si desde luego no acepta el sacrificio de la penitencia que la misericordia de Dios le ofrece para salvarle; ¿qué hará? ¿Podrá soportar el peso de la religion y

(4) Prov. XVIII. 3.

de la fé en estas circunstancias, un corazon encadenado por el vicio que repetidas veces ha roto su yugo, y otras tantas ha vuelto á caer bajo de él? ¿No preferirá mas bien rechazar una luz que le es enojosa porque le hiere, y lanzarse en las vias de la incredulidad por evitar los remordimientos de su conciencia? Cierito que esto no podrá conseguirlo y que donde quiera le seguirá como una sombra la idea de su Dios, á quien solamente trata de alejar de sí porque le teme. Pero á merced de estos mismos esfuerzos, tomando incremento el hábito vicioso, acostumbrado á abusar de todos los remedios espirituales y á despreciar cuanto puede contribuir á salvarle, llegará el hombre á un grado de obstinacion en que todo será inútil para hacerle volver en sí. ¿Podrá conseguirlo la gracia? No; porque el pecador ensordece á sus gritos y rechaza su accion salvadora. ¿La palabra divina? Tampoco: porque en su alma llena de impuros deseos, y ocupada por mil pasiones vergonzosas que la tiranizan, no puede penetrar la luz del cielo. ¿Los consejos y las exhortaciones de las personas virtuosas? Menos aun; porque se ha acostumbrado á mirarlas como gentes ilusas, ignorantes, preocupadas, y á mofarse de su piedad como de una debilidad ridícula. ¿Los remordimientos de su conciencia? Imposible: porque á fuerza de desecharlos como á huéspedes importunos, ha logrado crearse una especie de afectada seguridad, como si de él pendiese salir cuando bien le plazca de su lastimoso estado. Hed ahí el error comun de todos los pecadores obstinados. Sucédeles en cierto modo en el orden moral, lo que aconteciera un dia al invencible Sanson. Una pasion funesta habiale cegado, pero sin que por eso perdiese las fuerzas prodigiosas de que le dotára el Señor. La pérfida estrangera á quien se habia unido, mas de una vez intentó entregarle á los filisteos, sus encarnizados enemigos, atándole mientras dormia para que no pudiese escapar de sus manos; pero en todas ocasiones halló el medio de burlar los intentos de sus émulos, rompiendo las ligaduras y poniéndose á salvo. Envalentonado con esto, lisonjeábase de quedar siempre victorioso, y decia con arrogancia: «Saldré como hice antes y me desembarazaré de mis adversarios»: *Egrediar sicut ante*. Pero aquella mujer artificiosa logra con ruegos y caricias fingidas sedu-

circle y arrancarle el secreto de su fuerza. Córtales los cabellos de donde dependia, avisa á los filisteos, estos le sorprenden, arrojanse sobre él; quiere levantarse como otras veces... ¡Ah! el desgraciado ignoraba, dice el sagrado texto, que Dios se había retirado de él: *Nescicus quod recessisset ab eo Dominus* (1). Ved abí, mis amados oyentes, el retrato fiel de un alma obstinada en rechazar los impulsos de la divina gracia en virtud de las frecuentes recaidas en el pecado. Soberbia y arrogante cree que ella podrá romper cuando quiera los lazos de las malas pasiones que la tiranizan, y deshacerse de los hábitos viciosos á que se ha esclavizado. «Yo quebrantaré mis cadenas, dice; yo me libertaré á su tiempo de estos compromisos que me he creado; yo triunfaré de esas ocasiones peligrosas que ahora no me conviene dejar; yo me sobrepondré á esas debilidades que al presente me dominan: *Egrediar sicut ante*. Y el desgraciado pecador no advierte que á medida que se obstina en desafiar á Dios con su protervia, Dios se va alejando de él privándole de sus ausilios y abandonándole al imperio de sus pasiones: y que acaso cuando quiera romper ese yugo ya no le será posible, porque entre él y Dios habrán abierto sus reincidencias un abismo insuperable. El pecado sigue una marcha progresiva que nada es capaz de evitar cuando no se le opone oportunamente un poderoso dique. A manera de esos torrentes que se desprenden de las altas montañas, cuyas aguas al principio nacen mansas y apacibles, despues van engrosándose con el caudal de otros que encuentran al paso, hasta que al fin llegan á formar un rio cuya soberbia corriente arrastra en pos de sí las rocas y los edificios, no de otra suerte el pecado repetido degenera en costumbre, de la costumbre pasa al hábito, del hábito á la necesidad, de esta á la obstinacion, de aquí al endurecimiento, en seguida á la desesperacion. Y entonces ¿qué le resta sino la impenitencia final?

Tal es el tercero y último grado de esa escala que recorre el pecador relapso, verificándose en él aquello del presente Evangelio: *Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus*. Llegado el hombre

(1) Judic. XVI. 20.

á este punto siente en sí mismo una oposicion casi invencible á todo cuanto pudiera salvarle: los remedios mas poderosos y eficaces vienen á ser completamente inútiles, y conviértese en un hecho deplorable pero cierto la terrible sentencia del Apóstol: «A los que voluntariamente se obstinan en pecar despues de haber reconocido la verdad, ya no les queda hostia que ofrecer por sus pecados, sino esperar el juicio horrendo de Dios y la venganza que tiene reservada para sus enemigos (1).» Y en efecto, á un hombre que cien veces se lavó en las aguas saludables de la penitencia y otras tantas tornó á sus primeras abominaciones, ¿qué cosa habrá capaz de convertirle? No hay verdad que no haya oido, ni persuasion que no haya escuchado, ni ejemplo que no haya visto, ni remordimiento que no haya menospreciado, ni ocasion favorable que no haya dejado pasar inútilmente; ha agotado en cierto modo toda la virtud de los sacramentos esterilizándola con sus recaidas; á fuerza de abusar de todo, á todo se ha hecho insensible; y renovando cada dia las úlceras de su alma, las ha hecho incurables, segun la espresion de un profeta (2). Hay todavia mas: el pecador relapso añadiendo á la malicia peculiar del crimen la ingratitud y la perfidia hácia Dios, no solamente ha olvidado su misericordia, sino que ha hecho de ella un arma para ofenderle y ultrajarle con mayor audacia é impunidad, convirtiendo el remedio mismo de la penitencia en cebo del libertinaje, y sirviéndose, como dice Tertuliano, del esceso de la clemencia divina para fomentar su propia temeridad: ¿Cómo pues podria el Señor sin menoscabar su justicia dejar de usarla con el que así le insulta y provoca su cólera? ¿Podremos suponer que su generosidad, agotada ya por el pecador, llegue al estremo de olvidarse de lo que se debe á sí mismo, á su gloria, á su magestad y á su providencia? No, que entonces es llegado el caso de decir al relapso impenitente: «Curado

(1) *Voluntarie enim peccantibus post acceptam notitiam veritatis, jam non relinquitur pro peccatis hostia: terribilis autem quædam expectatio judicii, et ignis æmulatio quæ consumptura est adversarios.* (Hæbr. X, 26, 27.)

(2) *Jerem. XXX, 12.*

hemos á Babilonia y no ha sanado, pues abandonémosla: *Curá-
bimus Babylonem, et non est sanata, derelinquamus eam* (1). ¡Aban-
dono de Dios! ¡Impenitencia del hombre! Estas espresiones os ater-
ran, M. A. O., pero no son por eso menos exactas. Cierto que
mientras el hombre vive, por grandes y numerosos que sean sus pe-
cados siempre está en vía de convertirse: ya hemos dicho que no
pretendemos establecer una imposibilidad absoluta, y si solo una
imposibilidad relativa; mas si espera á la hora de la muerte para
tornar á Dios, y lleva hasta el término de su existencia sus habitu-
des criminales, ellas descenderán con él al infierno encarnadas en sus
huesos, segun el símil de los Santos Libros (2). Pondérese cuanto se
quiera la misericordia de Dios, ensálcese la virtud de los sacramen-
tos y la fuerza prodigiosa de la gracia: nada de esto impugnaré. Lo
que sí diré, porque una esperiencia de muchos siglos viene demos-
trándolo, es que llegado el hombre á cierto grado de maldad todo
ello es ineficaz, por no decir completamente infructuoso, especialmente
cuando el espíritu inmundo ha morado en él, cuando el pecado de
la lubricidad le ha dominado hasta el último momento. Pocos lasciv-
os he visto penitentes en el lecho de la muerte; pocos relapsos he
visto sinceramente contritos en sus postrimeros instantes. Lo que he
visto es ó bien hipócritas que por un insensato orgullo encubren al
morir bajo una máscara de impiedad y afectado cinismo los crueles
remordimientos de la fé, ó desesperados que bajan al abismo blasfe-
mando de Dios y de los hombres. En medio de estos dos extremos
no faltan, es cierto, muchos que aplazando su conversion para
aquella hora terrible, se lisonjean de alcanzar entonces, como An-
tioco, el perdon de unos crímenes de que nunca se dolieron sincera-
mente. ¡Insensatos! Ven deslizarse el tiempo insensiblemente, y no
por eso se convierten; ven llegar la vejez, y aun se resisten; escu-
chan la voz de la gracia que les urge, y dan largas; llega en fin el
momento precursor de la muerte: y entonces, ¿creen poder renun-
ciar de un golpe á sus pasiones, llorar fructuosamente sus pasados

(1) Jerem. LI, 9.

(2) Job. XX, 11.

escesos, y reconciliarse con Dios mediante una penitencia aceptable? Dificil empresa, puesto que á ello no se opone menos el conocimiento que el moribundo tiene de su propia malicia, que el recuerdo del menosprecio que ha hecho de la misericordia del Señor. Cederá á la importunidad de una familia afligida, pedirá los sacramentos de la Iglesia, gemirá, llorará, protestará su dolor... Pero dentro de sí mismo sentirá que no se duele tanto de haber pecado como de no poder pecar mas; su corazon indiferente desmentirá las esterioridades de un arrepentimiento forzado; al mundo cuyos seductores placeres huyen ante su vista consagrará sus últimos suspiros, y no á aquel Dios terrible ante quien está próximo á comparecer. La presencia de un Salvador cuyos llamamientos menospreció, ¿qué sentimientos despertará en su alma? ¿Cómo no ver en aquella cruz ensangrentada, en aquellos clavos, en aquellas espinas, en aquella carne desgarrada una condenacion elocuentísima de sus vergonzosos crímenes! Hé ahí, se dirá á sí mismo, el modelo que debí imitar, el Redentor cuyo sacrificio hice inútil, la sangre que veces tantas he profanado con mis recaidas, el Juez á quien he ultrajado con mi obstinacion... ¿Osaré yo implorar su clemencia que en otro tiempo me ofreció en vano? ¿Me atreveré á esperar su perdon que en tantas ocasiones rechacé orgulloso? ¿Me lisonjearé de obtener una gracia de que mil veces me burlé impiamente? Estas reflexiones no podrán menos de asaltar al pecador acostumbrado á frecuentes recaidas, á abusar de los sacramentos, á denostar la religion, que llega á su postrimer instante sin haber temido á Dios ni su justicia; y harto penetrado de lo que fué, de lo que es, y de lo que merece, si es consecuente, si es lógico, se verá forzado á concluir: «Si Dios es quien es, es imposible salvarme; mi condenacion es irremediable.» ¡Conclusion terrible, A. M.! pero ella es la de todos los pecadores relapsos que llevan su impenitencia hasta el fin de sus dias, y tal será la vuestra si los imitais.

Ya habeis visto los grados por donde se llega á este término funesto. La reincidencia fortificando en el alma la inclinacion al vicio, la aleja de Dios y la conduce al libertinaje de las pasiones; debilitando en ella la accion de la gracia, la arrastra á obstinarse en el

pecado; y creando en ella una oposicion casi invencible á quanto pudiera convertirla, la precipita en la impenitencia final. Examinad pues de buena fé los progresos que habeis hecho en el vicio, medidad el estado en que os han colocado vuestras pasiones, y evitad por todos los medios posibles que el espiritu maligno, una vez lanzado de vosotros, se apodere de nuevo de vuestro corazon y os esclavice á su infame yugo; no sea que cuando querais os sea imposible arrojarle, y siguiendo esa gradacion funesta en las vias del mal, sea vuestro porvenir mas triste que vuestro presente, y vuestra perdicion irremediable: *Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus.* Volveos á Dios ahora que teneis entera libertad para hacerlo, y la necesidad no os impone ley alguna. No esperéis á que llegue la horrenda noche de la muerte en que ya no es dado obrar. Y si felizmente os habeis mantenido puros é inocentes hasta ahora, evitad con gran vigilancia los peligros de la seduccion. De este modo vuestra perseverancia en el bien, ó vuestra oportuna penitencia serán recompensadas en la otra vida con una gloria perdurable y una eterna inmortalidad.

EXORDIO,

É IDEA DE UN SERMON

PARA EL SÁBADO DESPUES DE LA DOMINICA I DE CUARESMA
Y PARA LA DOMINICA II DE IDEM.

SOLO LA RELIGION PUEDE DARNOS UNA IDEA ESACTA DE LA FELICIDAD QUE ES IMPOSIBLE HALLAR EN LA TIERRA, Y REALIZARLA EN LA OTRA VIDA, LLENANDO CUMPLIDAMENTE NUESTROS DESEOS Y ESPERANZAS.

Domine, bonum est nos hic esse.

Señor, bueno es estarnos aquí.

MATTH. XVII. 4.

NADA mas frivolo, nada mas fantástico é insubsistente que ese aparato de gloria y de grandeza, de bienestar y felicidad que el mundo ostenta á la vista de los mortales. Todo en él es vanidad, segun la espresion profunda de un rey sábio que habia probado todos sus gozes, agotado todos sus placeres, y apurado hasta las últimas heces del dorado cáliz con que nos brinda de continuo un siglo seductor. Y sin embargo, los hombres adoran ese idolo, sacrificanle su existencia, reconcentran en él todas sus aspiraciones, y creen que su positiva dicha está cifrada en disfrutar durante el breve plazo que habitan en este suelo, de esas miserables apariencias de soñada bienandanza, que frecuentemente ven desaparecer ante sus ojos cuando con mas avidéz la buscan, ó cuando mas seguros se juzgan de su posesion.

Lo que un dia aconteció en el Thabor, segun el presente relato evangélico, es un tipo exacto de lo que diariamente sucede en el mundo. «Tomando Jesus consigo á Pedro, á Santiago y á Juan

su hermano, subió con ellos á un elevado monte, y se transfiguró en su presencia. De modo que su semblante se dejó ver resplandeciente como el sol, y sus vestidos de una blancura semejante á la nieve.» Ved ahí una pintura bien parecida del efecto fantasmagórico que el mundo causa á los ojos del hombre que solo contempla sus esterioridades. Radiante de riquezas, rico en placeres variados, sembrado por do quiera de bellezas que encantan, abundante en objetos que estimulan la ambicion ó encienden la sensualidad, lleno de atractivos para todas las situaciones de la vida, seductor bajo todas sus formas, transfigúrase momentáneamente en un Eden delicioso, en un paraiso ameno que embriaga nuestras potencias, y causa en nuestros sentidos una ilusion indefinible. Entonces semejantes al príncipe de los apóstoles, figúrasenos haber hallado el objeto de nuestras esperanzas, nos persuadimos de que todo es real y verdadero en ese mundo que solo hemos contemplado en su faz bella y trasparente; y sin cuidarnos de investigar lo que bajo esas sombras de grandeza y felicidad puede haber de amargura y de desdicha, exclamamos entusiasmados: «*¡Bueno es estarnos aquí!*»

Hed aquí el grito universal de todos los hombres á quienes la verdad católica no ha descubierto la futilidad, la insubsistencia, la nada de cuanto el mundo encierra. Por eso se les vé ambicionar sin descanso unos bienes del momento, elementos constantes de ruina y de desgracia; correr precipitados tras de unos placeres pasajeros cuyo término es el llanto y la desesperacion; inmolar su reposo y sus mas caros intereses ante el ídolo de una gloria á cuyos piés se abre un anchuroso abismo de degradacion y de ignominia... ¡Ilusos! ¡Y no cuentan con que el día de mañana trastornará todos sus proyectos de hoy, y no reparan que ese panorama fascinador desaparecerá un instante despues para ser reemplazado por el siniestro aspecto de la mas repugnante realidad! ¿Qué sucedió en el Thabor en el día de aquella prodigiosa transformacion que hoy nos refiere el sagrado texto? Escuchad, que el hecho encierra una leccion bien provechosa para el cristiano. *Aun estaba hablando Pedro*, todavía se hallaba saboreando aquella repentina idea de felicidad que le ocurriera á la vista de tanta gloria, no bien habia comenzado á es-

perimentar la primera impresion del delicioso porvenir que en su concepto le esperaba, *cuando hé aqui que instantáneamente una nube les cubre á todos; y óyese una voz que les dice: Este es mi hijo querido en quien yo me complazco; escuchadle. Y á esta voz caen en tierra despavoridos... y al volver en sí, nada ven sino á Jesus,*» no ya transfigurado y radiante de gloria, sino hombre mortal y pasible, que se prepara á ser la víctima del pecado, y departe con ellos acerca de sus próximos padecimientos y del cruento sacrificio que debe consumir en otro monte no muy lejano al Thabor, en el monte de las calaveras.

Pues bien; otro tanto se verifica en la apreciacion que los mortales hacen de la aparente bienandanza del presente siglo. Cuando mas alucinados se hallan respecto de sus bienes y placeres, cuando todavía no han comenzado apenas á gustar sus encantos y delicias, una triste esperiencia viene á desengañarlos, mostrando á sus ojos de una manera evidente que allí donde se cree encontrar la felicidad de la vida humana, solo existe un fantasma que oculta un abismo inconmensurable de sinsabores y disgustos, de tormentos y dolores; que nada hay mas vano y sujeto á mudanza, nada mas mezquino y pueril, nada en fin mas caduco y menos capaz de llenar el corazon del hombre, en el cual existe una necesidad inmensa de admirar, amar y abrazar lo infinito, que esa gloria, esas riquezas, esos goces, esas grandezas que, segun la espresion biblica, van á finalizar con nuestros nombres en la podredumbre de un sepulcro. De aqui resulta que «sola la religion puede darnos una idea esacta de la positiva felicidad que es imposible hallar en la tierra, y realizarla en la otra vida llenando cumplidamente nuestros deseos y esperanzas;» que es lo que me propongo demostrar en este discurso.

AVE MARÍA.

(Véase el discurso para la Dominica XIV despues de Pentecostés, tomo II, pág. 90; ó la homilia para la Dominica II de Cuaresma, tomo II, pág. 402; ó bien el sermon para la misma Dominica, tomo IV, pág. 407; pues á cualquiera de ellos puede acomodarse el presente exordio).

SERMON

PARA EL MIERCOLES DESPUES DE LA DOMINICA II DE CUARESMA.

EL PRIMER DEBER DE LA GRANDEZA HUMANA, Y EL USO MAS DIGNO QUE PUEDE HACER DE SU AUTORIDAD, CONSISTE, SEGUN LOS PRINCIPIOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA, EN DISPENSAR Á LOS PUEBLOS LA PROTECCION Y LOS SERVICIOS QUE RECLAMAN SUS NECESIDADES.

Scitis quia principes gentium dominantur eorum: et qui majores sunt, potestatem exercent in eos. Non ita erit inter vos: sed qui cumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister: et qui voluerit inter vos primus esse, erit vester servus.

No ignorais que los príncipes de las naciones avasallan á sus pueblos: y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros: sino que quien aspira á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado: y el que quiera ser el primero, ha de ser vuestro siervo.

MATTH. XX. 25, 26, 27.

Si los hombres en general no fuesen tan ciegos, si las sociedades no se hubiesen dejado seducir lastimosamente por los errores que viene sembrando en la inteligencia humana el génio del mal enmascarado con el antifaz de una orgullosa ciencia, de seguro no cesarian de engrandecer y glorificar al cristianismo por los innumerables beneficios sociales que trajo al mundo. Entre estos, no es el menor ni el de menos felices consecuencias la modificacion que operó con su doctrina en la naturaleza del poder. ¿Qué era este antes del advenimiento de Jesucristo sino la personificacion del orgullo en su mas alta espresion, la sancion del despotismo en toda su fiereza, el ejercicio de la tiranía mas absoluta, en una palabra, el derecho de ava-

sallar al débil, de esclavizar al pobre, de atropellar al inocente, de escarnecer la justicia, de prostituir la virtud, y de hacer de los demás seres sobre quien se ejercia la autoridad, otros tantos instrumentos del capricho ó victimas de la ferocidad? La historia de los pueblos paganos responde de esta triste verdad que no necesita demostrarse. Las disertaciones de los sábios, las elucubraciones de los filósofos, las doctrinas todas de los mas célebres moralistas hallábanse henchidas de esa idea de dominacion, que tendia á divinizar el *yo* humano de una manera increíble, sobreponiéndole á todas las consideraciones, á todos los intereses y á todos los derechos en beneficio del mas audaz ó del mas fuerte. El mundo pues no conocia entonces mas que dos gerarquías, dos clases sociales, á saber: potentados orgullosos que tenian oprimidos bajo su planta unos pueblos miserables, y pueblos sin dignidad que sufrían sin el derecho de quejarse la innoble y pesada coyunda de sus despóticos señores. Tal era la sociedad antes que el Hijo del Hombre trajese el nuevo código civilizador que debía reformar el universo.

Vino pues el esperado de las naciones, el Salvador llamado á rehabilitar social y religiosamente la humanidad: y uno de los primeros errores que ataca de frente es ese sentimiento de orgullo encarnado en el hombre, que hacia de la superioridad un elemento esclusivo de opresion y de servidumbre. Encuentra unos discípulos ambiciosos que impulsados por esa idea comun aspiran á los primeros puestos en su reino: y aprovechando la oportunidad que se le presenta de desenvolver sus nuevos principios diametralmente opuestos á los que el mundo venia sustentando en este punto, formula su programa en estos términos: *«No ignorais que los príncipes de las naciones avasallan á sus pueblos: y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros: sino que quien aspirare á ser mayor entre vosotros debe ser vuestro criado: y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo: al modo que el Hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino á servir, y á dar su vida para redencion de muchos.»*

Hed ahí, M. A. O., destruido por sus cimientos todo el edificio de la humana soberbia, que hollando todos los derechos venia hacien-

dó del poder el abuso mas irritante. Desde el momento en que Jesucristo pronunció esas palabras solemnes, verificóse una gran revolucion en las ideas de la humanidad. La soberanía de los príncipes, la autoridad de los grandes de la tierra cesó de ser lo que era: perdió el carácter de dominacion para elevarse al estado de servicio público, como dice un sábio; y reguladas y dulcificadas por los principios del Evangelio las relaciones entre el poder y sus subordinados, la sociedad entró en las verdaderas condiciones de su existencia, y el mundo comenzó una nueva era de positiva civilizacion: puesto que «segun los principios de la doctrina católica, el primer deber de la grandeza humana, bien así como el uso mas digno que puede hacer de la autoridad, consiste en dispensar á los pueblos la proteccion y los servicios que reclaman sus necesidades;» como voy á demostrarlo en el presente discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Sabido es, por mas que la moderna ciencia haya querido demostrar lo contrario, que todo poder emana de Dios como de su única fuente, que toda autoridad tiene su origen en el cielo, y que no hay soberanía, no hay grandeza, no hay derecho humano que no proceda de aquel que es la grandeza esencial, la soberanía increada, el poder independiente y el árbitro de todos los destinos. Esto asentado como principio inconcuso, examinemos cómo usa Dios de su poder respecto de la humanidad. ¿Obra acaso con nosotros como un tirano inexorable que se complace en presenciar impasible el espectáculo de nuestras miserias? ¿Se conduce por ventura como un ser duro é inclemente que goza con nuestra desgracia? ¿Se muestra inaccesible á nuestros ruegos, despreciando altivo desde su elevado trono el llanto que vierten nuestros ojos? ¿Nos abandona á nuestra mala suerte, cuando empujados por los huracanes de la adversidad buscamos en él un protector, un padre ó un amigo que se conduc-

la de nuestra impotencia? ¿Nos cierra las puertas de su augusto santuario para que nuestras quejas no puedan llegar á sus oídos, cuando víctimas de la arbitrariedad ó del egoismo de nuestros semejantes intentamos manifestarle nuestros justos resentimientos? ¿No es por el contrario un Dios cuya providencia vela sin cesar en obsequio de sus criaturas espionando sus necesidades para remediarlas, examinando sus infortunios para calmarlos, y buscando donde quiera al que llora, al que padece, al que se vé oprimido, para dispensarle su proteccion y sus servicios? El real profeta lo ha cantado así en uno de sus salmos, y el mundo todo es testigo de esa verdad harto consoladora. Y no por eso teme Dios rebajarse demasiado, ni cree que su infinita grandeza se menoscabe, ni que su poder se envilezca, ni que su autoridad se disminuya, cuando desciende hasta el hombre para manifestarle su amor y su proteccion. Si aumento sufriera en lo que es infinito, si engrandecerse pudiera lo que es de suyo inmenso, la soberanía de Dios recibiría nuevo incremento, su poder adquiriría mayor realce y su autoridad mayor expansion cuanto mas la emplea en derramar sus beneficios sobre la humanidad: porque para él la autoridad, el poder y la grandeza, no son sino la manifestacion de su bondad, de su clemencia y de todos los bellos atributos de su amoroso corazon en favor del mundo.

Hed ahí el tipo perfectísimo de la grandeza humana. Todo lo que no sea usar del poder que Dios ha comunicado al hombre para hacer bien á sus semejantes, para emplearse en labrar la felicidad de los pueblos que están bajo su mando, para ser una segunda Providencia de los que sufren los azares de la adversidad, para hacer reinar la justicia y triunfar la virtud, para proteger todos los derechos legítimos y subvenir á las verdaderas necesidades, es contrariar visiblemente los planes providenciales, es abusar de una posicion á que van ligados los deberes mas sagrados, es oponerse á las enseñanzas del cristianismo, es retroceder á los tiempos paganos convirtiendo en instrumento de dominacion despótica, lo que solo debe ser un elemento de proteccion y de defensa contra la injusticia y la arbitrariedad del humano egoismo.

Por no comprenderlo así, se ven en el mundo tantas rivalidades,

tantos enconos, ódios tan inveterados y luchas tan desastrosas entre los pueblos vejados y avasallados por el orgullo de los grandes, y á éstos obstinarse en sostener á toda costa ese aparato efímero de superioridad por medios contrarios al fin que se propusiera la Providencia al concederles semejante ventaja. Frecuentemente se vé á esos seres privilegiados por el rango ó la fortuna henchidos de arrogancia, menospreciar é insultar con su escandaloso fausto á los que su nacimiento ó su mala suerte colocó en los grados inferiores de la escala social. Como si temiesen contaminarse con el contacto de las clases pobres, ni aun siquiera se dignan fijar sobre ellas una mirada afable: sus palacios están siempre cerrados al que no posee otros títulos ni distinciones que su honrada laboriosidad ó su virtuosa pobreza. Separados por una barrera inaccesible del resto de la sociedad, rodeados únicamente de párasitos y aduladores, los gemidos del indigente no llegan á esas divinidades sublunares. Asueros orgullosos y despiadados miran como un crimen digno de muerte el ser abordados sin previo consentimiento, que rara vez conceden sino al favor ó á la astucia, á la intriga ó al interés. Cifrando todo el brillo de su prestada majestad en oscurecer y deslumbrar á los que son menos que ellos, si alguna vez les franquean su presencia no es mas que para complacerse en humillar á sus víctimas. Considerándose grandes para sí solos, desconocen el oculto placer que encierra el ejercicio de la beneficencia; é incapaces sus almas de todo sentimiento noble y generoso, al tiempo mismo que con fastuosa pompa malversan sus caudales en prodigalidades escandalosas, jamás tienen ni siquiera una palabra de consuelo para el desgraciado que les tiende sus manos suplicantes, ni un liviano solaz para la viuda que les presenta el hijo famélico que amamantan sus pechos, ni una ligera simpatía para el anciano encorbado que les mira temblando, ó para el huérfano infeliz que llora en su presencia. Y entretanto la cortesana impudente, el hábil palaciego, el favorito inmoral medran á la sombra del vicio que adulan, y se engrandecen á costa de la corrupción que panegirizan, y se enriquecen con los dones de la pasión que lisonjean, y labran su fortuna con las generosidades de la injusticia que defienden.

— No exagero, M. A. O., las tintas de ese cuadro repugnante que ofrece á nuestra vista en su generalidad la humana grandeza. Tal es su verdadero carácter; y á pesar de la modificacion que en su naturaleza operó el cristianismo, todavía continúa siendo un objeto de escándalo y de disgusto para las clases menos favorecidas ese orgullo insufrible, esa petulancia insultante, ese espíritu de dominacion que la caracteriza, cuando por el contrario solo debieran ser esos defectos el triste recurso de una medianía oscura que aspira á ocultar su miseria y su pequeñez con el velo de la soberbia, y á parecer lo que no es al abrigo de una afectada magestad. Contad sino los que siendo verdaderamente grandes por su rango ó por su fortuna, se complacen en manifestarlo por medio de sus liberalidades con los pobres y desvalidos; enumerad los que colocados en la altura de la superioridad, saben hacerse pequeños sin menoscabo de su carácter, mediante su afable condescendencia con el infortunado que reclama su proteccion; buscad monarcas accesibles á los clamores de sus pueblos, príncipes que sepan renunciar á los placeres del trono por hacer justicia á los que les manifiestan sus agravios, nobles que se ocupen en escuchar las quejas de sus vasallos ofendidos, poderosos á quienes no importunen los justos ruegos del menestral ó del artista perjudicados en sus intereses... Pocos hallareis: y en su lugar vereis de sobra tiranuelos sin piedad, déspotas sin compasion, ricos de ayer que hoy desprecian la pobreza, escarnecen la desgracia, insultan el infortunio, miran con fiero desden las necesidades públicas, pasando por delante del triste espectáculo de la miseria que aqueja á las demas clases, se dirigen alegres á las bacanales, á los festines y á los espectáculos á matar el tiempo, segun la espresion sancionada por la holganza, y á buscar un recurso al fastidio de una vida muelle é indolente.

— Y todo esto, A. M., considerado bajo el aspecto religioso-social, ¿qué resultados tan tristes no acarrea! ¿qué frutos tan amargos no produce! Por una parte la blasfemia y el insulto contra la religion: por otra la rebelion y el desórden contra la sociedad. Aquí vereis unos que, abandonados en su desgracia, despreciados en su pobreza, humillados en su adversidad, se vuelven contra el cielo como si

la Providencia divina fuese la responsable de los desórdenes producidos en la tierra por el orgullo y la crueldad de la grandeza humana. Allí vereis otros que heridos en su amor propio, y no pudiendo sobrellevar resignados el pesado yugo de una superioridad que les reduce á la mísera condicion de esclavos, se alzan contra ella, promueven tumultos y asonadas, y cesando de respetar las leyes, y hollando los derechos, y protestando contra toda dependencia, y proclamando una libertad funesta, ponen en inminente riesgo el pais, trastornan el público reposo, crean conflictos al poder, y no paran á veces hasta producir un cataclismo social cuyas consecuencias no se habian previsto. ¿No es esto lo que con mas ó menos frecuencia venimos presenciando en el mundo? ¿Hay pais en donde no se hayan tocado y se toquen los resultados del abuso de la humana grandeza? Y no es decir que yo pueda aprobar ni menos autorizar semejantes desórdenes. Los deploro con todo mi corazon, y los detesto con toda la energía de mi alma. Sé muy bien que nadie tiene derecho á vengar por sí los presuntos ó verdaderos agravios de que se cree víctima por parte de la sociedad. Comprendo que cualesquiera que sean las injusticias ó arbitrariedades de los grandes, á nadie autorizan para conspirar contra el orden público, ni para alzarse contra las leyes, puesto que establecidos están los medios legales que cada cual puede hacer valer en casos dados para defender sus derechos. Pero ¿no es desgraciadamente, harto lógico que la soberbia del hombre abatido inflamada al soplo de la soberbia de otro hombre poderoso, estalle en incendios horribles y produzca trastornos lamentables? No hay cosa que tanto subleve á los que no debieron á la naturaleza mas que un nacimiento oscuro ó vulgar, ó una posicion angustiosa, como esa distancia enorme que la casualidad ha puesto entre ellos y los grandes del mundo. Juzgan injusta y caprichosa esa distincion de fortunas y rangos que realmente está destinada á producir la armonía en la escala social por medio del orden gerárquico; creen que no hay una razon capaz de justificar la pobreza y la humillacion de la mayor parte, al lado de la menor en la que se hallan reunidos los títulos, las distinciones, la nobleza y el poder sin otro mérito ostensible que un nombre mas brillante, cuanto

mas bajos se encuentran, menos se persuaden que están en el lugar que les corresponde en la gerarquía de los seres, no pueden decirse á aceptarle voluntariamente; porque como ha dicho muy bien un célebre orador, el orgullo innato en el hombre, por oscura que sea su posición, implica el odio á la superioridad, tiende siempre á subir, quiere ser el primero: y de aquí la insolencia y la altanería, llegando á ser á veces el patrimonio del populacho ignorante y soez, acarrea esos males tan frecuentes en todos los siglos, y que en el nuestro no son sino demasiado visibles. ¿Quién ha engendrado los delirios del socialismo prudhoniano? ¿Quién ha promovido las ideas comunistas que tanto daño están haciendo en las modernas sociedades? ¿Quién ha trastornado el cerebro de esos nuevos tribunos de la igualdad social que pretenden hacer del mundo el teatro de la confusión y del caos? ¿Quién...? Pero no llevemos mas adelante nuestras inducciones en este punto, y tratemos únicamente de buscar un remedio eficaz á tamaños males.

Ninguno hay, M. A. O., mas propio y conducente á este fin que el buen uso de la superioridad. Preciso es tengan entendido los que en la tierra se hallan colocados en la altura del mando, del poder ó de la fortuna, que segun las prescripciones de la doctrina católica, así como es en ellos un deber sagrado y el primero entre todos el ser humanos, afables, condescendientes, caritativos y benéficos con las demás clases menos favorecidas (puesto que como dice hoy Jesucristo en el Evangelio, pasaron ya los tiempos en que la dominación y el orgullo eran los caracteres de la grandeza), tampoco pueden hacer mejor uso de su superioridad que empleándola en proteger, patrocinar, y hacer bien á sus semejantes en proporción de sus necesidades. Tal es la gran teoría del cristianismo desenvuelta por el Hombre-Dios: «El que entre vosotros aspire á ser mayor hágase el menor, y el que quiera ser el primero hágase el último de todos.» Ciertamente que una máxima tan elevada no la comprenden esas inteligencias altivas que solo ven la grandeza en la agregación exclusiva de todos los elementos de gloria y de placer posibles, en dar sus leyes al mayor número, en dominar con su genio ó con su espada, en deslumbrar con su fausto ó en humillar con su ostentación á los de-

mas. ¿Pero qué tiene esto que ver con la positiva grandeza del alma, con la verdadera nobleza del corazón, con la gloria incomparable de la virtud, que se manifiestan por medio de la protección, del beneficio, del amor, prendas mucho más estimables que todas esas miserables pretensiones con que la altivez aspira á hacerse respetar despóticamente? No es verdaderamente grande el que no cifra su felicidad en labrar la dicha de sus prógimos pudiendo hacerlo. Este tal, dice San Ambrosio, más bien es digno de desprecio que de honor. Y no es únicamente el placer, la satisfacción, la honra, que va unida al buen uso de la grandeza, lo que debe estimular al hombre á manifestarse tal cual la religión prescribe; hay otra cosa de más valía. ¿Quién hay que no desee ser amado de sus semejantes? Poco importaría á un príncipe, á un monarca, á un potentado, verse rodeado de toda la pompa posible en sus palacios suntuosos, soledades espantosas, según la metáfora de Job, que no están á cubierto de los sinsabores y disgustos de la adversidad; de poco les serviría ese aparato de imponente terror que donde quiera los sigue, si en el corazón de sus subordinados no hubiesen sabido sembrar la semilla de ese afecto filial, de ese amor sincero que al propio tiempo que forma el encanto y las delicias de la vida privada, robustece el sentimiento de la confianza en la vida pública, y es la mejor garantía de la seguridad. Pues bien; ese amor solo puede engendrarle el beneficio, solo pueden comprarle los grandes á costa de su protección y de su celo en favor de las demás clases de la sociedad. «Mostraos humanos y benéficos en el ejercicio de vuestra autoridad, dice el Espíritu Santo, y sobre ser alabados lograreis conquistar el amor de los hombres (1).»

Séame lícito para concluir, reproducir testualmente las palabras que un famoso orador del siglo de Luis el Grande dirigía á este propósito al augusto monarca: «No son, señor, decía, los títulos, ni el rango, ni el poder, los que hacen á los soberanos amables. El talento, el valor, la superioridad de génio, el arte de gobernar y las demás prendas que brillan en la frente de un rey no basta-

(1) Eccli. III, 49.

rán para ganarle el amor de sus súbditos, sino en tanto que le hacen humano y benéfico... La gloria de las conquistas está siempre manchada de sangre: la carnicería y la muerte son las que á ella conducen, y para asegurarla es preciso sacrificar víctimas y hacer desgraciados á muchos. El aparato que la rodea es lúgubre y funesto, y muchas veces el mismo conquistador si es humano, se vé precisado á regar con lágrimas sus propios laureles. Por el contrario, la gloria de hacer feliz á un pueblo está siempre mezclada de un placer indecible; para inmortalizarla no se necesita elevar estatuas ni soberbias columnas; ella misma levanta en el corazon de cada súbdito un monumento mas durable é imperecedero que el mármol y el bronce: porque el amor cuya es la obra es mas fuerte que la muerte misma.»

Entended pues esto, los que por vuestra posicion, os hallais colocados en la cúspide de la humana grandeza. Entrad en el espíritu del Evangelio: y lejos de considerar vuestra autoridad como un título de dominacion, no olvideis que despues que el cristianismo vino á modificar las antiguas ideas del mundo pagano, ya no es sino un título de proteccion que envuelve el deber de hacer todo el bien posible á los demas hombres. La afabilidad, la humanidad, la condescendencia, el amor, hed ahí las prendas que deben adornar á todo superior respecto de sus subordinados. Lejos de él el orgullo, la dureza, el despotismo, la arbitrariedad, la injusticia, vicios que lejos de hacerle respetable, solo conducen á hacerle odioso y antipático. Sea su mayor gloria contribuir con su poder á labrar la dicha de los pueblos, enjugando el llanto del desgraciado, socorriendo la necesidad del menesteroso, ayudando al desvalido, protegiendo al débil, haciendo justicia al oprimido, y tomando á su cargo los intereses de la virtud. Y de esta manera sobre la honra que conquistará con sus acciones, sobre la gloria que le granjeará su conducta en este mundo, logrará en el otro una dicha perdurable y una eterna inmortalidad.

HOMILÍA

PARA EL SÁBADO DESPUES DE LA DOMINICA I DE CUARESMA.

EL HIJO PRÓDIGO TIPO DEL PECADOR QUE SE SEPARA DE DIOS,
Y MODELO DE NUESTRA CONVERSION HACIA ÉL.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo dijo Jesus á los Fariseos y Escribas esta parábola: Un hombre tenia dos hijos, de los cuales el mas jóven dijo á su padre: Dadme la parte de la herencia que me pertenece. Y el padre repartió entre los dos la hacienda. No muchos dias despues aquel hijo mas jóven recogiendo todas sus cosas se marchó á un pais muy remoto, y malgastó todo su caudal viviendo disolutamente. Despues que todo lo hubo gastado, sobrevino en el pais una grande hambre, y comenzó á padecer necesidad. De resultas púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja á guardar cerdos. Allí deseaba con ánsia henchir su vientre de las algarrobas que comian los cerdos: y nadie se las daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Ay cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo perezco aquí de hambre! No: yo me levantaré, iré á mi padre, y le diré: Padre mio, pequé contra el cielo y contra ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros. Con esta resolucion se puso en camino para la casa paterna. Estando todavia lejos, avistóle su padre, y enterneciéndosele las entrañas, y corriendo á su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dió mil besos... Y dijo á sus criados: Traed presto el traje mas precioso y vestidsele; ponedle un anillo en el dedo, y calzadle las sandalias: y traed un ternero cebado, matadle y comamos, y celebremos un banquete: pues que este hijo mio estaba muerto y ha resucitado: habiase perdido y ha sido hallado, etc.»

(LUC. XV. 11 ET SEQ.)

TIEMPO hace M. A. O., que solo oís de mis lábios un lenguaje triste y severo. Paréceme á veces veros dispuestos á interpelarme en esta forma: ¿Hasta cuándo, ministro del Señor, continuareis abrevándonos con el vino amargo del terror y de las amenazas del cielo? Cansados estamos ya de oiros hablar del pecado y de los terribles

castigos que le están reservados en la otra vida, y de veros desarrollar ante nuestros ojos la imágen estremeceadora del juicio y del infierno. El trueno de la divina justicia no cesa de zumar sobre nuestras cabezas: y nuestros corazones consternados aseméjense á una tierra herida por el rayo, cuyos cimientos tiemblan, y en cuyas entrañas se abren mil abismos sin fondo. ¿No pensareis jamás en consolarnos y en curar las profundas heridas que habeis abierto en nuestras almas?

Sea así en buen hora, C. O.: y puesto que tantas veces hemos hablado de la justicia inexorable de Dios, hablemos hoy de su infinita misericordia. No necesitaré por cierto hacer grandes esfuerzos de imaginacion, ni buscar prestados los recursos de la humana elocuencia para pintaros ese bello atributo de la divinidad. Abrid las sagradas páginas, y por do quiera le hallareis trazado con los rasgos mas brillantes y seductores. Mas no habeis menester sino fijar la consideracion en la parábola que hoy nos recuerda el Santo Evangelio, para quedar convencidos de la ternura paternal de ese Dios que en todo tiempo se halla dispuesto á franquearnos los inagotables tesoros de su clemencia, por muchos y enormes que hayan sido los excesos de nuestra vida. No hay entrañas que no se conmuevan, ni pecador que no conciba la mas dulce esperanza de obtener el perdón al recordar la historia del hijo pródigo, en la que una pluma divina ha trazado la historia verídica de nuestros estravíos, presentándonos al propio tiempo un modelo de nuestro retorno hácia aquel padre celestial de quien nos separamos pecando. Amplifiquemos pues el sagrado texto, y de él brotarán, digámoslo así, dos consecuencias sumamente instructivas, y consoladoras: « que no hay exceso á que no se precipite el hombre cuando se aleja de su Dios; pero que cualesquiera que sean sus delitos, nadie debe desesperar de la divina misericordia, toda vez que le busque mediante un sincero arrepentimiento. »

Y en cuanto á lo primero, sigamos uno á uno todos los pasos del protagonista de la presente parábola, y desde luego saltará á nuestra vista una reflexion hártamente demostrada por la esperiencia, á saber: que la juventud es la edad propia de las ilusiones y de los de-

lirios, la época crítica en que las pasiones se desarrollan con mayor violencia en el corazón humano, y de consiguiente el período funesto en que la criatura se deja arrastrar con más facilidad por la impetuosa corriente del vicio, como que entonces todo habla su corazón el lenguaje de la seducción y del error. «*Un hombre (dice el texto) tenía dos hijos; de los cuales el más joven dijo á su padre: dame la parte de la herencia que me pertenece.*» Observad desde luego el esceso de petulancia y de injusticia que envuelve semejante lenguaje. Por una parte no hay una sola palabra que no revele la más irritante altanería, pues que lejos de rogar con filial respeto, no parece sino que reclama el cumplimiento de un deber en uso de un derecho indisputable: y por otra, ¡cuán sórdida y repugnante no se muestra en él la codicia, llevada hasta el punto de querer heredar en vida al autor de sus días, cual si le fuese enojosa é insupportable una existencia que retardaba demasiado la posesion de unos bienes que consideraba como suyos!

¿Y no es esta la imagen más acabada, el tipo más perfecto del pecador que intenta emanciparse del yugo paternal de su Dios? ¿Quién hay que en semejantes circunstancias le pida con filial sumision lo que reclaman sus necesidades ó los auxilios que le son indispensables para enfrenar el ímpetu de sus deseos desordenados? ¡Ah! El pecador aspira á gozar á despecho de Dios mismo todos los placeres que puedan halagar sus aviesos instintos y á poseer todos los bienes capaces de satisfacer su desmedida ambicion; y olvidando como el hijo pródigo que el padre celestial vive eternamente, que sus derechos son inalienables, y que aun de los mismos bienes que dispensa á sus criaturas se reserva siempre la propiedad, prescinde de todo esto, mira cuanto ha recibido de su mano bienhechora como si le perteneciese de justicia y pudiese disponer de ello con entera independencia. «Tengo, se dice á sí mismo, un espíritu inteligente, y por lo tanto libre soy de pensar como me plazca. ¿Por qué no he de sacudir ese odioso yugo que pesa sobre mi inteligencia y aspira á cautivar mi razon ante las aras de la fé? Déjame pues, oh Dios, mis derechos y el uso de mi libertad para creer ó rechazar lo que con mis luces naturales juzgue digno de asentimiento ó de repul-

sion. Poseo un corazon sensible, y mi bienestar depende de las sensaciones que me proporciona; quiero pues darle toda la libertad de que la ley divina le priva, y dejarle gozar de su natural independencia. Tengo sentidos que contribuyen de diversas maneras á mi felicidad, toda vez que pueda usar de ellos á mi beneplácito: ¿pues por qué he de renunciar á este derecho?» *¡Dame la parte de herencia que me toca!*

Tal es el lenguaje de un corazon desordenado que se rebela contra Dios. Nada mas comun en nuestro siglo que oir á los impíos formular como principios inconcusos que el hombre nace libre é independiente, y que toda vez que no haga mal alguno á sus semejantes, en lo demas es dueño de obrar como mejor le agrade. ¿Y qué contesta el Señor á una demanda tan arrogante é injusta? ¿Qué hace con el pecador que así pretende emanciparse de su autoridad paternal? Hace lo que *el padre* de familia del presente Evangelio, el cual *repartió su hacienda entre los dos hijos*, dando á cada uno su respectiva legitima. ¡Reparticion funesta, mucho mas terrible de lo que parece á primera vista! Dios, en efecto, posee bienes inmensos en el órden de la naturaleza y en el de la gracia, bienes del tiempo y de la eternidad, bienes que nos proporciona goces momentáneos, y bienes que nos procuran una dicha sin fin. Cada hombre elige los que mejor le agradan. Prefieren unos habitar en la casa de Dios, escuchar su palabra, alimentarse de su doctrina y vivir para siempre á su lado cumpliendo sus divinos preceptos; y ved lo que hizo el mayor de los hijos del padre de familia. Ambicionan otros las riquezas, los honores, las dignidades, los talentos, ó la robustez del cuerpo, ó una larga vida, y otras cosas de este género; y el Señor en su justa cólera escucha á veces sus deseos, como sucedió con el hijo pródigo, á quien el padre puso desde luego en plena posesion de la herencia reclamada. Y el desgraciado que no traslucía el porvenir que le esperaba, ébrio de libertad é independencia, *no muchos dias despues recogió todas sus cosas*, y sin despedirse de su padre, sin dar siquiera un tierno abrazo á su hermano, sin enternecerse con el menor recuerdo á vista de aquel hogar bajo cuyo techo pasara dulcemente sus primeros años, parte presu-

roso y se marcha á un pais muy remoto en busca de la soñada felicidad que apetecía.

¡Cuán bien nos representa esta escena la imágen del alma infiel que pecando se separa del mejor de los padres, Dios, y abandona su santa casa donde á la sombra del santuario gozaba de las positivas delicias que proporciona la virtud! ¡Cuántos hombres pródigos de los dones de la divina gracia, é incapaces de apreciar en lo que vale la amistad del Señor, rompen diariamente los lazos misteriosos de amor que con él les unian, y no contentos con ese bienestar real y verdadero que solo se encuentra en la religion y en la práctica de sus divinos preceptos, se lanzan en las tenebrosas sendas del vicio y de las pasiones, creyendo hallar en ellas una dicha que jamás logran gozar! ¿Y qué pais lejano es ese á donde se dirige el pecador? ¡Ah! No todos siguen un mismo rumbo, y por consiguiente tampoco es idéntico el término á donde van á parar. Estos separándose de la verdadera Iglesia de Jesucristo mediante la apostasía ó el cisma, sepúltanse en la negra region del error, en donde privados de la luz de la fé no hacen mas que tropezar de aberracion en aberracion hasta precipitarse en el abismo de la duda ó del escepticismo mas repugnante. Aquellos abandonando las verdades tutelares del catolicismo que un dia profesáran con ardor, se arrojan en el laberinto de la incredulidad, y perdiéndose en sus profundas sinuosidades, van á parar insensiblemente á esa impiedad sistemática enemiga de Dios y del hombre, azote cruel que asola los pueblos y pone en convulsion perpétua las sociedades. Los mas se lanzan en el insondable Océano del mundo, asilo del vicio, mansion de iniquidad, region sombría apenas alumbrada por el eterno sol de justicia, en donde al lado de un corto número de almas virtuosas que conservan la union con el cielo, la muchedumbre ciega se abandona á todo género de excesos. Allí el pecador, abusando de los bienes que ha recibido de la generosidad de su padre, todos los malversa y disipa en su propio daño, bien asi como el hijo pródigo *malgastó todo su caudal viviendo disolutamente*. La inocencia bautismal, tesoro el mas rico y precioso que puede poseer el hombre, las virtudes infusas y adquiridas, el temor de Dios, la esperanza de los bienes

eternos, la fé en las verdades reveladas, todo desaparece casi en un instante. Hasta los dones de la naturaleza pierden su actividad con el pecado: el talento se enerva, el carácter se debilita, dejan de existir los sentimientos nobles y generosos, y no queda del hombre mas que un ser degradado é inútil. ¡Y cuántas veces, malversando el pecador los mismos bienes de fortuna en satisfacer sus torpes apetitos, se vé reducido á la mas extrema indigencia! Entonces se verifica en él si bien en diverso sentido lo que le aconteció al pródigo de nuestro Evangelio, de quien dice el texto sagrado, que *despues que todo lo hubo gastado, sobrevino en el pais una grande hambre, y comenzó á padecer necesidad...* ¡Hambre cruel y asoladora que sucede siempre en el orden moral á una época de disipacion y prodigalidad! ¿Qué otra cosa vemos en el gran mundo sino inteligencias pobres, corazones hambrientos que no hallan recurso alguno con que satisfacer sus deseos y aspiraciones? Aquí veo un hombre ambicioso que corre desalado tras las riquezas que forman el objeto de su codicia; y sin poderle detener en su carrera, le pregunto al pasar: ¿á dónde vas?—Voy en pos de la fortuna, me dice.—¿Pues qué es lo que te falta para llenar tu ambicion? ¿No eres mas rico que tus padres?—¡Ah! lo que poseo es nada comparado con lo que tienen otros que van delante de mí. Ellos habitan soberbios palacios, se pasean en trenes magníficos, y tienen á sus órdenes numerosos criados. ¿Por qué no he de gozar yo lo que ellos gozan?—¡Ese hombre es un hambriento! Allí apercibo otro en cuyos centelleantes ojos se vé pintada la inquieta solicitud que devora su alma, y le pregunto: ¿á dónde vas?—A los honores, á las dignidades, á la gloria.—¿Pues no ocupas ya un rango brillante en la sociedad? ¿A qué mas aspiras?—Y puedo yo, dice, ver con indiferencia tantos otros mas elevados que yo? ¿Por qué no he de ocupar uno de los primeros puestos del Estado?... ¡Ese es tambien un hambriento! Mas allá se me presenta un tercero cuyo livido semblante revela la mas insaciable voluptuosidad. ¿A dónde vas? le digo: ¿Qué buscas?—Placeres.—¿Pues no te has saciado ya de cuanto puede halagar tus sentidos?—Sí: pero todo lo pasado me disgusta, y me es preciso despertar mi sensualidad con goces nuevos y variados. ¡Hé

ahí otro hambriento! También lo es el sábio que consume sus dias en hacer investigaciones y descubrimientos en las ciencias; el hombre de Estado que aspira á immortalizar su nombre en la historia; el político que no se cansa de formar proyectos y planes de gobierno. Todos los hombres, en fin, son otros tantos hambrientos en este mundo : y no pueden menos de serlo, puesto que nada de cuanto les rodea es capaz de llenar el gran vacío que encuentra en sí el corazón humano. Porque no es solo nuestro cuerpo el que necesita de un alimento cotidiano : nuestra alma, sustancia espiritual y casi divina, tiene tambien necesidades que satisfacer ; y para vivir es preciso que se nutra continuamente de verdad, de esperanza y de amor. Mientras que, como el buen hijo de nuestro Evangelio, permanecemos en la casa de nuestro padre celestial, todas nuestras necesidades están satisfechas. La necesidad de creer se vé satisfecha por la fé ; la necesidad de esperar se satisface con la firme confianza de conseguir una felicidad eterna ; la necesidad de amar se llena por la union de nuestro corazón con un Dios infinitamente grande é inmenso, que se dá á sí propio como objeto de todo amor legitimo. Pero tan luego como el pecador, á manera del hijo pródigo, abandona esas fuentes de vida, y quiere alimentar su espíritu con ideas vanas y fantasmas impuros, y su corazón con deseos insensatos y criminales, entonces esa hambre devoradora crece desmesuradamente, se convierte en tirano implacable del hombre : y no pudiendo este acallarla con nada, se vé forzado á esclavizarse á alguna pasión vergonzosa que le indemnice de lo que ha perdido ; bien asi como el pródigo en su extrema miseria *púsose á servir á un morador de aquella tierra*, amo altivo é inhumano *que le envió á su granja á guardar una piara de cerdos*.

¡Imágen triste del envilecimiento á que se vé reducido el pecador cuando, lanzándose en la anchurosa senda del mal, llega de un grado á otro hasta precipitarse en el abismo del crimen! Seducido en los primeros momentos por la perspectiva de los placeres que el mundo ofrece en dorado cáliz, apura hasta las heces la emponzoñada copa, se connaturaliza con las mas innobles pasiones, se acostumbra á los goces mas vergonzosos, hasta asemejarse á los brutos estúpidos, cu-

yos corrompidos instintos alimenta en su corazon desordenado. Y entonces, ¿qué sucede? Lo que al hijo pródigo de la presente parábola, quien lejos de mirar con repugnancia el grosero alimento de aquel rebaño inmundo que apacentaba, llegó hasta el punto de envidiarle, *y deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas que comian los cerdos!!* ¿Y no es esto lo que continuamente estamos presenciando en el mundo? ¿No vemos todos los dias hombres que en el exceso de sus viles pasiones llegan hasta el punto de envidiar la suerte de los irracionales, por poder como ellos entregarse sin freno á los desordenados apetitos de la sensualidad, ó por no experimentar los remordimientos importunos de la conciencia? ¿No oimos á muchos sostener que no hay diferencia alguna real entre el hombre y el bruto, no porque estén persuadidos de ello, sino porque quisieran no tener un alma inmortal á trueque de no tener que temer un porvenir eterno? Pero en vano desean realizar esa quimera harto ignominiosa, bien así como nuestro pródigo deseaba inútilmente saciar su apetito con el repugnante alimento de los cerdos, *pues nadie se lo daba*. El alma del impío, del voluptuoso, del criminal, se degrada hasta apetecer la condicion de las bestias; quisiera participar de sus goces, y ser dichosa con su felicidad; pero estos deseos los rechaza instintivamente su naturaleza espiritual llamada á unos destinos mas sublimes; y cuanto mas se aproxima á esos vergonzosos goces, mayor repulsion siente hácia ellos. El irracional se ve realmente satisfecho cuando ha seguido su natural instinto; mas el hombre, hecho á la imagen de Dios y dotado de inteligencia, jamás puede satisfacerse ni hallar su bienestar en los placeres sensuales. ¡Degradacion lastimosa la del sér humano que aspira á esa dicha animal que se cifra en la satisfaccion del sensualismo bruto! Él solo en la naturaleza es el único sér que trastorna el órden establecido por la divina providencia: solo él se muestra fuera de su centro en este vasto universo. Despues de haberse entregado á los vicios comunes y ordinarios, llega á desear otros extraordinarios, monstruosos é imposibles. ¡Término fatal á que se ve arrastrado cuando colocado en la pendiente del crimen se deja llevar por la impetuosa corriente de unas pasiones desenfrenadas!

Detengámonos aqui, M. A. O., y despues de haber visto en los

escesos del hijo pródigo la historia verídica de nuestros extravíos, veamos ahora en su vuelta al hogar paterno el modelo de nuestro retorno hácia Dios, para poder obtener su misericordia.

Si el jóven de nuestro Evangelio, reducido al estado de envilecimiento en que le hemos dejado, se hubiese obstinado en devorar en silencio su desgracia, ó si ahogando los gritos de su conciencia se hubiese decidido á permanecer en el abismo del mal y á buscar un nécio consuelo en la esperanza de arrastrar á otros en su propia desventura, indudablemente hubiera perecido, como todo pecador que en su funesto endurecimiento se rebela contra el cielo. Mas lejos de hacerlo así, entra en sérias reflexiones sobre su situacion presente, comparándola con la vida dulce y pacífica que gozaba en el hogar paterno, reconoce toda la profundidad de su desgracia, y *volviendo en sí esclama: ¡Ah! cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo perezco aquí de hambre!*

Hed ahí el primer paso del pecador hácia su conversion. Mientras permanece entregado á las quiméricas dulzuras del siglo, se olvida de sí propio, del mismo modo que se olvidó de su Dios, y ningún pensamiento, ninguna idea séria viene á turbar aquel reposo de muerte en que se halla sumergido. Preciso es que la adversidad le toque con su mano de hierro para que las ilusiones desaparezcan. De este modo haciendo un paralelo entre lo pasado y lo presente, reconocerá su desgracia y echará de menos las positivas dulzuras que un dia disfrutára en la casa del padre celestial, y el sabroso alimento con que se nutría y avigoraba su alma en aquellos dias felices. Entonces, reflexionando los disgustos que continuamente le afligen, los padecimientos que le atormentan, fruto de sus vergonzosos desórdenes, su envilecimiento bajo el insoportable yugo de ignominiosas pasiones, y su triste situacion que resaltará mas comparándola con la suerte envidiable de muchas otras almas que tienen en abundancia el pan de la divina palabra, mientras él envuelto en dudas é incertidumbres carece de ese celestial alimento, entonces, sí, escitado por esta idea concebirá un deseo eficaz de tornar al centro de donde se separó, y dando un segundo paso en el camino de su conversion, se decidirá á buscar en Dios la dicha que no puede ha-

llar fuera de él, diciendo como el pródigo reconocido: *Yo me levantaré de ese abatimiento en que postrado me tienen los vicios, iré á mi padre, y le diré: Padre mio, pequé contra el cielo y contra ti.*

Tal es, C. O., la resolucion que debeis tomar desde este mismo momento, si quereis volver á disfrutar de la bienandanza que huyendo de Dios perdisteis. Cualesquiera que sean vuestros pecados, aunque hasta ahora hayais sido blasfemos, sensuales, enemigos declarados de Jesucristo, siquiera vuestra impiedad haya llegado al esceso de tomar parte en esas horribles ligas que minan sordamente los cimientos de la religion y de la moral cristiana, no importa. Entrad en cuenta con vosotros mismos, y decid resueltamente: «Cierto que he sido hasta aquí un ingrato; pero Dios siempre es bueno y generoso; he sido un hijo desnaturalizado, pero el Señor es siempre un padre clemente y tierno; romperé, pues, esas indignas cadenas que me tienen esclavizado al vicio, renunciaré decididamente á esas funestas pasiones que me tiranizan, salvaré las barreras que me oponen mis hábitos desordenados, saldré de un estado tan humillante é impropio de un sér nacido para el cielo, abandonaré de una vez este siglo que no dá á los que siguen sus máximas mas que envilecimiento y miseria, y sin la menor tardanza correré á lanzarme en los brazos de Dios en el sagrado tribunal de la reconciliacion. No basta empero resolverse, sino que á la resolucion debe seguir inmediatamente la ejecucion del pensamiento concebido. ¿De qué aprovechan esos propósitos vagos é inciertos que se pierden, por decirlo así, en el aire? No, C. O.: los momentos de la gracia son decisivos. Tan luego como la voz de Dios habla al corazon del pecador, no debe perder un instante en ejecutar sus inspiraciones. Entonces todo lo puede: al dia siguiente tal vez será ya tarde y no podrá hacer nada. ¿No obró así el pródigo de nuestro Evangelio? ¿No abandonó desde luego el establo, y tomó precipitadamente el camino de la casa paterna? ¿Qué es pues lo que os detiene, oh pecadores, para imitar su conducta? ¿Os obstinareis en decir que nada teneis que reprocharos á vosotros mismos? ¿Os empeñareis en cegaros voluntariamente para no reconocer vuestros delitos? ¿O acaso osareis insultar á Dios como los impios de que habla la Escritura, diciendo: «Es cierto que he

pecado, pero ¿qué mal puede sobrevenirme?» No, A. M.: fuerza es que convencidos de la enormidad de vuestros excesos, salgais de ese estado funestísimo del pecado, y corriendo á postraros á los piés del ministro de la reconciliacion, confeseis que habeis delinquido gravemente contra el cielo, contra esa luz divina que alumbra á todos los hombres, contra todos los habitantes de aquella mansion de justicia; que habeis pecado en presencia de aquel Dios de quien jamás pudisteis ocultaros por mas que pretendierais huir de su faz airada, porque su ojo os siguió donde quiera, y hasta en los tenebrosos abismos del crimen os alcanzó su mano omnipotente. Y ved cómo una de las principales cualidades que debe tener la confesion de vuestras culpas es la humildad: porque la soberbia es el crimen de los crímenes, el crimen de los demonios... Observad al pródigo arrepentido. No se contenta con confesar que ha pecado, sino que reconociendo la enormidad que envuelve el haber abandonado á su padre y huido de sus hogares, con mas la dilapidacion de los bienes que recibiera de su liberalidad, renuncia desde luego á todo aquello que formara su dicha en los dias de su inocencia, y contemplándose indigno de sentarse á la mesa con el autor de su sér para quien ha sido tan ingrato, de gozar de su presencia, de habitar con él bajo un mismo techo, y aun de llevar su nombre, dice: *Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo, pues he perdido todo derecho á esa honra: trátame como á uno de tus jornaleros*; y me daré por muy dichoso con ser admitido en el número de ellos, cubrir mi desnudez con el mismo traje que ellos visten, comer el pan negro con que ellos se alimentan, y ganar como ellos el sustento con el sudor de mi frente.

Acercándoos vosotros con estas disposiciones al sagrado tribunal de la penitencia, ¿qué no debeis esperar de un Dios tan misericordioso, cuyo corazon goza infinitamente mas en la conversion de un solo pecador que en la salvacion de noventa y nueve justos que no tuvieron necesidad de arrepentirse? No lo dudeis: tan luego como os hayais puesto en camino para tornar á vuestro Padre celestial, desde el momento en que hayais manifestado vuestro pesar por haberle ofendido, no bien habeis pronunciado las primeras palabras para

declarar vuestras culpas al sacerdote, el Señor hará con vosotros lo que con el hijo pródigo hiciera un día su padre, quien *así que le avistó desde lejos enterneciéronsele las entrañas, y corriendo á su encuentro le echó los brazos al cuello y le dió mil besos.* Y no solamente os recibirá con ternura ese Dios infinitamente bondadoso, y estrechándoos contra su seno mezclará con el vuestro su llanto y os dará el ósculo de paz, prenda preciosa de vuestra próxima reconciliacion, sino que en el momento en que hayáis hecho la declaracion sincera de vuestros pecados, se operará en vosotros aquella transformacion prodigiosa que se verificó en el pródigo arrepentido. *Su padre* al verle en tan lastimoso estado, *dijo á los criados: Traed presto el traje mas precioso y vestidsele, ponedle un anillo en el dedo, y calzadle las sandalias.* No de otro modo el Señor, mediante la sentencia absolutoria pronunciada por su ministro, os vestirá el cándido ropaje de la inocencia, pondrá en vuestro dedo el misterioso anillo de la gracia, como señal de alianza íntima, del reanudamiento de aquellas relaciones que desgraciadamente rompisteis separándoos de él, y colocará en vuestros pies las sandalias de la justicia para que podáis andar con soltura en la práctica constante de vuestros deberes, que son los tres efectos principales de la absolucion sacramental. Entonces por complemento de sus bondades, dispondrá ante vosotros aquel misterioso banquete en donde el mismo Jesucristo será la victima inmolada para celebrar el festin por vuestro retorno al hogar paterno. Los sacerdotes de la nueva ley subirán al ara sagrada, y en virtud de su palabra omnipotente harán descender del cielo aquel cordero sin tacha que borra los pecados del mundo, y os sentareis á aquella mesa celestial en medio del regocijo de los ángeles y de los bienaventurados que celebrarán estáticos vuestra espiritual resurreccion, diciendo como el padre de la presente parábola: *Solemnizamos tan fausto acontecimiento: pues que este hijo que estaba muerto ha resucitado: habiase perdido y ha sido hallado.»*

Cerca está ya, Dios mio, la gran solemnidad de la Pascua, en que los justos y los pecadores se apresuran á apiñarse en torno de vuestros altares para recibir vuestro cuerpo sacralisimo y vuestra

preciosísima sangre. Haced, Señor, que el día en que se celebre ese banquete divino, sea un día de alegría para el cielo, de triunfo para nuestro adorable Salvador, y de gloria para los mismos pecadores que hayan recobrado la estola de la inocencia mediante el sacramento de la reconciliación. Que esos pródigos arrepentidos se acerquen con confianza, y no teman que los primogénitos les disputen la abundancia de gracias que recibirán de la liberalidad del Padre celestial. Mostraos generoso con esas almas que entrarán de nuevo en los caminos de la Cruz. Ellas son débiles todavía, y necesitan ser consoladas y fortalecidas con vuestra unción divina. Tengamos el inesplicable placer de verlas en la próxima solemnidad pascual sentadas á vuestra mesa, participando de ese manjar sagrado que encierra en sí todo género de delicias, y es la prenda mas segura de la felicidad á que aspira el hombre viador; y tengámosle un día mas completo al vernos todos reunidos en el eterno festin de la gloria.

EXORDIO DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA III DE CUARESMA.

ABSURDO Y FALSEDAD DE LAS PRINCIPALES ACUSACIONES QUE EL LIBERTINAJE HA FORMULADO CONTRA LA CONFESION SACRAMENTAL.

Si ego in Beelzebub ejicio dæmonia, ¿filii vestri in quo ejiciunt?

Si yo lanzo los demonios en virtud de Beelzebub, ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos?

LUC. XI. 49.

LA religion católica, como fundada sobre un principio de abnegacion que envuelve el sacrificio del amor propio y una lucha incesante contra las malas pasiones del corazon humano, ha sido y será siempre un objeto de repulsion y de ódio respecto de los que solo aspiran á satisfacer en la tierra sus torcidas inclinaciones y á dar libre vuelo á sus viciados instintos. Por eso todos los deberes que impone son amargos y altamente repugnantes para el hombre animal que no ha gustado jamás las verdaderas dulzuras de la virtud, ni los positivos goces del espíritu. La mortificacion le incomoda, la abstinencia le entristece, la humildad se le resiste, la castidad es para él un yugo insoportable, la mansedumbre le parece una cobardía, el perdón de las injurias lo juzga una debilidad. Toda la moral del Evangelio encuentra en él mas ó menos antipatías, segun que se halla mas ó menos subordinado al imperio de las pasiones. Pero entre todos esos deberes que el cristianismo impone, ninguno ha concitado mas los ánimos, ninguno ha sublevado mas preocupaciones, ninguno en fin ha tenido que vencer mayores repugnancias y contradicciones más poderosas, que el dogma de la confesion sacramen-

tal. Hánse visto hacer causa comun contra él el génio y la ignorancia, coligarse el pueblo y el poder para oponerse á esa ley humillante, y hacer los mas desesperados esfuerzos por romper ese yugo, con el que de ningun modo puede transigir el orgullo que tanto se irrita con la simple idea de tener que descubrir sus secretos defectos á otro hombre, siquiera este represente la imágen de Dios.

Ha sucedido respecto de este dogma de la nueva ley, lo que hoy nos recuerda el Evangelio respecto de la accion poderosa que Jesucristo ejercia sobre los que se hallaban poseidos de Satanás. Hay puntos de afinidad entre ambos hechos que no deben dejarse pasar desapercibidos. *Estaba Jesus (dice el texto) lanzando un demonio el cual era mudo. Y asi que hubo echado al demonio, todas las gentes quedaron muy admiradas.*

Prodigio es este que diariamente se opera en el seno del catolicismo por la virtud omnipotente de Dios conferida á los que en la tierra están llamados á continuar la grande obra de reparacion consumada por el Salvador en el Calvario. ¡A cuántos hombres afectados de un mutismo tanto mas funesto que el material, cuanto que sus consecuencias se refieren á un porvenir eterno, no hemos visto romper ese silencio que les arrastraba á una perdicion inevitable, y mediante la confesion de sus errores y extravíos conseguir la felicidad perdurable de que envidioso pretendiera privarles el enemigo de su salvacion! Públicos son los milagros de la gracia en este punto, y nadie ha podido ponerlos en duda á no estar privado de la fé y hasta del sentido comun. El mundo ha hecho justicia á la verdad, ha admirado la omnipotencia divina que tan patente se manifiesta en ese sacramento de la reconciliacion; y si ha habido hombres que herederos de la perfidia y de la mala fé de los antiguos fariseos hayan dicho: *Por arte de Beelzebub principe de los demonios rechaza este los demonios*, negando el origen divino de la confesion sacramental, ó poniendo en ridiculo su uso, y sus admirables efectos, semejantes errores han sido victoriosamente impugnados, han caido en el mayor descrédito, y sus autores pasando á la posteridad cargados con el anatema público, no merecen ya de los hombres verdaderamente ilustrados sino el mas profundo desprecio. Y ¡ay del siglo,

ay de la sociedad que intentase desenterrar y apadrinar tan monstruosas aberraciones! Consigo llevaria el castigo de tamaña impiedad. La division en las creencias religiosas arrastraria en pos de sí la confusion y el caos en las opiniones políticas: y entonces pudiera muy bien aplicarse aquel apóstrofe que el Salvador dirigiera á los que bajo diversos pretestos pretendian disputarle el poder que recibiera del cielo: *Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruido, bien asi como una familia dividida en facciones camina á su ruina. Y si Satanás está tambien dividido contra si mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino?*

No me ocuparé pues hoy de los errores que niegan el origen divino de la confesion. Pienso dirigirme á cierta clase de inteligencias mal avenidas con este dogma del catolicismo, que si bien no se atreven á impugnar de frente la institucion del sacramento de la penitencia hecha por Jesucristo, no por eso dejan de ser menos perniciosos los sofismas que contra él han inventado, con el siniestro fin de ridiculizar su uso y desacreditar su beneficosa influencia en las sociedades. A estos tales, les diremos en nombre de la iglesia como Jesucristo á sus impugnadores: *Si yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub, ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos?* Esto es, si la confesion no es un principio de moralidad, de orden, de virtud, y un gérmen fecundísimo de bienestar público y privado; si no se encuentra en ella el origen de todas las buenas acciones y el mas poderoso correctivo de todos los vicios, y el freno mas saludable de las malas pasiones, ¿dónde pensais hallar todo esto? ¿Acaso en las máximas de una filosofia atea y antisocial? ¿Por ventura en los dogmas del racionalismo moderno? ¿O en los libros de la vieja escuela volteriana? Pero prescindamos de esto, y apliquémonos únicamente á poner de relieve «lo absurdo y falso de las principales acusaciones que el libertinaje ha formulado contra la confesion sacramental», único y esclusivo objeto de mi discurso, etc.

AVE MARIA.

(Véase el Discurso para el jueves despues de la Dominica de Pasion, tomo IV, página 395=REFLEXION ÚNICA).

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

ERROR LAMENTABLE DE LOS QUE CREEN PODER COHONESTAR SUS VICIOS
AL ABRIGO DE LAS COSTUMBRES Y MÁXIMAS DEL MUNDO, É ILUSION
LASTIMOSA DE LOS QUE PIENSAN AGRADAR Á DIOS SIRVIÉNDOLE
Á SU MODO Ó CUMPLIENDO LA LEY DIVINA EN LO QUE NO
SE OPONE Á SUS PROPIOS CAPRICHOS.

¿Quare vos transgredimini mandatum Dei propter traditionem vestram?

¿Por qué vosotros traspasais el mandamiento de Dios por seguir vues-
tras tradiciones?

(MATH. xv. 3.)

TIEMPO hace que vienen luchando en el hombre dos principios que mutuamente se repelen, y cada cual de ellos aspira á prevaleecer sobre su contrario. La verdad y el error, la virtud y el vicio son tan incompatibles entre sí, que jamás podrán maridarse, por mas que se intente cambiar los nombres y trastornar las nociones de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto. Sin embargo hay en ciertas almas una elasticidad sorprendente en fuerza de la cual quisieran amalgamar los verdaderos principios del cristianismo con los usos y máximas del mundo su antagonista, ya que por una parte no se sienten con resolucion suficiente para renunciar al primero, ni pueden decidirse á abandonar al segundo. Al efecto se forman una conciencia errónea producto de la corrupcion que ha invadido ya sus corazones; y oscurecida por la pasion esa luz divina que Dios les comunicára para hacer brillar á sus ojos su voluntad suprema, bus-

can artificiosamente el medio de sustituir á esta la propia voluntad, el propio capricho, haciéndose la ilusion de que pueden agradar á Dios siguiendo un camino torcido y enteramente opuesto á sus leyes, únicamente porque no le creen tal, ó mejor dicho, porque á fuerza de ingeniosos sofismas han logrado engañarse á sí mismos de una manera lastimosa.

Tal era el estado en que se encontraban los Escribas y Fariseos de que hoy hace mencion el sagrado texto. Observadores escrupulosos de las mas minuciosas prácticas ceremoniales, habian adquirido una alta reputacion de probos y religiosos que les acarreará la veneracion y el respeto del pueblo: y á la sombra de esta reputacion inmerecida eran en la realidad unos hombres vanidosos, soberbios é hipócritas, como el mismo Salvador se lo reprochó mas de una vez, que hacian gala de una integridad facticia, cuando por otra parte se desentendian de los deberes mas sagrados de la justicia, de la misericordia y de la fé. Y á pesar de esto aun se atreven á interpelar á Jesucristo respecto de sus discípulos, porque faltaban á ciertas observancias pueriles en que aquella orgullosa secta hacia consistir todo el mérito de su falsa virtud. «¿Por qué motivo (dicen) *traspasan tus discípulos la tradicion de los antiguos, no lavándose las manos cuando comen?*» Ved los dos pretextos en que fundaban aquellos hombres su apasionada acusacion: la costumbre que querian hacer prevalecer sobre la ley, y la errónea interpretacion de esta misma ley; como si la primera pudiera autorizar la transgresion de la segunda, ó si la mala inteligencia de un precepto positivo, fuese bastante á cohonestar los actos contrarios á él. Razon por la que el Salvador, para demostrarles cuánto habia de ridiculo y despreciable en unos sofismas que solo tenian por apoyo un abuso que ellos quisieron dorar con el título de tradicion, les apostrofa de este modo devolviéndoles su propio argumento: «¿Y por qué vosotros *traspais el mandamiento de Dios, por seguir vuestras tradiciones?... ¡Hipócritas!* Con razon dijera de vosotros *Isaias: Este pueblo me honra con los labios: pero su corazon está lejos de mi. En vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.*»

¡A cuántos cristianos pudiera dirigirse este mismo apóstrofe! ¡Cuántos hay que por seguir las vanas tradiciones del siglo, y esclavos de sus usos y costumbres, no hacen escrúpulo de hollar las mas graves prescripciones de la ley divina! ¡Cuántos tambien que en virtud de una conciencia supersticiosa creen llenar cumplidamente su vocacion cristiana, practicando ciertos deberes secundarios de la religion, al propio tiempo que se desentienden de los mas importantes y esenciales! A unos y á otros voy á dirigirme en este momento: «á los primeros haciéndoles ver cuán erradamente creen poder cohonestar sus vicios al abrigo de las humanas tradiciones, ó sea de las costumbres y máximas mundanales; á los segundos, demostrándoles cuán vanamente pretenden agrandar á Dios sirviéndole á su modo ó cumpliendo la ley divina en lo que no se opone á sus caprichosas ilusiones.» Si aquello es un error funestísimo, esto es un insulto intolerable y el colmo de una corrupcion espantosa. Invoquemos ante todo los divinos auxilios, etc.

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

No hay vicio, no hay desorden público que no pretenda encastillarse en la frívola autoridad de la costumbre con visible desprecio de las divinas leyes. Examínese á todos los que viven conforme á los usos y máximas de ese siglo corrompido y corruptor, cínico, impudente, avaro, sensual é impío, y apenas habrá uno á quien no se le oiga decir: «Es la moda, así se vive; ¿nos hemos de oponer á lo que vienen sancionando tantos siglos? ¿Acaso se engañan todos los hombres? ¿Diremos que todo el mundo se condena? ¡Qué ilusion! Hé aquí, dice San Agustin, el lenguaje ordinario de cuantos mal avenidos con las máximas de la religion y con las prescripciones de la ley eterna de Dios, que hieren hondamente sus pasiones y condenan enérgicamente sus vicios, pretenden sustituir á ellas unas tradiciones puramente humanas, tradiciones de orgullo, tradiciones de

vanidad, tradiciones de injusticia, tradiciones de ambicion, tradiciones en fin de corrupcion y de libertinaje, que forman la ley de la carne contraria á la ley del espíritu. ¿Y á qué título, bajo qué pretexto plausible se quiere entronizar esta ley del mundo sobre la ley de Dios, y hacer que las tradiciones humanas ó sea los abusos del tiempo, prevalezcan sobre las tradiciones divinas que emanan de la eternidad? Esa ley que prescribe la caridad, la justicia, la humanidad, la templanza, el pudor, esa ley universal que tiene por objeto todas las verdades y todas las virtudes, y condena todos los errores y todos los vicios, ¿es acaso una ley temporal cuya accion esté limitada á ciertas y determinadas épocas? El bien que manda ejecutar, como el mal que prohíbe hacer, fundados ambos en las impresiones de la misma naturaleza, ¿pueden dejar de ser tales siempre y donde quiera sin esclusion de tiempos ni circunstancias? De ninguna manera: y por consiguiente no hay incidente, ni motivo, ni ocasion, ni costumbre capaz de abolir la ley de Dios; bien así como no puede haber pais alguno en donde la pública licencia sirva de escusa á la intemperancia; ni estacion en que el uso comun baste á cohonestar la inmodesta desnudez; ni nacion en donde la necesidad pueda justificar la usura. El hijo de Dios, observa muy oportunamente Tertuliano, no tomó la denominacion de costumbre, sino que se llamó verdad. Si hubiese dicho: yo soy la costumbre, tal vez ésta hubiese prevalecido sobre la ley de la verdad: pero dijo: «Yo soy la verdad,» y en su consecuencia ésta debe siempre triunfar de la costumbre. De lo contrario, ¿á dónde iríamos á parar en un siglo en que los vicios mas repugnantes han llegado á tomar un funesto ascendiente sobre todas las virtudes, merced á esa conspiracion unánime de todas las clases y condiciones apoyadas en los usos del mundo? En vano pues se intentará introducir en el cristianismo la usura como un acto de humanidad, porque la costumbre de muchos avaros ha querido cubrir su repugnancia con ese velo hipócrita; malamente se pretenderá hacer de la calumnia un inocente pasatiempo, porque el uso ha querido cohonestar con este título lo que tiene de irritante y odioso ese vicio infame; por demás será ocultar con el antifaz de la moda la escandalosa procacidad de un sexo ca-

prichoso, porque la generalidad se deja arrastrar de sus exigencias. Lo mismo en esto que en todos los demás desórdenes reinantes, jamás la costumbre conseguirá constituir un nuevo derecho contra los derechos de la religion, ni hacer una nueva ley contra las prescripciones de la ley divina; donde quiera la verdad prevalecerá sobre el error, la virtud será virtud á despecho del vicio; y mientras Dios sea Dios, nunca, en ningun tiempo sucumbirá la justicia bajo el peso del crimen, ni doblegará su cerviz el bien ante el imperio del mal, ni logrará el torrente de la costumbre hacer desaparecer las verdaderas ideas de lo que es esencialmente recto ó erróneo, verdadero ó falso, positivo ó aparente.

Y es un error lastimoso creer que esta ley de la costumbre disminuya al menos lá gravedad del pecado, ya que del todo no dispensa de la observancia de los divinos preceptos; antes por el contrario ella aumenta su enormidad, irrita á Dios contra el hombre, y apresura el golpe de su venganza contra los pueblos criminales que se separan de sus preceptos. Ved lo que hizo con Sodoma y con las demás ciudades nefandas. Observad los castigos que su pesada mano hizo experimentar al pueblo de Israel cuando renunciando á la ley que le diera en el Sináí, dejábase arrastrar por el mal ejemplo de los prevaricadores á la infidelidad y la apostasia. Una vez colmada la medida de su tolerancia nada habia que pudiese contener el rayo de su cólera divina: y bien lejos de ser la costumbre un motivo para calmar su indignacion, era por el contrario un motivo mas para no dejar impunes los delitos que á su sombra se perpetraban. ¡Y qué! ¿Seria justo que porque viésemos el vicio acreditado, olvidada la justicia, despreciada la piedad, y las virtudes todas de la religion escarnecidas por un gran número de malos cristianos, abandonásemos el partido de Jesucristo por seguir la corriente de la mala costumbre? ¡Error! No lo entendia así aquel fervoroso Tobías que al ver á todo un pueblo correr á los altares de los ídolos, él solo se encaminaba al templo del Señor á ofrecerle el tributo de sus adoraciones (1). No lo comprendia así el profeta de Babilonia cuan-

(1) Tob. I. 5.

do requerido á que tomase parte en los profanos festines de un pueblo corrompido y á que doblase su rodilla ante la estátua de un monarca que se queria atribuir los honores de la divinidad, preferia ser lanzado entre las fieras antes que cometer tan sacrilego abuso (1). Tampoco lo entendia así el virtuoso David cuando cantaba: «Los impíos me han referido fabulosas mentiras contrarias á tu divina ley; pero yo jamás me separaré un ápice de tus preceptos (2).» Y aquel bravo Macabeo jefe de una raza fiel y virtuosa, ¿qué es lo que contestó á los emisarios del impío Antioco que intentarían seducirle á abandonar las tradiciones religiosas de su nacion y á seguir las huellas de los apóstatas y prevaricadores? «Aunque todo el mundo, exclamó, abandone la observancia de la ley y se sometan á los impíos mandatos del monarca; siquiera el pueblo entero de Israel consienta en hacer traicion á su fé y á sus antiguas creencias, yo y mis hijos nunca doblegaremos la cerviz ante esas leyes inicuas, ni seguiremos la corriente del vicio, sino que permaneceremos firmes é invariables en nuestros dogmas (3).»

¿Y seria posible, M. A. O., que nosotros, cristianos amantados á los pechos de la Iglesia católica madre comun de los predelinados, herederos de las divinas promesas, fieles depositarios de la ley evangélica, fuésemos tan cobardes, tan débiles, y tan infieles á nuestros compromisos, que escudados con la costumbre de una multitud ciega que se lanza en el laberinto de las pasiones y los vicios, hubiésemos de abandonar nuestras tradiciones cristianas por abrazar unas tradiciones absurdas hijas del libertinaje y de la corrupcion de las costumbres? Y porque veamos á los unos adorar al ídolo del oro, á los otros quemar incienso ante los impuros altares de la sensualidad, á estos inmolarse al génio de la venganza, á aquellos doblar su rodilla ante las aras de la vanidad y del orgullo, ¿habremos de renunciar á lo que Jesucristo nos ha enseñado, á lo que vienen sancionando diez y ocho siglos, á lo que han respetado las generaciones que nos han precedido, á lo que han practicado nues-

(1) Dan. VI. 16.

(2) Psalm. CXVIII. 85.

(3) I Machab. II. 49.

tros antepasados, y á lo que juramos observar inviolablemente al recibir la investidura de cristianos en las fuentes regeneradoras del bautismo? No, católicos: la costumbre no es mas que un vano pretesto con que se pretenden escudar todas las infidelidades, todos los vicios, todas las pasiones, y todos los crímenes; es un ente ideal inventado por la inmoralidad, y aceptado por todos los que aspiran á vivir sin freno alguno en sus desórdenes; es un antifaz repugnante con que el impúdico quiere cohonestar su lubricidad, el codicioso su insaciable avaricia, el calumniador su venenoso encono, el escandaloso sus malos ejemplos, el libertino su procacidad, el incrédulo su insensato cinismo, el egoísta su inhumanidad, el intrigante sus malas artes, y todos los hombres corrompidos é irreligiosos sus infamias y sus maldades. Error funestísimo con que jamás conseguirán ponerse á cubierto ante Dios, bien que ante el mundo logren justificar hasta cierto punto su desprecio de la divina ley. ¿Y qué diremos de los que pretenden agradar á Dios cumpliendo esa ley adorable únicamente en lo que tiene de accesorio y secundario, tras-pasándola en lo primario y esencial? Dos palabras bastarán para demostrarles cuán vanamente intentan sustituir sus caprichosas tradiciones á las tradiciones invariables del cristianismo, lo cual mas aun que un error es un insulto intolerable hecho á la magestad divina.

SEGUNDA REFLEXION.

No sin gran razon comparaba el Salvador á los Escribas y Fariseos de nuestro Evangelio con esos lúgubres sepulcros, que por de fuera están muy blanqueados y por dentro son un foco de infeccion intolerable. ¿A qué se reducía toda la fastuosa apariéncia de respeto que mostraban hácia la ley, mas que á un informe tegido de imposturas é ilusiones con que querian ocultar la torpeza y corrupcion de sus almas venales y sacrílegas? Mientras ponian un ridiculo esmero en limpiar los platos y las copas que servian á los festines, sus

corazones rebosaban la inmundicia de sus rapiñas é injusticias (1); cuando con una minuciosa escrupulosidad pagaban el diezmo de las yerbas, ningun caso hacian de los mas graves deberes de la misericordia y de la beneficencia con sus prójimos (2); y en tanto que con una supersticiosa vanidad se complacian en llevar grabadas las palabras de la ley en sus túnicas, todas sus acciones llevaban impreso el carácter de la hipocresía y de la iniquidad (3). ¡Y sin embargo solo ellos se juzgaban fieles, y justos, y miraban con desdeñoso desprecio á los que no imitaban sus frívolas observancias, hasta el punto de interpelar al Salvador, como hemos visto, porque sus discípulos, mas cuidadosos de la limpieza del alma que de la del cuerpo, omitian esas prácticas supersticiosas con que ellos pretendian ocultar su desobediencia y la transgresion de los divinos preceptos! ¿Y no era esto un insulto intolerable á Dios autor de la ley que queria ser servido y adorado en espíritu y verdad?

Pues bien, apliquemos estos principios á los cristianos que herederos de las supersticiones de aquellos hipócritas, parece quieren desenterrar entre nosotros sus antiguas preocupaciones. ¿Puede darse presuncion mas injusta ó error mas trascendental que el pensar que se puede agradar á Dios observando ciertas prácticas pueriles que comunmente no tienen otro principio que una oculta vanidad, cuando al mismo tiempo se le está ofendiendo con los mas irritantes crímenes? ¿Es obedecer la ley divina, elegir aquellas observancias que mas están en armonía con nuestro humor, ó que menos se oponen á nuestros hábitos viciosos, escluyendo los deberes que se ordenan á reformar nuestras costumbres, á enfrenar nuestras pasiones y á hacernos razonables, virtuosos y sociables? ¿No es por el contrario hollar su autoridad, reconocerla y aceptarla en lo que nos agrada, y rechazarla en lo que nos aflige ó contraria? ¿No es insultar su soberanía, figurarse un Dios indulgente con lo que mas escita su eterna venganza? ¿No es provocar su justa ira, creerse autorizado para violar sus mandamientos ofreciéndole en cambio ciertas devo-

(1) Matth. XXIII. 25.

(2) Matth. XXIII. 23.

(3) Ibid. 28.

ciones esternas que ningun mérito tienen puesto que les falta el principio vivificante de la caridad? ¡Oh! «eso seria, dice San Agustin, el colmo de la maldad y del insulto, seria querer corromper con vanas ofrendas la justicia incorruptible de nuestro juez, y comprar á precio de unas simuladas manifestaciones de respeto y obediencia el derecho de ultrajarle con impunidad» (1). ¡Desgraciados los que tal piensan! ¿Ignoran por ventura que lo que Dios exige es que se observe su doctrina, y que detesta y maldice y le provocan á náusea los dones del impío profanador de sus leyes? Así lo ha manifestado mas de una vez por sus profetas: y todo el mundo sabe el anatema fulminado contra Saul cuando por seguir sus supersticiosos caprichos faltó á la orden espresa y terminante del Señor que le mandára esterminar las huestes de Amalech. «Vete de aquí, le dice el profeta á quien el monarca presentára los despojos de un botin que no debia tocar; Dios no puede aceptar tus sacrificios, ódia tus ofrendas; y pues has menospreciado sus mandatos, él tambien á su vez te menosprecia y arroja de su presencia.» *Abjecisti sermonem Domini, abjecit te Dominus* (2).

¡Y cuántos cristianos no se hallarán en el mismo caso! ¿Qué importa que por una parte se abstengan de ciertos vicios chocantes que llevan consigo el anatema público, si por otra alimentan en sus corazones afectos de ódio, pensamientos de venganza, ideas de ambicion, aspiraciones de injusticia, que no por ser mas ocultos dejan de ser altamente criminales? ¿De qué servirá ser modesto en el traje y lúbrico en las acciones, compasivo con el pobre é inhumano con los domésticos, enemigo de tomar parte en las reuniones peligrosas pero amigo de mancillar la honra del prójimo en el seno de la familia, piadoso en el templo pero cínico é impío en sociedad, apacible cuando nada contraría el génio pero iracundo cuando lo mas leve hiere el amor propio? ¡Ah! Estos tales, como dice hoy Jesu-
cristo, solo honran á Dios con los labios, pero muy lejos de él está su corazón. En vano pues pretenden agradarle sustituyendo á las

(1) Serm. 9. E. B.

(2) Regum. XV. 23.

tradiciones invariables de su ley, tradiciones puramente humanas, esas tradiciones de un siglo que quiere amalgamar el vicio con la virtud, maridar las pasiones con la religion, unir en un mismo altar á Dios con Belial, confundir las tinieblas con la luz, el error con la verdad, la filosofia con el Evangelio. ¿Qué mérito habrá en absterse del trabajo material en los dias festivos, si en vez de santificarlos con obras de piedad se emplean únicamente en dar rienda suelta al libertinaje ó á la embriaguez? ¿A qué conducirá ir al templo á oír la divina palabra, si únicamente se va con el objeto de profanarla ó escarnecerla? ¿Para qué ayunar en los dias que la Iglesia lo prescribe, si á manera de los fariseos se pretende hacer de la abstinencia un motivo de vana ostentacion? No, no es esa la piedad que Dios acepta; no es esa la religion que puede serle grata; no ese el modo de cumplir su ley como él exige. Bueno que se observen todas las prácticas del culto católico con la mayor exactitud; bueno que cuando se puede sin faltar á los deberes del respectivo estado, se hagan otras obras de supererogacion; bueno en fin que se lleven hasta la mas escrupulosa minuciosidad esas devociones autorizadas por el cristianismo y sancionadas por la Iglesia. Pero téngase entendido esto sin perjuicio de lo que es primero y esencial; pues de lo contrario, si por practicar ciertas devociones supérfluas ó imaginarias que se avienen mejor con la singularidad y el humor de algunos génios, se omitiese el cumplimiento de los divinos preceptos en toda su estension y en todas sus consecuencias, en este caso la religion no seria verdadera, no habria piedad positiva, solo existiria un fantasma de cristianismo mas propio para escarnecer á Dios que para servirle. Porque solo le adoran dignamente los que lo hacen en espíritu y verdad, los que fieles á su ley miran como principal objeto de ella la reforma de las costumbres, el arreglo de la vida y la pureza del corazon: pues del corazon, dice el Salvador en su Evangelio, es de donde brotan los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, la impureza, los hurtos, las maledicencias, los falsos testimonios, y todos esos vicios que manchan el alma y la hacen aborrecible á los divinos ojos. Y si el corazon no está limpio, si no habita en él la gracia, ni las abstinencias, ni las maceraciones, ni los ejer-

cicios piadosos, ni la lectura de libros edificantes, ni la liberalidad con el indigente, ni la caridad con el enfermo, ni ninguna de esas obras que tan buenas son por sí, servirían de nada con respecto á la salvacion eterna, en frase de San Pablo.

No olvidemos pues, M. A. O., la terrible espresion que Jesucristo ha pronunciado y que se halla consignada en el sagrado texto que acaba de leerse. «Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado, será arrancada de raiz. Ciegos son y conductores de otros ciegos los que pretenden establecer otras doctrinas que no sean las enseñadas en el Evangelio, y sancionadas por la Iglesia católica, columna y fundamento de la verdad. Y cuándo un ciego guia á otro ciego, indefectiblemente irán á parar ambos á un abismo.» Tengamos presente que si es un error funestísimo creerse autorizado por el abuso ó la costumbre para seguir las humanas tradiciones ó sean las máximas del mundo, es tambien un insulto intolerable hecho á Dios intentar agradarle con supersticiosas observancias cuando se omiten los deberes esenciales de su ley santa, como acabo de demostrar. Sea pues esta ley adorable la regla única de nuestra conducta; no nos separemos un ápice de sus prescripciones; despreciemos altamente cuanto en lo mas leve se oponga á ella; huyamos de las ilusiones de un siglo que aspira á corrompernos sustituyendo á los preceptos de Dios unas enseñanzas erróneas que envuelven un veneno mortal para el alma; y de esta suerte, sobre vivir felices en el tiempo á la sombra de aquella ley inmaculada que santifica y ennoblece al hombre, conseguiremos despues el premio de nuestra fidelidad en la eterna bienaventuranza.

HOMILÍA

PARA EL SÁBADO DESPUES DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

NOTABLE CONTRASTE ENTRE LA INTOLERANCIA QUE EL ERROR HA MOSTRADO SIEMPRE CONTRA EL CATOLICISMO, Y LA TOLERANCIA CON QUE ESTE Á SU VEZ HA TRATADO EN TODAS ÉPOCAS Á SUS VERDADEROS ÉMULOS.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«Habiendo entrado Jesus en el templo, concurrió á él todo el pueblo, y sentándose púsose á enseñarlos. Cuando hé aquí que los escribas y fariseos traen á una muger cogida en adulterio: y poniéndola en medio, dijeron á Jesus: Maestro, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio. Moysés en la ley nos tiene mandado apedrear á las tales. ¿Qué dices tú á esto? Lo cual preguntaban para tentarle y poder acusarle. Pero Jesus inclinóse hácia el suelo, y con el dedo escribía en la tierra. Mas como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que entre vosotros se halle sin pecado, tire contra ella el primero la piedra. Y volviendo á inclinarse otro vez continuaba escribiendo en el suelo. Mas oída tal respuesta, fueron saliéndose unos tras otros, comenzando por los mas viejos, hasta que dejaron solo á Jesus y á la muger que estaba en medio. Entonces Jesus enderezándose, la dijo: Mugger, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió ella. Y Jesus la dijo: Pues tampoco yo te condenaré. Anda, y no peques mas en adelante.»

(JOAN. VIII. 2. ET SEQ.)

Uno de los caracteres que mas brillan en la religion católica es la tolerancia y la benignidad que siempre ha desarrollado en favor del delincuente, sin que por eso fraternice jamás con el pecado. Donde quiera compadecida del que desgraciadamente se extravía, le busca, le llama, le insta á volver al buen camino, le acoge en su seno llena de amorosa indulgencia, salvos empero los inamisibles derechos de la justicia que sabe hermanar admirablemente con las aspiraciones

de la misericordia, conciliando de un modo prodigioso el perdón del culpable con la expiación de la culpa. Por eso, si aborrece el crimen, si detesta la maldad, si declara una guerra constante al vicio, si persigue incansable al error do quiera que se halle, no es sino con el fin de convertir al hombre, á quien ama á pesar de todos sus defectos, y su mayor gloria la cifra en triunfar de su obstinacion con la dulzura, con el atractivo, con la persuasion, para que no muera en la impenitencia.

Con esta conducta sábia y conciliadora contrasta prodigiosamente el proceder duro é intolerante del hombre en general, siempre dispuesto á juzgar desfavorablemente de sus prójimos, siempre pronto á poner de manifiesto los ajenos defectos, propenso de suyo á no disimular nada de cuanto en los demas ve digne de censura ó castigo, é inclinado á abultar con negros coloridos lo que por caridad debiera mas bien ocultar mañosamente. Y es de notar que esta propension odiosa, este prurito de censurar y acusar sin miramientos de ninguna especie, es mas comun en aquellos que por su propio decoro deberian ser mas parcos y reservados en este punto, por cuanto su misma conciencia les está haciendo un cargo de criminalidad en aquello mismo que motiva su intolerancia. ¡Como si un falso celo pudiera justificar la intencion dañina que inspira semejante proceder! ¡Como si fuese posible ocultar el veneno de un alma malévola y vengativa bajo las apariencias de una probidad fingida! Ved lo que hoy nos refiere el sagrado Evangelio, en lo cual hallaremos una prueba evidéntisima de lo que venimos diciendo. *Hallábase Jesus en el templo, y habiendo concurrido á él todo el pueblo, tomó asiento y púsose á enseñarlos. Cuando hé aquí que los fariseos y escribas traen á una muger cogida en adulterio: y poniéndola en medio, dicen á Jesus: Maestro, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio.* Es de notar en primer lugar con San Agustín, hasta qué punto raya la malevolencia, el encono, la intolerancia de aquella raza hipócrita y perversa, que con apariencias de una simulada justificacion y de un celo mal entendido, nacido del orgullo y de la vanidad mas repugnante, habian sabido nó obstante crearse una reputacion de probos que les hacia distinguirse entre todos los demas judíos. No res-

petan tiempos, lugares ni circunstancias; hasta en el mismo templo buscan al Salvador, interrumpen sus discursos, y en presencia de una multitud respetuosa que oye sus enseñanzas, atrévase á proponerle cuestiones capciosas, no ya para instruirse, ni menos deseosos de descubrir la verdad que entrañan las máximas de Jesucristo, sino con la intencion harta conocida de sorprenderle si pudieran, ó de hallar en sus palabras el menor pretesto de censura en el juicio que formare de aquella desgraciada muger. «*Moyses (dicen) nos tiene mandado en la ley apedrear á estas tales. ¿Qué dices tú á esto?* ¡Fementidos! ¡Siempre la ley en sus labios y nunca en sus acciones; siempre invocando las prescripciones de aquel código para acusar y perseguir al prójimo, y nunca para rectificar sus propias costumbres y para enfrenar sus pasiones! ¿En cuántos puntos de aquella misma ley no delinquieran de continuo? ¿No la hollaban descaradamente á cada momento interpretándola á su capricho? ¿No la daban el sentido que mas les convenia para justificar sus odiosos vicios? ¿No estaban haciendo con ella un tráfico sacrilego en provecho de su inmensurable codicia? Y sobre todo á su sombra y escudados con la impunidad, ¿qué linage de delitos no estaban perpetrando? Y sin embargo, á nombre de la ley interpelan á Jesucristo, á nombre de la ley piden venganza contra el delincuente, á nombre de la ley quieren que sea castigado el crimen... No seré yo quien me oponga á los derechos de la justicia; no diré jamás que la ley haya de quedar desairada y el vicio impune; tampoco el cristianismo ha estado jamás en contradiccion con esos principios de equidad sobre que estriba el orden de las sociedades. Siquiera la misericordia figure en su código en un lugar preferente, porque es una religion de paz y de mansedumbre, decir empero que se opone á que la vindicta pública quede satisfecha, seria desconocer su espíritu, ignorar la alta sabiduría que encierran sus dogmas, seria calumniarla. Pero de esto á condenar como condena que á pretesto de que la ley se cumpla, se crea cualquiera con derecho á perseguir á sus prójimos y á concitar contra ellos la venganza, hay gran diferencia. En todos tiempos este abuso ha estado en práctica respecto de ciertas gentes. A nombre de la ley se ha acusado indistintamente al inocente y al cul-

pable; á pretesto de la ley se ha llevado la intolerancia hasta el exceso de perseguir y calumniar á la religion y á sus ministros; invocando la ley se ha ensañado la impiedad contra el culto católico, ha hecho armas contra la verdad, estrañado á los que la defendian, y mirado como enemigos de la libertad á los que protestaban contra el despotismo. ¿Y no es tambien escudándose tras la pantalla de la ley como la moderna raza farisáica despoja el santuario, se apodera del oro de los templos, abandona á la miseria y al empobrecimiento á la mística esposa del Salvador, hace suyas las propiedades de la Iglesia, declara traidores á los que en cumplimiento de su mision se oponen á ese despojo sacrilego, y si no pide tumultuosamente que sean apedreados, como la muger del Evangelio, no cesa de concitar contra ellos el ódio y las pasiones, y les da á optar entre la apostasia ó el destierro, entre el silencio punible ó el amargo pan de la emigracion? Y cuando así se abusa de unas leyes injustas sobre inconvenientes contra la Iglesia, ¿es acaso porque esta haya sido sorprendida en adulterio? ¿Ha faltado á la fidelidad que juró á su divino esposo? ¿No se ha conservado siempre pura y sin mancilla en medio de los embates del error y del libertinaje que en diversas épocas la han rodeado? ¿Ha degenerado de su primitiva santidad? ¿No es la misma su moral, no son idénticos sus dogmas, y su doctrina no es igual que hace diez y ocho siglos? Pero á la manera que no era el celo, ni mucho menos, lo que en los tiempos del Salvador movia á los fariseos á acusar en su presencia á la muger adúltera, sino que habia en ellos otra idea oculta, otro pensamiento disfrazado, cual era el de sorprender á Jesucristo para tomar ocasion de calumniarle, del mismo modo se ha echado siempre mano del sofisma para cohonestar el ódio y la enemiga que ciertos hombres han profesado al catolicismo, y por consiguiente á la Iglesia que es su espresion, su emanacion viva y permanente. *Esto lo hacian* (dice el sagrado texto) *para tentarle y poder acusarle.* ¿Y de qué podian acusar á Jesus aquellos hipócritas? continúa San Agustin. ¿Habíanle cogido por ventura en algun crimen? ¿O tenia que ver algo con aquella muger delincuente? Pero el objeto que se proponian sus enemigos al hacerle semejante cuestion era muy distinto. Su pre-

guntia envolvía un fondo de malicia muy trascendental. O el Salvador condenaba á muerte á aquella desventurada, y entonces ellos tomaban de aquí pretexto para desacreditarle ante el pueblo y para acusarle ante la autoridad de que usurpaba un poder que solo pertenecía al soberano: ó bien la absolvía de su culpa, en cuyo caso le hubieran tachado de prevaricador y enemigo de la ley; ó por último, si se desentendía de una causa que no era de su competencia, le hubieran del mismo modo presentado á los ojos de la nacion judía como fautor de la tiranía que atropellaba los privilegios y la libertad del pueblo escogido de Dios (1). Idéntica ha sido siempre la conducta que vienen observando con el catolicismo sus implacables émulos. Apurando sus sofisticos argumentos y usando de mil cavilidades para hallar en las enseñanzas de la Iglesia el mas leve pretexto de hacerla odiosa á la faz de los pueblos, interpretan gratuitamente pero siempre en mal sentido sus doctrinas. Si defiende con firmeza sus derechos é inmunidades, es ambiciosa y déspota; si se opone á la intrusion de errores peligrosos, es tiránica y opresora; si no transige con los abusos, ni cede á injustas exigencias, es tumultuosa y revolucionaria; si resiste á la usurpacion de los poderes temporales, es intolerante y fanática; si quiere mantener intacto el depósito de las eternas verdades del dogma, es opresora y liberticida; si contemporiza con la debilidad humana en lo que no afecta á la pureza de la fé, es débil y relajada; si marcha al frente de los adelantos de la civilizacion, sin menoscabar por eso el fervor de sus creencias, es terrena y mundanal; si se opone á que la vana ciencia del siglo aspire á tomar la iniciativa en las cuestiones que solo son del dominio de la religion, es retrógada y enemiga de la ilustracion.

¿Qué medio, pues, para triunfar de la procacidad de esos temerarios acusadores, y reducirlos á un vergonzoso silencio? Ninguno mas á propósito que el que usó Jesucristo con los Escribas y Fariseos del presente Evangelio. Para darles á entender que no le eran desconocidos sus amaños y que comprendia bien su dañina intencion,

(1) Scio. Anotac. al cap. VIII de San Juan.

recibe al principio sus cuestiones con el mas alto desprecio, *é inclinándose hácia el suelo se puso á escribir con el dedo en la tierra;* que era decirles con aquel mudo pero significativo lenguaje, que no merecian siquiera el honor de ser contestados. Mil veces lo ha hecho así la iglesia católica respecto de sus enemigos, á quienes con un silencio elocuente ha reducido á la confusion, lanzando al oprobio público sus impías y despreciables doctrinas. Mas no siempre ha bastado este recurso: obligada á hablar en ocasiones solemnes, lo ha verificado con igual dignidad que lo hiciera su divino fundador en el caso presente con aquellos Fariseos procaces. *Viendo que estos porfiaban en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que entre vosotros se halle sin pecado, tire contra ella el primero la piedra.* Respuesta digna de un Dios-Hombre, llena de justicia, de dulzura y de verdad, respuesta sapientísima que les tapó sus bocas fementidas dejándoles llenos de despecho, corridos de vergüenza, y atormentados de crueles remordimientos. Era lo mismo que decirles: *¿Para qué me importunais á fin de envolverme en vuestros sofismas? ¿Por qué quereis arrancar de mis labios un fallo que dé pábulo á vuestras calumnias? ¿No sois vosotros los que habeis sorprendido en el crimen á esa mujer? ¿No sois sus acusadores? Pues bien, si segun la ley del Deuteronomio (1) los testigos deben ser los primeros en apedrear á la adúltera, ¿por qué no lo haceis? Pero mirad antes si estais inocentes; examinad vuestros corazones y ved si no os remuerde vuestra conciencia de ningun pecado; observad si vuestras almas no están manchadas con otros crímenes acaso mas enormes...* Y entretanto Jesus, como para dar lugar á que heridos por sus propios remordimientos y en vista de sus iniquidades, mal disimuladas bajo el velo de la justicia, que el Salvador podia muy bien publicar, abandonasen la acusacion de aquella mujer, *volviendo á inclinarse de nuevo, continuaba escribiendo en el suelo.*

Ahora bien, incrédulos, sofistas, impíos de todo género que con vuestras eternas declamaciones intentais menoscabar el prestigio de la verdad católica, persiguiéndola sin descanso, y mostrándoos in-

(1) Deuteron. XVII. 7.

tolerantes con sus doctrinas toda vez que no se hallan acordes con vuestras pasiones : herid sin duelo , atacad de firme , no perdoneis medio alguno , asestad bien certeros vuestros tiros , y el que entre vosotros se halle sin pecado lance sobre ella el primero la piedra. Si la considerais culpable , si la juzgais enemiga de la civilizacion , si la acusais de contraria al progreso , si la aborreceis como opuesta á la libertad de los pueblos , si no cesais de gritar contra ella como favorecedora de la tiranía y usurpadora de los derechos del hombre , si la habeis convencido de ser el instrumento de todos los déspotas , ¿por qué os deteneis en dar el golpe de gracia? ¿Por qué no probais á hacerla desaparecer del mundo? ¿Qué os embaraza? ¿No os creéis inocentes de todos los males que la imputais? ¿No os gloriais de no participar de ninguno de los defectos de que la haceis cargo? ¿No publicais á voz en cuello que la iglesia sola es la criminal por su ambicion y su intolerancia , y que á vosotros toca poner coto á sus proyectos invasores , y arrancarla de las manos un poder que malamente ha usurpado en perjuicio de las sociedades? Pues si estais seguros de que vuestras acusaciones no son inspiradas por el ódio ó alguna otra pasion mezquina , si no temeis que se os pruebe que vosotros sois los usurpadores , los déspotas , verdaderos enemigos del orden , los que os oponeis á la marcha progresiva de la positiva civilizacion , los que á nombre de la libertad favoreceis la opresion , los que á pretexto de igualdad fomentais la tiranía , los que á la sombra de la fraternidad encendeis la discordia , los que escudados con una ilustracion quimérica promoveis los errores , atizais las malas pasiones , sancionais la inmoralidad , canonizais el vicio , popularizais el libertinaje , y sembrais la perturbacion en todas las clases , ¿por qué no dais principio á la obra de destruccion , y os apresurais á hacer desaparecer cuanto antes del mundo ese obstáculo que sirve de rémora á vuestros proyectos?

Este argumento no tiene réplica , es decisivo ; y por eso se ha visto verificado con respecto á la iglesia católica lo que respecto del Salvador medió en la ocasion á que venimos aludiendo. Confundidos los Escribas y Fariseos con una contestacion tan contundente que dejando en su lugar los derechos de la justicia , salvaba al propio

tiempo el texto de la ley, viendo fracasadas sus esperanzas, y burlados sus pérfidos designios, *al oír tal respuesta fueron saliéndose del templo unos en pos de otros empezando por los mas viejos, hasta dejar solos á Jesus y á la mujer que estaba enmedio.* Así unos tras otros han ido desapareciendo en el transcurso de los siglos los diversos errores que las pasiones han suscitado contra la verdad, las varias heregias que han brotado del seno del infierno, las diferentes sectas abortadas por el espíritu del libertinaje, las múltiples escuelas filosóficas que han impugnado la unidad. Después de haber bramado por algún tiempo como las olas de un mar embravecido, después de haber probado cuán impotentes eran sus esfuerzos para hundir en el abismo ese edificio imperecedero levantado por las manos del Todopoderoso, después de haber agotado en vano todo su ódio, todo su ingenio, y todo su sofisticado saber, al fin convertida su pujanza en espuma al chocar contra esa roca inmóvil, hánse alejado quizás para no volver mas, ó bien para hacer lugar á otros nuevos errores que tendrán idéntica suerte; porque la verdad es una, incontrastable, está apoyada en las promesas del cielo, y puede insultar á todos los siglos. De los que tras de aquellos vinieren, bien así como de los que ya desaparecieron, vendrá un día en que Jesucristo podrá decir lo que de los Fariseos del presente Evangelio dijera á la mujer: *¿En dónde están tus acusadores? ¿Qué se ha hecho de tantos enemigos como á través de las edades venian gritando contra tí y pidiendo tu esterminio? ¿Cómo es que han enmudecido y dejádote libre después de tan deshecha borrasca? ¿Nadie te ha condenado? ¿Ninguno ha podido probarte la menor culpabilidad? Pues yo tampoco te condenaré.*

Esto dijo Jesus á la acusada por los Fariseos: pero al cabo, como que ésta era delincuente, no pudiendo él prescindir de reconocer los derechos de la justicia, si bien se complacia en hacer triunfar en ella su misericordia, la previene ante todo la obligacion de arrepentirse y de enmendarse como condicion espresa é indispensable para obtener el perdón, diciéndola: *Vete, y no peques mas en adelante.* De este modo, concluye San Agustin, ostentó Jesus en aquel caso tan comprometido la verdad como doctor, la mansedumbre

como libertador, y la justicia como concedor de la ley (1).

Por lo que hace á la iglesia su divina esposa, como que es inocente, intachable, siempre pura, y siempre veraz, confunde á sus émulos, derrota á sus calumniadores, hace enmudecer á los que la acusan, sin necesidad de tener que arrepentirse porque en nada ha delinquido. Su gloria no puede ser empañada por el remordimiento, sus laureles no pueden ser marchitados por el recuerdo de ningun defecto, su victoria es completa, porque es la victoria del mismo Dios que en ella triunfa.

Admiremos una y mil veces la justicia y la tolerancia del catolicismo, al lado de la injusticia y la intolerancia de sus perseguidores. Gloriémonos de ser hijos de esa iglesia contra la cual han probado su impotencia todos los ódios, todas las animosidades, todos los recursos del error y de la mentira. Jamás el vicio pudo imputarla con razon el menor defecto, nunca las pasiones pudieron convencerla del menor desliz. Las armas que contra ella blandieron los antiguos y modernos Fariseos, volviéronse contra ellos mismos. Entretanto prosiguiendo su carrera con la dignidad y calma de quien tiene el convencimiento de su inculpabilidad, la iglesia verá llegar el término de sus combates, y ceñirá la aureola eterna de la inmortalidad, que Dios tiene reservada en el cielo para los que por su causa pelean hasta el fin. ¡Plegue al Señor que nosotros tambien merezcamos igual recompensa, y seamos con él felices por los siglos de los siglos!

(1) Trac. 33 in Joan. post. init.

EXORDIO DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

LA CODICIA Oponiéndose de frente al espíritu del cristianismo,
Y NEGANDO PRÁCTICAMENTE EL DOGMA DE LA PROVIDENCIA, ATRAE SOBRE
LOS CULPABLES DE ESTE VICIO LA MAS TREMENDA RESPONSABILIDAD
Y LA VENGANZA DE LA DIVINA JUSTICIA.

¿Unde ememus panes ut manducent hi?

¿Dónde compraremos pan para que coma toda esta gente?

JOAN. VI. 5.

LA caridad y el egoísmo vienen luchando tras largos siglos en el corazón humano: son dos principios que se repelen mutuamente, dos sentimientos que se han declarado entre sí una guerra á muerte. El uno aspira á realizar en el mundo la bella idea de fraternidad que presidió en la mente del Hombre-Dios al fundar su religion augusta: el otro pretende perpetuar en la tierra los errores y los vicios del paganismo, juntamente con sus mil elementos de division y de ruina que tienden á desorganizar las sociedades. La caridad inmólandose ante las aras del bien comun, todo lo refiere á proporcionar recursos abundantes al indigente, á compartir con el infortunio los bienes de la Providencia, á socorrer toda clase de miserias, á consolar toda suerte de desgracias, en una palabra, á derramar indistintamente sus beneficios sobre cuantos de ellos han menester, multiplicándose en proporcion de las necesidades y haciéndose toda para todos segun la brillante frase del Apóstol. El egoísmo por el contrario, como si los dones del cielo fuesen patrimonio esclusivo del mas afortunado ó del mas hábil, quisiera monopolizarlo todo en provecho propio, sin curarse de los que padecen, sin conmovirse con

los gemidos del pobre, sin hacer caso de los lamentos del huérfano, sin enternecerse á la vista de las ajenas privaciones; porque sobre todo está la ambicion, la vil codicia, el sórdido interés, pasiones funestas que engendran la indiferencia, la impasibilidad, la dureza del corazon, y el mas repugnante y odioso esclusivismo. Solo pertenece á la caridad cristiana la dulce conmiseracion, la tierna piedad, la ardiente simpatía que hace al hombre mirar con idéntico interés que las suyas propias las necesidades de sus semejantes, porque los considera como hermanos investidos de iguales derechos que heredaron de un padre comun.

Ejemplo admirable de esta virtud nos dió el Salvador en el hecho que hoy nos refiere el sagrado Evangelio: *«Habiendo pasado Jesus al otro lado del mar de Galilea, seguiale una gran multitud de gentes, atraida por los milagros que hacia con los enfermos. Subióse á lo alto de un monte con sus discipulos... y viendo venir hácia sí un numeroso gentío, dijo á Felipe: ¿dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente?... Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Dicele uno de sus discipulos:... Aquí hay un jóven que tiene cinco panes de cebada y dos peces: mas, ¿qué es esto para tanta gente? Jesus empero mandó que se sentasen las turbas... y se sentaron en número de casi cinco mil. Tomó pues Jesus los panes, y despues de haber dado gracias, los bendijo y repartió entre los que estaban sentados: y lo mismo hizo con los peces, dando de ellos á todos cuanto querian. Despues que quedaron saciados, dijo á sus discipulos: recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Hiciéronlo así, y llenaron doce cestos de pedazos que habian sobrado de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesus habia hecho, decian aquellos hombres: Este es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo.»*

Ved ahí, M. A. O., el triunfo de la caridad del Hombre-Dios sobre el asqueroso egoismo de un mundo que á través de tantos siglos venia erigiendo en derecho la dureza y la insensibilidad, y sancionando la codicia á espensas de las privaciones del infortunio.

De ningun modo mas eficaz pudiera condenar Jesucristo estos vicios, que haciendo uso de su omnipotencia y operando un prodigio tan admirable en favor de la humanidad menesterosa, dando á entender con este acontecimiento, que nunca mejor podia emplear el poder omnimodo que como Dios ejercia sobre todo lo criado, que para dulcificar las miserias que aquejan al desgraciado mortal, y socorrer á los que en la tierra sufren victimas de la adversidad.

Mas no por eso ha sido bien comprendida esta doctrina por la generalidad de los hombres. Al lado de los prodigios que cada dia renueva la caridad cristiana en el seno de la Iglesia católica, véanse otros prodigios de indiferencia operados por el egoismo que ha encarnado en las sociedades, merced á las doctrinas disolventes del error, á manera de gérmen corrosivo que seca y hace morir en el corazon humano todo sentimiento noble, toda idea benéfica, toda inspiracion generosa. A medida que la fé se ha enfriado, la caridad ha ido decreciendo lastimosamente. Hoy dia la ambicion se sobrepone á todo, la codicia sobrenada por cima de todo deber religioso, el egoismo es el Dios de la sociedad actual. Olvidanse los mas sagrados derechos, huéllanse las mas justas consideraciones, se aspira únicamente á ser rico, á ser opulento, á disfrutar de todos los bienes posibles, siquiera para lograrlo se necesite hacer numerosas victimas... « Conducta criminal que oponiéndose de frente al espíritu del cristianismo, y negando prácticamente el dogma de la Providencia, atrae sobre los culpables la responsabilidad mas tremenda y la venganza de la divina justicia.» Hed aquí el asunto del presente discurso.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

(Véase el tomo II, página 432, desde donde dice: No hay cosa que mas atraiga, que mas irresistiblemente captive, y que con mayor violencia arrastre, que la práctica del bien, etc.)

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

CARÁCTER DE LA CALUMNIA, SUS CONSECUENCIAS Y SU EXPIACION.

Nos scimus quia hic homo peccator est.

Nosotros sabemos que este hombre es pecador.

JOAN. IX. 24.

ACHAQUE antiguo es del error, cuando le faltan razones en que apoyarse, apelar á la maledicencia y echar mano de la calumnia para salvar los compromisos de que no puede salir justificado. Es un arma funesta que maneja con destreza: sus golpes son mortales, incurables las heridas que abre en el corazon del hombre, y sus consecuencias tristisimas. Ya desde los tiempos del Salvador, por no remontarnos á mas antigua fecha, vemos puesto en juego ese recurso satánico por aquella secta malévola de los Fariseos, difamadores eternos de Jesucristo contra quien no cesaban de vomitar el veneno de sus lenguas de vívora, en ódio á su doctrina y á su vida intachable. En muchas ocasiones habianle calumniado sin piedad para desacreditarle ante el pueblo y hacerle aborrecible al poder. Nunca empero habia llegado el cinismo de aquella raza hipócrita y fementida hasta el punto que hoy nos manifiesta el sagrado texto.

Acababa Jesus de curar milagrosamente á un ciego de nacimiento. Semejante prodigio habia escitado en alto grado la admiracion pública. Los Fariseos no pudiendo ocultar el despecho de sus almas

envidiosas, toman ocasion de este acontecimiento para ensañarse contra el autor del prodigio. *Llaman á su presencia á aquel jóven y le preguntan cómo habia logrado la vista. A lo cual respondió: Aquel hombre que se llama Jesus, puso lodo sobre mis ojos, me mandó que me lavase en la piscina de Siloé, me lavé, y veo.* Mas como esto habia ocurrido en dia de sábado, los Fariseos que nada podian oponer á la evidencia de un hecho tan patente é intergiver-sable, hallan en esta circunstancia un pretexto para disminuir al menos la impresion que causára en la multitud, y recurriendo como siempre á la calumnia, esclaman: «*¡No es enviado de Dios un hombre que no guarda el sábado!*» En vano insisten otros en demostrar que un milagro tan sorprendente no puede obrarle sino un Dios ó quien tenga su virtud y poder. Por demas es que el exámen del hecho esclarezca cada vez mas la verdad y ahuyente toda duda. Ni las deposiciones siempre contestes de los padres del ciego, ni las aseveraciones de los testigos que se consultaron al efecto, ni las reiteradas protestas del interesado, nada es bastante á convencer unas inteligencias obstinadas, ni á persuadir unos corazones henchidos de ódio y de malignidad. Su deseo es infamar á aquel cuya doctrina es una fiscalizacion constante de sus desórdenes: y cegándose voluntariamente, y cerrando sus ojos á la luz, no pudiendo ya soportar el peso de los testimonios que evidencian el milagro, atrinchéranse en sus calumniosas acusaciones y dicen: *Nosotros sabemos que ese hombre es pecador.* Y volviéndose con canina rabia contra el jóven que sostenia la divinidad de su favorecedor, arrojáronle de allí en medio de las mas injuriosas imprecaciones.

Tal es M. A. O. el carácter odioso del calumniador. Cuando un corazon malévolo no puede satisfacer de otra manera su despecho, recurre á ese espediente inspirado por Satanás: y no contento con negar la evidencia de los hechos, vá hasta el punto de tergiversarlos de una manera injuriosa para el prójimo, bien sea imputándole delitos que no ha cometido, ó bien atribuyéndole acciones que lastimen su honor. ¡Y cuán repugnante, cuán odioso es este vicio que por desgracia se ha hecho harto comun en el mundo! ¿Habeis examinado bien sus propiedades bajas y rastreras? ¿Habeis observado

la gravedad de los males que ocasiona en los individuos y en las familias? ¿Habeis meditado la gran responsabilidad que lleva consigo el calumniador? Receló que no: y por lo tanto creo de mi deber manifestaros en este discurso lo que es la calumnia, en sí misma, en sus consecuencias, y en la expiacion que sobre ella pesa. «En sí misma se presenta como uno de los crímenes mas aborrecibles á los ojos de Dios; en sus consecuencias, como un crimen el mas trascendental y ofensivo al hombre; y en su expiacion como un crimen cuyo castigo es proporcionado á la casi imposibilidad de reparar condignamente sus efectos.» Prestadme vuestra atencion, pidiendo ante todo al cielo se digne iluminarnos, por la poderosa intercesion de la Madre del Redentor, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Con solo abrir las sagradas páginas encontramos desde luego trazado con mano maestra el repugnante cuadro de la calumnia en esta breve sentencia del Espíritu Santo consignada por el hijo de Sirac: «Tres cosas hay que teme y aborrece mi alma: la delacion pública, el motin de un pueblo, y la falsa calumnia, males mucho mas graves y dolorosos que la misma muerte (1).» Hay en este vicio un carácter de cobardía, de baja y de malignidad que no puede menos de hacerle sumamente odioso á los ojos de un Dios que es todo verdad, que ama esencialmente la justicia, y se ha declarado protector y vengador de la inocencia oprimida. Observad como procede el calumniador. Rara vez se presenta públicamente y á cara descubierta por grande que sea el ánimo de su alma vil. La traicion es su propiedad innata; acecha en secreto como el tigre su presa, para arrojarse sobre ella y satisfacer su mordacidad; espia las ocasiones oportunas, busca los momentos favorables para no ser descubierto;

(1) Ecci. XXVI 5, 6, 7.

apela unas veces á la hipocresía , recurre otras á la adulacion , ora en tono compungido lamenta los defectos comunes para descender despues á los particulares ; ora fingiendo compadecerse de la debilidad del que ha designado para ser su víctima , vá vertiendo disimuladamente gota á gota un veneno mortífero que mata la reputacion agra; pero atento siempre al fin que se ha propuesto, jamás deja de llegar á él siquiera sea por caminos tortuosos ó por sendas estrañadas. «El hombre apóstata , dice la Escritura , ó como lee Tertuliano , el calumniador hijo del diablo , no habla mas que iniquidades, maquina el mal en su depravado corazon , y donde quiera siembra la discordia (1).» Su lengua es semejante á una espada aguzada en la oscuridad segun el símil del profeta ; allí prepara su arco emponzoñado para asaetear desde una emboscada al inocente : y cuando ha llegado el momento de realizar su páfido designio , de repente dispara el tiro , seguro de su impunidad (2). Son sus dientes saetas punzadoras que hieren en la fibra mas delicada que es la honra (3). De su boca como de sepulcro abierto , brota la infeccion y se derrama por todas partes la muerte (4). Y á modo de serpiente que escondida entre la enramada de una floresta envenena y mata al descuidado que iba á buscar solaz y recreo , no de otra suerte la lengua del calumniador introduce en el corazon de su víctima un virus corrosivo que obrando lentamente dá en tierra con su reputacion (5), causando en él una llaga tanto mas incurable cuanto vá, dice San Agustin , de los males físicos á los males morales : porque las heridas del espíritu son mucho mas profundas y sensibles que las del cuerpo. El hierro mata la carne que es material y perecedera ; pero la calumnia mata el alma que es espiritual y eterna : *Majora vulnera linguæ , quam gladii.*

Con razon pedia David á Dios que le preservase de la lengua del calumniador para que pudiese observar exactamente sus divinos pre-

(1) Proverb. VI. 12, 14.

(2) Psalm. LXIII. 4, 5, 6.

(3) Psalm. LVI. 5.

(4) Psalm. XIII. 6.

(5) Eccles. X. 11.

ceptos (1); pues como observa oportunamente San Gregorio Taumaturgo, sobre el carácter repugnante y nauseabundo que es propio de la calumnia, por los medios rastreros que emplea, por su proceder tortuoso, y por las otras mil circunstancias que le hacen aborrecible en sí misma, tiene además la propiedad funesta de atacar directamente el principio germinador del bien: y á manera de una tea incendiaria abrasa y consume á veces en el alma del prójimo las virtudes de que se hallaba adornada, ó al menos debilita en sumo grado la energía moral del hombre virtuoso, segun aquello del libro del Eclesiastes: «La calumnia conturba aun al sábio, y le hace perder la fortaleza de su corazon (2).» Hay en ella en sentir de San Ambrosio, una tentacion perniciosísima de que difícilmente sale victorioso el calumniado. Los demas reveses con que el Señor nos affige, como las enfermedades, la pérdida de los intereses, la muerte de nuestros deudos, la pobreza, la desnudez, y otras cosas de este género, son males levisimos comparados con la calumnia; aquellos probando la fidelidad del cristiano, acrecen su valor, avigoran en heroismo, y le ponen en el caso de demostrar hasta qué punto raya su amor hácia Dios y su desprendimiento de los bienes del mundo; pero cuando la calumnia ha llegado á herir profundamente su corazon; cuán difícil es que este se haga superior á un golpe tan contundente! ¡La tristeza se apodera de él, el dolor le abate, la idea de su honra amancillada persiguiéndole donde quiera le hace inhabil para toda accion generosa, frecuentemente cede á la fuerza del sentimiento y sucumbe bajo el peso de la difamacion, y gracias sino termina en una desesperacion horrible que le conduce á olvidar á Dios y á dudar de su Providencia!

Ved, pues, si puede darse un crimen mas odioso á los ojos del Señor que la calumnia, siendo ella el enemigo mortal de la caridad que es la virtud favorita de Dios, el fundamento de toda la religion y el principio constitutivo de todo lo bueno en el órden moral. ¡Cómo! El que por amor al hombre no dudó revestirse de una carne mortal, y ofreció en un madero su vida de precio infinito, y derramó hasta

(1) Salmo CXVIII. 134.

(2) Eclesiastes. VII. 8.

la última gota de su sangre preciosa, ¿no ha de aborrecer con toda su alma un vicio que tiende directamente á trastornar el plan divino de la reparacion, á destruir la obra del Hombre-Dios, y á reproducir en la tierra los antiguos desórdenes que él vino á combatir, los mismos males que vino á remediar, las pasiones que le obligaron á abandonar su eterno reposo, los crímenes, que motivaron su venida al mundo? Porque es indudable que el pensamiento culminante, la idea principal del Unigénito de Dios al encarnar en el seno de una Virgen fué el establecer entre los hombres la verdadera fraternidad, sustituir la caridad al egoísmo que corroía el corazón de las sociedades, fundar un nuevo reinado sobre las bases del amor recíproco y de la mas perfecta union, hacer en fin que los hombres se amasen mutuamente para que así viviesen felices, á la manera que su Padre y él se amaban y eran eternamente dichosos. Pues bien, la calumnia de suyo conspira contra este orden de cosas, promueve la desunion, introduce la rivalidad, crea las antipatías, fomenta los odios, siembra la discordia, enciende la venganza, y hace brotar en el corazón del individuo, en el seno de la familia y de la sociedad esos gérmenes funestísimos que acarrear á veces la ruina de los pueblos y la muerte de los imperios. Así que si odioso es en sí misma la calumnia por lo ofensiva que es á los ojos de Dios, no es menos grave por sus trascendentales consecuencias.

Mucho pudiera decir respecto á este segundo punto, si me fuese permitido abrir la historia de la humanidad, y desenvolver una por una sus tristes páginas. Estampadas están en todas ellas las huellas sangrientas que viene dejando por do quiera ese crimen que fué el primer homicida en el mundo. Reinos divididos, tribus empeñadas en perpétua lucha, provincias asoladas, ciudades demolidas, pueblos que desaparecen de la gran carta del globo, familias separadas por rivalidades irreconciliables, hermanos que se persiguen con furor, hijos que clavan el puñal parricida en el seno de los autores de su sér, esposos que ensangrientan el tálamo nupcial, hed ahí lo que en todas partes nos presenta la calumnia. La lengua del calumniador es el arma terrible que, en frase del Espíritu Santo (1), ha blandi-

(1) Eccles. IX, 25.

do el génio del mal en todas épocas con mas funesto éxito para destruir el órden y la paz del universo. Su venenoso aliento soplando sobre el corazon humano, ha engendrado en él todas esas malas pasiones que han hecho del mundo un campo de batalla, y de la tierra un vasto sepulcro. «Yo he visto, dice el Eclesiastes, la atroz calumnia reinar debajo del sol, y cometerse á su sombra las tropelías mas irritantes: oí el llanto de las victimas sacrificadas á su furor, sin que nadie saliese á su defensa, ni ellas mismas pudiesen resistir á la violencia de la injusticia, destituidas como estaban de todo socorro: por lo que preferí la suerte de los muertos á la de los vivos, y juzgué mas feliz todavía al que no ha nacido ni visto las maldades que se cometen en la tierra (1).» Y en efecto, ¿qué de guerras intestinas no se han suscitado por una sola calumnia! ¿Cuántos duelos escandalosos no se han verificado por una palabra imprudente! ¿Qué sin número de venganzas no se han cometido por una difamacion al parecer ligera! En los estados las revoluciones, en las naciones las luchas de conquista, en los imperios las facciones, en las sociedades los partidos y banderías, en el hogar doméstico la turbulencia, en la familia la disension, y donde quiera llagas incurables que no han podido cicatrizar los siglos, es todo lo que nos ofrece la calumnia bajo cualquiera forma que se haya presentado. ¿Cuán sábiamente dijo el apóstol Santiago que la lengua es un fuego abrasador y el compendio de todas las iniquidades (2)! Porque ella abunda en recursos de todo género para herir la reputacion ajena, y su mordacidad alcanza á todas partes. En su auxilio se levantan mil plumas mojadas en la hiel amarguísima del sarcasmo y del epígrama; el libelo infamatorio, la poesia satírica, el periodismo insultante, todo está á las órdenes de ese agente poderoso del infierno. Se ataca sin pudor la rectitud del magistrado, se hiere sin reserva la fama del hombre público, se mancilla con calculada frialdad la honra del artista, se lastima cínicamente el pudor de la doncella, se pone en duda la probidad del comerciante... ¿Y qué consecuencias tan

(1) Eclesiastes, IV. 1 et seq.

(2) Jacob. III. 6.

fatales no acarrea esa facilidad de calumniar al prójimo, á la sombra de una mal entendida libertad que es el mayor de los abusos que puede cometer el hombre! Incalculables son, señores, y no descenderé á enumerarlas porque es imposible, mucho menos en un breve discurso. Solo sí repetiré que los efectos de la calumnia son de una trascendencia suma. El hombre no vive solo de la vida material, tiene además otra vida moral mucho mas preciosa y estimable por cuya conservacion no dudaria á veces sacrificar gustoso aquella. Y esta vida moral la constituye su reputacion, su honra, su fama. Para el que se estima en lo que debe, vivir sin estas cualidades seria un suplicio insoportable, seria morir todos los dias sin consuelo: la muerte mas dolorosa seria incomparablemente preferible á una existencia de esta clase. Ahora bien, la calumnia ataca directamente al principio vital del hombre social, es la muerte moral del individuo que cifra su verdadera existencia en su reputacion intachable y sin mancilla: y por consiguiente el calumniador es un homicida de nueva especie, cuyo crimen es tanto mas grave cuanto es de mas valia la vida que arrebatada á su prójimo. La médula del áspid y la hiel de la víbora que destilan sus lábios, segun la profunda metáfora de Job (1), penetran casi imperceptiblemente hasta las entrañas de la víctima y la inmola sin clemencia á una pasion insensata. Sus palabras, aunque envueltas á veces en una aparente suavidad, son otros tantos dardos sútilmente aguzados que hieren de muerte la reputacion mas bien sentada (2). ¡Y qué incendio tan voraz no promueve á veces una sola chispa, una sola expresion dicha á la ventura y con imprudente ligereza! Permitidme usar de un símil que os mostrará en un golpe de vista toda la trascendencia de ese vicio horrible que venimos combatiendo. ¿No habeis visto alguna vez en un espeso bosque silbar un viento impetuoso, vibrar el relámpago, zumbiar el trueno, y caer el rayo desgajando de repente el robusto roble que habia visto pasar sobre su copa centenares de siglos? Pues tal es el efecto que frecuentemente produce en el hombre la calumnia. No

(1) Job. XX. 46.

(2) Psalm. LIV. 22.

pregunteis á ese padre de familia , que al lado de su cara consorte y de sus tiernos hijos , con semblante dolorido , con abatida frente , con mirada vaga é incierta yace en el mas profundo silencio , por qué su pecho lanza hondos suspiros , por qué sus mejillas se humedecen con un llanto involuntario , por qué apenas acierta á hablar una palabra , y parece desear por momentos el término de una existencia que le es enojosa y pesada. ¡ Ah ! Es que el rayo de la calumnia ha herido su alma honrada , y no puede soportar un golpe tan doloroso ; su felicidad ha sido altamente comprometida ; el porvenir se presenta á su imaginacion lleno de horribles fantasmas ; su sangre ha sido envenenada por una lengua maldiciente ; el gérmen de la muerte moral que lleva dentro de sí ha trastornado toda la economía de su vitalidad fisica , y solo el sepulcro podrá poner término á su desgracia.

¿ Veis aquel otro que poco há radiante de juventud y de alegría se cernía á manera de árbol magestuoso , á vista de una posicion brillante que estaba próximo á conquistar , fruto de su laboriosidad é inteligencia y de su nunca desmentida honradez ? Contempladle ahora pálido , abatido , meditabundo , sin aquella energia que antes revelaba en todas sus facultades , sin aquel valor que le daba una organizacion privilegiada , luchando en vano con una prolongada agonía , y sucumbiendo paulatinamente en la primavera de sus dias bajo el peso de una melancolia horrible que le arrastra á la tumba. ¡ Ah ! La calumnia es el verdugo que ha sacrificado una existencia que tanto prometia. Su honra se ha visto manchada por una lengua envidiosa ; el soplo mortífero de la maledicencia ha marchitado en un solo dia esa flor de muchos años , y ya no tornará á lucir sus galas ni á perfumar con su aroma una tierra de donde fué arrancada violentamente por la mano del hombre enemigo... ¡ Así el arbusto que ayer brotaba con extraordinaria pujanza , herido en sus raices por un pequeño insecto , vé desaparecer instantáneamente la verdura de sus hojas , caer místico y descolorido su pomposo ramaje que abrigaba bajo su sombra al fatigado viajero , y suceder á su antigua frescura y lozania , los emblemas de la ruina y de la muerte !

Funesta , cruel sobre todo encarecimiento se presenta donde quiera

la accion de la calumnia. Muchos discursos no bastarian para patentizar la gravedad de este crimen ni sus tristes consecuencias. ¡Cuántas reputaciones immaculadas no ha manchado con su impuro aliento! ¡Cuántas celebridades justamente adquiridas no ha hecho rodar por el lodo! ¡Cuántas lágrimas no ha hecho verter! ¡Cuántos desastres no ha ocasionado! ¡Qué de sangre no ha derramado! Inferid cuán terrible será la responsabilidad que sobre ella pesa, y la expiacion que debe esperar.

No diré mas que dos palabras acerca de este último extremo de mi proposicion. Es una verdad eterna que Dios aborrece con toda su alma al difamador de la honra ajena (1). Y cuando el hombre está designado por el dedo del Omnipotente como una víctima de su justo ódio y de su eterna cólera, ¿qué mayor castigo puede tener? ¡Triste de aquel á quien el Señor se propone por objeto de su ira! ¡Su mano es tan pesada! ¡Son tan rudos los golpes que descarga! Oid cómo se espresa por sus profetas: «Tu boca, oh pecador, decia por David, fué maldiciente, y urdidora de engaños tu lengua; calumniaste con premeditacion á tu hermano, y mancillaste la reputacion del hijo de tu propia madre. Yo entretanto callé, y tú pensaste que seria semejante á tí: pero te has engañado, pues llegará un dia en que te pediré estrecha cuenta de tus difamaciones, y te lanzaré al rostro tus mismas calumnias (2).» Y vaticinando por medio de Ezequiel los castigos que amenazaban á su antiguo pueblo, esclamaba: «Cerca está el tiempo de la expiacion de tus abominaciones; de tí triunfarán los que están cerca de tí; porque en tu seno abrigas hombres calumniadores que han hecho correr el llanto de los ojos del inocente por satisfacer su ódio y su venganza... ¿Cómo pues podrás resistir la fuerza de mi robusto brazo en el dia de mi furor (3)? ¡Ah! Escrito está, señores, que la lengua difamadora será traspasada por las agudas saetas del Omnipotente, y arrojada á un fuego devorador (4). Escrito está que el que con su boca siembra la ini-

(1) Ad Rom. I. 30.

(2) Psalm. XLIX. 49 et seq.

(3) Ezech. XXII. 4 et seq.

(4) Psalm. CXIX. 3, 4.

quidad y la calumnia, cojerá males y desastres, y será destrozado con la misma arma que blandió contra su prójimo (1). Y por último, ¿no ha jurado el Señor que tomará la defensa del oprimido y humillará al calumniador (2)? Si, C. O., le humillará en aquello mismo que él hirió al inocente; le humillará en su honra, le humillará en su reputacion, le humillará en su fama, le humillará en lo que mas estima tornando contra él los venenosos dardos que asestó á su prójimo. Dias malos y sobremanera angustiosos tendrás en esta vida oh calumniador cruel, esclama San Agustin; y tras estos dias malos te sobrevendrán mayores males en el dia del juicio. Sin embargo en tu cínica impiedad te ries, te burlas de las amenazas de Dios, y gozas por el pronto el fruto de tus difamaciones... No importa: triunfa en buen hora y engalánate con los despojos que te ha proporcionado tu lengua maldiciente: mófate de los gritos de tus víctimas, y pasa sobre ellas con la frente erguida é insultante; vendrá al fin el que te ha de sentenciar, y entonces no te quedará otro recurso que el infierno: *Ride, contemne, veniet qui exigit.*

Temblemos, A. M., esta expiacion terrible, y para evitarla, huuyamos de la calumnia, crimen el mas aborrecible en si mismo, el mas funesto y trascendental en sus consecuencias, el mas irreparable y como tal digno de los mayores castigos. No provoquemos la cólera del cielo; respetemos la honra de nuestros prójimos como un depósito sagrado é inviolable, á que no nos es licito tocar. De este modo será respetado á la vez nuestro honor y pondremos un freno á la lengua maldiciente que intentase herirnos con sus envenenados dardos. Seamos caritativos con nuestros prójimos, disimulemos sus defectos, cubramos sus debilidades, si es que queremos que el Señor apiadándose de nuestras miserias, y olvidando nuestras faltas, despliegue en favor nuestro los tesoros de su misericordia en esta vida, prenda segura de su gloria en la eternidad.

(1) Proverb. XXII. 8.

(2) Psalm. LXXI. 4.

HOMILÍA

PARA EL SÁBADO DESPUES DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

CUÁN INFUNDADAMENTE SE ACUSA Á LA RELIGION CATÓLICA DE PROPENDER
AL OSCURANTISMO, Y DE QUERER Oponerse Á LA MARCHA CIVILIZADORA
DE LAS SOCIEDADES.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo dijo Jesus: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Replicáronle los Fariseos: Tú das testimonio de ti mismo, y tu testimonio no es idóneo. Respondióles Jesus: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fé: porque sé de donde vengo y á donde voy: pero vosotros ni sabeis de donde vengo ni á donde voy. Vosotros juzgais de mí segun la carne, pero yo no juzgo así de nadie: y cuando juzgo, mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. En vuestra ley está escrito que el testimonio de dos personas es idóneo. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me ha enviado da tambien testimonio de mí. Decíanle á esto: ¿En dónde está tu padre? Respondió Jesus: Ni me conocéis á mí ni á mi padre: si me conociérais á mí, no dejaríais de conocer á mi Padre. Estas cosas las dijo Jesus enseñando en el templo... y nadie le prendió, porque aun no era llegada su hora.»

(JOAN. VIII. 12 ET SEQ.)

POR mas que por diversas vías y en distintos sentidos, ya con el arma vedada de la calumnia, ya apelando á los recursos de la ciencia, bien tergiversando maliciosamente los hechos, bien apurando el sofisma, se haya pretendido á fuerza de prolongados trabajos y de incansables luchas amenguar el brillo de la verdad católica, y deterrar del universo el gran luminar de la fé, la impotencia de tantos esfuerzos fracasados, la nulidad de tantos planes sin éxito, han de-

mostrado hasta la evidencia que la obra de Dios es indestructible, y que en vano se fatigan por echarla en tierra unos miserables pigmeos que en su loco frenesí se creyeron gigantes poderosos. Entre las mil blasfemias que contra esa religion divina vomitó el infierno en estos últimos siglos por boca de sus agentes los filósofos novadores, ninguna se creyó mas á propósito para desprestigiarla, que el enseñar dogmáticamente que propendia al oscurantismo, fomentando la ignorancia y oponiéndose á la marcha civilizadora de las modernas sociedades. Justamente se atacó al catolicismo por el lado que se hallaba mas robusto é invulnerable, queriendo arrebatárle una cualidad que le es esencial, y aun diré mas, esclusivamente suya. ¿En dónde sino en él se encuentran los verdaderos elementos de la positiva ilustracion? ¿De dónde sino de sus doctrinas emanan los raudales de la ciencia mas sublime? ¿Quién sino él con sus enseñanzas ahuyentó las tinieblas del error en el mundo antiguo, y continúa siendo en el mundo moderno el luminoso faro que muestra á todos el camino de la felicidad? Nadie con tanta razon como él ha podido y puede decir lo que Jesus dijo en la ocasion que hoy nos recuerda el sagrado texto: *Yo soy la luz del mundo*: yo cuando el orbe todo se hallaba sepultado en las sombras de la muerte y en la tenebrosa noche de una ignorancia la mas vergonzosa, hice lucir el sol de la verdad en ambos hemisferios; yo cuando toda la humanidad, ó la mayor parte de ella caminaba á tientas tropezando á cada paso en mil errores extravagantes, y rodando de abismo en abismo, victima de groseras preocupaciones y de insensatos delirios, abrí ante sus ojos una senda luminosa por donde pudiese marchar sin peligro: yo cuando en la eterna lucha de las pasiones se desconocia todo deber, se hollaba todo derecho, y la dignidad del hombre se veia ultrajada, y la conciencia escarnecida, y la virtud y la moral no eran mas que nombres sin significado, y el orgullo reinaba como soberano, y el egoismo ejercia donde quiera su dura dominacion, y la tiranía era una ley, y el despotismo un mérito, y la esclavitud una necesidad, tomando en mi mano la antorcha del Evangelio, fuí por todas partes ilustrando las inteligencias, rectificando las ideas, modificando los hábitos, creando gérmenes de positiva civilizacion, y enseñando á

cada cual lo que en su respectiva esfera debia ser , y lo que estaba llamado á observar respecto de sí mismo y de sus semejantes; y los hombres cambiaron de condicion, y los pueblos conquistaron una posicion mas independiente y ventajosa , y las costumbres se dulcificaron , y se corrigieron los instintos de inhumanidad , y á los envejecidos hábitos de servilismo sucedió el sentimiento de la libertad evangélica... ¿Quién podrá disputarme esta gloria? Así que desde entonces yo he dejado por do quiera en mi larga carrera una brillante huella; y *el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.*

Este lenguaje del catolicismo está apoyado por hechos intergiversables. La historia de diez y ocho siglos viene demostrando su veracidad, y por demas estaria insistir en las pruebas. Allí donde él ha derramado sus refulgentes rayos, la civilizacion ha cundido, las ciencias han tomado un vuelo prodigioso, el progreso ha sido una verdad, la libertad ha reinado sin turbulencias, el orden ha conservado el equilibrio social y la armonía entre las diversas gerarquias; porque á su sombra ha florecido la virtud, y cuando la virtud inspira á los hombres y á los pueblos, y la religion es la salvaguardia de las costumbres y el correctivo de los vicios, necesariamente ha de haber dicha y ventura positivas. Prescíndase por el contrario de ese gran principio, deje de lucir ese brillante planeta del mundo moral, amortíguese la fé, eclipsese la verdad católica en las sociedades, y las tinieblas mas espantosas se derramarán por ellas, y la virtud cesará de existir, y con la virtud desaparecerá el orden, y tras el orden la paz, y en lugar de esta vendrá el desorden y la anarquía; y el vicio tornará á reconquistar su antiguo imperio, y la libertad será sinónimo de pillaje y arbitrariedad, y el progreso será el emblema de la demagogia, y la ilustracion se traducirá por ateismo. Harto demostrado está por la esperiencia lo que es un pueblo sin verdaderas creencias, sin esa luz que brota del elemento católico. Cuando en su loco delirio llega á sacudir el yugo de la fé, cuando en su desmedido orgullo desecha sus tradiciones religiosas, y dice á Dios: «dame mi libertad, quiero ser independiente, cansado estoy de tolerar la coyunda de unos dogmas que me oprimen;»

Dios en su justa cólera le dicé: «Sé enhorabuena libre, usa á tu antojo de esa independencia que reclamas, tú serás tu propio soberano...» Y entoncés la luz de la vida se retira de su inteligencia, y se reproduce en ella el caos, y las tinieblas estienden su negro manto, y á través de la lóbrega noche del error va á precipitarse en el hondo abismo que él mismo abriera á sus piés.

Pero á estas reflexiones solo se contesta con blasfemias, porque la impiedad no sabe hacer otra cosa cuando se toca este punto. Los modernos regeneradores, los que aspiran á constituir las sociedades sin el elemento católico, no reconocen para nada el testimonio de la religion; supónenla interesada en su propia causa, y ninguna importancia dan á las pruebas que presenta en apoyo de su origen divino, y de su imprescindible necesidad como principio constitutivo en el órden social; y á manera de los antiguos Fariseos que impugnaban la doctrina del Salvador, dicen: *Tú das testimonio de tí mismo, y por lo tanto tu testimonio no es idóneo.* ¡Insensatos! ¿Pues qué nada són las demostraciones de mas de diez y ocho siglos? ¿Nada significan los combates y las pruebas por que ha pasado el catolicismo á través de tantas generaciones, y los laureles que viene recogiendo en todas partes sin que jamás haya prevalecido contra él el poder del infierno? ¿Nada vale tanta sangre derramada por sus héroes, tantas conquistas hechas por sus apóstoles, y prodigios tan brillantes operados por su doctrina? Sobre que negar al catolicismo su eterna veracidad es destruir su existencia, disputarle su infalibilidad es desgarrar el Evangelio, creerle capaz de engañar al hombre es decir que Dios no es su autor, ó que Jesucristo que le fundó en la tierra fué un impostor y no el Hijo verdadero del Altísimo... ¡A todas estas consecuencias arrastraria la fuerza de la lógica, una vez admitido un principio tan impío! Felizmente el catolicismo, obra de Dios, emanacion del cielo, encarnacion viva del que es virtud eterna y esencial, puede en todos tiempos presentar los divinos títulos de su origen, y por consiguiente decir á los que le impugnan, como Jesus á sus envidiosos émulos: *Aunque yo doy testimonio de mi mismo, mi testimonio es digno de fé: porque sé de dónde he venido y á dónde voy; pero vosotros ni sabeis de dónde vengo, ni á dónde voy.*

Y es tanta la luz que derrama la doctrina católica en la inteligencia del que con fé escucha sus enseñanzas, que apoyado en ella, el hombre mas rústico, el niño que va á la escuela sabe mas que esos gènios orgullosos que fundados en la razon, con esclusion de toda verdad revelada, intentan explicar el origen y el fin de la humanidad, su pasado y su porvenir, sus deberes y sus destinos. El cristiano sencillo que ha aprendido los primeros rudimentos de la religion, está en el caso de responder á todas las cuestiones esenciales que afectan al bienestar temporal y eterno del sér racional. Él sabe de donde viene y á donde va, porque no ignora que su existencia y todo cuanto tiene lo debe á la bondad infinita de un Dios que le crió á su imágen y semejanza por un acto espontáneo de su voluntad omnipotente; que su mision principal en la tierra es amar y servir á su Criador para merecer despues de esta vida en premio de sus buenas obras una felicidad eterna y una gloria inmortal. Los que no saben de donde vienen ni á donde van, son esos hombres insensatos, llenos de audacia, henchidos de impiedad y obcecados por la soberbia, que desoyendo la voz de la revelacion, luchando contra la razon misma, pisoteando todos los monumentos tradicionales, y pagados de una ciencia carnal y terrestre que han adquirido en la escuela del filosofismo revolucionario, pretenden sustituir á los invariables principios del Evangelio los principios vacilantes del racionalismo ateo; reemplazar los dogmas eternos de Jesucristo con las cavilidades y ensueños de unos espíritus extraviados é inmorales; arrancar del corazon de los pueblos el sentimiento de la fé que heredaron de sus antepasados, para darles en cambio las frias utopias del desacreditado protestantismo; desgajar el robusto árbol de la unidad religiosa que hizo á las naciones católicas grandes, poderosas é invencibles, para introducir en ellas juntamente con la divergencia de opiniones la anarquía del error, la turbulencia, el desórden y el caos. Y ¡ay del mundo si (lo que no es posible) llegasen á realizar sus insensatos proyectos esos hombres de perdicion! ¡Ay de la humanidad, si esas inteligencias ciegas y corrompidas consiguiesen hacer triunfar sus ideas de desolacion y de ruina! Sin duda no conocen en su loca obstinacion los males que ocasionarian sus doc-

trinas, ni son capaces de prever los trastornos que vendrian en pos de esa libertad mal entendida y peor aplicada de pensar y obrar sin restriccion ni freno en materias de tanta importancia. Indudablemente no han calculado las desgracias que conjurarían sobre un pais altamente religioso y fuertemente adherido á sus creencias con las que están enlazadas sus glorias tradicionales, sus recuerdos históricos, sus grandes hechos, sus victorias mas ilustres, y sus mas preciosas conquistas. ¡Ah! Vosotros los que á pretexto de regenerar nuestra nacion os empeñais en desposeerla de su joya mas estimable, la unidad católica, no dais importancia á esa funesta innovacion que meditais, porque, como decia Jesucristo á los antiguos Fariseos, *vosotros juzgais de la religion segun la carne*, la considerais como un mero instrumento de vuestra política, quereis hacerla servir á la realizacion de vuestros planes revolucionarios, y poco os afecta que toda una nacion levante el grito para anatematizar vuestra sacrilega audacia; que de todos lados se alcen voces autorizadas protestando contra un abuso inconcebible del poder que se os confiara; y que donde quiera se os designe con el dedo como verdaderos liberticidas, como traidores y enemigos de vuestra madre patria, toda vez que contra el torrente de la legitima opinion pública, y de la legitima voluntad nacional conseguís vuestros propósitos. Pues bien, continuad si quereis por esa senda tortuosa que en mal hora emprendisteis, pero no creais por eso triunfar del catolicismo, cuya estabilidad no depende de vuestros cálculos ni está subordinada á vuestra accion. Él siempre y en todas partes podrá oponer á las erróneas ideas del hombre la indestructible veracidad de sus enseñanzas, y decir como su inefable autor á sus impugnadores en la ocasion á que alude el presente Evangelio: *Yo no juzgo asi como vosotros, fundado en miserables y engañosas teorías, mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo quien habla, sino el Padre que me envió. Y si yo doy testimonio de mi mismo, tambien lo da el que me enviara.*

¡Cualidad propia y esclusiva del catolicismo! Solo él puede apelar al testimonio del cielo y probar su mision divina, porque no es obra de hombres sino de Dios esa religion que entre todos los demas

cultos viene atravesando los siglos llena de magestad y magnificencia. Ninguna parte han tenido en su institucion las bajas pasiones humanas, ni la ciencia mundanal, ni la ambicion de conquista, ni ninguna de esas miserias que manchan la historia de las sectas disidentes. Su establecimiento data desde el Calvario: nadie puede disputarla su antigüedad: del pié de la cruz arrancó para propagarse por todo el universo. Conocido es el nombre y la historia del que vino á proclamarla en el mundo; sabido es quienes fueron sus primeros heraldos, sus apóstoles y sus mártires. La sangre de sus héroes ha fecundizado donde quiera ese gérmen celestial, y hasta en los mas remotos países, hasta en las selvas y en los bosques, allí donde hay seres racionales la religion católica multiplica sus triunfos y derrama sus inmensos beneficios. Los que desconocen estas maravillas, los que se niegan á reconocer esos grandes prodigios de civilizacion que no cesa de operar el catolicismo se asemejan mucho á aquellos Fariseos corrompidos que estrechados por los argumentos irrefutables del Hombre-Dios, *le preguntaban: ¿En dónde está tu Padre?* Así es como la blasfemia sigue lógicamente al error, y el insulto es la única arma que ciertas inteligencias obstinadas saben blandir contra la verdad, cuando en su obstinacion se empeñan en marchar contra la fuerza de la evidencia.

Esta pregunta, si bien en diferentes términos, se ha hecho repetidas veces á la religion. Se le ha exigido las credenciales que acrediten su mision celestial, se le ha pedido que presente los títulos en que se funda para creerse la única y esclusivamente verdadera; y no bastando su testimonio para convencer á sus impugnadores, han ido á rebuscar en los misterios de la naturaleza, en los secretos de la ciencia geológica, en los monumentos antidiluvianos, y en las entrañas del globo pruebas con que poder desmentir sus asertos. ¡Menguados! ¿Cómo seria posible hallar en la naturaleza argumentos contra la veracidad de su criador? ¿Cómo encontrar en las ciencias testimonios para impugnar al autor de ellas? ¿Cómo pedir á la razon demostraciones contrarias á la razon misma? Dignos de lástima son por cierto los que por esta via pretenden desprestigiar al catolicismo. Sus propias armas se han vuelto contra ellos: y allí

donde pensaron cabar la tumba de la verdad, no consiguieron mas que abrir el abismo en que se hundieron bajo el peso del desprecio y del anatema de las generaciones.

Ni me conoceis á mi ni á mi Padre, decia Jesucristo á los Fariseos: *pues si me conociéseis*, indudablemente *le conoceríais á él*. Esto mismo puede decirse á todos los enemigos de la religion católica, á los impugnadores del Evangelio, á los que quieren susstituir sus errores, utopias y teorías á las enseñanzas de la Iglesia. No conocen al Unigénito de Dios, y por consiguiente mal pueden conocer á su Eterno Padre con quien es sustancialmente una misma cosa. Y cuando el hombre no conoce á Jesucristo, ¿puede ser mayor su desgracia? ¿Qué dicha puede esperar quien se vé privado de la verdad en la inteligencia, y del amor en el corazon? Pues ni una ni otra cosa posee todo el que no está unido al que es esencialmente el camino, la verdad y la vida, como los sarmientos á la vid, como las ramas al tronco. Escrito está que solo por medio del Hijo se puede llegar al Padre, y quien quiera que desconozca ó niegue la divinidad de aquel, niega y desconoce la magestad de este, y cuando se desprecian las enseñanzas del primero y se rechazan sus dogmas, preciso es renunciar á la amistad del que le envió al mundo para ilustrar á la humanidad y redimirla con su sangre.

Mas de mil ochocientos años hace que el catolicismo viene proclamando estos principios fundamentales, y nadie hasta ahora ha podido rebatirlos con éxito, porque están fundados en la infalibilidad divina. En vano se han alzado en diversas épocas enemigos mas ó menos temibles que han hecho la guerra á la fé, y empeñádose en destruir la religion del crucificado. Por demas ha sido que unas veces la tirania de los reyes, otras la astucia de los sábios, ora el sofisma filosófico, ora el ódio encarnizado de las sectas disidentes, y aquí la calumnia, y allí el ridiculo, y mas allá la violencia, y siempre y donde quiera las malas pasiones, hayan minado sordamente el augusto edificio de la unidad católica. ¿Qué han conseguido? ¡Ah! Ahí está la historia. Llenas están sus páginas de los triunfos que la religion ha reportado en el largo tiempo que viene luchando contra el error. Sus émulos han podido afligirla, han podido

desconsolarla, la han tenido en incesante conflicto: ¿pero desmentirla? Jamás. ¿Abatirla? Nunca. ¿Triunfar de ella? Imposible. A la manera que *Jesus* quedó victorioso cuando *enseñaba estas cosas en el templo, sin que nadie se atreviese á echarle la mano, porque todavía no era llegada su hora*, del mismo modo el catolicismo vencerá siempre á despecho de todos los esfuerzos de la mentira, impotente para destruir sus sólidos cimientos. Triunfará hoy, triunfará mañana, triunfará mientras duren los siglos, porque su estabilidad se halla asegurada por el mismo Dios. La palabra del Omnipotente está comprometida, ha afianzado el porvenir de su Iglesia, ha jurado que el infierno no prevalecerá contra ella, garantizando sus promesas con su asistencia divina hasta la terminacion de los tiempos.

Consolémonos pues, M. A. O., y por recias que sean las tormentas que veamos conjurarse contra nuestra religion, no desmayemos. No hay poder en lo humano contra el poder de Dios; no hay sabiduría en el mundo que pueda competir con la ciencia del Altísimo, no hay fuerza capaz de resistir á la fuerza del Todopoderoso. Trabajen y afánense los génios, razonen los filósofos, discutan los políticos, declamen los libre-cultistas, hagan cuanto gusten por arrancar de raiz ese añoso roble de nuestras creencias... ¡Miserables! Ellos se desengañarán, ellos verán cuán vanamente intentan echar por tierra la obra del cielo; ellos se convencerán de que en su loca ilusion han soñado una utopia irrealizable. La confusion de su derrota cubrirá la frente de esos despreciables pigmeos: rodarán por el polvo al soplo de Dios que se burlará de sus mezquinos proyectos y deshará en un momento sus impíos planes: en tanto que el catolicismo robusto, invulnerable, victorioso, verá pasar unos en pos de otros á sus enemigos derrotados, y entonará sobre sus ruinas un himno de triunfo que se prolongará por toda la eternidad.

EXORDIO DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA DE PASION.

EL VERDADERO ORIGEN DE LA INFECUNDIDAD DE LA DIVINA PALABRA,
RADICA EN EL ABUSO CRIMINAL QUE DE ELLA SE HACE, CUAL SI
FUERE MERAMENTE UN ELEMENTO HUMANO.

Qui ex Deo est verba Dei audit. Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.

El que es de Dios escucha la palabra de Dios. Por eso vosotros no la escuchais, porque no sois de Dios.

(JOAN. VIII. 47.)

UN fenómeno digno de reflexion viene operándose en el cristianismo hace muchos siglos, fenómeno cuyos caracteres hoy como nunca se ven trazados en todas las clases de la sociedad. Me refiero, A. O. M., á la palabra salvadora de Dios, á la doctrina del Evangelio, que desde el dia en que Jesucristo consumó su grande obra en el Calvario, no ha cesado de derramarse por toda la redondez del globo, llevada por los heraldos de aquel que habiendo venido á reformar el mundo mediante ese poder desconocido hasta entonces, dijo á los que eligiera para llevar á cabo su gran pensamiento: «Id y enseñad á todas las gentes: predicad el Evangelio á todas las criaturas.» Si admirable sobre todo encarecimiento se muestra esa palabra civilizadora en los prodigios que donde quiera obra en las primeras edades del cristianismo, no se muestra menos patente á nuestra vista su infecundidad respecto de los siglos posteriores. Ella que un dia convertia y santificaba la humanidad, triunfaba de la idolatria, hacia rodar las falsas divinidades sobre sus pedestales de bronce y de

mármol, ahuyentaba el vicio, domaba la impiedad, enfrenaba el error, abatía el orgullo de los poderes de la tierra; ella que sin apelar al artificio de la humana elocuencia, y sin necesidad de las bellezas del ingenio, convencía al filósofo, persuadía al sábio, llenaba de estremecimiento al libertino, hacía enmudecer al ateo, y engendraba en todas partes millares de hijos á Jesucristo: ¿cómo es que ahora es tan infecunda y produce tan pocos frutos de moralidad y de justicia, de virtud y de salvacion en las modernas sociedades? ¿Consiste acaso en que ahora tiene que luchar con errores mas arraigados, con preocupaciones mas envejecidas, con pasiones mas fuertes y poderosas? Pero ella atravesó largos periodos de persecucion y de tiranía, sobrenadó por cima de tres siglos de sangre, y desafió á los Neronés, y se burló de los Calígulas, y sobreexistió á los Dioclecianos, y triunfó de la sábia Roma y de la culta Atenas, y resistió á la ferocidad de los bárbaros del Norte, y humilló á los Atilas, y donde quiera salió victoriosa de sus encarnizados enemigos. Pues entonces, ¿cómo es, repito, que esa palabra produce hoy entre nosotros efectos tan opuestos á los que un dia operaba, y que en vez de ser el principio de nuestra conversion y de nuestra felicidad, se convierte en motivo de nuestra desgracia y de nuestra eterna ruina?

Hed ahí, C. O., la gran cuestion que ya en su tiempo se proponía á sí mismo San Juan Crisóstomo, y cuya solucion nos cumple buscar para poder poner el remedio oportuno á tamaño mal, si es que todavía puede hallarse. Preciso es al efecto, inquirir primeramente el principio, el origen primordial de esa contradiccion monstruosa. Y para encontrarle, no necesitamos mas que leer atentamente las primeras palabras del texto evangélico de este dia. Dirigiéndose en cierta ocasion Jesus á los Fariseos, sus incansables antagonistas, les dijo: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me dais crédito?» Y en seguida descubre la causa de esta repulsion incesante entre el error y la verdad, añadiendo: «El que es de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escuchais, porque no sois de Dios.»

Aquí tenemos ya resuelto el problema que venimos examinando. Es que en la palabra evangélica se hace preciso considerar dos co-

sas, á saber, su autoridad y su necesidad: su autoridad que emana del cielo porque es la palabra del mismo Dios, si bien dispensada por el ministerio de hombres; su necesidad, porque sin ella es de todo punto imposible salvarse. Ahora bien, estos dos caracteres de la palabra evangélica exigen de parte del que la escucha dos condiciones indispensables, que son: escucharla como palabra de Dios con una fé viva y ardiente, y poner en práctica sus enseñanzas con un sincero deseo de aprovecharse de su eficacia. El que con estas disposiciones la oye ese pertenece á Dios: el que carece de ellas no es de Dios: *Qui ex Deo est verba Dei audit. Propterea vos non auditis quia ex Deo non estis.* Y por consiguiente resulta que «el motivo principal, el origen verdadero de la infecundidad de la palabra divina, es el desprecio, el abuso criminal que de ella se hace, cual si fuese meramente un elemento humano»; pues faltando las dos condiciones enunciadas, no es posible que obtenga los resultados que está destinada á producir en el mundo, como voy á demostrarlo en el presente discurso.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

«Yo soy el camino, la verdad y la vida.» (Véase el tomo II, página 447.)

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

A LA LUZ DE LA FÉ, DE LA RAZON Y DE LAS DIVINAS Y HUMANAS LEYES
PRESENTASE LA BLASFEMIA COMO UN PECADO EL MAS INJURIOSO Á DIOS,
Y EL MAS DIGNO DE UNA EXPIACION ETERNA.

De bono opere non lapidamus te, sed de blasphemia.

No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia.

JOAN. X. 33.

ERROR gravísimo es sin duda creer que ciertos vicios pierdan su esencial gravedad, porque la inmoralidad creciente, y la prodigiosa relajacion de las costumbres los hayan hecho mas frecuentes en el mundo. Como quiera que lo que es de suyo malo y detestable jamás puede dejar de serlo, siquiera el abuso lo haya hecho pasar en costumbre, aunque la impunidad haya aumentado la osadía de los malvados, en vano se intentará con especiosos sofismas y vanos pretestos sincerar lo que ante Dios y los hombres, ante la razon y la conciencia es de todo punto injustificable. Al espresarme así, aludo muy particularmente á un vicio horrible, á un crimen inaudito que por nuestra desgracia se ha generalizado tanto en la presente época, merced á la lenidad con que se castiga, y á la tolerancia criminal con que una legislacion semi-atea viene contemporizando con él, que ya no hay edad, ni sexo, ni condicion que deje de cometerle con mas ó menos descaro. Hablo, señores, de la blasfemia, bostezo inmun-

do del espíritu infernal, ladrado del Estigio como le denomina el Crisóstomo, mónstruo asqueroso que asesta sus tiros contra el mismo Dios y no perdona nada de cuanto á él se refiere; vicio que lleva consigo la maldición del cielo y el eterno anatema de reprobación segun las sagradas letras, (1) y que desde muy antiguo viene siendo objeto de los mas severos castigos aun por parte de las mismas leyes humanas. Los judios se tapaban las orejas y rasgaban sus vestidos para manifestar el horror que les inspiraba. En el Levítico (2) estaba establecida la pena de muerte contra el blasfemo, y no una muerte pronta, sino lenta y dolorosa, puesto que debia ser apedreado, teniendo derecho el extranjero como el indígena á ser el ejecutor de esta ley terrible. De la mala inteligencia de esta misma ley resultó lo que hoy nos refiere el sagrado texto.

«Paseábase Jesus en el templo por el pórtico de Salomon: en esto que le rodearon los judios y le dijeron: ¿Hasta cuándo has de tener suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Respondióles Jesus: Os lo estoy diciendo, y no lo creéis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre están dando testimonio de mí... Mi Padre y yo somos una misma cosa. Al oír esto los judios, cogieron piedras para apedrearle. Entonces les dijo Jesus: Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis? Contestáronle: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, pues siendo tú, como eres, hombre, te haces Dios.»

Infiérese de este hecho (salvo el error de aquellos hombres descreídos) no solamente la gravedad del crimen de la blasfemia, reconocida ya desde las primeras edades del mundo, sí que tambien las diversas especies en que puede dividirse, ó sea los varios modos con que se puede cometer; puesto que si bien consiste principalmente en manifestar con palabras ó acciones un desprecio ó falta de respeto á la divinidad, bien sea negándola lo que esencialmente le es propio, bien atribuyéndola lo que la repugna ó tiende á vilipendiar-

(1) Maledicti erunt qui contempserint te, et condemnati erunt omnes qui blasphemaverint te. (Tob. XIII. 16).

(2) Levit. XXIV. 16.

la ó á disminuir su honor, tambien blasfeman, los que hacen objeto de sus venenosas lenguas ó de sus actos ofensivos á la Santísima Madre de Jesucristo, á los ángeles ó á los santos, como que las ofensas hechas á estos refluyen en el mismo Dios, quien, como dice el doctor angélico (1), así como es loado en sus escogidos cuando se alaban las maravillas que en ellos ha obrado, así tambien la blasfemia que á ellos se dirige redunda en él de una manera indirecta, porque en ellos es deshonrado.

No me ocuparé en hacer un minucioso análisis de las varias clases de blasfemia que en el cristianismo se cometen. La lengua se resiste á enumerarlas, y su sola idea causa en el alma un involuntario estremecimiento. Consideraré este crimen en general, y demostrándoo la voz unánime con que contra él protestan la religion y la razon, las divinas y humanas leyes, fácil os será deducir que la blasfemia es un pecado «el mas injurioso á Dios, y el más digno de una eterna expiacion.» Invoquemos ante todo las luces del cielo para tratar dignamente una materia tan importante, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Nunca he necesitado ménos que hoy de las galas de la humana elocuencia. En un asunto que habla por sí mismo, por demas están todos los recursos prestados de la ciencia mundanal. El sentimiento debe en este instante reemplazar al génio, y á las estudiadas frases de la retórica deben sustituir los afectos del corazon. Dura é insensible es preciso que sea el alma que no se afecte y estremezca al oír ese grito infernal que por donde quiera levanta la blasfemia despojada ya de toda máscara de pudor, y que se presenta altiva, insultando y vilipendiando en todos los tonos al Dios omnipotente, al Dios fuerte, al Dios de los ejércitos, al Dios de las venganzas, cual si

(1) S. Thom. 2. 2. q. 13 á 1. ad. 2.

pretendiese escalar el sólio del rey inmortal de los siglos y lanzar de él al que sostiene con tres dedos toda la mole del universo. ¡Señor! ¿No sois ya por ventura el que érais de toda eternidad? ¿No sois el Invencible, el Sábio, el Altísimo, el Criador y Conservador de toda la naturaleza, el que os meceis blandamente en el cielo en alas de los querubines, ante quien se postran las gerarquías angélicas, á quien obedecen los astros, en cuya presencia tiemblan los orbes, y á quien la aurora matutina y el crepúsculo de la tarde, el dia y la noche, el sol y la luna, y los vientos y los mares y todo cuanto existe entona sin cesar un himno perpétuo de honor y de alabanza? ¿Cómo es pues que el hombre, despreciable pigmeo, vil gusano, átomo imperceptible en el inmenso sistema de la creacion, se atreve á mojar su lengua en la hiel de la blasfemia para deshonoraros y vilipendiaros? ¡Horrorizaos, cielos! ¡Y tú tierra, estremécete en vista de tamaño desacato! ¿Qué es lo que por todas partes se oye sin cesar? ¿Qué significa esa confusa gritería de voces sacrílegas que lanzan contra el cielo envenenadas saetas, dardos que van á herir el corazon del mismo Dios? No se trata ya de una guerra entre los Titanes y las fabulosas divinidades del Olimpo, trátase de una lucha á brazo partido entre la criatura y el Criador, entre la nada y el Ser, entre el hombre débil soplo de la divinidad, y la divinidad misma que se lo infundiera, entre la debilidad suma y la suma omnipotencia, entre... Pero dejemos esta odiosa antítesis. ¿Y qué intenta, qué pretende ese reptil, ese polvo, esa nada? ¿Es que ha soñado triunfar del cielo? ¿Ha creído ocupar el lugar del Omnipotente destronándolo? ¿Ha pensado ceñir la corona del supremo monarca arrancándosela de sus sesiones? ¿Se ha imaginado arrebatarle los rayos de su venganza, luchando con él en singular combate?

○ Tal pudiera creerse al oír esas lenguas impías que cual otros vehículos de Satanás, segun la frase del Crisóstomo, se desatan continuamente en blasfemias horribles contra cuanto hay de mas sagrado en el cielo y debajo del cielo. Se insulta á Dios, se vilipendia á Jesucristo, se huella su sangre, se escarnece su cruz, sus sacramentos, sus dogmas, sus misterios, se blasfema de la purísima Virgen María y de los santos, se ridiculiza con sarcasmo la religion, se

menosprecia públicamente el culto... Y ya de palabra, ya por escrito, aquí en infames libelos, allí en impías disertaciones, ora en las plazas, ora en el seno de la familia, y hasta en las deliberaciones de la misma representacion nacional, se alzan risas estúpidas, voces insensatas, gritos turbulentos que ofenden altamente á la divinidad. ¡Dónde estamos! ¡En qué país vivimos! Cuando en una nacion que tras largos siglos viene honrándose con el dictado de católica se llega á permitir que plumas sacrilegas ataquen directamente el dogma de la inviolabilidad original de la Madre del Verbo; cuando unas páginas llenas de asqueroso cinismo y de incredulidad merecen la aceptacion y el aprecio de los llamados á constituir el edificio social de este país sin ventura; cuando el periodismo, arma funesta del error, se cree autorizado para atacar de frente las creencias y tradiciones religiosas de un pueblo grande y heróico por su fé, ¿qué nos resta? ¿Puede ir mas lejos la blasfemia? ¿No podremos dudar si ha ocurrido un cambio radical en nuestra posicion geográfica, y nos hemos trasladado á los arenales africanos ó á los incultos bosques del Nuevo Mundo?

Pero tiempo es que abandonemos estas tristes reflexiones, para patentizar la gravedad del crimen que venimos lamentando, haciendo ver cuán enérgicamente se levanta para anatematizarle la voz de la religion y de la razon y cuán de acuerdo marchan en este punto las leyes divinas y humanas. No me ocuparé en reproducir los innumerables pasajes de la Escritura que pintan este vicio con los colores mas odiosos y repugnantes. Sabido es que en el Apocalipsi de San Juan está personificado en aquel informe dragon de siete cabezas sobre las cuales llevaba escrito el nombre de blasfemia, cuya boca vomitaba sin cesar las imprecaciones mas horribles contra el nombre adorable del Señor (1). Sabido es, como ya antes digimos, que la maldiccion divina pesa sobre el impío blasfemador y que lleva consigo el sello de su reprobacion eterna (2). Consultemos pues el lenguaje de la tradicion, y veamos como se han expresado acerca de este punto los padres de todos los siglos.

(1) Apoc. XIII. 4. et seq.

(2) Tobie. loc sup. cit.

Tertuliano llamaba á la blasfemia esputo fétido del abismo (1). San Agustín asegura que son mas criminales los que ahora blasfeman de Dios triunfante en el cielo, que los que le crucificaron cuando moraba en la tierra (2). Aquellos le azotaron con cuerdas nudosas y punzantes varas: estos con las blasfemias que pronuncian sus lábios (3). Y si los judíos escupieron al hijo del Altísimo, si traspasaron su cabeza con espinas, y sus manos y piés con agudos clavos, clavos, y espinas, y esputos incomparablemente mas ignominiosos son, añade Lirano, esos bostezos infernales que exhala la boca del blasfemo (4). ¿Qué espada mas cortante pudo imaginarse, pregunta San Bernardino de Sena (5), que la lengua blasfemadora? Ella si pudiese dividiria y destrozaria á Dios completamente. Y ya que esto le es imposible, dispara contra él la blasfemia á manera de saeta venenosa para herirle en su honor, en su magestad, en su grandeza y en todos sus atributos. ¡Deicidio horrendo! exclama el Angélico, que nada pierde de su gravedad porque al hombre no le sea dado consumarle, ya que cuando de sí depende lo desea, lo intenta, lo procura é indudablemente lo realizaria si su impotente brazo no se estrellase contra la inmortalidad del objeto á quien se dirige; á la manera que el que atenta contra la vida de su rey, no porque vea frustrado su criminal objeto deja de cargar sobre sí la nota y la responsabilidad de regicida (6). ¡Cuánta atrocidad, qué desacato tan inconcebible encierra la blasfemia! Atentando contra la magestad divina, atenta por consiguiente contra el cielo y la tierra, contra toda

(1) Horrebo plane sputum blasphemiae flatum. (Tert. Scorp. 7.)

(2) Magis peccant blasphemantes Deum triumphantem in cœlis, quam qui crucifixerunt eum ambulantem in terris. (August. in cap. 26. Math.)

(3) Flagellatur Deus flagellis Judæorum, flagellatur blasphemiiis falsorum christianorum. (Id. Tract. 9 in Joan.)

½ (4) Sicut tunc conspuitur salivis infidelium, ita nunc opprobriis exonoratur falsorum fidelium, et colaphis, id est, blasphemiiis eorum cœditur. (Lyran. in c. 18 Matth.)

(5) Lingua blasphemantis est gladius scindens et discerpens Deum, si possit, in plures partes. (S. Bern. Senens. T. 1. S. 45. a 2. c. 4.)

(6) Qui blasphemat sagittam mittit contra Deum, quantum est ex se, intendens Deum destruere. (S. Thom. 2. 2. q. 31. a. 4. ad 1. et q. 47. c.)

la creacion, contra todos los séres visibles é invisibles, contra los ángeles y los santos, contra lo divino y humano, puesto que ataca y tiende á destruir el poder infinito del Señor, sin el cual ninguna de esas cosas pudieran existir ni conservarse.

Ved pues con cuánta razon aseguran unánimemente los doctores de la Iglesia que la blasfemia reúne en sí la malicia de todos los demás pecados y escede en gravedad á todos los demás crímenes. Ella envuelve la impiedad, en sentir de San Dámaso (1): por cuanto el que blasfema se separa de Dios, pierde la fé y está próximo á caer en un horrible ateísmo. Otro tanto asegura Orígenes, puesto que el blasfemo renuncia á la verdad, pierde el temor de Dios, y se despoja de la caridad principio fontal de la salvacion (2). Así que entre los innumerables pecados que contra Dios y contra el hombre se cometen en el mundo, ninguno hay, escribe el Crisóstomo, tan detestable como la blasfemia (3), en cuya comparacion aparecen leves todos los demás, añade San Gerónimo (4). Y la razon de esto la dá Ricardo de San Victor. Hay, dice, pecados que tienen su origen en la misma corrupcion y debilidad que es innata á la humana naturaleza; los hay tambien que reconocen por causa la ignorancia, el error ú otras pasiones mas ó menos fuertes de que se deja dominar el hombre: pero la blasfemia es un pecado que nace de la soberbia del alma, arranca de la protervia del corazon, se comete con premeditada osadia, y no admite excusa ni atenuacion de ninguna especie, por lo que es mas grave, mas odioso, mas abominable que todos los demás crímenes (5). A este propósito apropia San Agustin aquellas palabras del Salmista: «La iniquidad de los malvados brotó de sus

(1) Qui blasphematur adversus divinum nomen, impietatem admittit. (S. Damas. in Paral. c. 59.)

(2) Blasphemator exiit a veritate, exiit a timore Dei, a charitate, a fide. (Orig. hom. 14. in Levit.)

(3) Nihil scelestius blasphemia. (S. Chrys. hom. in Ps. 95.)

(4) Omne quippe peccatum blasphemia levius est. (S. Hier. in c. 52. Isaia.)

(5) Malignitate, ergo, blasphemia proe coeteris est pessima... Quid videtur aliud spiritus blasphemiae, quam affectatio et desiderium vituperationis divinae? (Richard. Tract. de Spir. blasphem.)

entrañas y pasó á convertirse en afecto de su corazon (1): porque la blasfemia no reconociendo motivo alguno, surge necesariamente de la redundancia de malicia que rebosa en el alma de quien la profiere. El soberbio puede moverse por la ambicion del honor, el gloton halla un incentivo en el gusto de los manjares, el libidinoso se vé arrastrado por el placer de la carne, el vengativo puede invocar en su favor la satisfaccion de una injuria, el desidioso la molicie y el descanso; de suerte que en todos estos vicios halla el pecador un motivo presunto, un fin determinado, un bien aparente... ¿Pero el blasfemador qué bien encuentra en la blasfemia? ¿qué motivo le impulsa á proferirla? ¿qué fin se propone en ella? Ninguno, sino ofender, deshorrar, vilipendiar á Dios. ¡Qué horror!

No es de estrañar, M. A. O., que la razon misma de acuerdo con la religion, y las leyes humanas á una con las divinas, hayan anatematizado en todos tiempos este crimen inaudito. Y con razon, puesto que, como dice San Eflen, no afecta meramente á las criaturas, como el hurto, el homicidio y otros vicios de esta especie, sino que vá directamente al Criador de todas ellas; y su único y exclusivo objeto es escarnecer, ultrajar y vilipendiar la magestad divina. Por eso siempre y donde quiera se han visto en los códigos consignadas las mas severas penas para castigar al blasfemo. En las leyes de Justiniano se le imponia la pena capital. Las leyes de San Luis decretaban que la lengua de los blasfemos fuese traspasada con un hierro candente. En nuestras leyes de Partida entre otras penas afflictivas y afrentosas se prescribe la de azotes, imprimirles en los lábios la letra B con un hierro ardiente, y cortarles la lengua: todo lo cual se halla confirmado en la Novísima Recopilacion (2).

Verdad es que estas leyes se han modificado estraordinariamente en nuestro actual Código penal, en el que con no poco escándalo vemos consignada la blasfemia en el número de las faltas, y no en el de los delitos, y como á tal se la designa por todo castigo un leve

(1) Prodiit quasi ex adipe iniquitas eorum: transierunt in affectum cordis. (Ps. LXXII. 7.)

(2) Ley 1.^a y 2.^a, libro 4.^o, tit. 8.^o

arresto, una ligera multa, y una reprension... ¡Como si el blasfemar del santo y adorable nombre de Dios, del de la Virgen y los santos, ó de las cosas sagradas no fuese un crimen mucho mas horrible, un atentado incomparablemente mas grave que el homicidio premeditado, el robo á mano armada, el regicidio y otros que se castigan justamente con la última pena! ¡Como si el atentar contra la honra y la magestad del Monarca de los siglos, del Rey de las eternidades, del Soberano del universo, del Criador del mundo y del árbitro supremo de los humanos destinos fuese un mal mas leve que el atentado cometido contra la sagrada é inviolable persona de un monarca terreno que ciñe una corona mortal y perecedera! ¡Mengua y baldon de nuestros tiempos! ¡Vergüenza y sonrojo de nuestro decantado catolicismo! Bien se conoce el molde en que se ha vaciado esa legislacion viciosa que hoy nos rige. Harto se echa de ver á quién pertenece ese informe engendro de la escuela enciclopedista. ¿Mas qué importa que las leyes humanas hayan caducado? ¿Caducarán por eso las leyes divinas? Nunca: siquiera el espíritu de un siglo materialista y casi ateo tienda á destruir por sus bases el edificio de la religion, y pretenda sustituir en sus códigos el error enmascarado á la eterna verdad, no por eso logrará sus intentos, ni conseguirá que el crimen que venimos censurando sea menos odioso, menos grave, menos punible ante Dios. En el fondo nuestro siglo es lógico. Como quiera que ninguno ha vomitado tantas blasfemias contra Dios, contra Jesucristo, contra su Iglesia y contra los mas sagrados y venerandos objetos, no es de estrañar que ya que no le sea dable amenguar en la esencia la gravedad de tamaño crimen, disminuya al menos los castigos que por una mera condescendencia no puede menos de establecer contra él. ¡Insensato! ¿Y quién podrá evitar la expiacion terrible que le está decretada para el porvenir? La blasfemia, dice Santo Tomás, pára tormento del que la comete empieza en el tiempo y durará por toda la eternidad, porque en su horrible desesperacion, no pudiendo eludir los castigos de la divina justicia, jamás cesará de vomitar imprecaciones contra la mano Omnipotente que pesará sobre él. Y á la manera, escribe Peraldo, que los verdaderos hijos de Dios, acostumbrados á alabarle en la tierra,

repite sin cesar los mismos cánticos de alabanza que un día deben continuar con los bienaventurados en el cielo, así por el contrario los hijos del diablo ensayan en este suelo las mismas blasfemias que eternamente repetirán en el abismo.

De aquí es que no hay un signo mas positivo de reprobacion que la costumbre de blasfemar. El que continuamente insultó á Dios, escarneció su magestad y vilipendió su honra, y pisoteó su sangre, y escupió su Cruz con su lengua blasfemadora, escribe San Bernardino de Sena, llegará al postrimer instante de su vida sin arrepentirse, porque ha arrojado á Dios de su lado, y por lo tanto su condenacion será inevitable (1). Allí se verificará de un modo horrible lo que en diverso sentido decia un día el profeta Jeremias hablando de Jerusalem: «Todos sus perseguidores rodearán al alma del blasfemo, y la perseguirán sin duelo, y la asaltarán en medio de sus mayores angustias: *Omnes persecutores ejus apprehenderunt eam inter angustias* (2).» Por una parte la debilidad de su fisico, por otra la aproximacion de la eternidad; aquí los dolores de la agonía, allí los remordimientos torcedores de una conciencia que no podrá callar; de un lado el mundo que le abandona, de otro el cielo que le rechaza... ¡Qué situacion tan horrorosa la del blasfemo! Y entre tanto sus oidos escucharán aquel anatema terrible de los Libros Santos: «El que á sus delitos añade la blasfemia, provoca la ira de un Dios vengador, y nada tiene que esperar sino su juicio indeclinable (3).» Juicio durísimo, juicio sin piedad, juicio sin apelacion, sin tregua, juicio eterno cuyo fallo será: «Id malditos al fuego eterno;» en donde como dice el abad Casiano, los dragones infernales devorarán los labios del blasfemo, y lacerarán su pecho á manera de serpientes que no podrá arrojar de sí (4).

(1) *Blasphemus propter ejus ingratitude, in puncto mortis non recordatur pœnitendi se, et in isto modo remanet damnatus, quia extra gratiam Dei est.* (S. Bern. Sen. t. 4. serm. 33.)

(2) Thren. I. 3.

(3) Job. XXXIV. 37.

(4) *Ibi dracones blasphemantium labia vorant, et serpentes diris miserorum pectora lacerant.* (Cassian. 3. p. Confess. Theolog.)

no Ved pues, M. A. O., cómo si la voz unánime de la religion y de la razon, anatematizan justamente ese crimen gravísimo, Dios tambien le castiga en la otra vida con una expiacion proporcionada á la injuria que aquel le infiere. Evitémosle pues sobre todo, huyamos de él como del mayor de los males, detestémosle con todo nuestro corazon. Y si por nuestra desgracia hemos incurrido en él hasta ahora, procuremos desde este instante expiarle condignamente con la penitencia, indemnizando al Señor en lo sucesivo con nuestras alabanzas de los ultrages que con nuestras blasfemias hayamos cometido contra su magestad infinita: no sea que llegados al término de nuestra existencia, y presentados al tribunal de Jesucristo, nos veamos interpellados con aquel apóstrofe que el profeta Isaias pone en los labios de Dios: «¡Impío! ¿á quién ultrajaste? ¿De quién blasfemaste? ¿Contra quién alzaste tu voz y dirigiste tus altivos ojos? ¡Ha sido contra el Santo de Israel! ¿E ignoras que cuando tú te enfurecias contra mí, subió hasta mis oídos la insolencia tuya? Pues ahora yo te pondré un anillo en tus narices, y un freno en tus labios, y te haré volver por el mismo camino que has venido (1).» Esto es, te arrojaré de mi presencia humillado y maldecido, y en dura y eterna servidumbre expiarás tu sacrilega altanería. ¡Qué sentencia tan terrible! Esto me recuerda lo que no há mucho tiempo decia el Sumo Pontífice reinante dirigiéndose á un numeroso auditorio en Roma, y lamentando con lágrimas en los ojos el incremento que la blasfemia habia tomado en la ciudad santa. «Bien sé que no faltan lenguas sacrilegas »que profanan el santo nombre de Dios... Publicad en todas partes »que no espero nada de esos hombres que arrojan al cielo la piedra »que los aplasta al volver á caer. Blasfemar del Padre comun que »nos da la vida y con ella todos los bienes de que gozamos, es colmar la medida de la ingratitud!»

¡Ojalá M. A. O., que estas reflexiones hagan en nosotros el efecto que es de esperar! Dichosos nosotros si como San Pablo podemos decir un dia: «Cierto que yo tambien fui en otro tiempo blasfemo (¡quién nunca lo hubiera sido!): pero ha sobreabundado en mí

(1) Isaiæ. XXXVII. 23. 29.

HOMILÍA

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

POR QUÉ CONVINO QUE JESUCRISTO Y SU GRANDE OBRA PASASEN POR EL CRISOL DE LAS TRIBULACIONES, Y VERDADEROS MOTIVOS QUE HAN ESCITADO EL ÓDIO DE LA IMPIEDAD Y LA INCANSABLE REPULSION DE LAS MALAS PASIONES CONTRA LA VERDAD CATÓLICA.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«Reuniéronse en consejo los Pontífices y Fariseos, y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre obra muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y la nacion entera. En esto uno de ellos, llamado Caiphas, que era el Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no entendéis nada ni reflexionáis que os conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nacion. Mas esto no lo dijo de su propio movimiento, sino que como era el Pontífice de aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion, sino tambien para congregar en un cuerpo á los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así desde aquel dia no pensaban sino en hallar medio para hacerle morir.»

(JOAN. XI. 47 ET SEQ.)

TODA la vida de Jesucristo es una enseñanza práctica para el cristiano: su historia es la historia anticipada de la religion que vino á fundar en la tierra; y las diversas fases por que pasó durante su existencia mortal en el mundo, preludiaron maravillosamente las varias vicisitudes que debia atravesar el cristianismo. Por eso, á la manera que el Salvador fué constantemente un objeto de esperanza para los buenos, de ódio y aversion para los malos, la víctima designada por la incredulidad para satisfacer una torpe venganza, y el blanco de una contradiccion universal, segun que se le habia va-

ticinado en su infancia al dar el primer paso en la vía del sacrificio, así también la religión cristiana, á imitación de su augusto fundador, viene siendo al par que un motivo de veneración para los que ven en ella el origen de todo bien y el principio fontal de toda dicha positiva, la víctima que el error y las pasiones, el libertinaje y la impiedad han señalado para hacerla una guerra sin tregua y sacrificarla si pudiesen á su inesplicable encono. Establezcamos un ligero parangón entre ambos, y veremos como se identifican en todo: tanto que si Jesucristo debió padecer y ser afligido en la tierra porque era el Redentor de la humanidad, el cristianismo también ha seguido las mismas huellas, porque es la única religión verdadera llamada á perpetuar en el mundo los frutos de la redención; con lo cual quedarán explicadas «las causas por qué en los designios de la Providencia convino que el Hombre-Dios y su grande obra pasasen por el crisol de las tribulaciones, y demostrado al propio tiempo el verdadero motivo que ha escitado el ódio de la impiedad y la repulsión incesante de las malas pasiones contra la verdad católica.»

Bástanos abrir el Evangelio y leer las palabras del texto que acaba de cantarse para quedar desde luego explicado este misterio. *Reuniéronse (dice) en consejo los Pontífices y Fariseos, y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros.* Ved en primer lugar, y esta observación es de San Agustín, cuánto ciega el ódio y la pasión á aquellos hombres testigos de las maravillas que donde quiera obraba Jesucristo; pues que lejos de ver en aquellos hechos portentosos una prueba incontestable de la divinidad del que los verificaba, obstinanse por el contrario en no ver otra cosa más que un pretexto para afirmarse más en sus errores y añejas preocupaciones, y perseguir de muerte al que quería darles la vida. ¿Que hace muchos milagros! ¿Y porque los hace negais que es hijo de Dios vivo? ¿Y porque en todas partes deja impresas las huellas de su corazón benéfico le considerais digno de proscripción y os apresurais á condenarle? ¿Y porque cura á vuestros enfermos, y alimenta á los que tienen hambre, y acoge al huérfano, y protege al desvalido, y arranca al sepulcro sus conquistas, por eso le aborreceis, por eso le perseguís, por eso en fin os alarmais y deliberais sobre el

medio mas pronto y eficaz de deshaceros de su importuna presencia? ¡Monstruosa contradiccion! ¡Peregrino modo de discurrir! Hed ahí la lógica del error. No de otro modo han raciocinado en todas épocas los descendientes bastardos de aquella secta incrédula. Asi es como vienen discurrendo todas las escuelas enemigas de la religion católica, y esas inteligencias estraviadas vendidas á las pasiones de unos corazones corrompidos, que nunca se avienen con las doctrinas del Evangelio. El catolicismo, dicen, hace muchos milagros; y el mayor de todos es su conservacion á través de diez y ocho siglos de rudos combates y sangrientas luchas... Pero es preciso desterrar el fanatismo, hacer frente á las preocupaciones de la ignorancia, rebatir las ilusiones de una ciega credulidad, y no dejar que triunfen en el mundo esas ideas que destruirian todos nuestros planes, y darian en tierra con el edificio de la civilizacion moderna... ¡Menguados! Mal pretenden ocultar sus verdaderos designios bajo las apariencias de un falso celo. Conocidas son sus aspiraciones, que en el fondo nada difieren de las de los antiguos enemigos de Jesucristo. ¿Eran acaso los milagros de éste lo que aquellos temian, lo que excitaba su rivalidad, y motivaba sus persecuciones? No, esto no pasaba de ser un pretexto, bien infundado por cierto y peor combinado, pues que ponía de relieve sus ideas contradictorias; la verdadera causa estaba en otra parte, en sus miras políticas á las que no dudaron sacrificar sus convicciones religiosas, en su orgullo nacional que veian amenazado, y por el que estaban dispuestos á renunciar á sus tradiciones bíblicas. *Si le dejamos así, decian, todos creerán en él, y vendrán los romanos y se apoderarán de nuestra ciudad y de nuestra nacion.* Con que es decir que lo que alarmaba á aquellos soberbios Pontífices, y á aquellos venales Fariseos, no era en realidad los prodigios de Jesus, sino la inmensa popularidad que alcanzaria su doctrina, la propagacion de sus enseñanzas, el incremento de su influencia en todos los pueblos. Esto y no otra cosa era lo que promovía sus acaloradas discusiones. Veian que el gentil y el judío, el griego y el romano, el bárbaro y el escita, todos unánimes abrazarian el nuevo culto inaugurado por aquel hombre de milagros, en cuyo caso si la Judea se resistia á aceptarle, desapare-

ceria su nacionalidad, y sería destruida su independencia: y antes que renunciar á sus miras ambiciosas y egoistas, hubieran preferido, como de hecho prefirieron, ahogar la verdad en sus corazones y decretar la muerte del Justo cargando con la inmensa responsabilidad de un horrible deicidio. ¡Y no sabian los desgraciados que esta resolución era por el contrario el golpe de gracia dado á su existencia política, y que acababan de decretar su servidumbre, su disolución y su completo esterminio!

No es menos errada la idea que preside al ódio incansable de los émulos del catolicismo. Al ver que en todas partes y en todas las épocas su influencia lejos de amenguarse con las contradicciones que ha sufrido, se avigora cada día mas y toma mayores proporciones, le temen porque no vá de acuerdo con la tortuosa marcha que ellos han emprendido, le aborrecen porque protesta altamente contra sus principios desorganizadores, le combaten porque es contrario á sus aspiraciones, trabajan por desprestigiarle porque no transige ni fraterniza con el error y las pasiones. Y vencidos en el terreno de la razón y de la conciencia pública, y derrotados en el campo de la discusión y de la ciencia, maquinan sordamente su esterminio, como único medio de poder realizar sus locas utopias; y armados del sofisma, y manejando diestramente la calumnia, y llevando al terreno de la política lo que es del dominio esclusivo de la fé, y haciendo cuestion de partido, lo que no es sino cuestion de creencias, buscando quiera que pueden hallarlo un pretexto plausible para poner en planta sus proyectos. Y sin embargo, no es mas que ódio sistemático, enemiga irreconciliable, cruel encarnizamiento, y necio orgullo, y ambicion desmedida, y corrupcion profunda lo que les mueve á ensañarse contra la verdad que no pueden menos de conocer, siquiera intenten sofocarla, porque la luz no deja de existir siempre viva y radiante porque haya hombres que en su delirio arrojen nubes de polvo sobre sus propios ojos. Bien han manifestado el móvil legítimo de todos sus trabajos esos hombres que han soñado una regeneracion social basada en la destruccion del edificio religioso que vienen respetando los siglos. Hipócritas como los Fariseos, y no menos envidiosos de la preponderancia del elemento católico, que los

pontífices judíos de la de Jesucristo, se han reunido mil veces para deliberar sobre la futura suerte de la religion, como si en sus manos estuviese el destruir lo que Dios ha fundado, y señalar el porvenir de lo que está marcado con el sello de la perpetuidad. Preciso es, han dicho, que de una vez se ponga un coto á la influencia de ese principio que todo lo arrastra en pos de sí. Sus conquistas aumentan diariamente, el bando *apostólico* trabaja incansable por mantener y fomentar el espíritu *de reaccion*. Su doctrina invade todo el globo y apenas hay un rincon de él donde no tenga auxiliares y prosélitos. Dejadles hacer, y bien pronto vereis como los pueblos se agrupan bajo su bandera, y forman un partido imponente, el partido teocrático que trastornará todos nuestros planes y ejercerá un dominio universal en el mundo...

Así han hablado los hombres de la escuela filosófica, los modernos reformistas y cuantos miran con torbo ceño la preponderancia del principio católico; y la resolucion que en su consecuencia han tomado ha sido idéntica á la que los antiguos Pontífices y Fariseos adoptaron en la ocasion á que nos referimos respecto de Jesucristo. Uno de ellos llamado *Caiphás* que era pontífice aquel año, dijo: *Vosotros no entendeis nada, ni reflexionais que conviene que un solo hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la nacion*. Estas palabras que envolvian un ilustre vaticinio, acaso sin saberlo el mismo que le pronunciaba, decidieron de la suerte del Hombre-Dios en la tierra. Desde aquel momento quedó acordada su muerte, aquella muerte que en los ocultos designios del cielo debia dar la vida á la humanidad, rescatándola de la ominosa esclavitud del pecado, rehabilitándola en los derechos que perdiera en el paraíso, franqueándola las puertas de la eternidad, y abriendo á sus ojos un porvenir inmortal y una gloria imperecedera. Convenia, sí, que el Justo por excelencia, el Santo, el inocente, el Pontífice de los bienes venideros, entrase en el nuevo tabernáculo no elaborado por manos humanas, para hallar la redencion eterna del mundo á precio de su propia sangre, como dice San Pablo (1). Convenia que

(1) Hæbr. IX, 11 et seq.

el Hijo del Altísimo fuese la víctima expiatoria que se ofreciese en una cruz por los crímenes de todo el universo para arrancar al infierno su prepotencia, y despojar al fuerte armado de su despótica tiranía. Convenía que el monarca invisible de cielos y tierra cambiase su manto real por la púrpura ignominiosa, su diadema de gloria por una corona de tribulación, su trono de nubes por un madero afrentoso para que el hombre que siendo poco menos que los ángeles no supo sostener su dignidad y se envileció hasta rebajarse á la condicion de los irracionales mas estúpidos, fuese levantado de su postracion y volviese á ocupar el lugar que le estaba designado como rey de la creacion. Convenía que se humillase el Omnipotente, para que se engrandeciese el débil mortal, que fuese escarnecido el grande por esencia, para que el hijo del polvo fuese honrado; que el impassible se sujetase al sufrimiento y al dolor, para que la criatura condenada desde su concepcion á sufrir y llorar fuese libre del padecimiento; que el impecable por naturaleza se viese condenado como reo de delitos que nunca cometiera, para que el pecador fuese absuelto y reengendrado á la gracia; y que á consecuencia de un infame decreto pereciese Jesucristo en el suplicio de los malhechores, para que fuese rasgado el fatal decreto de condenacion lanzado contra todo el linage de Adan en los primeros dias del mundo.

¡Ahí teneis, M. A. O., todo el sistema de la teología católica, todo el plan de la reparacion operada por el Hijo de Dios, la causa eficiente, la causa ocasional, la causa final de la redencion!... Todo ello se encerraba en aquellas misteriosas palabras del pontifice de los judios: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y que no perezca toda la nacion.» Palabras que como dice el sagrado texto *no le fueron inspiradas por su propio ingénio, sino que como era pontifice de aquel año, profetizó*, movido sin duda de una superior inspiracion, *que Jesus habia de morir por la nacion, y no solo por la nacion judia, sino tambien para congregar en un solo cuerpo á los hijos de Dios que estaban dispersos*. Y de hecho, ¿quién duda de la conveniencia, de la necesidad absoluta del sacrificio del Calvario para la felicidad del universo? ¿Qué hubiese sido de la humanidad en el estado de envilecimiento y de desdicha á

que la redugieran sus errores y extravíos, si un Dios haciéndose hombre no hubiese cargado con la responsabilidad de tantos crímenes como se habían cometido desde el principio de la creación, incapaz como era por sí sola de expiarlos condignamente? ¿Cómo se hubiese realizado ese enlace misterioso entre la tierra y el cielo, hallándose aquella bajo el anatema de este, ambos enemigos irreconciliables, ambos en perpétua lucha, separados ambos por un abismo inconmensurable, á no haberse verificado aquel maridage incomprendible entre lo divino y lo humano, mediante el cual desaparecieron las distancias, dejaron de existir las rivalidades, la misericordia se abrazó con la justicia, y ésta sin ceder nada de sus derechos hizo que aquella consiguiese el triunfo mas admirable? ¡Ah! ¡Triste del hombre si Dios no se hubiese humanado! ¡Desgraciado el mundo si Jesus no hubiese aceptado todos los dolores que nosotros merecíamos, y la muerte afrentosa de cruz á la que estaba vinculada nuestra libertad y nuestra bienandanza! Errantes y dispersos sobre una tierra que nos maldeciría, ni siquiera podríamos dirigir nuestras miradas á aquella patria celestial de la que como hijos desheredados nos arrojaría el rayo vengador del Omnipotente; y privados de todo derecho, de toda esperanza, de todo consuelo, veríamos deslizarse nuestros días en el horror del despecho bajo el insoportable peso de la adversidad, como unas víctimas destinadas á padecer eternamente en otra vida aun mas desdichada... Pero no, el Redentor de la humanidad cumplió en su persona el vaticinio del pontífice del pueblo judío y las profecias de cuarenta siglos, y el pueblo se salvó, y la humanidad fué rescatada, y el universo entonó un himno de victoria que repetirá durante las edades.

Volviendo ahora al parangon que desde el principio de este discurso venimos estableciendo, es de notar que así como los Pontífices y Fariseos, sin otra mira que la de satisfacer un encono inmotivado, decretaron que convenia sacrificar á Jesucristo á su infame venganza, y en consecuencia de esta resolución, *desde aquel dia no pensaban sino en hallar medio para hacerle morir*, segun el texto evangélico, del mismo modo los enemigos del catolicismo, los que envidiosos de su influencia han mirado siempre de mal ojo su pre-

ponderancia y sus conquistas como contrarias á los planes del libertinaje y de la impiedad, han recurrido en todas épocas al mismo espediente que con su divino fundador adoptaron aquellos hombres fermentados é hipócritas. Conviene, han dicho, que se ponga trabas á ese principio, que impulsado por el soplo del fanatismo clerical va invadiendo todos los terrenos. Conviene al bienestar de los pueblos, conviene á la estabilidad de las sociedades, conviene á los progresos de la civilizacion que muera, esto es, que deje de ser lo que viene siendo hace diez y ocho siglos ese elemento religioso que en todo quiere tener una participacion directa. El desenvolvimiento de la industria, el fomento de las artes, el triunfo de las ideas, el afianzamiento de la libertad... todo está interesado en el esterminio de ese poder espiritual que, traspasando sus lindes naturales, ha usurpado derechos que no le competen y reclamado una influencia que no debe ejercer en nuestros destinos. Preciso es para que los pueblos se salven y no perezca la nacionalidad de todos los paises, que limitemos su accion á lo puramente espiritual, y aun de esto solamente á lo que de ningun modo pueda dificultar nuestros designios ni entorpecer nuestra marcha. ¿Se opone á ello la unidad religiosa? Pues introduzcamos la tolerancia de todas las comuniones. ¿Puede servirnos de estorbo la incompatibilidad de creencias? Pues admitámoslas todas indistintamente. ¿Ha de servir de rémora el pontificado con sus exigencias? Pues declaremos á la faz del mundo que rechazamos tan servil dependencia. ¿Nos contraria el clero con sus enseñanzas? Pues pongamos mordazas en su boca y dictemos leyes represivas contra los que no acepten nuestros principios...

De esta suerte, con un celo hipócrita, ó á pretexto de un espíritu de nacionalidad friamente calculado, se ha decretado en varias ocasiones y se decide hoy dogmáticamente la muerte civil y social de ese principio que personifica al Hombre-Dios, y es la espresion genuina de la verdad eterna. ; Y no ven, no advierten que, sin saberlo ellos mismos, los que así hablan y obran, no hacen otra cosa sino preparar el triunfo del catolicismo y conducirlo al logro de sus inmortales destinos! ; No reflexionan que cuanto mas trabajan por debilitar su influjo mas le acrecientan! ; De qué han servido las per-

secuciones que hasta ahora ha sufrido, las horribles tormentas que contra él ha suscitado el error, el encarnizamiento de sus enemigos, las luchas y los combates que ha sostenido, las escuelas que contra él se han inaugurado, las sectas que de él se han separado, sino de hacer mas visible su accion poderosa, mas admirable su celestial doctrina, mas bella su indestructible unidad? No serán otros los resultados de las contradicciones que no cesan de crearla los modernos Fariseos. Combatan sin duelo á esa religion divina, hiéranla hondamente en la fibra mas sensible, persiganla desembozadamente con todo género de calumnias, no haya arma por vedada que sea que no manejen para destruirla. Asi conviene, no para la realizacion de sus insensatas teorías, sino para que se verifiquen los designios de Dios sobre la humanidad, para que no perezca el mundo, para que los pueblos se salven, para que las sociedades prosperen, para que los individuos sean felices. Pues no de otra suerte que la sangre de Jesus vertida por sus perseguidores sirvió para lavar las manchas del pecado que reinaba orgulloso en la tierra, para enlazar lo visible con lo invisible, para fecundizar las raices del árbol de la libertad cristiana, para estender de uno á otro polo la civilizacion del Calvario, para propagar junto con el Evangelio todos los gérmes de ventura y prosperidad, así tambien los reveses, las persecuciones, los sufrimientos y los combates del catolicismo, evidenciando al mundo su origen divino, y demostrando que se apoya en un poder indestructible, desengañarán á los ilusos, disiparán los nublados del error, y harán ver que los que contra él asestan sus tiros, son los verdaderos enemigos de la humanidad que especulan con la credulidad de los pueblos para esclavizarlos, que quieren arrancar del corazon del hombre su fé y sus dogmas para robarle sus esperanzas, su apoyo en el infortunio, y su venturoso porvenir.

Tened esto bien presente, católicos, y no os dejéis seducir por las utopías de esos hombres de perdicion. Permaneced firmes y constantes en vuestras creencias á despecho de la incredulidad sistemática de los que se dicen llamados á labrar vuestra dicha. Desconfiad siempre de sus promesas: y siquiera fuesen ángeles los que os predicán principios contrarios á las verdades consignadas en el Evangelio de

Jesucristo, no los creais, os repetiré con el Apóstol. La verdad es una, indivisible, eterna, la que habeis aprendido desde la infancia, la que todos los dias proclamais en el simbolo de los apóstoles. Confesadla pues sin rubor, sostenedla con energía, defendedla con valor, conservadla como un precioso depósito, seguros de vuestra felicidad en la vida presente, y de una gloria perdurable en la otra.

EXORDIO

Y APLICACION DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA DE RAMOS.

EL AMOR, PRIMERA CONDICION DE NUESTRA UNION CON JESUCRISTO EN LA EUCARISTIA, JUNTAMENTE CON LOS DEMAS SENTIMIENTOS QUE ESCITA EN EL ALMA, CONSTITUYEN LAS VERDADERAS DISPOSICIONES CON QUE DEBEMOS SALIRLE AL ENCUENTRO EN LA SOLEMNIDAD PASCUAL
Á IMITACION DE LAS FIELES TURBAS HEBREAS.

LA escena que hoy nos recuerda la Iglesia, M. A. O., nos suministra un tema inagotable de reflexiones, todas ellas gravísimas y de la mas alta importancia. Hoy en efecto es el aniversario, digámoslo así, de aquel día grande y solemne en que el Hijo de Dios hecho hombre, antes de dar principio á la dolorosa carrera de su pasion, verifica su entrada triunfal en aquella ciudad ingrata destinada á recibir su sangre y á ser el teatro de sus ignominias. Montado en una jumenta ataviada con los vestidos de los discípulos del Salvador, penetra éste por las calles de Jerusalem, precedido y seguido de numerosas turbas que agitan con sus manos palmas y verdes ramos de oliva, entonando al mismo tiempo cánticos entusiastas en loor del que venia en nombre del Señor á redimir al pueblo acogido. «*Y todo esto, dice el sagrado Evangelio, sucedió así en cumplimiento de lo que digera el Profeta: Decid á la hija de Sion, mira que viene á tí tú rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino hijo de la que está acostumbrada al yugo.*»

Ahora bien, observemos el singular contraste que ofrece aquella poblacion dividida en diferentes partidos, y los diversos afectos que

la entrada de Jesucristo hace surgir en sus habitantes. ¿Cómo es que mientras los unos dando libre vuelo á su entusiasmo hunden los vientos con gritos de júbilo, victoreando al hijo de David y repitiendo las bendiciones y *hosannas* al enviado del cielo, los otros llenos de turbacion y espanto en presencia de esta ovacion improvisada, observan un silencio harto significativo, y se reúnen á deliberar sobre las medidas que conviene adoptar en semejantes circunstancias, cual si aquel que veian entrar por sus puertas fuese un tirano cuyo yugo se tratase de rechazar á todo evento, cuya dura dominacion temiesen como la mayor de las calamidades?

Circunstancia es esta que debe llamar vivamente nuestra atencion. Dos tipos harto marcados se nos presentan en este acontecimiento; dos partidos bien distintos figuran en él de una manera digna de observarse. De un lado el pueblo sencillo y fiel, el pueblo creyente que reconociendo en el nuevo rey pacífico que viene á visitarle, al Mesias anunciado y prometido en los libros proféticos, se apresura á recibirle con las mas sinceras demostraciones de confianza y amor, de simpatia y de gratitud como al objeto de sus ardientes votos y depositario de sus esperanzas. De otro lado, el partido incrédulo compuesto de pontífices venales, de sacerdotes envidiosos, de Fariseos fementidos, que heridos en su orgullo por aquella recepcion honrosa hecha á Jesucristo, conspiran sordamente contra él y juran perderle para satisfacer una venganza reconcentrada ya de mucho tiempo en sus viles corazones. De suerte que lo que para los unos es un motivo de alegría y satisfaccion, conviértese para los otros en ocasion de despecho y de pesar. Y es que aquellos están animados por la fé y por el amor; en vez de que estos, ciegos con los vicios y vendidos á las mas torpes pasiones, no experimentan mas que aversion y repugnancia, no tienen creencias, y por consiguiente carecen de afeccion.

La semejanza no puede ser mas exacta entre esto y lo que en la presente época sucede en el seno del cristianismo. A todos se nos dice por el eco de la Iglesia nuestra madre: «Ved que viene á vosotros nuestro rey manso y pacífico.» Próximo está el día de la solemnidad pascual en que Jesucristo vendrá á la mística Jerusalem de vuestra

alma en el sacramento de la Eucaristia para renovaros en espíritu, y colmaros de sus dones; *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus*. Y este anuncio solemne, ¡qué distintas impresiones no causa en los cristianos! Pocos son los que como los fieles hebreos le salen al encuentro y le preparan una recepcion digna de tan grande magestad; muchos por el contrario los que á imitacion de los pontífices y Fariseos se turban, se inquietan y miran como un deber penoso el cumplimiento del precepto pascual. ¿Y qué otra es la causa de semejante divergencia, sino que lo que aquellos ven como una dicha inefable, lo consideran estos como una desgracia; porque tranquilos los primeros con el vaticinio de su conciencia, y creyendo firmemente que en la recepcion de la Eucaristia deben hallar un tesoro de gracias inapreciable, desean llegue el momento de tener en sus pechos al autor de todo bien, cuando los segundos atormentados por sus remordimientos y faltos de fé, de esperanza y de amor, no experimentan hácia Jesucristo sacramentado sino afectos de desconfianza y de terror? Por eso los unos participan de los frutos copiosos de la triunfal entrada del Salvador en sus almas, mientras los otros ven por el contrario aumentarse en las suyas los efectos funestos de sus malas pasiones.

«Luego el amor á Jesucristo es la primera condicion de nuestra union en el sacramento de la Eucaristia, y por consiguiente él mismo juntamente con los demas sentimientos que engendra en el alma, constituyen las verdaderas disposiciones con que á imitacion de las fieles turbas hebreas, debemos salirle al encuentro en la gran solemnidad pascual.» Hed aqui trazado el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

He dicho C. O., que el amor fué el sentimiento, etc. (Véase tomo IV, pág. 421.)

SERMON

SOBRE LA NECESIDAD DE HACER PENITENCIA,

(que suele predicarse el Lunes ó Martes Santo.)

NECESIDAD DE HACER PENITENCIA FUNDADA EN LA INNEGABLE AUTORIDAD DE LOS DIVINOS LIBROS, EN LOS HECHOS LUMINOSOS DE LA HISTORIA Y EN LA CONVICCION DE NUESTRO PROPIO ESTADO.

Nisi pœnitentiam habueritis omnes similiter peribitis.

Si no hiciéreis penitencia, todos á la vez perecereis.

LUC. XIII. 3.

CATÓLICOS: Hay verdades terribles á las que el hombre, por grande que sea su obstinacion, no puede menos de dar crédito, siquiera sus pasiones se opongan á ello y pretendan cegar sus ojos para no ver la luz que le muestra el recto camino de la salvacion. Podrá en buen hora resistir á las divinas inspiraciones; podrá adormecerse en los placeres mundanales; podrá ahogar hasta cierto punto el grito de su conciencia criminal entre el ruido de las orgías y de los festines; podrá, en una palabra, luchar contra Dios, oponerse á sus llamamientos, sacudir su yugo, y decirle como los impíos de que habla la Escritura: «Apártate de mí; no quiero sufrir tu dominacion; aborrezco tu ley, y me es enojosa tu voz que me indica el camino del bien.» Pero no por eso le será posible triunfar de ese alto poder que está sobre todo lo humano; y en medio de sus locos pasatiempos, el eco de la religion vendrá á acibarar todos sus goces y á poner en relieve su lastimoso estado; y mal que le pese escuchará donde quiera aquella verdad estremecedora consignada en el Evangelio y

dirigida á todos los pecadores: «Si no haceis penitencia, todos irremisiblemente perecereis:» *Nisi pœnitentiam egeritis, omnes simul peribitis.*

Este mismo grito es, M. A. O., el que vengo á repetir hoy en nombre de la religion salvadora de que soy eco fiel, en nombre de Jesucristo cuya mision estoy llamado á llenar entre vosotros, en nombre en fin de vuestras mismas almas cuyos mas caros intereses me afectan extraordinariamente. La indispensable necesidad de hacer pronta y sincera penitencia, hed aqui el gravísimo asunto que hoy debe ocupar nuestra atencion; porque á ello está ligado nuestro presente y nuestro porvenir. ¿Y quién duda que todos sin distincion de ningun género presentimos esta necesidad y tenemos esta obligacion? Todos por nuestra desgracia hemos pecado; todos nos hemos extraviado del camino de la virtud, todos hemos ofendido mil veces á la bondad divina, todos hemos insultado su misericordia, abusado de su tolerancia, y conjurado sobre nuestras cabezas su venganza inexorable. Y esto, M. A. O., nunca como hoy es tristemente cierto. La corrupcion de nuestro siglo, la impiedad que cunde en todas las clases sociales, la desmoralizacion universal que en todos los sexos y condiciones se muestra descarada y audaz, el escándalo cada dia mas creciente en todos los estados, y ese cinismo insensato de que hace alarde una juventud insolente, y esa mal llamada despreocupacion de que hace gala una vejez sin dignidad, y esa multitud de escesos nunca vistos que gradualmente van adquiriendo mayor refinamiento y un carácter mas grave y alarmante: ¿no muestran patentemente el mas completo olvido de Dios, la indiferencia mas lamentable hácia las verdades católicas, el desquiciamiento universal de todo orden moral, en una palabra, que el hombre se ha desentendido de sus deberes, que ha renunciado á sus inmortales destinos, que se ha materializado y héchose todo carne, por satisfacer los viciados instintos de su naturaleza corrompida? Y en semejante estado, qué espera, qué puede esperar sino que la cólera celestial caiga sobre él con todo su peso, y que un nuevo diluvio de fuego esterminador reduzca á cenizas ese mundo réprobo que así se atreve á desafiar al Omnipotente?

¡Ah! ya vemos tiempo há vibrar la espada del Dios irritado; ya vemos cernerse en los aires el génio de la devastacion que amenaza á las sociedades modernas; ya venimos palpando las consecuencias de ese aluvion de crímenes que han inundado el universo; dentro de nosotros mismos tenemos ya esa mano vengadora que con su cruel azote humilla al poderoso, castiga al soberbio, hunde en el abismo al voluptuoso, y sin perdonar al rey en su sòlio, ni al pastor en su choza, ni al magnate en su palacio, ni al pordiosero en su infecto tugurió, manifiesta donde quiera que Dios es el señor y árbitro de los humanos destinos; que no en vano le insulta y desafía el miserable hijo del polvo; y que cuando cansado ya de tolerar los excesos de los hombres se propone hacer ostentacion de su fuerza y poder para reducirlos á la razon, no hay ciencia, no hay consejo, no hay prevision bastante á impedirlo: pues en su mano está la muerte y la vida, la elevacion y la ignominia, la gloria ó la deshonra, y él dispone á su beneplácito de los pueblos y de las naciones, de los centros y de los estados, como que suya es la tierra y cuanto en ella existe.

No hay pues mas que un medio eficaz para contener los efectos de la divina venganza y reemplazarla con la misericordia: y este es la penitencia, medicina preciosa que cura nuestras llagas morales, antídoto infalible que neutraliza las funestas consecuencias del pecado, elemento divino que el cielo puso á nuestra disposicion para hacer frente á todas nuestras desgracias, tabla salvadora á la cual asidos podemos dominar el inmenso océano de las pasiones en que nos vemos sumergidos, y evitar el naufragio que nos amenaza. Voy por lo tanto á ocuparme de esto por un breve rato. «La necesidad de hacer penitencia, fundada en la innegable autoridad de los divinos libros, en los hechos luminosos de la historia, y mas que todo en la conviccion de nuestro propio estado», será la materia de mi discurso. Imploremos ante todo las luces divinas por la mediación de la Santísima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Inútil sería ir á rebuscar en las sagradas páginas textos que acrediten la necesidad de hacer penitencia, despues de haber consignado ya en un principio aquella terrible sentencia de Jesucristo: «Si no hiciéreis penitencia, todos perecereis irremisiblemente.» Es decir, M. A. O., que segun este inapelable dilema no se da medio entre estos dos extremos: «O arrepentirse ó perecer.» Y en efecto no le hay, por mas que el hombre trate de tergiversar sus precedentes, ó de eludir sus consecuencias. O es cierto que el pecado ofende casi infinitamente á la magestad suprema, ó no lo es. ¡Decidid! Mas ¿qué digo? No creo que os atrevais á negarlo, siquiera vuestra impiedad rayase en lo mas alto. ¿Puede haber mayor osadía, atrevimiento mas inconcebible, desacato mas grave, injuria mas atroz que levantarse el polvo contra el que le amasára con sus manos, escupir el miserable reptil contra el que puede aplastarle con su planta, insultar la nada al Criador de todas las cosas, mofarse el esclavo del rey supremo que le hizo libre, en una palabra, disputar el sér de un dia el poder y la soberanía al que existe desde la eternidad? Pues tal hace el hombre, toda vez que pecando niega á Dios la sumision y obediencia que le debe como á su Hacedor, se despoja del carácter de grandeza que le imprimiera su soplo divino, rasga los títulos de dependencia que le ligan á sus supremas leyes, le denosta, le ultraja, y menosprecia su bondad, y rechaza sus auxilios, y pisa su sangre preciosa, á cuyo precio humanándose le rescató del cautiverio y le franqueó las puertas de la inmortalidad.

Luego en el hecho mismo de pecar, ya el hombre se hace enemigo de Dios, se declara su antagonista y su rival, pónese en abierta lucha contra él, le hostiliza en todos conceptos, y por consiguiente es un sér desheredado de la legitima paterna, es un objeto de aversion y de ódio respecto del que le crió, es una víctima destinada á experimentar una venganza eterna... ¡Qué estado tan lastimoso!... ¡Qué posicion tan horrible!

Sin embargo, el Señor que es infinitamente rico en piedad, y cuya clemencia escede á todas las obras de su omnipotente diestra, se ha reservado el derecho de perdonar al culpable cualesquiera que sean sus crímenes, y lo quiere, y lo desea con vivas ansias, puesto que jamás se complació en la perdicion del delincuente, sino que antes se goza en verle vivir arrepentido. Solo una condicion le impone, y es que reconozca su culpabilidad, que deteste sus faltas, que llore sus aberraciones, y expie sus estravíos con la penitencia. ¡A tan leve costa olvida Dios sus ofensas! ¡A tan corto precio depone su indignación, suspende el golpe de su venganza, y se aplaca su justa cólera! Así lo ha consignado en mil pasajes de los santos libros. Llenas están sus páginas de textos los mas terminantes y precisos en este punto. ¡Con qué efusion de su corazon piadoso esclamaba un dia por medio de sus profetas hablando con su antiguo pueblo: «Vuelve á tu Dios, oh prevaricadora Israel. ¿Por qué así permaneces en tu obstinada maldad? ¿Por qué así te duermes en el profundo sueño de la culpa? ¡Oh! No: torna á mí, conviértete, llora y haz penitencia, que yo te recibiré... Al menos en tu loco delirio, reconoce tu posicion, llámame Padre, y mi seno está pronto para estrecharte (1)... Pero si tal es tu endurecimiento que prefieres morir culpable antes que vivir arrepentida, entonces tuya será la obra de tu desdicha, tú habrás labrado la cadena de tus desgracias, sobre tí misma recaerá tu eterna perdicion (2)!»

La penitencia pues fué siempre una condicion esencial, y de absoluta necesidad para obtener las piedades del Altísimo; así es que donde quiera que abramos los libros santos hallamos autorizada esta verdad con textos tan esplicitos que no pueden dejar el menor motivo de duda. ¿Qué otra cosa predicaban continuamente los hombres inspirados al pueblo de Dios? ¿Qué otra cosa gritaba el precursor á las turbas que acudian á admirarle en el desierto? Y el mismo Salvador en el curso de su vida pública, ¿no insistia incessantemente en inculcar la penitencia, como el único remedio á los

(1) Jerem. III. 4, 4.

(2) Oseæ XIII. 9.

malés que aquejaban al mundo? «Volved, oh prevaricadores á vuestro corazón (1). Haced penitencia, pues se aproxima el reino de Dios (2). Arrepentios y creed en el Evangelio (3).» Estas y otras semejantes sentencias herian frecuentemente los oídos del antiguo mundo. Sobre este principio giraban digámoslo así todas las exhortaciones y discursos de los enviados de Dios, y nada parecía inculcaban con tanto interés, persuadidos como estaban de que sin la penitencia eran inútiles y sin fruto la oración, los sacrificios espiatorios, las víctimas sangrientas y las numerosas ceremonias de la ley Mosáica.

Los hechos confirman esta teoría. En todas partes se vé puesto en acción este principio. Si los israelitas se ven amenazados de la cólera celeste, para aplacarla no encuentran otro recurso que las lágrimas del arrepentimiento y la pública confesión de sus iniquidades. Si la venganza de Jehova se hace sentir sobre ellos, y la peste diezma sus ganados, y la guerra tala sus campiñas, y la hambre les arrebatara sus hijos, y la muerte se pasea triunfante por medio de ellos, les vereis correr desbandados al templo santo cubiertos de saco y de cilicio, invocando el auxilio divino, y uniendo á sus plegarias el ayuno y la penitencia. En todas las calamidades públicas y privadas, en los grandes desastres, en las crisis violentas, siempre que algun revés aflige aquel pueblo, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sacerdotes y reyes, todos á la vez claman al cielo pidiendo misericordia y diciendo: Hemos pecado, Señor, hemos obrado inicua-mente, hemos sido ingratos á vuestras bondades (4); perdonadnos y no permitais que el oprobio y la confusión cubra nuestras frentes (5). Y cierto no en vano obraban de este modo, pues sabian por esperiencia que á pesar de su inconstancia y versatilidad, sin embargo de la facilidad con que volvian á reincidir en sus culpas, Dios bondadoso y clemente con exceso, no se mostraba insensible á la voz

(1) Isaías XLVI. 8.

(2) Matth. III. 2.

(3) Marc. I. 15.

(4) Baruch. II. 12.

(5) Joel. II. 17.

del arrepentimiento, y veces mil lograron conjurar con el arma de la penitencia los azotes de su venganza que no hubieran sido bastantes á impedir todos los esfuerzos humanos. Así es como David, arrepiñtiéndose á la voz de un profeta que le muestra el horror de su culpa, consigue en el acto anular la sentencia de muerte pronunciada contra él y contra su raza en castigo de su adulterio (1). Así Ezequías, llorando amargamente sus desórdenes á la menor insinuacion de Isaías, logra aplazar el término de su vida próxima ya al borde del sepulcro (2). Así en fin muchos hombres célebres en el mundo por sus extravíos y escándalos, han obtenido de Dios el perdón de ellos y la suspension de los castigos que ya amenazaban de cerca sus cabezas.

Mas ¿á qué pedir prestados á la historia ejemplos de la verdad que venimos probando, á qué buscar fuera de nosotros pruebas de la necesidad indispensable de hacer penitencia, cuando tan elocuentemente nos persuaden de ella nuestras propias convicciones y la experiencia de nuestras mismas desgracias? ¡Ah! Por demás está querer atribuir éstas á causas puramente naturales que en realidad nada tienen que ver con los azotes con que el cielo nos aflige. No, mis amados oyentes, no es efecto de un puro acaso, ni tampoco el resultado de humanas combinaciones tantos y tan horrorosos desastres como de largo tiempo venimos experimentando. Decid en buen hora que esas luchas intestinas que diezman nuestra juventud, esas revoluciones espantosas que siembran por do quiera la desolacion y las ruinas, esa hambre devastadora que despuebla algunas de nuestras provincias ricas un dia y florecientes, esas enfermedades endémicas que convierten nuestras ciudades y aldeas en vastos cementerios, y sobre todo esa terrible epidemia que burlando todos los recursos del génio y haciendo impotentes los esfuerzos de la ciencia, pasea por todas partes en triunfo el fúnebre carro de la muerte: decid, repito, que todo eso es únicamente una desgracia cuyo origen radica en la legislacion, en la politica, en el mal gobierno, y en las influencias

(1) II. Reg. XII. 13.

(2) Isaie. XXXVIII. 5.

atmosféricas... Obstinaos si os place en creer que no existe un principio superior á todo esto, que predomina en todos esos acontecimientos funestísimos que ocasionan tanto luto, tanta desolacion, tantas desventuras en el seno de nuestra sociedad... ;Desgraciados! Por grande que sea vuestra indiferencia, por profundo que sea vuestro estoicismo, seguro estoy de que otra cosa sentís en vuestro corazon. Despojaos de preocupaciones lastimosas que os ciegan, sed sinceros por un momento siquiera en obsequio de vuestros propios intereses, y reconocereis mas claro que la luz del medio dia, que los pecados con que de largo tiempo venimos insultando á la magestad divina, los crímenes cada vez mas horrendos que en el mundo se multiplican en una escala sorprendente, la inmoralidad que ha llegado á su apogeo en todas las clases y condiciones, en una palabra, nuestra impiedad que no se cansa de desafiar al Omnipotente en su trono, nuestra irreligion cada vez mas empeñada en disputar á Dios sus derechos, nuestros escandalosos delitos que han llenado ya la medida de la cólera celestial, ellos son y no otros los que han puesto en las manos del Señor la espada vengadora que descarga sobre nosotros tan rudos golpes; ellos los que han armado su diestra de la copa envenenada de su furor que cayendo gota á gota sobre nuestras cabezas, llena de hiel nuestras almas; ellos finalmente los que apurando la paciencia de aquel Sér tan inclinado de suyo á la piedad, le han obligado á abrir el infinito tesoro de sus iras para arrojarlas sobre un siglo incrédulo, inmoral, cínico y audaz á fin de hacerle conocer que hay un Dios en el cielo que venga cuando le place los ultrajes hechos á su grandeza, sin que sea bastante á impedirlo ni el poder de las armas, ni la fuerza de los imperios, ni el oro de los potentados, ni las combinaciones de los sábios, ni ninguno de los grandes recursos que el hombre puede hallar en su vasto génio.

¿Qué otro recurso queda pues para conjurar tamañas catástrofes, sino el llanto, la compuncion, el arrepentimiento, la enmienda de nuestra vida, la penitencia sincera y eficaz de nuestras pasadas culpas? ¿No son ellas las que nos separaron de Dios rompiendo los lazos que con él nos estrechaban? ¿No son ellas las que nos hicieron perder su amistad, dejándonos abandonados á la accion de su justa

venganza? ¿No son ellas las que haciéndonos aborrecibles á sus ojos nos convirtieron en objetos de su indignacion? ¿Pues qué cosa mas justa que volver cuanto antes á reanudar aquellas relaciones, á buscar su amistad, á implorar su misericordia por el medio único que nos queda para conseguirlo, que es la penitencia? Y ¡ay de nosotros desgraciados si nos obstinásemos en no hacerlo así! ¡Ay de nosotros si nos empeñásemos en sostener y prolongar esa lucha sacrilega que hemos trabado contra el cielo! ¿Seria posible que imitásemos la conducta reprobable de aquellos judíos de quienes habla un profeta, que cuanto mas fuerte descargaba sobre ellos la venganza divina, mas insolentes y audaces se mostraban, apoyándose en locas esperanzas? «Nosotros, decian hemos hecho un pacto con la muerte, y no llegará á tocarnos el azote que nos amaga (1). De Egipto nos vendrá el auxilio, sus invencibles huestes nos defenderán, en sus carros de guerra encontraremos un refuerzo que nos hará invulnerables: ¿qué tenemos pues que temer de Dios (2)? No importa que hayan sido arruinados nuestros edificios de ladrillo; nosotros los reedificaremos de piedra; si han caido los sicómoros, nosotros replantaremos cedros (3).» ¡Tan arrogantemente insultaban el poder del Altísimo en vez de aplacar su ira con el llanto y la compuncion! Pero á todo esto contestaba la voz del Omnipotente: «Yo estenderé mi invencible brazo y precipitaré en un mismo sepulcro al auxiliador y al auxiliado, y ambos perecerán á la par (4). Y caerá el Asirio al filo de la espada, pero no de espada de hombre, pues la espada que le atravesará, espada será de Dios... Lo ha dicho el Señor que tiene su fuego en Sion y su hogar en Jerusalem (5). Convertíos, pues, y acereaos al Señor tanto como de él os habeis alejado (6).»

No, M. A. O., no sigamos tan funesto ejemplo. ¿Y de qué nos

(1) Isaia. XXVIII. 44.

(2) Ib. XXXI. 3.

(3) Ib. IX. 10.

(4) XXXI. 3.

(5) Ib. 8, 9.

(6) Ib. 6.

serviria nuestra obstinacion? ¿Qué nos aprovecharia semejante ceguedad? ¿Qué adelantariamos con nuestra protervia sino encender mas y mas el fuego de la divina venganza y precipitar sus castigos? ¿No nos bastará la esperiencia de lo pasado? ¿No hemos presenciado la inutilidad é impotencia de todos los humanos recursos? ¿No hemos visto burladas las mas halagueñas esperanzas? ¿No hemos observado cómo Dios ha hecho fracasar todas las previsiones y todos los cálculos del saber y del génio? ¿Qué esperamos?

¡Oh! Hijos pródigos de un Padre que repartió con nosotros los riquisimos tesoros de su bondad, recurramos á él siquiera aleccionados por nuestros desastres, á confesar en su presencia que hemos pecado contra el cielo, y héchonos indignos de la herencia paterna. No huyamos, como Adan pecador, de la vista de un Dios que nos busca y llama á grandes voces. Lágrimas espera de nosotros, arrepentimiento y dolor. Lloremos pues; arrepintámonos de todo nuestro corazon, implorremos sus piedades, reclamemos su misericordia, ¡Ah! ¡Es tan inagotable su clemencia! ¡Es tanto el placer que experimenta al ver postrado á sus piés un pecador penitente! La impiedad ha blasfemado cuando se ha atrevido á poner en duda esta verdad. El error ha insultado á Dios cuando le ha atribuido una severidad inexorable. Escrito está que él es el pastor que no descansa hasta encontrar la oveja perdida en el desierto (1). Escrito está que hay mayor festin en el cielo por la conversion de un culpable, que por la salvacion de noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia (2). Escrito está que su voluntad es que ningun hombre perezca, sino que todos se arrepientan y logren la vida eterna (3). ¿Quién, pues, pudiera desconfiar en vista de tales precedentes?

Sin embargo, M. A. O., es preciso no hacerse ilusion respecto de este punto. Necesario es tener presente que como sábiamente escribió San Agustin: «No existe verdadera penitencia allí donde no

(1) Luc. XV. 4.

(2) Ibid. 7.

(3) II. Petri, III.

hay aborrecimiento al pecado y amor á Dios á quien se ha ofendido.» Luego la condicion esencial de la penitencia implica la necesidad de mudar de vida, de cambiar de costumbres, de odiar el vicio, de practicar la virtud, sin lo cual aquella sería de todo punto nula é ineficaz para obtener la divina clemencia y evitar la venganza celestial. ¿Y no sería á la vez una ilusion lastimosa, repone San Gregorio, creerse perdonado por el solo hecho de no reincidir en los pasados desórdenes, si al propio tiempo no se tratase de lavar con el llanto de la compuncion las manchas con que afearon nuestras almas? Evitemos ambos extremos, y unamos al arrepentimiento que nos dispone á tornar á la amistad del Señor, la enmienda de la vida que perfecciona nuestra penitencia. Y no solo los individuos, los pueblos tambien estan obligados á manifestar ese mismo arrepentimiento, con una conducta que dé á entender una honda conviccion de sus pasados extravíos. A todos indistintamente se ha dicho: «Haced penitencia, ó de lo contrario perecereis.» Hoy, pues, mas que nunca, estan en el caso de acudir á este llamamiento divino las clases todas de la sociedad. Reyes, principes, ministros, magistrados, sábios, hombres de estado, ninguno estais escluidos de ese deber gravisimo; antes, por el contrario, cuanto es mayor vuestra dignidad en el mundo, tanto mas apremiante es la necesidad que teneis de marchar delante de los demas que os son inferiores en la escala social. Con la penitencia logró David salvar á su pueblo de innumerables desastres. La penitencia fué el arma con que Manasés pudo aplacar á Dios, y preparar á sus subordinados un reinado próspero y feliz. Ante el poder de la penitencia quedaron humillados los prepotentes enemigos de la nacion judía, y las huestes de Moab, y los ejércitos de Madian, y la pujanza del Filisteo, y los potentados de Hesebon, y el protervo Canaan, y el soberbio Holofernes, y cuantos en los pasados tiempos intentaron esterminar aquella raza escogida. Con la penitencia, pues, conseguiremos nosotros á nuestra vez lo que en vano hemos esperado hasta ahora de nuestra orgullosa arrogancia. Apelemos á ella, puesto que todo en torno nuestro nos demuestra la necesidad en que estamos de poner en movimiento ese poderoso resorte. O de lo contrario, preparémonos á ver encenderse cada vez

mas la cólera divina, que tan visiblemente se manifiesta entre nosotros: preparémonos á presenciar nuevos desastres, nuevas desgracias, mayores calamidades y victimas mas numerosas de ese poder oculto que tiene levantada su espada sobre España.

No, por las entrañas de Jesucristo, M. A. O.: no perseveremos ya mas en nuestros delitos, causa principal de tantos males como vienen afligiendo á esta nacion desventurada. No continuemos insultando á Dios con nuestros vicios. ¡Harto se ha llenado ya la medida del crimen en todos conceptos! ¡Bastante se ha progresado en la impiedad y en el libertinaje! Tregua al pecado, hermanos míos; caiga de una vez el reinado del vicio; desaparezca para siempre el imperio de la lubricidad, de la ambicion, de la codicia y de todas esas pasiones funestas que hasta ahora nos han dominado. Ocupe su lugar la virtud, reemplácele la penitencia. Llore el pobre, llore el rico, llore el potentado, llore el monarca, llore la madre y el tierno infante que posa en su regazo, llore el anciano y el jóven, llore la esposa y la vírgen, llore el pontífice y el sacerdote; lloremos todos sin distincion de clases ni condiciones, de edades ni de sexos; prometamos al Señor un cambio radical en nuestras costumbres; emprendamos desde luego un camino nuevo; y á la par que consigamos aplacar la justicia del Señor, lograremos sus divinos auxilios para perseverar en el bien y merecer despues de esta vida la corona de la inmortalidad.

SERMON

PARA EL JUEVES SANTO POR LA MAÑANA,

SOBRE LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

LA INSTITUCION DE LA EUCARISTÍA ES EL POSTRIMER ESFUERZO DE LA CARIDAD DE JESUCRISTO, EN EL QUE SE MANIFESTÓ PRÓDIGO DE TODOS LOS TESOROS DE SU CORAZON AMANTE, DERRAMÁNDOLOS EN NUESTRAS ALMAS PARA ENRIQUECERLAS DEL MODO MAS INAUDITO.

Sciens Jesus quia venit hora ejus, ut transeat de hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Sabiendo Jesus que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que vivian en el mundo, los amó hasta el fin.

(JOAN. XIII. 1.)

QUE DIOS amó al hombre desde la eternidad es una verdad tan inconcusa y demostrada, que el pensar siquiera lo contrario sería el colmo de la demencia, el último esfuerzo de la impiedad, y el rasgo mas inaudito de la ingratitud. Escrito está su amor infinito y perpétuo en todas las maravillas de la creacion; brilla en todas las obras de la omnipotente diestra; públicanle donde quiera esos prodigiosos fenómenos de la naturaleza que nos asombran á cada paso; y los luminosos orbes que embellecen la celeste bóveda; y las refulgentes estrellas que matizan el firmamento, y el cambio periódico de las estaciones, y las riquezas del mundo vegetal y animal, y cuanto de grande y magnífico presenciamos en este vasto universo, todo nos predica elocuentemente el amor constante de un Dios, que mirando al hombre desde antes que existiesen los siglos como el futuro objeto

de sus delicias y de su especial predileccion (1), todo lo referia á su servicio, todo lo destinaba á honrarle y engrandecerle, como que era él á quien debia constituir jefe de todo lo criado (2).

Y sin embargo, A. O. M., tanto prodigio, tanta magnificencia no era sino el preludio de una caridad que en la plenitud de los tiempos debia llegar á su complemento y recibir proporciones gigantescas con la presentacion del Verbo humanado en la tierra. Este era el grande acontecimiento tras el que suspiraban los patriarcas, el que los profetas venian vaticinando á través de los siglos, y en el que cifraba la humanidad entera su esperanza y su dicha. Tal era la obra por excelencia del amor divino destinada á realizar la positiva ventura del mundo en medio de los años, segun el lenguaje profético, y por la que Habacuc no cesaba de esclamar: *Domine, opus tuum: in medio annorum vivifica illud* (3).

Y vino en efecto el Verbo revestido de nuestra humana naturaleza, y humillándose hasta adoptar la forma de un esclavo en fuerza de su caridad sin limites, lloró como hombre, y sufrió persecuciones como hombre, y padeció hambre, y sed, y tristeza como hombre, y como tal esperiméntó los desprecios de la vanidad, la indiferencia del orgullo, las burlas de la incredulidad, los denuestos de la envidia, y se abrevó con la hiel de la calumnia, y apuró las heces de la maledicencia, y por reasumirlo todo en una espresion del Apóstol, quiso sufrir en su persona todo cuanto era propio de la humana flaqueza, porque el hombre esperiméntase todo cuanto tiene de grande y admirable la divina bondad, y asimilarse perfectamente á nuestras miserias, á fin de hacernos participantes de los prodigios de su incomprendible amor (4).

¡Oh amor sin ejemplo! ¡Oh caridad exclusivamente propia del Hijo del excelso! ¿Qué mas se necesitaba para demostrar que el

(1) *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* (Prov. VIII. 31.)

(2) *Gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum.* (Psalm. VIII. 6, 7.)

(3) Habacuc. III. 4.

(4) *Debit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.* (Hæbr. II. 47.)

hombre era el objeto predilecto de un Dios hecho carne, y que en él iban á terminar como á su centro todos los tesoros de un corazon abrasado en las vivas llamas de aquel fuego celestial con que se propusiera incendiar el mundo? ¿Y es posible que á pesar de pruebas tan inequívocas, el mundo dude aun y desconozca los prodigios de su beneficencia, y menosprecie los dones de su misericordia, y rechace las riquezas de su doctrina, y proteste contra sus milagros, y haga mérito de sus mismas bondades para herir lastimosamente su corazon, y perseguirle inclemente en su reputacion y en su honra, y negar su divinidad, y.....? Mas nada importa esto, ni que los suyos propios le lancen de su seno, ni que sus compatricios le denieguen los honores de la hospitalidad, ni que los hijos de su misma madre le hagan la mas cruda resistencia (1), ni que el odio, llegando á su colmo, prepare contra él negros complots, ni que la venganza, no pudiendo contenerse por mas tiempo en los pechos de sus émulos, aceche sus pasos, y disponga los medios de cebarse en él como en una víctima..... Justamente entonces es cuando su amor hácia el hombre se acrece, se agiganta, y llega á rebosar por do quiera en términos que, incapaz ya de permanecer encerrado en su divino corazon, rebienta, por decirlo así, creando un prodigio que perpetúe en los siglos venideros la memoria de su infinita bondad, de su inagotable munificencia, de su caridad inmensa..... Así un rio, despues de haber recogido en su larga carrera las aguas de otros muchos que han venido á confluir en él, se engruesa de tal suerte, que siendo estrecho su cauce, se estiende por la llanura, todo lo baña, lo inunda todo, y dejando por todas partes el gérmen de una riqueza incomparable, va á confundirse majestuosamente en el inmenso Océano.

Tal es, M. A. O., el último rasgo de amor que Jesucristo nos legára en la institucion del admirable Sacramento de la Eucaristia, prodigio de los prodigios, maravilla de las maravillas, complemento de todos los dones de su bondad, prenda eterna de su magnificencia, amor de los amores en frase de San Bernardo, *postrimer es-*

(1) *Filii matris meae pugnauerunt contra me. (Cant. I. 5.)*

fuerzo de su caridad, segun Teofilacto, en el que, como se espresa el Tridentino, *se manifestó pródigo de todos los tesoros de su corazon amante, derramándolos en nuestras almas para enriquecerlas del modo mas inaudito* (1). Bajo este punto de vista voy á considerar hoy la institucion de la sagrada Eucaristia. Imploramos ante todo las luces divinas, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

¡Con qué laconismo y con qué propiedad á la vez espresa el sagrado evangelista San Juan el último esfuerzo del amor de Jesucristo hácia los hombres! Hay palabras que desde luego revelan una inspiracion divina, porque envuelven toda la grandeza y sublimidad de un objeto de suyo inesplicable. «Habiendo Jesus (dice) amado á los suyos que estaban en el mundo, al acercarse empero la hora en que sabia iba á tornar al seno de su Padre, los amó hasta el fin.» Es decir, segun la mente de un sábio espositor, que si bien el Hombre-Dios no cesára jamás de manifestar á los hombres en todo el curso de su vida santísima que ellos eran los caros objetos de su corazon, cuya dicha ansiaba con vehemencia, por cuya felicidad habiase sujetado á todas las miserias de la humanidad, no obstante al verse ya próximo á dejarles en cumplimiento de los decretos de su Eterno Padre, su amor esperimentó una expansion indefinible, sintió su alma unos afectos mas tiernos si cabe que hasta entonces, abrasóle con mayor vehemencia que nunca aquel fuego que consumia su pecho, y los amó con un amor sumo, excesivo, incomparable, tal en fin, que no podia satisfacerse sino mediante una union apretadísima y una perfecta asimilacion con aquellos á quienes se dirigia: *Extremo amore, et summe dilexit eos* (2).

(1) Divitias sui erga hominis amoris velut effudit. (Trid. Sess. 13. c. 2.)

(2) Cornel. a Lapide, cum Chrysost. et Teophil.

Este sentimiento se halla perfectamente espresado y confirmado en aquellas memorables palabras del Salvador al sentarse con sus discípulos á la mesa para celebrar la última cena. «Con gran vehemencia les dice he deseado celebrar con vosotros esta pascua, antes de dar principio á mi pasion (1).» No era extraño que así fuese. Cuando un padre vá á separarse para siempre de su cara prole, cuando un esposo vá á ver romperse el dulce nudo que le uniera á su querida mitad, cuando un hermano vé acercarse el momento de dar el último á Dios á aquellos que con él posaron en el materno regazo... ¡ Ah! ¡ Qué instantes tan solemnes! ¡ Qué horas tan supremas! ¡ Cómo se acrecientan entonces los dulces afectos del cariño y de la ternura! ¡ Cómo se sienten agigantarse las simpatías y las emociones del corazón! ¡ Cómo se avigora el sentimiento y toma inauditas proporciones el amor! Tal el sol al ir á trasponer el horizonte despide ráfagas que deslumbran al que le contempla desde la cumbre de una montaña. No de otro modo la antorcha moribunda antes de apagarse desarrolla de súbito una claridad mucho mas luminosa que inunda toda la estancia... Y Jesus, Padre el mas tierno, que veía marcada en el reloj de la Providencia la hora de abandonar á unos hijos á quienes desde la eternidad venia mirando como objetos de su delicia; esposo el mas fiel y amante, que iba en breve á ser arrancado de los brazos de la casta esposa personificada en aquellos que con él compartieran las glorias y los sufrimientos de su apostolado; hermano el mas cariñoso, que se miraba obligado á separarse de los que á su lado comieran el pan de la amargura y bebieran el agua de la tribulacion; ¿ cómo no habia de dar libre vuelo á los afectos de su tierno pecho, y desplegar en aquellos momentos decisivos cuanto en el amor de un Dios humanado habia de mas sublime y heróico? ¡ Ah! Observad sus últimos coloquios con sus discípulos. Todas sus palabras revelan un enagenamiento nunca visto en él. Parece delirar en fuerza del fuego divino de la caridad que le abrasa, segun la frase del Areopagita (2). «Ya no os llamaré siervos, les dice, pues el siervo igno-

(1) Luc. XXII. 15.

(2) Dyonis. de Div. L. V. c. 4.

»ra lo que hace su Señor. Vosotros sois mis amigos pues os he comunicado todo cuanto aprendí de mi Padre... Como esté me ha amado á mí del mismo modo os amo yo á vosotros (1)...» De repente, cual hombre que lleva en su mente una grandiosa idea y que ha encontrado la solución de su problema, dirijese á su Padre celestial en éstos términos: «Padre mio, ya he consumado la obra que me encomendaste: ya he comunicado á los hombres las verdades que en tu seno bebí como en un purísimo manantial. Quiero empero que todos vivan unidos á mí, y sean conmigo una misma cosa, no de otra suerte que tú y yo somos uno (2)...» Dice; y levantando sus ojos al cielo para glorificar al que le enviara al mundo, toma en sus divinas manos el pan, le bendice, le parte, y distribúele entre sus discipulos, diciendo: «TOMAD Y COMED: ESTE ES MI CUERPO.» Y haciendo otro tanto con el caliz, añade: «TOMAD Y BEBED: ESTA ES MI SANGRE,» la sangre del nuevo testamento que ha de ser derramada por muchos para remision de los pecados (3).

Hed aquí, M. A. O., el incomparable prodigio del amor de Jesus, el milagro mas estupendo que fué capaz de obrar su caridad, el resumen de todas las obras de su Omnipotencia, el compendio de todas las maravillas que pudo crear su sabiduría increada, el epilogo de su inagotable bondad. ¡Darse á sí mismo al hombre! ¡Identificarse con él mediante la participacion de su carné y de su sangre! ¡Unirse con él para siempre no de otro modo que un trozo de cera se une á otro derretidos ambos en el fuego, ó como dos pedazos de bronce fundidos en el horno se identifican y confunden en un solo metal! Tales son los similes con que los santos padres espresan la union de Jesucristo con el hombre verificada en la institucion de la sagrada Eucaristía. Y el mismo Salvador, ¿no ha dicho terminantemente que el que come su carne y bebe su sangre vive en él, y con él se hace una misma cosa (4)? Luego la institucion de ese sacramento inefable diviniza en cierto modo á la humanidad comunicándo-

(1) Joan. XV. 9, 13.

(2) Ibid. XVII. 21 et seq.

(3) Matth. XXVI. 26 et seq.

(4) Joan. VI. 55.

la todo lo que es propio de un Dios. Luego es cierto que el hombre que recibe á Jesucristo sacramentado en ese misterioso festin se funde en cierto modo en él, tanto que puede decir con San Pablo: «Vivo yo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí (1);» ó bien parodiando las palabras del primer humano: «¡Verdaderamente es ahora Jesus carne de mi carne y hueso de mis huesos (2)!»

Nada hay en la naturaleza capaz de producir una union tan íntima y prodigiosa. La yedra puede muy bien adherirse al olmo á cuyo pié brota, la perla á la concha en cuyo seno se forma; pero ni la concha es la perla, ni la yedra el olmo: son seres diversos en el mundo vegetal que con la mayor facilidad separa la mano del hombre. No son menos frágiles é insubsistentes las uniones formadas entre los seres racionales por el amor puramente humano. Por mas que el hijo se estreche con los lazos del mas tierno afecto á la madre que le llevó en su seno, siquiera el esposo trate de asimilarse en un todo á la amable vírgen con quien compartió su tálamo nupcial; aun cuando el hermano se adhiera con triples nudos al que junto con él se amamantó en un mismo pecho, jamás conseguirán formar una identificacion perfecta é indisoluble que esté á cubierto de las pasiones que engendra el humano corazon. De él brota la envidia que corroe el alma, los celos que agitan el espíritu, la rivalidad que mata los sentimientos nobles y generosos, la ambicion que hace olvidar los sagrados deberes de la gratitud, y todos esos afectos desordenados que destruyen en un momento la obra de muchos años. Solo el amor de Jesucristo supo crear un prodigio que uniese inseparablemente la criatura con su creador, instituyendo ese sacramento inefable, que encierra cuanto el poder, la bondad, la ciencia y demas atributos divinos fueron capaces de realizar. En su virtud el hijo del polvo se immortaliza, el hombre se hace en cierta manera un Dios, adquiere sus propiedades, se reviste de sus dotes, participa de su propia naturaleza, vive de su misma vida (3); tanto que aun me-

(1) Ad Galat II. 200.

(2) Genes. II. 23.

(3) Semetipsum nobis immiscuit, ut unum quid simus. (Chrys. Hom. 51).

¡jor que el Apóstol (1) puede esclamar con santo orgullo: ¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo? Yo desafío á la muerte, á la vida, á lo presente, y al porvenir, y á los ángeles, á los principados, al cielo, á la tierra, y á los abismos, que prueben si quieren á romper ese nudo que me identifica con mi Dios y Señor por medio del amor en la sagrada Eucaristia.

¡Tan grande, tan inmenso, tan incomprendible es el don que el Salvador nos hizo en el cenáculo! Era infinitamente sabio, y no supo darnos mas; poseia todos los tesoros de la omnipotencia, y no le fué posible hacernos mas rico presente; era dueño absoluto de cuanto encierra el cielo y la tierra, y no pudo encontrar objeto de mayor valia con que mostrarnos su infinita caridad. ¿Mas cómo, dice Santo Tomás, si dándose á si mismo en manjar y en bebida, nos donó cuanto pudo y tuvo (2) hasta el punto de reducirse en obsequio nuestro á una especie de servidumbre amorosa, segun la frase del Doctor seráfico (3), y lo que es mas, como se espresa el Apóstol, á la mendicidad mas extrema (4)?

Y esto lo hizo Jesucristo en circunstancias tan críticas, en horas tan solemnes, en momentos tan interesantes que hacen subir á un grado inapreciable la grandeza y el valor de ese don de suyo tan magnífico. Y en efecto, que solo se ocupase de nuestra felicidad cuando nada en torno suyo podia alarmar su espíritu; que tratase de enriquecer nuestras almas y de prepararnos todos los elementos posibles de dicha, cuando ningun temor, ningun sobresalto, ninguna idea funesta ocupaba su santísima mente, concibese con facilidad, atendida la natural predisposicion de su corazon amante en favor de los que viniera á salvar en el mundo. Pero que esto lo haga cuando todo en su derredor conspira contra su existencia, cuando entre sus mismos discipulos ve traidores que han de venderle á sus enemigos, perjuros que han de negarle ante los tribunales, cobardes que le abandonarán en los instantes del peligro; cuando sabe que á pocos

(1) Ad Rom. VIII. 35.

(2) S. Thom. Opusc. 63. c. 2.

(3) S. Bonav. in præp. Miss.

(4) II. Corint. VIII. 9.

pasos le acechan espías malignos, le esperan verdugos implacables sedientos de carnicería y de sangre, y le están preparados insultos, vejaciones, injurias y tormentos nunca vistos; cuando está seguro de que pocas horas despues se hallará ya en poder de un pueblo bárbaro y deicida, delante de jueces corrompidos y venales, entregado al furor de todas las malas pasiones humanas, y hecho el vil juguete de una muchedumbre desenfadada que se solazará en abrevarle con toda suerte de denuestos y malos tratamientos; cuando tiene ya presente ante sus ojos todos los instrumentos de su ignominioso suplicio, y ve el Calvario donde ha de ser espuesto en espectáculo á una poblacion insensata, y escucha las demostraciones de regocijo salvaje con que acogerán su agonía los mismos que poco antes le saludaban enviado del Altísimo... ¡ah! esto no se comprende, M. A. O. Para darse cuenta de un exceso de amor tan incomprendible, menester sería poder profundizar el hondo abismo de aquel corazón infinitamente generoso, inmensamente grande, desinteresado sobre todo encarecimiento, noble en grado sumo, y tan apasionado de la humanidad, y tan locamente enamorado de sus criaturas, si así me es lícito espresarme, que olvidándose de sí mismo solo se acordaba del objeto único y esclusivo de su pasión. ¡Oh! Ahora comprendo la exactitud con que habló el Justiniano al decir que había visto la sabiduría de Dios infatuada por la violencia del amor (1). Ahora concibo con cuánta propiedad llamó San Agustín locura santa la de Jesucristo al dejarnos su carne y su sangre preciosísimas en prenda de su inextinguible caridad (2). Ahora entiendo cuán en su lugar estuvo el Areopagita calificando esta acción de un rapto de enagenación misteriosa que sacó fuera de sí al Salvador en la víspera de su pasión dolorosa (3). ¡Tan cierto es, concluye el Crisóstomo, que el amor cuando trata de hacer bien al objeto amado, no busca la razón de sus actos, ó mas bien carece de ella y se deja arrastrar por el impulso de su deseo (4).

(1) Vidimus sapientem amoris nimietate infatuatum. (S. Laur. Just.)

(2) Nonne insánia videtur dicere: Manducate meam carnem, etc.? (S. August.)

(3) S. Dion. de div. Nom. c. 4.

(4) S. Chrys. serm. 143.

Y á no ser así, M. A. O., ¿cómo era posible que Jesucristo hubiese desplegado todo el caudal de su sabiduría, de su omnipotencia y de su amor en obsequio de un mundo tan fementido é ingrato, que habia de recompensar con ultrajes de todo género ese rasgo de su corazón paternal? ¿Acaso no preveía ya desde entonces todos los crímenes que se cometerian en los siglos venideros? ¿Por ventura no tenia ya presentes los errores que negarian su augusta presencia en el Sacramento Eucarístico, las profanaciones de que seria víctima por parte de los herejes, los desacatos de los malos cristianos, las blasfemias de la impiedad, y toda esa série de escesos que vienen multiplicándose en el seno del cristianismo con escándalo de nuestra civilizacion y mengua de nuestra fé? Sí, todo lo conocia el Salvador en aquellos momentos; nada se le ocultaba de cuanto habia de suceder; veía hollado por los unos su cuerpo adorable, arrojado por los otros en el inmundo lodazal de un corazón podrido de vicios; veía sus templos desiertos, sus aras derruidas, sus sagrarios presa de la torpe codicia, amancillados sus altares por la mas repugnante lubricidad; veía la sabiduría carnal disputarle su existencia sacramental bajo los cándidos accidentes, el génio orgulloso amontonar sofismas para echar por tierra la fé tradicional de este misterio, el racionalismo audaz burlarse de ese dogma, el mas respetable y consolador del catolicismo. Cuanto de horrible y ofensivo á la divina magestad en el Sacramento de amor ha presenciado el mundo, y cuantos ultrajes le están reservados en el porvenir, todo lo tenia previsto Jesus al instituir la Eucaristía: y sin embargo nada es capaz de retraerle, nada basta á entibiar su caridad, nada es suficiente á apagar aquella ardiente llama que abrasa su pecho. Se ha propuesto quedarse con los hombres hasta la consumacion de los tiempos, y lo realiza á despecho de las razones que en contra de este proyecto le sugiere su inteligencia, á pesar de la ingratitud de los mismos por quienes verifica este portento, y luchando contra los obstáculos que la impiedad misma de los favorecidos opone á tan brillante rasgo de su generosidad. Su corazón domina todos los demas afectos y pasiones de su alma; su caridad triunfa de su mismo honor, de su propia grandeza, de su magestad y demas atributos que ve compromete-

tidos en tan terrible lucha... ¡Ved, esclama San Bernardo, ved á Jesus hecho nuestro perpétuo huésped y convertido en nuestros usos cotidianos en fuerza de su irresistible amor! *Ecce individuius cordis mei hospes!... Totus in meos usus expensus est!*

Basta, M. A. O.; no intentemos profundizar mas ese insondable océano de maravillas. Convengamos en que la institucion del Sacramento adorable de nuestros altares, considerado en sí mismo no menos que en las circunstancias en que se verificó, ora se miren los motivos que impulsaron á Jesucristo á hacernos este don, ora las razones que parecian oponerse á ello, de cualquier modo y bajo cualquiera aspecto, es, como me propuse demostrar, «el postrimer esfuerzo de la caridad infinita del Hombre-Dios, en el que se manifestó pródigo de todos los tesoros de su corazon amante, derramándolos en nuestras almas para enriquecerlas del modo mas inaudito.»

¡Desgraciados de nosotros si no supiésemos agradecer cual conviene tanta abnegacion, tanta generosidad y amor tan inmenso! ¿Y por qué no devolveríamos á Jesucristo amor por amor, que es lo único que de nosotros exige en recompensa de tan magnífico presente? ¿Qué nos costará amar á quien tan digno es de ser amado? Amamos naturalmente á los autores de nuestros dias, amamos á nuestros hermanos y demás personas con quienes nos unen los lazos de la sangre, amamos á nuestros amigos y bienhechores por un impulso instintivo de nuestro corazon: ¡y no amaríamos á ese Salvador divino que á la vez que nuestro Dios es nuestro mejor padre, nuestro mas cariñoso hermano, nuestro amigo mas tierno, y nuestro bienhechor sin semejante, que nos estrechó consigo con unos vínculos eternos, indisolubles, identificándose con nosotros, comunicándonos su propia vida, y haciéndonos participantes de su divinidad! Comprendamos al menos las ventajas que nos reporta ese Sacramento inefable que nos dejó en prenda de su caridad, reconozcamos los inmensos bienes que encierra, persuadámonos del inagotable tesoro que en él tenemos, y corramos á enriquecernos con todo género de carismas y virtudes. Séanos tan doloroso separarnos de la presencia de nuestro divino Jesus latente en la Eucaristía, como lo es para el tierno infante el dejar el regazo de la que le alimenta con su propia

sustancia. Acerquémonos con frecuencia á participar de este manjar divino, y á embriagarnos con esa bebida que engendra vírgenes. Pero cuidemos mucho de no hacernos reos del cuerpo y de la sangre del Salvador, como nos lo amonesta el Apóstol en este día, no sea que devoremos nuestro juicio y bebamos nuestra condenacion, en vez de hallar en ese convite sagrado la prenda de nuestra dicha y la garantía de nuestra inmortalidad.

SERMON II

SOBRE LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

LA INSTITUCION DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA, BIEN SE CONSIDERE POR LO QUE EN SÍ CONTIENE, Ó BIEN POR LOS BENEFICIOS QUE Á SU RECEPCION ESTAN VINCULADOS, DEBE CREAR EN NUESTRAS ALMAS LOS SENTIMIENTOS DE LA FÉ MAS PURA Y DEL MAS FERVENTE AMOR.

Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit: accipite et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis tradetur: hoc facite in meam commemorationem.

Nuestro Señor Jesus en la noche misma en que habia de ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, le partió, y dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mia.

I. CORINT. XI. 23, 24.

HÉ aquí, católicos, el dia que hizo el Señor; alegrémonos, y rebosemos de júbilo nuestros corazones. Este es en efecto el dia mas magnífico y de mas tiernos recuerdos para el cristianismo; el dia de los prodigios de la omnipotencia, el dia de los milagros del amor de un Dios hecho hombre, el dia en que Jesucristo sintiendo abrasarse su corazon en la llama de una caridad infinita, salió fuera de sí como un rio caudaloso engrosado con las aguas de otros arroyos confluentes, y legó al mundo la prenda mas inestimable de su gracia, el don mas precioso de sus ricos tesoros, el monumento mas augusto de su sabiduria sin límites, el recuerdo mas tierno de su inagotable liberalidad, en la institucion del Sacramento adorable de la Eucaristía. ¡Oh! ¿Y en qué ocasion, en qué circunstancias instituyó

Jesús esa cena misteriosa, ese festín sagrado, ese convite admirable que viene perpetuándose en la Iglesia á través de los siglos para dicha del hombre y consuelo de todos los creyentes?

Oid como refiere este suceso el apóstol San Pablo, y en la sencillez misma de su relato no podreis menos de admirar la grandeza del asunto. «Era la noche que precedió á los tormentos y á la muerte del divino Redentor, era la noche misma en que pocas horas despues debia ser traidoramente entregado en manos de sus enemigos para ser la víctima de expiacion por todos los pecados del mundo. Hallábase sentado á la mesa celebrando la última pascua con sus Apóstoles, entre los que figuraba tambien el pérfido Judas, que le tenia vendido por una despreciable suma. Los momentos eran críticos; la hora no podia ser mas solemne; las circunstancias daban á aquella reunion un carácter grave y sobremanera patético. Jesús toma en sus manos el pan, y dando gracias á su eterno Padre, lo bendice, lo parte, y se lo dá á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: Este es mi cuerpo que por vosotros será entregado á la muerte: haced esto en memoria mia. Y haciendo lo mismo con el cáliz despues de haber cenado, le distribuyó entre los suyos, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre. Cuantas veces hiciéreis esto, hacedlo en mi memoria. Pues todas las veces que comiereis este pan, y bebiéreis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga.»

De este modo quedó consumada la grande obra del amor divino que venimos admirando en nuestros altares. Así fué instituido ese maravilloso festín en que bajo las sencillas especies de pan y de vino Jesucristo se dá al hombre todo entero, su cuerpo, su alma, su sangre, su divinidad, su humanidad, tal cual estuvo en la tierra, y como al presente reside en el cielo. No intentéis, M. A. O., penetrar ahora ese abismo sin fondo de la ciencia del poder y de la caridad de un Dios Hombre. No pretendáis sondear ese océano incommensurable del amor del Unigénito, ni aspireis á comprender un arcano en el que todo es misterioso, todo inenarrable, todo inmenso, todo infinitamente superior á la humana inteligencia. A un misterio de fé, solo se debe corresponder con la fé; á un abismo de caridad,

solo se debe llegar con la caridad; un portento de amor, solo con el amor puede comprenderse.

Esta fé y este amor me propongo yo escitar en nuestras almas M. A. O., en presencia de ese manjar de vida eterna; tales son las disposiciones con que debe el cristiano celebrar esa cena misteriosa, instituida segun el pensamiento culminante de Jesucristo nuestro adorabilísimo Salvador y maestro, para renovar la memoria de la ardentísima caridad con que se inmoló por todo el mundo en su dolorosa pasion y muerte. Y ved aquí lo que vá á suministrarnos el asunto del presente discurso, en el que os manifestaré que «ya se considere este augusto Sacramento por lo que en sí contiene, ya por los beneficios que están vinculados á su recepcion, de todos modos exige de nosotros esos dos sentimientos sin los cuales jamás conseguiremos los copiosos frutos de gracia que en él derrama la liberalísima bondad del Señor.» Imploremos ante todo los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Es cosa probada, indudable, que la vivacidad de los sentimientos del corazon, es una consecuencia necesaria de la íntima conviccion del entendimiento; y que solo á la falta de fé en ese augusto misterio, cuya institucion hoy celebramos, debe atribuirse la esterilidad que experimenta frecuentemente el alma en la participacion del convite eucarístico. Si el hombre al acercarse á esa sagrada mesa pudiese rasgar el velo que oculta á sus ojos el sacrificio de la nueva alianza, y viese abrirse á su vista las puertas del santuario eterno en virtud de las palabras milagrosas del sacerdote, y descender a ará santa el rey de la gloria escoltado de una multitud de espíritus celestes que le hacen la córte; si pudiese contemplar la actitud de profunda veneracion con que esos espíritus purísimos se inclinan en presencia de su monarca cubriéndose los rostros con sus alas, deslum-

brados por los resplandores de la divinidad; de seguro que entonces no se atrevería á acercarse al sagrado festin del cordero sin tacha, sino penetrado de los mas profundos sentimientos de humanidad y filial temor. La conciencia de su propia indignidad hariale temblar al aproximarse al santuario, y bien lejos de llegar á él con un corazón distraido y disipado, temería por el contrario que los rayos del Omnipotente castigasen su insana temeridad. Pero en ese misterio de la infinita caridad de Jesucristo nada hay que pueda hacer una fuerte impresion sobre los sentidos. Ese lugar terrible en donde reside la plenitud de la divinidad no se halla cercada de rayos para prohibir la entrada á sus impios profanadores. El Verbo humanado, oculto bajo los místicos accidentes, no nos opone otras barreras mas que las de nuestra fé y de nuestro amor. Su bondad parece olvidar en obsequio nuestro las precauciones formidables que en otro tiempo hacia su presencia inaccesible. Nada hay allí que revele su grandeza y magestad. Ni aun siquiera apercibimos aquellas brillantes cicatrices, restos gloriosos de las heridas que en su humanidad santísima abrieran nuestros pecados, trofeos augustos de la victoria que reportó en su pasion contra las potestades infernales, monumentos inequívocos de su ardentísimo amor hácia el hombre; por manera que el sacrificio augusto de nuestra redencion se reproduce diariamente en nuestros altares sin el aparato que acompañó á la sangrienta inmolation de la víctima en el Calvario.

De aquí nace, M. A. O., ese resfriamiento, ese disgusto, ese tedio con que un gran número de fieles se presenta á participar de la carne sacrosanta y de la sangre preciosísima de Jesucristo en el festin eucarístico. ¡Mengua y baldon de nuestra débil y lánguida fé! ¿Es posible que la presencia del Dios vivo en ese sacramento adorable no ha de hacer en nosotros otra impresion que la de otro cualquier objeto profano? ¿Es posible que no hayamos de experimentar mas que una indiferencia glacial á la vista de un misterio tan tierno por los recuerdos que inspira, tan respetable por lo que en la realidad contiene, tan propio á crear en nuestras almas los afectos mas sublimes de piedad, de reconocimiento, y de veneracion por las circunstancias en que fué instituido?

¡Oh! Humíllate, razon orgullosa, y haz lugar á la brillante luz de la fé sobrenatural y divina. Cerrad cristianos los ojos corpóreos, remontaos sobre todos los objetos esternos que os tienen como asidos á esta tierra material, abrid los ojos del alma, y aperebireis al través de esos misteriosos símbolos la víctima sagrada inmolada un dia para ser nuestro alimento hasta la consumacion de los siglos, al Dios-Hombre que en la noche que precedió á su sacrificio se dió á sus discípulos en el cenáculo, y nos legó á todos ese eterno monumento de su caridad infinita. Entonces, herida vuestra alma de los sentimientos de la mas sublime gratitud, y en los inefables trasportes de una admiracion profunda, esclamareis parodiando al rey profeta: «¡Cuán amables son vuestros tabernáculos, oh Dios de las virtudes! Mi corazon desfallece al contemplar la magestad y magnificencia de vuestros altares, y siente inundarse de gozo con el recuerdo de tanta bondad. Vos no solamente habitais en medio de nosotros mediante esa accion poderosa que conserva la armonía del universo, sino que residis en nuestros sagrarios en virtud de una inmolacion sublime, siempre derramando las mas abundantes bendiciones sobre vuestros elegidos, siempre convidándonos á participar de vuestra misma carne y de vuestra sangre de infinito precio, siempre mostrándonos los tesoros de un amor sin límites, siempre en fin siendo nuestro apoyo, nuestra vida y nuestro consuelo en esta region tenebrosa y desventurada.»

Tales serian, católicos, las disposiciones de nuestra alma, si la antorcha luminosa de la fé nos condujese á la mesa eucarística, y nos hiciese comprender todo el valor, todo el mérito de ese celestial alimento. ¡Mas ay que ese fuego divino no lanza sino chispas muy léves, y su luz moribunda apenas produce la mas ligera impresion en nuestros espiritus, tal como esos fuegos fátuos cuya rapidez dificilmente permite á nuestros ojos distinguir los objetos que instantáneamente vuelven á sumergirse en una oscuridad espantosa! De aquí el ningun efecto que causa en nosotros la participacion del cuerpo adorabilísimo de Jesucristo. Le comemos sin gustarle, le recibimos sin sentirle, le llevamos en nuestros pechos sin unirnos con él: y ved la razon porque frecuentemente á fuerza de familiari-

zarnos con ese convite sagrado, pasámos del disgusto á la tibieza, de la tibieza á la insensibilidad, de la insensibilidad al desprecio y de este á la impiedad y tal vez al sacrilegio.

No eran estas por cierto las ideas que el Salvador se proponía al instituir ese divino Sacramento. Recordad el sublime encargo que hizo á sus apóstoles y en ellos á todos los que en lo sucesivo participasen de ese celestial festin. «Cuantas veces esto hiciéreis, hacedlo en memoria mía.» Que fué decir: Tened presente siempre que los acerquéis á mi mesa, que mi amor fué el único motivo que me impulsó á dejaros esta prenda inestimable de mi corazón al separarme de un mundo ingrato y desleal. No olvidéis que este pan misterioso contiene la historia de mi infinita caridad y es el resúmen de cuanto me fué posible hacer en obsequio de los hombres. Cuando os preparéis á recibirle, recordad cuánto me costó redimiros, cuántos dolores y amarguras hube de sufrir para salvaros, qué de tormentos y angustias, qué muerte tan acerba y horrorosa acepté por franquearos las puertas de la felicidad, y que entonces justamente, en aquella hora solemnísimá, en aquellos críticos instantes en que me disponía á ser la víctima de la mas horrible perfidia, de la mas negra ingratitud, fué cuando olvidado de mí mismo, olvidado de mis próximos padecimientos, solo pensé en vosotros, solo me ocupé de vuestra dicha, y mi única idea fué dejaros en legado mi propio cuerpo, mi misma sangre, lo que de mas precioso y estimable poseía: *Hoc facite in meam commemorationem.*

Esto era, M. A. O., lo que nunca debíamos olvidar, lo que constantemente debíamos meditar, lo que debíamos tener presente al acercarnos á la cena eucarística. Pero ¿son por ventura esas ideas las que nos ocupan al pié del tabernáculo? ¿Son esas las disposiciones con que nos llegamos á la fuente de todas las gracias, al manantial de todos los bienes, al océano inagotable del amor divino? ¡Oh horror! Desgraciadamente es harto cierto lo contrario. Ni la grandeza de lo que ese Sacramento augusto contiene basta á hacer renacer en nuestras almas el sentimiento de la fé, ni tampoco dos beneficios que á su recepcion están vinculados son suficientes á engendrar el sentimiento del amor. Los tabernáculos del Dios vivo encuéntranse

con frecuencia rodeados de profanadores impíos que llevan á ellos el mismo fastuoso aparato que á las concurrencias mundanales, y van á presentar al Dios de la santidad sus ofrendas con la misma mano que poco antes incensáran á sus impuros ídolos. No pocos son los que haciendo del deber sagrado de participar de ese adorable festin un simple espectáculo de conveniencia pública, se mezclan á los verdaderos fieles sin experimentar sus afectos, sin tener su fé y su amor, tal como aquellos extranjeros que un día se mezclaban con los israelitas en el desierto y con ellos marchaban hácia la tierra prometida; pero sin estar animados de sus esperanzas. ¡Y si al menos, Dios mio, no viésemos en esa cena misteriosa Judas temerarios y alevos que confundidos entre la multitud se abalanzan á comer el pan de los ángeles con un corazón vendido á Satanás, con un alma esclava del infierno, y ocultando los mas negros designios bajo las apariencias de una estudiada devoción! Mas ¡ay que esto no es nuevo en la Iglesia católica, ni tan raro como pudiera creerse tamaño atentado! Hoy mismo quizás, en este día especialísimamente destinado á consagrar el recuerdo de la acción mas sublime, del rasgo mas brillante del amor de Jesucristo, ¡de cuántos pudiera decir ese Salvador adorable lo que en aquella noche dijo del pérfido discípulo: Uno de los que conmigo participan de este manjar, es el que me ha de entregar (1). ¡Infelices! esclama San Juan Crisóstomo, «vosotros que tanto os indignais contra el pérfido apóstol, ¿cómo no temblais de imitar su traición? Si aquel por efecto de una codicia sórdida se dejó arrastrar al horrendo crimen de vender la vida de su divino Maestro por una cantidad despreciable, ¿és menos cierto que vosotros vendeis su cuerpo, su alma, su divinidad por satisfacer unas pasiones tanto y mas vergonzosas, y le arrojais no ya en brazos de sus verdugos crueles, sino en el lodazal asqueroso de los vicios mas repugnantes (2)? ¡Alto ahí, inhumanos; atrás, crueles; alejaos, inmundos profanadores! Temblad las iras del Omnipotente: no provoqueis las venganzas del Dios de los ejércitos oculto bajo esos cándidos velos;

(1) Qui intingit mecum manum in paropside, hic metradit. Matth. XXVI. 23.

(2) S. Joan Crys. Hom. 60 ad pop. Antioch.

»no deis lugar á que se os pida cuenta de la sangre adorabilísima
»del Verbo... Fuera de esa mesa del Cordero immaculado, lobos
»carnívoros, sanguinarios tigres: considerad que ese misterio es un
»misterio de paz y de concordia, de bondad y de amor, y no
»vengais á renovar las escenas de horror y de sangre que los judios
»consumaron sobre el Calvario (1).»

Ved pues, A. O. M., cuán oportunamente el apóstol San Pablo, despues de referirnos la historia de la institucion augusta de este Sacramento, añade aquella terrible sentencia: «Tened presente que quien quiera que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y se traga su propia condenacion (2).» Aviso importantísimo con que nos precauciona para que evitemos una profanacion tan impía que sobre ser el colmo de la maldad, de la ingratitud y de la perfidia, nos haria responsables ante Dios de un eterno castigo. Mas por el contrario, ¿puede imaginarse mayor dicha, felicidad mas inefable que la del justo que se acerca á la sagrada mesa con una conciencia limpia, con un corazon humilde, con un alma henchida de amor celestial? ¡Ah! Nada hay comparable á los dulces trasportes que le enagenan en aquellas horas supremas, en aquellos instantes en que poseyendo al autor de todos los dones parece preludiar las delicias de la eterna bienandanza de los escogidos. Ningun lenitivo mas eficaz en los pesares de la vida presente, ningun consuelo mas sólido en las adversidades de esta tierra de destierro, ningun calmante mas suave en los infortunios crueles del tiempo puede hallarse que ese pan divino, prenda anticipada de la paz, de la alegría, del placer, de la ventura que nos espera en la patria celestial. Ninguna riqueza, ningun tesoro puede ponerse en parangon con lo que el cristiano recibe en ese Sacramento que le pone en posesion de la divinidad: puesto que entonces él vive en Cristo, y Cristo vive en él; ambos se mezclan, se unen, se estrechan, se confunden en una misma cosa, segun la espresion del mismo Salvador (3). «Milagro sorprendente, esclama-

(1) Ibid. *Qui manducavit mecum panem in profana mensa...*

(2) I. Corint. XI. 27, 29.

(3) Joan. VI. 57.

»ma el Crisóstomo, en virtud del cual nuestra carne es la carne de
» Jesucristo, sus huesos son nuestros huesos, y unos mismos los
» miembros de ambos. Y este prodigio que escede á todo cálculo hu-
»mano, verificase en realidad, mediante esa conmixtion operada en
» la Eucaristia entre Dios y el hombre, de la cual resulta nuestra
» perfecta identificacion con Jesucristo, como miembros de su cabe-
»za, como partes de su todo; lo cual es el mas visible testimonio de
» su amor (1).»

¡Cuánta es pues nuestra insensibilidad, A. O. M., puesto que tantos beneficios, tan marcadas muestras de una caridad inmensa, no son bastantes á escitar nuestro reconocimiento y á encender nuestro amor! ¿Posible es que ni la presencia de nuestro Dios bajo esos símbolos augustos, ni la escelencia de un alimento que cura todas nuestras dolencias y nos sostiene en los penosos caminos de la virtud, ni el recuerdo de lo que á Jesucristo movió á instituir esta cena magnífica, nada en fin baste á crear en nuestros corazones esos sentimientos que de nosotros reclama, y que nos acerquemos á recibir la prenda mas preciosa de la paz, de la inocencia y de la inmortalidad con un alma tibia, fria é indiferente á los goces celestiales, y solo sedienta de los placeres del siglo? ¡Oh! En otro tiempo los fieles primitivos se arrancaban de las delicias de la vida por correr á los altares á participar de ese manjar celestial: y á despecho de las mas crueles persecuciones, y por medio de inminentes peligros, y sin temor á los tiranos que les acechaban, como el lobo acecha su presa, iban á abrevarse de la sangre del Cordero sin mancha en el fondo de los sepulcros, y allí se llenaban de aquel ardor que les hacia invencibles en los combates, y victoriosos en el martirio. Forzados á andar errantes por las sombras de la muerte, y á ocultarse en las cavernas, hallaban en la participacion de ese misterio un bálsamo suave que les consolaba en medio de su ostracismo. ¿Y es posible que ahora cuando protegidos por las leyes, y con la mas perfecta seguridad podemos aparecer sin el menor temor á los piés del santuario, hayamos de huir de la presencia de nuestro Dios que nos

(1) S. Chrys. Hom. 61. ad pop. Antioch.

convida á recibir su cuerpo y su sangre adorabilísima, y solo empujados, digámoslo así, por el apremiante precepto de la Iglesia, hemos de cumplir ese deber anual?

No, católicos, no sea así por vuestra vida. Recordad con cuántas vivas ansias deseaba el Redentor celebrar con sus discípulos esta cena misteriosa. Tened presente con cuánta efusion de su alma suspiraba porque llegase el momento de legarnos este eterno monumento de su caridad ardentísima. No seamos ingratos á tanta bondad, no nos hagamos indiferentes á tanto amor. Amor y gratitud deben ser los resultados de nuestra fé en este Sacramento inenarrable, y todas estas virtudes las que constituyan nuestra preparacion para acercarnos á la mesa del Cordero á alimentarnos con el pan de los fuertes, y á embriagarnos con el vino que engendra las vírgenes. Ese manjar y esa bebida serán para nosotros en esta region de miseria y desdicha el origen inagotable de todas las gracias, el manantial perenne de todos los dones, el principio fecundo de todos los bienes. Fortalecidos con ese alimento y con ese licor divinos, bien podrán hacernos guerra las pasiones, el mundo y el infierno; de todos triunfaremos, á todos los venceremos, y subiendo de virtud en virtud hasta la cima del monte santo, llegaremos por fin al término de nuestra eterna felicidad.

HOMILÍA

PARA EL JUEVES SANTO POR LA TARDE.

MANDATO.

EL RECUERDO DEL LAVATORIO DE LOS PIÉS DE LOS DISCÍPULOS ES DE SUYO
EL MAS PROPIO PARA INSPIRAR EN EL ALMA EL SENTIMIENTO DE LA
HUMILDAD Y EL EJERCICIO DE LA CARIDAD CRISTIANA.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

Antes del dia festivo de la Pascua, sabiendo Jesus que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y concluida la cena, como ya el diablo hubiese inspirado á Judas Iscariote el designio de entregarle, sabiendo que el Padre habia puesto en sus manos todas las cosas, y que como era venido de Dios á Dios volvia, levántase de la mesa, quitase sus vestidos, ciñese con una tohalla, y echando agua en un lebrillo, se pone á lavar los piés de sus discípulos, y á limpiarlos con la tohalla que se habia ceñido. Llega, pues, á Simon Pedro: y este le dice: ¿Cómo, Señor, ¿tú lavarme á mí los piés? Respóndele Jesus: Lo que yo ahora hago no lo comprendes tú al presente, pero lo comprenderás despues. Replica Pedro: Jamás me lavarás tú los piés. Respóndele Jesus: Si no te lavare los piés no tendrás parte en mí..... Despues que les lavó los piés volvió á ponerse sus vestidos, y sentándose de nuevo les dijo: ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, y pues lo soy en efecto. Si pues yo os he lavado los piés siendo vuestro Señor y Maestro, tambien vosotros debeis lavaroslos los unos á los otros. Ejemplo os he dado para que lo que yo he hecho con vosotros, lo ejecuteis asimismo reciprocamente.

(JOAN. XIII. 4 ET SEQ.)

PUEBLO católico: ¿Qué significa esa misteriosa ceremonia que acaba de tener lugar en este momento bajo las bóvedas de este augusto templo? ¡Ah! Ella es una renovacion de lo que el Salvador de la humanidad ejecutára en el Cenáculo con sus amados discípulos en la vispera de la Pascua pocos momentos antes de dar principio á su

dolorosa pasion , el preludio y como la inauguracion del sacrificio expiatorio que iba á consumir en el Calvario. No sin un alto y poderoso motivo nos recuerda periódicamente la Iglesia nuestra madre, esa accion sublime cuanto edificante de Jesucristo. Jamás la humildad y la caridad se revistieron de formas mas amables é insinuantes. En cada uno de los detalles de ese grande acto encontramos algo que conmueva deliciosamente nuestros corazones al par que los inspira el mas vivo entusiasmo. ¿Dónde hay ni puede hallarse un espectáculo mas enternecedor , mas fecundo en sublimes enseñanzas , ni mas á propósito para humillar la orgullosa altivez del hombre , que ver á un príncipe , á un elevado dignatario de la Iglesia, reconocer prácticamente á los piés de los pobres de Jesucristo que la positiva grandeza no se funda en la elevacion del rango ó de las categorías sociales , sino en la mas profunda humildad , y en la abnegacion mas perfecta ?

Tal es , efectivamente, la importantísima leccion que resulta de la ceremonia del lavatorio que el Salvador ejecutó en el Cenáculo con sus amados discípulos: leccion sublime , ejemplo admirable y bajo todos conceptos digno de ser considerado atentamente. Omitiendo pues todo preámbulo, (por cuanto conviene seamos breves en nuestros discursos , en unos dias en que las ceremonias del culto católico absorben tan largo espacio de tiempo) voy á entrar de lleno en materia , examinando el fin principal, el grandioso objeto de esa grave accion tan propia de suyo para inspirar en nuestras almas el sentimiento de la humildad y el ejercicio de la caridad cristiana.

Y respecto de lo primero , es indudable, M. A. O., que el hombre mas bien pecára por efecto de un insensato orgullo, que arrastrado por la concupiscencia. Sobradamente dócil á las sugerencias del espíritu de soberbia que le inculcó su propio veneno , haciéndole concebir proyectos de igualdad con el Omnipotente, se envaneció en sus pensamientos, traspasó atrevido los preceptos de su Hacedor... Y el insensato en vez de aquella imposible elevacion que soñára en momentos de febril delirio, halló la indignacion de un Dios que le arrojó del Paraiso , condenándole á duros trabajos y á una penosa muerte.

Enternecido empero el Hijo de Dios y afectado de honda compasión en vista de la desgracia de la humanidad degradada y envilecida hasta el extremo, preséntase á su Padre, y le dice: « El hombre » se ha perdido por la arrogancia y el orgullo : é incapaz de levantarse por sí propio, necesita de un auxilio sobrehumano que le » ayude á sacudir el enorme peso que le abrumba. Pues bien, Señor, » yo seré ese Sér benéfico. Yo opondré la humildad como el mas eficaz contrapeso á tamaño desórden, y como el remedio mas poderoso de esa dolencia general que aqueja á todo el linage de Adán. » Yo adoptaré esa naturaleza que el hombre ha mancillado pecando. » Yo bajaré del cielo, y me haré pequeño, esclavo, gusano vil de la » tierra, para cicatrizar de este modo esa profunda herida que la » soberbia ha abierto en el corazon de la humanidad desdichada. »

Y en efecto, aparece en el mundo en la plenitud del tiempo ese gran médico del humano orgullo, ese gran doctor de la humildad. ¿Y cuál es la tribuna que elije para esplicarnos sus altísimas lecciones? ; Un pesebre, un establo, una cruz! Mas antes de consumir en esta el gran sacrificio expiatorio que debia operar un cambio radical en los humanos destinos, quiso legarnos un ejemplo vivo y efficacísimo de aquella virtud celestial que viniera á oponer como un contra veneno á la soberbia inoculada por Lucífer en la sangre de una raza maldecida y desheredada, y reducir á la práctica aquel divino llamamiento que hiciera á los mortales diciéndoles: « Venid á mí que descendí del cielo por salvaros á costa de mi misma dignidad, sacrificando mi grandeza y mi gloria juntamente con mi vida de infinito valor, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon. »

Grandes y sublimes ejemplos de humildad habia dado Jesucristo en el curso de su vida mortal : pero al tocar sus postrimeros instantes, plúgole dejarnos en legado un monumento mucho mas solemne que pasase á la posteridad mas remota. Parece que recela no haber sido bien comprendido de los hombres; y en su consecuencia, dice el sagrado texto, « sabiendo Jesus que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, » hora que no debia volver jamás, quiso consagrar aquel gran precepto que habia dado á los mortales, y dejarles un testimonio mas magnífico de su inagotable

amor: « *y aunque siempre habia amado á los suyos* » con la ternura de un padre, de un amigo, de un Dios, « *al fin de sus dias los amó* » si cabe con mayor esceso. ¿Y cómo les manifiesta este afecto de su divino corazón? Escuchad con profundo recogimiento las palabras del sagrado Evangelista.

Jesucristo acababa de poner término á la cena legal, estableciendo aquella otra cena nueva que debia ser en cierto modo la purificacion del hombre en la tierra, dándole una prenda preciosa de su resurreccion gloriosa y de su eterna inmortalidad. « *Y sabiendo que el padre habia puesto en sus manos todas las cosas, y que como era venido de Dios, á Dios volvia, levántase de la mesa, quitase sus vestidos, ciñese con una tohalla, y echando agua en un lebrillo, se pone á lavar los piés de sus discipulos, y á limpiarlos con la tohalla que se habia ceñido.* »

Siquiera hayan trascurrido mas de diez y ocho siglos desde que se verificó este grande acto, cada vez que se renueva á nuestra vista en el seno del catolicismo, no podemos menos de experimentar igual sorpresa que la que esperimentó entonces el príncipe de los apóstoles al ver al Salvador de los hombres hincado de hinojos ante aquellos á quienes eligiera por sus discipulos, y ocupadas en unas funciones tan humillantes aquellas manos que fabricáran los cielos y la tierra. « *¡Cómo! Señor, esclama: ¿Tú lavarme á mí los piés?* » ¿El Dios omnipotente y eterno, el Señor y árbitro del mundo, el Monarca invisible de los siglos, el que con su inmensa magestad llena el universo, prosternado á los piés de una criatura tan miserable como yo? ¿Es esto posible? ¿De dónde, oh Dios mio, tanta humillacion? ¿Por qué un abatimiento tan profundo? Mas « *lo que yo ahora hago, le dice Jesus, no lo comprendes tú al presente: comprenderáslo empero despues.* »

Cierto que el Apóstol no podia penetrar entonces aquel misterio de grandeza fundada en la humillacion; no concebía cómo un abatimiento tan inusitado de parte de un Sér cuya divinidad habia reconocido y confesado públicamente, pudiera conducir á engrandecerle y ensalzarle sobre todo lo criado; era para él un arcano incomprendible cómo aquella accion tan degradante y envilecedora en el con-

cepto del mundo, pudiera ser el origen de una gloria sin semejante y darle un nombre superior á todo nombre ante quien doblase su rodilla el cielo, la tierra y los abismos, como se espresa San Pablo. Y obstinándose en no permitir que su divino Maestro llevase á efecto su propósito respecto de él, replica: « *No; jamás me lavarás tú los piés.* » Ni lo hubiera permitido de hecho el Apóstol, ni hubiera cedido por ningun concepto, si el Salvador no le hubiese obligado á deponer toda resistencia con aquella terrible y amenazadora espresion: « *Si no te lavare los piés, no tendrás parte en mí...* »

Sin duda, M. A. O., nos parecería desproporcionada á la resistencia de San Pedro la desgracia con que el Salvador le amenaza, á no tener en cuenta que la humildad es la guardiana y fiel compañera de todas las demás virtudes; tanto, que sin ella ni el temor de Dios, ni la obediencia, ni la fè, ni el renunciar al mundo ni á sí mismo, ni la pureza mas estremada, ni la mas heróica caridad bastarian para proporcionarnos la inefable dicha de participar de los inmortales destinos de Jesucristo. La humildad es además el principio de toda grandeza positiva: puesto que asociándonos al Hombre-Dios, nos hace entrar en posesion de sus derechos á una gloria idéntica y á una misma felicidad. Mal podríamos aspirar á compartir con él aquella grandeza que él supo conquistar á precio de amargos abatimientos, si á su ejemplo no nos despojásemos de todo afecto de propia estimacion, y no luchásemos contra las pasiones desordenadas de la vanidad y del orgullo. Tal es el principio generador que constituye la gloria de la humildad cristiana; ¿Por qué mereció Jesus que Dios le ensalzase sobre todo cuanto existe, y que los poderes todos terrenos y celestiales le rindiesen acatamiento y homenaje, sino por haberse humillado hasta el estremo de hacerse esclavo siendo Rey, aceptando la ignominia de la cruz y la infamia de un suplicio destinado para los malhechores? Y María su divina Madre, ¿no aseguró de sí misma que á causa de su humildad profunda la aclaman bienaventurada todas las naciones y todos los siglos?

Por demas seria querer levantar el edificio cristiano sin ese basamento esencial de la humanidad. Escrito está que Dios se complace en abatir la pujanza del soberbio, bien así como se goza en prodi-

gar al humilde los tesoros y riquezas de su gracia (1). Escrito está que el Señor solo grande por esencia confundirá para siempre el orgullo del hombre y quebrantará su altivez insensata (2). Escrito está que despedazará con su invencible brazo toda arrogancia que intentáre alzarse contra su magestad suprema al mismo tiempo que levantará del polvo al que humilde confiese y reconozca su propia nada (3). Si pues queremos conquistar una gloria verdadera, si aspiramos á encontrar el camino que conduce al positivo honor, descendamos como descendió el Hijo de Dios hasta lo mas profundo del abatimiento. No recelemos seguir sus huellas é imitar sus altísimos ejemplos. ¿No es en las profundidades de la tierra donde se encuentran los metales preciosos? ¿No es de las entrañas de este suelo que pisamos de donde se estraen las piedras de gran valor y los tesoros de mayor valia? Pues del mismo modo, cuanto mas hondamente cabemos en nuestro propio conocimiento, cuanto mas nos humillemos á imitacion de nuestro divino modelo, mayores y mas inapreciables tesoros de gracias encontraremos.

Mas ¡ay! nosotros miserables tememos descender demasiado de esa altura quimérica que soñamos, cuando justamente las almas mas grandes, los corazones mas elevados, los hombres mas virtuosos, bien lejos de incurrir en tan ridícula aprension, se consideraban tanto mas honrados y enaltecidos cuanto mas se aproximaban á Jesucristo por la humildad de corazon. Dignos, por cierto, de que se nos diga lo que San Buenaventura decia un día á uno de sus discipulos: «Marcha adelante; no te detengas en ese áspero camino; por mucho que te abatas y anonades, aunque andes descalzo, cubierto de harapos, y confundido entre los indigentes, siquiera habites bajo desmantelada techumbre, y allí te consagres á las mas humillantes funciones, no por eso serás mas humilde, ni tanto como Jesucristo.» *Humilior Christo non eris.* Y en efecto, A. O., ¿qué somos nosotros? ¿Podemos definir ni comprender nuestra pequeñez y nuestra nada? Y ese que hoy se humilla á los piés de sus apóstoles, ¿quién

(1) Jacob. IV. 6.

(2) Isaie XIII. 14.

(3) Luc. I. 51, 52.

es? ; Ah! Él es la grandeza esencial, y se hace lo mas pequeño y abjecto de la humanidad: él es el ídolo de los ángeles, y se hace el oprobio de los hombres; él es el soberano, señor del cielo, y se hace el vil esclavo de la tierra. ; Qué miseria, pues, A. M., qué fatuidad enorgullecerse el hombre á la vista de un Dios humillado!

Mas no es solamente la humildad, como digimos al principio, la que el Salvador nos enseña con su ejemplo en este dia; sino que nos muestra á la vez el ejemplo de la caridad cristiana en todos sus aspectos, inspirándonos al propio tiempo la fortaleza suficiente para ejercer todos los actos de esa preciosa virtud. Hé aquí un gran principio de teología que deduzco yo de la doctrina del gran Pontífice San Leon. «Todo cuanto hay de fuerza y de virtud en el hombre (dice) procede de Jesucristo como de su fuente y origen. No es solo nuestro modelo, sino que además nos comunica su gracia para marchar tras sus huellas. Y al modo que durante su vida mortal, brotaba de su humanidad santísima una virtud que sanaba todas las dolencias del cuerpo, así tambien brota de sus acciones una fuerza y una energia divinas que hacen germinar en el alma la semilla de todas las virtudes.» No me estraña, pues, que en los principios de la Iglesia fuese preciso suprimir esta ceremonia del lavatorio de los piés, por cuanto muchos cristianos llegaron á juzgarla un sacramento nuevo, una nueva ley de Jesucristo. Cierto, no es un sacramento, pero es si una cosa que participa un tanto de la virtud del sacramento, puesto que comunica al hombre la fortaleza y la abnegacion necesarias para consagrarse en obsequio de sus prójimos al ejercicio de la caridad mas heroica. Jesucristo aceptando las debilidades del hombre, le dió en cambio su propia fuerza haciéndose esclavo, hizole señor; y bajando á la tierra, le franqueó el cielo. Esta doctrina nada tiene que deba sorprendernos: la historia es su prueba mas convincente. Tan luego como Jesucristo inaugura con su ejemplo esa nueva era de humildad y de beneficencia cristianas, los hechos acreditan que no en vano ha caido en la árida tierra del corazon humano esa divina semilla. El Salvador dice en el cenáculo: *«¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy en efecto. Ahora bien, si*

yo os he lavado los piés siendo vuestro Señor y Maestro, otro tanto debéis hacer unos á otros.» Así habla: é incontinenti, una multitud de almas imitadoras de Jesucristo se lanzan tras sus huellas, y surge por do quiera un número inmenso de bienhechores de la humanidad, que se transmiten como precioso legado los mas elevados sentimientos en obsequio de la desgracia y del dolor. Y aquí los Gerónimos y Paulas rivalizan en humildad lavando los piés á los viajeros que llegan á Palestina; y allí los monarcas y señores feudales, los Pontífices y los prelados, se envanecen de hacer otro tanto en semejante dia como hoy, honrando así la memoria del que siendo rey, Pontífice, y sacerdote segun el orden de Melquisedech, no dudó abastirse hasta el extremo por curar las hondas heridas que el orgullo primitivo abriera en el corazon de la humanidad. Y mas allá los héroes redentores marchan á las playas barbarescas á despedazar los hierros de sus hermanos cautivos, á costa de su propia libertad, por imitar al Dios-Hombre que se hizo siervo por libertar al que gemia bajo el imperio del infierno. Y las hijas de Vicente Paul, y los hijos de Juan de Dios, y... Mas ¿á qué desentrañar la historia de los triunfos conquistados por la doctrina de Jesucristo enseñada en el cenáculo? Lleno está el mundo de almas heróicas y generosas que íntimamente convencidas de que cuanto mas se humillaban respecto del siglo mas se enaltecian delante de Dios, no han cesado de imitar el ejemplo del Salvador, consagrándose á todos los oficios de la cristiana beneficencia, no solo de esa beneficencia que se limita á arrojar una moneda de despreciable metal á su hermano que sufre, sino de esa otra que no rechaza los sacrificios personales mas costosos y repugnantes, inmolándose ante las aras de la desgracia ó del dolor en proporción de sus necesidades. Hed ahí los prodigios de aquella palabra generadora unida á la acción mas sublime: «*Ejemplo os he dado para que lo que yo he hecho con vosotros, lo hagáis á vuestra vez con vuestros hermanos!*»

Y no temais, M. A. O., que jamás falten en el mundo estas bellezas del catolicismo, esos rasgos heróicos y generosos que brotan de la acción misteriosa del Salvador que hoy recordamos y vemos reproducirse en este augusto templo. Como quiera que en el principio

católico se encuentra la eficacia de la accion de Jesucristo, y el celo del apóstol, y la constancia del mártir, y la pureza de las vírgenes, y la grandeza en fin de todas esas almas benéficas que saben inmortalarse por sus hermanos, todo procede del Hombre-Dios su legitimo origen, como un destello de esa luz radiante que despide su doctrina y su ejemplo; y como su gracia es un manantial que nunca debe secarse y que debe alimentar constantemente al universo, siempre habrá en el seno de la Iglesia apóstoles, y mártires, y héroes del amor, y gigantes de la caridad, y prodigios de abnegacion voluntaria. Jesucristo ha vencido nuestro egoismo; Jesucristo ha triunfado de nuestro orgullo y de nuestras repugnancias: y por consiguiente antes faltarian, como dice el Apóstol, los oráculos, las profecias, los milagros, y la ciencia, y el génio, y el don de lenguas, que dejasen de existir en la tierra los ejemplos de la caridad cristiana; porque es tan inmortal como el mismo Dios de quien procede. *Charitas nunquam excidit.*

Lo que importa sobre todo, M. A. O., es no acobardarse, no dejarse vencer á vista de las innumerables miserias que afligen á la humanidad. Acontece con frecuencia que ciertas simpatias fugitivas no son suficientes á resistir el impulso del egoismo, ó bien que cesando de herir nuestros sentidos el espectáculo de las agenas adversidades, tornamos á caer en nuestra indiferencia é insensibilidad, ó por último, que recordando antiguas ofensas recibidas, nos detengamos en las vías de la caridad por un sentimiento de punible venganza. ¡Ah! no M. A. O., no os detengais. Si acaso sintiéreis fatigarse vuestra alma en el ejercicio de esa virtud celestial, cualquiera que sea el motivo, recurrid á este argumento invencible que os devolverá toda vuestra energía. Acordaos que Jesus lavó en el cenáculo los piés de sus discípulos, sin escluir el traidor que le tenia vendido á sus verdugos; y entonces por indigno que pueda pareceros vuestro prójimo, no vacilareis en consagrar en su obsequio por el amor de vuestro Salvador, vuestros amorosos cuidados, vuestra mas tierna solicitud, vuestras vigalias, y todo vuestro sér.

No haya pues razon alguna que os detenga en el camino de vuestro deber. Tened presente, A. O., que la gran ceremonia de este

dia, el lavatorio de los piés que acabais de ver reproducido por vuestro mismo pastor, no es una vana ceremonia, ni un símbolo sin realidad, sino que es una accion augusta y sublime, muy propia para inspirar esas dos virtudes que constituyen el verdadero cristiano, á saber: la humildad y la caridad. Seamos pues la mano que lava las horrruras, y derrama un bálsamo divino sobre todas las llagas del corazon humano. Apoyados en esas dos virtudes, y llevados por ellas como en alas, llegaremos en breve con rápido vuelo á la cúspide de la perfeccion de Jesucristo, en cuanto lo permita nuestra pobre naturaleza. Humillémonos, como él se humilló, convencidos de que tanto mas enaltecidos seremos en el cielo cuanto mas nos abatiéremos en la tierra. Consagrémonos á imitacion suya á consolar y socorrer todas las desgracias; seguros de que cuanto mayor sea nuestra abnegacion en el tiempo, mas preciosa y brillante será la aureola que ceñirá nuestras sienes en la mansion de la inmortalidad.

SERMON

SOBRE LA AGONÍA DE JESUCRISTO EN EL HUERTO.

JESUCRISTO ESPERIMENTANDO EN EL HUERTO LAS PASIONES Y DEBILIDADES PROPIAS DEL HOMBRE, NOS MANIFIESTA EN SU ACEPTACION SU INAGOTABLE BONDAD Y SU AMOR INFINITO, AL PROPIO TIEMPO QUE SUFRIÉNDOLAS NOS PROPORCIONA UN GRAN FONDO DE MERECEIMIENTO.

Venit Jesus in villam que dicitur Gethsemani, et dixit discipulis suis: Sedee hic, donec vadam illuc et orem... Et cepit contristari et mæstus esse.

Llegó Jesus á un huerto llamado Gethsemani, y dijo á sus discipulos: Sentaos aquí, mientras yo voy mas allá á orar... Y empezó á entristecerse y angustiarse.

MATTH. XXVI. 36, 37.

Hoy, M. A. O., comienza Jesucristo á recorrer la espinosa carrera de sus ignominias y padecimientos. Hoy se abre ante nuestros ojos la cruenta escena del sacrificio expiatorio que debe consumir en una cruz. Hoy preludia su dolorosa pasion en el huerto de Gethsemani, y da el primer paso hácia el Calvario. Corta es la distancia que media entre uno y otro lugar, pero ¡ay, cuán larga série de aflicciones, de ultrajes y tormentos le esperan antes de llegar á su término! ¡Qué caliz tan hondo de amarguras y martirios debe apurar hasta haber dado cima á su grande obra!

Justo es que le sigamos con nuestra consideracion para aprovecharnos de las lecciones prácticas que encierran todas las páginas de su trágica historia, puesto que por nosotros y en nuestro obsequio sufrió tanto el Hijo de Dios. No perdamos pues ni una sola de sus acciones, tan fecundas en enseñanzas de la mas alta utilidad.

Y desde luego, ¿qué es lo que se presenta á nuestra vista en el jardín de las Olivas, á donde el Salvador se trasladó inmediatamente desde el Cenáculo, despues que hubo desplegado todas las riquezas de su omnipotencia y de su amor en la institucion del augusto Sacramento de la Eucaristía? ¿Qué modificacion tan sorprendente, qué cambio tan subitáneo se ha operado en la persona del Hombre-Dios! Allí la alegría rebosaba en su divino semblante: aquí la mas profunda melancolía se ve pintada en él con las mas negras tintas; poco antes la mas dulce calma, la tranquilidad mas pura manifestábase en sus discursos: ahora la agitacion entorpece su lengua, el temor apenas le deja hablar, la angustia le abate, y horribles presentimientos atormentan su espíritu. Momentos há era un Dios que departia con sus discípulos con una impassibilidad admirable sobre sus futuros padecimientos, y espresaba el mas vivo deseo de beber aquel cáliz amargo que su Padre le tenia preparado: al presente solo se ve en él un hombre que se estremece con la sola idea del morir, y desea si es posible ver desaparecer de su vista aquel repugnante cáliz, è incapaz de sostenerse por sí propio busca estraño auxilio en la compañía de sus apóstoles. En una palabra: á la fortaleza ha sucedido la debilidad, el valor ha sido reemplazado por la timidez y el desaliento, el lugar que ocupaba la magnanimidad lo ha invadido la cobardía, el fuerte sucumbe, el omnipotente tiembla, el autor de la vida rechaza la muerte... ¿Qué es esto? ¿Dónde está aquel Jesus que tanto ansiaba recibir el sangriento bautismo que debia completar su mision reparadora? ¿Qué se ha hecho de aquél que enjugaba el llanto de sus discípulos, les animaba á luchar, y les prometia su asistencia para la hora del combate? ¿En qué ha venido á parar el que con tanta urgencia hacía los preparativos de su jornada, cual si le faltase tiempo para dar principio á su pasion?

¡Bella ocasion para que la incredulidad ó el racionalismo se apresuren á desplegar sus sofisticos argumentos contra la divinidad de Jesucristo! Pero no, M. A. O. El error jamás podrá sacar el menor partido de esta página de la historia del Salvador: antes por el contrario, en la misma debilidad que manifiesta en el huerto de Gethsemani, en su profunda tristeza, en su temor y demas pasiones que

agitaron su alma santísima, tenemos una prueba convincentísima, una demostracion innegable de ese mismo atributo que osan disputarle sus enemigos: por cuanto habiendo Jesus adoptado voluntariamente estas flaquezas propias de la humanidad á fin de que en él existiese una perfecta asimilacion con el hombre á quien venia á rescatar, segun la poderosísima razon del Apóstol (1), «lejos de amenguar ellas en lo mas leve su dignidad y grandeza como Dios, nos manifiesta en su aceptacion su inagotable bondad y su amor infinito, al propio tiempo que como Redentor nos proporciona sufriendolas un gran fondo de merecimiento.» Hed aquí el asunto de mi discurso en este breve rato, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Los vaticinios debian cumplirse: las profecías debian verificarse al pié de la letra en la persona del Hijo de Dios. Tiempo hacia que por boca de uno de sus hombres inspirados habia dicho: «Turbado está mi corazon dentro de mi: el temor y el horror de la muerte me han cercado por todas partes, y me hallo sumergido en un abismo de tinieblas (2).» Estas palabras que entonces no eran mas que un anuncio lejano de futuros acontecimientos, tuvieron toda su realidad en la escena que hoy forma el asunto de nuestras reflexiones. El huerto de Gethsemani estaba destinado á ser el teatro de la lucha mas formidable entre la divinidad y la humanidad del augusto Redentor del mundo. Allí le esperaban todas esas pasiones que como hombre dignárase aceptar, para dar á su alma santísima el mas cruel asalto. Ved á esa sagrada víctima cual se adelanta hácia el altar del sacrificio. A manera de gigante que se apresta á emprender una larga jornada, segun el simil de los santos libros, asi Jesus marcha

(1) Ad. Hæbr. II. 17.

(2) Psalm, LIV. 5.

leno de gozo hácia aquel misterioso jardín en donde debia preludiar la larga série de sus padecimientos. Pero ¡ay! ¡De cuán corta duracion fué su gozo! Apenas ha pisado aquel terreno que parece retemblar bajo su divina planta, no bien ha entrado en aquel sitio solitario, cuando empieza á sentir el enorme peso de unas pasiones fuertes y violentas que le reducen al estado mas lastimoso. La repugnancia, el tédio, la tristeza mas profunda apodéranse de él en términos que su angustia se asemeja á la del hombre próximo á la muerte. En vano trataria de ocultar su terrible posicion. La inmovilidad de su mirada, la descompostura repentina de su semblante, el desencajamiento de sus facciones, el desórden de sus palabras, lo vacilante de sus pasos, la convulsion de sus miembros, todo le hace traicion, todo le denuncia, tanto que él mismo se ve obligado á declarar á sus discípulos el cambio extraordinario que experimenta en la parte sensitiva, diciéndoles: «Mi alma está triste hasta el punto de morir: permaneced aquí y velad conmigo (1).» Palabras que espresan todo el horror de que se hallaba poseido al acercarse á aquel sacrificio sangriento que debia consumir en breve en expiacion de los crímenes del mundo, cuya responsabilidad voluntariamente habia aceptado.

Y ved, M. A. O., en lo que el racionalismo ha fundado todo el sistema de sus objeciones para negar la divinidad de Jesucristo. ¿Cómo es, dicen, que siendo Dios experimenta la repulsion de unas pasiones que solo en un hombre pueden concebirse y esplicarse? O pudo evitarlas, y en este caso no haciéndolo rebajó en gran manera su magestad y su gloria, sujetándose á unos movimientos tan humillantes: ó si no le fué posible librarse de su accion, claramente se manifiesta que no era mas que un sér menguado y débil como todos los hijos de Adan.

¡Insensatos! Ellos quisieran medir con la estrecha capacidad de su pensamiento la altura, la profundidad y la estension de los divinos designios; pretenden abarcar con su inteligencia de hombre el vasto plan de la sabiduría infinita de Dios, y envueltos en las tinieblas de su ignorancia no hacen mas que blasfemar de lo que no en-

(1) Matth. XXVII. 38.

tienden, como dice un Apóstol (1). Si investigasen este misterio alumbrados con la antorcha de la revelacion, verian que el Salvador del mundo, sin amenguar en nada la gloria de su divinidad, pudo aceptar y aceptó de hecho las propiedades todas de la humanidad, puesto que hombre perfecto no menos que verdadero Dios haciase preciso que fuese quien á su cargo tomase dar una satisfaccion condigna á la divina justicia ultrajada por el hombre. Y por lo tanto, así como habia cargado sobre si todas las iniquidades del universo para responder por ellas ante su eterno Padre y reparar suficientemente los males que causáran, del mismo modo debió sujetarse á todas las pasiones y debilidades de aquel sér á quien representaba, á fin de que sus acciones tuviesen la conveniente proporcion con el objeto á que se dirigian y todo el mérito que su expiacion exigia.

Hed ahí, católicos, descifrado ese gran misterio de las pasiones de Jesucristo en el huerto de las Olivas: ved ya con una sola palabra hechos menudos pedazos todos los sofismas de la incredulidad. Cierto que el Redentor se sintió en aquella ocasion abrumado por la tristeza, abatido por el terror, sumergido en la mas cruel angustia; cierto que se horrorizó ante el pálido aspecto de una cercana muerte, que repugnó el amargo cáliz de la pasion, que sus miembros convulsos se vieron bañados en un sudor sangriento por efecto de la honda afliccion de su alma; cierto en fin que á escepcion del desorden que es consecuencia del pecado, sufrió allí la accion de todas nuestras pasiones, y participó de nuestra humillacion, y se halló poseido de nuestra propia amargura, como escribe el Papa San Leon (2); pero no lo es menos, como consta de mil pasajes de la divina Escritura, que aceptó estas debilidades porque quiso, que se ofreció á este sacrificio voluntariamente, que las miserias humanas á que se sujetó por el hombre fueron producto de su libre eleccion; y por consiguiente lejos, bien lejos de rebajar su dignidad como Dios, ni de empañar en lo mas leve el brillo de su gloria, no hicieron sino demostrar mas claramente el triunfo que sobre ellas consiguió y los

(1) Judæ. Ep. Cat. 40.

(2) S. Leo. Serm. 6. de Pass.

misericordiosos designios que se propusiera al aceptarlas. « No sin una permission de su libre alvedrio, dice el obispo de Hipona, fué su sensibilidad asaltada y combatida por esos afectos propios de la humana flaqueza. Dueño absoluto de sus sentimientos, los dejó desarrollarse cuando y como plugo á su voluntad, no de otra manera que voluntaria y espontáneamente habiase revestido de la humana naturaleza. El mismo poder que despues presidió á su muerte en el Calvario, fué el que en el huerto permitió su turbacion y su agonía (1).» Y este poder no fué un poder extraño, sino propio y esclusivo de su misma voluntad siempre independiente en medio de la debilidad humana, siempre libre á pesar del impetuoso combate de la parte inferior, siempre soberana, á despecho de la horrenda lucha de las pasiones, siempre en perfecta armonía, sin embargo del desórden de sus sensaciones, siempre en fin digna de un Dios oculto bajo las exterioridades del hombre.

Bien manifestó Jesucristo este poder, esta libertad, este órden y armonía de la mas sublime perfeccion, cuando en medio de su repugnancia, de su temor y de su tristeza, sabe hacerse superior á todas estas debilidades, y con la misma mano que rechaza la amarga copa del dolor, la recibe resignado en la voluntad del cielo, y con resolucion tan firme como profundo fuera su abatimiento, declara que no quiere se cumpla su querer, sino el de su Padre (2); y con un valor y una decision heróica que contrasta prodigiosamente con su anterior timidez y cobardía, corre él mismo en busca de sus enemigos, sale al encuentro á sus verdugos, y se entrega en los brazos de los que le buscan para darle muerte (3). Ved pues cómo en el augusto Mediador del mundo se manifiestan á la par la grandeza del Dios y la pequenez del hombre; el dominio de aquel, y la impotencia de este: pero sin que ni los dolores, ni las angustias, ni la tristeza ni los demás afectos que en virtud de su perfecta asimilacion con la humanidad experimenta, sean bastantes á turbar su razon, ni á desordenar sus apetitos en la parte superior, ni á disminuir su

(1) S. August. de Trinit. S. 14.

(2) Non mea voluntas, sed tua fiat. Luc. XXII. 42.

(3) Surgite camus. Matth. XXVI. 46.

fortaleza, ni á amenguar su generosidad sin límites, ni á privarle de su poder y demas atributos divinos.

Pero no insistamos mas en demostrar este primer extremo de mi proposicion, y pasemos á considerar los misericordiosos designios que Jesucristo se propuso en la aceptacion y sufrimiento de estas humanas debilidades. ¿Por qué se entristeció y angustió en el huerto el que es la alegría del cielo y el consuelo de la tierra? ¿Por qué temió morir y se horrorizó ante los suplicios el árbitro de la muerte y el autor de la vida? ¿Por qué se abatió y tuvo que apelar á extraño auxilio en su dolor, el que con su gracia sostiene el valor de los héroes y hace invencibles á los mártires? ¡Oh misterio de amor! ¡Oh designio de bondad! No fué una mera simpatía con nuestra flaca humanidad, no una simple condescendencia con nuestra miserable naturaleza la que obligó al Salvador á experimentar estos afectos y estas sensaciones propias de nuestra condicion. Un motivo mucho mas alto, un fin mas escelente y augusto fué el que se propuso Jesus. Quiso por una parte manifestarnos lo que le costaba nuestro rescate, y por otra proporcionarnos á la par que un ejemplo sublime que imitar, un fondo inagotable de merecimientos para el porvenir.

¿Qué hubiera sido desde luego del mundo, M. A. O., si un Dios no hubiese encarnado en el seno de una Virgen? ¿Quién hubiera rasgado el anatema de muerte fulminado en el Paraiso contra la culpable raza de Adán, á no haberse revestido de la humana naturaleza el Hijo del Eterno? El hombre habia pecado, y solo el hombre podia expiar la culpa: pero el hombre por sí solo era incapaz de dar una satisfaccion condigna á Dios, pequeño y limitado como era y de tan escaso merecimiento todas sus acciones. Menester era, que á la naturaleza humana se uniese la naturaleza divina, que una misma hipótesis encerrase ambas, á fin de que lo que la una era incapaz de sufrir lo padeciese la otra, al propio tiempo que lo que á la humanidad le faltaba de mérito pudiese suplirlo la divinidad. Así se verificó en efecto, y hed ahí lo que en el huerto de las Olivas nos manifiesta patentemente Jesucristo. Allí se rebela el hombre al lado de Dios; aquel padeciendo la amargura, el horror y las angustias del martirio: este engrandeciendo y dando un realce extraordinario á

aquellas pasiones violentas; el uno curvándose ante los golpes que descarga sobre él la justicia irritada del cielo: el otro ofreciendo al cielo sus expiaciones para salvar al mundo pecador; y ambos á la vez satisfaciendo y reparando lo que á cada cual separadamente no hubiera sido dable reparar y satisfacer de una manera condigna, ¡Cuánto amor, cuánta caridad se descubre en este pasaje de la historia del Dios-Hombre! ¡Ved cristianos cómo sucumbe bajo el peso de nuestras miserias por manifestarnos que se ha hecho uno de nosotros, nuestro hermano, nuestro semejante, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos, sujeto voluntariamente á todos los males de nuestra condicion! ¡Ved cómo vierte llanto, y se angustia, y se anonada, no por sí, pues ninguna necesidad tenia de ello, sino por nosotros que necesitábamos de ese ejemplo, de ese consuelo, de ese antidoto para curar de nuestras miserias (1)! Ved cómo tiembla y se estremece á vista de la muerte, para mostrarnos que esto no se opone á la virtud del hombre, sino que antes bien en saber dominar ese temor y hacerse superior á esa repugnancia consiste el triunfo del cristiano y el verdadero mérito del héroe (2)!

Y aparte de estas consideraciones todas ellas del mayor interés, ¡cuántas ventajas no nos proporciona ese ejemplo de nuestro divino Salvador en el huerto! ¡Qué fondo tan inagotable de merecimientos no nos preparó para el porvenir! Sabedores de que no por sí sino por la humanidad desgraciada aceptó y toleró aquella cruel lucha, de ahí sacamos un venero riquísimo de consuelo y de esperanza en nuestros reveses y adversidades. Su angustia nos alienta, su abatimiento nos realza, su temor nos anima, su tristeza nos regocija, su tribulacion nos dá la calma, su debilidad nos fortalece, su sudor nos limpia de nuestras horrruras, su sangre cura nuestras dolencias: y al ver anonadarse por causa nuestra al Dios de la fuerza y del valor y al contemplar humillado en el polvo por nuestras culpas al rey de la magestad y de la gloria, y al ver repugnar la amargura del

(1) Ergo pro me doluit, qui pro se nihil habuit quod doleret. (S. Ambros. in Luc.)

(2) Si nulla esset mortis aut parva molestia, non esset tan magna martirum gloria. (S. August. Tract. 423 in Joan.)

caliz celestial que contiene la hiel de nuestras iniquidades á un Redentor que poco antes ansiaba beberle á grandes tragos, no podemos menos de reconocer cuán enormes son nuestros delitos que así mortificaron á nuestro divino Jesus, y cuán caro le costó el rescatarnos de la innoble servidumbre del demonio á que nos condenó la culpa de nuestro comun padre.

¡ Oh ! bien podemos confesar que la bondad del Salvador fué sin semejante, y que nada hay en el mundo comparable al amor que nos manifestó en el huerto de Gethsamani. ¡ Loada sea para siempre su misericordia ! ; Benditas las angustias de un Dios-Hombre que bienes tantos han acarreado á la humanidad ! Si alguno hay que ose ruborizarse de la tristeza y del llanto de Jesus, de su temor y de su abatimiento, aléjese de nosotros. Por nuestra parte nos gloriamos siempre en esas debilidades propias de nuestra humana condicion aceptadas libremente por él, bien así como no reconocemos otro titulo de grandeza superior á sus ignominias y á su cruz (1). Deber nuestro es por lo tanto ensalzar y proclamar donde quiera ese triunfo del amor y de la misericordia de Dios, copiando en nuestras almas sus padecimientos y amarguras. Y ya que nuestros errores, nuestros extravios, y nuestras iniquidades fueron la causa que le obligó á hacerse la víctima espiatoria de un mundo criminal, nada mas justo que tomar parte en esa expiacion sangrienta, completándola en nuestros miembros, segun el precepto del Apóstol (2). Aceptemos pues gustosos los dolores y sufrimientos que el cielo nos envia, añadamos voluntariamente algunas obras de supererogacion, vengamos en nuestra carne rebelde las ofensas cometidas contra el Señor, trabajemos por enfrenar unas pasiones desordenadas que nos arrastran al crimen, lloremos en fin nuestros pecados haciendo de ellos saludable penitencia, y de este modo logrando hacer eficaces las penas que Jesus esperimentó en el huerto, podremos esperar ser un dia partícipes de su gloria y de su inmortalidad.

(1) Ad Galat. VI. 14.

(2) Adimpleo ea, quæ desunt passionum Christi in carne mea. Ad Colos. I. 24.

SERMON II

SOBRE LA ORACION DE JESUCRISTO EN EL HUERTO.

JESUCRISTO ORANDO EN EL HUERTO, NOS MUESTRA POR UNA PARTE CUÁN REPUGNANTE ES EL ESPECTÁCULO DE NUESTROS DELITOS CUANDO PARA RESIGNARSE Á ACEPTAR EL AMARGO CÁLIZ QUE CONTENIA SU ESPICIACION, NECESITÓ RECURRIR AL CIELO POR MEDIO DE LA PLEGARIA, Y POR OTRA NOS DESCUBRE LA NECESIDAD Y EFICACIA DE ESTE MISMO MEDIO PARA CONSEGUIR LA GRACIA DE LA CONVERSION Y LA PERSEVERANCIA EN EL BIEN.

Et progressus pusillum, procidit in faciem suam, orans et dicens: Pater mi, si possibile est, transeat á me calix iste: verumtamen, non sicut ego volo, sed sicut tu.

Y adelantándose algunos pasos, se postró en tierra caido sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mio, si es posible pase de mí este cáliz: pero no obstante, no se haga lo que yo quiero sino lo que vos quereis.

MATTH. XXVI. 39.

SI cierto es como nos lo dice el Apóstol que todo cuanto se ha escrito en los divinos libros se refiere á nuestra enseñanza y ejemplo (1), no lo es menos que las lecciones prácticas que nuestro divino Salvador nos legó en su sacratísima pasion y muerte, deben ser para nosotros un objeto especial de imitacion. Muchos siglos hacia que un ilustrado profeta habia anunciado al mundo un preceptor divino, en cuya escuela aprenderian los hombres de una manera tanto mas eficaz quanto mas visible todo lo que necesitaban saber para ordenar su conducta en orden á su salvacion eterna (2): Este pre-

(1) Ad Rom. XV. 4.

(2) Isaiaë, XXX. 20.

ceptor admirable no era otro sino el Hijo eterno de Dios, que haciéndose hombre en el tiempo debía mostrarnos de palabra y de obra el verdadero camino de nuestros destinos, ya que desgraciadamente separándonos de la senda que nos trazaron las primitivas tradiciones, habíamos perdido el rumbo que nos conducía á la eterna felicidad. Pero si bien en toda la vida de ese Dios-Hombre hallamos grandes ejemplos que imitar, y rasgos sublimes de las mas heroicas virtudes, no obstante en los postrimeros dias de su existencia en la tierra sus acciones adquieren mayor importancia. Ya sea porque las circunstancias mismas en que las ejecuta las dan un carácter mas grave y patético, ó ya porque sus padecimientos parece que las imprimen un sello mas permanente, una sancion mas indeleble.

Como quiera que sea, ello es evidente que Jesucristo en las dolorosas escenas de su pasion se hace á la vez nuestro mediador y nuestro modelo y sin olvidarse de que es nuestro Redentor, es al mismo tiempo nuestro sapientísimo maestro. Esta verdad se nos manifiesta clara y palpable en el misterio que la Iglesia nos recuerda en este dia. ¿Qué es lo que vemos en el huerto de las olivas? Un Dios que agoviado con el peso de nuestras culpas vá á descargar sus penas en la oracion ante la presencia de su eterno padre. Un Salvador que próximo á dar principio á la sangrienta expiacion que merecen nuestras iniquidades vá á beber en la fuente de la fortaleza divina el valor necesario para acometer tan colosal empresa. Una víctima de la cólera celestial, que habiendo contraido voluntariamente el reato de las iniquidades cometidas desde el principio de los tiempos y aceptado en bien de la humana raza toda su responsabilidad ante el cielo, vá á prepararse con la plegaria para entrar en aquella terrible lucha en que ha de medir sus fuerzas con las potestades infernales. Todos esos objetos tenia la oracion de Jesus en el huerto: y además tambien iba allí á ofrecer sus penalidades y trabajos, sus angustias y tormentos, sus humillaciones y ultrajes, todo cuanto en breve debia sufrir en sacrificio aceptable por la salvacion del hombre ingrato; á presentar al cielo la ofrenda de su amor, de su obediencia, de su resignacion, de su sangre y de su muerte, á fin de reconciliar el mundo con su criador, para rasgar el decreto de

anatema fulminado contra unas generaciones pecadoras, y anular el decreto divino por el que habian sido condenadas á un perpétuo ostracismo de la patria celestial.

Tan importantes, tan sublimes son las enseñanzas de Jesucristo en ese misterioso jardin de las olivas, en donde quiso preludiar la grande obra de la regeneracion de la humanidad caída, ya que en otro jardin se habia inaugurado la funesta obra de su ruina.

Acerquémonos pues, católicos, á ese divino maestro de nuestras almas, acompañémosle en su serviente oracion, llenémonos de su propio espíritu, y procuremos no dejar perder ninguna de las sapientísimas y utilísimas lecciones que en ella nos dá. Orando á su Padre en el huerto, al tiempo mismo que descubre la profundidad de nuestras llagas espirituales nos muestra tambien el bálsamo eficaz de que debemos hacer uso para cicatrizarlas: puesto que «si por una parte aprendemos á conocer cuán repugnante es el espectáculo de nuestros delitos cuando para resignarse á aceptar el cáliz que contenia su expiacion necesitó un Dios-Hombre recurrir al cielo por medio de la plegaria; por otra nos persuadiremos de la necesidad y eficacia de ese mismo medio para conseguir la gracia de la conversion y la perseverancia en el bien.» Asunto importantísimo que formará el objeto de vuestra atencion y de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

La actitud en que Jesucristo se nos muestra en el huerto de las olivas, es la actitud de un hombre abrumado bajo el enorme peso de las humanas maldades. Cual reo convicto de enormes crímenes así se presentó delante de su Padre aquel Dios inocente, santo, exento de toda impureza y que jamás se contaminó con la mancha del pecado. Mas como quiera que él ha tomado á su cargo la expiacion que el mundo no podia dar al cielo, y cargado con la responsabilidad inmensa de tantos ultrajes hechos á la divinidad, por eso le ve-

mos humillado en la presencia del Señor, abatido y anonadado como si él efectivamente fuese el criminal, el único merecedor de los castigos de su Dios ofendido.

Separándose un poco de sus discípulos, dicen los sagrados evangelistas, hincase de rodillas, inclina humildemente su cuerpo, baja su frente augusta, y se prosterna hasta pegar con el rostro á la tierra. De este modo, como observa un piadoso y sábio orador, comienza á expiar Jesus los excesos de la hipocresía y del culto material y aparente con que los judios alterando el espíritu de la verdadera religion, insultaban á Dios en vez de honrarle. Así tambien comienza á dar una reparacion anticipada de los sacrilegios y profanaciones con que la fingida piedad de muchos cristianos les haria culpables hasta el fin de los siglos: llenando con este acto de adoracion dos grandiosos objetos, á saber, tributar á su Eterno Padre un culto perfecto y digno de su magestad suprema, y dejar á los hombres un ejemplo práctico de la humildad, recogimiento y respetuosa veneracion que debe acompañar á sus plegarias. Confúndete, orgullosa impiedad, y á la vista de un Dios que en esa actitud humilde se presenta á derramar ante el Padre celestial sus votos y fervientes súplicas, aprende á respetar esas prácticas exteriores del culto católico que en tu cínica arrogancia te atreves á ridiculizar como puerilidades absurdas haciéndolas objeto de befa y de desprecio. Mira al Verbo humanado con cuán respetuosa veneracion aplica al suelo aquella frente augusta en la que residen los infinitos tesoros de la sabiduría increada, observa cómo pega contra el polvo aquella boca divina de la que brotáran los sagrados oráculos de la ciencia celestial, contempla cómo estrecha con sus brazos y riega con su llanto, y humedece con su sangriento sudor aquella tierra herida de maldicion cual si quisiera purificarla con su contacto... Héle en fin cómo despues de haber tributado á la divinidad ese homenaje de adoracion, vuelve á levantar su abatida frente, y dirigiendo al cielo sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas, con acento compungido, con religioso fervor, con un corazon traspasado de pená, y estendidas sus puras manos en ademan de suplicante, esclama: «Padre mio, Padre mio, yo sé que nada se resiste á vuestra voluntad suprema, que

todo os es posible cuando quereis: *Pater omnia tibi posibilia sunt* (1).» Preludio sublime de la oracion de Jesus, que comienza por un acto de profundo reconocimiento de la omnipotencia de Dios á cuyas disposiciones y decretos están sometidas todas las cosas. ¿De qué aprovecharian nuestras preces si con una fé viva y ardiente no creyésemos y confesásemos que aquel á quien las dirigimos tiene un poder ilimitado para remediar nuestras necesidades y curar nuestras dolencias? ¿Mas á qué conduce esa confesion, ese reconocimiento que Jesus hace de la suprema soberanía é irresistible poderio de su Eterno Padre? ¡Ah! Él ha aceptado ya desde mucho antes esa ley terrible de muerte pronunciada contra su adorable persona, Convencido de la inutilidad de todos los sacrificios antiguos y sabiendo cuán impotente era para calmar la cólera divina la sangre de los toros y de los becerros, se ha ofrecido víctima voluntaria del pecado. En vista de esta aceptacion, el Padre ha cesado de mirarle como un hijo objeto de sus delicias, y solo le considera como un objeto de ódio y de venganza: porque en el estado actual no representa sino el tipo de la maldicion, la imágen de la culpa, el único ser responsable y solidario de todos los crímenes que vienen deshonorando su magestad divina. Y en su consecuencia, ofrécele á la vista el cáliz que le está preparado, y cuyas heces amargas debe apurar gota á gota para satisfacer su justicia ultrajada. Cáliz horrendo que contenia cuanto de nauseabundo y repugnante habian arrojado en él los enormes delitos de tantos siglos desde la desobediencia del primer hombre. Cáliz cruel en el que rebosaba la ignominia, el envilecimiento, la vergüenza á que se hicieran acreedores los descendientes del fratricida Cain, del sacrilego Cham, el sodomita incestuoso, y de todos los grandes criminales del antiguo mundo. Cáliz en fin en que el cielo esprimiera todas sus iras, el infierno todo su ódio, el mundo todos sus tormentos, la tierra todas sus maldiciones, y la humanidad entera habia depositado todos los tesoros de venganza que sus multiplicadas iniquidades provocáran por espacio de mas de cuatro mil años. Tal era el espectáculo que se ofrecia á los ojos del Sal-

(1) Marc. XIV. 36.

vador en el huerto. Por eso su fortaleza desaparece, su valor le abandona, la angustia le abate, el temor le anonada. No hay suplicio comparable al que su corazón experimenta á la vista de aquel cáliz sobremanera amarguísimo: tanto que no pudiendo tolerar aquella horrorosa vision procura apartarla de sí, y clama con voz dolorida: «Padre mio, si es posible pase de mí ese cáliz.» *Si possibile est transeat a me calix iste* (1). Y no es decir que con esta súplica condicional quisiese Jesus espresar la menor duda de la Omnipotencia de su Eterno Padre, puesto que él mismo la habia reconocido y confesado pocos momentos antes: sino que á fin de demostrar cuánta era la enormidad del pecado y manifestarnos la suma repugnancia que le inspiraba su sola imágen, apela á ese mismo poder de Dios para que si juzga posible sin amenguar los derechos de su justicia relevarle de aquella obligacion que ha contraido, lo verifique en obsequio del lastimoso estado á que se halla reducido, en su cualidad de hombre responsable de tantos y tan atroces delitos: lo cual se confirma con el acto de profunda resignacion que inmediatamente hace, añadiendo: «Hágase empero vuestra voluntad y no la mia:» *Verumtamen non mea voluntas sed tua fiat* (2). Espresion sublime que revela todo el heroismo de un alma que á pesar de la casi invencible repugnancia que la causan nuestros crímenes, triunfa no obstante de ella en bien de la humanidad desgraciada: y haciéndose superior á todos los sentimientos naturales, se somete humilde á la voluntad del que ha dispuesto que sea la víctima del mundo, besa la mano que le hiere, y se dispone á apurar aquella copa llena de hiel sin la menor resistencia.

Y ¿cómo podia creerse, dice San Leon (3), que Jesucristo rechazase ni por un momento aquellos tormentos, aquella muerte á que de antemano se resignára por un acto espontáneo de su voluntad, y cuya memoria habia consagrado y perpetuado ya en la institucion del Sacramento eucarístico, diciendo á sus apóstoles: «Tomad y co-

(1) Matth. XXVI. 39.

(2) Luc. XXII. 42.

(3) Serm. V de Pass.

med, hé aquí mi cuerpo que por vosotros ha de ser entregado á sus enemigos; hé aquí mi sangre que ha de ser vertida por los pecados del mundo?» ¿Cómo era posible que cupiese una retraccion de este género en aquel que en el hecho ya consumado de dar á sus discipulos su carne y su sangre daba por supuesta la inmolation de la victima, mucho menos cuando él mismo en su cualidad de hijo de Dios fué, en sentir de San Agustin, quien de acuerdo con su Padre celestial preparára el cáliz de su pasion (1)? No; no es por sí por quien el Omnipotente ruega, el santo se humilla, el inocente tiembla, la fortaleza se abate, la grandeza se anonada, el valor vacila, la virtud se estremece, sino por un pueblo ingrato que no tiene escusa delante de Dios por su perfidia y maldad. No es por sí por quien Jesus rechaza el cáliz que le presenta el cielo airado, sino por ese mundo desacordado á quien vé arrojarse en el abismo de la impiedad y del crimen á pesar de su sangre y de su muerte. Cadenas, tormentos, cruz, agonía cruel, todo lo acepta gustoso ya que es preciso para que los hombres se salven: pero que muchos, innumerables hayan de menospreciar los méritos de su pasion, y hollar su sangre divina, y conculcar su adorable cuerpo, y hacerse víctimas del infierno despues que él se sacrifica y hace victima inocente por rescatarlos de la perdicion: que en lo sucesivo haya de haber herejes que le nieguen, incrédulos que le contradigan, apóstatas que abandonen su fé, impíos que persigan su Iglesia, libertinos que ultrajen su Evangelio, falsos sábios que insulten sus dogmas, blasfemos que escarnezen su nombre adorable, y ambiciosos que atropellen todos los derechos de la justicia, y lúbricos que profanen sus almas imágenes vivas de la divinidad, y soberbios que disputen al cielo su poder, y sacerdotes sacrilegos que prostituyan su ministerio, y cristianos alevos que conculquen sus sacramentos... hed ahí el espectáculo que no puede sufrir; tal es el cáliz que su corazon rechaza, y por lo que pide á su Padre que si es posible le aleje de su presencia: *Si possibile est, transeat a me calix iste*. Por eso una y otra vez reitera con instancia esta misma súplica, á fin de demostrarnos cuán

(1) S. Aug. Tract. 112 in Joan.

estrema es la repulsion que le inspiran no los padecimientos á que se ha sometido, no la muerte cruel que ha aceptado, no esa série de tormentos que divisa en lontananza desde el huerto hasta el Calvario, sino los pecados que han ocasionado una expiacion tan terrible, y mas que todo la reproduccion de esos mismos delitos, la multiplicacion de esas mismas maldades que prevee en el porvenir. Imágen horrenda, vision fatídica que le hace desfallecer de pena y le obliga á pedir á su padre que no se la presente ante sus ojos:
Transeat a me calix iste.

Esta exclamacion, dice San Ambrosio, es un rapto de su amor, un sentimiento sublime de su corazon afligido á vista de la triste condicion á que nos han reducido nuestras culpas, mas bien que del terror que podian inspirarle sus próximos tormentos (1). Quisiera en su caridad infinita conjurar de su cuerpo místico que es la Iglesia, todos los males á que los hombres debian verse espuestos por su ingratitud y estrema malicia; quisiera poder evitar los futuros crímenes con que habian de mancharse unas almas redimidas con su sangre; quisiera en fin que en lo sucesivo no volvieran á renovarse las hondas heridas que habian necesitado de un remedio tan costoso; y al ver que este deseo, esta aspiracion de su alma amante quedaria sin efecto por la ingratitud humana, y que los mortales continuarian rebelándose contra su ley, y corriendo ciegos al principio de la culpa, su angustia llega á un punto indefinible, y se mira obligado á exclamar con el profeta: *¿Quæ utilitas in sanguine meo* (2)? Padre mio, ¿es posible que mi sangre ha de ser inútil para contener el desbordamiento del vicio? ¿Es posible que aun despues de mi sacrificio han de ofenderte y ultrajarte? ¿Y habrán de perecer victimas del infierno los que yo deseo salvar con mis oprobios y tormentos? ¿Y mi muerte no ha de servir sino para hacerlos mas culpables, para redoblar mas su castigo, y convertir en tesoros de cólera las riquezas de mi amor y misericordia? *¿Quæ utilitas in sanguine meo?* No, Dios mio: hedme aquí triste y angustiado: mira á tu hijo cu-

(1) S. Ambros. L. X. in Luc.

(2) Psalm. XXIX. 10.

bierto de un sudor sangriento, y colocándose entre el infierno y el mundo para apagar con sus lágrimas las llamas de aquel abismo, y para impedir con sus súplicas que este vaya á precipitarse en él. Escuchad la voz de vuestro unigénito, moveos con su llanto, y si es posible pase de mí ese cáliz: *Si possibile est, transeat a me calix iste*. De este modo se affige y ora por el hombre el descendiente de aquel David que en aquellos mismos sitios hizo resonar sus tristes lamentos por la pérdida de su ingrato hijo Absalon. El torrente Cedron que muchos siglos antes repitiera el eco de los gemidos de aquel padre desventurado por la desgracia de un hijo á quien toda su solicitud y prevision no bastó á salvar de la muerte temporal, recogió asimismo los sollozos del Hombre-Dios que cual padre amantísimo se condeue y lamenta por la obstinacion de unos hijos á quienes no podrian libertar de la eterna muerte toda su sangre y todo su amor.

Deduzcamos pues de todo esto cuán horrible mal era á los ojos de Dios el pecado, cuando tanta repugnancia y tan invencible repulsion esperimentó Jesucristo hácia aquel cáliz que le presentaba toda su enormidad. Deduzcamos cuán inmensa es la malicia que envuelve la ofensa de Dios, puesto que de ella resultó en cierto modo para Jesucristo la imposibilidad de verse libre de los tormentos y castigos de que se hiciera merecedora la humanidad culpable. Y tanto que si al fin el Salvador se sometió á beber aquel cáliz amargo, fué porque no habia otro medio de rescatar al mundo sino tolerando todas las ignominias y dolores de la pasion; pues de lo contrario, jamás hubiera renunciado los inalienables derechos á la inmortalidad que le eran debidos como Hijo de Dios, impecable, santo, é incapaz de la menor mancha, ni se hubiera decidido á hacer cesion de una vida tan pura y divina, y como tal tan preciosa y amada, sino por obedecer la voluntad de su Padre y por satisfacer su ardiente caridad hácia los hombres. Y ved ahí el verdadero significado de aquellas palabras: «No se haga mi voluntad sino la vuestra:» *Non sicut ego volo, sed sicut tu* (1).

(1) Matth. XXVI. 39.

Ahora bien, M. A. O., ¿habeis visto ya descubierta la profundidad de nuestras llagas? Pues ved ahora el bálsamo eficaz que debemos usar para cicatrizarlas. Y ya que hemos aprendido en la repugnancia de Jesucristo lo repugnante y nauseabundo del pecado, ¿qué cosa mas justa que deducir de aquí la necesidad de orar, como oró el Salvador en el huerto, para conseguir la verdadera contrición de nuestras culpas, la conversion de nuestra alma, y la perseverancia en el bien obrar? Tal es la segunda leccion que Jesucristo nos da en la persona de sus apóstoles cuando les dice: «Velad y orad para no caer en la tentacion:» *Vigilate et orate ut non intretis in tentationem* (1). Si, católicos, la vigilancia sobre nosotros mismos, y la oracion humilde y continua, son los dos grandes y poderosos medios que debemos poner en juego para evitar las sorpresas del enemigo y hacernos superiores á sus envenenadas asechanzas, para evitar el mal y practicar el bien, para huir del vicio y ejercitar la virtud, para triunfar del infierno y no sucumbir en la lucha terrible de las pasiones. *Vigilate et orate*. Velad y orad los que hasta ahora os habeis dejado arrastrar por las sugerencias de Satanás y caido en el precipicio del pecado; velad y orad los que por debilidad ó falta de fervor os habeis dejado seducir por el aliciente de criminales y torpes apetitos; velad y orad los que por no haber huido de las ocasiones peligrosas habeis sido víctimas de vuestra presuncion; velad y orad en fin cuantos en este inmenso océano sembrado de escollos vagais á la ventura de los desencadenados vientos que por do quiera os empujan al abismo de la iniquidad. Ese será el soberano recurso que os sacará ilesos de todos los riesgos, que os prestará fuerza bastante para salir victoriosos de vuestros enemigos, que os sostendrá firmes en el camino de la salvacion en medio de los continuos vaivenes de un mundo inconstante é infiel. En la oracion hallareis el valor suficiente para aceptar las adversidades y tolerar los males de la vida presente. Con la oracion hareis frente al dolor, rechazareis la desgracia, soportareis la humillacion, os resignareis á sufrir cuanto el cielo os envíe en merecido castigo de vuestras faltas

(1) Marc. XIV. 38.

ó en prueba de vuestra fidelidad. Y finalmente, á imitacion de nuestro Salvador adorable, os llenareis de ese heroismo divino que tanto elevó sus sentimientos en el huerto de Gethsemani; como él alargareis la mano al amargo cáliz de la tribulacion, y apurándole gota á gota en expiacion de vuestros pecados, lograreis haceros dignos de participar de los méritos de su pasion dolorosísima, y de gozar un dia de las eternas delicias de su reino. Así sea.

SERMON

SOBRE EL PRENDIMIENTO DE JESUCRISTO.

LA PRISION VOLUNTARIA Á QUE SE SOMETE JESUCRISTO, ES UNA CONDENA-
CION ELOCUENTE DE ESE ESPÍRITU DE QUIMÉRICA INDEPENDENCIA QUE NOS
ARRASTRA FRECUENTEMENTE Á QUEBRANTAR LOS DIVINOS PRECEPTOS,
Y UNA SUBLIME LECCION QUE NOS ENSEÑA Á SOMETERNOS Á LA
SUPREMA VOLUNTAD DEL CIELO AUN EN LOS MAS REPUGNANTES
Y COSTOSÓS SACRIFICIOS.

Ministri judæorum comprehenderunt Jesum, et ligaverunt eum.

Los ministros de los judios prendieron á Jesus, y le ataron.

JOANN. XVIII. 12.

Todo es admirable en la historia de la pasion de Jesucristo; en todos y cada uno de los pasajes de ese sangriento episodio se vé gravado con caractéres indelebles el amor inmenso de ese Dios-Hombre hácia la humanidad: donde quiera no hallamos sino pruebas auténticas de una bondad sin ejemplo, de una misericordia sin limites. Y tanto mas resaltan estos caractéres, cuanto mayores y mas dolorosos son los sacrificios á que se somete por nuestra salvacion.

Poco há contemplábamos á ese Redentor adorable luchando en el huerto de Gethsemaní con las pasiones mas violentas, victima de su propio corazon, abatido y anonadado y cercado de mortales angustias al aceptar el repugnante cáliz que el cielo le presentaba. Veiamosle cubierto de un sudor sanguíneo que corria por todos sus miembros hasta empapar la tierra, y devorando amarguras tales, que hubieran bastado á acabar con su vida á no haberle sostenido su di-

vinidad santísima. ¡Y todo ello no era mas que el preludio de sus largos padecimientos, los primeros amagos del gran combate que debia terminar en el Calvario!

Hoy M. A. O. somos llamados á presenciar un espectáculo no menos lastimoso, si bien la escena ha cambiado completamente. En vez de un Hombre-Dios afligido, turbado y lleno de tristeza á vista del hórrido semblante de la muerte, se nos presenta un Salvador generoso y magnánimo que corre á buscarla voluntariamente entregándose á sus enemigos que le acechan. ¡Pero cuán dolorosas son las circunstancias de este grande acontecimiento! En él figuran por una parte unos ministros crueles que no consultando mas que á su ódio sistemático, y atentos á adular servilmente á un poder tiránico y desatentado preparáanse á apoderarse por la fuerza de aquel Jesus de quien no recibieran sino continuos beneficios, y á quien mil veces habian visto curar los enfermos, dar vista á los ciegos, alimentar las hambrientas turbas, evocar del sepulcro las víctimas de la muerte, y hacer donde quiera todo el bien posible por un impulso espontáneo de su corazon benéfico. Por otra parte, aparecen unos discípulos tímidos y escivamente cobardes, que si bien en los primeros momentos de la lucha oponen una resistencia imprudente en defensa de su maestro, no obstante tan luego como le ven en poder de sus verdugos, huyen en desorden, se desbandan en distintas direcciones, se ocultan medrosos, y no vuelven á presentarse hasta despues que hubo resucitado. Mas allá descuella la gran figura de un apóstol traidor y apóstata que cediendo á la ambicion y cegado por la codicia, se hace el cómplice y el ejecutor de la mas horrible conjuracion tramada en las tinieblas contra la persona de Jesus de Nazareth á quien tanto debia, que pruebas tantas le diera de su especial predileccion como que en él depositára toda su confianza.

Hed ahí, católicos, los actores de esa escena que hoy se verifica en el mismo jardin de las olivas. Venid á contemplar al divino Sanson aprisionado por los nuevos filisteos, víctima de su excesiva compasion hácia la ingrata sinagoga, como aquel otro célebre Nazareno lo fuera un dia por efecto de su amor excesivo para con una esposa infiel. Venid á ver á Jesucristo encadenado con los

lazos de su caridad mas bien que con las fuertes ligaduras que contra él preparó un pueblo rencoroso y vengativo. Venid en fin á considerar en el misterio de la prision del Salvador de la humanidad «el misterio de su bondad infinita, y un ejemplo vivo y eficaz de heroica resignacion, con el que condena elocuentemente esa quimérica independenciam que nos ciega arrastrándonos á quebrantar los divinos preceptos, al par que nos enseña á someternos á la supremã voluntad del cielo aun en los mas repugnantes y costosos sacrificios.» Tal será la materia del presente discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

He dicho, M. A. O., que la prision de nuestro divino Salvador encierra un misterio de bondad infinita; y á la verdad que no es posible concebir un rasgo mas sublime de abnegacion que el que nos ofrece en esta escena dolorosa. Sabia Jesucristo que no lejos del sitio en que se hallaba dirigiendo al cielo ardientes votos en favor de la humanidad desgraciada, esperábanle emboscados los agentes de la deicida Sinagoga. No ignoraba que al frente de aquella turba amotinada y soez venia capitaneándola el pérfido Judas que habia convenido con los judíos en el precio de su traicion y dádoles la consigna para prenderle. Ninguna circunstancia de la alevosa conjuracion urdida contra su adorable persona se ocultaba á su conocimiento. Y sin embargo, aquel Jesus que pocos momentos antes parecia agobiado bajo el insoportable peso de la mas cruel angustia, aquel que á la simple idea de la muerte caia en tierra desfallecido y casi exánime, vedle que de repente se levanta animoso, se acerca á sus discípulos vencidos por el sueño y la fatiga, y en vez de reconvenirles por su debilidad como antes lo hiciera, les dice con la mas dulce calma: «Bien podeis ya dormir y descansar: la hora se acerca, y el Hijo del hombre no tardará en ser entregado en manos de los pe-

cadores (1).» ¡Oh palabras de misericordia y de consuelo! esclama á este propósito el sábio Orígenes, palabras de misericordia y de amor! ¡Qué misterios tan profundos encierran! Es como si hubiese dicho: «Ya por fin ha triunfado mi corazón de todas esas repugnancias que tan odioso le hacían el cáliz del dolor; ya está aceptado ese sacrificio cruento que debe regenerar un mundo esclavo y maldecido; ya mi sangre preciosa y mi vida de infinito valor están á disposición de la humanidad y la pertenecen de derecho, puesto que espontánea y libremente he ofrecido ambas en expiación de los crímenes de la raza culpable; ya en fin ha quedado asegurado el perdón y garantizada la protección de todos los hombres que en mí crean; nada falta sino consumir la oblación que he hecho al Eterno Padre, y se consumará infaliblemente; reposad pues en esta dulce confianza, dormid tranquilos y sin temor en este convencimiento, como duerme el tierno parvulito en el regazo de una madre tierna y amorosa que vela su inocente sueño. *Dormite jam et requiescite.*

Así hablaba Jesús en el huerto, M. A. O., breves momentos antes de realizarse el mas horrendo atentado que jamás se viera. De este modo se espresaba en la hora mas crítica y solemne; cuando á distancia muy corta el discípulo infiel ocupábase solícito en reunir sicarios, en adoptar precauciones de seguridad para que la víctima de su traición no pudiese burlar sus proyectos, en organizar con habilidad diabólica el espionaje; cuando en suma preparado ya todo al efecto se dirigía hácia el Salvador con la perfidia en el corazón y el cinismo en el semblante al frente de la turba sacrilega encargada de prenderle... Jesús le ve, y despertando á sus apóstoles sumergidos en un profundo sueño, les dice: «Levantaos, y vamos: pues ya está aquí el que me ha de entregar (2).» Y esto, católicos, ¿no prueba á la vez que una voluntad libre que de suyo se ofrece al sacrificio mas sensible y doloroso, una bondad infinita, un amor desmedido, una caridad ardientísima hácia los hombres? ¿Quién se hu-

(1) Dormite jam et requiescite: ecce appropinquavit hora, et Filius hominis tradetur in manus peccatorum. (Matth. XXVI. 45.)

(2) Surgite, eamus: ecce appropinquavit qui me tradet. (Matth. XXVI. 46.)

biera atrevido á resistirle si él no hubiese querido ser aprisionado? ¿Quién osára acercarse á él para prenderle, si no hubiese permitido que tocasen á su persona? ¿Necesitaba defensa estraña el que con un simple acto de su voluntad reduce á menudo polvo los orbes? ¿Habria menester resistencia alguna quien tiene continuamente á sus órdenes numerosas cohortes de ángeles armados del fuego celestial? Pero Jesus habia aceptado todos los tormentos, todas las amarguras y los ultrajes todos de su pasion por salvar á la humanidad; Jesus se habia sometido á la venganza de un pueblo que debia ser el ciego instrumento de los designios de lo alto; y por lo tanto, si bien para enseñaanza de las futuras generaciones, y para prevenir las objeciones de la incredulidad en los siglos venideros, manifiesta con grandes rasgos su poder y su independecia como Dios confundiendo á sus enemigos, no obstante como Redentor misericordioso y amante no esquivaba ninguna de las humillaciones que su amor le ha obligado á aceptar por las criaturas á quienes venia á rescatar. Ese amor es el que le hace tan generoso é intrépido para correr en busca de los conjurados; ese amor es el que le dá una calma imperturbable para sufrir el insultante cinismo del discípulo aleve; ese amor es el que le fuerza á recibir de él un beso envenenado que envuelve un abismo sin fondo de perfidia; ese amor en fin es el único que puede hacerle entregar sus manos á las cadenas pudiendo con una sola mirada dejar yertos cadáveres á sus perseguidores. ; Amor escesivo, caridad sin ejemplo, esclama el Justiniano, cuyos fuertes vínculos bastaron por sí solos á aprisionar á todo un Dios! ; Hay cosa mas bella, dice San Gerónimo, que el ver ofrecerse espontáneamente á sus verdugos cuando se trata de ir á una muerte segura por amor del hombre, á aquel que en otro tiempo huia y se ocultaba mañosamente cuando los pueblos en un esceso de entusiasmo querian proclamarle rey? Admiraos, católicos oyentes. Jesucristo, que entonces se sustraia á las sollicitas pesquisas de sus fieles amigos, ahora se descubre á las miradas vengativas de unas hordas enemigas; entonces por no subir á un trono terrenal corria á esconderse en los desiertos y burlaba la vigilancia de sus admiradores: ahora sabedor de que un pueblo rencoroso le prepara por sólio

un leño ignominioso, él mismo sale al encuentro de los que le buscan para clavarle en él.

Vedle ya en presencia de Judas que se adelanta hácia el divino Maestro seguido de una cohorte asquerosa de hombres armados con palos, espadas y lanzas, y llevando á prevencion fuertes cordeles cual si se tratase de prender á un vil asesino ó á un reo de estado. En pos camina silenciosa una multitud de príncipes de los sacerdotes, de doctores de la ley, de senadores y magistrados, que á trueque de disfrutar el bárbaro placer de ver capturar al Nazareno no se avergüenzan de mezclarse á aquella vil soldadesca que mas bien pudiera denominarse una cuadrilla de malhechores. El discípulo traidor, digno caudillo de tan infame tropa, llégase á Jesus, y abrazándole é imprimiendo en su frente adorable un falso ósculo de paz, le saluda hipócrita con estas palabras: « Dios te salve, Maestro (1). » ¡Horrendo sacrilegio! ¡Traicion inaudita! esclaman á la vez aquí los padres de la Iglesia. El alma se estremece, el corazon se aflige, llénase uno de santa indignacion al recordar tamaña alevosia. « ¡Cómo! dice San Agustin, ¿ es posible que así abuses del signo de la paz para profanar el sacramento mismo de la paz? ¿ De ese modo te sirves de una prenda de amor para abrir una sangrienta herida en el pecho amante de Jesus (2)? » « Aparta, grita San Ambrosio, aparta esos lábios sacrílegos de ese semblante purísimo en que apenas osó María imprimir sus besos maternos. No derrames el veneno de la infidelidad en esa boca divina de donde rebosa la gracia, la verdad y la misericordia (3). » Mas no, M. A. O., la bondad del Salvador no reconoce límites, su amor va mas allá de todo cuanto puede imaginarse. Él no reusa recibir el beso deicida; si le causa hondo aborrecimiento y horror el crimen de su discípulo, su desgracia le inspira

(1) Et confestim accedens ad Jesum, dixit: Ave, Rabbi. Et osculatus est eum. (Matth. XXVI. 49.)

(2) O signum sacrilegum, ubi per pacis signum, pacis rumpitur sacramentum! O Juda, pro pignore amoris, vulnus infligis. (S. Aug. Serm. XV. de Temp.)

(3) Venenum infundis osculo: quo gratia charitatis infunditur, quod pacis insigne est, quo fides sancta signatur. (S. Ambr. in Pass. 39.)

la mas tierna compasion. Quisiera á todo trance abrir á la luz aquellos ojos ciegos por la codicia, ablandar aquel pecho empedernido por la ambicion, triunfar de aquella alma vendida á un torpe lucro; quisiera que el mérito de su sangre alcanzase tambien á aquel desdichado, victima ya del poder infernal; y á la manera que una madre tierna al ver al hijo de sus entrañas vacilando al borde de un abismo, corre y se precipita para detenerle, así Jesus al contemplar á Judas próximo á consumir su horrible crimen, despliega todos los resortes de su infinita caridad por ver si puede evitar tamaña maldad; y empleando con él la dulzura de un padre, y las mas insinuantes caricias de la amistad, le dice: «Amigo, ¿á qué has venido (1)?» Y no porque él ignorase ni pudiese ignorar el designio que le trajera á su presencia, escribe San Bernardo; no porque no supiese la mision sacrilega que habia aceptado y se preparaba á desempeñar; sino porque deseoso de convertirle y salvarle, si todavía era posible, no queria omitir ningun medio por costoso y repugnante que fuese para conseguirlo (2). A este fin, con una amargura en que rebotaba la mas tierna piedad le dice: «¿Es posible, oh Judas, que de este modo me entregues con un ósculo á mis encarnizados enemigos (3)?»

Mas ya es tarde: el discípulo traidor ha tocado el período fatal del pecador: á la ceguedad del entendimiento ha sucedido el endurecimiento del corazon, la obstinacion se ha apoderado de su alma, y ya no escucha la voz interior del que le busca y llama. Ni la caridad de Jesus le afecta, ni su bondad le conmueve, ni el recuerdo de sus beneficios le enternece, á todo ha ensordecido y nada es capaz de detenerle en la fatal carrera á que se ha lanzado. Preciso es que se consume el detestable plan que ha concebido, fuerza es que se lleve á cabo el tenebroso designio de que se ha hecho instrumento... Ya la turba amotinada se prepara á apoderarse de su victima, ya los ministros de los judíos se acercan al Salvador para prenderle... Pero no se verificará este atentado sin que antes el Dios-

(1) Amice, ¿ad quid venisti? (Matth. XXVI. 50.)

(2) Et hoc benignitatis suæ fuit, ut omnia illa exhiberet, quæ pravi cordis pertinaciam emollire possent. (S. Bern. Serm. de Pass.)

(3) Juda, ¿osculo Filium hominis tradis? (Luc. XXII. 48.)

Hombre haga brillar una nueva prueba de su poder y magestad divina, de su independencia y suprema soberanía. «¿A quién buscáis? les pregunta (1).» — «A Jesus Nazareno, contestan ellos (2).» — «Pues yo soy (3), repone aquel...» Y á esta espresion tan modesta y sencilla, cual roble herido por el rayo, así caen por tierra desparavidos todos aquellos infames satélites del furor judáico, y quedan yertos á sus piés sin movimiento ni acción (4). ¡Oh prodigio de omnipotencia! esclamaré con San Agustin. Una sola palabra ha sido suficiente para derribar una numerosa falange de soldados armados, una sola palabra ha bastado para reducir á la nulidad tanto aparato de fuerza desplegado contra un hombre inerme é indefenso: una sola palabra ha hecho impotente toda la arrogancia y altivez de la Sinagoga. Hedla en el suelo muda y silenciosa proclamando con su derrota el triunfo del vencedor del mundo. ¡Así caerán unos tras otros todos los enemigos de Jesucristo que osen levantar sus pendones para hacerle una guerra impia! Así serán humillados todos los imperios que se atrevan á disputarle su divinidad! ¡Así desaparecerán de la haz de la tierra todos los errores que intenten manchar sus dogmas ó desacreditar su doctrina! Así en una palabra se hundirán para no levantarse mas, cuantos en su nécio delirio ó en su jactancioso orgullo pretendan anonadar la religion augusta del Salvador, y los pecadores que en su ceguedad escarnecen ó insultan su cruz, cuando aquel saliendo al encuentro de sus malévolos perseguidores les diga como á los judíos: «Yo soy Jesus de Nazareth.» *Ego sum*. Yo soy vuestro Dios y vuestro juez, yo vuestro rey y vuestro soberano; yo el vengador de vuestros insultos y profanaciones, de vuestra audacia y de vuestra soberbia; yo el que huello con mi poderosa planta al arrogante que pisa mi sangre y desprecia mi muerte: *Ego sum*.

Mas ya era llegado el caso de que se realizasen los vaticinios que anunciaban la prision del hijo de Dios, y por lo tanto satisfecha así

(1) Dixit eis: ¿Quem queritis? (Joan. XVIII. 4.)

(2) Responderunt ei: Jesum Nazarenum. (Ib. 5.)

(3) Dicit eis Jesus: Ego sum. (Ibid.)

(4) Ut ergo dixit eis: Ego sum: abierunt retrorsum, et ceciderunt in terram. (Ib. 6.)

su omnipotencia, cede el lugar á su amor, y víctima de este se entrega en manos de sus aterrados verdugos. «Levantaos, les dice: hé aquí vuestra hora y el poder de las tinieblas.» Que fué decirles: Hasta aquí nada habeis podido hacer contra mí porque he querido manifestaros que soy un Dios á quien nada resiste en el mundo; pero la salvacion de ese mismo mundo me obliga á rendirme prisionero voluntario para que deje de ser esclavo y quede libre del anatema que sobre él pesa. Hedme aquí, licencia teneis para ejecutar ahora en el hijo del hombre todo cuanto el infierno os ha inspirado. No es empero la fuerza de vuestras armas la que me constituye á vuestras órdenes, es sí mi caridad infinita la que me aprisiona con unos lazos que no puedo romper. Obrad pues como os plazca, vuestro soy.» *Hæc est hora vestra, et potestas tenebrarum* (1).

Entonces fué cuando aquella turba indecente arrojándose á guisa de lobos sobre el inocente corderillo, que lejos de oponer resistencia alguna reconviene agriamente la imprudencia de un discípulo que se atreve á hacer uso de las armas en su defensa, le amarran con gruesos cordeles, y entre denuestos é insultos los mas atroces, á manera de criminal de lesa magestad lo llevan en triunfo por las calles de Jerusalem, con horrible algazara, con confuso griterio para presentarlo á los tribunales. De este modo tuvieron cumplimiento las profecías relativas al Mesías Reparador. Isaías habia vaticinado que semejante á la tímida oveja, se entregaria á sus sacrificadores, y se dejaria conducir al altar del sacrificio sin lanzar siquiera el menor balido (2). El mismo habia dicho que estenderia sus manos hácia un pueblo rebelde é incrédulo, para ser tratado á su antojo (3). David profetizára que se veria arrastrado como un gusano vil de la tierra, y espuesto al ludibrio de los hombres y al desprecio de la plebe (4). Tambien habia anunciado que uno de sus mayores amigos, de los comensales de su mayor confianza, abusaria de ella para urdir contra su persona un infame complot, y consumir la mas negra trai-

(1) Luc. XXVII. 53.

(2) Isaïæ LIII. 7.

(3) Ib. LXV. 2.

(4) Psalm. XXI. 7.

(1) Psalm. XXVII. 13.

cion (1). Todo en fin estaba previsto como se verificó en la plenitud del tiempo. Y aquellas manos Omnipotentes que criaron los cielos y la tierra, la aurora y el sol, el día y la noche, aquellas manos que dieron solidez á las aguas del mar Rojo y quebrantaron la cabeza del dragon para entregarle en poder de los pueblos de Etiopia, aquellas manos que hacian brotar fuentes de agua viva del duro peñasco á la par que secaban los rios mas caudalosos, aquellas manos que con un solo dedo sostienen los orbes y tienen en equilibrio el firmamento; aquellas manos en fin que obraban tantos prodigios de caridad en el enfermo deshauciado, en el moribundo próximo al sepulcro, en el cadáver hediondo, sometieron por amor del hombre á la esclavitud mas ignominiosa y recibieron la marca de la mas repugnante servidumbre. Amor, amor, ¡cuán fuertes son tus lazos, cuán poderosas tus ligaduras, cuán irresistible tu accion para reducir á semejante extremo al Dios de las eternidades, al rey de los siglos, al soberano, al independiente, al ser por escelencia!

Así empero convenia que sucediese. El mundo gemia en la mas innoble servidumbre, y solo el amor de un Hombre-Dios podia quebrantar sus hierros; el hombre estaba aprisionado al carro vencedor del infierno, y solo un Salvador divino era capaz de romper sus prisiones; la raza de Adan estaba uncida al infame yugo de Luzbel, y solo un Reparador inefable era bastante á dar la libertad. Preciso fué pues que el divino Sanson se dejase maniatar por unos nuevos filisteos para que el mundo pudiese sacudir la pesada coyunda que le agoviaba; menester fué que el libre por esencia se hiciese prisionero voluntario, para que el hombre destinado á arrastrar perpetuamente la cadena de su desgracia consiguiese su manumision; hizo indispensable que el Verbo humanado aceptase las humillaciones del siervo y apurase las ignominias propias del pecador, para que la humanidad envilecida y degradada tornase á entrar en el goce de sus derechos. Y en efecto, hed ahí el gran misterio de bondad, de misericordia y de amor que encierra la prision de Jesucristo. En medio de su voluntaria esclavitud manifiéstase nuestro rey, el rey

(1) Psalm. XXXVII. 42.

de todos los siglos que ha operado la salvacion del universo en la tierra, como cantó un dia el profeta (1). Sus cadenas nos hacen libres, su servidumbre despedaza el yugo que pesaba sobre nuestras cabezas, su envilecimiento nos honra, su humillacion nos ensalza, sus ignominias curan nuestra soberbia, y su sumision á los decretos del cielo nos enseña á inmolar ante las aras de la fé esa soñada independenciam que frecuentemente nos arrastra á sobreponernos á divinas leyes, y á aceptar á ejemplo suyo con cristiana resignacion los mas repugnantes y costosos sacrificios.

¿ Reusaríamos A. O. M., someternos á este amargo deber habiendo marchado Jesucristo delante de nosotros por ese camino doloroso y sangriento? ¿ Repugnaríamos la humillacion habiéndose abatingido tan profundamente por nuestro amor? ¿ Querriamos acaso ser mas que nuestro divino maestro? ¿ Mengua y baldon de nuestra cobardia! ¿ Vergüenza eterna de nuestro orgullo! No, católicos, no somos de mejor condicion que el que por nosotros se sometió voluntariamente á pruebas tan terribles. ¡ Y ay de aquel que se ruborizáre de imitar á Jesucristo! Si pues él sufrió tanta ignominia y toleró tan amargos desprecios, y no se opuso á ser tratado como un reo siendo inocente, como un hombre turbulento siendo el Dios de la paz, como un perturbador del órden siendo el modelo de todas las virtudes, aprendamos á nuestra vez á ser como él mansos y humildes, pacientes y resignados en todas las circunstancias de la vida. ¡ Ah! Jesus se dignó recibir el beso sacrilego de un discípulo traidor; y le dió el titulo de amigo, y le abrazó con una ternura paternal á pesar de saber que era el principal agente de su muerte, ¿ y nosotros pensaríamos en tomar venganza de los que nos persiguen ó insultan? Harto hemos insultado y perseguido á nuestro divino Salvador con nuestros delitos y desórdenes de toda especie; harto hemos redoblado las cadenas con que fué aprisionado en el huerto de Gethsemani con nuestras profanaciones y escándalos: harto hemos renovado la escena de la traicion de Judas con nuestros sacrilegios é infidencias. Justo es pues que reparemos tantos males con nuestra

(1) Psalm. LXXIII. 42.

vida ulterior en un todo conforme á la de ese divino ejemplar, vida de sacrificio y de inmolacion heróica, vida de abnegacion y de martirio, vida de tolerancia y dulce resignacion, vida de amor y de caridad constante. Esta vida nos hará dignos de una misericordia de que no supo aprovecharse el discípulo apóstata, y con ella lograremos en el tiempo el perdon de nuestro mal obrar, y en la eternidad el premio del arrepentimiento, que es la gloria.

independencia que
divinas leyes, y á aceptar á ejemplo suyo con cristianas resignacion
los mas repugnantes y costosos sacrificios.

Requeriríamos A. O. M., someternos á este amargo deber ha-

biendo marchado testarudo delante de nosotros por ese camino dolor-

roso y sangriento? ¿Requeriríamos la humillacion habiéndonos aba-

tido tan profundamente por nuestro amor? ¿Queriríamos acaso ser

mas que nuestro divino maestro? ¿Muegas y baldon de nuestra co-

ndad! ¿Venganzas eternas de nuestro orgullo! No, calientes, no

somos de mejor condicion que el que por nosotros se sometio volunt-

ariamente á pruebas tan terribles. ¿Y ay de aquel que se ruboriz-

ara de imitar á Jesucristo! Si pues el culto tanta ignominia y tolero-

tan amargos desprecios, y no se opuso á ser tratado como un reo

siendo inocente, como un hombre turbulento siendo el Dios de la

paz, como un perturbador del orden siendo el modelo de todas las

virtudes, aprendamos á nuestra vez á ser como él manso y humil-

des, pacientes y resignados en todas las circunstancias de la vida.

¿Ah! ¿se nos sea digno recibir el peso sacrilego de un discípulo traidor?

Y le dió el título de amigo, y le abrazó con una ternura paternal á

pesar de saber que era el principal agente de su traición, ¿y nos-

otros pensamos en tomar venganzas de los que nos persiguen ó in-

sultar? ¿Harto hemos insultado y perseguido á nuestro divino salva-

valor con nuestros delitos y desórdenes de toda especie: ¿harto he-

mos redoblado las cadenas con que fué aprisionado en el huerto de

Gethsemani con nuestras profanaciones y escandalos: ¿harto hemos

renovado la escena de la traición de Judas con nuestros sacrilegios

e independencias. ¿Así es pues que repetimos tantos males con nuestra

SERMON

SOBRE LA NEGACION DE SAN PEDRO.

JESUCRISTO PERMITIENDO LA NEGACION DE SAN PEDRO, QUISO MANIFESTARNOS CUÁN GRANDE ES NUESTRA DEBILIDAD, CUÁN PROFUNDA NUESTRA MISERIA: Y QUE SI CONFIANDO PRESUNTUOSOS EN NUESTRAS PROPIAS FUERZAS NO NOS APOYAMOS EN EL AUXILIO DE DIOS, IRREMEDIABLEMENTE CAEREMOS EN LOS MAYORES ESTRAVÍOS.

Petrus sedebat foris in atrio: et accessit ad eum una ancilla dicens: Et tu cum Jesu Galilæo eras. At ille negavit eoram omnibus, dicens: Nescio quid dicis.

Petro estaba sentado fuera en el atrio: y acercándose á él una criada, le dijo: Tambien tú estabas con Jesus el Galileo. Pero él lo negó en presencia de todos, diciendo: Yo no sé de qué hablas.

MATTH. XXVI. 69.

ABUNDANTE sobremanera y amargo sin igual era el cáliz que el Salvador del mundo estaba llamado á apurar hasta la última gota. En él destilára el cielo cuanto de mas repugnante, angustioso y afflictivo puede haber para el corazon. Lleno estaba hasta rebosar de agenjo y de hiel. La cólera del Eterno reconcentrada en el espacio de cuarenta siglos habia formado en su fondo unas heces tan nauseabundas, que solo un Dios pudiera tener fuerza suficiente para acercarle á sus labios. Y era preciso consumirle todo hasta embriagarse de aquel funesto licor, segun los vaticinios proféticos: porque solo así era posible curar la loca embriaguez de un mundo sensual que apurando á su vez la copa emponzoñada de la prostituta Babilonia, habia roto el pacto de alianza que hiciera con Dios y héchose su enemigo y su víctima.

¡Y cuán lentamente le fué bebiendo Jesucristo en el curso de su pasion acerbísima! Poco era haber experimentado en el huerto de las Olivas todos los horrores de una agonía sin ejemplo, al presentir sus futuros padecimientos y la negra ingratitud de un mundo que olvidando sus beneficios debía pagarle con ultrajes tanto amor y tanta bondad. Poco era haberse resignado á aceptar las cadenas de la mas humillante servidumbre, tolerar ser conducido á los tribunales por una horda de asesinos, y someterse allí á ser residenciado por jueces apasionados é inieuos, pasando por los trámites de un proceso ilegal. Poco era en fin haberse visto traidoramente vendido por un discípulo aleve á cambio de treinta monedas de plata, y puesto á disposicion de sus verdugos por el que momentos antes habia comido en su misma mesa y recibido las mas positivas pruebas de su cariño. Faltábale aun recorrer la parte mas dolorosa de esta escala. Era preciso tambien que otro apóstol cobarde pusiese el sello á la traicion negándole públicamente, ruborizándose de pertenecer á su escuela, sosteniendo con calor que no le conocia ni le viera jamás, y añadiendo por último la blasfemia al juramento, el perjurio á la deslealtad... ¡Qué horror!

Pues tal fué Pedro, el príncipe y gefe del apostolado, la piedra angular sobre la cual habia prometido el Salvador asentar los cimientos de su Iglesia en premio de haber confesado un dia su divinidad, el destinado á confirmar la fé vacilante de sus hermanos, el que habia recibido la alta mision de atar y desatar, de abrir y cerrar las puertas del cielo... ¡Él es quien en el pretorio de uno de los Pontífices judíos se atreve á cometer tan gravísimo y horrendo crimen, mientras aquel á quien negaba proclamaba altamente á la faz de la sinagoga corrompida y en presencia de un poder usurpador la divinidad de su origen celestial! ¡Doloroso contraste! ¡Antítesis singular! Pero no anticipemos unas reflexiones que deben formar la parte esencial de mi discurso. Investiguemos las causas que ocasionaron esta desgraciada caída de Pedro; y conviniendo en que por un lado la presuncion y demasiada confianza de sí mismo le hicieron creerse mas fuerte de lo que en realidad era, y por otra que hubo una gran temeridad en esponerse voluntariamente al peligro, sobre todo habiénd-

dole anunciado su divino Maestro que le negaría, nos persuadiremos de que el Señor permitió para humillarle que tan lastimosamente se precipitara en aquel abismo, á fin, dice San Juan Crisóstomo (1), de que tocase con su mano su propia flaqueza. Leccion durísima pero soberanamente útil para los siglos venideros: puesto que con ella nos enseñó Jesucristo «cuán grande es nuestra fragilidad, cuán profunda nuestra miseria, y que si confiando presuntuosamente en nuestras fuerzas no nos apoyamos en el auxilio divino, irremediamente caeremos en los mas lamentables estravíos, y rodaremos hasta el hondo abismo de la iniquidad.» Tal es el importante asunto que me propongo desenvolver en este rato, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

No hay cosa que mas poderosamente influya en la ruina espiritual del hombre que la presuncion insensata con que desconociendo su debilidad é impotencia para sostenerse en el camino de la virtud sin el apoyo del cielo, se arroja temerario en los peligros de ofender á Dios. Esa presuncion, esa temeridad que el Señor castiga frecuentemente con la humillacion mas profunda, han derribado á veces de la mayor altura á muchos que cual erguidos cedros descollaban en el seno del cristianismo, verificándose en ellos las terribles amenazas consignadas en los divinos libros, en los cuales se halla escrito en varios pasages que tras de la vanagloria está la confusion, que al orgullo sigue en pos la ignominia, y que quien en su loca arrogancia confia demasiado de sí mismo, allí donde pensaba hallar honor y prez no recogerá sino envilecimiento y baldon.

¡Qué ejemplo tan triste al par que terrible de esta verdad nos ofrece la caida del apóstol San Pedro! Nadie como él llegará á una

(1) Desertum direliquit, ut suam ipse intelligat imbecillitatem. (S. Joan. Chrys. Hom. 81 in Joan.)

elevacion tan sorprendente en todos conceptos. Su fé ardiente le habia valido el título de gefe de la Iglesia y árbitro, digámoslo así, de los humanos destinos, puesto que le habia sido conferido un poder que hasta entonces fuera propio y esclusivo de la divinidad, el poder de perdonar los pecados y desatar las cadenas de la servidumbre moral. Su amor sin semejante habiale constituido pastor universal del rebaño de Jesucristo y puesto en sus manos aquel cetro que debia regir en lo sucesivo todos los imperios sometidos al Evangelio. Su virtud en fin le habia hecho el confidente íntimo, el amigo inseparable del Hombre-Dios, el conducto por donde se comunicaban á los demás apóstoles las órdenes de su Maestro, el depositario de sus mas importantes secretos, y el brazo digámoslo así de que este se servia para la ejecucion de sus mandatos. ¡Tanto habia merecido Pedro por su constante y fervoroso celo en el servicio del Señor! Pero ¡oh miseria profunda del hombre! ¡Cuán leve soplo basta para echar por tierra esa débil caña! Pocos momentos hacia que reiterando las mas firmes protestas de fidelidad habia manifestado al Salvador que aun cuando todos los demás tuviesen la debilidad de escandalizarse de su doctrina, jamás él incurriria en tan punible flaqueza (1). Todavía estaban frescas y recientes aquellas palabras con que respondiera á su Maestro cuando éste le advertia los peligros que le rodeaban: «Pronto estoy, Señor, á ir contigo á la cárcel y á la misma muerte (2).» Y en efecto, M. A. O., pruebas dió de su decision y arrojo cuando en medio del desaliento y del pánico que se apoderó en el huerto de los demás discípulos, y en vez de que todos ellos huyeron desvandados y abandonaron á Jesus en la hora del peligro, solo él le siguió á los tribunales arrastrado por un amor mas ferviente, que le hizo superior al miédo que naturalmente debia inspirarle el ódio de los judíos (3). Mas ¡ay! dice San Agustin, que Pedro va herido ya mortalmente en su fé y en su amor. El viento de

(1) Et si omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor. (Matth. XXVI. 33.)

(2) Tecum paratus sum et in carcerem et in mortem ire. (Luc. XXII. 33.)

(3) S. Ambros. L. X. in Luc.

la presunción ha deshojado aquella flor poco antes tan lozana y robusta; el soplo del orgullo ha resfriado su caridad... Por eso sigue á Jesús á lo lejos, como notan los Evangelistas, porque está ya próximo á caer en la infidelidad (1). Por eso adopta ciertas precauciones que seguramente no se hubiera cuidado de tomar si su corazón no se hubiese trocado súbitamente de animoso en cobarde, de heróico en irresoluto, de fervoroso en frío; y tanto que, como observa el Crisóstomo, al llegar al átrio del Pontífice tiene necesidad de acercarse al siniestro hogar que allí arde para recibir un calor prestado que falta á su espíritu (2).

Y de hecho, católicos, no es el amor, no es la fé, no es el deseo de compartir con Jesucristo las ignominias y tormentos de su pasión, como poco antes blasonaba, lo que conduce á Pedro al átrio de la casa de Caifás. Es una simple curiosidad humana que ha reemplazado en su alma al sentimiento de la fé divina, dice San Hilario (3). Es un mero deseo de presenciar el desenlace del terrible drama que se prepara en aquel tribunal impío... Presagio triste de una caída ruidosa, precedente funesto de una apostasía criminal, que si bien prevista ya y anunciada por el divino Maestro, no por eso debía serle menos sensible y afectar menos su corazón amante.

El vaticinio no tarda en verificarse: y el que voluntariamente se espusiera al peligro bien presto perece en él. A la pálida luz de aquel fuego en que Pedro se calienta en compañía de los dependientes y soldados del palacio, una mirada escrutadora de una criada le descubre como discípulo del Nazareno, y le dice: «Tú también andabas con Jesús el Galileo (4).» Y Pedro afectando una indiferencia mal disimulada, y una serenidad facticia, grita en presencia de todos: «Mujer, yo no sé de qué hablas (5).» No bien ha pasado una hora cuando otra sirvienta fijando en él la vista, esclama: «¡Oh!

(1) S. August. Serm. III. de Temp. (4)

(2) S. Chrysost. Hom. 82 in Joan. (5)

(3) S. Hilar. Can. 32 in Matth. (6)

(4) Et tu cum Jesu Galilæo eras. (Matth. XXVI. 69.) (7)

(5) Nescio quid dicis. (Ib. 70.)

Hed ahí uno de los compañeros de Jesus de Nazareth (1).» Y por segunda vez protesta que no conoce á tal hombre, y confirma su negacion con un horrible juramento (2). Por último paseándose el apóstol por el átrio, llegase á él uno de los circunstantes, y dicele: «Cierto que tú eres uno de los de la comitiva del reo, pues el acento de tu lenguaje lo manifiesta claramente (3).» Y viendo otro que se obstinaba en negarlo, añade: «¿Pues qué no te he visto yo mismo poco antes con él en el huerto (4)?» A lo que Pedro comenzó á jurar y perjurar diciendo en alta voz: «Ya os he dicho y repito que no conozco siquiera al hombre de quien me hablais (5).»

¡Oh lenguaje sacrilego! ¡Oh culpa horrible! ¡Oh caída monstruosa y que hace estremecer el corazón! ¡El príncipe de la Iglesia abjurando en público de su divino Fundador, la columna del cristianismo negando su fé y su doctrina, el caudillo y pastor de la grey de Jesucristo apostatando cobardemente y avergonzándose de pertenecer á su redil! ¿Cómo, oh Pedro, tan repentino cambio se ha verificado en tu persona? Tú que tan fuerte y animoso te ostentabas antes, tú que con tanta arrogancia insultabas los peligros y rechazabas el escándalo de la cruz (6); tú que te ofrecias generoso á beber con Jesus el cáliz de la pasión; tú que en presencia de todos le confesabas Cristo é hijo de Dios vivo (7): ¿es posible que ahora le desconozcas y niegues con tan incalificable alevosía? Pues qué, ¿tan pronto pudiste olvidar al que pruebas tantas y testimonios tan repetidos de su amor te diera? ¿Quién te sacó de entre las redes y las barcas donde como oscuro pescador pasabas tus dias, para afiliarte á su nueva escuela? ¿Quién te llamaba desde las orillas de los lagos y

(1) Et hic erat cum Jesu Nazareno. (Ib. 74.)

(2) Et iterum negavit cum juramento: Quia non novi hominem. (Ib. 72.)

(3) Vere et tu ex illis es; nam et loquela tua manifestum te facit. (Ib. 73.)

(4) ¿Nonne ego te vidi in horto cum illo? (Joan. XVIII. 26.)

(5) Tunc coepit detestari et jurare quia non novisset hominem. (Matth. XXVI. 74.)

(6) Luc. XXII. 33. (Matth. XXVI. 31.)

(7) Matth. XVI. 16. (Luc. XXII. 32.)

te sostenia sobre la superficie de las aguas para que no perezieses en su fondo? ¿Quién te asociaba en la cumbre de una montaña misteriosa á las glorias de su divina esencia y te mostraba los invisibles resplandores de su divinidad? Y por no ir mas lejos á buscar reminiscencias que te confundan: ¿quién lavaba tus piés en el cenáculo esta misma noche? ¿Quién te hacia participante de su carne y sangre adorabilisimas? ¿Quién te anunciaba que serias zarandeado por el diablo como se zarandea el trigo en las trojes del labrador (1)? ¿Quién te aseguró á despecho de tu arrogante seguridad que le negarias tres veces antes del canto del gallo? Y todo eso lo has olvidado en un momento! Vé en lo que han venido á parar tus protestas de amor y fidelidad. Miserable, flaco, impotente para resistir el mas leve empuje de la tentacion, te has precipitado horriblemente de la mayor altura de la gracia al mas hondo abismo del pecado; te paboneabas en la cumbre del honor, y ahora te arrastras en el polvo de la nada; la fé te habia elevado al apogeo de la gloria, y tu apostasia te ha hecho rodar hasta la sima de la confusion y del desprecio... ¿Y cómo va cayendo, observa San Gerónimo, de precipicio en precipicio! De la mentira pasa al perjurio, del perjurio á la imprecacion, de la imprecacion al anatema, y del anatema á la blasfemia (2). ¡Tan cierto es, segun el oráculo divino, que el hombre llegado al colmo de la maldad ya no se detiene; nada le arredra, y rodando de pecado en pecado á manera de piedra arrastrada por el torrente, no para hasta hundirse en el abismo de la perdicion (3)!

Tal es señores la historia del orgullo humano. Ved en la caida del primer apóstol una triste página de la caida de todos los hombres que por exceso de confianza, ó por sobra de presuncion se esponen al peligro, no siendo sino cañas frágiles que mecidas por el viento, débiles arbustos que al menor soplo inclinan su copa y caen tronchados en tierra. Que Pedro hubiese sucumbido ante el aparato de un tribunal formidable; que le hubiese faltado el valor para sos-

(1) Luc. XXII. 34.

(2) Primo ait: Nescio quid dicis. Secundo cum juramento negat. Tertio cepit detestari. (S. Hyeron. in Matth.)

(3) Abyssus abyssum invocat. (Psalm. XLI. 8.)

tenerse en presencia de horribles torturas ó de amenazas severas, hubiera podido concebirse mejor, si bien jamás podría hallar excusa su infidelidad atendidas sus anteriores protestas y las reiteradas promesas que hiciera á su maestro. Pero ceder ante la débil voz de una mujer, de una criada, de una esclava, sucumbir á una simple insinuacion cuando nadie le interroga con carácter oficial, nadie le amenaza con tormentos, nadie le urge, nadie le intimida, ¿no es esta la prueba mas incontestable de una cobardia sin ejemplo? ¿No es el testimonio mas evidente de una infidelidad sin semejante? ¿No es?... Mas ¡ay! que el corazon de Pedro estaba ya herido como antes digimos, y la honda brecha que en él abriera la presuncion no podia menos de acarrearle una ruina segura, una muerte inevitable. ¡Así humilla Dios al hombre que confia en sí propio! ¡Así ciega á los que buscan fuera de él la fuerza que necesitan para mantenerse constantes en la verdad! Producto de la soberbia, resultado de la presuncion, efecto necesario de la arrogancia del humano entendimiento han sido siempre todos los errores que han negado á Jesucristo su Iglesia, su doctrina y sus dogmas. ¿Por qué Arrio, Eutiques, Marcion y demas herejes de los primeros siglos cayeron en tan lamentables extravíos? ¿Por qué Lutero, Calvino y otros sectarios de fecha mas reciente se dejaron arrastrar á tan monstruosas aberraciones? ¿Por qué la incredulidad y el racionalismo moderno han blasfemado tan escandalosamente y hecho tan cruda guerra al Evangelio? Observad el carácter de todas esas escuelas, estudiad su historia, y hallareis donde quiera la presuncion y el orgullo predominado en todos sus delirios. En vano el catolicismo dice á los unos que Jesucristo es hijo de Dios, y Dios como su Eterno Padre á pesar de haberse revestido de la humana naturaleza. Confidos sobradamente en sus propias luces llegarán á cegarse en su loco prurito de discurrir sobre este punto, y concluyendo por amontonar absurdos sofismas, gritarán: No, no conozco á ese Dios, no conozco á ese hombre: *Non novi hominem*. Por demas será que la doctrina católica presentándose con todos los caracteres de divina, procure desimpresionar á los otros de sus preocupaciones haciéndoles ver que no hay mas que una sola fé, una sola Iglesia verdadera,

unos dogmas invariables, un Evangelio único. Apoyados en los erróneos principios del libre exámen y de la independenciamiento para interpretar los divinos libros, despreciarán la revelación, se desentenderán de la única autoridad que existe en la tierra para declarar los puntos de fé, caminarán á tientas por ese camino oscuro y escabroso; y heridos en su inteligencia por el rayo divino, pasará á su corazon la obstinacion de su espíritu, y negando cuanto hay de mas sagrado é inviolable en la religion, esclamarán: «No sé lo que dices; no comprendo de qué hablas:» *Nescio quid dicis*. Inútilmente, en fin, el Evangelio ofreciendo al incrédulo, al racionalista, al libertino sus bellas páginas, su inimitable sencillez, y demas rasgos que hacen soberanamente creibles los principios y máximas que encierra, intentará hacerles adorar á su autor inefable y respetar sus infalibles enseñanzas. La soberbia del infierno que abrigan sus almas no les permitirá abrir los ojos á la luz, tratarán de ilusiones los mas augustos misterios del cristianismo, se burlarán de sus dogmas como de puerilidades ridiculas, zaherirán mordazmente sus preceptos, negarán la autenticidad de sus doctrinas, disputarán á Jesucristo su origen divino, sus obras, sus milagros, su verdad histórica y arrojando contra el cielo las mas horribles blasfemias jurarán y perjurarán que desconocen al hijo de Dios, que su Evangelio es una invencion humana, y que sí es cierto que Jesus de Nazareth es un personaje real y no ficticio, no fué mas que un grande hombre, un sábio, un héroe: *Non novi hominem hunc quem dicitis*.

Y no de otro modo niegan al Señor todos los dias á ejemplo del infiel discípulo los pecadores que se separan de él por seguir el camino estraviado á donde les conduce su soberbia y presuncion. Cegados por las pasiones, amedrentados por el temor de perder los objetos de desordenadas afecciones, á la simple voz de un vicio seductor, á la mera insinuacion de un apetito torpe, no vacilan en desconocer al que les ha criado, al que les ha redimido, al que siempre y donde quiera les está dando pruebas inequívocas de un amor inmenso. Niéganle con las obras, sino con la lengua, niéganle con sus escándalos, ya que no con sus palabras, niéganle con sus vicio-

sas costumbres, si es que no con sus perniciosas doctrinas, como escribe el Apóstol (1): y de este modo hacen inútil la fé que recibieran en las fuentes regeneradoras del bautismo, apostatan del Evangelio que prometieron observar, abandonan las filas del Salvador afiliándose bajo los pendones del enemigo á quien renunciaron, sin tener en cuenta que llegará un dia en que ellos á su vez experimentarán el condigno castigo de su apostasia criminal, puesto que Jesucristo negará y desconocerá ante el tribunal de su Padre celestial á los que ahora alevos le desconocen y niegan en presencia de los hombres (2).

Si pues queremos evitar tal desgracia, aprovechémonos en tiempo oportuno de la saludable leccion que en el ejemplo de Pedro nos legó Jesucristo. Para curarle á él de su presuncion temeraria permitió su enorme caída, y para curarnos á nosotros de nuestra loca temeridad permite que caigamos frecuentemente en la culpa. Justo es que aprendamos á desconfiar de nuestra debilidad, y á buscar en Dios el auxilio y apoyo, la fuerza y el valor de que carecemos para permanecer en el bien. De él únicamente procede la virtud y la gracia; de nosotros no tenemos mas que miseria, y obra nuestra es la perdicion y la muerte del alma (3). Convencidos pues de que si el Señor no nos ayuda y socorre con sus divinos auxilios, fácilmente nos doblegaremos á la influencia de las malas pasiones, y rodando de abismo en abismo nos precipitaremos en lo mas profundo del crimen, vivamos apercebidos y no nos espongamos voluntariamente al peligro. Bástenos haber renovado mil veces con nuestra conducta indigna de cristianos la apostasia del apóstol S. Pedro. Bástenos con haber afligido en mil ocasiones el corazon de nuestro amantísimo Salvador con tantas infidelidades y traiciones; bástenos haberle negado tan frecuentemente con nuestros malos ejemplos, arrastrando á muchos en nuestra propia ruina. Mas no por eso desesperemos de un Dios tan misericordioso y clemente. Él que con una mirada de

(1) Confiteentes se nosse Deum, factis autem negant. Ad Tit. I. 16.

(2) Matth. X. 33.

(3) Perditio tua, Israel: Tantummodo in me auxilium tuum. (Oseæ, XIII. 9.)

compasion supo convertir instantáneamente á su discípulo ; él que le inspiró en medio de su profunda desgracia unos sentimientos de penitencia tan eficaces , que bastaron á volver á encender en su corazon el fuego del amor divino que habia dejado apagar al violento soplo del orgullo ; él nos hará á nosotros participantes de esta misma gracia , si en nuestras almas encuentra las disposiciones debidas. Y si como Pédro sabemos aprovecharnos de esa inspiracion celestial, y tornamos al seno de nuestro dulcísimo Jesus, y lloramos compungidos nuestras infidencias, de seguro obtendremos el perdon de ellas, y con el perdon su amistad , y con su amistad su fuerza, y con esta la perseverancia , y por premio de ella la corona de la inmortalidad.

SERMON

SOBRE LA CONVERSION Y LÁGRIMAS DE SAN PEDRO.

LA PRONTA Y EFICAZ CONVERSION DE SAN PEDRO, NOS ENSEÑA Á NO DIFERIR LA NUESTRA NI UN SOLO MOMENTO, SI LLEGÁSEMOS Á INCURRIR EN LA DESGRACIA DEL SEÑOR.

Conversus Dominus respexit Petrum. Et recordatus est Petrus verbi Domini... Et egressus foras, flevit amare.

Volvióse el Señor hácia Pedro y le miró. Entonces se acordó Pedro de lo que le había dicho el Señor. Y habiéndose salido afuera lloró amargamente.

(Luc. XXII. 61, 62.)

No sin un gran designio permite el Señor que los hombres mas notables, las almas mas privilegiadas, las mas virtuosas criaturas caigan á veces de la altura en que se colocáran. Aquel que sabe sacar los mayores bienes de los males mas lamentables, bien asi como hace surgir la luz del fondo de las tinieblas (1), se sirve frecuentemente de esos funestos acontecimientos para legar á las generaciones ejemplos y lecciones de la mayor utilidad é importancia: porque en el gran libro de la esperiencia es donde los hombres y los pueblos aprenden á conocer lo que les es provechoso ó nocivo, lo que puede hacerles felices ó precipitarles en la desgracia. Y es de notar que no pocas veces sucede que aquellos que están destinados por el cielo á mas graves empresas de su servicio, suelen ser á los que Dios alecciona primero en la humillacion ó en la adversidad.

(1) II. Corint. IV. 6.

Nadie hubiera llegado á imaginar que el hermano de Moisés, llamado á ser el intérprete de las divinas leyes y supremo sacerdote del pueblo hebreo, fuese capaz de incurrir en el gran crimen de idolatría, justamente en el momento en que Dios manifestaba su grandeza y soberanía sobre la cumbre del Sinaí. ¿Y quién hubiera creído que Pedro á quien estaba reservada la sublime mision de representar en la tierra á Jesucristo, la unidad de su doctrina, la infalibilidad de sus dogmas, y la perpetuidad de su poder espiritual, llegase al extremo de negar á su divino Maestro en los momentos críticos en que, próximo á consolidar con su sangre el augusto edificio de la Iglesia por él fundada, daba en presencia de sus jueces los mas relevantes testimonios de su divino origen?

Y sin embargo uno y otro cayeron: aquel para servir con su castigo de saludable enseñanza al pueblo de Israel: éste para dejar con su arrepentimiento y lágrimas á los siglos cristianos un memorable monumento de penitencia, dice San Leon (1). Todo en efecto estaba previsto por la infinita sabiduria de Dios: y el mismo Jesus que anunciára á su apóstol la apostasia en que habia de incurrir, habiale dicho ya de antemano: «Algun dia con tu conversion confirmarás en la fé y en la virtud á tus hermanos.»

Nada casual, pues, nada fortuito hubo en este triste acaecimiento. El remedio, bien así como la enfermedad, entraron ambos en el plan divino, y por consiguiente hubo un designio premeditado por parte del Señor en la permission de la caída del príncipe de los apóstoles; designio de misericordia respecto de su discípulo, puesto que le facilitó el medio de arrepentirse y reconocer su gravisimo error con una mirada amorosa de sus divinos ojos: *Et respexit in eum Dominus*; designio de piedad y clemencia respecto de la humanidad pecadora, pues quiso proponernos el llanto y el arrepentimiento de ese gran culpable como tipo y modelo de imitacion en nuestras frecuentes caidas. *Et egressus Petrus foras flevit amare.*

Hed aquí, M. A. O., la gran leccion que hoy nos cumple estudiar. Y al modo que ayer al considerar á Pedro negando á Jesucristo

(1) S. Leo. Serm. 53.

pudimos aprender á desconfiar de nuestra debilidad y á huir de los peligros en que puede quedar sumergida nuestra fé y nuestra virtud, justo es «aprendamos al presente en su pronta y eficaz penitencia, á no diferirla un solo momento si por nuestra desventura llegásemos á incurrir en la desgracia del Señor.» Asunto importantísimo que me propongo desenvolver en este rato, implorando ante todo los auxilios celestiales, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

«¡Bienaventurado, esclama el Salmista, aquel á quien han sido perdonadas sus iniquidades, y cuyos pecados han quedado cubiertos con el velo de la divina misericordia! ¡Dichoso el hombre á quien no se le han imputado sus culpas y ha podido evitar la tremenda responsabilidad de ellas delante del Señor. Por haber callado se consumieron mis huesos dando alaridos todo el dia; porque de dia y de noche me hiciste sentir tu pesada mano. Revolcábame en mi miseria, mientras tenia clavada en mi corazon la aguda espina del remordimiento. Mas apenas detesté y confesé mi delito, tú perdonaste la malicia de mi pecado, y fuiste mi asilo en la tribulacion y el consuelo y la esperanza de mi vida (1).» Con estas sentidas y patéticas palabras pintó de antemano el rey profeta la virtud y eficacia del arrepentimiento y de la penitencia cristiana, y los prodigios de la divina piedad que debian verificarse en la plenitud del tiempo mediante la muerte de un Dios Salvador. Hed ahí un bellissimo cuadro de los efectos maravillosos de ese sacramento reparador que borra los pecados del hombre, lava las manchas del alma, la purifica, la rehabilita y la restituye sus primitivos derechos á la bienaventuranza. Transformacion portentosa de que en la persona de su

(1) Psalm. XXXI. 4 et seq.

primer apóstol quiso legarnos un ejemplo visible y práctico, manifestándonos á la par las disposiciones y circunstancias necesarias para conseguir tan beneficiosos resultados. Por eso permitió que la culpa de Pedro fuese sobremanera enorme y ruidosa, á fin de que tanto mas resaltase en él su misericordia, cuanto mas profundo fué el abismo de donde le levantára, y mayor efecto hiciese en nosotros el ejemplo de su arrepentimiento y conversion, cuanto mas difícil parecia atendida la gravedad de su caida.

En efecto, si la apostasia de aquel ilustre personaje fué, en sentir de los padres de la Iglesia, el delito mas atroz que se conociera con la única escepcion del de Judas, tampoco hubo en el mundo un arrepentimiento mas pronto, una penitencia mas sincera, ni una conversion mas eficaz. Una sola mirada lanzada por Jesucristo sobre el desleal discípulo basta para obrar en su corazon un cambio instantáneo, una modificacion la mas sorprendente, una revolucion tal, que desde entonces deja de ser lo que fuera y se halla transformado en un nuevo hombre. El gallo de media noche acababa de cantar (1); la prediccion del Salvador se habia cumplido (2); tres veces Pedro habia negado á su Maestro. Jesus compadecido del discípulo vuelve hácia él su vista... y ¡oh milagro de la divina piedad! ¡Oh poder irresistible de la gracia! Aquella mirada es un dardo penetrante que atraviesa el alma culpable del refractario. Este comprende perfectamente la sublime elocuencia de aquel mudo lenguaje, y sus efectos son tan rápidos como los del rayo lanzado por la tempestad. Herido por él reconoce Pedro toda la enormidad de su caida, la torpeza de su negra perfidia, el inmensurable abismo de su ingratitude, la estension casi infinita de su desgracia. En un momento rasgado el velo que cubria su inteligencia, vé á la luz de la divina revelacion cuánto encierra de miseria y debilidad, de cobardia y deslealtad, el olvido de tantos beneficios de que era deudor á Jesucristo, el menosprecio de tantos dones con que le enriqueciera, la indiferencia á tantos testimonios de amor de que fuera objeto: contempla al propio tiempo la

(1) Et continuo gallus cantavit. (Matth. XXVI, 75.)

(2) In hac nocte, antequam gallus cantet, ter me negabis. (Ib. 34.)

accion perniciosa de su mal ejemplo, las funestas consecuencias de su escándalo, el efecto que pudiera producir en los demas su apostasia; y tan vivo es el dolor que experimenta, tan hondo el sentimiento de haber pecado, tan eficaz su arrepentimiento, que ni un solo instante difiere la penitencia, sino que abandonando al punto aquel siniestro lugar, teatro de su caida, se sale fuera á llorar amargamente su pecado: *Et egressus foras flevit amare.*

Enseñanza importantisima que no debe desaprovechar el cristiano que como el príncipe de los apóstoles ha tenido la desgracia de negar á su Dios quebrantando sus leyes y desobedeciendo sus preceptos. Cierto que el Señor conociendo demasiado esa fragilidad inherente en el hombre (1), esa propension hereditaria que le arrastra hácia el mal, está dispuesto á aceptar su llanto y á tomar en cuenta su arrepentimiento, cuando es pronto y no lo dilata ni un momento por efecto de una obstinacion punible. Nadie como ese Dios piadoso y clemente que tiene sus delicias en perdonar al pecador (2), sabe compadecerse del miserable barro que amasó con sus manos, y jamás olvida que somos flores de un dia, hojas agostadas que el cierzo de las pasiones arroja por el suelo al mas leve soplo. ¿Pero podemos contar siempre y en todos tiempos con esa misma condescendencia, y dormir tranquilos á la sombra de esa seguridad? ¡Error lastimoso! No diré, M. A. O., que el Señor no nos facilite sus divinos auxilios para convertirnos; no diré que no nos dirigirá como á Pedro una mirada compasiva para hacernos reconocer el abismo de nuestra desgracia, él que nunca se gozó en la muerte del culpable. Mas ¡ay de nosotros si esa mirada fuese estéril é infructuosa! ¿Quién nos garantizará una segunda? ¿Quién nos asegurará que si no nos aprovechamos de la primera inspiracion, tornará un Dios ofendido á llamarnos otra vez? ¿Quién nos ha dicho que no se retirará de nosotros dejándonos abandonados á las consecuencias de nuestro pecado? Y entonces, dice San Bernardo, ¿no considerais que tanta mayor dificultad hallareis en levantaros de vuestra lastimosa caida cuanto mas

(1) Ipse cognovit figmentum nostrum. (Psalm. CII. 44.)

(2) Nolo mortem morientis: revertimini et vivite. (Ezech. XVIII. 32.)

tiempo permanezcáis en ese estado horrible (1)? ¡Oh! no, A. O. M.; ni el mas corto intervalo medie entre vuestra culpa y vuestra conversion, dice el Espiritu Santo: ni un solo dia dilateis vuestra penitencia; no dejes que la noche os sobrecoja envueltos en la enemistad de Dios, si no quereis esponeros á que su ira caiga sobre vosotros repentinamente y os halleis sorprendidos por su venganza (2). No deis lugar á que tomando mayores proporciones vuestra indiferencia, caigais en aquel funesto sueño en que los remordimientos desaparecen, los auxilios divinos cesan de obrar en el alma, la voz de la conciencia enmudece, y el honor del vicio se convierte en impasibilidad, y la voluntad es mas débil para resistir al impulso del mal, y los delitos se aumentan, y el perdon se hace mas difícil, y el hombre se acerca mas al abismo de la desesperacion.

¿De qué nos serviria empero convertirnos prontamente á Dios despues de haber pecado, si nuestra conversion careciese de los demas caractéres que la hacen aceptable y fructuosa? ¡Ah! En vano Pedro hubiera reconocido súbitamente su caída á la primera inspiracion que iba envuelta en la mirada de Jesucristo, si su arrepentimiento no hubiese sido sincero, activo y eficaz, circunstancias todas que deben acompañar la penitencia del cristiano. Pero no: Pedro no se detiene en los principios, sino que desde luego camina al fin, y con su admirable ejemplo nos ofrece el modelo de la perfecta conversion, la verdadera doctrina del catolicismo relativa á la penitencia, sus condiciones y caractéres esenciales. Sus lágrimas nacen del fondo del corazon donde radica el conocimiento de su pecado. No las inspira un simple sentimiento de pesar por su propia desgracia, no las motiva un mero disgusto por la humillante degradacion en que ha incurrido, no las arranca un temor servil del castigo á que se reconoce acreedor por su infidelidad. Nada de esto influye en el doloroso llanto del príncipe de los apóstoles. El hondo convencimiento de la ofensa hecha en su amantísimo maestro, la per-

(1) Quanto quis in peccato diutius remanebit, tanto difficilius evadit. (S. Bern. De Pass. Petr. et Paul.)

(2) Subito venit ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te. (Ecci. V. 9.)

suasion íntima de la enormidad del crimen que acaba de cometer contra su Dios y su Padre, el vehementísimo dolor de haber sido ingrato con aquel á quien debiera amar mucho mas que á su propia vida, he ahí los altos motivos que determinan la penitencia de aquel ilustre pecador. Lloro con amargura, dice el texto sagrado: *flevit amare* porque siente cuanto es posible á humana criatura haber sido tan desconocido y desleal, tan cobarde y aleve, tan pérfido y malvado, debiendo haber sido por tantos motivos un modelo de fortaleza y de heroísmo, de lealtad y gratitud, de fé y de amor. Lloro amargamente porque penetra todo el horror de su negacion con la que, haciendo causa comun con los enemigos de su divino maestro, le ha herido en lo mas vivo y sensible de su corazon, confirmando á la par con su conducta la incredulidad de los judios, su ódio, su crueldad, sus insultos contra el Nazareno. Lloro amargamente porque estos pensamientos desgarran su alma, estos recuerdos la dividen de parte á parte, y de tal modo la ahogan con la violencia del dolor, que su lengua es incapaz de proferir la menor palabra. Solo el corazon de Pedro habla por los ojos, manifestando de la manera mas elocuente, dice San Ambrosio, su interno pesar, y su confesion exterior (1).

Ved pues pecadores en esas lágrimas el modelo de las que debéis verter por vuestras culpas. Ved en ellas los signos infalibles de la verdadera compuncion de un alma contrita que se arrepiente fundada en los altos motivos que ocasionaron el llanto de Pedro. Llanto precioso que produciendo en él los efectos de un nuevo y maravilloso bautismo en frase de San Leon, borra completamente la mancha de infidelidad que contrajera (2). Porque bautismo es sobremanera eficaz y saludable la penitencia sincera del pecador que humillado ante Dios confiesa y detesta sus crímenes con amargura de su alma; bautismo maravilloso son las lágrimas arrancadas por la fé del corazon del cristiano, puesto que anegando en el inmenso océano de la divina misericordia los delitos del hombre, segun la bella alegoría de

(1) S. Ambros. in Luc.

(2) S. Leo. Serm. 9 de Pas.

los libros proféticos (1), hacen que el Señor se olvide de ellos en cierta manera: y purificando como en un baño celestial las impurezas del alma, cura sus dolencias, y la dispone á merecer la amistad de Dios. Desde las megillas del penitente, dice el Espíritu Santo, se elevan hasta el cielo para aplacar la ira del Altísimo y hacer descender á la tierra sus eternas piedades (2). No así empero M. A. O. las lágrimas estériles arrancadas por meros motivos humanos, no así el llanto superficial y casi diríamos traidor de tantos pecadores que despues de afectar á los piés del tribunal sagrado un arrepentimiento que realmente no existe, y á despecho de sus protestas de enmienda y de dolor, y con manifiesta contradicción de las palabras que han empeñado á Jesucristo en la persona de su ministro, tornan inmediatamente al pecado, y no bien se han separado de aquella fuente regeneradora, cuando ya se les vé de nuevo engolfados en las corrompidas cisternas del vicio. ¡Desgraciados! Dignos sois de que la Iglesia llore sobre vosotros como Jesus lloró sobre la infiel Jerusalem. Pero quizás su llanto sea tambien ineficaz y no alcance misericordia para vuestra ingratitud y enorme apostasía... ¡Temblad!

Bien diferente de estos el arrepentido apóstol, hace una penitencia activa y eficazísima. Su actividad se muestra en la prontitud con que evita la ocasion peligrosa en que imprudentemente se pusiera; su eficacia en los medios que adopta para expiar su culpa y reparar sus consecuencias. Observad cómo tan luego como se siente llamado por Dios con aquella mirada espresiva que le dirige su divino Maestro, sale presuroso de la casa de Caifás, abandona incontinenti aquel sitio funesto, salva aquel abismo que se abre á sus piés, como quien está intimamente persuadido de que sin la fuga de las ocasiones no hay conversion aceptable, y que es imposible lograr los efectos de la penitencia si desde luego no se evitan los obstáculos en que fácilmente se tropieza y se vuelve á caer en los pasados escesos. Vedle despues cual se aplica á resarcir con su ejemplo los daños

(1) Mich. VII. 49.

(2) Ecc. XXXV. 49.

ocasionados con el escándalo de su negacion. Aquí protesta de nuevo su ardentísimo amor hácia Jesucristo, y no recela confesar aunque de un modo indirecto que el ardiente fuego de su caridad sobrepuya y escede en mucho al de los demas apóstoles (1). Allí le vereis insultar á los enemigos del Crucificado, echándoles en rostro su impía crueldad, confundir á la Sinagoga haciéndola responsable de la sangre del Justo, hacerse superior con una magnanimidad heróica á las persecuciones del Sinedrio, y á pesar de los azotes con que le castigan, y á despecho de las prisiones, y sin temor alguno de la muerte que le amenaza, gritar por do quiera que aquel á quien en una cruz hicieran morir era el verdadero Hijo de Dios, el Mesias, el Rey de Israel (2). Y ora sin cuidarse de la prohibicion que se le ha impuesto predica y ensalza públicamente los milagros del Nazareno (3), ora en medio de los tribunales y á presencia de un poder tiránico enseña y proclama el deber de obedecer á Dios antes que á los hombres (4) cuando estos son injustos é intentan hacer enmudecer á la verdad aprisionándola con leyes inicuas; y donde quiera en fin se muestra lleno de generosa intrepidez, animado de un entusiasmo divino, abrasado de un amor sin limites; y de la Judea vuela á Roma á llevar la Cruz del Salvador y ese nombre adorable al palacio de los Césares sus mas encarnizados enemigos; y allí echa los cimientos de la nueva Iglesia, y levanta su edificio misterioso de donde parten los luminosos rayos de la verdad á todo el globo, hasta que por último sucumbe bajo el poder de la idolatría sellando con su sangre el testimonio de su fé, y lavando con un martirio glorioso la mancha de su pasada infidelidad.

Imitemos pues, A. O. M., esta actividad y eficacia de la penitencia del grande apóstol. Una vez vueltos á la amistad de Dios mediante el Sacramento de la reconciliacion, nada haya capaz de separarnos de él. Evitemos en primer lugar los peligros, huyamos de las ocasiones pecaminosas, abandonemos aquellos sitios que nos son

(1) Joan. XXI. 15.

(2) Act. IV. 10 et seq.

(3) Ib. 48.

(4) Ib. 19.

funestos, demos un eterno adios á todo cuanto puede inducirnos á ofender al Señor de nuevo. Hecho esto procuremos expiar dignamente nuestros delitos, reparando en cuanto nos sea dable los escándalos ocasionados, los daños irrogados, y las consecuencias de nuestro mal obrar. Amemos á Jesucristo tanto como antes le ultrajamos; aborrezcamos el vicio en justa proporcion de lo que antes le amámos; trabajemos por acarrear al buen camino á los que de él se han separado, acaso por culpa nuestra; proporcionemos á la fé tantos triunfos como víctimas tal vez la hemos hecho con nuestra perniciosa influencia. Entonces el cielo aceptará nuestras lágrimas como aceptó las de Pedro, recibirá nuestro dolor, se complacerá en nuestra conversion, y mereceremos por premio de una penitencia pronta, sincera y eficaz el galardón que el Señor tiene reservado á los pecadores arrepentidos en la mansion eterna de la gloria.

SERMON

SOBRE LA FLAGELACION DE JESUCRISTO.

JESUCRISTO EN SU IGNOMINIOSA Y SANGRIENTA FLAGELACION, NOS MUESTRA LA IGNOMINIA Y GRAVEDAD DE NUESTROS PECADOS, PUES QUE ELLOS FUERON LA CAUSA PRINCIPAL QUE LE OBLIGÓ Á SOMETERSE Á ESTE CASTIGO.

Aprehendit Pilatus Jesum et flagellavit.

Tomó Pilatos á Jesus y lo mando azotar.

JOAN. XIX. 4.

HORROR, piedad, asombro, todos los afectos del corazon humano se ven escitados hoy al recordar la ignominiosa quanto cruel escena que nos ofrece el Evangelista sagrado. Un Dios-Hombre condenado al castigo de los esclavos por un gobernador impio y sacrilego, tanto mas culpable quanto mas injusto, tanto mas inescusable quanto mas convencido de la inocencia de su victima. Un Salvador amante que á trueque de redimir al linage humano se somete al furor de una soldadesca soez y bárbara, y amarrado fuertemente á una columna y en la mas completa desnudez recibe en su cuerpo sacratisimo innumerables azotes, quebrantándose para con él todas las leyes de humanidad, de conveniencia y hasta de derecho público... Tal es, M. A. O., el espectáculo que se ofreció hace mas de diez y ocho siglos en el pretorio de Pilatos, y cuya memoria renueva en este dia el catolicismo.

Estremézcase el cielo, horrorícese la tierra á vista de una escena que escede á quanto imaginar es posible en crueldad, en humillacion, en ignominia. ¿Cómo puede concebirse que tanto se abata la

suma grandeza, que tanto baldon tolere la magestad suprema, que tamaña deshonra sufra la infinita santidad, que á tan sangriento escarnio sucumba el poder por esencia? Mas ¡ay O. M.! ¿habeis acaso olvidado que es el amor, y no la fuerza humana, el que aprisiona á una columna al Sanson divino que rompe los lazos como los hilos de las telas (1)? ¿Pudiérais creer por ventura que ningun otro poder extraño sino el de su excesiva caridad hácia el hombre, pudiera reducir á un estado tan lastimoso de debilidad al que es llamado por escelencia el brazo del Señor (2)? No, responde San Lorenzo Justiniano. Ningun lazo por fuerte que fuese hubiera podido sujetar al Hijo de Dios á una columna, á no haber sido el lazo de su amor sin medida que rebotaba de un corazon sediento de oprobios y de padecimientos. Jamás aquella turba de viles verdugos, aquella generacion de víboras, como la apellidó un dia el mismo Salvador (3), hubiera sido bastante á poner sus sacrílegas manos en aquella carne purísima é inocente á no haberlo permitido aquel que mucho tiempo antes dijera por boca de uno de los mas célebres personages de la antigüedad: «Encerrádome há el Señor con el inicuo, y en manos del impío me ha entregado (4); aquel que á través del porvenir habia anunciado sus futuras ignominias, diciendo en persona del rey profeta: Preparado estoy para los azotes (5).»

Todo esto estaba escrito y era preciso que se cumpliese. Por eso toleró ser desnudado vergonzosamente para engalanar con el ropaje de la gracia á los míseros hijos de Adan cubiertos de maldicion como de una vestidura (6). Por eso quiso sujetarse á una flagelacion dolorosa, á fin de alejar de la raza culpable el azote terrible de la cólera divina que vibraba sobre su cabeza. ¿Quién no admirará tanta bondad, tanto amor, tan grande misericordia?

Vengan pues todos los hijos de la Iglesia á contemplar hoy al mas

(1) Judic. XVI. 42.

(2) Isaia. XX. 5.

(3) Matth. XXIII. 33.

(4) Job. XVI. 42.

(5) Psalm. XXXVII. 48.

(6) CVIII. 48.

bello de los nacidos de mujer cual le paró la Sinagoga rencorosa é ingrata todo demudado y sangriento bajo la espantosa nube de azotes que cae sobre sus divinas espaldas. Vengan los cristianos sensuales á observar el lastimoso cuadro que presenta el augusto Redentor del mundo en medio de unos lobos carnívoros que despedazan sus virginales miembros formados en el purísimo seno de María. Vengan los lúbricos amadores del mundo y de sus vergonzosos placeres á admirar su propia obra, la obra de sus deleites impuros, la obra de sus goces ilícitos, la obra de sus carnales pasiones; pues ellos son los que ocasionaron la ignominiosa desnudez de ese nuevo David objeto de befa y de desprecio (1); ellos los que fabricaron los crueles instrumentos de su suplicio; ellos los que impulsaron la febril agitación de los bárbaros ministros ejecutores de tamaño atentado; ellos en fin los que con sus repugnantes escesos renuevan diariamente esa horrible escena. Y ved lo que va á prestarme asunto para el presente discurso, en el que me propongo demostrar «la ignominia del pecado y su incomprensible gravedad, en los oprobios y dolores que por él hubo de sufrir el Hijo de Dios en su sangrienta flagelación.» Invoquemos ante todo los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Verdaderamente sorprende el laconismo con que el sagrado historiador refiere la dolorosa escena de la flagelación del Salvador: pues se limita á decir en breves palabras: «Tomó Pilatos á Jesus y lo mandó azotar.» *Aprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit.* Respetando como es justo los motivos que pudieron inducir al Evangelista á usar de un silencio tan misterioso en un asunto de suyo tan importante, séanos lícito creer que el mismo horror, la misma confusion, la honda pena que debía experimentar al recordar tan cruel escena,

(1) II. Reg. VI. 20.

fué sin duda la que selló sus lábios, ó contuvo su pluma para no referir mas circunstanciadamente este suceso. Como quiera empero que sea, y desentendiéndonos por ahora de examinar lo injusto, lo impropcedente de una disposicion tan bárbara é inhumana por parte del presidente Pilatos, á quien jamás podrán servir de excusa su conocida intencion de libertar por este medio de la muerte á Jesucristo, pensando, dice San Agustin, que con este castigo apaciguaria la cólera y la venganza de los judíos (1); prescindiendo repito de todo esto que no cumple á nuestro propósito, detengámonos únicamente á contemplar en la flagelacion del inocentísimo cordero el verdadero retrato del pecado, cuya ignominia nos manifiesta la ignominia de semejante castigo y cuya gravedad se presenta de relieve en lo doloroso y cruel de tan bárbara ejecucion.

Lo primero que se ofrece á nuestra vista en el pretorio de Pilatos en este trágico episodio, es el Verbo humanado reducido por sus verdugos á una vergonzosa é insultante desnudez. ¡Oh espectáculo horrendo! ¡Oh inconcebible maldad! ¿Quiénes son los que así se atreven á tratar al Rey de la gloria, al Dios de los siglos, al soberano Criador del universo? Soldados impíos, instrumentos viles de una venganza mas vil todavía, ¿quién os ha dado poder para humillar hasta ese estremo al que reúne en su persona la magestad inmensa del Dios, junto con la hermosura y las gracias del hombre, y en quien aunque ocultos residen los tesoros de la soberania, del poder, de la grandeza, de la santidad sin limites, como que su córte la forman los ángeles, y el cielo es su trono, y la tierra la peana de sus piés, y el universo entero su templo, y las estrellas del firmamento su diadema? ¡Mas ah! El pecado es quien os ha dado una potestad funesta de que el mismo Dios os permite hacer uso para que se cumplan los altos y adorables designios de su providencia.

En efecto, M. A. O. Hay en este pasaje de la pasion de Jesucristo un gran misterio que no debemos dejar pasar desapercibido. La desnudez á que se vé reducido hoy por mano de los satélites de la cruel Sinagoga, no es otra cosa que la realidad de un acontecimiento ve-

(1) S. Aug. Tract. in Joan.

rificado muchos siglos antes en el Paraiso terrenal. Allí fué donde el primer hombre por querer asemejarse á su Criador traspasó un precepto en que estaba envuelta su grandeza ó su humillacion, su elevacion ó su ruina, su vida ó su muerte. Pecó Adan comiendo la fruta del árbol vedado, é inmediatamente se siguió á su pecado la ignominia mas profunda; mírase desnudo y se avergüenza de sí mismo, y huye de las miradas de Dios, y busca en la espesura de los bosques un lugar donde ocultar su miserable estado... Pero en vano aquella desnudez, aquella vergüenza, aquella confusion que él experimentaba de un modo material, habíase trasmitido moralmente á toda su futura estirpe; la humanidad entera habia quedado completamente desnuda de la gracia, despojada del bello ropaje de la inocencia, cubierta de oprobio, y condenada á ocultar para siempre su deshonra.

Ahora bien; como desde entonces estaba anunciado que el hijo de la mujer debia quebrantar la altiva cabeza de la infernal serpiente que con su seduccion ocasionára la caida del hombre, como desde aquel momento quedó consignado en los eternos decretos que un Redentor divino repararia de una manera inefable las consecuencias de aquella transgresion tan funesta y trascendental, preciso fué que llegado el plazo prefijado por la infinita sabiduría de Dios, el inmortal adoptase nuestra mortalidad, el infinito se hiciese pequeño y limitado, la divinidad se uniese á la humanidad y aceptase todas sus debilidades y miserias. Allá en el primitivo Eden, el Señor en vista de la soberbia arrogancia de Adan, le apostrofa para humillarle con estas palabras: «;Hedle cómo ha querido ser como uno de vosotros (1).» Pero en la encarnacion del Verbo aquellas espresiones que respecto de Adan envolvian una sangrienta ironía, adquirieron una realidad de la mas alta consecuencia respecto de Jesucristo; y la humanidad admirada en presencia de tanta humillacion, de tanta bondad y de un amor tan inconcebible, pudo esclamar por su dicha: ;Hed ahí un Dios que se ha hecho semejante á nosotros! Y ved ya rasgado el velo del gran misterio de este dia. Si el hom-

(1) Genes.

bre por efecto del pecado quedó en el Paraiso desnudo y lleno de confusion, Jesucristo para expiar las consecuencias de ese mismo pecado toleró la ignominiosa desnudez á que en el pretorio le redujo la venganza judáica: y á la manera que alli la humanidad fué despojada por la desobediencia de su gefe y prototipo del traje nupcial de la inocencia y de la gracia con que la adornára el Criador, aquí el hijo de Dios que se hizo responsable de todos los crímenes del mundo, fué á su vez despojado de sus vestidos en fuerza de su ciega obediencia á las disposiciones del cielo, con el grandioso objeto de cubrir la afrentosa desnudez del hombre, devolviéndole lavado con su sangre el precioso traje que manchado con la culpa primitiva perdió en el principio de la creacion. ¡Tanta fué la ignominia del pecado que á tan vergonzosa humillacion obligó al hijo de Dios!

No culpeis ya, M. A. O., no culpeis á la Sinagoga deicida de una accion tan bárbara é inhumana; dejad de apostrofar á unos soldados que solo fueron los ciegos ejecutores de una disposicion providencial; no hay porque ensañarse contra Pilatos que por una falsa compasion decretó aquella horrible sentencia, ni contra los que por su mandato la llevaron á efecto con una crueldad inaudita. No. Cuando el tímido presidente por calmar algun tanto la rabia de un pueblo en fiebre que pedia la muerte de Jesus, dijo: «Yo os le entregaré castigado,» no fué realmente él quien habló; fué el amor de Jesucristo mismo que asi lo exigia, fué la voz de la humanidad entera que así lo necesitaba, fué en fin el grito de los pecados de todo un mundo que en su incurable malestar asi lo demandaba, porque sola la desnudez de un Hombre-Dios podia cubrir la desnudez deshonrosa de una raza desheredada del cielo y condenada á arrastrar donde quiera el peso de su miseria. ¿Y cómo, á no haber sido así, hubiérase sometido Jesus á tolerar en su humanidad purísima é incapaz de la menor tacha, el baldon de verse cargado con todas las deshonestidades de los hombres, y de tomar sobre sí la responsabilidad del castigo que merecian, él que jamás conociera la menor sombra de impureza, él que deslumbra con su candor la santidad de los ángeles, él que embellece con su gracia el semblante de las vir-

genes? Mas hacíase necesario que se cumplierse ese gran misterio, y que el nuevo Adán, víctima de su obediencia, quedase desnudo á la faz del cielo y de la tierra, bien así como lo quedó el antiguo á consecuencia de su rebeldía, pues que de lo contrario sin esta expiación ignominiosa, nunca hubiese podido ser borrada nuestra deshonra, Por eso aquel que viste el campo de verdor y lozanía, aquel que dá al ave del aire su bello plumage, aquel que cubre los valles de una alfombra de flores, aquel que estiende sobre la tierra un manto de nubes, aquel en suma á quien la naturaleza entera debe ese hermoso ropaje que la engalana, consiente ahora que la mano de un miserable hijo del polvo le desnude y le deje espuesto á las miradas inverecundas de una soldadesca impudente, de unas turbas licepciosas que se complacen en verle reducido á este estado de confusion. Entonces se cumplieron los vaticinios de los profetas que anunciaron á un Dios-Hombre ruborizado y lleno de vergüenza; entonces se realizó lo que él mismo habia dicho por David: «La ignominia cubrió mi frente (1) y todos mis miembros llenáronse del mas profundo rubor (2),» ¡Oh! no hay palabras bastantes á ponderar semejante humillacion: pálidos y descoloridos son los mas sublimes rasgos de la elocuencia para pintar tamaño oprobio. Oprobio que se renueva todos los dias en el seno de la Iglesia católica, no ya por los enemigos declarados de la religion, sino por los mismos que hacen profesion de ella, con sus desnudeces escandalosas, con sus miradas inmodestas, con sus discursos libres, con sus familiaridades impúdicas, con sus groseros transportes de un sensualismo brutal, de que con harta frecuencia hacen muchos cristianos otros tantos objetos de diversion y de triunfo. ¡Insensatos! Ellos ahora ensordecen á las amorosas reconvenciones que el Salvador les dirige desde el pretorio de Pilatos, desoyen las amargas quejas que en su afrentosa desnudez exhala un Hombre-Dios reducido por su amor á un estado tan humillante, y en vez de cubrir sus virginales carnes con el velo de las virtudes propias de una religion que no puede sufrir la menor impureza siquiera sea en los

(1) Psalm. LXVIII. 8.

(2) Psalm. XLIII. 16.

mas íntimos pensamientos , empéñanse en hacer mas sensible la ignominia de Jesucristo multiplicando sin tasa los crímenes que la motiváran. Mas ¡ay! que acaso no está lejos el dia en que expien de una manera terrible semejante atentado oyendo de la boca de ese Redentor sonrojado ahora , revestido entonces de gloria y magestad: «Alejaos de mí, malditos: un fuego perdurable os espera: porque cuando estaba desnudo no me vestisteis; lloré y no me consolásteis, me ví cubierto de baldon, y no me honrásteis:» *Discedite, maledicti in ignem æternum... Nudus eram et non cooperuisti me* (1).

Pero si tanto resalta la ignominia del pecado por la que ocasionó á Jesucristo en su vergonzosa desnudez , no resalta menos su gravedad considerados los crueles dolores que por él sufriera en su sangrienta flagelacion.

Despojada bárbaramente de sus vestidos es amarrado el Salvador á una de las columnas del patio de aquel palacio. Escena dolorosa, digna de ser presenciada por los ángeles , por los hombres y por todo el universo. Hed ahí, oh espíritus soberanos, á vuestro rey y monarca atado á un infame poste , como un siervo díscolo é indócil segun la reflexion del doctor Seráfico, á quien se hace preciso asegurar para aplicarle el castigo proporcionado á su rebeldía (2). Ved al autor de la libertad sujeto con nudosos cordeles por los infames esclavos del pecado y del demonio. ¡ Mas qué! ¿ Son ellos por ventura los que así tratan al que hace retremblar las columnas del firmamento segun la metáfora de Job (3)? ¿ No existe aunque invisible otro agente superior capaz de aprisionar al que rompe de un soplo las férreas puertas del abismo? ¡ Oh amor infinito del Verbo! ¡ Oh amor irresistible! ¡ Oh amor á quien la Omnipotencia misma no puede menos de ceder! Yo te he visto ejerciendo sobre esa víctima un imperio universal desde que impulsado por tí descendió de las alturas para fijar su morada entre los hijos de los hombres. Tú tegiste las fajas que sujetaron sus infantiles miembros en la gruta de Belen;

(1) Matth. XXV. 43.

(2) Non solum formam servi accepit, sed etiam mali servi, ut vapularet. (De perfect. vit. c. 6.)

(3) Job. XXVI. 41.

tú fabricastes los pañales en que fué envuelta su delicada humanidad por la Virgen-madre de Nazareth; tú forjaste aquellos misteriosos lazos que en sus tiernos años le sujetaban á las órdenes de un modesto artista cuyo hijo era reputado; tú eres el que siempre y donde quiera le tuviste preso y encadenado á la voluntad del cielo que le designára como blanco de todas las contradicciones del mundo; tú en fin el que como ejecutor principal de los designios de la divina Providencia le has amarrado á esa columna de infamia y de improprio, para que sufra sobre sus inocentes espaldas el castigo que merecen todos los delitos del universo. Bien satisfecho puedes estar de tu obra; celebra tu triunfo, pues nada te queda que hacer. Conseguiste verle nacer en un pobre y dismantelado establo, sin otra compañía que la de unos estúpidos animales: lograste verle vertiendo una sangre pura é inocentísima bajo el duro pedernal de la circuncision; te saboreaste en contemplarle errante y fugitivo en suelo extraño por no caer en las manos de un tirano sanguinario; te gozaste en verle perseguido y calumniado por los mismos á quienes prodigaba sus servicios y bondades; te complaciste en oír llamarle rebelde, conspirador, turbulento, samaritano, endemoniado, enemigo del César, sacrilego y usurpador; llegaste finalmente hasta lanzarle en las manos de un pueblo feroz como un famoso criminal, y le tienes ya atado como el mas despreciable de los esclavos en medio de una soldadesca frenética... ¿Qué esperas pues? ¿Que las iras infernales descarguen sobre él sus rudos golpes? ¿Que sus carnes sean despedazadas sin compasion? ¿Que de sus miembros corran arroyos sangrientos? ¿Que su piel sea deshecha hasta descubrir los huesos? ¿Que todo su cuerpo quede convertido en una ancha y horrible úlcera? ¿Que desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no quede en él parte alguna sana? Pues bien, si tanta es tu crueldad, oh amor tirano, no carecerás de esa satisfaccion! Dispuesto está el altar, preparada la victima, armados los sacrificadores... La ejecucion comienza. La tierra tiembla bajo los redoblados golpes que aquellos fieros sayones descargan sobre el hijo de María. Silva el aire á la violencia con que agitan las espinosas varas, los nudosos cordeles, y las cadenas de hierro de que sucesivamente se

sirven para azotar al cordero inocentísimo. Torrentes de sangre divina salpican los rostros, las manos y los vestidos de aquellos verdugos, cuya rabia se aumenta en proporción que admiran la profunda resignación y la invariable constancia de su víctima. Sus ojos arrojan el fuego del basilisco, sus irónicos y á la vez furibundos semblantes revelan la insaciable carnicería del tigre; rechinan horriblemente sus dientes, y dando á sus brazos la venganza, las fuerzas de que el cansancio les priva, una y otra vez vuelven á renovar el suplicio, y sobre las antiguas heridas abren otras nuevas (1), y aumentan dolor sobre dolor, según lo tenía anunciado por sus profetas, (2) hasta no dejar en su humanidad sacratísima mas que una sola llaga cárdena y gangrenosa (3). Ya los verdugos no tienen donde herir, y sin embargo, hieren todavía; ya Jesús no tiene donde sufrir mas tormentos, y con todo su amor no se sacia, y desea sufrir aun. La columna se bambolea, y él permanece firme; los sayones caen por tierra sin fuerzas para continuar la obra, y él á pesar de tanto padecer no se cansa. Ni siquiera aspecto de hombre queda en aquel adorable Jesús tan bello y arrogante un día que era el encanto y la envidia de todas las hijas de Jerusalén (4); y no obstante todavía le parece poco cuanto ha tolerado, en comparación de lo que está dispuesto á tolerar por el hombre: porque él desea salvarnos con sus llagas, curar nuestras heridas con los cardenales de su cuerpo santísimo, y rehabilitarnos en los derechos á su gloria con los azotes dolorosos que recibe en el pretorio (5). ¡Hed ahí la obra de su amor!

Contemplemos ahora la obra del pecado. Es indudable M. A. O. que las maldades del mundo fueron las que constituyeron la causa ocasional de los padecimientos del Hombre-Dios, siquiera su amor inmenso fuese la causa eficiente ó impulsiva que le obligara á aceptar la responsabilidad que sobre nosotros gravitaba. Anunciado estaba

(1) Job. XVI.

(2) Psalm. LXVIII.

(3) Isaia. I.

(4) Isaia. LIII. 2.

(5) Ib. 5.

que Jesucristo sería llagado á causa de nuestras iniquidades, y despedazado y triturado por nuestros delitos (1): que los horribles escesos del linage humano fueron los que armaron la diestra del Eterno para que hiriese sin duelo á su hijo adorable (2). Y siendo así, ¿qué mas necesitamos para reconocer toda la gravedad y enormidad del pecado que á tan deplorable extremo redujera al Salvador en su sangrienta flagelacion? Esa humillacion tan profunda á que se somete por rescatarnos el Santo de los santos impecable por naturaleza, el esencialmente grande, el rey inmortal de cielos y tierra, esos atroces tormentos á que se sujeta porque nosotros quedemos libres de los castigos eternos, ¿no nos dicen elocuentemente el fondo de malicia, de ingratitud, y de alevosía que envuelven nuestros crímenes, cuando tan terrible expiacion necesitaron del que solo habia tomado esteriormente la forma de pecador? ¡Oh! Nada hay tan expresivo para pintar el horror y la estension de la ofensa hecha al Señor como el contemplar á su hijo adorable atado á una columna como el mas vil de los siervos, y azotado con inaudita crueldad al que en el cielo recibe los homenajes y las adoraciones de los ángeles. ¡Y si al menos, M. A. O., despues que el Hombre-Dios sufrió tan humillante castigo, la humanidad se hubiese aprovechado de esa expiacion sangrienta para no volver á renovar los escesos que la ocasionaron! ¡Si el mundo aleccionado con esta escena no hubiese tornado á reproducirla con nuevos crímenes! Mas ¡oh horror! Todos los siglos, todas las generaciones, todos los pueblos han continuado esa obra de crueldad verificada un dia en el preterio de Pilatos. Donde quiera Jesus viene siendo victima de una flagelacion mas sensible y atroz que la que sufrió en su carne purísima, puesto que la experimenta en su espíritu. La heregía le azotó con sus errores y delirios; el cisma le azotó con sus apostasías y escisiones; la incredulidad le azotó con sus insultos y persecuciones; la impiedad le azotó con sus sofismas y envenenadas producciones; el libertino le azota con sus escándalos, el lúbrico con sus profanaciones, el blasfemo con su len-

(1) Isaia. LIII. 5.

(2) Ib. 8.

gua maldiciente, el soberbio con su orgullosa altanería, el codicioso con sus injustas depredaciones, el vengativo con su inhumanidad, y todos los pecadores con las frecuentes transgresiones de su ley santa. No hay sexo, no hay edad, ni estado, ni condicion alguna que á su modo deje de tomar parte en ese sangriento drama. El mismo Lucifer que en aquel dia de horribles recuerdos escitó el furor de los verdugos para que satisfaciesen en la persona de Jesus su insaciable saña, parece que inspira ahora á todos los hombres viciosos, como si á fuerza de redoblar los golpes de su malicia quisieran arañear á esa adorable víctima el secreto de su divinidad, diciendo á semejanza de los impíos de quienes habla la Escritura: «Multipliquemos sus ignominias y tormentos, para ver si verdaderamente es Hijo de Dios: *Cont melia et tormento interrogemus eum, si vere est Filius Dei* (1).

¡Desgraciados de los que así obran! ¿Ignoran acaso que el que ahora tal vez calla y sufre como un cordero manso tamaños ultrajes, verá llegar su dia para vengarlos de un modo terrible? Seguid en buen hora azotando al Hijo del Altísimo hombres sensuales, orgullosos, impíos, libertinos y pecadores de todo género. No por eso conseguireis el resultado infame que apeteceis. Pero esperad, y en el dia de la expiacion sabreis si era ó no verdadero Hijo de Dios ese á quien al presente ultrajais é insultais impunemente. Cuando como juez severo se presente á demandaros cuenta de la sangre que vertió en el pretorio, cuando armada su diestra del azote de la divina justicia os pregunte dónde está el fruto de sus ignominias y tormentos, entonces vereis qué respondeis á tan terrible interpelacion vosotros á quienes no han servido los sufrimientos de Jesus para inspiraros el mas débil sentimiento de compuncion y de dolor, ni una liviana lágrima de arrepentimiento, ni siquiera una lijera demostracion de piedad y compasion; entonces á vuestro despecho, pero sin fruto alguno, conoceréis la ignominia y la enormidad de vuestros pecados en el castigo que se os decretará, ya que ahora os obstinais en no reconocerla útilmente en los oprobios y dolores que por vosotros toleró Jesus en su flagelacion cruel.

(1) Sap. II. 18, 19.

Entre tanto nosotros los que por la misericordia divina hemos logrado penetrar el hondo abismo de nuestra desgracia, procuraremos expiar en el tiempo nuestros pasados excesos, aceptando el azote de la penitencia que nos sana, aprovechándonos de la gracia de los sacramentos que nos salvan y purifican, castigando voluntariamente en nuestros cuerpos las culpas que tan terriblemente expió el Salvador en su humanidad santísima. De este modo lavados en el baño saludable de la sangre del cordero sin tacha, podremos presentarnos un día en su tribunal augusto á recibir de sus manos la aureola de la inmortalidad.

SERMON

SOBRE LA CORONACION DE ESPINAS.

JESUCRISTO CORONADO DE ESPINAS EN EL PRETORIO DE PILATOS, SE MUESTRA Á NUESTRA FÉ TANTO MAS DIGNO DE NUESTROS HOMENAJES Y ADORACIONES, CUANTO MAS SENSIBLES Y PROFUNDAS FUERON LAS HUMILLACIONES Á QUE SE SOMETIÓ POR NUESTRAS CULPAS.

Milites præsidis suscipientes Jesum in prætorium, congregaverunt ad eum universam cohortem.... et plectentes coronam de spinis, possuerunt super caput ejus, et arundinem in dextera ejus.

Los soldados del presidente cogiendo á Jesus, y poniéndole en el pórtico del pretorio, juntaron al rededor de él la cohorte toda entera.... y entretegiendo una corona de espinas se la pusieron sobre la cabeza, y una caña por cetro en su mano derecha.

MATTH. XXVII. 27 ET 29.

CUANDO yo medito, M. A. O., las palabras que la Iglesia consagra á celebrar la coronacion de Jesucristo en el misterio de este dia, asómbrame y no poco oirla repetir aquella sublime invitacion que hacia la esposa de los Cánticos á las hijas de Sion: «Salid, las decia, y vereis al rey Salomon con la diadema que le cinó su madre en el dia de sus desposorios, dia en que quedó colmado de júbilo su corazon.» (1) ¿Qué punto de afinidad puede haber entre un rey, á quien hacen la corte multitud de valientes, que custodian su lecho con el mayor cuidado, armados de alfanjes para evitar que su sueño sea sorprendido por el menor accidente (2), y otro rey cercado de

(1) Cant. III. 11.

(2) Ibid. 7, 8.

fieros sayones, de soldados insolentes que le mofan y escarnecen del modo mas cruel? Cierto que Jesucristo es el verdadero Salomon. de quien el otro no fué mas que una figura, un tipo imperfectísimo. Mas sin embargo, ¡qué diferencia tan marcada se encuentra entre ambos! ¡Cuán distintos son los caractéres que designan su respectiva dignidad! ¡Qué diversos los trofeos de su grandeza y soberanía! Allí veo alzarse un trono fabricado de las mas esquisitas maderas del Libano: cuyas columnas son de plata, el respaldo de oro, el techo de púrpura, y el centro de un esmalte precioso que inspira delicia y amor (1). Aquí no se presenta á mi vista otra cosa que una tosca piedra sobre la cual se sienta el que fué ungido rey por el Eterno sobre la montaña de Sion, y veo en su mano una fragil caña, símbolo irrisorio de su poder, y sobre sus hombros un asqueroso harapo que representa la púrpura régia. A aquel le admiro en el colmo de la mayor ventura recibiendo de las manos de una madre tierna y amante la guirnalda del desposado al ir á celebrar sus bodas con el objeto de su mayor cariño. A este le contemplo en la mas profunda ignominia recibiendo en sus sienes una corona de penetrantes espinas que en su ciego furor le ha entretregido una madrasta cruel y bárbara..... ¡Qué contraste!

No obstante, M. A. O., á pesar de todas estas esterioridades que tanto rebajan á nuestros ojos ese monarca invisible, cuya gloria y magestad es toda interior, Jesucristo se muestra á nuestra fé incomparablemente mas grande, mas magnifico, mas escelso y digno de honor en su misma ignominia que Salomon en el apogeo de su grandeza: *Et ecce plusquam Salomon hic* (2). Y á despecho de esa tristeza que muestra en su semblante, su corazon rebosa de gozo, porque en este dia se desposa con la humanidad desgraciada para unirla á si con los vínculos indisolubles de la mas tierna caridad, porque hoy consuma la grande obra de la redencion tan suspirada de su alma: *Dies desponsationis ejus, dies lætitiæ cordis ejus.*

Salid hoy pues, cristianos, de esa esfera en que os tienen apriisionados vuestros sentidos; remontaos á las alturas de la revelacion,

(1) Cant. III. 9, 40.

(2) Matth. XII. 44.

á la region de las cosas divinas, y venid conmigo á considerar « la majestad de Jesucristo vilipendiada y escarnecida por los judíos, pero ensalzada y reconocida por el universo en esas mismas humillaciones con que intentó envilecerla la maldecida Sinagoga, y tanto mas digna de nuestros homenajes y adoraciones, cuanto mas sensibles fueron los ultrajes é insultos que sufriera en el pretorio. » Hé aquí el misterio de grandeza y de humillacion, de exaltacion y de abatimiento, de gloria y de deshonor que hoy os convido á contemplar en la persona de un Dios-Hombre que ha trocado por una corona de espinas la corona inmortal de su eterno imperio. Acudamos ante todo al trono de la gracia á implorar las luces celestiales por la mediacion de la santísima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Desde los tiempos mas remotos venia consignándose en los libros proféticos la régia dignidad de Jesucristo. Isaías habia leído en la orla de sus vestiduras el lema de Rey, legislador y soberano (1). Él mismo le habia visto á través de las edades como un príncipe magnánimo hollando con su planta la corona de los soberbios hijos de Ephraim (2). Jeremias le habia llamado Señor de los ejércitos (3). David le habia saludado de lejos Monarca escelso, guerreador intrépido, invencible en la pelea (4), cuyo dominio abarcaria ambos mares y desde las orillas de los rios hasta las estremidades de la tierra (5), cuyo trono permanecería inalterable por siglos y siglos, y á cuyo cetro de rectitud y de justicia rendirianse todos los pueblos del orbe (6). Estas magníficas ideas, encarnadas digámoslo así en los

(1) Isaïæ. XXXIII. 22.

(2) Ib. XXVIII. 2 et seq.

(3) Jerem. LI. 49.

(4) Psalm. XXIII. 8.

(5) Psalm. LXXI. 8.

(6) Psalm. XXXIV. 3 et seq.

vaticinios de los videntes, en las alegorías de la antigua ley, y en las tradiciones antiguas del pueblo hebreo, habian llegado inalterables á la época en que el Mesías apareció en el mundo: pero como los judios carnales esperaban ver al prometido rey de Israel rodeado del formidable aparato de un conquistador terreno, sin tener en cuenta que el penúltimo de los profetas les habia prevenido que aparecería lleno de mansedumbre, sin magnificencia exterior y sin ninguno de esos signos sensibles que revelan el orgullo y la altivez de los príncipes mundanales (1), desconociéronle completamente, y lejos de tributarle los honores debidos á su augusta dignidad, le juzgaron por el contrario un usurpador ambicioso que aspiraba á arrebatar el cetro á los legítimos herederos del trono de David. ¡Cómo si pudiese deslumbrar un sòlio de tierra al que sobre las nubes reinaba sobre todo el universo! ¡Como si aquel que huia presuroso y se ocultaba en la soledad cuando un pueblo creyente queria colocar sobre sus sienes una diadema perecedera, fuese capaz de ambicionarla ni menos de conspirar para conseguir su posesion!

Ello es que, como observa San Juan Crisóstomo, esto bastó para inspirar á los enemigos de Jesucristo un género de venganza hasta entonces desconocida, y como por otra parte habian oido á Pilatos denominarle alguna vez rey de los judios, persuadiéndose de que este titulo solo se lo daba por una especie de irónica befa, se proponen humillarle y atormentarle bajo este concepto y preparan una coronacion tanto mas ignominiosa é impía, cuanto que con ella insultaban uno de los atributos mas respetables de su divinidad (2). Cogen pues al Salvador, desnudándole por segunda vez de sus vestiduras con que acababa de cubrir las sangrientas llagas de la flagelacion, vísténle un andrajoso harapo de púrpura á manera de manto real, y reuniéndose á su alrededor toda la cohorte del palacio del presidente, comienzan á parodiar la mas irónica y sangrienta escena, remedando las oficiosas adulaciones de los viles parásitos que se disputan la honra de saludar á sus príncipes. No basta esto: sino que

(1) Zachar. IX. 9.

(2) S. Chrysost. Hom. 88 in Matth.

formando de espinosos juncos marinos una horrible é ignominiosa diadema, se la colocan en la cabeza apretándola con inaudita crueldad, y poniéndole en su mano derecha una caña á guisa de cetro, comienzan á pasar por delante de él inclinando la rodilla, y saludándole con acento sarcástico: «Dios te salve, rey de los judíos.» *Ave Rex judæorum*. Por último añadiendo á la burla el dolor, ármense de palos, y ya con estos, ya con la misma caña que le quitan de las manos, le clavan las espinas de la corona con una violencia tal que penetrando la piel, horadando el cerebro, traspasando los delicados tejidos de su divina cabeza se abren paso á través de la frente, y hacen correr por su rostro un rio de sangre. Jamás la crueldad se mostró mas ingeniosa y fecunda en artificios para atormentar á un hombre. Y como si fuese poco todavía lo hecho, no cesan de abofetearle, de escupirle, de mesarle las barbas y el cabello, de escarnecerle con insultantes gesticulaciones, y saciando en su adorable persona el furor de que se hallaban ébrios por cuantos medios les sugeria el infierno, continuaban arrodillándose en su presencia, y repitiendo aquel irónico saludo: «Dios te salve, rey de los judíos.»

Ved, M. A. O., si puede imaginarse una escena mas dolorosa y humillante á la vez. Aquí se presenta la magestad y dignidad real de Jesucristo vilipendiada, envilecida, insultada hasta un punto que no es fácil comprender. Solo aquel que tenia el sentimiento de su positiva grandeza, de su dignidad sin semejante, de su suprema autoridad, de su magestad infinita, de su independenciam sin limites, podia medir el profundo abismo de ignominia y de crueldad que encerraba aquella coronacion sacrilega é impia; solo aquel que habia sido proclamado rey y soberano universal desde el principio de los siglos para obrar la salvacion en medio de la tierra (1), y á quien se le diera en herencia todas las naciones del mundo, para herir á los soberbios monarcas terrenales con un cetro de hierro y desmenuzar su imperio como un vaso de barro (2), era capaz de apre-

(1) Psalm. LXXIII. 12.

(2) Psalm. II. 8, 9.

ciar en su justo valor cuanto tenia de horrible y repugnante aquel acto á que se sujetaba por amor de la humanidad en cumplimiento de los decretos del cielo. Mas por lo mismo que el amor era quien le impulsaba, y que la salvacion del mundo era el gran fin que se proponia, en vano el principe de las tinieblas pretendió por este medio vencer la resignacion del Salvador ni triunfar de su heroica paciencia, antes bien, como dice Tertuliano, parecia gozarse en aquellos insultos y experimentar una singular complacencia en sus acerbos dolores, por cuanto aquel cetro de burla, aquella púrpura de befa, aquella diadema de oprobio, eran los verdaderos trofeos del pacífico reinado que venia á ejercer sobre las almas, los signos visibles de su misericordia y amor para con el hombre. Por eso le veis apacible, tranquilo, inalterable en medio de tantos insultos y de tormentos tan atroces, para manifestarnos el carácter distintivo de su imperio, la índole esencial de su futura dominacion, á saber, la indulgencia con el culpable, la compasion con el débil, el perdón con el estraviado, la clemencia con el vencido; atributos todos dignos de aquel que habiendo reinado antes del nacimiento de la aurora en la gran córte de los soberanos espíritus, cuando se propuso asentar su trono sobre las ruinas de un mundo maldecido se despojó de la brillante diadema de la inmortalidad, arrojó la espada de la justicia, se desnudó de la púrpura de la gloria, y solo se mostró á nuestra vista con los oscuros signos de un pacífico conquistador, llevando delante de sí la caridad, rodeado de la mansedumbre, escoltado por la humildad, y sin otro aparato que el de sus inagotables beneficios.

Ahora bien, M. A. O., concíbese hasta cierto punto que una soberania tan singular, una dignidad real tan poco conforme á las ideas de un pueblo carnal ignorante, pudiese ser desconocida por aquellos que esperaban ver al futuro Mesías aparecer con un formidable aparato de numerosos ejércitos, de guerreros invencibles, de esclavos uncidos á su carro vencedor, de reyes encadenados, de pueblos conquistados, segun que su imaginacion poética se lo habia pintado. Pero ¿cómo concebir que esa misma dignidad de Jesucristo haya podido ser ultrajada y vilipendiada en los siglos posteriores

por unos pueblos redimidos con su sangre, é ilustrados con su doctrina? Hed aquí el grande, el incomprendible misterio de las ignominias del Dios-Hombre. Nosotros, cristianos, marcados con el sello regenerador del santo bautismo hemos reconocido ese reinado de Jesucristo que es su fé, su Evangelio, su Iglesia; hemos profesado una obediencia inalterable á sus leyes y preceptos, hemos aceptado su doctrina y su moral, y hemos rendido homenaje á la divinidad de sus dogmas. Hasta aquí no hemos hecho sino cumplir fielmente un deber gravísimo y esencial de nuestro carácter de vasallos de ese monarca Eterno cuya magestad acatamos, cuya soberanía confesamos en teoría. Empero ¡ay de mí! ¿No hemos jamás menospreciado de hecho los derechos de ese rey supremo? ¿No nos ha acontecido por desgracia vilipendiar é insultar mas de una vez con nuestra conducta esa magestad adorable? ¡Recuerdo doloroso! Los soldados de Pilatos solo una vez y de un modo material coronaron á Jesus de espinas, le vistieron de oprobiosa púrpura, é insultaron su poder poniéndole en su diestra una frágil caña por cetro. Pero ¡cuántas veces de la manera mas cruel los hijos de la Iglesia, los discípulos de ese Dios Salvador, los súbditos de ese monarca celestial han reproducido en el seno del catolicismo esa escena ignominiosa y sacrilega! Cuando en vez de establecer nuestra conducta segun las reglas del Evangelio, vamos á buscar en los principios y máximas del mundo los medios de satisfacer unas pasiones degradantes, unos placeres vergonzosos, unas vanidades frívolas é insensatas; cuando anteponiendo los intereses mundanales á los intereses de nuestra alma, los bienes del tiempo á los bienes de la eternidad, menospreciamos la palabra de Dios, sacudimos el yugo de su ley, hollamos su autoridad, y sin remordimiento por lo presente ni temor por el porvenir nos entregamos á los mas enormes excesos y á los pecados mas graves, ¿qué otra cosa hacemos sino burlarnos mas cruelmente aun que los soldados del pretorio de la régia dignidad de Jesucristo, mofarnos de su poder, insultar su soberanía como si no fuese mas que una ilusion, y clavar sobre su frente una corona de espinas mucho mas cruel é ignominiosa que la que taladró sus sienes en el gran dia de sus oprobios? Y cuando sin hacer caso de las buenas

inspiraciones que caen en nuestro corazon como una semilla deramada por la mano del Divino Labrador, nos engolfamos en las solicitudes del siglo, en las distracciones de la vida presente, y en ese perpétuo flujo y reflujo de negocios que á manera de espinas vienen á sofocar el buen grano, segun el simil de los divinos libros, ¿no menospreciamos realmente la autoridad de aquel que es el dueño legitimo de todos nuestros pensamientos y de nuestras afecciones?

¡Ah! El ojo observador de Dios ha recorrido la tierra estéril de nuestras almas, y no ha encontrado en ella sino abrojos punzadores, espinas penetrantes, las espinas del vicio, los abrojos de las pasiones, las ortigas de la sensualidad que convirtiéndose para Jesucristo en una cruel diadema, le hieren y mortifican en lo mas sensible de su corazon amante. ¡Oh rey de la gloria! Cuando yo te contemplo tan vilipendiado, escarnecido y atormentado por los mismos que debieran formaros un trono de amor en sus almas ingratas, por los que debieran ser la corona de tu gloria y el objeto de tu gozo, no puedo menos de experimentar el disgusto mas profundo y la mas justa indignacion. ¿Es posible, me digo á mí mismo, que así se atrevan á deshonar é insultar al monarca de los siglos que por amor del hombre quiso aceptar la dolorosa corona del pretorio, para darle en cambio la diadema de los escogidos en la gloria? ¿Es posible que de esta suerte ultrajen la soberana magestad de quien siendo rey inmortal cambió por una caña el cetro de su imperio sin limites para hacernos á nosotros dueños absolutos de un reino que no tendrá fin? ¿Es posible en fin que con tanta osadía escarnezcan el poder y la grandeza de aquel que si se dignó tomar el andrajoso manto con que le vistió la sinagoga, no fué sino para merecernos á nosotros el manto real de la inocencia, declarándose desde aquel momento el consuelo del atribulado, el apoyo del débil, el protector del desvalido, el modelo y la esperanza de cuantos sufren en la tierra? ¡Y aun seguimos befiando á Jesus con nuestra vanidad, insultándole con nuestra soberbia, humillándole con nuestra altivez, desafiándole con nuestra arrogancia! ¡Y todavia continuamos pisando su cetro con nuestra desobediencia, hollando su trono con nuestra rebeldia, haciendo girones su púrpura con nuestras continuas transgresiones de

su santa ley! ¡Y no nos cansamos de herir sin duelo aquella cabeza sobre la cual derramó el Eterno la unción celestial de la justicia y de la santidad infinitas, atravesándola incesantemente con nuestros torpes pensamientos, con nuestros afectos impuros, con nuestra lúbrica sensualidad!

¡Oh! Ahora sí que comprendo toda la verdad, toda la estension de aquel terrible anatema lanzado por los lábios del Criador sobre el hombre delincuente: «Maldita será la tierra en tí, y no producirá sino espinas y abrojos.» Esta maldicion dirigida en el principio de la creacion á una tierra material, dice un Santo Padre (1), no fué sino la figura de otra mucho mas terrible con que fué herida la tierra espiritual del corazon humano. Desde entonces pasó á este la funesta fecundidad de aquella, y no viene produciendo mas que los abrojos del vicio, las espinas de las malas pasiones, obras de perdicion, crímenes y escesos enormes, que propagándose cada vez mas en el mundo renuevan sin cesar la escena del pretorio, formando un haz penetrante y doloroso que lastima y hace brotar sangre de la cabeza del Salvador. Porque ¿qué otra cosa significaba aquella deshonrosa y cruel corona que á Jesus pusieron los soldados de Pilatos, pregunta un espositor sagrado, sino esa multitud de delitos que forman el tejido de la vida del pecador para atormentar á manera de agudas espinas al que de ellos se hizo responsable aceptando la pena que merecian (2)? Si, esclama otro sábio escritor: designio fué de la Divina Providencia que la maldicion del hombre que en el paraiso comenzó por las espinas, concluyera tambien por las espinas (3). Sin embargo, el hombre burla frecuentemente ese alto designio de la infinita bondad, y oponiéndose ingrato al grandioso objeto del Salvador misericordioso y clemente que se propuso arrancar de nuestro corazon las espinas del vicio, recibiendo en su real cabeza las espinas de la tribulacion, no cesa de clavar mas y mas éstas en aquellas sienes divinas, centro sagrado de todos los misterios de la

(1) Antioq. in Marc.

(2) V. Beda Caten. in Joan.

(3) Grot. in Matth.

divinidad, depósito inagotable de los tesoros del cielo. Espinas son, y sobremanera punzantes, nuestra loca ambicion, nuestra desenfrenada gula, nuestra ardiente ira, nuestra vergonzosa molicie, nuestros lúbricos goces, y todos esos apetitos desordenados que nos arrastran al mal. Cañas débiles son, pero altamente injuriosas á la magestad de nuestro supremo rey Jesus, nuestra vanidad ridicula, nuestra presuntuosa habilidad, nuestra ciencia prestada, nuestra quimérica y petulante erudicion, con la que tornándonos contra el Dios de la ciencia y del poder, pretendemos disputarle su grandeza é insultar su soberanía. Girones inmundos de ignominiosa púrpura son nuestra desvergüenza en el pecar, nuestro repugnante impudor, nuestros escándalos y libertinajes, y esa fastuosa pompa de nuestros trages, y ese lujo irritante de que hacemos pública ostentación á la faz de la miseria, y ese cinismo asqueroso con que nos presentamos en el templo santo, cuando el rubor de nuestras culpas debiera cubrir nuestras frentes... ¡De tantas y tan variadas maneras ajamos la magestad divina, vilipendiamos su gloria, escarnecemos su grandeza, insultamos su soberanía, y reproducimos donde quiera la escena del pretorio!

Hay todavia mas. Existe dentro de nuestras almas un imperio de Jesucristo que en vano intentaria el hombre destruir. El derecho que ejerce sobre nuestro porvenir es innegable, absoluto, eterno. Cierto que en su bondad é indulgencia respetó nuestra libertad, dejándonos el poder de obedecer sus leyes ó de sacudir su yugo, de honrarle con nuestras adoraciones, ó de negarle los homenajes de nuestra dependencia. Y esta condescendencia, esta dulzura de su reinado quiso manifestarnos aceptando la caña frágil que en lugar de cetro le ofreció la Sinagoga como simbolo de flaqueza y enseña de debilidad. Y bien, M. A. O., ¿seria creible que pudiese haber cristianos capaces de hacer causa comun con los judíos, convirtiendo en motivo de irision y de befa lo que para ellos ilustrados por la fé no debiera ser sino un motivo poderosísimo para honrar mas profundamente á ese monarca que testimonios tantos de su bondad y amor nos diera en el pretorio de Pilatos? Sí, católicos, esto que pareceria un imposible se realiza todos los dias entre nosotros. ¿No oís á unos tachar

la ley evangélica de debilidad, y al cristianismo de impotencia? ¿No ois á otros ridiculizar el culto católico como una preocupacion, é insultar sus dogmas sacrosantos como quiméricos ensueños ó como puros inventos humanos? ¿Y cuántas veces no habeis oido repetir que el cetro de Jesus es una caña quebradiza, puesto que si su religion fuese divina, si sus enseñanzas fuesen verdaderas, su imperio en el mundo seria mas respetado, su poder mas fuerte, su dominio mas universal, y no habria en el cristianismo tantas inconsecuencias, tantas defecciones y vicios tan chocantes?

¡Oh! De este modo se cambia en instrumento de insulto y de befa contra nuestro rey y soberano Jesus, lo que verdaderamente debiera servir de una manifestacion patente, de una demostracion visible de su tolerancia y piedad para con el hombre. Porque ha respetado nuestro libre albedrio, porque ha querido que nuestro yugo sea dulce y nuestra carga leve, porque en su divina misericordia plúgole que nuestras acciones fuesen tanto mas meritorias cuanto mas espontáneas, porque no ha usado con nosotros de un rigor estremado para imponernos sus leyes y hacernos aceptar su dominacion, por eso nos atrevemos á imitar la conducta de los soldados del pretorio, riéndonos de un poder que creemos limitado, y mofándonos de una soberanía que juzgamos menguada. Tan cierto es que no solamente allá en el pretorio de Pilatos se vió escarnecida y vilipendiada la dignidad real de Jesucristo, sino que tambien en el seno del cristianismo se la huella con sacrilega avilantez. El sofisma, el error, la impiedad, el libertinaje, todo se une á la infame cohorte romana para herir con crueles sarcasmos á ese monarca celestial, diciéndole burlescamente: «Dios te salve, rey de los judíos.» *Avé rex judæorum.*

Tiemblen pues los que así escarnecen la régia dignidad de Jesucristo; tiemble el impío que le insulta, el libertino que le ofende, el sensual que aguza con sus vergonzosos vicios las espinas de aquella corona que ciñe las sienes del Salvador; tiemblen todos los que ahora abusan de su misericordia y tolerancia para continuar en sus desórdenes: porque cerca está y no tardará el día en que el Cordero manso del pretorio, convertido en leon terrible de la tribu de Judá, se dejará ver triunfante y glorioso para vengar las injurias hechas á

su real persona. ¡Y triste de aquél que sin haber expiado dignamente sus extravíos cayere en las manos de ese Dios irritado, de ese monarca ofendido! Tarde será entonces para reparar los ultrajes hechos á su magestad; ya no habrá lugar á esquivar las consecuencias del desprecio hecho á su soberanía; preciso será sucumbir á la acción vengadora del que con un soplo de su boca arruinará los tronos del mundo y destruirá toda la creacion; fuerza será someterse al inapelable fallo del Señor del universo.

Antes pues que esto suceda, procuremos M. A. O., dar á Jesucristo una indemnizacion conveniente por las ofensas hechas á su grandeza infinita, por los insultos con que hemos correspondido á su bondad, por los ultrajes con que hemos pagado su amor. Postrémonos ante su presencia, adoremos esa corona de tribulacion con que ha querido mostrarse el rey de nuestras almas, el monarca de nuestros corazones. Besemos ese ignominioso cetro que recibió de las manos de la ingrata Sinagoga para manifestarnos que vino á proclamar el reinado de la paz y de la clemencia. Honremos esa púrpura de escarnio, con que quiso cubrir nuestros repugnantes delitos para darnos en cambio el bello ropaje de la gracia. Saludémosle con toda la efusion y ternura de la fé mas viva: *Ave rex judæorum*: Salud, oh rey de los judios y de los gentiles. Salud, oh rey de todos los pueblos, de todas las razas y de todas las generaciones. Salud, oh rey del cielo y de la tierra. Salud, mi Dios, mi padre, mi consuelo, y mi dicha. Salud, soberano de mis potencias, árbitro de mis destinos, juez de mi causa, corona de mi gloria. Salud, redentor amante, cuya sangre me dió la libertad, cuya muerte me dió la vida, cuyos tormentos me franquearon las puertas del Empireo, y cuyas humillaciones me prepararon una grandeza superior á todo lo humano. Salud, mi Salvador inefable, de quien espero la gracia en el tiempo para serviros y amaros, y despues en premio de mi constancia la aureola de la inmortalidad.

SERMON II

SOBRE LA CORONACION DE ESPINAS.

JESUCRISTO CORONADO DE ESPINAS EN EL PRETORIO DE PILATOS, REVELA TANTO MAS SU GLORIA POSITIVA Y SU VERDADERA GRANDEZA, CUANTO EL ÓDIO Y LA VENGANZA SE MOSTRARON MAS INGENIOSOS PARA ENVILECER Y REBAJAR SU AUGUSTA DIGNIDAD.

Vidimus Jesum propter passionem... gloria et honore coronatum.

Hemos visto á Jesus coronado de gloria y honor á causa de su pasion.

HÆBR. II. 9.

El fenómeno que nos presenta el misterio que hoy somos llamados á contemplar ante esa sagrada imágen de nuestro divino Salvador, en la dolorosa coronacion de espinas de que fué objeto en el pretorio del presidente romano Pilatos, es un fenómeno complejo, puesto que participa de dos caractéres muy diferentes. En él vemos á la vez, como en otra ocasion os dije, un misterio de ignominia y de honor, de humillacion y de gloria, de debilidad y de poder, de servidumbre y de soberanía. En un mismo acto nos ofrece la fè el espectáculo de la mas profunda abjeccion junto con el de la elevacion mas sublime, el cuadro de la magestad real abatida é insultada al par de esta misma majestad ensalzada hasta el mas alto punto: en una palabra, Jesucristo coronado de punzantes espinas, y tratado como rey de befa por los agentes de la deicida Sinagoga, y al propio tiempo coronado de gloria y de honor á causa de su pasion en todo el orbe cristiano. *Vidimus Jesum propter passionem... gloria et honore coronatum.*

Hè aquí el sorprendente fenómeno que escitaba la admiracion del Apóstol y que hoy os convido á contemplar: pues si hemos considerado ya lo que de oprobioso, insultante y cruel envuelve aquella coronacion sangrienta del Salvador, justo es consideremos tambien lo que hay de honroso, de magnífico y grande en esos exteriores simbolos de abatimiento y de miseria. ¿Qué es pues, os preguntaré como en cierta ocasion solemne preguntaba Jesus á los emisarios de su precursor, qué es lo que habeis venido á ver en este agosto misterio? ¿Un Dios-Hombre empuñando por cetro una caña frágil y despreciable con que el ódio de un pueblo insensato ha querido simbolizar lo deleznable y débil del poder de ese que se dice rey de los judios? ¿Un Redentor paciente y benigno que tolera ver ceñidas sus sienes con una trenza de espinosos mimbres, con cuya diadema se complace una soldadesca soez en atormentar al que las turbas aclamáran poco antes monarca de Israel? ¿Un ser en fin resignado y humilde que acepta por amor del hombre el repugnante harapo con que en lugar de régia púrpura cubre sus hombros la malignidad judáica, de la que son ciegos instrumentos los soldados del palacio pretorial, para envilecer y manchar al que á trueque de rescatar al linage desheredado de Adan consintió gustoso en vestir el súcio ropage de la humanidad con las miserias y flaquezas á ella inherentes? Sin duda eso y no otra cosa es lo que á vuestros ojos carnales presenta la escena de la coronacion de Jesus. Pero yo quiero elevar vuestras ideas mas allá de esa atmósfera que respirais, quiero descubrir os el inmenso abismo de gloria que se oculta bajo esos tupidos velos de la humanidad del Verbo tan sensible y cruelmente denostada y envilecida; quiero por último manifestaros que si bien en su cualidad de hombre corporal y terreno, esas ignominias, esos baldones pudieron hacerle parecer inmundo y deshonrado á nuestros ojos materiales, en su cualidad de Dios nada podian afectarle esos signos prestados de nuestra mortalidad, ni empañar en lo mas leve el brillo de su gloria las manchas sangrientas que nuestros pecados imprimieron en sus candidas vestiduras. De suerte que aquí podemos decir con San Pablo, que donde sobreabundó el delito, sobreabundó tambien la gracia, y «tanto mas se reveló la gloria y el

honor de Jesucristo en su dolorosa coronacion, cuanto en ella el ódio y la venganza se mostraron mas ingeniosos para envilecer y rebajar su augusta dignidad de rey y de Dios, de monarca de Israel y de Hijo del Altísimo.»

Tal es el asunto que me propongo desenvolver en este discurso, á cuyo efecto debemos ante todo implorar los auxilios celestiales, interponiendo el valimiento de la que es reina de los mártires y soberana de cielos y tierra, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Repetidas veces os he dicho, M. A. O., que todo cuanto el Hijo de Dios hecho hombre debia padecer en el mundo se hallaba de antemano consignado en las divinas Escrituras, en esos preciosos monumentos de lo pasado, y archivos riquísimos del porvenir. Y en esto no podemos menos de admirar un rasgo sublime de sapientísima prevision con que la Providencia de Dios se propuso hacer mas creíbles é incontestables ciertos hechos, que de otro modo hubieran podido ser objeto de las vanas disputas de los hombres. Pues bien, del mismo modo que en esos depósitos sagrados constaban las ignominias y tormentos del hombre de dolores, hallábanse tambien pintadas con los mas bellos rasgos sus triunfos y sus glorias. David entre otros habia visto á lo lejos la magnificencia y el poder de ese rey celestial en contraposicion á los ultrajes é insultos que debia tolerar su magestad adorable; y contemplándole en un éxtasis maravilloso á través de sus profundas humillaciones, esclama entusiasmado: «¡Oh tú el mas apuesto y hermoso entre los hijos de mujer! Las bendiciones del cielo han caido sobre tí, porque en tus labios se vé brotar la gracia y la uncion divinas. Tú reinarás con la verdad, con la mansedumbre y la justicia que te formarán un trono brillante en el corazon de todos los mortales; y conducido por tu potente diestra á lo maravilloso y grande, traspasarás con tus punzadores

dardos los pechos de tus enemigos; verás humillarse en tu presencia los pueblos; tu trono permanecerá inmóvil á través de los siglos, y el cetro de tu reinado será un cetro de rectitud (1).»

Esta sublime profecía la vemos verificada de una manera clara y evidente en la coronacion de espinas de que fué objeto Jesucristo en su sacratísima pasion. Por entre los ultrajes é insultos con que una soldadesca soez se empeña en escarnecer la autoridad real del Hombre-Dios, y cuando mas profundamente humillada y envilecida la veo en el pretorio por una disposicion secreta, por un maravilloso designio de la voluntad suprema, entonces admiro yo mas ese poder invisible que conduce el curso de todos los acontecimientos á un fin desconocido, cual es hacer brillar mas y mas la soberanía real y divina de aquel Salvador inefable en esos mismos símbolos de debilidad, de impotencia y de oprobio con que pretende burlarse de ella la deicida Sinagoga. ¿Y qué otra cosa son, pregunta San Cirilo de Alejandría, esos insultos, esas befas, esa crueldad de parte de los agentes del odio judáico, sino la consagracion mas visible y patente del verdadero reinado de Jesucristo? ¿Qué otro género de soberanía, qué otros trofeos de grandeza, qué otra córte digna de su invisible magestad convenia al que solo venia á reinar en las almas de los justos por la suavidad y la dulzura de su ley, por la tolerancia y la compasion, por la misericordia y la clemencia, por el amor y los beneficios? ¿Qué otra cosa mas propia para triunfar del corazon rebelde del hombre, y domar su altivez, y avasallar su arrogancia, y abatir su loco orgullo, y enfrenar su ambicion, y calmar su ira, y enseñarle en fin á plegar su cerviz ante los decretos del cielo en la adversidad, en el dolor, en las contrariedades, en todos los lances pesados de una vida sembrada de desgracias y reveses continuos, que un Dios insultado, un rey escarnecido por unos viles y miserables siervos de un príncipe terrenal? Oh no, esclama el sábio Bosuet, nada en la tierra podia escoger el Hijo del Altísimo mas á propósito para darse á conocer como monarca del universo y para hacer mas respetable su magestad invisible, que los ultrajes y es-

(1) Psalm. XXXIV. 3 et seq.

carnios del pretorio. Los homenajes, las honras, las riquezas, las dignidades, los goces, los placeres, todo cuanto aquí bajo forma el objeto de la humana ambicion, era respecto de él demasiado pequeño, limitado y despreciable. Su grandeza positiva debía distinguirse por otros caractéres. Una caña quebradiza en sus manos manifestaba mejor que los dorados cetros que empuñan los reyes, la insubsistencia y fragilidad de todos esos ídolos del humano orgullo que venia á quebrantar con la fuerza de sus humillaciones. Un harapo asqueroso de púrpura sobre sus hombros era mas elocuente que los mantos imperiales, para inspirar el menosprecio que merecen esas vanas esterioridades de poderío y magnificencia con que los hombres encubren las nauseabundas manchas del pecado que él se propusiera lavar con su preciosa sangre. Una corona de penetrantes espinas sobre su cabeza, era mas eficaz que todos los brillantes que adornan las diademas de los príncipes, para enseñar al mundo la vanidad de todos esos objetos que deslumbran los ojos de los ciegos mortales, hacerles conocer el mérito del sufrimiento cuando es sostenido por la virtud, y crear en los corazones la resignacion y la paciencia en los sucesos adversos como condicion esencial de una vida de lucha y de sacrificio. Así es que, como dice San Ambrosio, á pesar de cuanto pudieron decir y hacer los soldados romanos, ellos á su despecho y sin saberlo tributaban á Jesucristo en sus mismos ultrajes aquel honor y aquella gloria que convenia al Hijo de Dios. *Suus Christo non defuit honor*. Y cuando en medio de su brutal algazara, y de sus sangrientos sarcasmos se inclinaban en presencia del Salvador saludándole rey de los judios, no hacian mas que repetir lo que antes habia dicho ya una voz autorizada, lo que su mismo jefe habia consignado formalmente, lo que Pilatos no habia podido menos de reconocer y confesar de una manera oficial y solemne.

Y ved aquí, A. O. M., una nueva demostracion de que en los designios de la infinita sabiduria, los mismos ultrajes y humillaciones con que la real dignidad de Jesucristo era insultada y escarnecida en el pretorio, se convertian en motivos para descubrir y hacer brillar mas esa oculta soberania que formaba el carácter esencial de

su reinado. En efecto, la Providencia dispuso que allí en el teatro mismo de sus ignominias se diese un público testimonio de su grandeza, y como una indemnizacion si bien involuntaria de los menosprecios y vilipendios de que fuera víctima. «¿Eres tú rey de los judíos?» habíale preguntado Pilatos antes de su coronacion (1). Y el Salvador le respondiera: «¿Lo preguntas tú de tu propio motivo, ó es que otros te lo han dicho (2)? Sí: rey soy como tú dices. Para esto nací y para esto vine al mundo, para decir la verdad (3).» Mas á fin de esclarecer al presidente acerca del verdadero sentido de estas palabras, y hacerle comprender que no era del número de esos monarcas terrenos que necesitan del auxilio prestado de los ejércitos para sostener su dignidad y hacerse respetar de sus vasallos, añade: «Mi reino no es de este mundo, pues si de este mundo fuese claro está que mis gentes me hubieran defendido para que no cayese en manos de los judíos: mas mi reino no es de acá (4).» Que fué decir: Mi poder no es material sino espiritual, no terreno sino celestial, no temporal sino eterno. Y tanto eco hicieron en el ánimo de aquel magistrado, y tal fué el respetuoso temor que le infundieran unas palabras tan terminantes, que todo turbado y lleno de inquietud se presenta al pueblo y le dice: «¿Quereis que crucifique á vuestro rey (5)?» Vosotros sabeis la bárbara respuesta de aquella multitud amotinada. ¿Pero qué importa que no quisiese aceptar otra dominacion que la del César? ¿Era esto bastante para anular el público testimonio que Pilatos diera de la régia dignidad de Jesucristo? ¿Podía atenuar en lo mas minimo una confesion tan explicita? No: y prueba es del íntimo convencimiento del presidente en este punto, que cuando despues de ejecutada la cruel sentencia de muerte mandó fijar sobre la cruz aquella inscripcion tan gloriosa: «Este es Jesus Nazareno rey de los judíos (6),» jamás consintió en ceder á las pro-

(1) Joan. XVIII. 33.

(2) Ib. 34.

(3) Ib. 37.

(4) Ib. 36.

(5) Ib. XIX. 15.

(6) Ib. 49.

testas y exigencias de los que pedian fuese borrado aquel titulo, contestando con enérgica firmeza: «Lo que he escrito, escrito está (1).»

¡Oh expresion sobremanera elocuente! ¡Oh triunfo admirable de la magestad del rey de los siglos! ¡Qué honra, qué gloria mas positiva podia recibir la dignidad real del Hombre-Dios, que ser consignada de un modo tan brillante en medio de sus ignominiosos ultrajes, por aquel que entonces pluguiera al cielo elegir órgano suyo, instrumento é intérprete de su voluntad? Insultad en buen hora, oh ciegos soldados, la magestad invisible de ese humilde Nazareno; escarneced el poder oculto de ese monarca manso y apacible que ahora aparece entre vosotros como el oprobio de los hombres y lo mas despreciable de la plebe; redoblad la befa y la crueldad en ese sér abatido que á manera de vil gusano hollais con vuestra inmunda planta, porque en él no veis otra cosa que la mas profunda debilidad... Saludadle con irónica sonrisa: «¡Rey de los judíos, Dios te guarde!» Si lo es, y lo será á despecho de vuestras burlas y denuestos, lo es y lo será mal que pese á vuestra bárbara saña. Vuestro mismo presidente le ha dado ese titulo honroso, lo ha consignado en un instrumento público, y esa cualidad augusta permanecerá ya para siempre grabada con indelebles caracteres en todo el universo. Y vosotros hombres desacertados que solo abrigais pensamientos de orgullo, aspiraciones de vanagloria, sentimientos de desmedida ambicion, ved al que adoran los ángeles, al que reina en el cielo y en la tierra, al que con una sola palabra sacó al mundo de la nada, al que juega con el universo cual si fuese una leve pluma; venid á prostraros en su presencia y á tributarle el homenaje debido á su soberania, saludándole con el mas profundo acatamiento: *¡Ave rex!* Si es que esos exteriores signos de flaqueza os hacen vacilar, avivad vuestra fé, y á través de ellos reconocereis á aquel que dá sus leyes al universo y cuya justicia hará un dia resplandecer su verdad en el castigo que decretará al malvado que reusó aceptar las recompensas de su misericordia, bien así como en la gloria con que

(1) Joan. XIX. 22.

coronará á los que obedientes á su voluntad le hubieren servido fielmente. Acercaos, repito, y alumbrados por la antorcha de la revelacion, admirareis en Jesus coronado como rey burlesco en el pretorio de Pilatos el bello ideal de la grandeza que un sábio del paganismo encontraba en el justo perseguido, insultado y escarnecido; reconocereis que en su mismo abatimiento se muestra mas temible y respetable que los monarcas terrenos en medio del oro deslumbrador de una córte brillante y de las oficiosas adulaciones de unos viles parásitos.

Por mi parte, Dios mio, yo os venero, yo os honro, yo os amo, y cuanto mayores son los ultrajes de que sois víctima, y mas sensibles los desprecios que á vuestra régia dignidad hace un pueblo embriagado de ódio y ciego de furor, mas digna me parece de mis homenajes y adoraciones. ¡Oh! Esos ultrajes, esos insultos pudieran muy bien, M. A. O., afectar las almas pequeñas y vulgares. Pero cuando ellos recaen sobre un Hombre-Dios, cuando se dirigen al que es grande y poderoso por excelencia, entonces los menosprecia generoso, los perdona magnánimo, porque solo aspira á reinar con la clemencia y la bondad. Tal es el carácter de Jesucristo, hé ahí su régia dignidad; ved lo que os enseñan en el pretorio su frente ceñida con una diadema de espinas, su mano empuñando un cetro de caña, y sus hombros cubiertos con un harapo de súcia púrpura. ¡Enseñanza sublime! Así convenia que se presentase el que descendió del cielo para ser el rey de las almas afligidas, de los corazones quebrantados por el dolor y el infortunio. Hombres desgraciados que venís atravesando en la tierra una penosa y estrecha senda de reve-ses y amargas que frecuentemente os hacen vacilar y caer... ¡Ved á vuestro rey, el rey del dolor, el rey del sufrimiento y del infortunio! Si debiéseis venerar á un Salvador rodeado de gloria y de honores, sentado sobre un trono resplandeciente, dispensando á manos llenas los frágiles tesoros que ambiciona la codicia, y no prometiendo sino goces y placeres, acaso le veneraríais mucho menos, quizás, y no temo engañarme, os inspiraría menos respeto. Pero le veis reducido al mayor exceso de ignominia, sumergido en un océano de tormentos, sin otro trono que una tosca piedra, sin mas cetro

que una caña despreciable, sin otra diadema que una corona de espinas, y sin embargo le respetais con la mas profunda sumision, le adorais con los sentimientos de la fè mas viva... ¿Y por qué? Porque nada concebís mas respetable que el dolor y la adversidad; porque nada reconocéis en la tierra mas digno de adoracion y de amor que las ignominias toleradas con inalterable resignacion, sobre todo cuando ellas envuelven un sublime sacrificio por la salvacion del género humano.

Jamás, M. A. O., se vió surgir del fondo del deshonor y de la ignominia, un fondo tan inmenso de magestad, de honra y de gloria. La régia dignidad de Jesucristo se vé donde quiera proclamada con motivo de los ultrajes que sufrió en su coronacion. Ellos han creado esas almas heróicas que haciéndose los apóstoles de la caridad, han despreciado los peligros, las penalidades y la muerte misma por consagrarse á consolar las lágrimas del infortunio y á cicatrizar las heridas del corazon humano. Ellos han inspirado los generosos sentimientos de tantas víctimas del amor divino que cambiando los goces y bienestar de la vida presente por los trabajos y sinsabores de una existencia de inmolation y sacrificio, solo han pensado en prestar útiles servicios á la humanidad doliente en los asilos de la mendicidad ó del dolor. Ellos... Mas aparte de estos triunfos frecuentemente invisibles, ¿quién no vé esos otros que la coronacion de Jesus ha hecho palpables en todo el universo? ¿No reina en todos los ámbitos de la tierra ese Jesus objeto de humillacion y de desprecio en el pretorio de Pilatos? ¿Hay muchas testas coronadas que no hincan hoy su rodilla ante aquel que allí no tenia por diadema mas que una corona de espinas, por púrpura un andrajo y por cetro una caña? ¿No es esa caña la que ha humillado al infierno, ha quebrantado el poder del paganismo, ha dispersado á la Sinagoga, y levantado sobre sus escombros ese reino espiritual eterno é incorruptible que jamás tendrá fin?

Pues todavia falta otra proclamacion de la régia dignidad del Salvador mas ruidosa y sorprendente, porque será mucho mas espantosa y terrible: la que segun el oráculo del mismo Jesucristo deberá verificarse al fin de los tiempos. Habiale interrogado el sumo sacer-

dote si era el Cristo, Mesías hijo de Dios, y él le respondió: «Tú lo has dicho: y además te declaro que en su día vereis aparecer á este hijo del hombre sentado á la diestra de la magestad de Dios sobre las nubes del cielo (1).» Si, católicos, llegará ese día, y entonces la caña de Jesucristo se convertirá en un cetro de hierro que despedazará los cetros de los reyes de Oriente y Occidente, del Septentrion y del Mediodía que no quisieron humillar sus soberbias frentes ante el poder del Monarca supremo: su ignominiosa púrpura se trocará en un manto de gloria que deslumbrará y confundirá á los que en su loco delirio se burlaron impíos de su magestad y le negaron sus adoraciones; y su ensangrentada corona cambiándose en una diadema de honor y de grandeza humillará, y abatirá á los que con sus pasiones y vicios penetraron é hirieron sus divinas sienes. En vano clamarán entonces como aquellos de quienes habla un profeta: ¿De qué manera, Señor, os hemos punzado? ¿Cómo y cuándo os hemos herido? *¿In quo configimus te* (2)? El Señor les responderá: Me heristeis con vuestros ojos mirando objetos lascivos, me heristeis con vuestra lengua blasfemando mi nombre, me heristeis con vuestras manos arrebatando al pobre el fruto de sus sudores, me heristeis con vuestros piés corriendo en pos de la injusticia, me heristeis con vuestras impiedades y sacrilegios, con vuestras profanaciones y escándalos, con vuestro orgullo y vuestra vanidad, con vuestra ambicion y vuestra molicie; me heristeis escarneciendo mi religion, satirizando mis dogmas, burlándoos de mi Evangelio, ridiculizando mis misterios; me heristeis en una palabra por cuantos medios os fué dable hacerlo. Espinas y nada mas me ofreció en cambio de mi amor el presuntuoso incrédulo que anteponiendo á mis enseñanzas los sistemas corrompidos de su imaginacion, sacrificó mi fé á los delirios de una filosofia atea y material. Espinas me dió el hereje procaz que en su ciega obstinacion prefirió á la sabiduría de mis eternos principios los abortos monstruosos del error. Espinas me devolvió el cristiano infiel é ingrato á mis beneficios, que aban-

(1) Matth. XXVI. 64.

(2) Malach. III. 8.

donando mi ley se lanzó en el hondo abismo de los placeres mundanales, de los goces lúbricos de la carne, y corriendo de vicio en vicio y de maldad en maldad, traspasó todos mis preceptos y abusó en todos sentidos de mi bondad y misericordia, etc.

Así es como en el día grande y terrible del Señor se consumarán los triunfos de Jesús; y el que hoy vemos coronado ignominiosamente de espinas, se mostrará entonces coronado de gloria y honor, para confusión y eterno oprobio de todos sus enemigos. ¡Oh! ¡Plegue al cielo que nosotros participemos de ese triunfo, y que seamos objetos de su amor y no de su venganza! Al efecto, M. A. O., aceptemos al presente sus ultrajes, no nos avergoncemos de sus humillaciones, abracemos sus insultos, estrechemos fuertemente esa caña de nuestra fragilidad, cubrámonos con ese manto que oculta nuestras miserias, apretemos fuertemente en nuestras sienes esa corona dolorosa que cura nuestra soberbia y abate nuestra altivez. Saludémosle nuestro rey y nuestro Dios, y como á tal honrémosle y amémosle con perseverancia; proclamemos donde quiera á despecho de un mundo cínico é incrédulo su régia dignidad en medio de su profundo abatimiento; participemos de ella recibiendo y tolerando pacientes y resignados todos los dolores y adversidades que la providencia del cielo se digne enviarnos. De este modo seremos como Jesús reyes en virtud de la fortaleza con que triunfaremos de nosotros mismos, de la rebelión de nuestro orgullo, de los impetuosos movimientos del amor propio, y de todas esas pasiones que conspiran para nuestra ruina espiritual. Y llegado el momento de celebrar los desposorios del divino Salomón, seremos con él admitidos á celebrar el día de la mayor alegría de su corazón en las celestiales mansiones de la gloria.

SERMON

SOBRE LA PRESENTACION DE JESUCRISTO AL PUEBLO.

JESUCRISTO PROCLAMADO PÚBLICAMENTE HOMBRE-DIOS EN EL PRETORIO, SI BIEN NOS MANIFIESTA LA INFINITA CARIDAD QUE LE MOVIÓ Á HACERSE EL HOMBRE DE DOLORES POR REDIMIRNOS DE LA ESCLAVITTD DE LA CULPA, MUÉSTRANOS TAMBIEN CUÁN TERRIBLE SERÁ UN DIA LA ACCION DE SU JUSTICIA SOBRE LOS QUE OBSTINADOS LE OFENDEN Y QUEBRANTAN SUS DIVINOS PRECEPTOS.

¡ *Ecce homo!*

¡ Hed ahí el hombre!

JOAN. XIX. 5.

LLEGÓ, católicos, el dia suspirado por la antigua Sion. Durante muchos siglos venia derramando amargo llanto y dirigiendo al Señor sus ardientes votos porque se dejase ver en el mundo el Hombre-Dios, el Hombre-modelo, el Hombre-tipo, el Hombre por escelen-
cia, el Hombre que debia reconciliar la tierra con el cielo, el que estaba llamado á asentar los cimientos de un edificio impercedero, de un reino inmortal, de un imperio que no tendria fin (1). ¿Y
quién es ese hombre misterioso, objeto de tantos suspiros, de tantas súplicas y de deseos tan vehementes? ¿Quién es ese á quien los profetas anunciaron con tanta magnificencia, á quien los patriar-
cas pidieron con ruegos tan importunos, á quien los sacrificios de la antigua ley prefiguraron de tan diversas maneras, y á quien el uni-

(1) Et regni ejus non erit finis. (Luc. I. 33.)

verso entero no cesó de llamar en su prolongada agonía para que viniese á quebrantar las duras cadenas que le oprimian?

¡Oh! Espectáculo digno de la mas profunda veneracion es el que la fé nos presenta en este dia. Acercaos al pretorio del gobernador romano Pilatos, y él mismo os mostrará con el dedo ese ser misterioso, conjunto de humillacion y de grandeza, de abatimiento y de magnificencia, de debilidad y de poder, de ignominia y de honor. ¿Veis ese que cubierto con una andrajosa púrpura, empuñando un cetro de caña, y coronado con un haz de espinas, es presentado á las masas turbulentas del pueblo judío que piden con fuertes gritos su sangre? Pues ese es el hombre singular que reasumió un dia los votos, los suspiros, las lágrimas y las preces de todo un mundo desgraciado que veia en él su apoyo, su gloria, su esperanza, su libertador: *¡Ecce homo!* Ese es el que los justos de la antigüedad pedian con tanta instancia al cielo, á la tierra, á las nubes, á los collados, á los valles, como la lluvia beneficosa que debia hacer fecundo un suelo esterilizado por la maldicion divina, como el rocío suave de la mañana que habia de calmar con su frescura la fiebre ardiente de la humanidad enferma y desahuciada, como el hermoso tallo de la raiz de Jesé que brotaria en su dia para obrar la reparacion del linage desheredado de Adan pecador: *¡Ecce homo!* Ese es en fin á quien un falso profeta anunció por disposicion divina desde la cumbre del Phogor como la estrella de Jacob y el hombre de Israel segun la version de los setenta intérpretes (1). Y ¡Providencia misteriosa! ese mismo es el que hoy se vé proclamado por un pontífice injusto, por un juez cobarde y tímido, por un presidente romano, Hombre y Rey de los judíos: *¡Ecce homo!*

Tenia dispuesto el cielo que Jesucristo antes de morir en la cruz por los pecados del mundo, fuese reconocido públicamente con estos dos caracteres, de Hombre-Dios y de monarca de Israel á despecho de los que se obstinaban en arrancarle ambos títulos para él sobremetida gloriosos. Y esta proclamacion solemne há lugar en el

(1) Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israel. Num. XIV. 17. Los setenta leen: «et consurget HOMO de Israel.» Vid. Biblia P. Scio, anot. 7 ad hunc vers.

pretorio de Pilatos, por el mismo que despues debia dictar su sentencia condenatoria, y en el mismo sitio en que poco antes fuera el objeto público de la mas sangrienta irrisión, de la befa mas cruel, y de los mas bárbaros ultrajes. Cierto que aquel funcionario idólatra no habló en esta ocasion sino movido por aquel cuyo invisible poder dispone del corazon humano y mueve segun place á sus eternos designios la lengua de sus mismos perseguidores. Cierto que Pilatos no fué sino el instrumento de una voluntad superior á que en vano hubiera intentado resistir. La Omnipotencia de Dios obró empero este prodigio para que tanto mas brillase la verdad de aquella manifestacion, cuanto era mas autorizada y menos sospechosa su procedencia. Y al modo que el antiguo Balaam llamado para maldecir al pueblo escogido, no pudo pronunciar sino las bendiciones que el Señor le dictaba, así tambien Pilatos llamado á condenar á Jesucristo al suplicio ignominioso de los malhechores, se siente inspirado por el cielo para dar un relevante testimonio de la grandeza de su victima, confesándole Cristo, Mesías, Hijo de Dios, hijo del hombre y hombre verdadero, diciendo á las turbas: «¡Hé aquí el hombre!» *Ecce homo!*

— Esto mismo os digo yo á vosotros en este dia en presencia de Jesus reducido al estado mas humillante por sus bárbaros tiranos: Hed ahí el Hombre-Dios á quien debeis adorar, obedecer y amar por lo mucho que os amó y padeció por vuestros pecados: *Ecce homo*. Hed ahí el que con tanta ingratitud habeis ofendido y menospreciado, y que en esa actitud desgarradora condena altamente vuestras iniquidades y vuestros excesos: *Ecce homo*. Pero ved al propio tiempo vuestro juez que un dia debe residenciaros en su augusto tribunal y pronunciar contra vosotros un fallo inapelable: *Ecce homo*. En efecto, Jesucristo en el estado lastimoso en que es presentado al pueblo, y proclamado públicamente Hombre y Dios Salvador del mundo «á la par que nos manifiesta la infinita caridad que le movió á hacerse el hombre de dolores por redimirnos de la servidumbre del pecado, muéstranos tambien cuán terrible será un dia la accion de su justicia sobre nosotros, si obstinándonos como el pueblo judío en no reconocerle, continuamos ofendiéndole y quebrantando

tando sus divinos preceptos.» Esta será la materia del presente discurso, etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Rasgo sublime de la caridad infinita de un Dios fué sin duda, M. A. O., despojarse voluntariamente del bello ropage de la inmortalidad para revestirse de una naturaleza manchada con la culpa, y tomar una carne sobre la cual pesaba una maldición terrible. No podía llegar á mas alto punto la bondad misericordiosa del Verbo que trocar su eterna diadema de gloria por la diadema ignominiosa que el hombre profanára en el Paraiso, cubrir con el velo de la humanidad la brillante imágen de su eterno ser, y aparecer en el mundo en la apariencia de criminal. ¡A tal esceso le obligó su amor! La criatura se habia rebelado contra el Criador; la nada habia declarado la guerra al Ser por escelencia; el polvo habia intentado disputar su soberanía al que con sus omnipotentes manos le amasára comunicándole sus formas, embelleciéndole con su propia semejanza; el hombre en una palabra habia querido escalar el tronó del Eterno, y hacerse Dios como él; y Dios en justa punicion de tamaña rebeldía le despojó de los dones de naturaleza y gracia con que tan generosamente le habia enriquecido, le abandonó á sus pasiones y apetitos, le dejó esclavo de sus desordenadas inclinaciones, y pobre, y miserable, y víctima del dolor y de la muerte. Tal paró á Adán su desobediencia, y la raza que de él nació llevó inoculadas con la sangre de su prototipo las mismas miserias, idénticas desgracias, y su ignominia, y su maldicion y su deshonra. Ved ahí el hombre transformado en rival de Dios por el pecado: *¡Ecce homo!*

Incurable era la herida que en el corazon de la humanidad abriera aquella funesta transgresion. Toda la ruina de Galaad, y los recursos todos de los médicos de Israel no podian conseguir la curacion de un mal tan profundo. Del cielo debia venir el bálsamo divino ca-

paz de cicatrizar aquella ancha llaga que se habia estendido por todo el cuerpo social. El mundo representaba á aquel ser desgraciado que describe un profeta en quien desde los piés hasta la cabeza no habia nada que no fuese podredumbre y hediondez. Preciso fué pues que Dios mismo enviase á su Verbo hecho carne y que éste descendiese á la tierra con todos los caracteres que constituyen al hombre, para que haciéndose solidario de sus culpas, sin participar de su culpabilidad, pudiese dar á la divinidad ofendida una satisfaccion condigna, y rehabilitar de este modo á la raza desheredada en todos los derechos de que hiciera cesion por satisfacer sus quiméricas pretensiones de inmortalidad. Así se decreta en el cielo, y así lo realiza el amor sin limites de aquel Verbo increado. El plazo fijado se cumple, llega la hora, y el Hijo de Dios aparece en el mundo como uno de nosotros. ¡Victoria! Vé ahí, oh estirpe proscripta de Adán, el hombre singular que esperabas para que fuese tu libertador: *Ecce homo*. Vé ahí el Hombre-Dios por quien suspirabas para que rompiese el yugo infame que pesaba sobre tu cuello: *Ecce homo*. Vé ahí el hombre misterioso, objeto continuo de tus lágrimas y suspiros, porque en él veias el consuelo de tu afliccion, el remedio de tus males, la esperanza de tus dichas, y la prenda de tus futuros destinos: *Ecce homo*. Vé ahí el que ha de convertir en bendicion el anatema pronunciado contra ti en el antiguo Eden, el hijo de la mujer que ha de aplastar la cabeza de la serpiente seductora que causó tu ruina, tu Redentor, tu Salvador, tu expiacion y tu rescate: *Ecce homo*.

Tales eran los acentos de triunfo con que la humanidad celebraba la aparicion del Mesias en el mundo, acentos de gratitud y de justo júbilo, acentos de amor que respondian al grito de la caridad infinita de aquel que al dejarse ver en un suelo desventurado, su primer palabra fué un llamamiento á todas las desgracias, á todos los infortunios: «Venid á mí todos los que os arrastrais bajo el peso abrumador de un crimen hereditario, acercaos cuantos gemis víctimas de la adversidad, los que desterrados en esta region de desdichas soportais con pena el yugo de una maldicion que os sigue en pos sin poder desecharla, y yo os aliviare, cargando sobre mí todos esos males que os alligen, y aceptando la responsabilidad de unos

delitos que os es imposible expiar: *Venite ad me omnes qui laboratis, et ego reficiam vos* (1). ¿Podia manifestarse de un modo mas visible y brillante el amor del Verbo hácia los hombres? Yo no concibo otro, M. A. O. Nada hay que me muestre con tanta elocuencia los quilates de esa caridad, que el ver un Dios-Hombre hecho el mediador entre una tierra que no produce sino concupiscencia y pecado, rebelion y muerte, y el cielo preñado de cólera, armado de rayos y amenazando vengar sus ultrajes con el esterminio de toda la humanidad. Pero donde yo acabo de comprender toda la profundidad y estension de ese afecto de bondadosa compasion y tierna misericordia, es en presencia de un Dios humillado, de un Dios herido, de un Dios ultrajado, de un Dios inmortal sufriendo en una carne mortal cuanto de mas ignominioso y duro, cuanto de mas deshonroso y cruel debia padecer el hombre. ¡Y todo por amar tanto á ese sér miserable y débil, á ese sér orgulloso é ingrato que le niega y desconoce en medio de tan sensible abatimiento!

¡Oh! Venid, pecadores, venid conmigo á la casa de Pilatos; fijad la vista en aquel que acardenalado el rostro, sangrientas las manos, descompuesto el cabello, horadada la cabeza, y todo él desfigurado á causa de los mas atroces tormentos es presentado al pueblo judío para reclamar en favor de él un sentimiento de compasion. Lo que el presidente romano dice á aquellas turbulentas masas, os diré yo á mi vez á vosotros: *Ecce homo*. Ved ahí el hombre que sin participar de las manchas de nuestra naturaleza ha querido adoptar con ellas todas nuestras miserias para consolarlas, nuestras debilidades para remediarlas, nuestra carne para expiar en ella sus desórdenes, nuestra maldicion para librarnos de ella: *Ecce homo*. Ahí teneis el que sin otro objeto que rehabilitaros y haceros dignos de una vida eterna, se ha hecho la víctima inocente de las iras del cielo, el lazo misterioso que ha de estrechar la misericordia con la justicia, el que va á ratificar el pacto de alianza entre el mundo visible y el invisible, el que va á desarmar el brazo del Omnipotente y á trocar la espada de su venganza en un cetro de clemencia: *Ecce homo*. ¿Qué

(1) Matth. XI. 28.

mas esperais de él? ¿Qué mas podeis pedir á su corazon? Ese hombre divino, ese Salvador clemente, ese amante Redentor es á quien veces tantas habeis ultrajado con vuestros vicios, y deshonrado con vuestras pasiones. Victima de vuestra soberbia, de vuestra ira, de vuestra lujuria, de vuestra ambicion, y de mil y mil otros escesos en que continuamente incurris, se mira hoy sin aspecto humano, sin forma de hombre, convertido en un gusano vil que pisa con su inmundada planta el hijo de la nada: *Ecce homo*. Pues bien, en ese estado tan humillante y triste es como plugo á su amor ponerle para mejor acercarle á vosotros. Todo en ese sér manso y apacible, dolorido y atribulado os predica misericordia, os revela caridad, os dice que es vuestro hermano, vuestro amigo, vuestro padre, vuestro indulgente y compasivo mediador. ¿Qué podeis temer de un Dios reducido á tal extremo de flaqueza y debilidad por mostraros cuán caras le son vuestras almas, cuánto desea lavarlas y purificarlas en el misterioso Jordan de su sangre? ¿Pensais, os dice, que si no os hubiese amado con tanto esceso, si mis únicas aspiraciones no fuesen vuestra felicidad eterna, me hubiera resignado voluntariamente á padecer tantos dolores, á apurar tantas amarguras, á tolerar tantas ignominias? ¡Ah! Si es que la justicia de mi Padre os aterra porque tantas veces la habeis provocado impíos, aquí teneis el hombre que ha sabido hacer triunfar de ella la paz y la misericordia: *Ecce homo*. Si os espanta la magestad inmensa de un Dios que ha jurado solemnemente vengar las iniquidades del mundo, ved aquí el hombre que por vuestro rescate se ha ofrecido á ser el objeto de toda su cólera, y ya comienza á darle esa sangrienta satisfaccion que de vosotros exigia: *Ecce homo*. Si os hace temblar el poder formidable de aquel que en talle y armadura de guerrero recorre el universo, y hunde los tronos, y arruina los imperios, y se hace obedecer de los elementos, y tiene á sus órdenes toda la creacion, hed aquí el que á trueque de ganar vuestra confianza no ha dudado presentarse á vosotros en un estado de impotencia que solo puede inspiraros piedad y amor: *Ecce homo*.

Estos son los afectos que aquel Dios amante, aquel hombre augusto, aquella imagen de todos los dolores y de todas las humi-

llaciones debiera hacer surgir en nuestras almas. No para otra cosa, sino para mostrarnos en toda su belleza el cuadro de su clemencia y dulzura, se mostró en el balcón del gobernador romano en estado tan lastimoso é interesante: y con ese mismo objeto nos le representa hoy el catolicismo para avivar nuestra fé, enfervorizar nuestra esperanza, y encender nuestro amor apagado con el soplo violento de nuestras malas pasiones. ¿Y sería posible que nos desentendiésemos de sus tiernas y afectuosas miras, que ensordeciésemos á sus llamamientos, y nos obstinásemos en perseverar en nuestros pecados, ya que ellos motivaron esa escena sangrienta, y fueron los que obligaron al Hijo de Dios á abatirse y anonadarse hasta tal punto? No parece caber en lo humano tamaña ingratitud; y sin embargo, ello es cierto que en muchos cristianos no hace eco alguno este recuerdo tan propio para conmover al alma mas empedernida. ¡Desgraciados de ellos! Pues cuanto ahora se muestra mas sensible la misericordia en ese hombre de dolores, tanto mas terrible será la accion de su justicia para con los que á ejemplo del pueblo judío se empeñan en rechazar sus bondades y provocan pecando su venganza. Hed aquí el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Lo que acaeció delante del pretorio de Pilatos en aquel dia para siempre memorable en que la Sinagoga logró saciar todo su encono contra el Justo, no es sino la figura de lo que con harta frecuencia sucede en el seno del cristianismo. En vano el pontífice Pilatos creyó poder amansar la canina rabia del pueblo judío con el espectáculo de aquella víctima adorable que le presentaba: malamente se persuadió de que aquellos tigres feroces cesarian de pedir la sangre de Jesus viéndole en un estado tan doloroso y triste. El furor de aquellas masas se aumenta con la presencia de la víctima, crece desmesuradamente su deseo de venganza, y con desaforados gritos claman en ademan amenazador: «¡Quítale de ahí! ¡Crucifícale! ¡Que su san-

gre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos (1)!...» ¡Grito infernal, bostezo de Satanás de quien eran dignos instrumentos! Pero al menos en ellos encontraba San Pablo un motivo de disculpa por no haberle conocido; pues de haber sido así, dice, nunca le hubieran crucificado, jamás hubieran pedido su muerte (2). No trataré ahora de investigar el grado de culpabilidad de los judíos por no haber reconocido por Mesías á aquel que tan clara y luminosamente le habian mostrado las profecías. Yo por mi parte jamás podré relevarles de la responsabilidad que pesa sobre esa nacion ingrata y rebelde que por haber cerrado los ojos á la claridad de las divinas escrituras y á las mil demostraciones que venian asegurándola ser Jesus el Salvador prometido, cuando le tuvo dentro de su seno le rechazó y persiguió obstinada. Lo único cierto es que habiéndole desconocido le designó por víctima de su ódio, y le hizo morir en una Cruz. Y bajo este punto de vista es incomparablemente menos culpable en su maldad que los que habiendo recibido la luz del Evangelio, aceptado la fé cristiana, y reconocido y confesado á Jesucristo Hijo de Dios, renuevan no obstante con su conducta el espectáculo que hoy recordamos, rechazando á Jesus y pidiendo su crucifixion. ¡Espectáculo horrendo cuya triste realidad vemos verificada á cada paso en tantos ímpios como niegan sus dogmas, en tantos incrédulos como escarnecen sus enseñanzas, en tantos libertinos como se burlan de sus preceptos, en tantos hijos desnaturalizados de la Iglesia que la disputan su infalibilidad, y por no estenderme en la enumeracion de los diversos crímenes que se cometen en el mundo, en tantos pecadores de toda clase que rebeldes á la divina ley la huellan y menosprecian pública y privadamente á cada paso.

Por demas es que una voz autorizada, la voz de la religion, apelando á su fé y á los sentimientos de su conciencia, les diga como Pilatos al pueblo deicida: Ved ahí el Hombre-tipo, el Hombre-modelo, el Hombre-Dios objeto de vuestro mas puro amor, el único digno de vuestros homenajes, el que merece vuestras adoraciones y

(1) Matth. XXVI. 25.

(2) I. Corint. II. 8.

vuestro culto: *Ecce homo*. Ved el que siendo omnipotente se hizo flaco y débil, siendo infinitamente grande se hizo pequeño y humilde, siendo la santidad por esencia tomó la forma exterior del pecado, sin que por eso sea menos cierto que á él debeis el sér y la vida, pues por él fueron hechas todas las cosas, y él las conserva con su admirable providencia: *Ecce homo*. Ved al que por vosotros nació en un establo, y murió en un infame leño atravesando para llegar á él una larga carrera de tribulaciones y dolores: *Ecce homo*. Su poder os creó, su gracia os hizo hijos suyos, su sangre os redimió, su muerte os hizo libres; por él sacudisteis el yugo de la esclavitud, por él quebrantásteis los hierros que os oprimian, por él se os devolvió la herencia pérdida en el paraíso, por él se os abrieron las puertas de la inmortalidad: *Ecce homo*. ¿Qué mas títulos deseais os presente para conquistar vuestro corazón y merecer vuestra gratitud? ¡Ah! Todo esto es inútil. De en medio de un mundo infiel y olvidadizo de tantos testimonios de bondad, levántase el confuso griterío de las pasiones que protestan contra el Hijo de Dios. ¡Quítale de ahí! grita el libidinoso que antepone sus torpes goces á los verdaderos placeres de la virtud: *Tolle, tolle, crucifige eum*. ¡Crucifícale! grita el avaro que mas bien que renunciar á la posesion de unos bienes mal adquiridos ó hacinados sobre la ruina de sus semejantes, prefiere hacer cesion de las positivas riquezas de la gracia, únicas que pueden hacerle feliz: *¡Crucifigatur!* Sea crucificado, grita el iracundo que á trueque de satisfacer su brutal venganza en un enemigo que ódia, un rival que teme, en un competidor que le hace sombra, no duda pisotear todos los derechos de la justicia, saltar por cima de toda consideracion de conciencia y de honor, y marchar á su objeto luchando contra la voz de su propia conciencia: *¡Crucifigatur!* Caiga sobre mí su sangre, grita el sacrilego profanador de los divinos misterios, que sin remordimiento alguno se lanza al altar á recibir la carne adorable y pura de Jesucristo con un alma en que rebosa la inmundicia de los mas enormes delitos, y sin recordar que come y se traga la sentencia de su eterna reprobacion, huella altivo aquella sangre divina que por él fué vertida en el Calvario: *¡Sanguis ejus super nos, et super filios*

nostros! ¡Y no es este, M. A. O., el mismo grito de todos los malos cristianos que prefiriendo las máximas mundanales á los principios del Evangelio, los usos del siglo á los dogmas de la religion, los extravíos de una razon enferma á las sabias enseñanzas de la fé, las ilusiones y sofismas de la ciencia carnal á las prescripciones infalibles de la sabiduría increada, las aberraciones lastimosas del humano entendimiento á los oráculos de la Iglesia, maestra y columna de la verdad, se precipitan en el hondo abismo de la incredulidad, del indiferentismo y del crimen?

Pues bien, M. A. O., sabed que el Señor tiene destinado un día para hacer en él tanto mas terrible la accion de su justicia con los pecadores, cuanto mas visible fué la ingratitud con que rechazaron su misericordia cuando con ella les brindó. Los que ahora rechazan á ese Salvador humillado que les llama, y á los gritos de su amor responden con gritos de blasfemia, repudiando su ley, despreciando sus bondades, mofándose de sus amenazas, veránle un día aparecer como juez y árbitro soberano de los destinos del mundo sobre un trono de gloria. Entonces mostrándoles sus llagas radiantes de hermosura, su rostro rodeado de los rayos de su divinidad, su cruz ondeando victoriosa en el espacio, les apostrofará con esta espresion terrible: «Hed aquí el hombre, hed aquí el Dios, hed aquí el Salvador del mundo, cuyas enseñanzas no seguisteis, cuyas leyes no observásteis, cuya gracia despreciásteis, cuyos castigos no temisteis: *¡Ecce homo!* Ved aquí aquel que tantas veces os vió profanar sus misterios, abjurar su religion, hollar su autoridad, ridiculizar su culto y perseguir á sus ministros que os predicaban las eternas verdades: *¡Ecce homo!* Aquí teneis aquel que no consiguió ablandar vuestros corazones con sus lágrimas, ni vencer vuestra ingratitud con sus beneficios, ni atraeros al buen camino con sus inspiraciones, ni apartaros del vicio con sus reiterados avisos, ni haceros despertar del sueño de la muerte con sus fuertes llamamientos: *¡Ecce homo!* Hed, por último, al que viéndole humanado por vosotros, negásteis su divinidad; viéndole sudar y caminar por proporcionaros un porvenir dichoso, pasásteis á su lado sin hacerle caso; viéndole humillado y dolorido por libertaros de la humillacion y de los dolores,

le mirásteis con insultante desprecio; viéndole escupido, abofeteado, herido, azotado, coronado de espinas, por conquistaros la vida eterna, hicisteis causa común con mis enemigos, y pedisteis mi ruina, mi proscripción, mi sangre: ¡*Ecce homo!* Os convidé con la vida, y elegisteis la muerte; os brindé con la misericordia, y preferisteis la justicia; os quise dar el perdón, y quisisteis la venganza.... Pues bien, vuestros deseos serán satisfechos, mi justicia y mi venganza están para cumplirse. Llegado es el momento de hacerlos experimentar la acción de mi cólera, ya que insensatos no os plugo aceptar mi amor..... ¡Quitáos de mi presencia!.... ¡Llevad sobre vuestras cabezas la maldición de esa sangre vertida inútilmente por vosotros.... Que un fuego inextinguible os devore sin consumiros, os atormente sin acabar con vuestra existencia...!!»

No será otro, M. A. O., el desenlace de tan terrible drama. No otro fin pueden esperar los pecadores y los impíos que se obstinan en desconocer y ofender á Jesucristo con manifiesto desprecio de su bondad y de su amor. Ya que al presente no quieren aceptar las piedadades del hombre, aténganse á experimentar en su día las venganzas de un Dios. El ha jurado juzgar las mismas justicias: ¿qué esperanza pues puede quedar al criminal?

A tiempo estamos, católicos, de prevenir ese golpe tremendo; ocasión es todavía de conjurar esa tormenta; aun podemos merecer la misericordia de nuestro divino Salvador, si desde luego procuramos corresponder á las pruebas de su amor sin límites. ¿Qué nos detiene? Ahogemos la voz de nuestras pasiones; sofiquemos el grito de un mundo seductor; y confiados en la clemencia del que por nosotros padeció en el pretorio tantas ignominias y tan sensibles ultrajes, acerquémonos á él pidiéndole nos perdone y diciéndole conmovidos: Hé aquí, Jesús mío, el hombre ingrato que no supo aprovecharse de vuestras bondades, y convirtió en motivos de venganza los dones de vuestra misericordia: ¡*Ecce homo!* Hed aquí el que en tantas ocasiones os ofendió sin tener en cuenta lo mucho que por su amor hicisteis y padecisteis; el que se reveló contra vuestra autoridad, desoyó vuestra voz, escarneció vuestra soberanía é insultó vuestro poder: ¡*Ecce homo!* Miradle postrado á vuestros piés con-

fesando sus maldades , reconociendo sus delitos , llorando sus extravíos , y apelando á vuestro corazon que nunca pudo resistirse al grito del arrepentimiento : ; *Ecce homo!* Perdonad , Señor, al débil, apiadáos del ciego que tan desacertadamente corrió por las sendas del crimen. Y por los méritos de vuestra pasion y de vuestra sangre preciosa, haced que este día en que se verifica el triunfo de vuestra piedad sea el preludio de la eterna dicha que espero conseguir en la gloria.

SERMON II

SOBRE LA PRESENTACION DE JESUCRISTO AL PUEBLO.

JESUCRISTO PROCLAMADO POR PILATOS REY DE LOS JUDÍOS, NOS DÁ Á CONOCER QUE ÉL ES NUESTRO VERDADERO Y LEGÍTIMO MONARCA, Á QUIEN DEBEMOS TRIBUTAR EL HOMENAJE DE NUESTRA FÉ Y DE NUESTRO AMOR, Y QUE SI AHORA LE NEGAMOS ESTE TRIBUTO DEBIDO Á SU SOBERANÍA, HABREMOS DE RECONOCERLA UN DIA Á NUESTRO DESPECHO, ESPERIMENTANDO SU JUSTA VENGANZA.

Pilatus adduxit foras Jesum, et sedit pro tribunali.... et dicit Judæis: Ecce rex vester.

Sacó Pilatos á Jesus fuera, sentóse en su tribunal, y dijo á los Judíos: ¡Hé aquí vuestro rey!

JOAN. XIX. 13, 14.

EN varias ocasiones hemos podido observar, M. A. O., hablando de los padecimientos de nuestro adorable Salvador, que por un designio oculto y sapientísimo de la Providencia, las mismas ignominias, los mismos ultrajes de que fué objeto por parte de sus enemigos, se convertian para él en motivos de honra, siendo el origen de una gloria tanto mas positiva y sólida, cuanto menos buscada y apetecida. Así se verificaba lo que despues dijera el apóstol san Pablo, á saber: «Que por haberse abatido y anonadado con tanto esceso el Hijo de Dios, le fué dado un nombre superior á todo nombre, ante quien se prosternan sumisos el cielo, la tierra y los abismos» (1). Mas no era solamente el Eterno quien de esta suerte se habia propuesto honrar y ensalzar á su Unigénito. El habia dispuesto

(1) Ad Philip. II. 9.

(1) Joan. XIX. 14.

asimismo que aquel que fué reputado por los hombres como el último y mas despreciable de todos ellos, fuese por los mismos que así le humilláran engrandecido y sublimado, y que el teatro de sus abatimientos se convirtiese en el trono de su majestad y grandeza.

Y en efecto, nunca como en la escena que hoy nos recuerda la Iglesia nuestra madre se realizó esta importante verdad. Ya el presidente romano habia declarado á la faz del pueblo judío, que aquel presunto reo sobre quien hacia recaer sus acusaciones era el hombre singular prometido en los antiguos vaticinios y anunciado por los oráculos á través de las edades. Nada de esto habia bastado á calmar la sed insaciable de sangre de aquellos hombres ciegos, de aquellas hordas salvajes que á fuer de tigres rabiosos ansiaban el momento de apoderarse de su víctima. Vuelve á entrar dentro del Pretorio, interroga de nuevo á Jesus: este se afirma en sus declaraciones, y no solo confiesa ser Hijo de Dios, sino que advierte severamente al juez que el poder que sobre su persona ejerce no es suyo, sino que lo ha recibido de lo alto, sin lo cual nada absolutamente podria contra quien tiene en sus manos el imperio del orbe (1): circunstancia que dá una importancia mas extraordinaria á las ulteriores actuaciones de aquel proceso. Entonces Pilatos toma consigo á Jesus, lo saca al balcon que mira á la plaza pública, donde á causa de la solemnidad pascual se hallaba reunido un inmenso pueblo que habia acudido de todas las provincias, y para dar á este acto mayor solemnidad, siéntase en su tribunal, y con voz penetrante y sonora pronuncia estas palabras: « Pueblo judío, hé aquí vuestro rey. » ; *Ecce rex vester!*

¡ Triunfo admirable de Jesus! ¿ Quién es el que así le proclama rey de los judíos, que equivale á decir rey universal de todos los creyentes? ; Ah! Advertid, católicos, que el que pronuncia ese solemne fallo no es una persona en quien pudieran recaer las mas leves sospechas de complicidad, puesto que era un gentil, y como tal, juez imparcial y tanto mas irrecusable, cuanto que á él habian some-

(1) Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esse desuper. (Joan. XIX. 11.)

tido voluntariamente aquella causa importantísima. De este modo, como observa un piadoso escritor, hace brillar el cielo su providencia adorable permitiendo que el idólatra reconozca y confiese por Mesías y monarca de Israel á aquel Jesus á quien el ingrato judío rehusaba este honor; consignando de un modo solemne sin quererlo y sin saberlo, porque el Espíritu Santo dictaba sus palabras, que no solo era rey de los judíos, si que tambien de los gentiles, ó lo que es igual de todos los hombres, puesto que de la raza gentil y judaica debía surgir aquel trono majestuoso destinado á dominar con la fé y con la doctrina todos los tronos del mundo, segun lo habia anunciado el profeta (1).

Reconozcamos, pues, M. A. O., en esta ovacion solemne que Jesucristo recibe en medio de sus humillaciones un doble designio del cielo: puesto que nos manifiesta « que el Salvador es nuestro verdadero y legitimo rey, á quien debemos tributar los homenajes de nuestra fé y de nuestro amor; y que si ahora le denegamos este reconocimiento y el respeto debido á su soberanía, habremos de reconocerle un dia, á nuestro despecho experimentando su justa venganza.» Y este será el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

De muy largo tiempo está consignada la soberanía de Jesucristo rey y Mesías verdadero en un ilustre vaticinio. Oid como se expresaba el profeta Isaias cerca de ocho siglos antes del advenimiento del Hombre-Dios al mundo; «Hé aquí lo que dice el Señor al Redentor, al Santo de Israel, al hombre reputado como despreciable entre los suyos, á aquel que es tratado como un esclavo entre los príncipes. Dia vendrá en que los magnates y los reyes se levantarán

(1) Dabo tibi gentes hæreditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ. Ps. II. 8.

en tu presencia y te rendirán sus homenajes... porque en el día de la salvacion te constituí reconciliador de mi pueblo, á fin de que restaurases la tierra, y entrases en posesion de las heredades devastadas, y sacases á la luz á los que moraban en las tinieblas (1).» Ved cumplida al pié de la letra esta profecía misteriosa en la proclamacion de la régia dignidad de Jesueristo hecha hoy por el representante del imperio romano en presencia del pueblo judio. Ningun testimonio mas irrecusable y auténtico podia darse de la soberana magestad de aquel Salvador que bajo las esterioridades de un reo acusado de usurpador y revolucionario, ocultaba los resplandores de la divinidad. Heridos por ellos Pilatos, permitiéndolo así el cielo para los altos designios de su Providencia, conviértese por un momento de juez en defensor, y tomando á su cargo la vindicacion de la inocencia oprimida y la reparacion de los ultrajes hechos á la invisible magestad del Hijo de Dios, sin temer las iras del pueblo judio y despreciando sus amenazas, despues de un maduro exámen y de haberse afirmado en sus íntimas convicciones, presenta en público aquella víctima de un ódio inmerecido, y como para dar en rostro á los que pedian su muerte, les dice: «Ved á vuestro rey:» *Ecce rex vester.*

¡Oh gloria de nuestro adorable Redentor Jesus! esclamaré con el sábio Origenes. ¿Quién puede dejar de adorar aquí el poder irresistible de aquel que preside á los consejos de los hombres, se burla de sus cálculos, y los hace servir cuando le place al cumplimiento de sus impenetrables miras? ¿Cómo es posible no ver en este acontecimiento sorprendente la mano del Eterno que de este modo eslabona las acusaciones presentadas contra su Hijo con su justificacion solemne, y hace brillar los títulos de su grandeza en medio de sus oprobios y deshonoras? ¡Contraste singular! ¡Antítesis inconcebible! El judio acusa á Jesus de malhechor y revoltoso: el gentil le declara justo é inocente de semejantes crímenes; aquel formula el principal cargo de culpabilidad contra su víctima en haber querido usurpar un título que no le pertenecia llamándose Mesias

(1) Isaiaë XLIX. 7, 8. 9.

el Hijo de Dios; este pulveriza aquel cargo reconociendo que no ha hecho mas que consignar un hecho innegable; el uno pide su muerte en virtud de haberse revelado contra los Césares denominándose monarca de Israel; el otro siendo vicegerente de los mismos Césares proclama altamente ante el mundo entero que Jesus es el verdadero y legitimo rey de los judios: *¡Ecce rex vester!* Sucedió aquí pero de una manera mas ostensible lo que se refiere en el libro cuarto de los reyes. Atalía, mujer procaz y rencorosa, queriendo vengar la sangre de su hijo Ochocías, promueve un tumulto popular y hace matar á toda la estirpe real de Judá. Sálvase no obstante por medio de Josaba el pequeño Joas, uno de los sucesores al trono, el cual estuvo oculto por espacio de seis años. Pasado este término el sumo sacerdote Joyada se propone dar á conocer al príncipe, dispónelo todo para aquella augusta ceremonia, y en un momento dado, hallándose reunidos los próceres del reino y el ejército en derredor del templo del Señor, saca fuera á Joas, colócale la diadema sobre su cabeza, úngele como de costumbre, y le proclama diciendo: *¡Viva el rey (1)!*»

¿Y quién no vé hoy en Jesucristo al verdadero Joas de quien el otro no fué sino una figura, cubierto con las insignias de su eterna sabiduría, las insignias de la misericordia y del amor, y proclamado rey por un nuevo Joyada tambien sumo sacerdote, á despecho del furor y de las intrigas de la Sinagoga, figurada en la antigua Atalía? No sin gran razon dijo Orígenes que aquella diadema con que los judios ciñeron las sienes del Redentor, fué una corona de gloria y magnificencia que el Eterno colocó con sus propias manos en la cabeza de su Hijo. Y el Crisóstomo añade que Pilatos al proclamar públicamente en el pretorio la régia dignidad de Jesucristo que despues consignó de un modo mas solemne fijando sobre la cruz ese título honroso, no hizo mas que cumplir una mision del cielo, que así lo dispuso para que pasase á la posteridad mas remota ese reconocimiento solemne, y nadie pudiese eximirse de tributar al Hombre-Dios sus respetos y homenajes. Y en efecto como observa un

(1) IV. Reg. XI. per tot.

sábido orador contemporáneo, «siendo Pilatos el representante del César, cuyo cetro se extendía á todas las partes del mundo conocido entonces, al proclamar en voz alta desde su balcon que Jesus era el verdadero Mesias, hablaba á nombre y en representacion de todas las naciones sometidas al romano imperio, las cuales por su boca hacian este mismo reconocimiento público y solemne de toda la gentilidad... Con estas palabras: «Ved aquí vuestro rey» profetiza que desde Jerusalem pasaria á Roma aquella revelacion para estenderse por todo el orbe; anuncia la fé, la adoracion y el homenaje que en su dia tributarian á Jesucristo los sucesores de los Césares, los reyes y los pueblos todos, segun aquel antiguo vaticinio del profeta: Los monarcas de la tierra le adorarán, y las naciones se someterán á él (1).»

No nos ocupemos ahora del cumplimiento de esa ilustre profecía. El hecho es tan palpable que no necesitamos detenernos en su observacion. Donde quiera el rey proclamado en el pretorio es reconocido y adorado, y apenas se hallará ya un pueblo en toda la tierra en donde no tenga vasallos y servidores.

¿Sucede empero lo mismo respecto de los individuos? ¿Es generalmente reconocido Jesus por todos los cristianos como único soberano y rey mortal de los siglos? La voz de la religion ha consignado solemnemente la soberanía del Hijo de Dios, y su eco no cesa de repetir á nuestros oidos las palabras del gobernador romano en el pretorio: Hed ahí vuestro rey: *¡Ecce rex vester!* Bajo este concepto exige de nosotros dos especies de homenajes: como rey de nuestras inteligencias le debemos el tributo de nuestra fé; como rey de nuestros corazones, el tributo de nuestro amor. Ahora bien, ¿cumplimos con este doble deber? ¿Creemos con fé viva que ese Salvador divino es el único á quien nos cumple adorar, obedecer y respetar, acatando sus leyes, cumpliendo sus preceptos, y no separándonos un ápice de sus soberanas órdenes? ¿Le hacemos completa entrega de nuestro corazon amándole sobre todas las cosas, prefiriéndole á todos los objetos, renunciando á cuanto el mundo puede ofrecer-

(1) Psalm. LXXI. 11.

nos, y hollando cuanto puede halagar nuestra viciada naturaleza á trueque de no disgustarle en lo mas leve? Y cuando en la lucha terrible de las pasiones, éstas se presentan como antagonistas de Jesucristo empeñadas en lanzarle del trono que en nuestra inteligencia y en nuestro corazón le han erigido la fé y el amor; cuando el orgullo, la sensualidad, la ambicion y otros desórdenes no menos criminales se levantan en el fondo de nuestra alma proclamándose nuestros soberanos, aspirando á arrancar de las manos de Jesus el cetro de su eterno poder, y á arrancarle de sus sienes esa corona de gloria que él conquistó á precio de su sangre, y gritando tumultuosos: *hed aquí vuestro rey: Ecce rex vester*: en esas ocasiones en que la costumbre intenta sobreponerse al deber, las máximas del siglo á las prescripciones evangélicas, la razon á la revelacion, la ciencia carnal á la sabiduría de Dios, y las preocupaciones pretenden ocupar el lugar de la verdad, y el aliciente del vicio dominar el grito de la conciencia, y el error enmascarado disputar su infalibilidad á las enseñanzas católicas; en todos estos lances, repito, ¿por quién os declarais? ¿A quién seguis? ¿Bajo qué estandarte os afiliáis? ¿A quién proclamais por rey legitimo y verdadero? ¿No es cierto que mas de una vez desertando cobardes de las filas de Jesucristo, os pasais al bando enemigo? ¿No es verdad por desgracia que no siempre teneis el valor suficiente para dominar esas pasiones que os arrastran á ser infieles á vuestro rey y soberano? ¿No es un hecho que frecuentemente le rehusais el tributo de vuestra fé y de vuestro amor, dando oidos por una parte á las aberraciones y delirios del espíritu del error, y haciendo por otra entre Dios y el mundo, entre el deber y el capricho, entre la virtud y el vicio una injusta y criminal preferencia á este último sobre aquel?

Así es, M. A. O.: ¡y ojalá una triste esperiencia no nos hiciese palpable esta espantosa realidad! Lo que en la antigua Jerusalem sucedió en la proclamacion de Jesus por rey de los judíos, repítese á cada momento en la misteriosa Jerusalem del cristianismo. En vano el presidente romano se esforzó en demostrar y hacer visible la soberania de aquel que el ódio judáico designára por víctima de su venganza. En vano trata de hacer ver que á pesar de cuanto contra

él dicen sus acusadores, el Nazareno á quien desprecian é insultan, es el Mesías hijo de Dios. En vano dando á su declaracion un carácter solemne le proclama en público rey de los judios: *Ecce rex vester*. Sus voces son ahogadas por la tumultuosa gritería de un pueblo en fiebre que no contento con amenazar á Pilatos con la desgracia y enemistad de aquel imperio que representa, clama desahogado: «¡Fuera ese impostor, abajo ese usurpador ambicioso, quitale de ahí; nosotros no tenemos ni reconocemos otro rey que el César!» *Non habemus regem nisi Cæsarem* (1). ¡Terrible ejemplo de lo que pueden las pasiones en el corazon humano! dice San Agustin. Cuando estas han llegado á dominar al hombre ya no reconoce otro bien que el logro de sus criminales deseos, ni otro mal que la privacion de este placer. Ellos, los judios, que tan enemigos eran de los Cesáres, que con tanto horror miraban su dominacion, y solo á la fuerza toleraban su yugo, ahora dicen que no tienen otro rey mas que el César, ni obedecen otro cetro que el suyo, y toman este pretexto para sa-
ciar en Jesus su sangrienta saña (2).

Mas no nos maravillemos de esto, ni nos sorprenda tan monstruosa contradiccion, cuando dentro de nosotros mismos la estamos experimentando diariamente. ¿No nos ha dicho la fé que Jesucristo es el rey eterno é inmortal que vino á obrar la salvacion de todo el mundo? ¿No nos enseña el Evangelio que á él pertenece exclusivamente el imperio sobre nuestra inteligencia, puesto que él fué quien la ilustró con los brillantes resplandores de su doctrina, bien así como el dominio de nuestras almas redimidas con su sangre y con su muerte? ¿No nos muestra á cada momento la religion sus espinas, sus clavos, sus llagas, su cruz, trofeos gloriosos de la victoria con que nos arrancó del poder del infierno para hacernos herederos de su reino celestial, monumentos de su caridad inagotable y de su infinito amor, que nos dicen cuánto le debemos y cuánto exige de nuestra gratitud ese monarca supremo? «¡Hed aquí vuestro rey!» nos grita de continuo el cristianismo: hed ahí el único objeto

(1) Joan. XIX. 43.

(2) S. Aug. Tract. in Joan.

dé vuestras adoraciones. Suya es vuestra razon, suya vuestra inteligencia, suyo vuestro corazon. Ningun derecho teneis á lo que solo es fruto de su muerte y de su sangre. Por él sois libres siendo como érais esclavos; por él sois hijos de Dios, siendo antes siervos de Satanás, por él respirais el aire de la inmortalidad, estando condenados á una eterna muerte. Si levantais erguidas vuestras frentes hácia la patria bienaventurada, él despedazó vuestro yugo, si marchais hácia una felicidad perdurable, él os abrió el camino; si alimentais aspiraciones infinitas, él os rehabilitó en vuestros perdidos derechos. Todo en fin lo debeis al que por salvaros se hizo hombre, al que por redimiros aceptó la esclavitud, al que por ensalzaros descendió hasta lo mas profundo del abatimiento; y jamás hubiérais podido aspirar á una corona de gloria, si él no hubiese recibido una diadema de ignominia; nunca os hubiérais revestido del honroso ropaje de la justicia, si él no se hubiese cubierto de la andrajosa púrpura del pecado; ni hubiérais sido reyes y sacerdotes en el reino de su Padre, si él no hubiese empuñado un cetro de caña y recibido en el pretorio de Pilatos la investidura de rey de los judios: *Ecce rex vester.*

A estos gritos de la religion, ¿qué es lo que contesta la voz de las humanas pasiones? ¡Ah! Ya que el hombre no pueda privar á Jesucristo del imperio de la naturaleza, frecuentemente le disputa el imperio de la gracia, oponiéndose á que reine en su inteligencia y en su corazon por medio de la fé y del amor: y á la voz del catolicismo que proclama en mil maneras esa soberanía indisputable del hijo de Dios, responden muchos con un grito de blasfemia: «No queremos que reine sobre nosotros; quitale, pues no tenemos ni reconocemos otro rey mas que nuestras aspiraciones mundanales, los caprichos de nuestra naturaleza corrompida, nuestras inclinaciones torcidas, nuestros apetitos sensuales, los goces y placeres de la vida presente, el oro que nos fascina, las bellezas que nos encantan, los honores que nos lisonjean, el orgullo que nos embriaga, la codicia que nos ciega... hé aquí nuestro rey y soberano: *¡Non habemus regem nisi Cæsarem!* Tengo una inteligencia independiente, dice el incrédulo, y dueño soy de discurrir como me plazca y de investigar con las lu-

ces de mi razon lo que me cumple creer ó negar: pues ¿por qué he de inclinar mi cuello ante el yugo enojoso de una fé que quiere obligarme á admitir misterios que no comprendo como verdades infalibles? No, yo rechazo ese poder, no quiero aceptar esa dominacion: *Non habemus regem nisi Cæsarem*. Poseo, dice el libertino, una voluntad libre para elegir el camino que me plazca y marchar por donde crea conveniente sin necesidad de obedecer á un poder extraño que aspire á esclavizarme: ¿por qué pues he de aceptar servilmente como dogmas inconcusos unas preocupaciones que me repugnan, unas puerilidades que chocan con el buen sentido, unas prácticas que humillan, unas leyes que rebajan la dignidad del hombre, unos deberes que no tienen otro origen que la ignorancia y el fanatismo? Quiero vivir á mi modo, seguir mis inclinaciones, y ser dueño de mis actos: *Non habemus regem nisi Cæsarem*. Y por no continuar esta induccion que pudiera prolongarse discurriendo por las diversas condiciones y por los varios estados del hombre, ¿quién ignora que otro tanto hace el impío, cuando abrazando una doctrina contraria á la revelada por Dios á su Iglesia, desecha sus enseñanzas y niega su infalibilidad? ¿Qué otra cosa hace el mal cristiano cuando no contento con violar los preceptos divinos se atreve á ridiculizar á los que los observan, tratándolos de supersticiosos é ilusos, y traduciendo por debilidad de espíritu su fervorosa piedad? ¿De qué otro modo se conduce el pecador cuando indiferente á los eternos castigos que le amenazan, sordo á la voz de su conciencia, y sin temor á Dios se lanza en las vias del vicio, se entrega á todo género de excesos, y vive como si no tuviese otro porvenir que la nada? ¡Ah! Así es como el hombre rechaza el dominio de Jesucristo, desconoce su régia dignidad, le niega el homenaje de su inteligencia y de su corazon, y sacude su suave yugo, puesto que se obstina en no aceptar lo que forma la esencial condicion de su soberanía como Redentor del mundo y Salvador de la humanidad.

Y en este caso, M. A. O., ¿qué pueden esperar los que así prefieren el reinado del demonio al reinado de Jesus, el imperio del pecado al imperio de la gracia, la soberanía de las pasiones á la soberanía de la virtud, el cetro del error al cetro de la verdad? La

consecuencia es muy lógica. Ellos que ahora renuevan el crimen del pueblo judío, habrán de sufrir un día el castigo que aquel sufriera. Ellos que voluntariamente no quieren reconocer el reinado de Jesus en la tierra, reinado de paz y mansedumbre, de clemencia y de perdon, de piedad y de misericordia, tendrán que reconocer á su despecho esa misma soberanía del juez supremo en el día en que venga á ejercer el poder de su justicia y de su venganza. ¡Día formidable, día amargo! ¿Quién no te temerá, oh rey inmortal de los siglos? ¿Sabeis católicos lo que es caer en las manos de un Dios vivo? ¿Habeis pensado jamás adonde llega la indignacion de un Dios airado? No permita el cielo que nunca lo esperitemos. Y al efecto, M. A. O., procuremos de hoy mas no ser del número de los desventurados que no quieren reconocer á Jesucristo por su único y legítimo rey. Proclamemos altamente su poder y su soberanía, acatando y obedeciendo sus divinas leyes, tributándole los homenajes de nuestra fé y de nuestro amor, haciendo triunfar en nosotros con nuestra fidelidad y en nuestros prójimos con el buen ejemplo, el imperio de la verdad sobre el del error, el de la virtud sobre el del vicio, el del deber sobre el de las pasiones. Que todo el mundo halle en nosotros un motivo y un aliciente para proclamar ese mismo imperio de la Cruz y dar al Salvador la honra y la gloria que le es debida. Sea él el único monarca y árbitro de nuestras almas: á él solo confesemos, á él solo adoremos, á él solo amemos en esta vida, y él será nuestra recompensa en la otra, viviendo y reinando en su compañía por los siglos de los siglos.

SERMON

SOBRE LA SENTENCIA DE MUERTE PRONUNCIADA CONTRA JESUCRISTO.

LA SENTENCIA DE MUERTE PRONUNCIADA CONTRA EL SALVADOR, INICUA EN SU ORIGEN, ILEGAL EN SUS FORMAS Y SACRILEGA EN SU TERMINACION, FUÉ TANTO MAS HONROSA PARA SU ADORABLE PERSONA, CUANTO MAS PALPABLE HIZO SU INOCENCIA Y SANTIDAD.

Videns Pilatus quia nihil proficeret, sed magis tumultus fieret, accepta aqua, lavit manus suas coram populo dicens: Innocens ego sum à sanguine justì hujus..... Tunc dimisit illis Barrabam, Jesum autem tradidit eis ut crucifigeretur.

Viendo Pilatos que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecia el tumulto, mandó traer agua, se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo..... Entonces soltó á Barrabás, y entregó á Jesus en sus manos para que fuese crucificado.

MATTH. XXVII. 24, 26.

Qué admirable se muestra Dios en sus obras! ; Por qué medios tan singulares dirige los acontecimientos al cumplimiento de los altos designios de su sabiduría! Dispuesto estaba en las elevadas regiones del cielo que el justo por excelencia fuese condenado como criminal en el tribunal de unos jueces inconsecuentes y venales. Era preciso para que se verificase el gran misterio de la redencion del linaje humano, que el que en su día ha de evocar á su tribunal supremo á los mismos reyes, fuese sentenciado á morir en un afrentoso patíbulo por unos hombres corrompidos, esclavos de la ambicion, sacrificados al interés, y dominados por una falsa política. Muchos siglos hacia que el Salmista lo habia predicho con estas memorables

palabras: «Coligaránse los infucos contra la vida del justo, y condenarán la sangre inocente.» (1) Y así se verificó de hecho en la plenitud de los tiempos, cuando fué llegada la hora de consumir el Verbo humanado el sacrificio reparador del Calvario. Pero ¡qué lances tan particulares ofrece este episodio del cruento drama de la pasión de nuestro divino Salvador! ¡Cómo lo dispone todo el Altísimo para que en medio de las apasionadas acusaciones y de las negras calumnias que los enemigos de Jesús amontonan para hacerle aparecer reo de muerte, se manifieste de la manera mas visible y solemne su intachable inocencia! ¡En vano aquellos esfuerzan sus pruebas, multiplican sus cargos, reiteran sus gritos y ratifican sus declaraciones. Todo esto solo sirve para poner mas en relieve su ciego furor, su rabioso encono, su espíritu de venganza, únicos móviles que les impulsan á deponer contra aquella adorable víctima, y á pedir su condenacion. Por lo demas, así como el sol derrama mayor brillo y arroja mas vivos resplandores despues de una récia tormenta, en proporcion que fueron mas espesas y negras las nubes que cubrian antes el horizonte, del mismo modo aparecia mas brillante y depurada la inculpabilidad del acusado, cuanto eran mas atroces los delitos que se le imputaban. El presidente romano á quien se ha cometido la causa, lo reconoce así, lo confiesa paladinamente, lo declara en público á la faz de los acusadores y en presencia de un pueblo amotinado..... Pero ¡oh inconsecuencia vergonzosa! ¡Oh punible debilidad! La ambicion le ciega, el deseo de conservar el alto puesto que ocupa le hace traidora su conciencia, la gracia del César pesa mas en su balanza que la verdad y la justicia, la política se sobrepone al deber, las amenazas populares triunfan de las convicciones de su corazon, los gritos de unas masas vengativas ahogan los gritos de la inocencia; y la inocencia sucumbe, y la justicia es postergada, y el que hasta entonces tan dignamente supo sostener su dignidad de juez incorruptible y probo, es arrastrado por un servil temor á pronunciar una sentencia que imprime en su frente la mas fea mancha. Pilatos, dice san Juan Crisóstomo, no tuvo tan-

(1) Psalm. XCIII. 21.

la constancia para continuar defendiendo la inocencia de Jesus , como tuvo la envidia y maldad de los Escribas y Fariseos para seguir acriminándole y concitando al pueblo á que pidiese su muerte. Así que, como se espresa el sagrado texto, viendo que nada adelantaba con su sistema de defensa, y que de cada vez era mayor el tumulto y la gritería de aquel pueblo rencoroso, mandó traer agua, se sentó en su tribunal, lavóse las manos, diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo, y despues pronunció sentencia de muerte contra Jesus y le entregó en manos de sus acusadores para que fuese crucificado: *Tunc Pilatus videns quia nihil proficeret, sed magis tumultus fieret, accepta aqua lavit manus suas coram populo dicens: Innocens ego sum à sanguine justis hujus..... Tunc dimisit illis Barrabam, Jesum autem tradidit eis ut crucifigeretur.*

Consideremos hoy, M. A. O., todas las circunstancias que precedieron y acompañaron esta sentencia, y la encontraremos promovida por el ódio mas encarnizado, dictada por la mas irritante injusticia, pronunciada contra todos los principios de legalidad, y por lo tanto «inicua en su origen, ilegal en sus formas, sacrilega en su terminacion; y de aquí tanto mas honrosa para Jesucristo cuanto mas palpable hizo su inocencia.» Tal es el pensamiento que me propongo desenvolver brevemente en mi discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Como quiera que se considere la sentencia de muerte pronunciada contra Jesucristo en el tribunal de Pilatos, aparece caracterizada con los mas visibles rasgos de la pasion, de la injusticia y de la ilegalidad. Y en cuanto á lo primero, evoquemos los antecedentes que la promovieron. ¿Qué otra cosa se vé en todo el curso de los procedimientos de esta causa instruida contra el Salvador mas que un ódio sistemático, un empeño decidido de condenarle á todo trance, una vil venganza mal disimulada con el velo hipócrita de la política? Tres

veces habia sido sometida la causa al fallo de tres tribunales diferentes, y otras tantas habia salido victoriosa la inocencia del acusado y proclamada legalmente su santidad por los pontífices Caifás, Herodes y Pilatos. Este último por su parte, preciso es reconocer que trabajó cuanto pudo por libertar al presunto reo de la muerte; que se opuso con energía á las injustas exigencias de sus apasionados acusadores; que rechazó con valor las falsas deposiciones de los testigos ganados por el oro de los Fariseos y Escribas; y que si adoptó la desacertada resolucion de mandar azotar á Jesus, no fué sino como una medida estrema con que creyó poder amansar el furor del pueblo é inspirar en él sentimientos de compasion hácia su víctima. Con este mismo objeto se resuelve á presentar en público al Salvador en el estado lastimoso que le vimos en el pretorio, bastante para haber enternecido los mas empedernidos corazones, si un ódio mucho mas poderoso encarnado en las almas de aquellos inhumanos judios, si una venganza mucho mas cruel de que estaban poseidos los sacerdotes y ancianos no les hubiese hecho innacesibles á todo sentimiento de humanidad y de justicia. Pero en vano aquel magistrado despues de agotar inútilmente todos los recursos, toma á Jesus de la mano, lo conduce al balcon desde donde acostumbraba hablar al pueblo, y mostrándoselo todo acardenalado, herido y ensangrentado de piés á cabeza, dice á las turbas: «Vedle aquí: yo os lo presento por última vez, para que os convenzais de que no encuentro en él crimen alguno por el que deba ser condenado á muerte (1).» Mas ¡oh error! esclama el P. San Leon. ¿Cómo podia persuadirse Pilatos de que la rabia de aquellos tigres se amansaria á vista de la sangre de la víctima, y que dejarian de pedir su muerte, mucho menos habiendo dado ya él mismo el funesto ejemplo de barbarie é inhumanidad mandando azotar al que proclamaba inocente? Determinacion imprudente que jamás podrá subsanar la intencion con que fué adoptada, y que sobre lo apasionado é inmotivado de los precedentes que promovieron esta causa, hace resaltar mas la injusticia é ilegalidad de todas las formas del proceso. ¿A qué

(1) Joan. XIX. 4.

castigar al acusado, siquiera fuese por vía de correccion como lo manifestó Pilatos, si nada arrojaban contra él las actuaciones hechas hasta entonces? ¿A qué anticipar la pena á la conclusion del sumario? ¿En qué legislacion se autorizó jamás semejante abuso del poder ejecutivo? Mas ¡ay! Solo contra Jesus se barrenan todas las prescripciones del derecho, se olvidan todas las reglas de justicia y se procede de una manera arbitraria é ilegal. Se le examina, se oyen sus descargos, se confrontan con estos las deposiciones de los testigos, se vé mas claro que la luz el ódio y la venganza que anima á los acusadores, aparece en toda su evidencia la inculpabilidad del procesado, ¡y no obstante se hacen valer consideraciones ridículas de conveniencia y de orden público para sujetar á Jesus á un castigo infamante, á la pena de los esclavos...!

« Pasemos empero por alto estas reminiscencias amargas, y continuemos el exámen de las circunstancias que empañaron al proceso incoado contra el Salvador en el tribunal del gobernador romano. A la declaracion solemne que este hiciera de la inocencia de Jesus, responde el pueblo amotinado con gritos furibundos, con amenazas violentas, y para dar un colorido de legalidad á su ciego encono, esclaman: « Nosotro tenemos una ley segun la cual debe morir, porque se ha fingido Hijo de Dios (1). » ¡Fementidos! ¿Qué ley es esa que osais invocar contra el Supremo legislador? ¿En dónde y por quién ha sido escrita? No, esa ley no es vuestra, no la habeis hecho vosotros, no ha sido consignada en vuestros códigos. Podrá muy bien ser que vuestra iniquidad la haya motivado, que vuestra perfidia la haya dictado, que vuestra ingratitud y vuestros crímenes la hayan hecho necesaria. Por lo demas esa ley tiene su origen mas elevado, es del cielo no de la tierra, la ha hecho Dios no los hombres. Allá en las altas regiones de la eternidad se ha dispuesto que el Hijo del Altísimo se haga hombre, que este descienda á la tierra revestido del ropage del pecador, y que bajo este aspecto sea condenado á morir para dar la vida al mundo. El amor infinito de Dios ha dictado ese fallo, su eterna justicia le ha confirmado, y vosotros

(1) Joan. XIX. 7.

no sois mas que unos meros ejecutores, instrumentos ciegos de la divina venganza. No es pues condenado Jesus porque se haya querido hacer Hijo de Dios, sino porque siéndolo en realidad plúgole hacerse tambien Hijo del Hombre para ofrecerse hostia pacífica, holocausto expiatorio por la salvacion de todo el linage humano. ¡Hed ahí la verdadera y suprema ley á que hoy obedece el Hombre-Dios, y por la que se somete libremente al suplicio de los malhechores!

Esta libre aceptacion, como dejamos ya consignado en uno de los anteriores discursos, se evidencia y hace mas palpable en las ultteriores actuaciones de aquel proceso á todas luces ilegal é injusto. El juez lejos de mostrar la entereza que cumple á la independenciam del ministerio que ejerce, se llena de temor y sobresalto al oír el griterío de las masas. Quizás, como observa un sábio espositor, mas bien que la venganza de estas es la sabiduria profunda de las respuestas del presunto reo, su mansedumbre inalterable, su continente magestuoso, y los rasgos de sobrenatural grandeza que se dejaban ver en su semblante lo que ocasiona la indecision de Pilatos y el terror de que se halla poseido. Tal vez temió incurrir en el gravisimo crimen de deicidio y hacerse reo de la sangre de aquel de cuyo origen divino tenia vehementes sospechas (1). Por eso vuelve á encerrarse con él y á interrogarle de dónde es, cuál es su procedencia (2), como si quisiera descubrir si su origen era terreno ó celestial, si era hombre ó Dios. ¡Triunfo admirable de la divinidad del Redentor! ¡Testimonio brillante de su magestad y grandeza! El reo hace temblar al juez; la víctima llena de terror al que vá á sacrificarla; y el representante del poder mas colosal de la tierra rinde homenaje al poder invisible del que como criminal está en su presencia, no se decide á dictar un fallo que teme y con harto motivo que pueda ser el de su propia reprobacion (3). Mas ¡oh versatilidad lastimosa del hombre! ¡Cuánta es la inconstancia, cuán vergonzosa la inconsecuencia de Pilatos! En un momento se le vé pasar del te-

(1) Non timuit quia legem audivit; sed magis timuit ne Filium Dei occideret. (Beda in Joan.)

(2) ¿Unde es tu? (Joan XIX. 9.)

(3) S. Athan. Serm. de Pass.

mor á la audacia, del respeto á las amenazas, de la reverencia al insulto. El Salvador no se habia dignado dar respuesta alguna á la estemporánea pregunta de aquel juez voluble y cobarde: y éste resentido en su amor propio, herido en su delicada susceptibilidad, vuélvese arrogante hácia Jesus y le dice: «¿Quién eres tú para no contestarme? ¿Por qué no hablas? ¿Qué significa ese silencio? ¿Ignoras acaso que tú eres el reo y yo el juez, que tus destinos están en mis manos, y que de mí pende el salvar tu vida, ó condenarte á la muerte (1)?» Semejante insulto hecho á la divinidad no podia, no debia pasar sin un conveniente correctivo, y el Salvador se apresura á aplicarle: «¿De dónde te viene ese poder de que blasonas contra mí? replica á Pilatos. ¿Quién te lo ha dado? Ten entendido que aun cuando ahora me ves en esta forma ante tu tribunal, ninguna potestad ejercerías sobre mi persona, sino te hubiese sido concedida de lo alto (2).» ¡Ved católicos humillada la arrogancia impia del juez con la entereza divina del reo! ¡Ved como la supuesta autoridad del hombre queda hecha añicos ante la autoridad real y efectiva del Dios! El esclavo se muestra mas grande que el Señor, el vasallo se convierte en soberano, la verdad triunfa del orgullo, y la inocencia victoriosa, se manifiesta tanto mas palpable cuanto mas irritante aparece la injusticia. Porque, como argumenta muy bien San Ambrosio, si de hecho Pilatos se halla en el caso de absolver ó condenar á Jesucristo, ¿cómo es que estando convencido de su inculpabilidad no pronuncia el fallo absolutorio? ¿En qué consistió que no tiene resolucion suficiente para triunfar de sus propias preocupaciones y del ódio de los judios? ¿Por qué mira humanos respetos, y no dá por terminado el proceso con una sentencia favorable al acusado? ¿Puede estar mas evidentemente probada la injusticia del juez y las malas artes de los acusadores? ¿Puede ser mas visible la vergonzosa cobardía del uno y la apasionada venganza de los otros? Y sobre todo despues que el Salvador digera á Pilatos aquellas memorables palabras: «El que me ha entregado á tí, mayor pe-

(1) Joan. XIX. 10.

(2) Ibid. 11.

cado tiene que tú (1);» ¿qué es lo que espera ese magistrado para decidirse á salvar al inocente? ¿Cómo no tiembla hacerse participante de un crimen atrozísimo sobre cuanto puede imaginarse? ¿A qué volver á tocar unos resortes inútiles? ¿A qué implorar de nuevo la clemencia de las masas turbulentas? No, juez injusto: ese presunto reo no necesita gracia, sino que exige justicia; no há menester de la compasion prestada de sus inícuos acusadores, sino del recto fallo de la ley; á tu conciencia apela, no á tu piedad; la equidad reclama, no el perdon...

Pero decretado estaba que el inocente habia de sucumbir, y el santo por esencia ser condenado á la muerte de los criminales. Así lo exigia la salvacion del mundo, así lo demandaba la humanidad desgraciada que no tenia otro medio de rehabilitarse y recobrar los perdidos derechos á la vida eterna; y á esta necesidad, á esta ley providencial á que están subordinadas todas las causas secundarias, obedecian sin saberlo aquellas turbas que ante el pretorio de Pilatos pedían con cruel insistencia la muerte y la sangre del Justo. Por demas era que el juez tuviese deseos de salvar á Jesus, en vano que una y otra vez protestase que era inculpable, inútil que recusando toda responsabilidad en aquella causa les dijese: «Tomadle vosotros si os place, y crucificadle segun vuestra ley, pues en cuanto á mí no hallo causa alguna para condenarle segun la mia (2).» El poder invisible que dirigia el curso de aquel proceso para los inescrutables fines de la Providencia, permite que la injusticia se sobreponga á la verdad, que la inocencia sea oprimida por el ódio, que la política pueda mas que la razon, y que consideraciones de interés personal hagan enmudecer el grito del deber y de la conciencia. «Si le dejas libre, gritan las masas, renuncias á la amistad del César, te declaras traidor á tu patria y rebelde á tu soberano (3).» ¿De qué ardidese vale la iniquidad judáica para conseguir su sacrilego intento! No deja por tocar resorte alguno al efecto, todo lo explota, de

(1) Joan. XIX. 44.

(2) Joan. XVIII. 34.

(3) Ib. XIX. 42.

todo abusa, ante nada se contiene. Unas veces acusa á Jesus de blasfemo, otras de turbulento; ora de usurpador, ora de sacrilego; allí de rebelion, aquí de crimen de estado: y cada vez descubre mas su perfidia y rabioso encono en la incoherencia y contradiccion de las delaciones que contra él presenta. Mas esto no obstante, los designios del cielo se cumplen, y el Salvador es condenado á despecho de todas las pruebas de su inocencia y contra todas las leyes de la justicia. La causa instruida contra él, inicua ya en su origen, é ilegal en sus trámites, manifiéstase por último en su terminacion bajo el carácter de impia y sacrilega.

Poco es en efecto que por diez veces haya declarado Pilatos ante el pueblo que no encuentra en el presunto reo el mas leve crimen capaz de motivar una sentencia capital. Poco es que su propia mujer inspirada sin duda por el cielo para patentizar mas la inculpabilidad de Jesus, le ruegue, le inste, le conjure que á todo trance se desentienda de aquel negocio, y de ningun modo tome parte en la condenacion del Justo, pues ha tenido ensueños fatídicos y horrorosas visiones que la han llenado de espanto (1). El testimonio de aquella mujer fiel á los divinos llamamientos, si bien sirve para corroborar las convicciones que su esposo tenia ya de antemano, son insuficientes para vencer su debilidad y hacerle triunfar de su cobardía. Prefiere un honor temporal á un honor eterno, pesa mas en su balanza la amistad de un emperador de un dia que la del monarca de todos los siglos. Ve organizarse una sedicion popular para apoderarse del reo, y acaso del juez si este no cedia á sus exigencias; ve crecer el tumulto, y tomar grandes proporciones la agitacion general (2) á que él mismo diera lugar con sus contemporizaciones indebidas; é impotente ya para contener el desbordamiento de las pasiones, se ve arrastrado por la revolucion á dictar un fallo definitivo. Entonces fué cuando sentándose en su tribunal, pidió agua, se lavó las manos, diciendo: «Inocente soy de la sangre de este justo, vosotros respondereis de ella (3); y pronunció aquella sacrilega senten-

(1) Matth. XXVII. 19.

(2) Matth. XXVII. 24.

(3) Ib.

cia de muerte contra el Redentor, cuyo testamento ha llegado á nosotros por una piadosa tradicion (1).

(1) Insertamos como un curioso documento histórico la siguiente sentencia pronunciada contra el Salvador, remitida desde el archivo de Simancas por D. José Ferrer de Couto. Dice así: Archivo general de Simancas—Negociado de Estado—Legajo 847—y de Roma núm. 4.º

»Copia de la sentencia que dió Pilatos contra Cristo Nuestro Señor, la cual se halló en la ciudad de Aquila (Abruzo), por los años 1550, entre las ruinas marmóreas de un templo donde se hallaron dos tubos de hierro, y en uno de ellos escrita en pergamino con caracteres hebreos la siguiente carta que se interpretó de la manera siguiente:

»En el año XVII de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo monarca invictísimo, en la olimpiada CXXI: edad XXIV, y de la creación del mundo, según el número y cuenta de los hebreos cuatro veces MCXLVII: de la propagación del imperio romano el año LXXIII: del rescate de la servidumbre de Babilonia el CDXXX, y de la restitución del imperio sagrado el año CDXCVII: siendo cónsules del pontífice romano, Lucio Pisano y Marcio Saurico, procónsules del invicto Valerio Palestino, gobernador público de Judea y regente y gobernador de la ciudad de Jerusalem Flavio cuarto su presidente gratisimo.

»Poncio Pilatos, regente de la Baja Galilea herodiada, anti-patriarca y pontífice del sumo sacerdocio Anas y Caifas; Ales Maelo, maestro del templo: Rabahan Ambel, centurion de los cónsules romanos y de la ciudad de Jerusalem Quinto Cornelio Sublimio y Sexto Pompilio Rufo, á los XXV de marzo.

»Yo Poncio Pilatos, representante del imperio romano en el palacio de Larchi, nuestra residencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesus, llamado Cristo Nazareno de la turba de Galilea, hombre sedicioso de la ley mosaica contra el gran emperador Tiberio César, determino y pronuncio, en razon á lo espuesto, que sufra la muerte clavado en la cruz, á usanza de los reos, porque habiendo congregado muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de mover tumultos por toda Galilea, fingiéndose hijo de Dios y rey de Israel, amenazando la ruina de Jerusalem y del sagrado imperio, y negando el tributo al César; habiendo tenido el atrevimiento de entrar con palmas y en triunfo acompañado de la turba como rey dentro de la ciudad de Jerusalem en el templo sagrado.

»Por tanto, mando á mi centurion Quinto Cornelio, que conduzca públicamente por la ciudad de Jerusalem á ese Jesus Cristo, amarrado y azotado, vestido de púrpura y coronado de espinas punzantes, con la propia cruz acuestas, para que sirva de ejemplo á todos los malhechores, y que

¡Oh juez débil! ¡Oh juez inconsecuente! esclama aquí un piadoso comentador. En vano piensas que esa agua material pueda lavar la horrible mancha que has echado sobre tu alma. De do quiera que venga ese licor de nada te servirá. Aunque se abran los cielos y se rompan todas las fuentes del grande abismo, y quedes envuelto en un diluvio como el de Noé, es tu delito muy inhumano y muy sangriento para que pueda ser borrado. Aunque no solo te laves las manos, sino que desees, como Pedro, que sean lavados tus pies y tu cabeza, todo será inútil. Delante de tí tenias la fuente de aguas vivas que corren hasta la vida eterna, únicas capaces de purificarte y

lleve con él á dos ladrones homicidas: todos los cuales saldrán por la puerta Giancarola, llamada hoy Antoniana, é irán hasta el monte de los malvados, que se dice Calvario; donde crucificado y muerto, quede el cuerpo en la cruz para que sirva de espectáculo y ejemplo á todos los criminales: y en la dicha cruz se le pondrá el siguiente letrero en tres lenguas, hebrea, griega y latina; en hebreo *Jesu aloi olisidin*; en griego, *Jesus Nazareno*; en latin, *Jesus Nazarenus, Rex judæorum*.

»Mandamos asimismo que ninguno de cualquiera clase que sea, no se atreva temerariamente á impedir esta justicia por nos mandada, administrada y seguida con todo rigor, segun los decretos y leyes de los romanos y hebreos, bajo la pena en que incurren los que se rebelan contra el imperio. Confirmaron esta sentencia por las doce tribus de Israel, Raban, Daniel, Raban segundo, Joan, Benciar, Barbas, Ísabec, Presidan. Por el sumo sacerdocio, Raban, Judas, Boncalason. Por los fariseos, Rolian, Simon, Daniel, Braban, Mordagin, Boncertassilis. Por el imperio y presidente de Roma, Lucio Sirtilio, Amostro Silio, notario público del crimen. Por los libres Nastan, Reotenan.»

»La preinserta sentencia es copia literalmente traducida de la que se halla escrita en italiano, custodiada en el mencionado real y general archivo de Simancas, comprendida en el negociado y legajo ya espresados en las primeras líneas: la cual es de presumir que vino remitida de Italia, á la magestad de Felipe II, por cuanto la mencionada copia italiana se encuentra entre los papeles mas importantes de Roma, correspondientes á aquel glorioso reinado. Y porque no haya lugar ni ocasion de permitirse la mas ligera duda sobre la autenticidad actual del espresado documento, al crédito que pueda inspirar mi nombre, la remito así como tambien á las partes citadas del mencionado archivo general del reino donde la he hallado y puede confrontarse.»

dejarte blanco como la nieve. Esa fuente era Jesus, de la cual estaba escrito que se hallaria patente para la casa de David y para los habitantes de Jerusalem, y serviria para lavar al inmundo (4). Pisando estás en tu mismo hogar esa sangre preciosa que hubiera podido borrar las feas manchas de tu alma y salvarte, y la cual vas á derramar de nuevo cuando de ella intentas declararte inocente.» Ciertamente que de ella, dice San Leon, responderán en su dia los judíos que cual carnívoros lobos y sanguinarios tigres han pedido que sobre ellos recaiga; mas no por eso, oh Pilatos, serás tú menos responsable por haber contribuido con tu debilidad á consumir tan enorme crimen. Tu corazon impuro jamás podrá lavarse de la mancha que contrajera consintiendo fuese crucificado aquel cuya inocencia habias proclamado tú mismo. El pueblo judío verá cumplido su deseo; sucederá lo que ha querido; la sangre del Justo caerá sobre él y sobre su infortunada descendencia; mas no para su salud sino para su ruina, no para su provecho sino para perpetuar en los siglos venideros la maldicion que ha provocado, pues hasta el dia de hoy está clamando al cielo la sangre de su hermano!...

¡Haga el Señor, M. A. O., que nosotros no nos hagamos responsables de esa sangre divina vertida por nuestra salvacion en el Calvario! ¡Plegue al cielo que no tomemos parte con nuestra conducta criminal en esa sentencia impía, ilegal, injusta y sacrilega, pronunciada un dia en el pretorio! Hartas veces por nuestra desgracia la hemos ratificado con nuestra vida culpable. En mil ocasiones nuestra avaricia ha vendido á Jesus, nuestro desenfreno le ha entregado á sus verdugos, nuestra ira le ha abofeteado, nuestra envidia le ha acusado, nuestra maledicencia le ha calumniado, nuestras blasfemias le han escupido, nuestra liviandad le ha azotado, nuestra soberbia le ha coronado de espinas, nuestra ambicion le ha prostergado á Barrabás, nuestras recaidas han vociferado contra él pidiendo su muerte, y nuestra obstinacion en el pecado ha pronunciado el fallo de su condenacion. Cómplices somos todos, M. A. O., mas ó menos de esa sentencia inicua dictada por Pi-

(4) Zachar. XIII. 4.

latos; pero mucho mejor que él podemos todavía reparar nuestra maldad, y lavarnos en la sangre infinitamente preciosa de esa víctima adorable. Convirtamos pues el insulto en homenaje, la imprecacion en súplica, pidamos á nuestro Redentor que su sangre recaiga sobre nosotros como un baño saludable que nos purifique de todas nuestras manchas, como un rocío benéfico que refrigere el ardor de nuestras malas pasiones, como un bálsamo eficaz que cicatrice las hondas heridas que el pecado abrió en nuestras almas, como una lluvia celestial que fecundice la tierra estéril de nuestro corazon para producir frutos copiosos y sazonados de virtud y buenas obras, como un remedio universal para todas las dolencias que nos aquejan como una prenda anticipada de su gracia en esta vida, y de la resurreccion gloriosa que esperamos obtener mediante ella en el reino de la inmortalidad.

SERMON

SOBRE EL PASO DE LA CRUZ Á CUESTAS.

EN EL EJEMPLO DE JESUCRISTO CARGADO CON LA CRUZ EN EL CAMINO DEL CALVARIO, DEBEMOS ADMIRAR POR UNA PARTE EL ESCESO DE AMOR QUE EN ESTA ACCION NOS MANIFIESTA, Y APRENDER AL MISMO TIEMPO Á ACEPTAR NUESTRA CRUZ COMO ÉL LA ACEPTÓ, Á LLEVARLA COMO ÉL LA LLEVÓ, Y Á TRIUNFAR EN ELLA DE NOSOTROS MISMOS COMO ÉL TRIUNFÓ DE NUESTROS PECADOS.

Tunc ergo (Pilatus) tradidit eis illum ut crucifigeretur. Susciperunt autem Jesum, et eduxerunt. Et bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur calvariae locum.

Entonces Pilatos les entregó á Jesus para que le crucificasen, y apoderándose de él le sacaron fuera. Y llevando él mismo á cuestras su cruz, se encaminó hácia el sitio denominado Calvario.

JOAN. XIX. 16, 17.

DIA de luto y de tristeza, dia de sangre y de ruina, dia de desolacion y de muerte, pero dia tambien de gozo y de alegria, dia de triunfo y de gloria, dia de salvacion y de ventura es sin duda hoy, M. A. O.; puesto que en él se realizan las figuras del antiguo Testamento, verificanse las predicciones, cúmplense los oráculos, y el mundo se salva en virtud del sacrificio del Cordero sin mancha que expía los pecados de todo el linage humano. La sentencia de muerte ha sido al fin pronunciada contra el hijo de Dios; el justo va á sufrir el suplicio de los malhechores; el inmortal va á espirar en un infame patíbulo; Jesus Nazareno, rey de los judíos, va á subir al trono que le ha preparado la ingrata Sinagoga.

En efecto, el odio de ésta habia ya triunfado de la justicia, y conseguido que recayese sobre su víctima un fallo condenatorio. Solo faltaba llevar á efecto la ejecucion, y para ello se preparan aquellos tigres sedientos de la sangre de Jesucristo. Instantáneamente apodéranse de él; vuelven á vestirle de su túnica, que segun costumbre era propiedad de los verdugos; preséntanle la cruz que debia llevar sobre sus propios hombros, como era usanza entre los romanos; Jesucristo la recibe con resignacion, la abraza lleno de gozo, pues que veia en ella el trofeo de su victoria sobre el infierno, y el instrumento de la salvacion del mundo; y poniéndosela él mismo sobre sus delicadas espaldas sajudas con los azotes, apresúrase á salir de aquella ciudad desventurada que ha pedido la sangre del Justo. Si: tu peticion, oh Jerusalem deicida, ha sido escuchada: esa sangre caerá sobre tu cabeza, y con ella la maldicion del cielo, que jamás conseguirás desechar.

Profetas santos: vosotros dijisteis que el Mesías llevaria sobre sus hombros las enseñas de su imperio (1). Ved ya realizada vuestra prediccion. Cargado está con esa cruz que ha de dominar los palacios de los césares y ondear sobre la cima del Capitolio. Cargado está con esa cruz que ha de figurar en los pabellones de los guerreros y adornar la diadema de los monarcas. Cargado está con esa cruz que ha de sustituir á las águilas romanas y dar la vuelta al globo triunfante de todos sus enemigos. Cargado está con esa cruz que será empavesada en las hinchadas velas de los soberbios bajeles y cruzará los mares para ser clavada en las costas del nuevo mundo. Cargado está en fin con esa cruz que será un dia el gozo del cielo, la alegría de la tierra, el terror de los abismos, la gloria del justo, la confusion del impio, á quien todo el mundo adorará, en cuya presencia se postrarán los potentados, se humillarán los grandes, y se despojarán de su diadema los que rigen los destinos del mundo.

Pero otro triunfo más insigne era el que estaba vinculado á ese sagrado leño. En él debia Jesus reconciliar la tierra con el cielo; en él iba á desarmar al principe de las tinieblas; en él iba á rasgar el

(1) Et factus est principatus super humerum ejus. (Isaïæ. IX. 6.)

decreto de muerte pronunciado contra toda la estirpe de Adan ; en él iba á arruinar el imperio del pecado ; en él iba á arrancar á su Eterno Padre la espada vengadora que tenia levantada sobre toda la humanidad ; en él iba á sellar con su sangre el nuevo pacto de alianza que hiciera con un Dios irritado ; en él iba á conquistar la libertad de una raza esclava, reduciendo la misma esclavitud á una innoble servidumbre segun la frase del Apóstol ; en él, por último, iba á redimir y salvar á todas las generaciones. Por eso saluda la cruz con tanto júbilo, la estrecha entre sus brazos con tanta ánsia, se abalanza á ella como á un tálamo divino en que va á verificar las bodas celestiales con su nueva esposa la Iglesia, y la lleva en sus hombros como el objeto mas caro de su amante corazon.

Venid, pues, cristianos ; apiñaos en derredor de ese Dios-Hombre que ha cargado ya con todo el peso de un mundo henchido de crímenes ; acompañémosle en su carrera, y aprendamos á apreciar « el exceso de amor que envuelve ese acto de llevar la cruz sobre sus hombros, y cuán justo es que nosotros la aceptemos como él la aceptó, la amemos como él la amó, la llevemos con la misma resignacion que él la llevó, y triunfemos en ella de nosotros mismos como él triunfó de nuestros pecados. » Materia importantísima que me propongo desenvolver en el presente discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

« La Cruz de Jesucristo, decia el Apóstol, que para el carnal juicio no es mas que un motivo de escándalo, y que el rey gentil mira como una locura, para nosotros los creyentes que hemos sido iluminados con la luz del Evangelio es la prueba mas convincente del poder y de la sabiduría de Dios; porque lo que en los misterios divinos parece una fatuidad es lo mas sublime de la ciencia, y lo que no parece sino una debilidad revela una fortaleza superior á todo lo

humano (1).» En buen hora pues que la impiedad no encuentre en un Salvador cargado con ese innoble leño destinado para su suplicio mas que un objeto de befa é irrisión; riase cuanto guste la incredulidad de un rey que no lleva otro emblema de su soberanía mas que una Cruz pesada en la cual debe espirar rodeado de dos insignes malhechores. El cristianismo admira en ese espectáculo un misterio sublime de bondad y de amor, puesto que no solamente reconoce en Jesucristo al verdadero monarca de la gloria que lleva consigo el instrumento de la mas insigne victoria que jamás consiguieron los mas ilustres guerreros, sino que al propio tiempo vé en él á un Salvador clemente que santificando y ennobleciendo esa Cruz objeto antes de horror y de maldicion, la hace dulce, amable, apetecible y sumamente gloriosa para sus discípulos, inspirándoles el valor necesario para llevarla como él la llevó por el camino del Calvario.

Cierto que dista mucho esta escena de dolor y de amargura de aquel magestuoso espectáculo que los profetas vieron á través de los siglos en la triunfante salida del Dios de los ejércitos al frente de un pueblo redimido de la esclavitud egipcia. Allí el vencedor de los reyes idólatras despues de haber quebrantado el ominoso yugo que hicieran pesar sobre la descendencia de Israel, recibia las ovaciones de una multitud que le salia al encuentro hendiendo los vientos con vitores y aclamaciones. Y los principes de Judá, y los magnates de las tribus de Zabulon y Nephtalí, y las doncellas y los jóvenes Benjamitas aplaudian y celebraban la entrada de su rey en el santuario; y los rayos del Sináí iluminaban su carrera, y ante sus pasos retemblaba la tierra, y los montes se liquidaban en su presencia, y por do quiera no se oían sino himnos de victoria al que con su potente mano humillaba los imperios, y enfrenaba á los tiranos de la nacion escogida (2). Aquí por el contrario solo se ofrece á nuestra vista un Hombre-Dios en el mayor abatimiento, en la humillacion mas profunda, que sale de los muros de una ciudad maldecida sobre la cual

(1) I. Corint. I. 23 et seq.

(2) Psalm. LXVII. per tot.

ha derramado amargo llanto, y marcha con paso lento y trabajoso hácia el lugar de su suplicio llevando en sus hombros la Cruz en que ha de ser clavado, en medio de unas turbas insolentes que insultan su desgracia, rodeado de soldados que le escarnecen, acompañado de verdugos que saborean anticipadamente el fruto de su venganza. ¡Qué contraste tan singular!

Sin embargo, M. A. O., la fé nos descubre en esta escena un misterio mucho mas admirable, mas bello, mas encantador. Allí el Señor se manifestaba terrible por su poder: aquí se muestra amable por su debilidad; entonces su magestad inspiraba afectos de terror y espanto: ahora su humillacion solo engendra sentimientos de confianza y de ternura; cuando como conquistador intrépido cargado con los despojos de Idumea y de Moab su planta hacia enmudecer el orbe, su continente guerrero solo revelaba el poder de su venganza: mas cuando como Redentor clemente marcha hácia el Calvario agobiado bajo el enorme peso de la Cruz, todo en ese ilustre vencedor del infierno hace brillar el poder de su misericordia. ¡Oh! penetrad con la antorcha de la fé á través de los tupidos velos que nos ocultan los profundos misterios de ese Redentor adorable que cumple hoy los mas insignes vaticinios de la antigua alianza. En él vereis al verdadero Moisés que en virtud del madero prodigioso va á humillar la pujanza y á destruir el imperio del infernal Faraon, y á abrir libre paso al pueblo escogido por entre las soberbias olas del mar, para que pueda llegar á la tierra prometida. En él admirareis al verdadero Sanson que abrazándose con la cruz figurada en la columna del templo, va á arruinar para siempre el falso culto de los ídolos, y á levantar sobre sus ruinas y las de sus adoradores el magestuoso edificio de la Iglesia católica. En él hallareis al verdadero vencedor de Goliat que va á combatir los gigantes del orgullo y de la voluptuosidad, de la ambicion y del libertinaje, de la impiedad y del error, no con la espada sino con la honda, esto es, con la Cruz ante la cual quedará abatida la prepotencia del vicio y la insultante altanería de las pasiones humanas. No importa que veais al primogénito de Dios arrojado fuera de la viña por los ingratos colonos á quienes el gran Padre de familias pusiera en ella, para darle una muerte

afrentosa (1). No importa que veais al inocente Cordero salir fuera de la ciudad cargado con las imprecaciones de un pueblo infiel para ser sacrificado sobre el altar de los holocaustos (2). Él va á realizar de un modo maravilloso las figuras del antiguo y nuevo Testamento para bien de un mundo criminal. Jesus es el verdadero hijo del Altísimo que va á ser víctima de la perfidia judáica para devolver á los hijos desheredados de Adán los derechos á la herencia celestial que no supieron conservar. Él es el verdadero Cordero de la expiación sobre quien ha puesto Dios las maldiciones que acarreó el pecado, para que con su preciosa sangre lave las manchas de su pueblo, reconcilie la humanidad con la divinidad, y santifique la nueva Iglesia destinada á ser el verdadero tabernáculo de Dios en la tierra (3). Dejad pues que ese inocentísimo Isaac de la ley evangélica en quien deben ser benditas las futuras generaciones camine hácia la cumbre del nuevo Moriah, el Calvario, llevando sobre sus hombros la leña del sacrificio (4). ¡Oh víctima adorable del amor mas puro! Yo te saludo con toda la efusion de un alma enternecida; yo me postro rendido y beso entusiasmado esa tierra ennoblecida con tus sangrientas huellas; yo adoro esa Cruz afrentosa que agobia tus santísimas espaldas, arca misteriosa de la alianza que encierra el gran tesoro de la salvacion de todo el humano linage. El hombre carnal en quien la fé se ha oscurecido no verá en tí mas que un reo precedido de lictores que anuncian su paso al son de la lúgubre trompeta; escoltado por dos filas de soldados romanos, acompañado de dos malhechores que van á sufrir igual castigo que él, rodeado de verdugos de siniestro y feroz aspecto, y seguido de turbas que le insultan y escarnecen, y de algunas cuantas mujeres piadosas que lloran compadecidas de su desgracia. Mas yo veo por entre ese repugnante y triste aparato, á mi Salvador y á mi rey á quien invisiblemente hacen la corte innumerables legiones angélicas, precedido del Dios de las victorias, que si bien como el antiguo Abraham lleva

(1) Matth. XXI.

(2) Levit. XVI. 21 et seq.

(3) Hæbr. XIII. 11, 12.

(4) Genes. XXII. 6.

en una mano la espada de la obediencia que ha de atravesar á su querido hijo, y en la otra el fuego de la caridad que ha de consumirle (1), con esa espada y con ese fuego va á reportar el triunfo mas ilustré que jamás admiraron los siglos.

Y ved por qué al ver Jesus el llanto de aquellas fieles mujeres que seguian el fúnebre cortejo, se vuelve á ellas y las dice: «Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, que camino á la muerte por mi libre voluntad y lleno de un interno gozo que no comprendéis, puesto que voy á triunfar del cielo, de la tierra y del infierno en este madero que considerais como un oprobio; llorad mas bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque cerca está ya el dia en que una horrible catástrofe ha de cubrir de luto á esa generacion obcecada que se ha obstinado en desconocerme. Llore en buen hora esa ciudad de cuyos muros me ausento para no volver nunca, puesto que ha rechazado al que venia á darla la paz, y condenado á muerte al que quiso darla la vida. Ella no ha querido aceptar su dicha, pues esperiménte á pesar suyo su propia infelicidad; ella no ha querido comprender en lo que estaba cifrada su verdadera libertad, pues sométase mal que le pese á arrastrar para siempre en la tierra la dura cadena de su esclavitud: ella cuando me tuvo en su seno no supo apreciar mi venida, pues ahora que de ella me ausento sabrá cuán infortunado es el pueblo á quien el Señor abandona; ella en fin despreció mi llanto cuando todavia podia serle provechoso, pues bien presto habrá de comprar sus propias lágrimas á precio de sangre para poder llorar su desventura dentro de su misma patria, de donde serán arrojados sus moradores despues de haber visto sus hijos morir al filo de la espada enemiga. *Super vos flete, et super filios vestros* (2).

Palabras sublimes llenas de misericordia y de amor, que segun el P. San Leon dirige tambien Jesus desde el camino del Calvario á todos los pueblos, y á todos los hombres que se abandonan á sus propios desórdenes y no miran en la Cruz sino un objeto de conti-

(1) Genes. XXII. 6.

(2) Luc. XXIII. 28.

nuas ofensas. Llorad por vosotras, naciones ingratas, que á ejemplo de Jerusalem habeis sido harto temerarias para despreciar mi fé, y perseguir mi Evangelio, armándoos del error y del sofisma para destruir mi Iglesia, acabar con la unidad católica y echar por tierra mi imperio; pues el reino de Dios os será arrebatado y dado en herencia á otras gentes que sepan aprovecharse mejor de sus beneficios (1). Llorad por vosotros, pueblos descreidos, que agotando todos los esfuerzos de la política y de la ciencia, trabajais incansables por sustituir á los sacrosantos dogmas de la religion que profesaron y veneraron vuestros abuelos los absurdos de una filosofia material, escéptica, atea, favorecedora de todas las malas pasiones, protectora de todos los crímenes, y á cuya sombra triunfa impune la licencia y el libertinaje: pues mas allá de los mares existen otros pueblos que solo esperan el momento de que les sea revelada la verdad para abrazarla y hacerla producir los mas razonados frutos. Llorad vosotros, hombres ciegos, que huyendo del camino del Calvario, empujados por vuestros vicios vais á precipitaros en la sima de la perdicion, vosotros que aprisionados por el pecado, en lucha abierta con Dios, tocando al borde del infierno que se abre á vuestros piés como un abismo, sin fé, sin esperanza, sin amor, os entregais no obstante á los goces del tiempo, os engolfais en los placeres de la vida presente, apurais la dorada copa de la sensualidad, adorais al ídolo de la ambicion, os prosternais ante las aras de la codicia y de otros vicios no menos enormes, sin pensar siquiera en el horrendo porvenir que os espera. Llorad en fin, malos cristianos, que os avergonzais de la Cruz de Jesucristo, que teneis por deshonra lo que él tuvo por el mas alto honor, que sacudís de vuestros hombros ese leño que él llevó con tanto gozo para ser crucificado en él; pues esa Cruz será un dia vuestro fiscal, vuestro acusador, vuestro juez y vuestro tormento. Y llorad tambien por vuestros hijos, por vuestros sucesores, por los que en pos de vosotros vendrán, á quienes no habreis dejado en herencia sino vuestros vicios, vuestros escándalos, vuestra procacidad, vuestras máximas perniciosas, vuestra impie-

(1) Matth. XXI. 43.

dad, vuestro libertinaje, vuestra corrupcion y vuestra infamia: *Super vos flete, et super filios vestros*. Porque, como os dice el Salvador en su dolorosa marcha, si el árbol verde es tratado de este modo, ¿qué podrá esperar el árbol seco? Si tantas ignominias, tantos ultrajes, y tormentos tan crueles, y muerte tan afrentosa costó á Jesucristo el haberse revestido de la sombra, de la imágen, de la figura del pecado: ¿qué expiacion no estará reservada al verdadero culpable, al que se abandona á toda especie de crímenes sin remordimiento, al que no duda multiplicar sus excesos á despecho de los llamamientos de la gracia, al que un dia y otro no cesa de ultrajar y ofender á su Dios y de insultar su misericordia? *¿Si in viridi hoc faciunt, in arido quid fiet (1)?* ¿Si el inocente, el puro, el santo por escelencia paga tan caro el haberse revestido del súcio ropage de nuestra mortalidad; si el que jamás pudo pecar y fué siempre el santuario de la gracia, la fuente de la bondad, el especioso olivo que ni un instante cesó de dar frutos preciosos de vida y de virtud, es así herido y maltratado; el delincuente, el pecador, el sarmiento podrido, el árbol maldito que nunca dió de sí mas que abrojos de vicios y espinas de vergonzosas pasiones, ¿qué otra cosa podrá esperar sino ser arrojado al fuego infernal? *¿Si in viridi hoc faciunt, in arido quid fiet?*

Esto sin embargo, M. A. O., mas bien que una amenaza, es una leccion amorosa, un aviso paternal, una tierna invitacion, con que Jesucristo se propone hacernos volver á la senda que ciegos y desatentados abandonamos. Todavía estamos en el caso de remediar nuestros desaciertos; aun podemos evitar los males que nos amenazan: Un medio tenemos espedito para entrar en las vias de la salvacion; abierto está el áspero camino del Calvario; Jesus nos habla desde él, y nos dice: Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sigame (2). Hed ahí el llamamiento que hace á todos los pueblos y á todos los hombres, sin escepcion alguna; porque la Cruz es la condicion esencial de la humanidad; la Cruz es la pension gene-

(1) Luc. XXIII. 31.

(2) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. (Matth. XVI. 24.)

ral que legó el pecado á todos los hombres, cualquiera que sea su nombre, su estirpe, su raza, ó su posicion en el mundo; la Cruz teñida en la sangre del Hombre-Dios es la única que nos engrandece, nos purifica y nos salva. Donde quiera se encuentra esa Cruz cuyos fragmentos se han estendido por todo el orbe. Ni los dorados palacios, ni las opulentas viviendas del poderoso, ni el dorado sillón del magnate están libres de ella: lo mismo el príncipe que el vasallo, el rico igualmente que el pordiosero, el monarca no menos que el pastor, todos los sexos, todas las categorías, todas las edades tienen que humillar su cerviz ante ese leño que Jesucristo llevó sobre sus hombros. Cruces son mas ó menos pesadas las adversidades y los infortunios de que está sembrado el camino del mundo, siquiera á la vista parezca estar sembrado de flores. Cruces son las enfermedades, las miserias, las pérdidas imprevistas, las traiciones de los falsos amigos, las intrigas de la ambicion, las rivalidades de la envidia. Cruces son las humillaciones, la pobreza, las privaciones, el hambre, y las solicitudes domésticas, y los cuidados paternales, y los deberes de la sociedad, y las exigencias del siglo, y todas esas cosas á que el hombre tiene necesidad de resignarse de grado ó por fuerza mientras vive en la tierra. La cuestion, pues, solo estriva en el modo de llevar cada uno su respectiva Cruz, la cual para que sea aceptable á Dios y útil para el alma, se debe aceptar como Jesus aceptó la suya, amarla como él la amó, llevarla como él la llevó, y triunfar en ella de nosotros mismos como él triunfó de nuestros pecados. Por eso la primera condicion que el Salvador nos pone para poder seguirle, es que renunciemos con una completa abnegacion á nuestras pasiones, á nuestras inclinaciones, á nuestro amor propio, á nuestro orgullo, á nuestra sensualidad, á nuestra molicie; *abneget semetipsum*, y que despues carguemos con la Cruz que nos enviare y le sigamos, pues solo haciéndolo así podremos llevarla dignamente y con fruto: *Et tollat crucem suam, et sequatur me.*

¿Y qué cosa mas justa, M. A. O., que aceptar y llevar cada cual la cruz que le distribuyó la Providencia para sus altos é incomprensibles fines? ¿Por qué no habremos de recibirla como presentada por las propias manos de aquel que por nuestro amor la recibió con

gozo, la estrechó con entusiasmo y la llevó con indefinible júbilo de su alma? Nuestra es, ora la aceptemos voluntariamente, ora se nos haya impuesto por necesidad; nuestra porque con ella ha querido el cielo que nos salvemos: nuestra porque ella sola puede curar nuestras enfermedades; nuestra porque la hemos merecido por nuestras culpas, ó nos es necesaria para el ejercicio de nuestra fidelidad. ¿Por qué pues no haremos un sacrificio voluntario de lo que de todos modos debe ser una obligacion? ¿Por qué ya que es preciso llevarla no un dia, ni un año, sino siempre, toda la vida, no habíamos de convertirla mediante una perfecta abnegacion en un motivo de sublime merecimiento? Jesus se abnega voluntariamente á sí propio renunciando á todos los honores, á todas las consideraciones, á todos los consuelos que le eran debidos, hasta hacer el sacrificio de su propia vida: ¿y nosotros no haríamos por nuestro bien lo que él hizo por nuestro amor? Entonces de poco nos servirá llevar la cruz, porque no la llevaremos como la llevó nuestro Maestro y nuestro modelo. Si no enfrenamos nuestros apetitos, si no mortificamos nuestros sentidos, si no hacemos guerra á nuestras torcidas inclinaciones, si no combatimos nuestro amor propio, si no encadenamos nuestra licencia desenfrenada, si no triunfamos en una palabra de cuanto en nosotros propende á separarnos de Dios privándonos de su gracia, llevaremos, sí, á despecho nuestro esa cruz que en vano intentaríamos arrojar, tanto mas pesada é insoportable cuanto mayor será nuestra repugnancia y la repulsion que hácia ella sentiremos: pero la llevaremos sin fruto, y en vez de sernos meritoria, nos será por el contrario perjudicial por cuanto no la sufriremos por Jesus y con Jesus. Y en ese caso, oid lo que nos dice esa adorable víctima desde el ensangrentado pavés del Calvario; «Sabed que el que no carga con su cruz y me sigue no puede ser mi discípulo (1).» Y no lo son, M. A. O., los que aunque esterioresmente se resignan á tolerar y sufrir pacientemente las adversidades de esta vida, desmienten no obstante con sus acciones lo que con

(1) Qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. (Luc. XIV. 27.)

sus palabras afectan ; los que eligiendo por capricho ó por cálculo ciertas privaciones ó austeridades solo se proponen satisfacer ciertas apariencias ridiculas, cumplir ciertos respetos humanos, ó realizar ciertas miras ocultas de interés ó de vanagloria. ; Ah ! no : esas y otras cruces semejantes no son las que el Salvador nos manda llevar ; no nos vienen de él : no es él quien nos las distribuye : cruces son del demonio que nos ciega , del mundo que nos alucina , del orgullo que nos deslumbra , cruces de dolor y no de alegría , cruces de ruina y no de salvacion.

La verdadera cruz de Jesus es esa que él lleva sobre sus sagrados hombros por las calles de Jerusalem , la que le hace caer una y otra vez bajo su enorme peso ; con la que trabajosamente y con acerbo dolor trepa la escarpada cima del Gólgota ; esa es la que nos santifica y nos salva , esa la que nos hace dignos discípulos de un Dios-Hombre y la que nos conduce al monte de la gloria ; esa es la que aceptada con resignacion es nuestro consuelo , abrazada con gozo es nuestra dicha , llevada con valor es nuestra fuerza. Corramos pues al camino del Calvario , estrechemos esa cruz preciosa en que está vinculada nuestra felicidad , imprimamos en ella dulces ósculos de reverencia y de amor , carguémosla en nuestras espaldas , y caminemos en pos de Jesus , nuestra cabeza y nuestro gefe , nuestro Dios y nuestro rey. Llevémosla como la llevaron esa multitud de apóstoles , mártires , confesores y vírgenes que luchando en el mundo con cuanto hay de mas doloroso , y triunfando de cuanto podia halagar su carne y sus pasiones , ni un instante se separaron de Jesucristo , y ahora gozan con él en su reino , ceñidas sus sienes con una aureola de inmortalidad. Llevémosla , como la llevó esa cohorte brillante de justos de ambos testamentos que haciendo el sacrificio de sí mismos ante las aras del deber , y caminando sin titubear por la áspera senda de los divinos preceptos sin acobardarse por los peligros , ni dejarse vencer de las tribulaciones , forman hoy en las filas del Dios de Sabaoh , y cantan eternamente sus alabanzas. Llevémosla como ese ejército de penitentes que habiendo llorado dignamente los extravíos de una vida desacertada y expiádolos en sus miembros con una crucifixion voluntaria , al presente gozan el justo galardón de sus lágri-

mas, y ven trocados en eterna delicia los rigores de su austeridad. Llevémosla en fin como Jesucristo quiere que la llevemos, como nos manda llevarla en su Evangelio, como él mismo la llevó por nosotros, con idéntica resignacion, con igual alegría, con el mismo entusiasmo, y no dudemos que aunque larga y áspera sea la senda que conduce al Calvario, una vez llegados á la cima, divisaremos desde su altura la tierra de promision que esperamos, y algunos pasos mas allá veremos abrirse las puertas eternas de la Sion celestial, donde con Jesucristo reinaremos sin fin por siglos y siglos.

SERMON

SOBRE LA CRUCIFIXION DE JESUCRISTO.

JESUCRISTO CLAVADO EN LA CRUZ NOS DEMUESTRA HASTA QUÉ PUNTO
NOS AMÓ Y LA CORRESPONDENCIA QUE DE NOSOTROS EXIGE TAN
INEFABLE CARIDAD.

Et post quam venerunt in locum, qui vocatur Calvaria, ibi crucifixerunt eum.

Luego que llegaron al sitio llamado Calvario, allí le crucificaron.

LUC. XXIII. 33.

¡AL monte! ¡al monte! Subamos presurosos á la cima del Gólgota, á presenciar el espectáculo mas triste á la par que consolador que vieron los siglos. La víctima de propiciación va á ser colocada en el altar de los holocaustos, el Dios inmortal está próximo á consumir en una carne mortal el sacrificio predicho por Malaquias. Los tiempos han llegado, cumplido se há el plazo, los vaticinios tocan á su término, la realidad va á sustituir á los simbolos, van á cesar las figuras, la sangre del testamento nuevo va á correr sobre el ara santa, Jesus el hijo del Altísimo va á ser clavado en un madero, todo va á verificarse en la adorable persona del Salvador de la humanidad.

Así es, M. A. O.: el nuevo Isaac habia salvado ya la cima de aquella misteriosa montaña cuajada de maravillas, donde iba á realizarse la redencion del linage humano, y solo faltaba que la oblacion se llevase á efecto. Preparado está el fuego y la leña; el grande Abraham ha empuñado ya la espada y se dispone á descargar el

golpe... Mas no; deten tu brazo, oh justicia divina, y antes de satisfacer en la persona del Hombre-Dios tu venganza, déjanos escuchar los acentos que por boca de sus profetas dirige á ese pueblo deicida que has elegido por instrumento de tus designios; acentos de misericordia, acentos de amor que revelan el fin, la causa y el objeto del augusto misterio de este día.

«Atiende á lo que te digo, oh pueblo mio, y escúchame, oh nacion predilecta, pues que de mí va á salir la ley y la antorcha que ha de iluminar al mundo. Hé aquí el Salvador que esperabas, el cual ha de regir los imperios con la fuerza de su brazo. Alzate, oh Sion, levántate, oh Jerusalem, tú que has bebido de la mano del Señor el cáliz de su ira: yo voy á quitarte de la mano ese cáliz soporífero y á apurarlo hasta las heces (1)... ¡Oh, cuán hermosos son los piés del que desde la cumbre de la montaña anuncia la buena nueva, pregona la salud, y dice á Israel: Tu Dios reinará! Regocijense á una las naciones, salten de gozo los desiertos, pues el Señor va á redimir á su pueblo y todas las regiones del mundo verán en breve al Salvador enviado de Dios... Su aspecto parecerá inoble y sin gloria, su forma humilde y despreciable á los hijos de los hombres; pero él purificará muchas naciones rociándolas con su sangre (2)... Y luego que ofrezca su vida como una hostia por el pecado, verá surgir de él una descendencia larga y duradera... y repartirá los despojos de los fuertes por haberse entregado voluntariamente á la muerte y sufrídola en un suplicio, confundido entre los malhechores (3).»

Así se espresaba ocho siglos antes el hijo de Amós hablando en persona del futuro reparador que debia reconciliar la tierra con el cielo mediante la efusion de su preciosa sangre. Así se verificó en efecto llegada que fué la plenitud de los tiempos; y hed aquí, mis amados oyentes, el gran misterio que en este día nos recuerda nuestra madre la Iglesia. Misterio de expiacion, misterio de bondad,

(1) Isaiaë. LI. 4 et seq.

(2) Ib. LII. 7 et seq.

(3) Ib. LIII. 10 et seq.

misterio de clemencia, misterio del amor de un Dios hecho hombre que reasume el evangelista San Juan en estas elocuentes palabras: «Tanto amó el Señor al mundo que no dudó darle á su mismo unigénito, para que creyendo en él no perezca sino que consiga la vida eterna (1). ¿Y cómo podía manifestarnos mejor Jesucristo el abismo de caridad que encerraba su pecho, que aceptando por nosotros la muerte ignominiosa de cruz? ¿Cómo podía sensibilizar mejor sus ardientes deseos de salvarnos, que apurando por nosotros el amarguísimo cáliz que contenía toda la venganza que merecieran nuestras culpas? Pues bien, el Redentor había ya tolerado en su persona todas las humillaciones y dolores, todos los oprobios y ultrajes, todos los tormentos y crueldades que el ódio y la maldad de la ingrata Sinagoga había sabido inventar, ó mejor dicho, cuanto la caridad y el amor divinos exigían para satisfacer sus deseos de redimir á un mundo desgraciado. Faltaba únicamente una circunstancia para dar complemento á las predicciones. El mismo Salvador había dicho: «Cuando yo sea clavado en la cruz atraeré á mi todas las cosas (2).» Y tal es el espectáculo que hoy somos llamados á presenciar en su sangrienta crucifixion. «Ella nos manifiesta hasta qué punto nos amó Jesucristo, y la correspondencia que de nosotros exige tanto amor, puesto que si por atraernos hácia sí con los dulces lazos de Adán, como se espresa por uno de sus profetas (3), quiso él ser clavado en un madero, nosotros para mostrarle nuestra gratitud debemos crucificarnos con él sacrificándolo todo ante las aras de su caridad.» Hed aquí todo el plan de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

El verdadero amor se manifiesta en las acciones, y tanto aquel es mas vivo, mas vehemente y heróico, cuanto mayores y mas costo-

(1) Joan. III. 16.

(2) Joan. XII. 31, 32.

(3) Oseæ, XI. 4.

esos son los sacrificios que hace en obsequio del objeto amado. Según este principio inconcuso nada en el mundo puede compararse con el amor que Jesucristo demostró al hombre en su dolorosa crucifixion. Nada le parecia haber hecho en pro de la humanidad en todo el curso de su dolorosa pasion; aun no estaba satisfecho su corazon amante con haberse sometido á las crueles pruebas del huerto y del pretorio; y como si aun fuese poco haber devorado las angustias mas crueles, haber tolerado los mas sensibles denuestos, haberse resignado á los tratamientos mas horribles y haber sido la víctima de la mas atroz venganza, todavía su grande alma ansia sufrir mas, su amor le apremia, su deseo de redimir al hombre le urge, y no halla descanso su corazon inquieto hasta consumir aquel bautismo de sangre en que ha de quedar anegado el universo. ¡Oh Jesus adorable! Si alguna vez puede ser permitido á un miserable mortal calificar de exceso de locura el amor de un Dios, nunca como hoy me atreveria yo á usar del lenguaje del grande Agustino. ¿Hasta dónde os proponéis llevar ese tierno afecto de vuestro corazon? ¿No nos habeis ya dado testimonios harto inequívocos de ese incendio que os devora? Yo he visto vuestra frente augusta bañada en el sudor de la muerte; he visto vuestras divinas sienes horadadas con punzadores abrojos; he visto surcadas por el azote de los esclavos vuestras espaldas venerables; he visto atadas con los cordeles del facineroso y empuñando un cetro de ignominia vuestras manos creadoras; os vi como vil gusano arrastrado por el inmundo polvo, como malhechor insigne conducido á los tribunales de la iniquidad, como reo de grandes crímenes pospuesto al mas despreciable foragido, como siervo rebelde y contumaz abofeteado y escupido... Tanto habeis sufrido por amor mio ¿y aun no os basta?

No, católicos, no satisface esto el amor insaciable de Jesucristo: su ambicion en este punto no reconoce limites. ¿Habeis olvidado que ha venido á incendiar toda la tierra con ese fuego abrasador y que lo que quiere es que toda ella quede consumida en ese inmenso volcan (1)? Por eso dicen los Padres que eligió el Calvario por teatro

(1) Luc. XII. 49. *Et dicitur quod deus mundum hunc in ignem misit, et qui accendit, et non scit extinguere, etc.*

de su último combate y de su postrimer triunfo. Allí, dicen, posaban las frias cenizas de aquel que abrasado por el fuego de la concupiscencia, propinó al linage humano el mortífero veneno que le dió la muerte; y por esta causa Jesus abrasado en el fuego del amor divino quiso derramar en aquel célebre sitio la sangre que habia de dar al mundo la vida. Tal es el sentir de San Ambrosio (1). Allí yacía el hombre enfermo que al pié de un árbol trasmitió sus dolencias á una posteridad heredera de su orgullo; y allí era conveniente que el médico celestial desde otro árbol derramase sobre sus mortales restos el bálsamo misericordioso que debia curar á los descendientes de aquel padre delincuente. Así se espresa San Agustin (2).

Dejemos empero aparte estas razones de congruencia, y pasemos á considerar las circunstancias del hecho. Ved ya al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, en manos de sus verdugos que han concluido de hacer los preparativos del suplicio. Con el mas violento furor arráncanle sus vestiduras pegadas á las innumerables heridas de su sacratisimo cuerpo, sin que siquiera lance el menor quejido á causa de un dolor tan intenso. ¡ Ah! Es que juntamente con ellas se despoja de nuestras miserias, de nuestras enfermedades, y de nuestros innumerables pecados cuya expiacion tomára á su cargo, y por eso sus padecimientos se cambian en placeres, y sus dolores en suaves delicias. ¡ Cuán poderoso es el amor! Tanto que sin esperar á que le hagan la menor violencia el mismo Jesus, impaciente por satisfacer cuanto antes sus ansias de morir por el hombre, se inclina hácia la tierra, coloca sus laceradas espaldas sobre el tosco leño, estiende sus brazos desgarrados, ofrece sus ensangrentados piés á los verdugos encargados de la ejecucion, y espera con dulce calma y con resignacion sublime la consumacion de su martirio. Este no se hace esperar un momento. ¡ Ay! Ya resuenan en el aire los redoblados golpes del martillo que atraviesa de parte á parte una de

(1) Congruerat ut ibi vitæ nostræ initia locarentur, ubi fuerant mortis exordia. (S. Ambros. in Luc.)

(2) Non incongrue creditur quod ibi erectus sit medicus ubi jacebat ægrotus. Et dignum erat, ut ubi occiderat humana superbia, ibi se inclinaret divina misericordia, etc. (S. Aug. Serm. 71 de Temp.)

aquellas manos que embellecieron el firmamento de resplandecientes astros. ¿Quién podrá imaginar, dice un ilustrado escritor contemporáneo, las convulsiones y dolores que debió experimentar aquella humanidad delicada en este destrozo de sus carnes, en esta rotura violenta de los nervios, de los músculos, de las venas y de las arterias que se unen en esta parte del cuerpo? ¿Quién podrá dignamente ponderar el tormento que sufrió el hijo de María al someter la otra mano al mismo suplicio, puesto que habiéndose verificado una contraccion horrible de todos sus miembros á consecuencia de aquella primera trasufixion, fué preciso tirar con violencia del brazo para que llegase al agujero practicado en la cruz? Lo mismo sucedió al clavar sus santísimos piés, en cuya operacion se dislocaron todos los huesos, descubriéronse todas las juntas y protuberancias á través de la piel, y quedó cumplido el vaticinio del profeta: «Clavaron mis manos y mis piés y contaron todos mis huesos (1).» En seguida, continúa el orador antes citado, vuelven la cruz para remachar los clavos, pisan y estrujan aquel cuerpo formado en el seno de una Virgen por obra y gracia del Espíritu Santo, y del racimo escogido de las viñas de Chipre mana por todas partes el licor misterioso de su sangre divina.»

¡Oh Padre eterno! ¿Dónde estais? ¿Qué haceis? ¿Posible es que mireis con tanta impasibilidad la horrible crucifixion de vuestro amado hijo? Tuviste un ángel que detuviese el brazo de Abraham cuando sobre ese mismo monte iba á consumir el sacrificio de su obediencia en la persona del inocente Isaac; ¿y permitis que unos bárbaros verdugos taladren con agudos clavos las manos de tu unigénito que no supieron derramar mas que bendiciones, y sus santísimos piés que donde quiera corrieron á evangelizar la paz? ¡Mas ay de mí ciego que no conozco los designios de amor y de misericordia que encierra ese misterio! Sí: convenia que así se verificase; forzoso era que al golpe del martillo quedase clavado en un madero el que venia á dar la libertad al mundo, para que los hombres tuviesen sueltas las manos para obrar el bien, y espeditos los piés para caminar

(1) Psalm. XXI. 17, 18.

por los senderos de la justicia. Por eso era tan grato á vuestro oído, oh padre celestial, aquel golpeo, aquel ruido infernal que resonando en el Calvario prolongaba su eco por los espacios, subía hasta el trono de los querubines y serafines, y formaba una armonía singular que aplacaba vuestra justicia y escitaba vuestra misericordia. Entonces se oyeron también los alaridos del infierno, porque al sonido de los martillos fué quebrantado y desmenuzado el martillo de toda la tierra, Lucifér, conforme á la alegoría de un profeta (1), y se conmovió y estremeció el orbe, y vacilaron los cimientos de los montes (2) y la naturaleza toda atónita y pasmada quedó en sepulcral silencio al ver á su autor fijado en el leño de los criminales.

Venid pueblos, acudid naciones á contemplar las maravillas del amor de un Dios hecho hombre, á admirar las riquezas de su bondad, y á bendecir los milagros de su misericordia. Ya va á enarbolarse en la cima del monte de las Calaveras el estandarte de la redención; el descendiente de la raza de David, el rey de los reyes y señor de los que dominan, el Salomon pacífico va á ser espuesto en público espectáculo á todas las regiones del orbe en ese infame lecho que le preparó una madrastra feroz, la deícida Sinagoga. Ved cómo levantan poco á poco la Cruz hasta colocar el pié en el hoyo preparado al efecto. Ved cómo dejándola caer de golpe se desencajan todos los miembros de la víctima al impulso violento de la caída, y sus heridas se rasgan con el peso del cuerpo, y brotan de nuevo torrentes de sangre de todas las llagas hasta bañar con abundancia aquel suelo ingrato. ¡Quién me diera, oh Jesus adorable, que mi corazón hubiese sido el receptáculo de aquel tronco bendito para recoger gota á gota ese nectar precioso que cura las dolencias y santifica las almas! ¡Cuánto padeces por mí, oh amor de los amores, en ese duro y penoso lecho! Si apoyas en él la cabeza las espinas de tu diadema horadan mas profundamente tus divinas sienes; si quieres sostenerte en los brazos, no te es posible á causa de la mayor gravitación de tu cuerpo santísimo; si intentas hallar apoyo en

(1) Jerem. I. 23.

(2) Psalm. XVII. 8.

los piés, tu tormento se acrece horriblemente por cuanto los cortes de los clavos van abriendo cada vez mas los agujeros que en ellos abriera el martillo. Ahora concibo cuán caras te fueron nuestras almas, puesto que á tanto precio hubiste de comprarlas. ¡Y si ya que por el hombre subiste, Redentor divino, á ese patíbulo en donde tan horribosos tormentos padece tu cuerpo, los hombres al menos hubiesen cesado de atormentar tu alma! Pero no: la venganza judáica aun no se ha satisfecho, y ni siquiera se la concede á esa inocente víctima lo que jamás se niega en su desgracia al mas insignie criminal. Mientras que todos respetan el infortunio en aquellos dos malhechores que sufren igual castigo al lado de Jesus, y ni siquiera una sola voz se levanta para apostrofar al crimen amparado ya á la sombra de la justicia, solo para la inocencia se olvida todo género de consideraciones, aun aquellas que la naturaleza inspira y que todas las leyes sancionan. Ninguna simpatía, ni el mas leve sentimiento de compasion merece aquel manso Cordero de sus fieros enemigos. Semejantes al orgulloso vencedor que teniendo á sus piés al rival vencido goza del triste placer de su derrota, así aquellos tigres sanguinarios despues de haberse cebado en la humanidad santísima del Salvador, apurando cuanto de cruel y afflictivo les inspiraba su saña, apuran contra su divinidad cuanto hay de mas ofensivo y sensible: y como dice el P. San Leon, no contentos con el dolor que le causan los clavos que desgarran su cuerpo, lanzan contra su alma los envenenados dardos de sus lenguas maldicientes que desgarran su gloria y su nombre. Todos cuantos concurren á aquel sangriento espectáculo toman parte en el feroz regocijo que les causa el ver satisfecha su cruel venganza, todos insultan al Crucificado, todos le apostrofan y escarnecen con irónica sonrisa, todos le dirigen blasfemias é imprecaciones. Aquí el príncipe de los sacerdotes, el doctor de la ley, el anciano de Israel olvidando los respetos debidos á su propia persona y dignidad, agrúpanse en torno de la Cruz, y de manera que Jesus pueda oírles se dicen unos á otros: «¡Hé aquí el que se decia Salvador de Israel, y no puede salvarse á sí mismo! ¿No se denominaba Cristo é hijo de Dios? ¿pues para qué no desciende de ese leño y creeremos en él? ¡Que venga ahora su

Padre á libertarle de nuestras manos ya que tanto le ama (1)!» Allí los soldados romanos ejecutores de la cruel sentencia se ponen en frente de la víctima y con sarcástico acento le dicen: «Si eres rey de los judíos, ¿por qué no te salvas y nos muestras tu poderío (2)?» Mas allá los transeuntes, aunque ajenos á aquella impía catástrofe, animados no obstante de un sentimiento inesplicable de crueldad, menean la cabeza en señal de desprecio y gritan enfáticamente: «¡Vaya el que se decía capaz de destruir el templo de Dios y de reedificarle en tres días! ¿Para qué no baja ahora de la Cruz y se salva de los tormentos (3)?» De este modo todas las lenguas, todos los sentimientos, todos los afectos parecían identificarse en aquel instante para befar, insultar y blasfemar al Hijo de Dios, formando un horrible concierto de injurias, sarcasmos y maldiciones cual jamás se oyeron en las mismas regiones infernales. Nunca el odio, la crueldad, el sacrilegio, la inhumanidad, el endurecimiento llegaron á tal exceso de venganza. Solo para tí, oh Jesus benditísimo, estaba reservada esa hez amarga del cáliz de la cólera celestial, ya que no quisiste beber la hiel que poco antes te propinaban tus verdugos.

¿Y quién así te ha parado, oh el mas bello entre los hijos de los hombres? ¿Qué delito has cometido para ser tratado con tan excesiva inhumanidad? ¿En qué delinquistes que tan enorme es tu castigo? «¡Mas qué digo! esclama San Agustin. Yo, yo solo soy el motivo de tu padecer, el instrumento de tu suplicio, el verdugo que te atormenta, los clavos que te atraviesan, la mano que te crucifica. Yo pequeñito, y tú inocente eres condenado: yo fuí el reo y tú eres la víctima; yo esclavo vil me rebelé contra el cielo, y tú rey de la gloria sufres la pena de mi rebeldía; yo hombre miserable cometí el crimen, y tú Dios inmortal te sometes á la muerte (4).» «¡Bendita sea para siempre tu misericordia! diré con San Leon, puesto que el leño que la iniquidad judáica preparó para la venganza le convertiste en

(1) Matth. XXVII. 41.

(2) Luc. XXIII. 36.

(3) Matth. XXVII. 39, 40.

(4) S. Aug. Medit. c. 7.

trono de tu clemencia, y del instrumento de la ignominia hiciste el escalon de la gloria (1). » Hed aquí la grande, la prodigiosa obra del amor. ¡Ved esas llagas que se estienden por toda la sagrada humanidad de Jesus! Bocas son que con lenguaje elocuente nos dicen cuán entrañablemente nos ha querido ese esposo de sangre. ¡Ved esos horribles dolores que sufre en la Cruz! Gritos son de su corazón palpitante que nos muestra el alto precio á que quiso redimirnos. Ved ese pecho hinchado, ese rostro cárdeno, esa cabeza inclinada hácia el suelo, esos ojos turbios y apagados, y todo ese sér en el que no ha quedado apenas figura de hombre. Todo ello os predica amor, todo os dice que la caridad fué su delito, su juez y el ejecutor de su sentencia. ¡Cruz venerable! ¡Cruz preciosa! Yo te adoro, yo te estrecho en mis brazos, yo te riego con mis lágrimas, yo te bendigo y ensalzo: anhelar á tí es piedad, morir en tí es salud, llevarte es gloria (2). ¡Víctima augusta! ¡Cordero inocentísimo! Vivir contigo es dicha, ser crucificado por tu amor es gozo inefable, morir por tí al mundo y á las pasiones es la mayor riqueza (3).

Pues ved, M. A. O., lo que puntualmente demanda de nosotros un Dios crucificado por amor nuestro: tal es la recompensa que exige de nuestro corazón agradecido ese corazón abrasado en el fuego de la mas ardiente caridad. Crucificarnos con nuestros vicios y concupiscencias, hacer total renuncia de los placeres del siglo, enfrenar los apetitos sensuales, triunfar con la mortificación de nuestras criminales inclinaciones, copiar en nuestros miembros mediante la austeridad y la penitencia los tormentos que en los suyos padeció nuestro Redentor en el Calvario: hé aquí nuestro deber, esa es la única y mas revelante prueba que estamos obligados á dar de que no en vano hemos sido lavados con la sangre del Hombre-Dios, curados con sus llagas, rescatados con sus dolores y ennoblecidos con su Cruz. De lo contrario, ¿qué utilidad puede reportarnos una estéril compasión de los padecimientos de Jesucristo? No, católicos, no

(1) S. Leo. Serm. 4 de Pass.

(2) Stanihursto. de Pass. c. XI.

(3) *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum, etc.* (Ad. Philip. I. 21.)

incurramos en una contradiccion monstruosa que nos haria perder todo el fruto de la crucifixion. ¡Cristo en un duro leño, y el cristiano en un mullido lecho! ¡Dios entre espinas, y el hombre entre rosas! El esencialmente santo sufriendo la agonía de los criminales, y el verdaderamente culpable sumergido en las delicias de una vida voluptuosa! ¿No considerais que esto seria trastornar toda la economía admirable de la redencion é inutilizar los esfuerzos del amor divino? ¡Ah! Escuchad lo que dice el Apóstol: «El que no tiene el espíritu de Cristo no es de Cristo (1).» Indudablemente carece de ese espíritu el que no se reviste de los mismos afectos y abraza idénticos sentimientos que aquel Salvador adorable el cual no dudó hacerse el objeto de cuanto hay de mas doloroso y cruel en el mundo para salvar nuestras almas. Mirad pues, M. A. O., mirad el ejemplar y modelo que teneis en la montaña Santa de la expiacion, y ajustad vuestra conducta conforme á las sublimes enseñanzas que desde la Cruz nos dá. *Inspice et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est* (2). Esa cabeza coronada de penetrantes espinas, nos dice que tiempo es ya de arrojar de nuestras cabezas la corona de soberbia que heredamos de un padre criminal, y que debemos humillar nuestras frentes ante la doctrina de la fé renunciando á una razon altiva que nos ciega y nos pierde: *Inspice et fac secundum exemplar*. Ese cuello inclinado hácia el suelo bajo el peso de la obediencia á los decretos del Padre celestial, nos indica cuán justo es que doblemos nuestra cerviz ante el yugo suave de la ley divina, acatando sus preceptos y cumpliendo escrupulosamente sus mas leves mandatos: *Inspice, et fac secundum exemplar*. Esas manos taladradas con gruesos clavos á un toseco madero, nos manifiestan que las nuestras deben huir de toda injusticia, de toda mancha que pueda hacernos responsables de la desgracia de nuestros prógimos si con nuestras usuras ó concusiones labrásemos su ruina: *Inspice, et fac secundum exemplar*. Esos piés rasgados con el peso de su humanidad sacrosanta, nos muestran con cuánto cuidado debemos evitar el

(1) Ad. Rom. VIII. 9.

(2) Exod. XXV. 40.

camino del vicio, ancho y florido en apariencia, pero cubierto de invisibles abrojos que lastiman el alma y la conducen á la perdicion eterna: *Inspice, et fac secundum exemplar*. Ese pecho llagado de donde brotan torrentes de amor como de un inmenso volcan, nos grita que la caridad debe ser el único sentimiento que anime nuestras acciones, como principio fecundo de todo lo grande y heroico, como manantial perenne de toda gracia y virtud, como venero inagotable de toda perfeccion y santidad: *Inspice, et fac secundum exemplar*.

Esta es, M. A. O., la suma del verdadero amor, el complemento de la ley evangélica. ¡Plegue al Señor que así lo practiquemos! ¡Haga el cielo que la crucifixion de Jesucristo no sea estéril para nuestras almas, que su sangre no nos condene en vez de salvarnos, y que su Cruz en vez de ser para nosotros un motivo de gloria no se trueque en motivo de confusion! En nuestras manos está el evitarlo. Paguemos á Jesus tanto amor, con un amor eficaz, práctico, fecundo en virtudes, y rico en buenas obras. Crucifiquémonos con él espiritualmente, no permitiendo que vuelva á dominarnos el orgullo, la vanidad, la ira, la ambicion, la lascivia, y todos esos vicios que fueron los verdaderos verdugos de nuestro divino Redentor. De hoy mas nuestra dicha, nuestra bienandanza, nuestro honor y nuestra gloria sea únicamente vivir y morir por Jesus y con Jesus, mortificando nuestras pasiones, castigando nuestra carne rebelde y contumaz, enfrenando nuestros torpes apetitos, y haciendo una guerra incansable á todo lo que nos hace culpables delante de Dios. Así es como triunfaremos de nosotros mismos como Jesus triunfó de la muerte y del infierno; y despues de una vida en todo conforme á ese altísimo modelo de paciencia, de resignacion y de amor, mereceremos disfrutar con él el premio de la eterna bienaventuranza.

PLÁTICAS

SOBRE LAS SIETE PALABRAS QUE HABLÓ JESUCRISTO
EN LA CRUZ.

INTRODUCCION.

¡JERUSALEN deicida! ¡Sinagoga ingrata! ¡Pueblo bárbaro y cruel! Venciste. Ya queda satisfecha tu saña, ya tu odio implacable ha logrado lo que deseaba, ya ha caído sobre ti y sobre tus descendientes la sangre del justo, ya tienes pendiente de un afrentoso patíbulo al verdadero rey de la gloria. ¿Era esta la ovacion que tenias reservada al Mesias deseado por tantos siglos? ¿Era ese el trono que tenias dispuesto para el futuro monarca de Israel? ¿Era esa la diadema que tenias preparada para el dominador del orbe? ¿Era este en fin el objeto de tus suspiros, de tus lágrimas, de tus ardientes votos, de tu impaciencia y de tus esperanzas? Pues si así era, ¿qué te resta por hacer? ¿Qué esperas en ese monte misterioso teatro de tu infame triunfo? ¿Por qué no te retiras ya del Calvario á gozar tranquilo el fruto de tu victoria? La víctima ha sido inmolada, el sacrificio se ha consumado, todo se ha cumplido segun tus deseos, oh pueblo rencoroso y vengativo; ¿por qué pues permaneces mudo y silencioso en ese sitio funesto que retiembla bajo tu planta y parece amenazarte con oscilaciones horribles? Huye, huye de ahí, raza desheredada; corre á ocultar en la oscuridad de la noche que se aproxima ese sello

de reprobacion que el cielo ha impreso en tu frente como en otro tiempo en la del fratricida Cain; apresúrate á alejarte cuanto antes de un lugar en donde todo te acusa y te maldice. Vé á llevar á tus hijos la nueva de sus tristes destinos; vé á decirles que se dispongan á vivir en adelante errantes y dispersos por toda la tierra que les negará un asilo y un hogar seguro; vé á noticiarles que la sangre del Nazareno á quien habeis crucificado ha fijado para siempre su porvenir; que ya el Dios de Israel no será su Dios ni ellos serán tampoco sus hijos; que ya Jerusalem no será su patria, ni el templo de Salomon su santuario, ni el alcázar de Sion su recinto, ni el tabernáculo de Silo escuchará sus plegarias ni recibirá sus ofrendas; porque todo será devastado, todo reducido á pavesas, y ellos esclavos de un poder extraño, sin reyes, sin leyes, sin sacerdotes, sin culto, habrán de sufrir el ominoso yugo del imperio romano, para ir despues á llorar su desventura adonde la compasion quiera prestarles un techo hospitalario... Tú mismo, oh pueblo desacordado, has escrito sobre ese leño la sentencia de tu proscripcion... Lee, y reconoce á tu despecho grabado con caracteres indelebles el anatema que contra tí has pronunciado: ¡JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS! *Jesus* significa Salvador; pues si venia á salvarte ¿por qué le condenaste á morir ignominiosamente en un patíbulo? Luego eres reo de ingratitud. *Nazareno* quiere decir flor, que es el símbolo de la inocencia; ¿por qué pues siendo inocente pediste contra él el castigo de los criminales? Luego te has hecho responsable de una enorme injusticia. *Rey de los judios* equivale á decir Mesías enviado de Dios, hijo del Altísimo, pues bajo esos títulos le habias saludado á través de los siglos y suspirado por su imperio. ¿Por qué entonces le negaste la obediencia? ¿por qué te sublevaste contra él? ¿por qué le pospusiste al César? ¿por qué le crucificaste? Eres pues culpable de rebelion, reo de estado, y pesa sobre tí el cargo de un horrendo deicidio. ¡Oh! Las esterioridades habrán podido engañarte: pero jamás podrás desmentir la realidad. La imágen es de un enfermo, pero el título es de médico; las apariencias son de esclavo, pero el título es de Señor; por fuera parece un criminal, pero su título le proclama rey; sus formas no revelan mas que un mero hombre, pero

sus trofeos muestran que es un Dios... ¡Mira pues cuánta debe ser tu expiacion!

¿Mas qué digo? Hemos venido aquí á escuchar maldiciones y amenazas? ¿Nos hemos reunido bajo estas angustas bóvedas á oír los horribles bramidos que contra el mundo va á lanzar el terrible leon de Judá? ¿Nos hemos apiñado en torno de esa cruz para presenciar la venganza del Dios de los ejércitos? ¿Es este un nuevo Siná donde deben herir nuestra vista los rayos y relámpagos del cielo, y estremecer nuestros corazones los truenos espantosos de la cólera de Jehová? ¡Oh! No, cristianos, no es este el objeto que hoy nos atrae al pié del Calvario; no es para esto para lo que la Iglesia nuestra madre nos ha congregado en derredor de esa sangrienta víctima de la ferocidad judáica. Tiemble en buén hora aquella estirpe maldecida, estremézcase la pérfida Sinagoga, huya despavorida la deicida Jerusalem que se abrevó con la sangre del justo; hlore sin consuelo, y expie su insana pertinacia y su ciega obstinacion esa raza desheredada, que ni aun despues del funesto drama del Gólgota quiso reconocer su error, y lleva donde quiera á través de cien y cien generaciones su incurable incredulidad. En cuanto á nosotros, consolémonos, regocijémonos porque se han cumplido nuestros inefables destinos; porque del pié de la cruz de nuestro Salvador ha surgido un mundo nuevo, un nuevo reinado, una nueva monarquía, una nueva patria: el mundo de la verdad, el reinado del Evangelio, la monarquía de la virtud, la patria de la eterna felicidad. A la Jerusalem de los profetas ha sucedido la Jerusalem de los pontífices sucesores de Pedro; á la Sion de los vaticinios ha reemplazado la Sion de los infalibles dogmas del catolicismo; á la antigua Israel de las ofrendas típicas ha sustituido la nueva Israel depositaria del verdadero y perpétuo sacrificio del Hombre-Dios. Realizádose há lo que tantos siglos antes anunciára el Señor por Isaías: « Levántate, oh Jerusalem » nueva, vistete de gala, oh bendita Sion de mis esperanzas, ciudad del » Santo por excelencia; porque ya no volverá á pisar con su planta » tu ensangrentado pavés el incircunciso y el inmundo... Sacude el » yugo que te oprimia bajo la dura dominacion de Assur... Pues hé » aquí ya el dia en que los pueblos conocerán al que les hablaba en

» el Salvador enviado de Dios cuyo brazo ha revelado á vista de todas las naciones (1)... Nada tiene de bello su aspecto, ni de esplendoroso su semblante... Vimosle por el contrario, despreciado como el desecho de los hombres, cubierto de vergüenza, humillado, herido por la mano de Dios por haber tomado sobre sí las iniquidades del mundo, ofrecido en holocausto como una inocente oveja á quien el cuchillo del sacrificador no arranca el menor balido, y levantado en alto como un trofeo de la victoria de sus opresores (2)... Sin embargo, yo le he dado en premio de sus sufrimientos una descendencia eterna... Su imperio se estenderá á derecha é izquierda; su prole se multiplicará en todas las naciones; él será tu dueño, tu esposo, tu Redentor, y donde quiera será llamado el Dios de toda la tierra (3).»

Tal es, M. A. O., la gran revolucion verificada en el Calvario en el día grande de la expiacion. Mirad... esa cruz de donde pende el Salvador de la humanidad es el símbolo de la nueva alianza que él ha pactado con su Padre celestial, el eterno monumento de paz y reconciliación entre Dios y el hombre, el instrumento solemne del contrato hecho en favor de todas las generaciones al que ha dado la inviolable sancion de su sangre de infinito precio... Acudid, pueblos, y vosotras islas del mar venid á presenciar la consumacion de vuestra dicha, la consignacion de vuestros derechos, el rompimiento del decreto que os condenaba á arrastrar una innoble servidumbre, el sello de vuestra manumision, la proclamacion de vuestra libertad, la investidura de vuestro triunfo; todo lo cual há lugar sobre la cresta del Gólgota, monte misterioso que el verdadero Jacob ha escogido para pronunciar sus bendiciones sobre una nueva estirpe que ha de recoger su rica herencia; trono singular que el Salomon divino ha preferido para ostentar el caudal inagotable de sus misericordias hácia un pueblo nuevo que debe entrar en posesion de su precioso legado. Acercaos, cristianos y vosotros cuantos os sentís sedientos de amor y de virtud, venid á abrevaros de las puras aguas

(1) Isaie. LII. per tot.

(2) Ib. LIII.

(3) Ib. LIV.

que brotan en abundancia de ese duro peñasco herido por el leño del divino Moisés. No os horrorice el aspecto fúnebre del Calvario; no os cause pavor la presencia de esa víctima desgarrada y sangrienta; no os intimide la actitud de ese Dios crucificado que alzándose en el espacio parece querer abarcar en su ira á todo el universo; no os arredre esa cruz fatídica testimonio de vuestra maldad y trofeo visible de vuestra ingratitud... No, esa cruz es al contrario el lecho de la misericordia desde donde el mas amante de todos los padres se dispone á pronunciar palabras de perdon y de indulgencia; ese Calvario es el trono de la clemencia desde donde el rey de la magestad y de la gloria, va á publicar su nuevo código basado en los principios de la caridad mas sublime; esa victima es el Cordero inocente que borra los pecados del mundo, el cual se prepara á romper los misteriosos sellos del gran libro de nuestra redencion para descubrirnos la grandeza de nuestro rescate y la magnificencia de nuestros futuros destinos; ese crucificado es en fin el enviado del cielo para manifestar á la tierra sus oráculos de vida eterna; el hijo del Dios vivo, que habiendo satisfecho la eterna justicia va á legar su amor á los hijos de los hombres; el príncipe de la paz que va á trasladar á sus sucesores su cetro y su corona; el padre de los siglos venideros que por última vez va á dirigir á la tierra sus acentos dulces y armoniosos á manera de cisne espirante, para manifestar su última voluntad en favor de unos seres ingratos.

Corramos pues, cristianos redimidos con la sangre de nuestro Salvador, corramos al monte de las calaveras; apresurémonos á trepar su escarpada cima; lleguemos cuanto antes á la cumbre de esa roca donde se verifican los grandes misterios de la piedad y de la ternura de un Dios humanado. Recojamos con profunda veneracion los últimos destellos de esa luz de la sabiduría increada, próxima á extinguirse en la noche de la muerte. No perdamos un ápice de esas palabras que van á pronunciar los moribundos labios de Jesucristo. Ellas son el testamento del Padre mas cariñoso y dulce; ellas envuelven todo un tesoro de caridad infinita; ellas contienen un abismo de incomprensible ternura; ellas son el compendio de nuestra definitiva bienandanza..... Corred que los momentos son preciosos, los

instantes pasan con la velocidad del pensamiento, y muy pronto vá á espirar en la Cruz el Hijo de Dios... ¡Qué terrible es este lugar! ¡Verdaderamente está aquí la casa de Dios y la puerta del cielo (1). Sí, terrible es el Calvario, pero al mismo tiempo es una mansion deliciosa, porque en él ha consumado Jesus la obra de la reparacion del linage humano, y de ese árbol en que ha sido clavado brota el dulce bálsamo que ha de curar todas las llagas que el pecado abrió en el corazon de la humanidad... Mas ya el mediador del testamento nuevo abre su boca para pronunciar esas siete palabras que encierran toda la economía de nuestra felicidad futura... ¡Silencio! que es un Dios quien habla... Hablad, Señor, que ya nuestros corazones están impacientes por oir esos documentos de vida eterna, esas sublimes enseñanzas á que habeis vinculado nuestro porvenir. Hablad, que como hijos sumisos ansiamos recoger ese precioso legado que nos ofrece vuestro amante corazon. Pero antes permitidnos que postrados de hinojos ante esa Cruz objeto de vuestras delicias, y trono de vuestro amor, la saludemos respetuosos con las palabras que la consagra la Iglesia.

¡OH CRUZ, AVE SPES ÚNICA!

(1) Genes. XXVIII. 17

PLATICA I.

PRIMERA PALABRA.

EL PERDON.

Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt.

¡Padre! Perdónalos, pues no saben lo que hacen.

LUC. XXIII. 34.

LA justicia del Eterno se habia satisfecho. Clavado estaba entre dos foragidos aquel Hijo adorable que él engendrara antes de la aurora en medio de los resplandores de los santos. Su sangre habia bañado una tierra estéril y maldita. Era pues llegada la hora del gran juicio del mundo y en la que su príncipe Satanás debia ser lanzado para siempre á las tinieblas del abismo, segun el mismo Jesucristo lo habia vaticinado. *Nunc juditium est mundi; nunc princeps hujus mundi ejicietur foras* (1). Todas las cosas debian volver á aquel de donde salieran, todo debia tornar al dominio de aquel que con el sacrificio cruento de su vida habia conquistado el imperio universal del orbe; puesto que desde el momento en que fué levantado de la tierra en el ignominioso leño de su suplicio, lo terreno y lo celestial, lo visible y lo invisible todo le pertenecia exclusivamente, porque todo lo habia restaurado: *Et ego cum exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum* (2). ¡Y cómo iba á verificarse este in-

(1) Joan. XII. 34.

(2) Ib. 32.

perio universal? ¿Cómo debía realizarse esa fusión maravillosa de todas las tribus y razas bajo el cetro de Jesús de Nazareth? Mas ya veo que la naturaleza entera rinde vasallage á su soberano; ya escucho el espantoso crugir de esa montaña, teatro de los dolores y tormentos del inocente Abel, cuya sangre está pidiendo á gritos venganza contra los perpetradores del mas horrible atentado que vieron los siglos; ya el cielo con deslumbradores relámpagos, la tierra con espantosos sacudimientos, el infierno con agudos alaridos, los ángeles llenando sus copas del furor divino, todo en derredor del Calvario grita con voz unánime: «¿Hasta cuándo, Señor, santo y veraz has de permanecer mero espectador de los ultrajes cometidos contra tu divino Hijo? ¿Por qué no te apresuras á vengar la sangre de esa inocente víctima en los que habitan la tierra?» *¿Usquequo, Domine, sanctus et verus, non iudicas et non vindicas sanguinem de iis qui habitant in terra* (1)? Entre tanto el Eterno envuelto en un grupo de espesas nubes estendia sobre el mundo su potente diestra armada del falange esterminador y con ronca y estremecedora voz, esclamaba: «El fin viene sobre los cuatro ángulos del globo, cerca está el momento de la destruccion. Mi cólera vá á caer sobre tí, oh tierra maldecida, voy á juzgarte según tus obras y á tomar venganza de todas tus abominaciones... Hé aquí que tu affliction viene, tu esterminio se acerca... (2).»

Mas entre tanto el Hijo de Dios desde el sangriento lecho del dolor oponia los gritos de su amor á los gritos de toda la naturaleza; cortaba el paso á la venganza divina, saliéndola al encuentro con el verde olivo de la paz; luchaba contra el cielo enfurecido, llevándole en ofrenda sus dolores y tormentos, sus heridas y su agonía; embotaba la espada de Jehová con sus lágrimas y gemidos; y haciendo subir hasta el empíreo el oloroso incienso de sus plegarias desarmaba el brazo del Omnipotente, unia en admirable consorcio la justicia y la misericordia, reconciliaba la tierra con el cielo, triunfaba del poder con la caridad, rásgaba el decreto de muerte fulminado contra el hombre, y conseguía su rehabilitacion y su perdon.

(1) Apoc. VI. 10.

(2) Ezech. VII. 4.

En efecto, el moribundo Jesus dirige al cielo sus ensangrentados ojos; su mirada aunque lánguida y casi apagada por los síntomas precursores de la muerte, tiene una dulzura indefinible y revela toda la energía del amor mas vehemente. Desplega sus lábios cárdenos como el lirio del valle, y esforzando cuanto puede su voz, esclama: ¡PADRE MIO! PERDÓNALOS, QUE NO SABEN LO QUE HACEN: *Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt.* ¡Oh espresion sublime! ¡Oh súplica afectuosa! ¡Oh palabra de inconmensurable amor! Ella dice en primer lugar relacion á sus mismos verdugos, á los que con tanta crueldad le han maltratado, á los que le han clavado en aquel afrentoso madero. Cuantos han contribuido á su suplicio, cuantos de alguna manera se han hecho cómplices de su muerte, todos están comprendidos en esa ardiente plegaria. Por todos pide, por todos ruega, por todos se interesa ese cordero inocentísimo que en todo el curso de su pasion ni siquiera ha abierto su boca para exhalar la menor queja. Si ahora interrumpe su silencio, es únicamente para pedir gracia, para implorar clemencia en favor de los autores de su suplicio: «¡Padre mio, perdónalos!» Si: perdona á los que contra mí vertieron el veneno de la calumnia, á los que llevaron ante los tribunales sus apasionadas acusaciones, á los que en el pretorio insultaron mi poder y escarnecieron mi magestad, á los que me arrastraron como criminal, á los que como esclavo me azotaron, á los que con furibundos gritos pidieron mi sangre... Pontífices, sacerdotes, soldados, verdugos, jueces, ejecutores, á todos sin escepcion alguna quiero que alcance el mérito de mi sacrificio, á todos deseo perdoneis: *Pater ignosce illis.*

Y no solo ruega Jesucristo, sino que se constituye en abogado defensor de sus enemigos, para escusarlos delante de su Padre, atenuar su culpabilidad, y hacerles mas dignos de obtener la clemencia del cielo. ¡Oh qué ingenioso se muestra aquí el amor de nuestro divino Salvador! ¡Cómo manifiesta que su corazon es un volcan cuyas llamas le abrasan y consumen! ¿Qué podia esponer en favor de aquel pueblo bárbaro y cruel? ¿Qué defensa habia posible para unos hombres que llevaban su osadía hasta el extremo de insultarle en su mismo suplicio? ¿Qué escusa cabia para los que en

aquel mismo momento en que él rogaba por ellos vertian contra su divinidad las mas horribles blasfemias? Pero Jesus en su deseo ardentísimo de salvarlos encuentra una recomendacion efficacísima, el único argumento que podia escusarles. «Perdónalos, dice, Padre mio, porque no saben lo que hacen.» *Non enim sciunt quid faciunt.* Ellos son unos ciegos que no me han conocido, son unos desgraciados que no han comprendido los tesoros de gracia con que me habeis enriquecido, son unos miserables que no han visto en mí mas que un hombre á su parecer delincuente y digno de castigo; por eso se han ensañado tanto contra mi persona, por eso me han hecho el objeto de sus iras. ¡Ah! ¿Cómo era posible que me hubieran condenado á morir en un infame leño si hubiesen sabido que yo era el Hijo amado de un Dios inmortal? ¿Cómo se hubieran atrevido á crucificarme si hubiesen llegado á entender que soy el rey de las eternidades? ¿Cómo hubieran osado insultar y ultrajar mi magestad si hubiesen conocido que era yo el árbitro de todos los imperios, el soberano de cielos y tierra? No: Padre mio, no es su malicia la que les arrastra á cometer un atentado tan sacrilego, sola su ignorancia ha podido cegarles hasta ese estremo; apiádate pues de su debilidad, compadécete de su obcecacion, muéstrate benigno hácia su ignorancia; harta desventura es la suya en no haber recibido esa luz que vino á iluminar á todo el mundo; bastante infortunados son por no haber conocido al que descendió del cielo para traerles la paz... Deten Señor tu brazo y no ostentes tu poderío contra unas cañas frágiles, contra unas hojas secas que arrebatá el mas ligero soplo. En gracia siquiera de mi vida que te ofrezco en su rescate, en gracia de mi sangre que implora tu clemencia, en gracia de mis angustias y tormentos que desmandan tu piedad, en gracia de estas heridas que cual otras tantas bocas se abren para pedir tu misericordia, haz que esta triunfe de tu justicia, y no les imputes un crimen en que ha tenido mas parte el error de su entendimiento, que la perversidad de su corazon: *Pater, ignosce illis: non enim sciunt quid faciunt.*

¡Oh rasgo admirable de bondad! ¿Quién jamás vió cosa igual desde el principio de los siglos? Nunca el mundo habia presenciado

una escena tan tierna, ni un ejemplo de amor tan heroico. ¡Perdonar á un enemigo! ¡Interceder por un verdugo! ¡Implorar piedad para un perseguidor! ¡Tomar la defensa de un cruel sicario! Cosas eran estas completamente desconocidas de la antigüedad, y lejos de considerarse como una virtud hubiéranse mirado como una insigne cobardía, como una deshonra indeleble. Tales eran las ideas de los filósofos, de los moralistas, de los sábios del paganismo. El odio se encontraba sancionado en todos los códigos; la venganza hallábase recomendada en todas las legislaciones; y si alguna vez se vió algun acto aunque raro de generosidad, algun ejemplo de tolerancia ó de perdon, sabido es que el orgullo y la estóica arrogancia tan comun en los discípulos de Roma y Atenas eran el único móvil de semejante proceder, no la resignacion que engendra la verdadera virtud, no la humildad inseparable del positivo amor del prójimo. ¡Oh! Solo un Dios que se hiciera hombre por efecto de una caridad inmensa, solo un Salvador que hiciera el sacrificio de su magestad y de su gloria á trueque de hacer feliz á la humanidad desgraciada, solo un Redentor que se propusiera atraer á sí al mundo, ensalzándole con sus abatimientos, purificándole con sus heridas, curándole con sus dolores y rehabilitándole con su sangre, solo en fin aquel que venia á reformar todas las legislaciones, á anular todos los pactos, á modificar todos los códigos, á obrar un cambio radical en los futuros destinos de la humanidad, á hacer surgir de entre los escombros de las antiguas civilizaciones una civilizacion nueva y mas perfecta, la civilizacion del Evangelio, de la caridad, de la union fraternal, del amor reciproco, estableciendo con su muerte una alianza eterna é indisoluble entre la tierra y el cielo; solo él que á su entrada en el mundo proclamó por principio fundamental de su doctrina aquella admirable sentencia: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian (1);» solo él, repito, podia realizar esa teoría tan nueva, tan sorprendente, tan superior á cuanto el génio y la ciencia habian podido inventar. Y no bastándole haberla enseñado de palabra, la muestra puesta en práctica sobre una Cruz, en un patíbulo, en medio de verdugos

(1) Luc. VI. 27.

encarnizados que gozan en su suplicio como en un festin, rodeado de un pueblo maldiciente que no cesa de arrojar contra él los envenenados dardos de la blasfemia y del insulto, entre las convulsiones de una horrible agonía... Si, entonces es cuando Jesus uniendo á la voz de la sangre el grito del corazon, pide, suplica, ruega, importuna é insiste delante de su Padre para que los autores de su muerte sean los primeros en participar del fruto de su sacrificio, y para que aquella sangre que corre á torrentes por el Calvario salve en primer lugar á los que la han derramado: *¡Pater ignosce illis!*

Notad, M. A. O., con cuánta efusion, con cuánto empeño se interesa Jesus en favor de sus enemigos. Dando á Dios el dulce nombre de Padre apela á cuanto hay de mas fuerte, poderoso y eficaz para enternecer su corazon y conmover sus entrañas. Fué como decir: «Yo que soy tu hijo objeto de tus mayores delicias, y espejo limpio en que reflejan los brillantes resplandores de tu divina esencia; yo á quien engendraste desde la eternidad con un acto de tu entendimiento, y que desde entonces no he cesado de estar rendido y respetuoso á tus supremas voluntades; yo que por obedecer tus mandatos me despojé de lo que me hacia en todo igual á tí, y me humillé hasta el abismo del abatimiento para sufrir en una carne delicada y frágil cuanto merecia el hombre que te ultrajó; yo soy quien recurro hoy á tí reclamando los derechos que este titulo me da á esperar que mi plegaria no ha de ser desoída. No es por mí por quien ruego, no es por mí por quien lloro, no es por mí por quien me intereso. Mis dolores, mis tormentos, mi agonía, mi muerte nada me afectan, nada me afligen porque todo lo padezco gustoso á trueque de cumplir tus altísimos designios; y si todavia es posible sufrir mas, dispuesta está mi alma á aceptar nuevos suplicios. La causa de mi llanto son estos mismos hombres que me atormentan, ellos son el objeto de mi súplica, ellos los que arrancan mis servientes ruegos. Quiero salvarlos, deseo redimirlos, estoy empeñado á todo trance en que no se pierdan, pues míos son tambien y tú me los diste. Los amo aunque ingratos, los estimo aunque fementidos, me son caras sus almas á pesar de su perfidia... No, Padre mio, que no perezcan. ¿Qué importa que ellos sean culpa-

bles? Vuestro hijo es inocente. ¿Qué importa que ellos me maltraten? Vuestro hijo os honra y adora. ¿Qué importa que no se sacie su crueldad contra mí? Vuestro hijo satisface por ellos tu justicia. ¿Qué importa que me vilipendien y ultrajen? Vuestro hijo vindica vuestro honor y vuestra gloria. ¿Qué importa en fin que me crucifiquen, si yo que soy tu hijo muero voluntariamente por ellos? Pues bien, si sois mi Padre, si me amais, si jamás pudisteis negarme nada de cuanto os pedí, ¿lo harías ahora, en estos solemnes momentos en que te doy el mas ilustre testimonio de mi obediencia? ¡Oh Padre, Padre mio, perdónalos! Esta es la única gracia que deseo me otorgues: y al efecto aparta tu vista de ellos, y mira únicamente á tu Unigénito; olvida lo que hacen contra mí, y acuérdate solo de lo que yo padezco por su amor; desentiéndete de su indignidad, y atiende esclusivamente á lo que yo merezco. *Pater, ignosce illis.* Y si acaso no os es suficiente mi cualidad de hijo para otorgar la petición que os hago, reclamaré mis derechos, interpondré mi sangre, haré valer mis ignominias y mi muerte. Todo os lo presento en favor de mis defendidos: con tanta mayor razon cuanto que ignoran lo que hacen, no saben á quien ofenden, no comprenden contra quien se ensañan, están muy distantes de conocer á quien crucifican:» *Non enim sciunt quid faciunt.*

¡Contraste admirable, esclama el P. San Leon, entre la barbarie de los hombres y la misericordia de un Dios! ¡Ellos respiran furor contra Jesus, y Jesus es todo amor para ellos! ¡El pueblo no pone limites á su insolencia, y Jesus tampoco los pone á su caridad! ¡Sus enemigos le insultan diciéndole: «Si eres Hijo de Dios baja de la Cruz;» y Jesus desde el árbol santo clama á su Padre: «Perdónalos que no saben lo que hacen!» ¡Aquellos le escarnecen y apostrofan de la manera mas cruel gritando: «Vah, ¿no eres tú el que venias á salvar al mundo? Pues sálvate á ti mismo;» y el Salvador olvidándose de sí mismo solo piensa en defender y excusar á los que le blasfeman! ¡Los judíos no se cansan de agravar los tormentos y angustias de su víctima, y la víctima no se cansa de multiplicar sus plegarias para obtener el perdon de aquellos ingratos! *Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt.*

Cristianos, ¡hed ahí la caridad por esencia, hed ahí el amor en su mas bello ideal, hed ahí la clemencia llevada á su mas alto punto; hed ahí el Evangelio en accion, hed ahí el Testamento nuevo, la nueva alianza, el nuevo código, la nueva civilizacion del Calvario! ¡Ahí teneis el hombre, ahí teneis el Dios! Recoged esa palabra afectuosa, esa súplica de indefinible consuelo, esa espresion de incomprendible felicidad. Por nosotros se pronunció tambien desde lo alto de la Cruz, porque todos estábamos presentes en la mente del Redentor cuando consumaba su oblacion de infinito precio. Presentes tenia las ingratitudes y los crímenes de las generaciones por venir; claros se presentaban á su imaginacion los errores, los delirios, los escesos que en lo sucesivo se multiplicarian en el mundo. Nada de cuanto la heregía, el libertinaje, la impiedad, el racionalismo habian de hacer contra su religion, nada de cuanto las pasiones y los vicios debian perpetrar contra su ley adorable, nada de cuanto el escándalo, la inmoralidad, el cinismo ultrajarian su magestad, nada se le ocultaba á la víctima del Calvario al pronunciar aquella inefable plegaria: «PADRE MIO, PERDÓNALOS QUE NO SABEN LO QUE HACEN.» Por todos nosotros rogó á su Padre, por todos se constituyó mediador y abogado, por todos ofreció el mérito de su pasion y de su muerte, por todos presentó la oblacion pura de su sangre, por todos intercedió lleno de misericordia, á todos nos escusó clemente, á todos quiso salvarnos compasivo, á todos nos incluyó en su testamento, á todos nos legó la rica herencia del perdon, á todos nos trasmitió los derechos á su reino celestial, á todos nos abrazó en su amor, á todos nos ocultó en sus llagas para guarecernos de la cólera del Padre, y por todos indistintamente dijo: «PADRE MIO, PERDÓNALOS:» *Pater, ignosce illis*. Ellos se harán reos de esta misma sangre que hoy derramo, ellos menospreciarán estos mismos tormentos que hoy sufro, ellos olvidarán estas mismas lágrimas que hoy vierto, ellos insultarán esta misma víctima que hoy muere por su amor... ¡Infelices! Yo los veo hollar mi ley, quebrantar mis preceptos, escarnecer mi culto, insultar mi Evangelio, perseguir la verdad, hacer guerra á mi doctrina, sublevarse contra mi Iglesia; los veo entregarse ciegos á los escesos de la lubricidad, de la ambicion, de

la ira, de la soberbia... Mas no por eso, Padre mio, se entibia mi caridad, no por eso insisto menos en mi deseo de redimirlos, no por eso es menos ardiente mi deseo de salvarlos: *Pater, ignosce illis*. Son unos miserables que desconocen su propia desgracia, unos ignorantes que no saben cuán gravemente hieren mi corazon, unos débiles incapaces de hacer frente al empuje de sus pasiones; dignos son por lo tanto de escusa: *Non enim sciunt quid faciunt*.
¡Oh triunfo sublime de la misericordia! ¡Oh victoria portentosa del amor de Jesucristo! ¡Salud, victima adorabilisima de nuestros pecados! ¡Salud, cordero inocente y puro que borras con tu sangre nuestras iniquidades! ¡Salud, Mediador divino que con caridad tanta te interpones entre nuestra maldad y la justicia del eterno Juez! ¡Salud, Jesus amante que tan inagotables tesoros de piedad derramas sobre el mundo desde ese trono que te fabricaron nuestros delitos! ¡Salud, abogado solícito que así te interesas por nuestro bien, escusando nuestras culpas cuando no hacemos sino provocar la eternal venganza! ¡Salud, hostia propiciatoria que con una palabra poderosa nos reconcilias con el cielo airado y nos enriquecés con la inmortalidad!

¡Tanto hizo Jesus por nosotros en sus postrimeros instantes! Pero preciso es tengamos entendido que esa palabra no es solamente un testimonio, una prueba, un monumento auténtico del perdón que obtuvimos en el Calvario, y de la confianza que deben inspirarnos las piedades de un Dios Salvador que por nosotros tanto se interesó en su agonía. Bueno que sepamos que desde aquel momento, tenemos en él un mediador, un abogado, un padre clementísimo que no cesa de interponer los méritos de su sangre y de su muerte en favor de la humanidad culpable, y que nunca debemos desesperar de su misericordia toda vez que arrepentidos la imploramos. ¿Mas está reducida á esto solo la plegaria de Jesus? No, M. A. O., no; ella es la primera cláusula de su testamento, ella encierra la primera y esencial condicion del legado que nos trasmite un padre moribundo, para que nosotros á su ejemplo la trasmitamos á nuestros hermanos. Si él nos perdonó, fué para que aprendamos á perdonar; si pidió indulgencia para nuestras ofensas, fué para que nosotros sepamos olvi-

dar las nuestras; si él escusó nuestra malicia, fué para que escusásemos la fragilidad de los que nos injurian; si él oró por nosotros sus enemigos, fué para que nosotros rogásemos por los que nos persiguen ó causan algun daño; si él interesó la ternura de su Padre para que no vengase nuestros ultrajes, fué para que nosotros ahogásemos los gritos de venganza que surgen de nuestros viciados corazones. ¡Y ay del que no cumpliere esa cláusula preciosa de la última voluntad de Jesus! ¡Ay del que se atreviere á infringir esa condicion esencialísima de su legado! ¿Qué derechos podría alegar á ser perdonado por Dios quien no supiese respetar los derechos de sus hermanos á su propio perdon? ¿Con qué títulos podría esperar la clemencia del cielo quien en la tierra no usase de misericordia con sus prójimos? ¿Cómo osaría reclamar los méritos de la sangre de Jesucristo en virtud de haber intercedido por él en la cruz, quien ofendido por un enemigo, perseguido por un émulo, calumniado por un rival, intentase satisfacer en él su venganza? ¿No seria esta una contradicción monstruosa, un inconcebible contrasentido? ¿No seria querer establecer un odioso privilegio en favor de la malicia humana, contrario á la divina justicia? ¿Cómo! ¡Un Dios perdona, y el hombre ha de vengarse! ¡El rey se muestra indulgente, y el esclavo ha de ser inexorable! ¡El inocente escusa al pecador, y el criminal no ha de escusar al débil! ¡Oh! No, católicos, no es ese el legado de Jesucristo, no es esa la herencia que al morir nos dejó nuestro Padre; no es esto lo que nos prescribió en la primera página de su testamento nuestro divino Salvador. Él nos dejó la caridad, él nos dió el amor, él nos legó la misericordia y la compasion como un tesoro que debíamos guardar en nuestros corazones para hacer participantes de él á nuestros prójimos. Él nos perdonó para que perdonásemos, rogó por nosotros para que rogásemos por nuestros hermanos, nos defendió ante su Padre, para que nos compadeciésemos de los ajenos errores: en una palabra, nos amó hasta morir por nosotros, para que sacrificásemos todo afecto de resentimiento y de venganza ante las aras de la caridad. No hagamos pues inútil la muerte de Jesus, no hagamos estériles sus padecimientos, no hagamos que su sangre se convierta para nosotros en fiscal severo que nos acuse, en vez de

implorar clemencia y perdon. Si la enemistad nos persigue, si la calumnia nos deshonorá, si la ambicion nos suplanta, si la envidia nos tiende lazos, si el ódio nos insulta, si la injusticia nos hiere, acordémonos de lo que Jesus hizo en la cruz, tengamos presentes sus palabras, no olvidemos lo que por nosotros sufrió, y entonces no dudaremos levantar al cielo nuestros ojos, y esclamar como nuestro modelo y Maestro: «¡PADRE MÍO, PERDÓNALOS!» *Pater, ignosce illis.* A vos es á quien ofenden, no á mí que soy un vil gusano de la tierra; á vos injurián, no á mí miserable polvo amasado por tus manos; á vos persiguen, no á mí que soy un átomo imperceptible ante vuestra magestad inmensa; compasion merecen y no venganza, de piedad son dignos y no de castigo: *Non enim sciunt quid faciunt.*

Plegue á vos, oh Redentor adorable, que estas palabras se graben en los pechos de todos los hombres; que quede para siempre encadenada al pié de vuestra cruz la torpe pasion de la venganza; que no haya de hoy mas un solo cristiano que abrigue sentimientos de ódio contra sus prójimos; que el mundo no vuelva á oír hablar de ese vicio deshonoroso para el cristianismo y tan contrario á sus principios; que todo sea amor, caridad, indulgencia, perdon, entre unos séres redimidos con tu sangre. Caiga sobre todos nosotros esa sangre preciosa como un bálsamo suave que cicatrice nuestras heridas, que sané nuestras dolencias, que triunfe de nuestra corrupcion, que enfrene nuestras pasiones, y renovándonos completamente en espíritu nos haga dignos de vuestra preciosa herencia. Caiga esa sangre sobre nosotros para lavar nuestras manchas, borrar nuestros pecados, curar nuestro orgullo, domar nuestra altivez, desterrar nuestro ódio, y purificar nuestras almas. Levántese constantemente su voz para abogar en favor nuestro: y en nuestros postrimeros instantes, cuando arrepentidos imploremos vuestra misericordia, tengamos el consuelo de oír de vuestros lábios aquella sublime plegaria que próximo á morir elevásteis al cielo: PADRE MÍO, PERDÓNALOS, PUES NO SABEN LO QUE HACEN: *Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt.*

PLATICA II.

SEGUNDA PALABRA.

LA CONCESION DEL PARAISO AL BUEN LADRON.

Hodie mecum eris in Paradiso.

Hoy estarás conmigo en el Paraiso.

Luc. xxiii. 43.

EL árbol misterioso de la vida no podia tardar en producir los mas sazonados frutos. La sangre del Cordero sin tacha habia llegado al cielo, y de allí á manera de lluvia benéfica hacia descender sobre la tierra raudales copiosísimos de gracia y de salvacion. El Calvario que habia sido el teatro de las ignominias del Hombre-Dios debia ser el sitio del primer triunfo de su omnipotencia. La cruz que habia sido el instrumento de su suplicio, debia ser el trono en cuyo derredor brillasen los primeros resplandores de su gloria. Los espectadores, los cómplices y los compañeros de su castigo, debian ser los primeros testigos de su inocencia, y los primeros trofeos de su ilustre victoria. En una palabra, allí donde la iniquidad se habia mostrado mas odiosa, ibase á manifestar mas bella la misericordia: donde mas audaz se ostentára el delito, mas poderosa se iba á ostentar la gracia; donde mas ultrajada se habia visto la humanidad santa del Verbo, mas grande y magestuoso se iba á dejar ver el poderío de su divinidad.

Reparad, C. O., en esas tres cruces que se levantan sobre el Gólgota. En la de en medio está clavado Jesus, el Santo de los santos, el

que jamás se contaminó con el consorcio de los pecadores, el que era esencialmente incapaz de cometer la mas leve falta, el que reunia en su persona todos los tesoros de la gracia, el bello ideal de la justicia y de la virtud. En las de los lados figuran dos insignes bandidos que habiendo sembrado el terror en toda aquella comarca con sus fechorías, caidos en manos de la justicia, expiaban en aquel patíbulo una larga vida de crímenes detestables. ¡ Tal era el cortejo que el Salvador tenia en el Calvario! ¡ A tales compañeros le habia asociado la vengativa Sinagoga para hacer mas infame y deshonrosa su muerte! Designio diabólico fué este verdaderamente: pues colocando á Jesus entre dos facinerosos, se le hacia aparecer á los ojos de la multitud como cómplice de igual delito, y aun se daba un carácter mas grave de culpabilidad al que como gefe figuraba en medio. De este modo intentaba el ódio judáico conseguir á la par dos fines, á saber: satisfacer por una parte su insaciable encono deshonorando cuanto le era posible á aquel que se habia declarado Rey, Mesías, é Hijo de Dios, y hacerle tanto mas aborrecible en la opinion pública, cuanto el aparato de su suplicio parecia indicar en él mayor fondo de criminalidad.

El Mas no sucedió así. La iniquidad se mintió á sí misma, como dice el rey profeta (1), y cayó ella misma en la hoya que cabó para enterrar en ella la honra, la gloria, el nombre y hasta la memoria del Crucificado (2). ¡ Oh sabiduría infinita del Altísimo! Tú lo tenias dispuesto así, tú permitias que la venganza judáica llevase adelante sus odiosos planes contra el Nazareno, para que mas brillante fuese el reconocimiento de su inocencia, y mas maravilloso el triunfo de su gracia. Así es que si quisiste que en el traje de criminal apareciése entre los culpables sufriendo su mismo castigo, no fué sino porque así convenia para que el sacrificio del Mesías tuviese todo el mérito que exigia la expiacion del pecado, y para que se cumpliesen los ilustres vaticinios que prometian al Salvador de Israel una estirpe inmortal en premio de esta profunda humillacion (3).

(1) Psalm. XXVI. 42

(2) Psalm. VII. 46.

(3) Isaiae. LIII.

Y de hecho, M. A. O.: el triunfo de la divinidad de Jesucristo comienza por esta misma circunstancia á que la Sinagoga habia ligado, digámoslo así, el triunfo de su propia malevolencia; y los mismos malhechores á quienes se le habia asociado para hacer mas visible la justicia del suplicio y la criminalidad de la víctima, son los que promueven una declaracion solemne de la inculpabilidad de esta y de la injusticia de aquel, haciendo ver á la faz del mundo que el que á título de réo sufre la pena de los malhechores es un Dios, un rey cuyo trono domina el espacio, y los que le crucifican no son mas que unos hombres cegados por un negro encono é inspirados por la mas torpe venganza.

Uno de aquellos ladrones que estaba crucificado á la izquierda de Jesus, uniéndose á los verdugos que insultaban á la sagrada víctima, comienza á blasfemar, diciendo: «Si tú eres el Cristo, ¿por qué no te salvas á tí mismo y á nosotros (1)? El de la derecha por el contrario, llamado Dimas, segun una constante tradicion, indignado de oir á su compañero, dirigele una dura reconvencion en estos términos: «¿Es posible que estando condenado al mismo suplicio que él no temas provocar la ira de Dios con tus blasfemias? Nosotros al fin somos culpables y sufrimos justamente el condigno castigo de nuestros delitos: pero ese ningun mal ha hecho.» *Hic vero nihil mali gessit* (2). ¡Qué confesion tan sublime de la inocencia del crucificado! ¡Qué apología tan elocuente de su divinidad! ¡Oh! La gracia habia descendido al corazon de aquel facineroso, y recibida en una tierra fecunda produce instantáneamente los mas preciosos frutos. El rayo de la divina luz que ha herido su inteligencia le ha descubierto en aquel Ser humillado, envilecido, y castigado como delincuente, al Dios de la santidad, al Hijo del Eterno, á la gran víctima de los pecados del mundo. Su fé penetrando á través de aquellas heridas, de aquellos dolores y de aquella sangre, ha visto al rey de la magestad, al monarca de la gloria, al soberano Señor de los ángeles, al cordero dominador del orbe; y como á tal le tributa un homenaje público de adoracion, confiesa su grandeza,

(1) Luc. XXIII. 39.

(2) Ib. 41.

proclama altamente su santidad, y á despecho de la Sinagoga que quiere hacerle pasar por criminal, declara en presencia de toda Jerusalem reunida en el Calvario y á la faz de los jueces que le han condenado, y á la vista de los pontífices y sacerdotes, de los soldados y del pueblo que han pedido su sangre, que aquel á quien han dado muerte tan cruel é ignominiosa, es inocente, justo, impecable, y no ha cometido el menor delito: *Hic vero nihil mali gessit*. Oye pues, ciudad deicida: oye, pueblo ingrato y desleal: oid, fariseos fementidos, escribas rencorosos, doctores venales, jueces cobardes, sanguinarios verdugos: Ese á quien habeis crucificado como á un hombre ambicioso y usurpador jamás ha abrigado sino designios de caridad y de beneficencia; ese á quien habeis conducido al suplicio entre facinerosos como á un hombre revoltoso y turbulento, nunca ha tenido mas que miras pacíficas ni ha aspirado sino á conquistar las almas con el amor; ese á quien como á un hombre sedicioso y perjudicial habeis hecho sufrir los mas atroces tormentos y las humillaciones mas profundas, no ha cometido otro crimen que el ser vuestro continuo bienhechor, el que ha curado vuestros enfermos, alimentado vuestros pobres, socorrido vuestras miserias y consolado vuestras aflicciones. Hé aquí lo único que podeis imputarle. Si por eso le habeis perseguido incansables hasta clavarle en un patíbulo, vosotros responderéis de su sangre. Por lo demas su inocencia está probada, su santidad no admite género alguno de duda, sus beneficios son harto públicos, sus obras son bien patentes: *Hic vero nihil mali gessit*. Por lo tanto, la Sinagoga ha sido injusta, los jueces que han fallado su sentencia unos hombres corrompidos, los acusadores unos pérfidos, los testigos unos perjuros, y todos cuantos han influido en su muerte unos sacrílegos: porque ese crucificado es víctima del odio, no del delito; de la venganza, no de la justicia; de la envidia, no de ninguna falta personal: *Hic vero nihil mali gessit*.

o Todas estas consecuencias envolvia la ilustre confesion de Dimas. En ella resaltaban todas las virtudes que la gracia de Dios habia hecho surgir instantáneamente en su alma arrepentida; un conocimiento profundo de su propia criminalidad, una confesion esplicita de la

justicia de Dios en castigar sus pasados extravíos, una contrición sobrenatural de todos ellos, una sublime resignación á los decretos de la Providencia, un deseo eficaz de expiar con el sufrimiento sus pecados, y sobre todo una fé viva, ardiente, heróica que le obliga á proclamar solemnemente la santidad de Jesucristo, su magestad, su soberanía, su poder, su imperio eterno. Y prueba de que sus convicciones son íntimas y sus creencias profundas, que desde luego volviendo sus ojos hácia aquella ensangrentada víctima, esclama con acento humilde, suplicante, y que revela la mas firme confianza: «SEÑOR, ACORDAOS DE MÍ CUANDO ESTUVIÉREIS EN VUESTRO REINO:»
Domine memento mei dum veneris in regnum tuum.

¡Triunfo admirable de la fé! ¡Victoria insigne de la divina gracia! ¿Quién ha cambiado tan repentinamente aquella alma de foragido? ¿Cómo se ha verificado una modificación tan súbita y sorprendente en ese corazón entregado poco antes á los mas atroces crímenes? ¿Cómo se ha obrado un prodigio tan insólito? ¿Qué asombro! Los apóstoles huyen de Jesús, sus discípulos se esconden, sus amigos le abandonan, los judíos le escarnecen, los romanos le crucifican, todo el mundo le condena. Solo un ladrón que no ha visto sus milagros, ni sido testigo de sus virtudes, ni experimentado sus beneficios, es el único que le absuelve, le honra, le adora como á Hijo de Dios, y le tributa sus respetos como á rey. Reparad, dice San Agustín, cuánta es la fé de Dimas penitente, cuán grande su heroísmo. Vé al Nazareno pendiente como él mismo de un patíbulo afrentoso, y sin embargo cree en él; le contempla con todas las esterioridades del crimen, y no obstante desmiente las calumnias de un pueblo que le aclama reo de estado; mírale coronado de espinas en castigo de haber querido usurpar la diadema de Israel, y con todo no duda proclamar altamente que es monarca supremo del cielo y de la tierra; le vé en fin insultado por los sacerdotes y ancianos, maltratado por los sayones y verdugos como al mas inicuo de los hombres, y aun se atreve á tomar la defensa de su causa. Todos le escarnecen como á vil esclavo, él solo le reconoce por su Señor; todos le desprecian, él solo le adora; todos le blasfeman, él solo publica sus alabanzas; todos piden su muerte y su sangre, él solo pide

:

su gracia y su reino: *Memento mei dum veneris in regnum tuum.* ¡Ved ahí, esclama San Leon, el poder de la fé, la fuerza inefable de la gracia! ¡Un famoso ladron se convierte de repente en un penitente ilustre, un foragido se hace profeta, un malhechor se trueca en evangelista, un ajusticiado se transforma en primer confesor de Cristo (1).

Justo era que tambien fuese el primer trofeo de su victoria, como habia sido la primera conquista de su gracia. En efecto, el arrepentimiento del buen ladron habrá subido al cielo, y la misericordia descendió á la tierra; la plegaria de Dimas habia penetrado el corazon del crucificado, y desde la Cruz otorga Jesus su peticion. «EN VERDAD, TE ASEGURO, le dice el Redentor moribundo, QUE HOY MISMO ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAISO.» *Amen dico tibi: Hodie mecum eris in Paradiso* (2). ¡Nuevo portentó! En un instante se obra la conversion del criminal, y se decreta su recompensa. No bien ha pronunciado aquel su súplica, cuando ya se le promete no solo el perdon sinó la gloria eterna. Apenas habia confesado á Jesus rey de los cielos, cuando ya se halla en posesion de su imperio. Hoy mismo, le dice, tan luego como haya consumado yo el sangriento sacrificio de mi vida, en el instante en que mi espíritu vuele á unirse con el Padre que me ha enviado, no tan pronto habré exhalado mi postrimer aliento en esta Cruz, cuando tu alma atravesará el espacio, hendirá las nubes, penetrará las regiones aéreas, y en mi misma compañía entrará en el Paraiso eterno, en la mansion de la perdurable bienandanza á gozar de sus inefables delicias: *Hodie mecum eris in Paradiso.* ¡Oh promesa envidiable! ¡Oh palabra de infinita misericordia, que traslada en un momento á un malhechor del suplicio al Paraiso, de la Cruz al trono! ¡Afortunado y dichoso ladron! esclama el Crisóstomo. Ni aun pendiente de un patíbulo has olvidado tu antigua profesion; pues en pocos instantes has conseguido comprar la salvacion eterna y robar el reino celestial (3). Verdad es que

(1) S. Leo. Serm. 2 de Pass. de cruce et latrone.

(2) Luc. XXIII. 43.

(3) S. Joan. Chrys. Hom.

jamás fué desestimada la oracion del justo. Testigo Daniel cuando se dirigió al Señor desde el lago de los Leones; testigo Jonás cuando oró al Señor desde el seno de la ballena, testigo Joseph cuando desde un profundo calabozo clamó al Dios de sus padres, testigos en fin cuantos en sus miserias y necesidades han invocado el auxilio divino. ¡ Ah! la misericordia del Señor nunca se hace esperar del que con corazon contrito la implora. Los efectos de la oracion humilde y confiada, dice San Agustin, son tan rápidos como el pensamiento. Apenas la súplica ha salido de los lábios del hombre cuando ya la clemencia ha descendido á su alma de lo alto del cielo. ¡ Tan bueno es Jesus! ¡ Tan grande es su piedad para con el pecador! Oir sus acentos, otorgar su peticion, prometerle el perdon, y concederle la recompensa es todo obra de un momento. ¿ Quién pudiera dudar de esto al ver la prontitud con que accede á la plegaria del ladrón, y la generosidad con que vá mas allá de sus mismos deseos? Aquel solo pide á Jesus que se acuerde de él porque se juzga indigno de otra cosa, y se considera harto dichoso con un leve recuerdo del Salvador en su reino: *Memento mei Domine*; y éste Dios sumamente magnífico, liberal y pródigo de los tesoros de su gracia, no solo le concede ese recuerdo, esa memoria, sino que desde luego le asegura su porvenir, le promete una gloriosa resurreccion, le dá palabra de ser en breve morador de su reino, y le jura que será participante de su propia bienandanza. No temas, le dice, no abrigues el menor recelo ni la mas leve duda: *Amen dico tibi*. Yo que soy la eterna verdad, yo cuya palabra es infalible, y cuyas promesas son hechos, pues aunque bajo este aspecto de hombre mortal soy el Hijo de Dios, el camino del cielo, la vida del alma, la luz indeficiente, y el Señor y árbitro de los humanos destinos, te prometo que hoy mismo, tan luego como se hayan cumplido en mi persona los vaticinios proféticos que van á realizarse dentro de pocos instantes: *hodie*, serás el primero que participes de los frutos de la redencion, el primero que experimentarás el valor infinito de mi sangre, el primero para quien esta Cruz será un trono de salvacion, el primer despojo que adornará mi entrada triunfal en el reino de mi Padre, el primer blason de mi conquista, el primer trofeo de mi victoria

sobre la muerte y el infierno: *Hodie mecum eris in Paradiso*. Conmigo pues pasarás de ese leño infame á un brillante sólio; conmigo triunfarás en el emíreo, puesto que conmigo has combatido en el Calvario; conmigo ceñirás los laureles de eterno verdor que me están preparados, ya que conmigo participaste de las amarguras de la Cruz; conmigo reinarás para siempre en la region de los inmortales, ya que á mi lado mueres en el suplicio de los condenados: *Hodie mecum eris in Paradiso*. Tú me has dado lágrimas de arrepentimiento, yo te daré delicias inamisibles; tú me has proclamado inocente, yo te adornaré con la aureola de los justos; tú me has reconocido por Dios, yo te enriqueceré con los tesoros de mi divina esencia; tú me has confesado rey inmortal, yo pondré en tus manos el cetro de la inmortalidad: *Hodie mecum eris in Paradiso*.

Jamás dicen los Padres se habia visto desde el pecado de Adan una promesa de esta especie. Desde que aquel hombre culpable fuera arrojado del Paraiso terrenal en castigo de su desobediencia, á ningun mortal se le volvió á prometer el celestial Paraiso. Toda la descendencia de aquel padre desventurado habia sido envuelta en la sentencia de ostracismo perpétuo de aquel lugar de delicias. Solo en la Cruz se oyó pronunciar aquel nombre, solo desde el leño de la expiacion tornó á abrir la misericordia divina las puertas del Paraiso, que á causa del pecado cometido en otro leño habia cerrado la eternal justicia. Un hombre intentó robar á Dios su ciencia y su soberanía tocando á un árbol prohibido, y la consecuencia de su temeridad fué desterrar del primitivo Eden á una raza heredera de su crimen: otro hombre proclama desde un árbol maldecido la ciencia y el poder de Dios, y el efecto de esta confesion es arrebatarse para sí y para toda la posteridad de Adan la posesion perdida del nuevo Eden de la gloria.

¿Quién pues pudiera ya desconfiar de la divina misericordia en vista de este ejemplo? ¿Quién dudar de los triunfos de la gracia en presencia de este prodigio? ¿Quién vacilar en recurrir á la piedad de un Salvador que tan generoso y magnífico se muestra en sus últimos instantes con el ladrón arrepentido? ¡Oh! No, católicos, no dudemos ni un instante de la clemencia de un padre tan bueno. En

la persona de Dimas nos ha hablado á todos desde la Cruz, á todos nos ha franqueado las puertas de su reino, á todos nos brinda con su gloria, á todos nos promete igual recompensa toda vez que nos hallemos animados de idénticas disposiciones de fé, de contricion, de dolor y de esperanza que aquel dichoso ladron. Con las palabras dichas á éste ha querido mostrarnos nuestro amorosísimo Jesus que nadie hay á quien no esté pronto á recibir en sus paternales brazos siempre que se le busque oportunamente y con un alma dócil á las impresiones de su gracia. Con esa segunda cláusula de su testamento, nuestro moribundo padre nos ha legado el reino celestial, y nos llama á tomar parte en su herencia, siempre que nos hagamos dignos de su filiacion mediante una penitencia sincera de nuestros extravíos. Con esa promesa escrita sobre la Cruz y sellada con su sangre nos asegura la posesion de la bienaventuranza toda vez que no rechacemos su generosidad y rehusemos aceptarla con nuestra obstinacion en el mal obrar.

¿Seriamos bastante temerarios para rehusarla? ¡Oh! Temblad, pecadores remitentes; temblad, cristianos incrédulos; temblad, impíos obstinados; temblad, corazones empedernidos... Ved lo que pasa en el Gólgota. Al lado de Jesus hay dos criminales; el uno le insulta y se hace réprobo: el otro le adora y es predestinado; el primero desprecia su gracia y se condena: el segundo la recibe y se salva; aquel se ciega y no ve en Jesus mas que un hombre, y su ceguera le precipita en el infierno; éste abre sus ojos á la luz sobrenatural de la fé, reconoce en el compañero de suplicio un Dios, y su confesion le conquista la gloria. ¡Qué antitesis tan horrible! ¡Qué destino tan distinto! ¡Qué enseñanza tan elocuente!

Permita el cielo que detestando la conducta del mal ladron, imitemos la del bueno. ¡Oh! Si dóciles á las primeras inspiraciones de la gracia, si fieles á los primeros llamamientos de la misericordia no retardamos un instante nuestra conversion, y dirigimos al Señor nuestras súplicas, ¡jeuán presto tocaremos los efectos preciosos de su bondad! No, no se harán esperar las piedades de aquel que á una palabra de un malhechor reconocido, á una mera plegaria de un criminal contrito respondió con una promesa de eterna felicidad.

Apresurémonos pues á levantarnos del abismo en que nos han arrojado nuestras culpas, reconozcamos su enormidad, confesémoslas con amargura de nuestra alma, prometamos una enmienda sincera, y no desconfiemos de la misericordia del Redentor, no dudemos recurrir á él como á la fuente de la gracia, y repetir la súplica del buen ladrón: «Acordaos de mí, Señor:» *Domine, memento mei.*

Si, buen Jesus, acordaos de nosotros, miserables pecadores, no para tener en cuenta nuestros errores, sino para apiadaros de nuestra debilidad; no para juzgarnos segun vuestra justicia, sino para perdonarnos segun vuestra infinita clemencia; no para tratarnos como merece nuestra ingratitud, sino para compadecernos como lo exige nuestra miseria; no para rechazarnos indignado de vuestra presencia, sino para aceptar nuestras lágrimas y darnos en cambio el perdón; no para hacernos sentir el peso de vuestra cólera, sino para hacernos participantes del fruto de vuestro sacrificio: *Domine, memento mei.* Así lo esperamos de vuestro amor, de vuestra bondad sin límites, de vuestra ternura de padre. Haced que recogiendo hoy algunas gotas de esa sangre preciosa con que nos redimisteis, y purificados con ella de todas nuestras manchas, caminemos en lo sucesivo sin vacilar por las sendas de vuestra ley y perseveremos constantes en vuestro servicio; de suerte que en nuestros últimos momentos merezcamos escuchar de vuestros lábios aquella espresion de consuelo, de esperanza y de indefinible dicha que dirigisteis al buen ladrón: «¡EN VERDAD TE DIGO QUE HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAISO! *Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso.*

PLATICA III.

TERCERA PALABRA.

LA TRANSMISION DE LA MATERNIDAD DE MARÍA AL DISCÍPULO AMADO.

Ecce filius tuus... Ecce mater tua.

Ve ahí á tu hijo... Ve ahí á tu madre.

JOAN. XIX. 26, 27.

¡CUÁN preciosas son todas las cláusulas del testamento de Jesucristo! ¡Qué rica herencia lega á la desventurada humanidad desde su lecho de dolor ese padre moribundo! Nos legó el perdón en la persona de sus jueces y verdugos, nos legó el paraíso en la persona de un criminal ajusticiado á su derecha... Pero ¡ay! M. A. O., todavía no estaba satisfecho aquel corazón amatísimo, aun su amor no se había saciado. Quedábale otro don de inestimable valía que trasmitir á una raza huérfana y desheredada, y el Salvador no se olvida de ella en sus postrimeros instantes. ¿Qué importaba que el hombre hubiese obtenido una amnistía tan amplia en virtud de la sangre del Redentor? ¿Qué importaba que hubiese vuelto á recobrar los derechos que en el primitivo Edén perdiera, y que se hubiese rasgado el funesto decreto que le condenaba á sufrir para siempre un yugo ignominioso? ¿Qué importaba que el desterrado hubiese visto abrirse ante sus ojos las puertas de la patria que le cerró la culpa hereditaria? ¡Ah! Sér miserable, débil y sin apoyo alguno, frecuentemente hubiera naufragado en ese inmenso océano del mundo sem-

brado de escollos, hubiérase precipitado ciego en los inconmensurables abismos del error y de la iniquidad, hubiera tornado á perder el rumbo de la salvacion, y su perdicion hubiera sido inevitable. Mas no; Jesus agonizante no se ha olvidado de esta circunstancia, y el hombre no quedará huérfano y sin recurso en la tierra.

¿Veis esa mujer que al pié del árbol sacrosanto de la Cruz permanece firme como una roca que desafia el furor de los vendabales, á pesar de hallarse su corazón abismado en un insondable mar de amarguras? ¿Veis esa Virgen heroica que no abandona un instante el Calvario, y tiene fijos sus llorosos ojos en la sagrada víctima como si su existencia estuviese pendiente de la de aquel divino Nazareno? Ella es María, la madre de Jesus, la mujer dichosa que mereció encerrar en su seno trasformado en un augusto tabernáculo al autor de la nueva alianza, la que dió á luz en el humilde establo de Belen al deseado de los collados eternos, y con él trajo al mundo la dicha, la libertad, la esperanza, la salvacion... Pero esperad: que sobre la cresta de esa montaña va á verificarse un cambio tan sorprendente como feliz, y no menos doloroso para su alma harto afligida ya, que ventajoso y consolador para la humanidad entera. Todos los derechos de un Dios-Hombre, todos los privilegios de que goza en virtud de su filiacion natural como hijo de Maria, nos van á ser transmitidos de una manera maravillosa por un solo acto de su ternura é inefable amor. Su hora se acercaba, los momentos corrían, y ya la muerte asomaba por los cárdenos lábios de aquel divino lirio de los valles. Saciado de oprobios, abrevado de hiel, cercado de indefinibles angustias, y sucumbiendo bajo el enorme peso de un dolor sin semejante, aquel Redentor amantísimo declara su última voluntad disponiendo en favor de los hombres por quienes consuma el cruento sacrificio, de cuanto mas precioso pusiera en sus manos el eterno Padre. Nada tan caro para él como aquella que le habia concebido por una inspiracion divina sin mengua de su integridad virginal, que le habia llevado en su castísimo seno por espacio de nueve meses, alimentádole con el puro nectar de sus pechos, estrechádole amorosa en su regazo, colmádole de caricias, protegídole en su infancia contra las asechanzas de un tirano, y acompañándole siem-

pre y donde quiera hasta el momento mismo de su suplicio. Nada tan digno de su amor como aquella que no satisfecha con haber llenado respecto de él todas las condiciones de una madre llena de tierna solicitud y de incansable afán, habia compartido con él los trabajos y fatigas de una vida laboriosa, y bebido una parte no pequeña del repugnante cáliz de su pasión. Y sin embargo, ¡oh amor infinito! ¡oh caridad inmensa de Jesús! próximo á exhalar su último aliento, parece olvidarse de todo esto en obsequio de un mundo ingrato y rebelde á quien quiere enriquecer con su mas precioso tesoro. Él dirige sus amortiguados ojos á aquella dolorida criatura, fijalos despues en el amado discípulo á quien honrará con su mayor confianza, y abriendo su boca dice á la primera: «MUJER, VE AHÍ Á TU HIJO:» *Mulier, ecce filius tuus!*

¡Oh espada agudísima! ¡Oh palabra cruel! ¡Oh expresion mas amarga que el ajeno y mas punzadora que el envenenado dardo lanzado por el diestro arquero!... ¿Mujer?... ¡Piedad, Jesús amante, piedad para esa víctima de la mas profunda angustia! ¡Piedad para esa virgen que nunca supo mas que amaros! ¡Piedad para esa reina cuya corona de gloria se ha trocado en diadema de tribulacion y de dolor! ¡Piedad para ese corazon harto lacerado con vuestros tormentos, demasiado llagado con vuestras heridas, y que por do quiera brota sangre traspasado como está con vuestras espinas, con vuestros clavos, con vuestra cruz! ¡Piedad para esa víctima crucificada con vos en ese leño de maldicion!... ¡MUJER la llamis y no madre! ¿En qué ha delinquido para que así la priveis de un título que la naturaleza misma le ha dado? ¿En qué os ha desagradado para que de ese modo la despojeis de unos derechos á que nadie puede hacerla renunciar? ¿Cómo ha podido merecer ese desapropio del dictado para ella mas lisonjero, del único que puede hacer soportable su existencia en la triste viudez á que va á quedar reducida, faltándola vos que sobre ser su hijo érais su esposo mas amante y fiel, el compañero inseparable de su vida, su apoyo en la desgracia, su sosten en el infortunio, su consuelo en el llanto, su gozo en la amargura? ¿Hubo jamás una alma mas bella, un corazon mas tierno, un espíritu mas sublime, sentimientos mas generosos, aspiraciones mas nobles, afectos

mas puros, ideas mas elevadas, amor mas ardiente, caridad mas sublime, virtudes mas sólidas, dones mas preciosos que los de ese ángel en carne humana? Y si es imposible hallar una obra mas perfecta de santidad, un espejo mas limpio de candor, un tipo mas acabado de perfeccion, un sér mas dulce y benéfico que ella, ¿por qué así os desentendeis de las íntimas relaciones que con ella os unen? ¿Por qué la llamais mujer y no madre? ¿Ha dejado por ventura de serlo desde que intrépida y varonil trepó á vuestro lado esa roca funesta? ¿Ha dejado de serlo desde que cual cierva herida corria á buscar su cerbato á través de las breñas de ese monte ensangrentado? ¿Ha dejado de serlo desde que sedienta de vuestras ignominias y avara de vuestros padecimientos se arrojó en brazos de ese madero santo para morir con vos, en espíritu ya que no le era concedido ser enclavada en él y morir materialmente en un mismo suplicio? Cuando sus labios imprimian en los vuestros aquellos ósculos llenos de fuego maternal, cuando su seno nacarado os cobijaba con una efusion de indefinible dicha, cuando con un éxtasis seráfico os estrechaba contra su regazo para comunicar á vuestros infantiles miembros un suave y vital calor; cuando en la cuna velaba vuestro sueño como el ángel protector de la inocencia, y seguia vuestros pasos donde quiera que marchábais, solicita siempre de vuestro bienestar y de vuestra dicha; ¿no la prodigábais ese titulo afectuoso y os complacíais en llamarla *madre*? Y ahora que se va á ver separada de vuestro lado, ahora que la mano huesuda de la muerte la va á arrebatar su mayor tesoro, ahora que va á quedar sola en un mundo donde nada podrá llenar el inmenso vacío que dejareis en su alma, en los últimos instantes de vuestra existencia, en los mas críticos momentos, cuando las ideas se ajigantan, los pensamientos son mas graves, los recuerdos mas vivos, y todo adquiere un carácter especial de solemnidad en presencia del sepulcro, ahora la denominais simplemente *mujer*? ¿Qué sustitucion tan dolorosa es esta, esclamaré con San Bernardo! ¿Qué cambio tan cruel! ¿Haber de aceptar al hijo del Zebedeo por el hijo del Altísimo, al discípulo por el Maestro, al hombre por el Dios!

Y no hay eleccion posible, ¡oh Virgen angustiada! Preciso es repudiar al uno y resignarse á adoptar el otro. Las palabras de un

moribundo son solemnes, su última voluntad es sagrada, sus postrimeras disposiciones son inviolables. Además de que así lo exigen imperiosamente las necesidades de un mundo desgraciado; así lo reclama la humanidad sin apoyo. ¿Quién la dirigiría á través de este desierto donde á cada paso se vé desorientada y perdida, si vos cual columna de fuego no la mostráseis el derrotero para llegar á la tierra prometida? ¿Quién la salvaria en este inmenso piélago de las pasiones, en este embravecido mar de aficciones y adversidades, si vos faro luminoso no la indicáseis un puerto seguro donde guarecerse en el dia de la tempestad? ¿Quién la libertaria del diluvio de males que acojan su existencia, si vos arca de la nueva alianza no la guardáseis bajo vuestra maternal proteccion? ¿Quién la defenderia contra los rayos de la divina justicia, si vos iris bonancible no os interpusiéseis entre la tierra y el cielo para traernos el verde olivo de la misericordia y de la paz?

Y ved ya descornado el velo que nos ocultaba este misterio; Jesus agonizante ardiendo en caridad infinita hácia los hombres, no podia, no queria dejarles en una horfandad lastimosa: y ya que él en cumplimiento de los eternos decretos debia ausentarse del mundo, plúgole dejarnos su propia madre á quien tanto amaba, como la prenda mas inequívoca de su tierna solicitud por nuestro bien, como la mas preciosa herencia, como el legado de mas valor que podia consignarnos en su testamento. Por eso se despoja en cierto modo de todos sus derechos para trasmitirnoslos á nosotros; por eso cesa de llamar madre á María y la llama simplemente mujer, puesto que desde aquel instante cesaba en cierta manera de ser hijo suyo en cuanto á la participacion de sus privilegios, para que empezásemos á serlo nosotros; por eso volviéndose hácia el amado discípulo le dice: ¡VE AHÍ Á TU MADRE! Y es de notar lo que el sagrado evangelista añade: «Desde aquella hora el discípulo la recibió como suya (1).»

¡Oh felicidad! ¡Oh ventura sin par! Sí, M. A. O., aquella palabra de nuestro Salvador agonizante operó una revolucion la mas grande y de mayores consecuencias en el mundo moral. Desde el

(1) Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua. (Joan. XIX. 27.)

momento que la pronunció comenzamos á ser los hijos de María en sustitucion de aquel Jesus que ella habia llevado en su castisimo seno. Nuestros son todos los derechos del hijo, nuestro es todo el amor de la madre; cuanto aquel tenia nos pertenece ya como propiedad inalienable, lo que esta posee es nuestro á título de herencia. Cierta que aquella palabra: «Ve ahí á tu hijo,» no hizo, como dice San Amadeo, sino confirmar ó sancionar un hecho ya consumado; puesto que ya María nos habia engendrado en el Calvario y dádonos á luz con los tormentos y las angustias de su corazon virginal. Cierta que ya habíamos nacido al pié del leño santo en virtud del amor generoso de María, del mérito de su ofrenda y de la duracion de su martirio. Mas quiso nuestro agonizante Jesus anunciar á la humanidad desde su lecho de dolor este gran misterio verificado ya en consecuencia del amor mas puro en su origen, mas noble en sus motivos, mas constante en sus pruebas y mas heroico en sus sacrificios; quiso que los hombres todos sin escepcion alguna supiesen de su boca la inestimable y riquisima herencia que les dejaba en aquella mujer singular, destinada á ser la futura madre de la raza escogida y anunciada como tal desde el principio de la creacion en el paraíso terrestre. En el amante discipulo hallábanse personificados todos los pueblos, todas las naciones, todas las razas, y las generaciones todas por venir. Allí estábamos todos, M. A. O., aunque de distintos paises, de distintos idiomas, de distintos cultos. Reyes, príncipes, esclavos, sábios, ignorantes, ricos, pobres, todas las condiciones, todos los sexos, todas las edades estaban representadas en Juan. Allí apiñados en derredor de la cruz veia el Salvador cuantos en la larga sucesion de los siglos habian de nacer en los cuatro puntos cardinales del globo, sin esceptuar al salvaje de los bosques, al habitante de las eternas soledades del trópico, al morador de los helados polos. No hubo un solo ser racional á quien no alcanzase aquella cláusula del testamento del divino Mediador, á quien no comprendiese aquella palabra: «¡VE AHÍ Á TU MADRE!» *Ecce mater tua*. Y esa palabra es creadora; hace lo que dice, cumple lo que significa, realiza lo que promete, verifica lo que anuncia. No declara simplemente un deseo, una aspiracion, un acto de su voluntad, sino

que produce la realidad del hecho ; de suerte que al decir á Maria: «Ve ahí á tu hijo :» *Ecce filius tuus*, la comunica todos los sentimientos de la maternidad , la dá un corazon maternal el mas tierno y cariñoso , la hace efectivamente madre unjversal de todos los humanos. ¡ Qué prodigio de omnipotencia ! ; Qué maravilla de amor !

Yo me abismo, católicos, en ese inmensurable océano, yo me pierdo en ese laberinto impenetrable del misterio de nuestra adopción. Jamás me cansaría de saborear el fruto delicioso de aquel árbol de vida, nunca me hartaría de repetir esa palabra de indefinible dicha: «MUJER, VE AHÍ Á TU HIJO:» *Mulier, ecce filius tuus*. Que fué decir: Hé aquí los que de hoy mas me reemplazan como objetos de toda tu ternura y cariño: ellos serán lo que yo mismo he sido para tu corazon. Son débiles y necesitan ayuda, desgraciados y han menester consuelo, frágiles y exigen amparo, pecadores y demandan compasion y clemencia. Tu serás su apoyo en el infortunio, su fortaleza en la debilidad, su proteccion en el peligro, su defensa en la adversidad, su amparo en la tribulacion, su esperanza en todos los contratiempos, su paño de lágrimas en este lugar de destierro: *Ecce filius tuus*. Y vosotros, hombres desventurados, cesad de afligiros: «¡VED AHÍ VUESTRA MADRE!» *Ecce mater tua*. Ahí teneis la mujer por escelencia, la mujer tipo, la mujer grande, la mujer poderosa llamada desde los primeros dias del mundo á ejercer sobre la raza de Adan la mas sublime mision; la destinada en reemplazo de la Eva culpable, madre criminal de todos los vivientes, á ser la madre bendita y santa de todos los predestinados. Recoged esa herencia preciosa que os lego desde esta Cruz, trofeo de mi victoria, y trono de mi amor; agrupaos en torno de vuestra madre; cobijaos bajo su manto: *Ecce mater tuá*: Con ella nada os faltará; poseereis su corazon, su ternura, su amor; sereis objetos de su solicitud, de sus desvelos, de su vigilancia y de su proteccion. Cuando dudeis será vuestro consejero, cuando os estravieis será vuestro norte, en la negra noche de la tentacion os mostrará el camino de la virtud, en el zozobroso mar de las pasiones os manifestará la huella luminosa del deber para que no naufragueis. Si necesitais valor para hacer frente al error, ella os lo comunicará; si habeis menester de auxilio en

el combate contra el vicio, ella os lo prestará. En ella está la abundancia del consuelo, la plenitud del poder que yo la he conferido, y el manantial inagotable de todos los bienes de que la he hecho cesion en obsequio vuestro: *Ecce mater tua*. Por ella obtendreis el perdon de vuestras culpas, conseguireis misericordia y piedad en vuestras debilidades, lograreis la gracia de perseverar en el camino de la virtud: porque será vuestra abogada para conmigo, la mediadora entre el cielo y la tierra, la reconciliadora del hombre con Dios, la pacificadora de la justicia irritada, y la corredentora del mundo: *Ecce mater tua*. El fruto de mi sacrificio, el precio de mi sangre, el infinito valor de mi muerte, todo os será comunicado por esa madre amorosísima á quien he constituido canal de todos mis dones, hilo conductor de todas mis gracias, vehiculo de todas mis riquezas, arca de todos mis tesoros y árbitra de los humanos destinos: *Ecce mater tua*. ¡Cuánta grandeza, cuánto poder, cuánta magnificencia he encerrado en esa mujer misteriosa que os designo por madre! Amadla pues como merece ser amada, respetadla como yo la respeté, honradla como yo la honré, ensalzadla como yo la ensalcé, y así os hareis dignos de la filiacion que os traslado con todos mis derechos y preeminencias. Vuestra es María; para mí hoy ya no es mas que una mujer; para vosotros es una tierna y cariñosa madre: *Ecce mater tua*.

Cristianos, no seamos indiferentes á tanto amor de nuestro agonizante Padre; no malversemos esa herencia tan rica, no abusemos de ese legado precioso. Teniendo á María por madre, ¿qué tememos? ¿qué esperamos? ¿qué deseamos? Nada es comparable á ese don que llena todas nuestras esperanzas, satisface todos nuestros deseos, calma todos nuestros temores. Mas allá de esa madre nada hay que pueda estimular nuestra ambicion, nada que pueda crear en nosotros nuevas aspiraciones. Es lo mas bello, lo mas perfecto, lo mas grande, lo mas amable que ha salido de las manos del Criador, el último esfuerzo de su sabiduría, el rasgo mas sublime de su Omnipotencia, el portento mas admirable de su amor.

Jesús amante, padre generosísimo, si alguna cosa nos resta que pedirnos despues de habernos enriquecido tanto, es únicamente que

nos otorgueis por los méritos de vuestra agonía y de vuestra muerte la gracia de perseverar fieles á nuestra adopción, constantes en apreciar dignamente esa rica herencia que nos legásteis desde ese árbol sacrosanto, firmes en sostener los derechos que nos trasmitisteis con vuestra filiación en los postreros instantes de vuestra vida. ¡Ah! Que jamás seamos ingratos á tanta bondad, que nunca nos mostremos desconocidos á tanto amor; que en ningún tiempo nos hagamos indignos de tener á María por madre. Haced que caminemos sin desviarnos un ápice por el camino de la virtud, dadnos fuerza para resistir el embate de las pasiones, comunicadnos valor para triunfar de los vicios, ayudadnos á salir victoriosos de todos los peligros. Sea nuestra vida una vida de crucifixión y de sacrificio, de abnegación y de martirio, de amor y de caridad; á fin de que un día cuando ya se abran ante nuestra vista las puertas de la eternidad, en aquellos instantes críticos de nuestra agonía, merezcamos oír de vuestros labios estas consoladoras palabras: «VÉ AHÍ Á TU HIJO;» y que esa Virgen angustiadísima cobijándonos bajo su manto y estrechándonos entre sus brazos, nos diga: «VÉ AQUÍ Á TU MADRE.»
¡Ecce filius tuus... Ecce mater tua!

PLATICA IV.

CUARTA PALABRA.

EL DESAMPARO DE JESUS EN LA CRUZ.

Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

МАТТН. XXVII. 46.

¿HASTA cuándo, oh justicia de Dios, descargarás los golpes de tu ira sobre el Unigénito del Padre? ¿Hasta cuándo, la venganza del cielo continuará ensañándose contra la víctima del Calvario? ¿No basta haberle reducido al estado mas vil, despreciable y lastimoso á que puede llegar un hombre mortal? ¿No es suficiente haberle abrevado de amargura, colmádole de oprobios, saciádole de tormentos y héchole apurar hasta la última gota del repugnantísimo cáliz de una pasión tan humillante como cruel? ¿Qué mas puede esperarse de quien á manera de vil siervo ha sido azotado, escarnecido, insultado, de quien ya mas bien que hombre parece un gusano despreciable pisoteado por el suelo, puesto que no hay en su cuerpo parte alguna que no sea una cancerosa llaga?

Mas ¡ay! que todavía no ha llegado el momento de presenciar la escena mas horrible, el episodio mas patético y triste del drama sangriento del Gólgota. Aun no se ha cumplido el vaticinio mas doloroso relativo al Hombre-Dios. La misma tierra parece sentir esa hora solemne con sus sacudimientos espantosos, el mismo cielo parece demostrar su horror cubriéndose de espesas nubes, el sol mis-

mo parece negarse á ser testigo de tamaña catástrofe robando al mundo sus brillantes resplandores. ¡Momentos fúnebres! ¡Fatales instantes! ¿Qué es lo que sucede? ¿*Quid actum est?*... Una hora hace que en torno del Calvario solo se ven siniestros espectros, sombras fatídicas, visiones aterradoras. ¿*Quid actum est?* El relámpago brilla instantáneamente sobre aquellas rocas y vuelve á dejar el mundo envuelto en una espantosa noche. Silva á lo lejos el huracan que arranca los peñascos, desgaja el roble, troncha el gigantesco cedro y cubre el suelo de ruinas. De Oriente á Occidente un torbellino cada vez mas creciente todo lo envuelve, todo lo arrastra en pos de sí. Jerusalem no se percibe, sus torreones y almenas han desaparecido de la vista, solo se oye el confuso griterío de una multitud amedrantada que busca á tientas el hogar que abandonó por ir á ver el suplicio del impostor Nazareno. Un silencio sepulcral reina sobre la cima del monte de las Calaveras... Mas ¿qué escucho? La hora de nona ha llegado, la hora marcada en el reloj de la eternidad para la realizacion del mas incomprensible misterio, la hora designada por los videntes para el cumplimiento de las mas solemnes predicciones, la hora de la redencion, la hora del rescate, la hora de la libertad del mundo, la hora en fin esperada por tantos siglos. Levántate, tú hombre que duermes, hora es ya de despertar de tu profundo letargo. Reyes que habeis profigurado al Mesias, patriarcas que le habeis simbolizado, profetas que le habeis visto en espíritu, cautivos que habeis suspirado por él, justos que le habeis perdido al cielo con tantas ánsias, levantaos, venid al Calvario; ya es la hora de la expiacion, la hora de la consumacion del sacrificio, la hora de la salvacion, la hora del triunfo... Pero esperad que todavía faltan algunos instantes... El Hombre-Dios vá á hablar desde la Cruz, el mediador eterno vá á pronunciar alguna otra cláusula de su testamento.

En efecto, cerca de la hora de nona Jesus abre sus muribundos lábios, y esforzando cuanto puede su voz grita con eco lúgubre y sonoro: DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO? *Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?* ¡Oh voz terrible que se oyó en el cielo, penetró en el abismo, traspasó el espacio, resonó

en el seno de Abraham donde reposaban los justos de la antigua ley, y recorrió todos los ámbitos del globo! ¡Oh grito poderoso que hizo retremblar la tierra, estremeció los orbes, aterró á los espíritus infernales, cubrió de luto á los ángeles, rasgó las nubes, hendió al firmamento, y obligó á los coros seráficos á descender al Calvario para presenciar la horrenda catástrofe que en él se consumaba! ¡Oh palabra de virtud, de magestad y de magnificencia, cuyo sonoro eco semejante al de las aguas de una catarata elevadísima, al de muchos ejércitos en la hora del combate, al del trueno que retumba en un hondo valle, segun los símiles bíblicos, abrió los sepulcros, resucitó los muertos, confundió á los réprobos, anonadó á los príncipes de las tinieblas, y puso á toda la creacion en una turbacion universal! ¡Oh espresion en fin tan difícil de comprender como imposible de esplicar! ¿Quién es el que se queja de esta suerte? El Verbo del Padre, el Unigénito de Dios, el Hijo del Altísimo. ¿A quién se queja? A ese mismo Padre, á ese mismo Dios con quien consustancialmente está unido, de quien es inseparable. ¿De qué se queja? De verse solo y desamparado... ¡Abismo insondable! ¡Misterio que escede á toda comprension! ¡Arcano impenetrable de la ciencia infinita! ¡Cómo, oh Jesus! ¿es posible que esto sea verdad? ¿Es que el amor os causa un divino delirio? ¿Acaso el dolor ha estraviado vuestra mente? ¡Perdonad, mi Redentor, si así me atrevo á hablar; disimulad mi ignorancia; excusad mi error. ¿No sois vos una misma cosa con el Padre? La fé así me lo enseña. ¿No es una sola é idéntica la persona divina del Verbo, siquiera en esa hipótesis reconozca dos distintas naturalezas, la divina y la humana? La ^{hipótesis} revelacion me lo asegura. Y entonces, ¿cómo se verifica ese abandono? ¿Cuándo pudisteis ser desamparado del Padre si de él jamás os separásteis? ¿Cómo pudo olvidaros si siempre estuvísteis juntos? ¿Cómo dejaros solo y entregado á vos mismo, si ambos sois una cosa misma? Ved aquí, mis amados oyentes, lo que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano pudo jamás imaginar.

No nos empeñemos en descifrar este enigma, no intentemos sondear ese inconmensurable abismo de la ciencia de Dios, no sea que nuestro atrevimiento nos haga sentir la accion de su justicia y que-

demos abrumados bajo el peso de su magestad. Oigamos á los oráculos de la Iglesia explicar ese misterio del abandono de Jesucristo. «Cierto, dice San Leon, que con relacion á la naturaleza divina que hace que el Padre y el Verbo sean una misma cosa, el Padre no dejó ni pudo dejar á su divino Hijo; mas exteriormente, y respecto á la naturaleza humana que el Verbo habia tomado de nosotros, el Padre le abandonó en cierto modo puesto que le entregó en poder de sus enemigos, le dejó en poder de los hombres y de los demonios, y sujeto á todos los ultrajes, oprobios y tormentos de la Cruz. Él se habia revestido la librea de nuestros pecados y héchose el verdadero Salvador de la humanidad, y por lo tanto experimentaba en su persona el desamparo cruel que esta mereciera, el abandono funesto á que se habia hecho acreedora por su olvido voluntario de Dios. No era pues por efecto de su propia miseria, sino por un admirable rasgo de su ternura por lo que Jesus se sometió á este tormento quizá el mayor de todos cuantos habia sufrido, no porque realmente hubiese desmerecido el auxilio divino, sino porque quiso espontáneamente morir sin ese auxilio por nuestro amor (1).» ¡Oh ternura sin ejemplo! ¡Oh amor que escede á todos los amores! El os obligó, Redentor adorable, á ocupar en la cruz el lugar que estaba destinado para el hombre pecador, y á tomar por vuestra cuenta la expiacion terrible que sus delitos merecian. En aquel madero infame representabas la imagen verdadera del viejo Adán, del hombre de pecado que era preciso destruir. Toda la raza desheredada de aquel padre desobediente hallábase refundida en tu persona, puesto que quisiste adoptar no solo la forma de ella sino sus miserias reales y positivas, no solo la semejanza de sus delitos, sino su responsabilidad efectiva. Y ved, M. A. O., por lo que el Padre olvidado de su misericordia, hace caer sobre aquel hijo tan amado todo el peso de su justicia. En fuerza de ésta parece apartar su vista de aquel objeto de sus eternas delicias, y como si le fuese no solo indiférente sino odioso, descarga sobre él todo el rigor de aquella cólera que los crímenes y las maldades de tantos siglos habian ido ate-

(1) S. Leo, Serm. 17 de Pass.

35. IVXXX. m. 9. (1)
48. XI. m. 101. (2)

sorando para el gran día de las venganzas. Ese enorme peso es el que abrumba al Salvador en la cruz. Entregado allí á todo el furor de las pasiones humanas, solo, sin consuelo, sin defensa, sin protección de ninguna especie, abandonado de la tierra porque lo está del cielo, despreciado de los hombres porque el mismo Dios parece despreciarle, reducido al extremo del dolor, al colmo de la angustia, ahogado por crueles reminiscencias, martirizado por ideas sumamente tristes y melancólicas, do quiera que vuelve sus moribundos ojos no encuentra mas que objetos de horror. Mira á su madre y la encuentra sumergida en un abismo de pena y de dolor; busca á sus apóstoles y no los halla, pues han huido cobardes y descarriándose á manera de ovejas tímidas á quienes han arrebatado el pastor; fijase en el único discípulo que le ha sido fiel, y en las piadosas mujeres de Jerusalem que han seguido sus huellas, y no vé sino séres casi inanimados, frias estátuas que enmudecen de espanto y de horror; los judíos le blasfeman, los sacerdotes le escarnecen, los transeuntes le insultan, los soldados se mofan de él, los ángeles lloran, el cielo le niega su luz, la tierra tiembla bajo sus piés, sobre su cabeza vibra la espada vengadora de su Padre... ¡Hed ahí la imágen viviente del pecador obstinado que ha incurrido en el abandono de Dios! Así que Jesus, no pudiendo contener su queja en aquel estado tan violento, esclama en alta voz: «DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO? *Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?* ¡Oh! ¿Es esa por ventura la voz del justo? No, pues escrito está que jamás éste se vió desamparado en la tierra (1). Seguramente es el grito del pecador á quien Dios no escucha y cuya súplica desecha (2). ¿Pudiera clamar de otra suerte el blasfemo Senaquerib, el impío Manasés, el réprobo Antioco? Pero reparad, dice San Bernardo, que esa exclamacion que lanza el Hijo de Dios desde la cruz no es propiamente suya, sino nuestra. Colocado en nuestro lugar, sufriendo los males que debíamos sufrir para librarnos de ellos, experimentando el abandono que nosotros debíamos experimentar para que

(1) Psalm. XXXVI. 25.

(2) Joan. IX. 31.

no nos abandonase eternamente, espresa con dolorido acento todo el horror de nuestro estado, todo el fondo de nuestra desgracia, el incomprendible abismo de infelicidad á que quedamos reducidos por efecto de nuestras iniquidades. Cuando así pues se queja al cielo, habla en persona de tantos Esaus que olvidados de su dignidad venden el derecho de primogenitura no ya por un puñado de legumbres, sino por la torpe satisfaccion de unos apetitos vergonzosos; de tantos Gaius vengativos que manchando sus manos con la sangre de los hijos de su propia madre, se han hecho acreedores á que el cielo les condene á un perpétuo ostracismo; de tantos Absalones rebeldes que haciendo armas contra el mismo que les dió la vida, merecen andar errantes y fugitivos por librarse de una justa venganza; de tantos pródigos ingratos que por haber abandonado el techo protector del mejor de los padres se ven condenados á la infamia y á la mas degradante miseria. Así es que, como oportunamente nota San Agustín, el grito desgarrador de Jesus moribundo, mas bien que una queja dirigida á su Padre por su propio desamparo, es una preciosa leccion dirigida á la humanidad pecadora; puesto que si el verdadero Hijo de Dios consustancial y coeterno con él, puro, inocente, sin sombra de pecado, sin la mas leve mancha de imperfeccion, si el espejo brillante de la gloria del Padre, la figura de su sustancia, el objeto de sus delicias, solo por haberse revestido de la túnica exterior del hombre culpable, no por necesidad sino por amor, no merece que el cielo le perdone, y sufre un abandono tan sensible, ¿qué no deberá esperar el que voluntariamente y por pura malicia ofende la magestad divina, y se separa de su amistad? ¡Ah! ¡Infeliz mil veces el pecador si Jesucristo no hubiese expiado por él su corrupcion y su iniquidad! ¡Desventurado para siempre si el Verbo de Dios no hubiese consentido en ser desamparado así por su Padre!

Y ved aquí, M. A. O., un nuevo motivo que ocasionó aquella queja amarguísima de Jesus, aquel grito de horror de su alma angustiada. El moria para que los hombres viviesen; sufría ignominias y dolores sin cuento para que los hombres se salvaran; vertía toda su sangre para que en ella quedasen anegados sus pasados crímenes; toleraba verse abandonado de su Padre para que ellos jamás

esperimentasen tan sensible abandono. Y no obstante allí mismo, en aquellos críticos momentos, desde aquel suplicio afrentoso, desde aquel lecho de angustia y de tormento, veía ya anticipadamente cuán infructuosa debía ser para muchos su pasión, cuán inútil su sangre, cuán infecundos sus padecimientos, cuán estéril su abandono: puesto que á pesar de todo esto infinitos cristianos habian de perderse por su malicia, pueblos innumerables debian lanzarse en el precipicio de la incredulidad, naciones sin cuento abandonarían su fé, reinos enteros abjurarían su doctrina y sustituirían á los dogmas de su Evangelio los ensueños de una razón estraviada y corrompida. Representábase á su mente ese diluvio de crímenes y de escándalos que anegaría la tierra aun despues de haberla él purificado con su cruento sacrificio. Él que viniera á establecer la ley del amor, veía el encono, la rivalidad y la venganza entronizarse en el mundo y sacrificar millares de víctimas; Él que habia descendido del cielo para dar la libertad á la humanidad esclava del pecado, veía la ambición, la lujuria, el orgullo, la ira y todos los demás vicios posesionarse de unas almas marcadas con el sello de la redención, é imponerlas su vergonzoso yugo. Él que se hiciera hombre para sojuzgar con sus tormentos el imperio del infierno, veía abrirse aquel abismo y engullir con sus horrendas fauces un sinnúmero de réprobos que menospreciarían el mérito de su sangre... ¡Cuánto no padecería pues su espíritu con aquella horrenda vision! ¡Qué tormento tan intolerable no le ocasionaría una idea tan desgarradora! ¡Oh! Ver perecer aquellas ovejas que como pastor amante viniera á salvar á costa de su vida; ver sumergirse en el océano de la culpa unos hijos por quienes no vaciló en arrojarle en el mar inmenso de la amargura y de la tribulación; ver en poder de Luzbel unas almas por quienes tan aguerridamente habia luchado hasta morir en el estadio por arrancarlas de las garras de aquel infernal dragon... He ahí el golpe mas sensible para aquel corazón amantísimo; he ahí lo que mas atormenta sus postrimeros instantes; he ahí lo que hace insoportable su agonía y le obliga á gritar: ¡Dios mio, Dios mio! *Deus meus, Deus meus!* ¡Por qué tan pesada es tu mano sobre tu Hijo inocente? ¡Por qué tan inexorable te muestras con quien siempre

te amó como el hijo mas tierno y cariñoso? ¿No he cumplido en un todo tu voluntad santísima? ¿No he sido fiel y obediente á todos tus mandatos? ¿No he consumado la obra que me confiaste? ¿No he apurado hasta la última hez de ese cáliz repugnante que me diste á beber? ¿Qué mas me falta por hacer? Y si todo lo he cumplido conforme estaba vaticinado, si he realizado en mi persona todas las figuras de la antigua ley, ¿por qué me privas ahora del único consuelo que podía esperar? ¿Por qué he de ver marchitos los laureles de una victoria que tan cara me ha costado? ¿Por qué he de presentir la perdición de un gran número de los que me diste para que los redimiese y salvase? ¿Por qué aquí en este mismo trono de mi mayor triunfo he de mirar despedazados los trofeos de mi sangriento combate? ¿Es este el premio que tenias reservado á mis fatigas? ¿Debía yo presenciar una escena tan cruel en el instante mismo en que á precio de tantas heridas, de tantos dolores, de tantos tormentos acababa de terminar tan récia pelea y me disponia á ir á descansar á mi reino?... DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUE ME HAS DESAMPARADO? *Ut quid dereliquisti me?*

Reparad, hombres criminales, cuánto sufre por vosotros Jesus en su agonía. Ved, pecadores, la obra de vuestros delitos; escuchad en el grito de Jesus el grito de vuestra reprobacion, y ved en su desamparo el que vosotros provocais con vuestras transgresiones continuas para la hora del morir. ¡Ay de vosotros si os obstináreis en alejaros del Señor buscando las cenagosas cisternas del vicio en vez de correr á abrevaros en la fuente pura de la virtud! ¿Ignorais que el mayor castigo, la venganza mas terrible que puede ejercer Dios en un pecador es dejarle abandonado á sus propias pasiones? ¿No sabeis que el que mientras puede hallar á Dios no le busca, cuando quiera buscarle no le encontrará? Pues así lo ha consignado el que es la verdad esencial, el que no miente, el que cumple infaliblemente sus promesas. Él es quien ha dicho tambien por boca de Ezequiel al alma pecadora que no escucha la voz de la gracia: «Día vendrá en que quedarás desnuda, despojada de los adornos de tu decoro, y abandonada á tu propia ignominia (1).» Él es quien ha

(1) Ezech. XVI. 39.

dicho del impenitente obstinado: «Contra él se encenderá mi furor en el día de mi cólera, y le abandonaré, y esconderé de él mi rostro (1).» Él es quien ha dicho del réprobo en sus últimos momentos: «Dios le ha dejado; perseguidle y apoderaos de él, porque no tiene quien le libre (2).» Y él es en fin quien mostrándonos á todos en su persona los efectos de ese desamparo funestísimo, nos dice: «¡Ved cuán malo y amargo es haber abandonado al Señor vuestro Dios (3)!»

No permitais, Jesus dulcísimo, que llegue el caso de experimentar tan terrible castigo. Jamás nos separemos un ápice de vuestra ley para no merecer que el Señor se separe de nosotros ni un momento. No sea para nosotros estéril vuestra agonía, no sea infecundo el abandono que en la Cruz sufristeis. Sepamos apreciar ese rasgo de misericordia y de amor con que quisisteis someteros á tan dura prueba, para evitarnos pasar por ella. Ya que vos, Salvador amante, fuiste desamparado en la Cruz por expiar nuestros pecados, no lo seamos nosotros en aquel temible trance en que se abrirán á nuestra vista las puertas de la eternidad. Tengamos el dulce consuelo de veros misericordioso padre, y no juez justiciero; experimentemos la inefable dicha de teneros á nuestro lado como un abogado tierno y compasivo que escuse nuestra debilidad ante el trono de Dios; y no tengamos que esclamar en aquella hora, como vos en la de vuestra agonía: «Dios mio, DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO?» *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

(1) Deut. XXXI. 17.

(2) Psalm. LXX. 41.

(3) Jerem. II. 49.

PLATICA V.

QUINTA PALABRA.

LA SED.

Sito.

Sed tengo.

JOAN. XIX. 28.

NADA parecia faltar ya al sacrificio del Hombre Dios. En aquel árbol sacrosanto de donde estaba pendiente el autor de la vida y de la inmortalidad habíanse verificado grandes misterios. Todas las figuras de la antigua ley, todos los símbolos de los tiempos patriarcales, todos los vaticinios de los libros proféticos tuvieron su realidad en la persona de Jesucristo. Una sola circunstancia faltaba que llenar, y esta no la olvida aquel que en medio de los dolores cada vez mas atroces, y de las crecientes angustias que sufre en su cuerpo y en su espíritu, todo lo ve, todo lo tiene presente, y todo lo dispone de manera que su sacrificio sea completo, su oblation perfecta, puesto que sus efectos han de permanecer mientras duren los siglos. Debía, pues, realizar el tipo del antiguo Ismael muriendo de sed al pié de un árbol (1); debía verificar el misterio del esforzado Sanson sediento en medio del campo en el momento de reportar una insigne victoria contra los filisteos (2). Y sobre todo era preciso cumpliese

(1) Genes. XXI. 15.

(2) Judic. XV. 18.

al pié de la letra lo que en persona de David habia dicho: «Presentáronme hiel para alimento mio, y en mi sed me dieron á beber vinagre (1).»

Por eso el Salvador que no queria que faltase un solo ápice á lo que de él estaba escrito, exclamó desde la Cruz: «SED TENGO.» *Sitio.* ; Cuántos misterios encierra esta palabra! En primer lugar es indudable que el Hijo de Dios experimentó en su agonía una sed material, ardiente y abrasadora, ocasionada por sus largos y crueles padecimientos, por la fatiga del viaje hasta el calvario, y por la abundancia de sangre que habia derramado en el curso de su pasión. Sus fauces estaban secas y su lengua pegada al paladar á consecuencia de una especie de fiebre consumidora que abrasaba sus entrañas; tanto que, en sentir de un piadoso escritor, fué este uno de los mas insufribles padecimientos que atormentaron á Jesucristo. Con esta sed se propuso demostrarnos lo mucho que nos amaba: puesto que á fin de que nada faltase á la terrible espiacion que merecian nuestros pecados, no quiso que uno solo de sus órganos quedase sin sufrir su correspondiente dolor; y ya que su boca y su lengua fueran las únicas que se habian librado hasta entonces de las heridas, plúgole que una sed cruelísima las consumiese y devorase. ; Así espia Jesus en sus últimos momentos esa insaciable sed de placeres y goces sensuales que á todo trance queremos satisfacer á costa de nuestra alma; esa sed febril de honores y de predominio, á la que sacrificamos continuamente los mas sagrados deberes de la justicia y de la caridad; esa sed consumidora de venganza que nos arrastra á perseguir y calumniar á nuestros hermanos por el bárbaro placer de verlos humillados á nuestros piés; esa sed criminal de oro y de riquezas, ante cuyas aras no dudamos inmolar nuestra conciencia, nuestro porvenir, nuestra salvacion eterna, postergando todas las leyes divinas, hollando todas las prescripciones del Evangelio y menospreciando las amenazas del cielo; esa sed en fin de quimérica independencía, de presuntuoso saber, de ciencia mundanal á que queremos subordinar los dogmas católicos para entregarnos mas

(1) Psalm. LXVIII. 22.

(1) Gen. 14.

(2) Job. XV. 18.

libremente á nuestros viciados instintos ! Esa sed es la que atormentaba en la cruz al que en los desiertos de Marat endulzaba las aguas mas amargas , y hacia brotar de los duros peñascos abundantes raudales para refrigerar al sediento pueblo de Israel (1). Esa sed es la que hace clamar al que los profetas denominaron rio de Dios cuyas caudalosas corrientes bañan el mundo de Oriente á Occidente y riegan el tabernáculo del Altísimo (2). Esa sed es la que aqueja al que daba al antiguo morador del Carmelo las aguas del torrente Carith (3). Esa sed es la que consume las adustas fauces del que un día esclamaba por Isaías : « Todos cuantos estais sedientos venid á las aguas y os saboreareis á vuestro placer (4). » Esa sed , en fin , es la que aumenta la agonía mortal del que poco antes decia á la mujer de Samaria : « Yo tengo un agua , de la cual quien bebiere , no estará sediento jamás (5). » Y tal es la vehemencia de su acerbo padecer , que no habiendo sido bastantes á arrancarle el menor suspiro , la menor palabra de queja ni la transververacion de su sagrada cabeza , ni el taladramiento de sus manos y piés , ni las heridas de la flagelacion , ni las angustias de su penoso viaje al Calvario , nada en suma de cuanto hasta entonces habia sufrido , solo en esta ocasion no puede contener su dolor ; y se ve obligado á espesar su tormento esclamando : **SED TENGO: Sitio!**

Al oir esta palabra uno de los verdugos toma una esponja , la empapa en un vaso que habia preparado con hiel y vinagre , colócala al extremo de una caña , la aproxima á los lábios del Salvador , y éste aspirando aquel licor amargo cumple el vaticinio de David . ; Ved , esclama San Agustin , como el Dios de bondad que dá al hombre la frescura del agua y la dulzura de la miel , no recibe de sus manos mas alimento que hiel , ni otra bebida que vinagre (6) ! ; En cuántas ocasiones renovamos esa cruel escena con nuestros vicios

(1) Exod. XV. 25.

(2) Psalm. XLV. 5.

(3) III Reg. XVII. 6.

(4) Isaia. LV. 1.

(5) Joan. IV. 13.

(6) S. Aug. Cathen. in Psalm.

y nuestros crímenes! Mil veces espresando Jesus la sed espiritual que le acongoja por nuestra eterna felicidad, nosotros no le ofrecemos en cambio de sus amorosos deseos sino la hiel amarguísima de nuestras lenguas maldicientes y blasfemas, de nuestros corazones vengativos y rencorosos, la intolerable acritud de nuestros resentimientos, ódios, impacencias y demas pasiones que tanto afligen su corazon divino. Esa hiel, esa vinagre, mas repugnantes sin comparacion que las que le propinaron los judios en su agonía, significaba aquel licor que Jesus gustó en la Cruz no sin un misterio profundísimo. Símbolo era de nuestros delitos, que si bien no podia aceptar realmente porque era impecable y santo por esencia, los tomó y aceptó en figura á fin de que pasando por sus lábios y penetrando en sus entrañas mediante aquel licor sobremanera nauseabundo é ingrato, se neutralizase su amargura y pudiésemos probar las dulzuras de su gracia. ; Hasta ese punto llega el amor infinito del Verbo hecho hombre ! ; Tanto nos amó en sus postrimeros instantes ese Salvador crucificado! Bebió la hiel amarga de nuestros vicios para darnos en cambio el delicioso vino de su sangre (1). Gustó la ágría vinagre de nuestras pasiones, para convertirlas, purificando lo que en ellas habia de pecaminoso, en nectar de vida é inmortalidad (2).

Y en efecto, M. A. O., sobre la sed material que atormentaba al agonizante Redentor en la cruz, hay que considerar esa otra sed espiritual mas ardiente aun y consumidora que aquella, á saber: la sed de su infinito amor que ponía en tortura su corazon paternal, la sed de nuestra salvacion que le afligia extraordinariamente. Siempre habia amado al mundo; desde la eternidad misma su pensamiento fijo, su grande idea fué atraer hácia si á toda la humanidad con los dulces lazos de una caridad inmensa. Pero en aquellos instantes criticos de su agonía, ese sentimiento, esa idea, ese deseo se agiganta extraordinariamente, si así puede decirse, en proporcion que se aproxima á la muerte. SED TENGO, esclama para espresar cuán vivo era

(1) Bibit Christus amaritudinem meam, ut mihi refunderet suavitatem gratiæ suæ. (S. Ambros. in Ps. 98.)

(2) Potavit, ad se in communionem immortalitatis ea quæ in nobis erant vitata, transfundens. (S. Hil. in Matth.)

su deseo de redimir á aquellos mismos que entonces le insultaban y escarnecian en su suplicio ; y cuanto mas crueles se muestran y mas indignos de obtener los beneficios de su redencion , mas vehemente es el ánsia que tiene de aplicarles el fruto de su sacrificio. **SED TENGO** , dice , de que todos los que me fueron dados por mi Padre celestial consigan el fruto de mi pasion , y ni uno solo de ellos se pierda por su ingratitud y mala correspondencia. **SED TENGO** de que crean en mí , y creyendo consigan la vida eterna todos esos pueblos que yacen sumergidos en la profunda noche del error y en la sombría region de la idolatría. **SED TENGO** de que todas las naciones apiñadas en torno de mi cruz tengan una misma fé , unas mismas creencias, idénticos dogmas , iguales sentimientos para que no haya en el mundo mas que un solo redil bajo la custodia de un pastor único. **SED TENGO** de que mi doctrina siempre invariable triunfe de todas las inteligencias , de que mis enseñanzas siempre divinas sean aceptadas donde quiera , de que mi Evangelio siempre verdadero sea el código universal que rijá los humanos destinos , á fin de que mi reino se estienda á todas partes y en todas sea reconocida y confesada mi divinidad. Y tan ardiente era esta sed , dice San Agustin , y tan eficaz este deseo de la salvacion de todo el mundo , y tan sin limites el amor que experimentaba en aquellos supremos instantes hácia la humanidad , que todavía estaba dispuesto y anhelaba sufrir mas , si posible fuese , á trueque de realizar sus aspiraciones infinitas. La sed , pues , que mas devoraba su corazon era la sed de nuestro amor , la sed de nuestra correspondencia , la sed de nuestra gratitud , la sed de nuestra fidelidad , la sed de nuestras buenas obras. Y al presentir que sus deseos no tendrían toda la eficacia que apetecía ; al ver de antemano que á pesar de tanto como le costaba la redencion del linage de Adán , todavía habria pueblos que le negarian , naciones que abjurarian su fé , sociedades que le disputarian sus derechos , reyes que harian armas contra su religion , impíos que trabajarían por destruir el edificio de su Iglesia , descreídos que minarian los cimientos de la unidad católica , libertinos que ridiculizarían su culto ; al ver que no faltarian en el seno mismo del cristianismo y entre aquellos que se gloriarian de pertenecer á su escuela , inteligencias

enfermas, sedientas de una doctrina acomodaticia que favoreciese sus pasiones, corazones corrompidos sedientos de las emponzoñadas aguas del vicio, almas bastardas devoradas de la sed febril de un sensualismo brutal, espesa la vehemente angustia que todo esto le causa, y el anhelo insaciable que le consume por remediar tamaños desórdenes, y evitar en el porvenir sus horribles estragos: y ved aquí lo que significa aquella palabra: *SED TENGO. Sitio.*

¡Oh Jesus amante! esclama San Bernardo. ¿De qué otra cosa estabas sediento en la Cruz sino de nuestras virtudes? ¿Qué otra cosa deseabas sino nuestro amor? ¿Por qué otra cosa suspirabas sino por nuestra gratitud? Esta era sin duda la fiebre que te consumia. Anhelabas nuestra salvacion, y nos veias correr á nuestra ruina; ansiabas nuestra dicha, y nos veias precipitarnos á nuestra desventura; nos querias humildes, y nos veias soberbios; deseabas hacernos castos, y nos hallabas lúbricos; aspirabas á vernos caritativos, y nos encontrabas rencorosos é inhumanos; te proponias vencer nuestra loca avaricia, y nos veias dominados por ella; padecias por enseñarnos á ser mansos, y nos veias iracundos; morias en fin por corregir todos nuestros desordenados afectos, y nos veias envidiosos, glotonos, immodestos, desenfrenados en nuestras costumbres, libres en nuestro lenguaje, escandalosos en nuestras acciones, é indignos en todo del nombre de cristianos. ¿Cómo no habia de atormentar cruelmente á Jesus esta vision fatidica, este recuerdo anticipado de nuestra ingratitud? Y aun ahora, M. A. O., ahora que el Salvador triunfante ya de la muerte no puede sufrir en su humanidad glorificada la sed de nuestros delitos, es decir, la amargura que en su agonía le ocasionó su memoria; ¿deja de ser menos cierto por eso que su corazon siempre está sediento de nuestra eterna felicidad? ¡Ah! Cada inspiracion que sentimos, cada buen pensamiento que nace en nuestro corazon, cada remordimiento que surge del fondo de nuestra alma, es un grito de nuestro Dios que parece decirnos: *SED TENGO: Sitio.* Esto dice al pertinaz hereje á quien ve fluctuando en un inmenso océano de aberraciones y delirios, de principios incoherentes y de absurdos sofismas. Esto repite al incrédulo obstinado á quien contempla abismado en un laberinto de doctrinas erró-

neas, de preocupaciones lastimosas, de insensatas teorías y de utopías fascinadoras. Esto grita al católico inconsecuente á quien ve obrar con frecuencia en contradiccion manifiesta con sus creencias, negando con sus obras lo que confiesa con sus palabras, desmintiendo de hecho lo que en teoría afecta respetar. SED TENGO, dice al primero, de verte profesar una fé humilde y sincera, abandonando el sendero del error, renunciando á las engañosas luces de tu razon estraviada, y sacrificando ante las aras de la verdad única invariable, esas abstracciones quiméricas que opones á la brillante claridad de mis dogmas. SED TENGO, dice al segundo, de que cuanto antes adoptes un símbolo fijo, unas creencias firmes, unas convicciones robustas, en vez de andar vacilando en ese mar peligroso de opiniones arbitrarias, productos monstruosos de imaginaciones enfermas, y que solo tienden á acariciar las malas pasiones y á corromper las costumbres. SED TENGO, dice al último, de ver tu vida en armonía con tu carácter, de que rompas de una vez las cadenas que te esclavizan al vicio, de que detestes tus crímenes y te arrepientas con sinceridad, de que purificado de tus vicios con mi sangre, lavado de tu loca soberbia con mis llagas, regenerado con mis tormentos á la gracia, vivificado en fin con mi muerte, te hagas digno de la felicidad que yo te compré á tan caro precio, y no te pierdas por tu obstinacion. SED TENGO, nos dice á todos, M. A. O., de veros abrazar las virtudes que os santifican, y aborrecer los vicios que os degradan; de que renunciéis á la ambicion que os hace inhumanos, y os adorneis con la misericordia que os hace benéficos; de que huyais de la impureza que mancha vuestras almas, y practiqueis la castidad que os asemeja á los ángeles; de que holleis el orgullo que os arroja con Lucifer al abismo, y os revistais de la humildad que os franquea las puertas del cielo; SED TENGO en una palabra, de que todos como miembros místicos de mi cuerpo permanezcais unidos á él por la gracia, para que con él seais glorificados eternamente.

¡Sitio!

¿Y es posible que lejos de corresponder agradecidos á ese grito de amor y de salvacion que incesantemente resuena en el fondo de nuestras almas, hayamos de reproducir la cruel escena del Calva-

rió, dando á ese moribundo Salvador en vez de lo que nos pide, la hiel amarga de nuestra pertinacia, la repugnante vinagre de nuestra ingratitud? ¿Es ese el licor que para refrigerar la sed ardiente de Jesus abrasado por el deseo de nuestra eterna dicha, le tiene preparado nuestra maldad? ¿Es ese el lenitivo que ofrecemos á quien solo por libertarnos de una perpétua servidumbre, por hacernos gustar de las delicias de su reino, no dudó aplicar sus lábios al cáliz nauseabundo de la pasion, y apurar gota á gota todas sus heces? ¿Así es como pagamos tanta solicitud, tan vehementes deseos, ánimas tan vivas como mostró en sus últimos momentos de que no fuesen estériles los méritos de su sacrificio? ¡Oh! Almas redimidas con la sangre de ese inocente Cordero, almas queridas de ese Redentor dulcísimo que fuisteis en su agonía el único objeto de sus paternales recuerdos, cristianos todos que absorvisteis en aquella hora solemne todos los pensamientos de ese divino Crucificado, no seamos insensibles á su voz, no ensordecemos á su llamamiento. Harto hemos abrevado su corazon amante con la amargura de nuestros vicios; bastante le hemos atormentado con la acritud de nuestras infidelidades. Llegue un dia en que refrigeremos su sed, en que calmemos esa ardentísima fiebre de nuestra salvacion que le consume. Ofrezcámosle desde hoy una sincera enmienda de nuestra vida criminal; démosle en prenda de nuestra oferta lágrimas de arrepentimiento y de compuncion, lágrimas de gratitud y de reconocimiento, lágrimas de amor filial que por el pronto puedan neutralizar los efectos de esa sed espiritual cada dia mas creciente en nuestro divino Salvador, porque para eso vino al mundo, para eso se hizo hombre, para eso se sujetó á las privaciones y al dolor, para eso sufrió tormentos tan atroces, para eso agonizó y murió en un infame leño.

Si, Jesus amantísimo; sed tenemos tambien nosotros de esas aguas puras que corren hasta la vida eterna. Dádnoslas á beber, Señor, para que en adelante no estemos sedientos de nada de este mundo, y solo busquemos en vos nuestro único y positivo bienestar, nuestra bienandanza verdadera. Si para lograrla se hace preciso sacrificarlo todo, henos aquí postrados á vuestras plantas, arrojando á los piés de vuestra Cruz nuestras pasiones criminales, nuestros desordenados

apetitos, nuestras aspiraciones ilegítimas, nuestros afectos corrompidos, todo en fin cuanto ha podido desagradaros. Queden para siempre encadenados á ese árbol de la redencion, á ese tronco de vuestra magestad, á ese trofeo de vuestra victoria los enemigos de nuestra dicha. Sea en adelante nuestra mayor gloria participar de vuestros dolores, experimentar vuestros tormentos, y morir con vos crucificados al mundo y á sus concupiscencias. Venga la amarga hiel de la adversidad á probar nuestra constancia, venga la repugnante vinaigre de la tribulacion á acibarar los dias de nuestra existencia; no apartaremos nuestros lábios de ese licor que vos bebisteis por nuestra salvacion, no rechazaremos ese cáliz que vos apurásteis por nuestro amor. Este es el único que apetece, con él seremos bastante ricos, poseyéndole nada tendremos que desear, él nos confortará en todo trance, y singularmente en la hora de nuestra agonía. Entonces cuanto mas arrecien nuestros dolores, mas se aumentará nuestro deseo de sufrir por vos, y á trueque de hallaros propicio y de obtener vuestra clemencia, gratos nos serán todos los padecimientos, y deseosos de imitaros, exhalaremos nuestro postrer aliento deseando sufrir mas y diciendo: **¡SED TENGO! Sitio!**

PLATICA VI.

SESTA PALABRA.

LA CONSUMACION.

Consummatum est.

Todo se ha consumado.

JOAN. XIX. 30.

REGOCIATE, estirpe de Adan; levanta tu abatida frente, raza desheredada; llegó, oh humanidad desventurada, el momento deseado en que el yugo que sobre tu cuello viene pesando á través de las generaciones quede hecho menudos pedazos á los piés del vencedor de la muerte y del pecado. Ya ha dado cumplimiento á todas las profecías, ya ha realizado todos los vaticinios, ya ha verificado todos los tipos de la antigua ley... ; **TODO SE HA CONSUMADO!** *Consummatum est.*

Así esclama el agonizante Salvador desde la Cruz tan luego como hubo bebido la hiel y vinagre que en su sed le ofrecieron los judíos: y ved aquí en compendio la historia entera de la redencion reasumida en un solo rasgo, en una sola palabra de Jesucristo. Palabra que envuelve los mas profundos misterios, encierra las verdades mas sublimes, contiene las enseñanzas mas importantes y consigna las mas dulces esperanzas.

¡**TODO SE HA CONSUMADO!** Jamás el Verbo del Padre pronunció una palabra mas fecunda en altísimos misterios. En aquellos solemnes instantes que le restan de vida recorre en su mente todas las sagradas escrituras, evoca á su memoria los cuarenta siglos que trascurrieran

desde el día en que el prototipo del linage humano consumó en un árbol la obra de su desobediencia que acarreó la ruina de toda su posteridad: y al ver que nada le faltaba por hacer para dar cima sobre el nuevo árbol de la vida á la obra magnífica de la reparacion de tan funesto crimen, dá de ello un solemne testimonio á la faz del universo, esclamando: ; TODO SE HA CONSUMADO! *Consummatum est.* Que fué decir: Ved ya, Padre mio, cumplida la mision altísima y difícil que confiaste á tu Unigénito. Nada he perdonado por llenar todas las condiciones que me imponia esa ley suprema de tu justicia y de mi amor en favor del mundo. Necesitabas una expiacion infinita, una hostia de inmenso valor, un holocausto que pudiese corresponder á la grandeza del delito que condenó á toda la humanidad á un perpétuo confinamiento del reino celestial. Ninguna ofrenda podia serte grata ni apaciguar tu justa cólera sino la de tu mismo Hijo; sola su sangre y no la de los toros y becerros bastaba á satisfacer tu vindicta y á borrar la gran mancha que cayera sobre esos tristes descendientes de un padre criminal. Entonces me presenté á tí, y dije: «hème aquí, dispuesto estoy á obedecer tus mandatos y á hacer tu suprema voluntad...» Aceptaste mi ofrenda, y fué preciso que revestido del traje de pecador descendiese de mi trono de gloria, y que concebido en el seno de una mujer, naciese en un pesebre, pasase mi infancia en las privaciones, viviese ignorado y desconocido, y atravesase treinta y tres años de molestias, peligros, sinsabores, persecuciones, calumnias, dolores, hasta concluir mi carrera en un suplicio en medio de dos malhechores, reputado como uno de ellos, y mas que ellos escarnecido y vilipendiado... Pues aquí me tienes: ni una sola circunstancia he omitido, ni un ápice, ni una jota ha faltado al sacrificio de mi obediencia: todo se ha cumplido como lo exigia tu magestad ofendida, como lo demandaba tu justicia inexorable, como lo deseaba mi ardentísima caridad, cómo lo pedia un mundo desventurado. Mi cuerpo, mi sangre, mi vida, hasta mi gloria, mi felicidad, y mi honra, todo lo he sacrificado gustoso... ¿Qué mas podias pedir? ¿Qué mas podia yo hacer? ¿Cabia mayor obediencia que hacerse hombre y morir por el hombre? Pues todo está consumado. *Consummatum est.* Un instante mas, y habré

terminado mi carrera, mi último suspiro será mi postrer acto de sumision, mi último aliento será el postrimer rasgo de mi amor; el último latido de mi corazon será el sello irrevocable de mi sacrificio.

¡ TODO SE HA CONSUMADO ! Esta palabra encierra las verdades mas sublimes: pues es un epilogo de todo cuanto se habia escrito del futuro Reparador y Mesias prometido, de todo cuanto acerca de él digeran los profetas, de todo cuanto habian espresado las figuras del testamento antiguo. Al esclamar Jesucristo que todo estaba consumado, fué lo mismo que decir: Ciérrese ya el gran libro de los eternos decretos, pues desde el primer capítulo hasta el último ni una sola letra ha quedado sin su cumplimiento. Desaparezcan los vaticinios, queden abolidos los símbolos, pues la realidad de todos ellos ha llegado ya. Hé aquí el divino Emmanuel, Hijo del Altísimo, que ha realizado el significado de su nombre quedándose con los hombres: *Consummatum est*. Hé aquí el admirable, el Dios fuerte, el Príncipe de la paz, el Padre de los siglos venideros, cuya generacion es innenarrable, y cuyo imperio no ha de tener limites: *Consummatum est*. Hé aquí la estrella de Jacob y el vástago de Israel, el que lleva sobre sus hombros las insignias de su reinado y en sus manos las indelebles marcas de su victoria: *Consummatum est*. Hé aquí el designado por blanco de las contradicciones del mundo, á quien los suyos desconocieron, á quien su patria negó un asilo hospitalario, á quien la impiedad circunvaló para perseguirle, á quien la envidia no perdonó hasta entregarle en manos de sus enemigos, á quien sus propios amigos vendieron y negaron vilmente, á quien el sañudo encono de una secta vengativa trató como el mas vil de los hombres y como lo mas abyecto del vulgo; al que la injusticia acusó como criminal, escupió como blasfemo, azotó como esclavo, escarneció como usurpador de un cetro que no le pertenecia, pisoteó como inmundo reptil, abofeteó como rebelde, y crucificó como reo de estado: *Consummatum est*. Hé aquí el verdadero Abel cruelmente asesinado en el campo por una mano fratricida; el mas inocente Isaac conducido á la cumbre de la montaña para consumir el sacrificio de su obediencia; el verdadero Jacob cubierto de

las pieles del pecado para asemejarse á su hermano Esau y atraer sobre él las bendiciones paternas; el verdadero Joseph vendido por los hijos de su propia madre para ser reducido á una inoble servidumbre; pero cuya sangre mejor que la de Abel, lejos de pedir venganza aboga sin cesar en favor de un mundo delincuente, y atrae la divina misericordia sobre una tierra herida de maldicion; cuyo sacrificio mas fecundo que el de Isaac borró las iniquidades de toda la humanidad y la franqueó el camino de la vida sin fin; cuyas exterioridades mejor que las que adoptó Jacob consiguieron arrancar para todos sus hermanos desheredados el derecho de primogénitos del Padre celestial y los privilegios inherentes á esta cualidad sublime; cuya generosidad mayor que la de Joseph colmó á los autores de su desgracia de inapreciables bienes y les aseguró un porvenir dichoso: *Consummatum est*. Ya el mundo no necesita de una arca donde guarecerse del diluvio de la cólera divina, pues aquí está la verdadera arca de la nueva alianza que ha salvado á toda la descendencia de Adán del espantoso naufragio que la amenazaba; aquí el verdadero arco iris, símbolo de reconciliacion y de paz entre la tierra y el cielo; aquí el positivo ramo de olivo que ha traído la buena nueva de haber caído ya el muro de separacion que el pecado pusiera entre el hombre y Dios; aquí en fin la serpiente milagrosa del desierto cuya vista sana todas las heridas del pecado, cicatriza todas las llagas del alma, y dá la vida eterna á los que el veneno de la infernal serpiente redujera á un estado de muerte: *Consummatum est*. ¡Oh realidades magníficas, esclamaré aquí con un piadoso contemplativo, que reemplazando á los antiguos tipos han consumado en la persona de Jesus todo cuanto exigia la divina venganza, todo cuanto necesitaba la malicia humana, y sin menoscabar los derechos de la justicia ha satisfecho las necesidades de la misericordia y del amor!

¡TODO SE HA CONSUMADO! Palabra que contiene enseñanzas importantísimas. Con ella nos demuestra el moribundo Salvador que la obra de la reparacion es perfecta, que su nuevo código es completo: que su doctrina es universal, y no necesita de adición ninguna; divina, y no puede admitir la menor variacion; infalible, y no está

sujeta al mas leve error ; que sus dogmas no pueden ser alterados sustancialmente por cuanto emanan de un principio eterno, y por consiguiente todo cuanto contra ellos pueda inventar la razon humana no hará mas que depurarlos y hacerlos mas creibles ; que el cristianismo reúne todas las condiciones de perfeccion en el órden religioso y social, y por lo tanto fuera de él la humana inteligencia no puede crear mas que absurdos, ni el génio es capaz de inventar mas que utopias, ni la filosofia conseguirá mas que hacinar teorías funestas, ni todas las escuelas sabrán enseñar mas que mentiras mas ó menos repugnantes ; porque en la práctica fiel de las virtudes que esa religion recomienda, en la justa aplicacion de los principios que sanciona, en el desenvolvimiento de los gérmenes de vida que contiene consiste el verdadero y positivo progreso de la humanidad, y sin su auxilio no hay ni puede haber sino ignorancia, degradacion y ruina para los pueblos y para los individuos. El mundo pues nada necesita para ser feliz y para llegar á sus altos destinos sino marchar por la senda del Calvario, poner en planta la doctrina de la Cruz, observar la ley evangélica sellada con la sangre del Hombre-Dios : porque con esa sangre, y en esa Cruz ha consumado la grande obra de todos los siglos, y ha preparado á todas las generaciones cuantos elementos de dicha y bienandanza pueden necesitar : *Consummatum est.*

¡ TODO SE HA CONSUMADO ! Ved por último en esta palabra consignadas las mas dulces esperanzas. ¡ Oh palabra de alegria, palabra de consuelo, palabra de victoria ! ¡ Oh palabra que regocija á los ángeles, alienta á los hombres, y aterra á los demonios ! Entonad cautivos vuestro cántico de triunfo. La gran lucha comenzada en el paraíso entre el infierno y el cielo ha terminado. El combate sangriento iniciado en el árbol funesto del antiguo Eden entre el hombre y Dios se ha consumado ya en el árbol santificador del Calvario. Jesucristo vence, Jesucristo impera, Jesucristo reina en ese leño de maldicion trocado ya en trofeo de gloria. Satanás ha quedado encadenado á sus piés, el fuerte armado ha sido uncido al triunfante carro del Señor de los ejércitos, las puertas de bronce que nos cerraban la entrada del eterno paraíso han caído quebrantadas al impulso del divino San-

son, hechos menudos pedazos yacen por el suelo sus férreos cerros, y la cautividad misma queda ya reducida á la mas innoble servidumbre. ¡TODO SE HA CONSUMADO! La Sinagoga finalizó, y en su lugar se alza la nueva Iglesia del Salvador, bella, santa, pura, rica, y engalanada como una esposa con el precioso traje de la inmortalidad, porque el Cordero que es su esposo ha puesto en su dedo el anillo nupcial y va á celebrar con él los desposorios del mas casto amor. ¡TODO SE HA CONSUMADO! La reprobacion del pueblo judío, la vocacion del pueblo gentil á quien han sido trasladados los derechos de aquel, la union de todas las naciones bajo el estandarte del leon vencedor de la tribu de Judá, la fusion de todas las razas en una sola é inmensa familia. ¡TODO SE HA CONSUMADO! Cesó ya de estar dividido el mundo en judios y gentiles, en bárbaros y escitas, en griegos y romanos, y solo existe una estirpe escogida, un pueblo de adquisicion, una descendencia bendita, un solo y único idioma, el idioma de la caridad y de la fraternidad: porque todos los hombres cualquiera que sea su origen ó procedencia, han sido regenerados con un mismo bautismo, enriquecidos con una misma fé, rescatados con una misma sangre, comprados á un mismo precio, y honrados con una misma adopcion. ¡TODO SE HA CONSUMADO! Nuestras deudas están pagadas, nuestro rescate está satisfecho, nuestra reconciliacion está estipulada, nuestra libertad está solemnemente consignada. Se nos ha otorgado el perdon, se nos ha concedido la gracia, se nos ha conseguido la bendicion paternal, se nos ha asegurado la resurreccion futura, se nos ha dejado espedito el camino del cielo, se nos ha dado ya conquistada la diadema inmortal... ¿Qué mas necesitamos?

¡Pero ay, M. A. O.! Poco es que Jesucristo haya consumado la obra de nuestra reparacion, si nosotros la dejamos incompleta. De poco servirá que él haya cumplido en su persona todo cuanto exigia nuestro rescate, si nosotros no trabajamos por apropiarnos sus merecimientos. En vano habrá llenado todas las condiciones necesarias para conseguir nuestra salvacion eterna, si nosotros no tratamos de alcanzarla mediante nuestra fidelidad en cumplir lo que debemos á titulo de justicia y de gratitud. ¿Qué fruto reportariamos de tan costoso sacrificio, si inutilizásemos el valor de tantos dolores sufridos,

de tantos tormentos tolerados, de tanta sangre vertida por el Salvador? ¡Ah! Por su parte nada ha podido hacer mas para redimirnos. A realizar ese gran pensamiento consagró todos los instantes de su preciosa existencia; toda ella fué una oblacion continuada, un sacrificio no interrumpido, una série prolongada de privaciones y sufrimientos, de abnegacion y de martirio; de manera que su muerte no fué sino el último eslabon de esa cadena misteriosa con que se propuso unir la tierra con el cielo, lo visible con lo invisible, la humanidad con la divinidad. Mas nosotros desventurados apenas hemos principiado esa obra importantisima de nuestra propia felicidad, y casi no nos ocupamos de ella, si es que no la tenemos completamente olvidada. Y sino, consultemos á nuestra propia conciencia, dejemos hablar á nuestro corazon... ¿Pero qué podrá decirnos éste sino lo que aquella no cesa de repetirnos á cada momento? ¡Oh! Todo se ha consumado escepto nuestra malicia, nuestra indiferencia y nuestra ingratitud. A los pies del Calvario ha quedado consumada la perfidia judáica, el odio farisáico, la venganza de la Sinagoga. Nada fué ya capaz de inventar la rábia de un pueblo sanguinario contra la adorable victima; faltáronle los medios de afligir y atormentar á Jesucristo, porque en su persona agotó todas sus iras, gastó todas sus fuerzas, absorbió todo su furor satánico, y ni una sola gota del amargo cáliz de la pasion dejó de hacerle apurar. Unicamente nuestras iniquidades parecen haber sobrevivido á aquella consumacion sangrienta, y sobre las ruinas de aquella escena de crueldad y de febril exaltacion, renace, digámoslo así, fecunda en medios de atormentar al divino Redentor la incomprensible deslealtad de un pueblo que debiera ser modelo de gratitud y de tierna correspondencia.

La triste verdad que consignó un dia San Pablo no es sino desgraciadamente harto real y positiva. Los judios crucificaron una vez al Mesias, los cristianos renuevan con frecuencia esa horrible crucifixion: la diferencia solo consiste en el modo de ejecutarlo, y esa misma diferencia no hace sino aumentar considerablemente la gravedad de este crimen. ¿Qué importa que como ellos no atormentemos á esa augusta victima con suplicios materiales, si escesivamente mas crueles la atormentamos con nuestros vicios? ¿Qué importa que no

crucifiquemos á Jesus con nuestras manos, si le crucificamos con nuestras malas obras? Allí en el Calvario el tormento de los clavos, de las espinas, de los azotes y demas instrumentos afflictivos empleados para hacer padecer al Redentor, concluyó con su muerte: y resucitado ya y glorificado en el reino de su Padre, la muerte no ejercerá en él predominio, ni el refinamiento de sus pasadas torturas puede afectarle en lo mas mínimo. Mas aquí por el contrario subsisten los instrumentos de esa nueva crucifixion que de continuo renovamos con nuestros delitos, y sus consecuencias no pueden menos de afectar el corazon de un Hombre-Dios que jamás cesó de amarnos ni cesará de ofrecer por nuestra salvacion el sacrificio de su vida. ¿No reina todavía en nuestras almas la ira, la envidia, la sensualidad, la impaciencia y todas esas malas pasiones con que tan dolorosamente afligimos al que por libertarnos de su dominacion no dudó tolerar cuanto de mas cruel y amargo pudo inventarse contra él? ¿No subsisten vivos y palpitantes en nuestro corazon los afectos de orgullo, los sentimientos de venganza, los deseos lúbricos, las aspiraciones de engrandecimiento, las ideas de independenciam, y todos esos funestos gémenes de corrupcion que esterilizando la semilla de la virtud nos arrastran á todo género de escesos? ¿Se ha consumado por fin en nosotros la obra del pecado, triunfando de todas las perversas inclinaciones, enfrenando todos los apetitos desordenados, crucificando cuanto nos quedaba del hombre viejo con todos sus actos, y revistiéndonos del nuevo creado segun Dios en justicia y santidad? Y si nada de esto ha sucedido, si aun vive en nosotros todo lo que Jesucristo se propuso matar en su cruz, ¿qué esperamos? ¿Podremos resucitar con él á la vida de la inmortalidad, si antes no procuramos morir á ejemplo suyo á la vida del mundo y de las pasiones? ¡Imposible! ¿A qué aguardamos pues, M. A. O.? ¿Dejaremos que llegue la hora crítica de la disolucion de nuestra mortalidad? ¿Aplazaremos para los últimos momentos de nuestra existencia la consumacion de la obra mas importante que tenemos en la tierra? No, por las entrañas de ese amantísimo Jesus crucificado. Puesto que él ha consumado completamente el sacrificio de su amor, consumemos nosotros desde luego el sacrificio de nuestra correspondencia. Renuncie-

mos desde este dia todo cuanto puede desagradarle , abjuremos solemnemente cuanto puede ofenderle, protestemos eficazmente no volver á pecar mas contra un Redentor tan bueno. Arrojemos al pié de su cruz nuestras concupiscencias, dejemos ahí para siempre el mundo y sus vanidades, la carne y sus placeres, todo cuanto pueda halagar nuestra sensualidad, lisonjear nuestra molicie, sonreir nuestro orgullo, escitar nuestra ambicion. De tal suerte procuremos renovarnos en espíritu que podamos decir con verdad: ¡ TODO SE HA CONSUMADO ! Adios goces, delicias, ilusiones sensuales; adios aspiraciones, deseos, pretensiones del siglo: ya no soy yo quien vivo; mi vida está escondida con Cristo en Dios; mi dicha es morir con él, mi esperanza es resucitar en su gloria. ¡ *Consummatum est!*

Hed aquí dulcísimo Jesus lo único que apetecemos, tal es la gracia que os pedimos rendidos. Haced que se consume en nosotros todo lo que falta para llenar nuestra mision en la tierra. Concedednos vuestros auxilios para vivir cual cumple á cristianos redimidos con vuestra sangre preciosa, y no permitais que jamás volvamos á manchar la túnica que vos blanqueásteis con ella. No nos domine, Señor, en adelante el espíritu del mundo, no tornemos á sujetarnos al odioso yugo del pecado, no seamos mas esclavos del infierno cuyo imperio destruisteis en la Cruz. Perseveremos constantes en la virtud, permanezcamos firmes en el cumplimiento de vuestros preceptos, seamos fuertes para rechazar los asaltos del enemigo, resistamos heroicos los embates de la adversidad, suframos resignados la cruz de los trabajos que pluguiere al cielo enviarnos; á fin de que llegado el momento de traspasar las lindes del tiempo para entrar en la inmensa eternidad, podamos decir satisfechos de nuestra fidelidad y constancia: « ¡ TODO SE HA CONSUMADO ! » *Consummatum est.*

PLATICA VII.

SÉTIMA PALABRA.

JESUCRISTO ENCOMIENDA SU ESPIRITU AL PADRE, Y ESPIRA.

Clamans voce magna Jesus ait. Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. Et hæc dicens expiravit.

Jesús lanzando un fuerte grito, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, espiró.

LUC. XXIII. 46.

LA muerte es el estipendio del pecado. Ningun ser humano puede esceptuarse de pagar ese gran tributo. Todos participaron de su culpa, y por consiguiente á todos comprende aquel fatal anatema: ¡Morirás!

El sepulcro es pues el término de nuestra existencia material, la muerte deshace ese todo complejo que se llama hombre; pero una de sus partes sobrevive á la destruccion, y en el momento que el cuerpo de tierra descende al seno del polvo de que fué formado, el alma, ser espiritual é incorruptible, entra en el camino de una nueva vida, feliz ó desgraciada conforme al uso que hubiere hecho de sus facultades, pero de todos modos eterna y sin término. Hed ahí, M. A. O., el punto de division que marca los limites de ambos mundos, el visible y el invisible. Llegados á él, no es posible retroceder; preciso es seguir adelante. Dos abismos se abren á la vista del hombre en aquel terrible y decisivo momento, inmensos ambos,

incommensurables: el abismo de la felicidad y el abismo de la desventura, una gloria perdurable, ó un baldon infinito. De aquí es que el acto de morir es el mas solemne, el mas difícil, el mas trascendental, el único grande, el único importante, por cuanto él fija nuestros destinos, de él depende nuestro porvenir. Por eso Jesucristo, que en todo se constituyó nuestro ejemplar y modelo, ya que en su vida se nos quiso manifestar como el tipo de la santidad, en su muerte plúgole mostrársenos como el dechado de la mas perfecta resignacion; y á la manera que su existencia fué el bello ideal de todas las virtudes que adornan al hombre justo en la tierra, así la terminacion de ella ó sea su muerte fué el cuadro mas acabado de la serenidad y dulzura que preludian los eternos goces del cielo. ¡Oh muerte preciosa! ¡Oh muerte fecunda en enseñanzas del mas inestimable valor! ¡Oh muerte abundante en consuelos y esperanzas!

Jesucristo no habia sido comprendido en la sentencia fulminada en el antiguo Eden. Hombre verdadero, participaba de las miserias y debilidades de los hijos del padre culpable; pero verdadero Dios, nunca habia participado de la mancha hereditaria. Pudo nacer como hombre, padecer como hombre, ser crucificado como hombre, pero jamás pudo delinquir como delinquiera el hombre, pues era esencialmente santo, impecable, justo, perfecto, inocente. Si pues como hombre pudo tambien morir, no fué porque estuviese sujeto á la pension que sobre los demas humanos venia gravitando desde el pecado de su protoipo, no fué para pagar una deuda que no contrajo, sino porque quiso someterse voluntariamente á ese nuevo sacrificio por amor del hombre, á fin de legarle á la par un ejemplo que imitar y un mérito con que enriquecerse, una accion utilisima y una gracia de imponderable precio.

Ya en efecto habia llenado el Hombre-Dios la gran mision que el cielo le confiara. Todo estaba cumplido en su persona adorable. El mundo habia sido redimido y solo faltaba poner el sello á este inefable misterio. Jesucristo que del seno del Padre saliera para dar al infierno y al pecado aquel combate en que ambos quedaron vencidos, debia tornar á él cargado con los despojos de su triunfo. Y este triunfo se manifiesta aun en el acto mismo de morir, dice san Geró-

nimo; pues en vez de que los demas hombres no pueden ahuyentar la muerte por mas esfuerzos que hagan, Jesus por el contrario tuvo que hacer un esfuerzo de su omnipotencia para hacerla aproximarse á él. En aquellos últimos momentos, dice el sagrado testo, volvió á clamar con voz fuerte y sonora: *Jesus iterum clamans voce magna*; y con este grito dá á entender que no muere como los hijos del padre pecador por una ley inherente á su naturaleza, por una necesidad imperiosa é inevitable, sino por su propia eleccion y de su libre voluntad, puesto que no es él quien obedece á la muerte, sino ésta quien rinde homenaje á su soberanía (1). Gritó, pues, y dijo: «PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU.» *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* ¡Oh palabra sublime! Con ella manifiesta en primer lugar que es verdadero Hijo de Dios, y que no por haber aceptado aquella muerte deshonrosa é infame, habia dejado de estar en igual gloria con el que le envió. Esta espresion pues envuelve el siguiente pensamiento. «Padre mio, vedme aquí próximo á abandonar esa vida que tomé como prestada para poder consumir el gran misterio de la reparacion del linaje humano. Cierto que como hombre me sujeté á todos los dolores y tormentos que se hacia preciso tolerar para conseguir la rehabilitacion completa de esa raza desheredada. Cierto que una vez aceptada la responsabilidad de sus delitos, me fué ya indispensable apurar el amargo cáliz que tú me presentaste. Y le bebí, Padre mio, hasta las heces; pues muero saciado de oprobios, cubierto de infamia, saturado de insultos, como lo mas despreciable del mundo, como un criminal indigno de la menor compasion. Pero tú sabes que muero inocente, que jamás tu hijo pudo cometer la menor falta que le hiciese acreedor á semejante castigo, y que si he derramado hasta la última gota de mi sangre, si he sacrificado hasta mi honor y mi gloria en este leño de maldicion, no ha sido sino por honrarte y glorificarte á tí, dándote la debida compensacion que exigia tu justicia, al propio tiempo que por conseguir para la humanidad lo que ella de suyo era incapaz de lograr. No ignoras que mi amor y mi misericordia han sido

(1) S. Hyer. in Marc.

los únicos agentes de esta muerte que sufro, pues á no haberme sometido á esta odiosa espiacion, jamás el mundo hubiera podido sacudir el pesado yugo que le agoviaba, nunca los hijos del padre criminal hubieran visto abrirse las puertas de una patria de donde para siempre estaban desterrados. Pues bien, para que el mundo sepa á quién debe esa gracia insigne, para que todos los hombres conozcan que no soy un mero mortal, que ambos somos sustancialmente una misma cosa, que en la esencia somos inseparables, que yo te amo y tú me amas eternamente, á ti vuelvo; y al modo que á tí confié el éxito de mi causa, á tí tambien confio ahora la custodia de mi alma, y por lo tanto EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU: *In manus tuas commendo spiritum meum.*

Tal es, M. A. O., el sentido de esa palabra por lo que á Jesus tocaba; pero por lo que respecta á nosotros, ¡qué enseñanzas no encierra! ¡qué consuelos no inspira! Enseñanzas altísimas. En esa expresion nos dá un ejemplo de inapreciable resignacion. Todo lo habia inmolado ante las aras del amor mas puro y sublime. Desde el pesebre hasta el Calvario su vida habia sido una ofrenda continua, un sacrificio permanente. Por el hombre padeciera cansancio, hambre, sed, fatigas, peligros y trabajos sin número; por el hombre no economizó cuidados, vigiliias, privaciones, nada en suma de cuanto pudo ceder en su beneficio. Por él ayunó, sudó, fué tentado y perseguido, y anduvo errante por los desiertos, y se ocultó en las cabernas, hasta que llegada su hora, despues de haber hecho el bien posible á todos sin escepcion de clases ni condiciones, se entregó por último en manos de sus perseguidores para ser crucificado en un patíbulo. Nada le restaba que dar al hombre, y por lo tanto al terminar su carrera resigna en las manos de Dios lo que era exclusivamente suyo, lo que de derecho le pertenecia, aquel espíritu purísimo segun el cual en nada se diferencia del Padre y es en un todo una misma cosa con él; aquel espíritu de santificacion y de vida que alegrá el cielo, fecunda el mundo, y dá el ser, la animacion y el movimiento á toda la creacion; aquel espíritu por quien todo fué hecho y sin él que nada existiria debajo del cielo, de quien brotan los raudales de la gracia, en quien se reunen los tesoros de la ciencia divina, y de

donde parten los esplendentes rayos de la luz eterna. Como si dijera: «Padre mio, porque lo eres te entrego en esta hora solemne ese espíritu que en breve voy á exhalar de este cuerpo mortal. Recíbele como un depósito sagrado que pongo en tus divinas manos, y con él recibe tambien el último testimonio de mi obediencia y de mi amor: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*. Ya que hasta ahora he cumplido con respecto á la humanidad el penoso deber que me impuso mi misericordia, sacrificando por ella cuanto como hijo del hombre podía darle, justo es que tambien cumpla respecto de tí el deber gratisimo que me impone mi carácter de Hijo de Dios haciéndote entrega de lo que tú solo tienes derecho á recibir. Acepta pues este mi espíritu, que te ofrezco juntamente con el de todos los hombres por cuyo rescate me resigné á la muerte. Mios son, pues me los diste para que los salvase, y tuyos tambien por cuanto para gloria de tu nombre los redimi.»

De este modo, dice san Atanasio, al encomendar Jesus al Padre su alma, encomendó las de todos los hombres que con él debian ser vivificados en virtud del cruento sacrificio del Calvario; porque todos los cristianos son miembros del Salvador y con él forman un mismo cuerpo, un mismo espíritu (1).» Admirad, M. A. O., ese rasgo de inefable bondad que el Hombre-Dios nos lega en su último testamento. El nos abre con su oracion los brazos del Padre celestial para que en ellos seamos depositados como un tesoro que desea á toda costa custodiar. Su palabra nos habia salvado del abandono de Dios cuando se quejó de su propio desamparo; y ahora esa misma palabra al entregar en las manos del Eterno su espíritu inmortal, entregando el nuestro juntamente con él, nos franquea la entrada en el reino de su gloria. ¡Oh alegría, oh consuelo, oh dicha sin igual! ¡Muerte! ¿Dónde está tu victoria? Muerte, ¿dónde está tu aguijon? Antes que el Redentor muriese ella era triste y espantosa para el hombre, porque nada veia delante de sí mas que el horror de una larga noche. Aun las almas mas justas y virtuosas hallábanse condenadas á un destierro indefinido en el seno de Abraham, donde

(1) S. Athan. de Orat. Christi.

debían esperar la aurora esplendorosa de aquel día ignorado que debía ponerles en posesión de la patria celestial. Pero desde el momento en que el agonizante Jesús exclamó en la cruz: «PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU», la muerte del justo no fué ya sino un tránsito de lo caduco á lo imperecedero, de la miseria á la dicha, del llanto á la perpétua alegría. Cayó aquel muro de separación que obstruía la entrada de la Sion gloriosa, concluyó el destierro de los desventurados hijos de Adam, y quedó espedito el camino para volar hácia Dios tan luego como el alma se separa de su cuerpo que la tiene como aprisionada. ¿Y es posible que todavía se nos resista tanto pagar ese tributo á nuestra mortalidad? ¿Es posible que aun vivamos tan adheridos á un mundo que nos priva de la visión beatífica de Dios y de los perdurables goces de la eternidad? ¿Y nos duele ver llegar esa hora que deberíamos ansiar vivamente puesto que entonces únicamente nos será dado unirnos á nuestro primer principio y último fin? ¡Miserable condicion la nuestra! ¡Ceguedad incomparable la del hombre que no conoce en lo que está cifrada su positiva ventura! Sobre que es un deber nuestro el resignar en las manos del Señor ese espíritu que de él hubimos, ese soplo de vida que recibimos prestado de sus manos, esa alma que él mismo crió á su imagen, y selló con la marca de su divinidad; sobre que ningun derecho tenemos á ese ser inmortal que nos hace capaces del sentimiento de la virtud y de la verdadera felicidad, porque todo pertenece exclusivamente á aquel que por un acto espontáneo de su bondad y amor nos lo diera; ¿no es un motivo poderosísimo de consuelo saber que desde que Jesucristo resignó en las manos del Padre su divino espíritu y con él depositó también nuestras almas en su seno, adquirimos el inmenso privilegio de dirigirnos libremente hácia él sin temor, puesto que ni derecho ni poder alguno ejerce ya el infierno sobre nuestras almas encomendadas á Dios por su mismo Unigénito en el acto de morir? Hé aquí lo que ha inspirado siempre la confianza de los buenos cristianos que han vivido cual cumple á su vocación. Firmemente convencidos de que ese momento que tanto temen los pecadores, no es en realidad sino el término de todas sus desdichas y el principio de una vida sin fin, desean como el Após-

tól romper los lazos que les tienen atados á una existencia de cieno, para poder estrecharse apretadamente con Cristo y asociarse á sus inmortales destinos. Y si todos tuviésemos esa misma persuacion y conforme á ella ajustásemos nuestra conducta, ¡ ah! entonces indudablemente nuestros sentimientos cambiarían completamente, muy diversos serían nuestros afectos. Lejos de afligirnos y contristarnos la aproximacion de ese momento decisivo, ¡ con cuánto anhelo no suspiraríamos por él! ¡ Con qué avidez no le deseáramos! ¡ Cómo rebotaría de júbilo nuestro corazón al ver que iba á posesionarse del más inestimable tesoro! ¡ Cómo se arrojaría impetuosamente hácia su verdadero centro, y correría á embriagarse en aquel torrente de celestiales delicias! ¡ Cuán feo y repugnante, cuán despreciable é indigno le parecería todo lo que la tierra ofrece al mortal, siquiera intente deslumbrarle con toda la pompa de sus magnificencias! ¡ Con qué calma tan pura, con qué resignacion tan perfecta, con cuán ardiente amor vería acercarse aquel instante que iba á trasladarle á la inmortal region de los vivos, y diría: « ¡ PADRE MIO, EN TUS MANOS EMCOMIENDO MI ESPÍRITU! *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* »

Así lo hizo Jesús nuestro divino ejemplar y Maestro: y por eso dice San Buenaventura, gritó con voz fuerte y sonora, á fin de que oyéndose en la tierra, en el cielo y en el abismo, donde quiera se supiese que moría cumpliendo la voluntad de su Eterno Padre á la cual estaban sujetas todas las cosas, y para legar este ejemplo de conformidad y resignacion á todos los cristianos que en pos de él debían caminar á un mismo término y á una patria idéntica. ¡ Ojalá M. A. O. que ese grito resonase de continuo en nuestras almas, y produjera el efecto que nuestro agonizante Salvador se propuso! ¡ Pluguiese al cielo conociésemos cuán indefinible dicha es resignar nuestro espíritu en las manos de un Dios que nos crió para su gloria! ¡ Cuánta sería nuestra ventura si persuadidos de esto procurásemos conservar nuestra alma pura, intachable, santa, digna en fin de aquel que en la Cruz la encomendó en las manos de su Padre juntamente con la suya! ¡ Quisiera Dios!... Mas ya católicos llegó la hora suprema de consumarse el sacrificio. No es ya tiempo de dis-

currir sino de llorar. Apresurémonos á recoger el último suspiro de nuestro moribundo Padre; corramos á presenciar el postrimer instante del Dios inmortal que en una carne mortal vá á sellar el testamento eterno hecho en favor de la humanidad... ¿No veis ya como se eclipsan aquellos ojos que iluminaban al orbe? ¿No veis cual asoman ya á sus amoratados lábios los precursores de la muerte? ¿No veis como se cubre de espantosa palidez aquel semblante divino que embelesaba á los mismos ángeles? ¿No veis como se inclina hácia el suelo aquella sagrada cabeza centro de la sabiduría increada, y depósito de todos los tesoros de la gracia? ¿No advertís cómo cesa ya de palpar aquel corazón, que cual inmenso volcan se abrasó siempre en las llamas de un amor infinito?... Deten tu brazo, oh parca cruel; no nos arrebatas de un golpe, nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro Padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestra esperanza, nuestro consuelo. ¿Qué haremos sin él tantos huérfanos desamparados, tantos hijos sin apoyo, tantos desgraciados sin auxilio, tantos desterrados sin el compañero fiel de nuestra peregrinacion en este mundo? No te muestres tan inhumana, oh muerte sañuda, mira que esa víctima de tu furor constituye toda nuestra felicidad, nuestro único sosten, nuestro único remedio, nuestra única gloria... Mas ya es tarde, católicos: el golpe se ha dado, la justicia divina ha inmolado al cordero sin tacha, Jesus ha dejado de existir, el Redentor ha muerto, el mas hermoso de los nacidos de mujer ha sucumbido bajo la ensangrentada cuchilla de la obediencia á las órdenes del cielo. ¡Murió, sí, el que era el autor de la vida! ¡Murió el que vino á vivificar á toda la naturaleza! ¡Murió el que dá movimiento y ser á toda la creacion! ¡Murió aquel por quien todos respiramos y existimos! ¡Murió el que nunca hubiera podido morir si el amor no le hubiese obligado á aceptar tan imponderable sacrificio! Murió el Hijo del Altísimo y lloran los ángeles de paz, y los serafines se cubren los rostros con las alas en señal de luto; y la tierra redobla sus horribles sacudimientos, y tiembla horrorosamente el Calvario bajo el peso del gran crimen que en él se ha cometido, y el cielo se cubre de espesas tinieblas, y los cimientos del mundo vacilan, y los peñascos se despedazan, y los sepulcros

arrojan fuera sus víctimas, y en todos los ámbitos del orbe se siente un temblor inusitado, una conmoción nunca vista que dá á entender que acaba de verificarse una gran catástrofe, un acontecimiento singular, la muerte del Unigénito del Padre que ha expiado en un madero los crímenes de todos los siglos. ¡Muerte feliz que consuma el triunfo mas admirable que jamás se viera en el cielo y en la tierra! Ved como todo rinde homenaje á la víctima del Calvario: reparad como los mismos verdugos que la han sacrificado descienden de la montaña hiriéndose los pechos y gritando: «¡Verdaderamente era ese Hijo de Dios!» Sí: lo era, Sinagoga deicida; y por tanto lo que tú creíste hacer un motivo de escarnio y de befa, ha venido á ser un objeto de prez y de victoria. Cierto que has consumado tu malicia dando muerte á tu libertador: pero esa muerte no es para él mas que el dulce sueño del guerrero que reposa sobre los laureles que le ha conquistado su intrepidez en los combates. Ha muerto en un leño que tú juzgaste infame: pero la infamia ya no existe en él y ha recaído toda entera sobre los autores de su suplicio. Tú serás la que llesves do quiera impreso ese sello de maldición que su sangre ha arrojado sobre tí y sobre tu descendencia: pero en cuanto á nosotros los creyentes regenerados con ese nuevo bautismo, somos ya nuevos seres, nuevos hombres criados segun Dios en justicia y santidad. Quedó para siempre anulada la antigua sentencia de proscricion pronunciada en el primitivo Eden; ya no tiene objeto la antigua cólera inflamada contra el hombre prevaricador y rebelde; ya nada nos condena, nada nos esclaviza, nada nos intimida, porque Jesus en su novísimo testamento nos ha legado la libertad de hijos, nos ha reconciliado con Dios, nos ha conquistado su reino, y ha puesto con su muerte el último sello á nuestra salvacion.

¡Oh! ¿Cómo no nos abismamos? ¿Cómo no nos confundimos á vista de tanta bondad? ¿Cómo permanecemos insensibles en presencia de un amor tan infinito? ¿Seremos aun ingratos? ¿Permaneceremos indiferentes á tan inestimable beneficio? Lágrimas, ¿dónde estais? ¡Quién me diese que mis ojos fuesen dos fuentes inagotables de llanto para lamentar día y noche mi torpe indiferencia, mi criminal olvido, mi punible infidelidad! Tanto me amó Jesucristo, tanto su-

frió por mí, tan cruel muerte toleró por mis pecados, ¿y yo no muero de dolor y arrepentimiento al pié de su Cruz? ¿Y vivo todavía habiendo sido la causa de tantos tormentos? ¡Católicos! Ni un instante mas perseveremos en ese estado de apatía en que nos tiene sumergidos nuestra insensibilidad. Corramos á postrarnos delante de ese madero bendito, de ese árbol santo de donde tantas gracias, tantos tesoros, y riquezas tan inapreciables se derraman sobre el mundo. Gloria, honor, bendicion sin fin sea dada á vos Redentor adorabilísimo que con vuestra muerte nos disteis la eterna vida. Victoria, prez y triunfo á vos Rey de las eternidades que en ese sangriento leño habeis sojuzgado al infierno, habeis vencido al mundo y destruido el poder del pecado. Uncido queda á vuestro carro triunfal Satanás y sus huestes; rendida está bajo vuestra invencible planta la muerte y su antiguo poderío; vuestro es el imperio de la tierra, y todo en ella os tributa vasallage; vuestro tambien el soberano dominio del cielo, y todo en él os engrandece y adora. Recibid pues Salvador divino nuestras adoraciones, aceptad nuestros homenajes, y no desecheis las plegarias que os presentamos al pié de ese trono de misericordia y de amor. Todo cuanto tenemos que pedir os reduce á que no sean estériles para nuestras almas esas siete cláusulas de vuestro testamento, esas siete palabras de vida eterna que os habeis dignado pronunciar, oh Padre amantísimo, desde vuestro lecho de muerte.

Habéisnos legado en la primera el perdon de los enemigos como un deber imperioso de que vos mismo disteis el primero y mas brillante ejemplo: pues de hoy mas, ni un momento resida en nuestras almas el mas leve resentimiento ni el mas imperceptible afecto de venganza.

Nos habeis franqueado en la segunda las puertas de vuestro reino celestial en la persona de un criminal arrepentido; pues haced que nunca desconfiemos de vuestras piedades, antes bien que esperando siempre en ellas procuremos merecerlas con un sincero arrepentimiento de nuestras culpas.

Nos habeis enriquecido en la tercera con el tesoro que mas estimábais en vuestra vida mortal, trasladándonos vuestros derechos de

filiacion, y dejándonos por madre á la que os llevó en su purísimo seno: pues no permitais que jamás nos hagamos indignos del título de hijos de María, amándola cariñosamente, siguiéndola donde quiera como el norte de nuestra esperanza y la mas segura prenda de nuestra dicha.

Nos habeis mostrado en la cuarta cuán terrible sea el desamparo de Dios, cuando así os hizo gritar y quejaros á vuestro Padre; pues libradnos de incurrir en esa desgracia, sosteniéndonos con vuestros divinos auxilios á fin de que nunca nos separemos por el pecado de su gracia y amistad.

Nos habeis manifestado en la quinta la sed ardentísima que os devoró de nuestra salvacion; pues ayudadnos á satisfacerla, viviendo siempre sedientos de justicia y de verdad, y abrevándonos con las purísimas aguas de vuestra doctrina y ejemplos.

Nos habeis hecho ver en la sesta como consumásteis en vuestra pasion todo cuanto reclamaba nuestra felicidad: pues seamos tambien tan solícitos y cuidadosos en consumir todo lo que de nosotros exige nuestro deber como cristianos redimidos con vuestra sangre preciosa.

Y pues en la última habeis recomendado á vuestro Padre juntamente con vuestro espíritu el de todos los creyentes, os damos las mas rendidas gracias por tan inestimable beneficio, y solo deseamos merecer con nuestra vida arreglada á vuestros divinos preceptos, la muerte de los justos que tan preciosa es á vuestros ojos. Sí, Redentor elementísimo, purificadnos con vuestros tormentos, lavadnos con vuestra sangre, salvadnos con vuestros méritos, fortalecednos con vuestros auxilios, para que perseverando constantes en el bien, al acercarse la hora de nuestro tránsito, podamos decir como vos tranquilos y confiados: «PADRE MIO, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU:» y recibiéndo-le en ellas el Dios de la misericordia, nos traslade á gozar en su eterna morada de las interminables delicias de la gloria.

SERMON

SOBRE LAS ANGUSTIAS DE MARIA SANTÍSIMA EN EL CALVARIO,
Y EL DESCENDIMIENTO DE SU DIVINO HIJO DE LA CRUZ.

LA ANGUSTIA DE MARIA EN LA MUERTE DE SU DIVINO HIJO ESCEDIÓ Á TODA
PONDERACION, PUESTO QUE CON ÉL PERDIÓ EL ÚNICO OBJETO CAPAZ DE
LLENAR LA INMENSIDAD DE SU AMOR MATERNAL.

*Ego plorans et oculus meus deducens aquas: quia longe factus est a me
consolator, convertens animam meam.*

Llorando estoy, y son mis ojos dos fuentes de lágrimas: porque he
quedado sin aquel que me consolaba y hacia revivir mi alma.

THREN. I. 46.

TRISTE espectáculo! ¡Panorama lúgubre y sombrío presenta á nuestros
ojos el Calvario! ¿Qué es lo que vemos? El Hijo de Dios pendiente de
una cruz por los pecados del mundo..... El autor de la vida exá-
nime en el leño de los malhechores..... La flor de Nazareth agos-
tada é inclinando hácia el suelo su lánguido tallo..... Y cabe aquel
árbol misterioso una Mujer sin hermosura, una Virgen desconsolada,
una Madre llena de afliccion, embriagada de agenjos, saturada de
amarguísima hiel, y como sumergida en un inmenso océano de inde-
finibles angustias..... ¡Ah! Yo te saludo, víctima ilustre del amor
mas puro. Sobre tí veo pesar todavía la mano del Eterno, que no
satisfecho aun con la terrible espiacion que ha dado á su justicia el
Redentor de la humanidad, te ha reservado á tí, como corredentora
del linaje proscrito, un nuevo cáliz que debes apurar hasta la última
gota para que la consumacion del gran sacrificio sea completa.

Todo en efecto se habia cumplido en la persona del Verbo huma-

nado. Profecías, símbolos, vaticinios, figuras, tipos, promesas, nada quedaba por realizar. Jesucristo autor y consumidor de nuestra fé á todo habia dado cima antes de exhalar su postrimer aliento. Con su muerte habia cerrado el último sello del gran libro de los humanos destinos. Pero era preciso tuviese tambien cumplido efecto lo que el profeta de los llantos cantó muchos siglos antes de la mística Jerusalem de la gracia en el tipo de la Jerusalem material. «Él habia visto solitaria á la ciudad mas populosa, y reducida á una especie de viudez á la señora de las naciones (1). Habiala visto abismada en una tristeza inconsolable, surcadas sus mejillas con el llanto, desamparada de sus amigos, sin encontrar entre sus antiguos amantes quien prodigase el menor lenitivo á su acerbo dolor (2); despojada de sus gracias, privada de su belleza (3), semejante á una mujer desaliñada é inmunda, gimiendo en un abatimiento profundo, bajo la accion de sus crueles enemigos (4), cual viña vendimiada en que ha desfogado el Señor todas sus iras (5), circumbalada por todas partes de furiosos émulos, y derramando dia y noche fuentes de lágrimas, ausente del que era su único consuelo y su vida (6).»

Pues bien, todo esto se realiza hoy en la augusta madre de Jesus crucificado. Fijad vuestros ojos en esa criatura que á pesar de las indecibles angustias que devoran su alma permanece en pié al lado de su divino Hijo, y halla en su amor maternal el heroismo suficiente para presenciar la escena mas desgarradora que vieron los siglos. Ved la que entre todas las hijas de Judá mereció el privilegio de concebir y dar á luz al deseado de los collados eternos; la que mediante una inspiracion del cielo unió la maternidad mas augusta á la mas pura virginidad, sin que esta padeciese el menor detrimento ni aquella careciese de la mas elevada perfeccion; la que escedió en santidad á los ángeles, sobrepujó en amor á los serafines, y fué en-

(1) Thren. I. 4.

(2) Ib. 2.

(3) Ib. 6.

(4) Ib. 9.

(5) Ib. 12.

(6) Ib. 16, 17.

riquecida con carismas y dones infinitamente mas preciosos que los querubines, y en quien Dios depositó el mayor tesoro de gracias y perfecciones que podian caber en una criatura elegida desde la eternidad para ser el tabernáculo de Dios, la arca de la nueva alianza, el santuario de la sabiduría increada; vedla, digo, convertida hoy en un mar de afliccion, en un océano de angustias, en una víctima que el cielo se complace en ver sufrir tormentos que nunca entraron en humano cálculo ni fué capaz de comprender la imaginacion mas fecunda.

Sola allí sobre aquel pavés ensangrentado, sin apoyo alguno en la cumbre de aquel monte que acaba de ser el teatro del drama mas cruel, teniendo á su vista el yerto cadáver del hijo de sus entrañas clavado en un madero como un insigne criminal, su corazon es un volcan que rebienta por cien bocas la lava de un amor ardentísimo que no puede contener. Allí ofrece al Eterno la oblacion mas sublime, la hostia mas pura y santa, el mas aceptable sacrificio por los pecados del mundo. Allí cuando todo yace en un sepulcral silencio, sola su alma dirige al cielo las mas fervientes plegarias en favor de la humanidad que ha sido confiada á sus maternales desvelos, ya que su lengua embargada por el dolor no puede articular el menor sonido. Allí está cumpliendo, como asociada á la pasion de su Unigénito, la elevada mision que de sus moribundos lábios ha recibido con relacion al hombre. Allí está uniendo sus propios tormentos á los de aquel dulce pedazo de sus entrañas, y presentando sobre el altar invisible de la magestad inmensa de Dios el holocausto incruento de su martirio. ¡Martirio cruel!... ¿Quién será capaz de comprenderlo? Nadie que no esté iniciado en ese gran misterio de amor que encierra el sacrificio de María al pié de la Cruz. Hed aquí pues lo que en este momento nos cumple examinar; y aunque difícilísimo, ó mejor dicho imposible sea llegar á penetrar semejante abismo de caridad, procuremos no obstante formar alguna idea de él, y esto nos bastará para persuadirnos de que «la afliccion de esa dulcísima madre escedió á toda ponderacion en la muerte de su divino hijo, puesto que con él perdió el único elemento de dicha capaz de llenar la inmensidad de su corazon maternal, como que en él esclusivamente

encontraba un objeto digno de sus afectos.» Tal es el pensamiento que me propongo desenvolver con la posible brevedad en el presente discurso, etc.

AVE LACHRYMIS PLENA.

REFLEXION UNICA.

Ningun asunto hay mas fecundo y que mas se preste á las inspiraciones de la elocuencia que el amor de María: y sin embargo, M. A. O., ningun otro me embaraza mas cuando me propongo hablar de él. No es extraño. Es tan inconmensurable ese abismo, que al querer sondearle, el entendimiento humano se pierde y la lengua no encuentra espresiones suficientes para manifestar lo que aquel concibe. ¿Y cómo seria posible espresar los afectos que se cruzarian en el alma de aquella criatura singular y única por las altísimas relaciones que la unian á la divinidad, en aquellos momentos solemnes en que acababa de presenciar la muerte de su Unigénito? Si entre ella y las demas de su sexo cupiese algun término de comparacion, fácil seria hallar recuerdos históricos que nos proporcionasen el medio de lograr nuestro objeto. Apelariamos á esas ilustres figuras del antiguo Testamento que la tradicion nos ha trasmitido como tipos del afecto maternal. Hablaríamos de la profetisa de Silo, madre del virtuoso Samuel; traeríamos á la memoria la célebre Ana, madre del religioso jóven de la tribu de Nephtali; evocaríamos la sombra de aquella Bethsabé tan apasionada por su bello Salomon; haríamos conmemoracion de aquella desventurada Agar, errante por los desiertos con su pequeñuelo Ismael; nombraríamos á la linda Raquel tan tierna para con su predilecto Benjamin... Mas, ¿de qué nos servirian todos estos recuerdos? ¡Ah! María escede á todas esas madres no solamente en la esencia de su maternidad, la cual nada tiene de comun con la de las demas mujeres, y por consiguiente en la intimidad de sus relaciones con el fruto de su casto seno, sí que tambien en el origen de sus maternas afectos y en el objeto en

que terminan. Ellas eran madres por efecto de una conmixtion de sexos que lleva consigo la impureza de la carne: María lo habia sido por un milagro singular de la gracia que lejos de acarrear á su pureza virginal la mas leve mancha, habiala dado un realce sobrenatural y casi divino. Ellas habian dado á luz sus hijos entre angustias y dolores, como participantes de la maldicion fulminada en el paraiso contra la Eva pecadora: María habia dado á luz su Unigénito sin experimentar ninguna de esas miserias, en un éxtasis celestial, y entre los arrobamientos del amor mas puro, porque siendo la nueva Eva prometida al mundo para reparar las quiebras de la primera, ni un solo instante participó de su culpa original. Ellas en fin, por decirlo todo en una sola espresion, eran madres de un mero hombre; María empero era madre de un Hombre-Dios. ¡Qué distancia pues tan inmensa no separa á esta criatura privilegiada de todas las demas hijas de Adan! ¡Qué ancho abismo no media entre la madre augusta de Jesus y todas las demas madres, siquiera los hijos de éstas hayan sido los mas ilustres conquistadores, los reyes mas opulentos, los mas célebres guerreros, los profetas mas ilustrados, los mas virtuosos patriarcas, los personajes mas santos y dignos!

Fuerza es pues renunciar á todo género de comparaciones, y considerar á María como una creacion escepcional, como un tipo único y sin semejante, como una obra especial de la sabiduría y bondad de Dios que agotó en su formacion todos los tesoros de su magnificencia, como una maravilla en fin de la naturaleza y de la gracia. Figuraos en efecto, M. A. O., una Virgen que entre las espinas de la concupiscencia, brota á manera de fragante rosa sin que en lo mas leve toquen aquellas á sus purpurinas hojas, porque está destinada á ser el receptáculo de la divinidad, el santuario del Altísimo, el tálamo del Espíritu Santo. Conceived una criatura que fecundada por un soplo divino queda instantáneamente hecha madre de aquel que la formara á ella misma, y por consecuencia tiene por hijo á aquel que desde la eternidad es su padre, y estrecha en su seno al que la dió el sér y la vida, y alimenta con el nectar de sus pechos al que la sostiene á ella con su omnipotencia, y ejerce sus derechos maternales sobre quien tiene el imperio y la soberania del

universo... ¡Qué fenómeno! ¡Qué prodigio! Y además ese mismo hijo que es al propio tiempo su padre, su Dios, su soberano, su señor, es tambien su hermano, su esposo, su vida, su amor, su esperanza, su consuelo, su dicha, porque sin él no la es posible experimentar el mas leve momento de paz y bienandanza. ¡Tan identificada está su alma con la de Jesús! ¡Tan estrechamente unido está su corazón con el de aquel sér infinitamente perfecto! ¡Tan íntimas son las comunicaciones entre ambos! Luego el amor de semejante madre debia estar en relacion con la grandeza de tal hijo; y de aquí no era ni podia ser un efecto puramente natural, puesto que tenia por objeto las infinitas perfecciones de la divinidad, sino que debia estar y de hecho estaba radicado en un principio sobrenatural, en la caridad inmensa de Dios de que participaba tan de cerca y de una manera singular y extraordinaria.

Sentado este principio, procuremos ahora comprender en cuanto nos sea posible el dolor intensísimo, la aflicción profunda y la honda angustia de esa madre tan amante, al contemplar á su divino Hijo en el estado lastimoso en que le pusiera la venganza judáica, ó mas bien el pecado, cruel verdugo que le dió la muerte. Veia pendiente de tres agudos clavos aquel que tantas veces habia reposado en su maternal regazo; veia traspasada con punzantes espinas, é inclinada ya hácia el suelo con el peso de la muerte aquella cabeza que con tanto cariño habia sostenido en su amoroso seno; veia apagados ya aquellos ojos que tan indefinible encanto causaban á su alma; veia pálidas y desencajadas aquellas mejillas en que sus lábios imprimieran tan dulces ósculos; veia en fin yerto cadáver aquel por quien ella suspiraba, por quien vivia, y cuya existencia habia sostenido la suya á través de tantas amarguras y sinsabores como habia devorado desde el momento en que le fueron anunciados los futuros destinos de aquel caro objeto de su amor. ¡Y si al menos le hubiese visto finalizar sus dias de otra manera menos indigna, menos cruel, menos dolorosa! Pero saber que aquel hijo suyo era inocente cual ninguno, santo mas que todos los nacidos, puro infinitamente mas que los ángeles, incapaz de incurrir en la mas leve falta; y no obstante verle condenado á un suplicio afrentoso como impostor, blasfemo, sacrile-

go, ambicioso, usurpador y culpable de los mas horrendos crímenes! Estar persuadida de que era el rey de las eternidades, el monarca de cielos y tierra, el príncipe de la paz, el Salvador de Israel, el suspirado de los siglos, el anunciado por los patriarcas, el prometido por los profetas, el objeto en fin de las esperanzas del mundo: y y sin embargo contemplarle despreciado como la mas vil de las criaturas, escarnecido como fátuo, herido como un esclavo, pisoteado como un gusano inmundo, escupido, abofeteado, maltratado, y por último muerto entre dos foragidos como su gefe y caudillo!.. ¡Ah! Ciertamente que esto escede á toda ponderacion, no hay palabras con que expresar semejante angustia. Solamente vos, oh madre amantísima, que con la ciencia altísima que os fué comunicada por el Espíritu Santo, érais capaz de conocer lo que era aquel Hijo, y que segun este conocimiento le amábais cuanto podia amar un corazon casi délfico, vos sola, sí, sabeis cuán cruel fué vuestro martirio sobre el Calvario en presencia de aquella cruz que contenia todo vuestro tesoro, toda vuestra vida, todo vuestro amor. Yo concibo todo lo que una madre puede sentir la pérdida de un hijo, cuya sangre es la misma que circula por sus venas, cuyo corazon es una parte del que late en su pecho maternal, cuya respiracion es la misma que ella alienta; comprendo cuántas deben ser las angustias de la desventurada mujer que tiene la desgracia de ver tempranamente sacrificado ante las aras de la envidia, de la rivalidad ó de la venganza, un sér con quien estaba íntimamente identificada, y que siendo la delicia de su existencia era á la vez la esperanza de su porvenir. Pero de ninguna manera me es dable concebir lo que en el Calvario padece la madre de ¡un Hombre-Dios ni las amargas angustias de su alma, sobre todo cuando además de ver á su santísimo Hijo hecho el objeto de todas las iras del cielo, veíale tambien abandonado en aquel ignominioso patibulo sin tener quien le tributase los últimos obsequios debidos á la humanidad. ¡Oh! Jamás faltó una mano bienhechora que recogiese los restos mortales del mas odioso criminal. Donde quiera la desgracia ha encontrado simpatías y aun en los paises mas incultos la exhumacion de los cadáveres ha sido mirada con religiosa veneracion. La hermana de Moisés muerta en el desierto

en castigo de sus murmuraciones, halló quien cuidase de sepultar sus cenizas. Jezabel despedazada á causa de sus liviandades y de sus irritantes intrigas, tuvo quien recogiese sus ensangrentados miembros esparcidos por el suelo. Saul sucumbiendo á manos de sus enemigos, encontró quien exhumase su yerto cadáver. ¿Y es posible que María no ha de tener ese consuelo respecto de su divino hijo Jesus, el mas puro, el mas inocente, el mas santo, el mas benéfico de todos los nacidos de mujer? ¿Con qué amargura le contemplaria en aquella cruz desamparado de todo el mundo, aun de los mismos que poco antes eran los inseparables compañeros de su existencia! ¿Con cuán honda pena recordaria los innumerables beneficios que prodigára á todas las edades y condiciones, olvidados ahora con tanta ingratitud! ¿Qué se ha hecho, diria, de aquellos que cinco dias antes le hacian un recibimiento solemne, le acompañaban con palmas y verdes ramos de olivo, y le saludaban rey de Israel, y enviado de Dios? ¿Dónde se hallan tantos como curó de sus dolencias, tantos como arrancó de las garras de la muerte, tantos como alimentó en su necesidad, tantos como consoló en sus aflicciones, tantos como protegió y defendió en la hora del peligro? Ciegos que recibisteis la vista de la mano del Nazareno, tullidos que con su contacto recobrasteis el uso de vuestros miembros, paralíticos que con una sola palabra de su boca saltásteis de júbilo y marchásteis con desembarazo, mudos que con su saliva visteis desaparecer el impedimento de vuestra lengua, viudas sin apoyo cuyo llanto enjugó, huérfanos sin amparo á quienes proporcionó toda clase de auxilios, hombres poderosos á quienes restituyó vivos sus hijos víctimas de la muerte: ¿así habeis podido olvidar en un instante á vuestro favorecedor, á vuestro amigo, á vuestro bienhechor constante y desinteresado? ¿Podeis ver sin conmoveros la afliccion de su madre que llora desconsolada el desamparo de un sér que nunca ensordeció á vuestras plegarias ni dejó de acudir á vuestras súplicas? Ahora es la ocasion oportuna de manifestar vuestro reconocimiento; ahora podeis pagarle con vuestros servicios los que él os hizo mientras vivió en este suelo ingrato. Ahora... Mas ¡ay! que ni una sola voz responde á mis ecos. Los mismos apóstoles, los discipulos de mi Hijo, los que con él gozaban

en el Thabor de los éxtasis de la divinidad, todos han huido, todos andan como ovejas desbandadas, todos temen, ninguno osa acercarse á esta funesta montaña. No hay quien me consuele, no hay quien me sostenga, no hay quien me ofrezca un liviano auxilio en mi mortal angustia, no hay quien me ayude á bajar el cadáver de mi dulce Jesus. ¡Piedad! ¡Compassion! ¡Humanidad! ¿Dónde estais? ¿Habreis desaparecido para siempre de esta tierra deicida? ¿No escuchareis los gritos de una madre la mas infortunada de cuantas llevan este nombre? ¿No hay ya mujeres que sepan lo que es el amor maternal? ¡Hijas de Jerusalem! ¡Yo apelo á vuestras entrañas; llamo á las puertas de vuestro corazon; vosotras me escuchareis, puesto que no podeis ignorar lo que es el sentimiento de la maternidad....!

En este estado contemplaba á María el doctor Seráfico toda convertida en los instrumentos de la crucifixion de su Hijo, toda abismada en aquel océano sin fondo de dolores, de sangre, de tormentos, de agonías que sufriera la sagrada victima, por cuanto todo ello se hallaba reunido en el alma de aquella Virgen mártir, de una manera incomparablemente mas sensible y cruel que si ella misma lo hubiera experimentado en su cuerpo, segun la espresion de San Amadeo.

Entre tanto lejos de encontrar el mas ligero lenitivo á su acerbo padecer, ve prepararse nuevos motivos de desconsuelo. Unas figuras siniestras aparecen sobre la cima del Calvario. Son los ejecutores de justicia que en cumplimiento de la ley van á bajar del suplicio los cadáveres de los reos, porque era la víspera del sábado pascual, y no podian quedar insepultos. Pero no habiendo espirado todavía los dos ladrones, quebrántanles las piernas para acabarles de matar, y en seguida se dirigen hácia el Salvador para ejecutar con él este mismo acto á pesar de estar ya muerto. Cierto que no llevaron á efecto este nuevo ultraje, no porque cediesen á un sentimiento de humanidad que no abrigaban, sino porque el cielo se lo impidió para que se cumpliese en Jesucristo lo que estaba escrito en el Exodo: «No descoyuntareis los huesos del Cordero (1).» ¡Mas cuánto no debió

(1) Exod. XII. 46.

aumentarse el dolor de María al ver que ya que esto no se ejecutó en la persona de su adorable Hijo, uno de los soldados enristrando su lanza atravesó el costado de Jesus y abrió en él una ancha herida de la cual brotó sangre y agua! Verdad es que aquel hierro cruel no atormentó ya al Salvador, cuya humanidad santísima era incapaz de sensacion alguna; pero en cambio hirió vivisimamente el corazon de aquella madre que sintió todas las consecuencias de la injuria hecha á la divinidad con aquella accion que solo pudo inspirar la mas vil venganza. ¡Oh mengua y baldon de los mas íntimos sentimientos de la naturaleza! ¡Así se huellan contra el unigénito de Dios las leyes mas sagradas, los mas inviolables deberes, las tradiciones todas de los pueblos desde la mas remota antigüedad! ¡Ensañarse en un cadáver! ¡Satisfacer un torpe encono en un cuerpo exánime! ¿Quién jamás vió semejante inhumanidad? Los mismos paganos se hubieran avergonzado de una accion tan indigna; nunca su crueldad hubiera llegado hasta el estremo de incurrir en tamaño desafuero, y menos aún en presencia de una madre. Cuando yo recuerdo que un Tito lloró delante de los cadáveres de los judíos tendidos en el campo de batalla; cuando leo que Caton suspiró al ver los restos mortales de aquellos romanos que sucumbieran bajo la accion de su propia venganza; cuando veo al mas esforzado guerrero del mundo, el invicto Alejandro, cubrir con su misma púrpura el ensangrentado cadáver de su mas poderoso rival; cuando veo en fin unas turbas amotinadas que preparándose á cebar su insaciable ódio en el cadáver de ese mismo capitan muerto en una sedicion popular, sin embargo, á la vista de una esposa afligida se contienen, quedan inmóviles y respetando el infortunio de aquella mujer huyen de allí sin tocar á su víctima; cuando todo esto traigo á mi memoria, no acierto á espresar cuán sensible debió ser para María aquella transfixion del pecho mas amante, mas puro, mas santo del Hijo de sus entrañas, verificada en su presencia. ¡Oh qué repugnante debió ser esta gota del cáliz de la divina venganza! ¡Con cuánta razon pudo decir entonces como la antigua Noemí: «No me llameis graciosa, sino amarga, porque el Omnipotente me ha inundado de afliccion (1)!»

(1) Ruth. I. 20.

Y en tanto, el tiempo corria, la noche avanzaba, los cadáveres de los dos malhechores habian sido bajados del patíbulo, y solo Jesus quedaba pendiente de aquel leño sin haber quien diese sepultura á sus sagrados restos. ¡Qué recuerdos tan fatídicos, qué reminiscencias tan punzadoras, qué ideas tan tristes no debian cruzarse por la mente de aquella madre infortunada! Paréceme verla como una frágil navecilla fluctuando en el inmenso océano de su afliccion, azotada por el huracan impetuoso de encontrados pensamientos, sin norte, sin guia, sin piloto, porque toda ella se halla quebrantada y hecha menudos pedazos por las continuas oleadas de su mismo amor maternal que la abisma y anonada. Mas afortunada fué la antigua Raquel, pues si bien lloró la pérdida de caros hijos muertos por las calles y plazas de Jerusalem, tuvo al menos el consuelo de ver tributar á sus cadáveres el honor de la inhumacion. Menos desgraciada fué la antigua Respha, pues aunque experimentó la angustia de ver á sus dos hijos morir en una cruz, tuvo siquiera el leve consuelo de no ver sus restos mortales devorados por las aves del campo, merced á la compasion que su pena inspiró á David, quien los sepultó juntamente con los cadáveres de Saul y Jonathás. Tú sola en el mundo, oh madre benditísima, no tienes quien se compadezca de tu dolor; á nadie sabes inspirar un leve sentimiento de piedad; todo para tí enmudece en la naturaleza, todo en la tierra es soledad espantosa, cruel aislamiento, desamparo profundo. Y en el cielo, ¿no hay tampoco quien escuche tus gemidos? ¿No hay quien se condele de tu situacion? ¿No eres tú la llena de gracia y bendita entre todas las mujeres? ¿Pues por qué no desciende del empireo el celestial parainfo que en Nazareth te dirigia un saludo tan lisonjero? No eres la paloma querida del divino esposo? ¿Pues cómo ahora te abandona en tan triste viudez? Y si no por tí, tan pura, tan inocente, tan casta, tan amante, al menos por ese Hijo de tu corazon en quien el Padre eterno depositó todos los tesoros de su magnificencia, ¿posible será que nadie se interese? ¿Habrà de permanecer insepulto el que en su infancia recibia los dones preciosos de Oriente, y veia postrados á sus plantas á los reyes de Arabia y de Sabá? Y vosotros, ángeles de paz que en su cuna le rodeábais entonando himnos de glo-

ria y prez, ¿cómo no venís ahora á honrar el fúnebre cortejo de vuestro eterno Monarca? ¡Justicia divina! ¿Hasta cuándo has de tener suspendida tu espada sobre esa víctima de la caridad mas ardiente y pura? ¿Hasta cuándo, oh cielos, habeis de ser insensibles al quebranto de una madre incapaz ya de tolerar mas amarguras? ¡Piedad, Señor, piedad para la ovejuela sin mancha que nunca tuvo otro delito mas que su amor maternal hácia el Cordero inmolido en el Calvario! ¡Piedad para una Virgen que siempre permaneció fiel y resignada á las voluntades supremas de la Providencia! ¡Piedad para una madre que ha apurado ya hasta la última hez del cáliz de la tribulacion!

Mas ya al fin los suspiros de esa alma tan cándida han penetrado en las regiones celestiales; ya su plegaria ha sido escuchada por Dios; ya el Omnipotente satisfecho con la expiacion que le ha ofrecido esa nueva madre de los vivientes, ha dispuesto que se tributen á su hijo los últimos honores del sepulcro. Ved, ya se acercan dos ilustres hebreos, dos virtuosos varones suscitados por el cielo para llenar respecto del Salvador la mision mas alta y sublime. Con valor intrépido Joseph y Nicodemus han desafiado las iras de la Sinagoga, han despreciado la animadversion de la impiedad judáica, han reclamado del gobernador romano el derecho de sepultar el cadáver del Crucificado, y obtenida al efecto la competente autorizacion, trepan la escarpada cima del monte, provistos de todo lo necesario para cumplir tan doloroso al par que honroso deber.

SALEN LOS SACERDOTES QUE FIGURAN Á JOSEPH Y NICODEMUS.

Subid, subid, insignes israelitas que no os habeis contaminado con el horrendo crimen que pesa sobre esa nacion réproba; apresurad el paso, ángeles de paz enviados por el cielo á derramar el bálsamo del consuelo sobre un corazon despedazado de dolor. Bien venidos, oh dichosos exploradores de la tierra prometida, que vais á recoger las primicias de ese árbol frondoso de donde brota la salvacion y la vida para todo el universo. Ni un solo instante suspendais la ejecucion de los piadosos designios que os traen á esta montaña cuajada

de maravillas. No es este el monte Gelboe herido por la maldición divina en donde ni el rocío ni la lluvia han fecundizado jamás una tierra estéril; la sangre del Cordero ha regado este terreno de hoy mas bendito y venturoso de donde verá el mundo correr las caudalosas corrientes de la gracia que han de llevar la abundancia de los dones celestiales á la nueva Sion.

ADORAN EL MONTE CALVARIO.

Mas no os atreveis á pisar un suelo santificado con la huella del hijo de Dios, sin haberos antes postrado con la mas profunda reverencia. Mirad que este es el verdadero Sinaí en donde el Supremo legislador ha publicado el nuevo código que ha de regir á todas las naciones. La gloria y la magestad del Omnipotente residen en este lugar aunque invisibles. Verdaderamente este sitio es terrible: aquí está la casa de Dios y la puerta del cielo. Ved al fuerte de Israel que ha sucumbido bajo la venganza de un pueblo cruel y sanguinario: pero no dudeis que ese mismo que se ofrece á vuestra vista cual Cordero sacrificado por los pecados del mundo, es el leon de la tribu de Judá á quien ha sido dado abrir los sellos del gran volumen de los humanos destinos que nadie hasta ahora pudo quebrantar. Adorad pues al unigénito del Padre, al eterno reconciliador del cielo y de la tierra, al Hombre-Dios que con su sangre preciosa ha rescatado á todo el linage humano.

SE POSTRAN ANTE LA VIRGEN.

Acercaos luego á esa otra tierra misteriosa de donde brotó el pimpollo mas hermoso de los campos, y la azucena cándida de los valles. Saludad á María madre dignísima de esa preciosa víctima, y víctima tambien ella del amor maternal. Ella es el tabernáculo que escogió el Verbo para morar en él hecho hombre, y obrar el gran misterio de la redencion. En su seno fué concebido en tiempo el que en la eternidad habita una luz inaccesible. Por ella nos fué dado ese Mesías deseado de todos los siglos y pedido por todas las genera-

ciones. Ella le ha ofrecido generosa sobre el Calvario como una hostia propiciatoria, y ha compartido con él las angustias y tormentos de la pasión. Solo espera de vosotros el breve consuelo de que la bajeis de ese leño en que está pendiente su vida y su amor; y no dudeis que su agradecimiento escederá al servicio que vais á prestarla.

SUBEN Á LA CRUZ Y CIÑEN EL SACRATÍSIMO CUERPO CON UN VELO.

Subid pues, oh varones de Galaad, subid á esa cruz sin demora, pues ya la Virgen hija de Jerusalem no puede tolerar por mas tiempo la privacion del tesoro que mas la enriquece, y ansía el momento de estrechar en sus brazos á su amado hijo. Mas ¡ay! ved la ignominiosa desnudez á que se mira reducido el divino Noé por la raza maldecida de Cham. Cubrid ante todo el pudor de ese nuevo Adán, espuesto á la vergüenza pública no por efecto de su propio pecado, que nunca cometió, sino en expiacion de las ajenas iniquidades que vino á tomar sobre sí. Sostened luego ese cadáver sangriento en el que se cebó la envidia, el ódio, la cruel venganza de un pueblo desacordado é ingrato á quien no hizo mas que favorecer y amar. Cuidad de que no caiga en tierra ese bello racimo de las viñas de Engaddi, cuyo licor embriaga el alma de felicidad y cura todas las humanas dolencias. Tened presente que si bien ese cuerpo inanimado ya nada puede sufrir, pudiérais muy bien lastimar el corazón de su madre y aumentar el dolor que la tiene abatida y casi exánime.

QUITAN EL TÍTULO DE LA CRUZ.

Mas antes de comenzar vuestra piadosa tarea, quitad ese título que corona la Cruz del Salvador. Recoged con veneracion ese público testimonio de la grandeza y soberanía del monarca invisible de los siglos. En vano la impiedad judáica intentó arrancar esos caracteres escritos bajo una inspiracion divina por mano del mismo juez que condenó á Jesus á morir en un patíbulo, porque en ellos se hallan consignados los verdaderos dictados de esa victima augusta.

Leed: *Jesus Nazareno , rey de los judios.* ¡ Oh título glorioso! ¡ Oh trofeo imperecedero de la régia dignidad del Crucificado! Ese lema sagrado pasará de generacion en generacion para proclamar donde quiera el imperio eterno del que en el madero santo triunfó del infierno, sojuzgó á la muerte, dominó la tierra y estendió su poderio desde el uno al otro mar y hasta los mas remotos confines del orbe.

PRESENTAN EL TÍTULO Á LA VÍRGEN.

Dad á leer, varones santos , ese título sublime á la dolorida madre del Redentor. ¡ Oh Maria, reina de los ángeles, de los arcángeles, de los tronos, de las dominaciones y potestades! ¡ Oh soberana princesa del Empíreo, ante quien se postra rendida toda la creacion! Dá si es posible una ligera trégua á tu dolor, para saborear ese misterioso emblema que perpetúa el reinado de tu Unigénito de la manera mas solemne, á despecho de una nacion que envidiosa de su gloria quiso quebrantar para siempre su cetro inmortal. En él se dice que el nombre del Crucificado era *Jesus*, el mismo que un enviado celestial te anunció antes de que le concibieses en tu castísimo seno, el mismo que recibió en su circuncision, cuyo significado es Salvador, porque él fué el destinado á salvar la humanidad del cautiverio de la culpa. En él se dice que fué *Nazareno*, porque en Nazareth vivió en tu compañía formando las delicias de tu existencia, y porque se realizó la alegoría de este nombre, que es la flor, simbolo del candor y de la inocencia. En él por último se le denomina *rey de los judios*, y lo fué, y lo será mal que pese á esa raza ingrata que pretendió disputarle sus derechos y preeminencias, negando su origen y desconociendo su mision. Y reinará no solamente en la casa de Jacob como lo anunciaron los profetas, si que tambien en todos los pueblos de la tierra, donde será adorada su cruz y venerado su Evangelio.

QUITAN LA CORONA DE ESPINAS DE LA CABEZA DEL SALVADOR.

¿ Qué haceis, sacerdotes del Señor? ¿ Por qué no arrancais de las

sienes del divino Salomon esa ensangrentada diadema que le ciñó su infame madrastra la Sinagoga cruel en el día de sus ignominias? No pertenece al Rey de la gloria esa corona tejida por el ódio, fabricada por la venganza, y colocada en la cabeza del inocente Nazareno por la malignidad de los hijos de Ephraim. Quitad, quitad luego ese emblema de burla y escarnio con que la fecunda imaginacion de unos verdugos sanguinarios logró á la vez mofarse de su rey, y atormentar á su víctima..... ¿Mas qué digo? No, no es ya un objeto de humillacion y de tormento esa corona santificada con el contacto del Hijo de Dios. El la ha trocado en trofeo de grandeza, en símbolo de honor, en instrumento de felicidad, porque ella nos ensalza en nuestro abatimiento, nos consuela en nuestra afliccion, nos alienta en nuestra desgracia, nos fortalece en nuestra debilidad, y nos hace participantes del reinado espiritual de Jesucristo.

LLEVAN LA CORONA Á LA VIRGEN.

Presentádsela á esa madre afligida para que vea la obra de nuestros delitos. ¡Oh divina Bethsabé, reparad cual ha parado á vuestro bello Salomon nuestra torpe ingratitud, nuestro loco orgullo, nuestra vergonzosa sensualidad, nuestras pasiones todas: pues ellas son las verdaderas espinas que brotó la tierra maldecida de nuestro corazon para atormentar á vuestro santísimo Hijo. ¡Así es como los hombres hemos tratado al que nos coronó de gloria y honor haciéndonos poco inferiores á las celestiales inteligencias! ¡De este modo hemos cambiado en diadema de tribulacion esa diadema de inmortalidad que recibió de su Padre antes de comenzar los siglos! Pero no olvidéis, madre angustiadísima, que con esas espinas quiso Jesucristo curar nuestras dolencias espirituales. Aceptádaslas por tanto ya que con el título de reina de los afligidos, de los atribulados, de los que en este mundo padecen bajo el peso de la adversidad, recibísteis tambien el dulce nombre de madre misericordiosa y clemente de todos los pecadores.

SACAN EL CLAVO DE LA MANO DERECHA.

Y vosotros, virtuosos varones, daos prisa á desclavar la mano derecha del Redentor. Caiga cuanto antes ese clavo que tiene apriisionada la diestra omnipotente del Hijo del Excelso, por quien fueron fabricados el sol, la luna, los astros que embellecen el firmamento, la aurora y el dia, y todo cuanto en el cielo y en la tierra publica la magnificencia del supremo Criador. ¡Oh! No fuiste tanto tú, clavo cruel, el que tan fuertemente sujetaste esa mano que hundió en los abismos la prepotencia de los Faraones y desvencija los ejes del globo; el amor, la caridad, la misericordia, fueron los verdaderos instrumentos de este suplicio; porque preciso era que un Hombre-Dios fuese clavado en un madero para que con él quedase eternamente humillado y sujeto el soberbio Lucifer, y los esclavos hijos de Adan recobrasen su perdida libertad.

SACAN EL CLAVO DE LA MANO IZQUIERDA.

Soltad asimismo esa mano siniestra con la que el esforzado Sanson ha derrocado el poder de los nuevos filisteos, y abierto una abundante vena de gracia y de felicidad para el cristiano Israel heredero de las promesas que el antiguo pueblo desechó infiel y desagradecido. ¡Y ved el gran prodigio obrado con la perforacion de esa mano divina! Ella que antes descargaba sus iras sobre las naciones rebeldes, ella que sembraba el luto y la muerte en medio de Egipto para castigar su incredulidad, ella que vertía torrentes de fuego sobre unas ciudades abominables por sus crímenes, ella que despoblaba completamente la tierra con espantosas inundaciones, desde que fué clavada en ese leño, ya no sabe sino verter raudales copiosísimos de gracia y de bondad, implorar la clemencia de su Padre en favor de la humanidad desgraciada, y derramar bendiciones sin cuento sobre un mundo objeto de su ternura y compasion.

SACAN EL CLAVO DE LOS PIÉS.

Tambien es ya tiempo de que queden desembarazados esos piés

sacratísimos que corrieron á evangelizar la paz al universo; esos piés que siguieron á través de las breñas á la oveja perdida en el desierto; esos piés que por do quiera dejaron marcado su tránsito con los más insignes beneficios. Ellos que fueron heridos por nuestros pecados nos aseguran de hoy más la posesion de una patria de que estábamos desterrados para siempre. Delante de nosotros marchará como conquistador glorioso, y en pos de él iremos nosotros, toda vez que siguiendo su ensangrentada huella no nos separemos un ápice del estrecho y áspero sendero que nos dejó trazado.

PRESENTAN LOS CLAVOS Á LA VÍRGEN.

Tomad ahora esos clavos, venerables israelitas, y presentádselos á María. Muy dolorosa debe seros, Señora, la aceptacion de esa ofrenda; no poco debé desgarrar vuestro corazon maternal el recibir en vuestras manos esos crueles instrumentos del suplicio de vuestro caro hijo. ¿Cómo podríais no estremeceros á la vista de ese hierro deicida? Mas aceptad, reina de los mártires, aceptad esos clavos por nuestro amor, siquiera hayan de acrecentar vuestro martirio. En el candente hogar de nuestras malas pasiones fueron preparados; en el yunque de nuestros vicios fueron aguzados; el martillo de nuestras iniquidades los introdujo en aquellas manos y en aquellos piés deíficos. Obra fué todo de nuestra maldad; pero también fué la obra del amor de nuestro Salvador que así quiso prepararnos con sus llagas unas fuentes perennes de santificacion y de vida eterna.

BAJAN EL SAGRADO CUERPO DE LA CRUZ, Y SE LO ENTREGAN Á LA VÍRGEN.

Ya pues que todo está concluido, ¿qué resta, oh ilustres varones, sino que bajeis de la Cruz ese cadáver sacratísimo y lo devolvais á aquella madre angustiada que le espera con vivas ansias? Entregad, sí, esa arca misteriosa de la nueva alianza á la que fué su augusto santuario. Y vos María, recibid ese depósito de infinito valor que os robó la venganza judáica. ¡Oh! ¡Cuán demudado torna á vuestros

brazos! ¡Cuán distinto está de cuando por última vez os despedisteis de él en el cenáculo! ¿Reconoceréis en ese cadáver yerto, denegrido y ensangrentado al que con tanto gozo disteis á luz en la humilde Ephrata, al que pequeñuelo dormíais en vuestro regazo, al que en su infancia os embelesaba con su sonrisa celestial, al que siempre y en todas partes causaba vuestro encanto y vuestra dicha? Ved si son esos aquellos ojos que semejantes á dos luceros deslumbraban al mismo astro del día. Ved si son esas aquellas megillas de carmin, envidia y embeleso de las hijas de Jerusalen. Ved si son esos aquellos lábios rubicundos como la escarlata de donde fluía la suavidad y la dulzura de la gracia. Ved si son esas aquellas manos que la esposa de los cánticos comparaba al torneado márfil. Ved si son esos aquellos piés semejantes al oro mas bruñido. Ved en fin si es ese aquel pecho parecido á un ancho volcan en donde fermentaba y se alimentaba el amor mas puro y sublime. ¡Ah! Estinguióse para siempre el astro que os iluminaba, se eclipsó el sol que vivificaba vuestra alma; dejó de existir el que era vuestro gozo y vuestro consuelo. El escogido entre millares yace en vuestro seno sin beldad y casi sin aspecto humano. ¿A quién os compararé, oh vírgen, hija de Sion? Inmenso es como el océano vuestro dolor, profunda como el abismo vuestra angustia. ¿Quién os proporcionará consuelo? Ni los ángeles, ni los hombres, ni el cielo, ni la tierra son bastantes á calmar vuestra pena.

PRESENTAN EL CUERPO AL PUEBLO.

Contemplad pues, mortales, la víctima del pecado. Ved en qué estado tan lastimoso ha puesto á Jesucristo la iniquidad humana. Volvedle, santos varones, volvedle hácia ese pueblo para que pueda contemplar á su sabor el bárbaro triunfo de sus pasiones: porque ellas, mas que el ódio de la Sinagoga, fueron las que obligaron al Hijo del Eterno á hacerse hombre, al Dios inmortal á padecer en carne mortal, al rey de la gloria á ser crucificado como esclavo, al Santo por esencia á morir ajusticiado como el mas infame criminal. Ved ahí al que por un mero impulso de su infinita caridad aceptó la responsabilidad de los delitos de un mundo réprobo. Ved al que por

redimiros de la mas innoble servidumbre no dudó escoger por cuna un pesebre, por palacio un establo, por trono una Cruz. Ved cuántas heridas ha abierto en su cuerpo inocentísimo nuestra soberbia, cuántas llagas le ha causado nuestra lascivia, cuánta sangre le ha hecho verter nuestra ira, cuántos cardenales le ha costado nuestra ambicion, cuántos dolores le han ocasionado nuestros desordenados deleites, cuántos tormentos han multiplicado sobre él nuestra loca vanidad, nuestra maledicencia, nuestras blasfemias y nuestros delitos de todo género, innumerables como los cabellos de nuestra cabeza. Pero ved al propio tiempo al que bien presto resucitado y glorioso tornará á presentarse como soberano legislador y árbitro de los humanos destinos, y un dia residenciará como juez supremo de vivos y muertos ante su inapelable tribunal á todos cuantos habitan la tierra, porque en sus manos ha puesto el Padre el imperio de todas las cosas, y á él deben someterse los reyes y los príncipes, los grandes y los sábios, los pueblos y las naciones. ¡Y ay de aquel que en el gran día de la expiacion no fuere digno de obtener sus piedades! ¡Ay del que entonces cayere bajo el cetro de su inexorable justicia! Entonces conocerá el mundo cuán impiamente le crueificó, entonces se persuadirán los malos cristianos cuán desacertados anduvieron en ofender á ese Dios-Hombre, á quien servir es la mayor dignidad; obedecerle la mas dulce libertad; rendirse á él el mas alto honor; sufrir por él la mas positiva gloria; amarle la mas suprema felicidad.

CONDUCEN EL CADÁVER AL SEPULCRO.

Entre tanto, ya es tiempo de conducir á Jesus á su última morada; justo es que descanse en el sepulcro ese sagrado cuerpo que durante tantas horas ha permanecido en la Cruz. ¿Mas cómo arrancar de los brazos de María ese precioso depósito? ¿Cómo privarla de ese tesoro inestimable? ¡Trance fatal! ¡Instante cruel! Madre alligidísima, ¿es posible que hayais de beber este último trago del cáliz amarguísimo de la divina justicia? ¿Habreis de quedar viuda sin esposo, huérfana sin padre, sola y desamparada sin hijo, aislada sin Dios? ¿Habreis de resignaros á entregar ese cadáver que si bien os causa la

mas indefinible angustia, es tambien vuestro único consuelo en tan mortal quebranto? ¿Quién os iluminará faltándoos la luz de vuestros ojos? ¿Quién cicatrizará las hondas heridas de vuestro maternal corazón separándoos del único lenitivo capaz de neutralizar su accion cruel? ¿Quién os fortalecerá cuando ya no veais á aquel que constituye vuestro valor? ¿A quién os volveréis cuando os hayais separado del que es vuestra esperanza? Preciso es empero que consumeis el sacrificio de vuestro dolor y de vuestra resignacion sublime, ya que Jesus consumó la oblation de su obediencia y de su amor. Inclina, oh inocente obejuela, tu cuello bajo la cuchilla del sacrificador. Tributa el último homenaje de tu sumision á los altísimos decretos de la Providencia. Acepta esa copa de hiel que el cielo te ofrece y apúrala para hacer mas meritorio y aceptable el holocausto que acabas de ofrecer en el Calvario.

Y nosotros, M. A. O., al separarnos de Jesus y de Maria, despues de haber depositado nuestros corazones en esa tumba sagrada en que vá á reposar el tesoro mas precioso del mundo, despedámonos de esos dos caros objetos de nuestra alma, y con lágrimas de contricion y de amor, digamos: «Adios Jesus amantísimo, vida de nuestra vida, apoyo de nuestra existencia, sosten de nuestra debilidad, esperanza de nuestra dicha. Adios Salvador divino, salud de nuestras dolencias, consuelo de nuestras penalidades, bálsamo de nuestras llagas, remedio de nuestros males. Adios Redentor augusto que con vuestras ignominias nos ennoblecisteis, con vuestros ultrages nos honrásteis, con vuestros dolores nos rescatásteis, y con vuestra muerte nos comprásteis el reino caestial. ¡Plegue al cielo que pronto tornemos á unirnos á vos, resucitados con vuestra gracia á una nueva vida, y dignos de compartir con vos la gloria de vuestros destinos! Y vos Virgen, la mas angustiada y dolorida, recibid el último tributo de nuestra piedad y amor. Adios, pues, vida, dulzura y esperanza nuestra. Adios consuelo de atribulados, socorro de afligidos, apoyo de los tristes, reina de los mártires, norte de los descarriados, estrella bonancible de los que vogan en el mar inmenso de este mundo. Adios madre de la gracia, madre de la misericordia, madre de la piedad, madre de los pecadores. No olvideis

ese título que habeis recibido al pié de ese madero santo de los lábios de vuestro agonizante hijo. No olvideis que hijos vuestros somos por adopción, y que entre vuestras maternales angustias nos disteis á luz en el Calvario. Tened presente que todos los derechos de vuestro Unigénito nos han sido trasmitidos por él mismo en una de las cláusulas de su último testamento. Acogednos pues bajo vuestro manto, protegednos como la gallina á sus polluelos, defendednos de los enemigos de nuestra salvacion, obtenednos el perdon de nuestras culpas, y haced que por los méritos de la muerte de Jesus, y de vuestros crueles dolores, logremos en esta vida los auxilios necesarios para servir y agradar al Señor, y en la otra consigamos la recompensa eterna de los justos, y la corona de la inmortalidad.»

SERMON

SOBRE EL ENTIERRO DE JESUCRISTO.

EL MISTERIO DE LA SEPULTURA DE JESUCRISTO CONTRIBUYÓ PODEROSAMENTE Á DESARROLLAR EN EL MUNDO LA FÉ EN SU DIVINIDAD Y Á CORROBORAR EN LO SUCESIVO EL SENTIMIENTO DE LA UNIDAD CATÓLICA.

Et ecce vir nomine Joseph qui erat decurio, vir bonus et justus ab Arimathæa civitate Judææ... Hic accessit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu: et depositum involvit sindone, et posuit eum in monumento excisso, in quo nondum quisquam positus fuerat.

Entonces se dejó ver un senador llamado Joseph, varon virtuoso y justo, oriundo de Arimathæa, ciudad de la Judea. Este se presentó á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesus; y habiéndole descolgado y envuelto en una sábana, le colocó en un sepulcro abierto en Peña Viva, en donde ninguno hasta entonces habia sido sepultado.

LUC. XXIII. 50 ET SEQ.

LLEGÓ por fin M. A. O. el día de los triunfos de Jesucristo; concluyéronse sus ignominias; y á los pasados ultrajes con que un pueblo incrédulo y vengativo pretendió empañar la gloria, la magestad y la soberanía del Nazareno, van á sucederse las honras, los homenajes, y los testimonios mas brillantes de una fé sincera y de una tierna piedad con que la nueva Iglesia, que ha entrado á reemplazar á la desheredada Sinagoga, comienza ya á proclamar públicamente la divinidad de la víctima del Calvario. Sí: allí al pié de aquel madero santo de la Cruz brotaron los primeros frutos del árbol de la vida. Allí se ofrecieron al Salvador las primicias de ese sentimiento que viene formando á través de los siglos el núcleo, la fuerza y la invulnerable estabilidad del imperio espiritual del rey de las eternidades.

Allí comenzó esa prodigiosa unidad de creencias que, eslabonando unas con otras las inteligencias bajo unos mismos dogmas, se estien- de por todas las naciones del globo formando de todas ellas una sola nacion, un pueblo idéntico, el pueblo cristiano, el pueblo fiel, el pueblo creyente, el pueblo que ha de sobrevivir á la ruina de todos los demas que no aceptan la fé y la doctrina del Evangelio. De allí en fin arranca esa larga descendencia prometida al Hombre-Dios en premio de sus fatigas y afanes, en indemnizacion de sus tormentos y dolores, como lo tenia predicho el Señor por su profeta con estas memorables palabras: «¿Quién será capaz de explicar su genera- »cion? Él ha sido arrancado de la tierra de los vivientes para expia- »cion de las maldades de mi pueblo. Él ha descendido á la oscuridad »de un sepulcro despues de morir como un malhechor: pero en »cambio tendrá por premio de su abnegacion la conversion de los »impíos, y los poderosos le tributarán sus homenages, y le será »dada una estirpe numerosa por fruto de sus angustias, y justifi- »cará á muchos con su doctrina. Una gran muchedumbre de na- »ciones formará su herencia, y repartirá los despojos de los fuertes, »ya que voluntariamente ha sacrificado su vida, y ha muerto entre »los foragidos (1).»

Y en efecto, católicos, ¿quién no ve en la sepultura de nuestro divino Redentor Jesus el exacto cumplimiento de esta bella profecía? ¿No fué en esta ocasion cuando comenzó esa prolongada série de portentosos triunfos que la fé cristiana viene reportando en toda la tierra? ¿No puede decirse con verdad que el sepulcro del Crucificado fué el punto de partida de donde surgió esa maravillosa generacion de apóstoles, de confesores, de mártires, de doctores, de virgenes que entretejen la preciosa aureola de la victima del Calvario? ¿No fué en el sepulcro donde se le tributaron los primeros actos de adoracion, y los obsequios de una piedad sincera por los personajes mas ilustres y poderosos de aquella misma nacion que sacrificó á su furor al Justo por excelencia, ejemplo que desde entonces han seguido los reyes, los príncipes, los magnates, las notabilidades todas

(1) Isaïæ, LIII. 8. et seq.

del mundo? Y desde que el sepulcro se abrió para recibir el tesoro mas rico, el depósito de mayor valía, el cadáver sacratísimo del Hijo de María; desde que allí vertieron sus lágrimas y derramaron sus olorosos perfumes Joseph de Arimathea y Nicodemus, el discípulo amado y las piadosas mujeres que honraron los funerales del Salvador, ¿ha cesado de ser ese sepulcro el objeto de una perpétua ovacion, viéndose venir de todos los puntos del globo numerosos peregrinos á presentar sus ofrendas, multitud de sábios á manifestarle su respetuosa veneracion, augustos monarcas á enriquecerle con sus dones, penitentes fervorosos á implorar las piedades del cielo, y aun carabanas de infieles á admirar ese monumento imperecedero del hecho mas célebre que narra la historia?

Tales son, M. A. O., las grandiosas ideas que brotan en mi mente al recordar esa escena que el catolicismo renueva espiritualmente en este dia. Estudiemos pues los altos designios que se propuso el cielo en la sepultura del Redentor; observemos las circunstancias que acompañaron á este acto, admiremos los resultados que obtuvo; y nos convenceremos de que «si por una parte contribuyó poderosamente á desarrollar en el mundo la fé en la divinidad de Jesucristo, no contribuyó menos á corroborar en lo sucesivo el sentimiento de la unidad católica.» Hed aquí el asunto que me propongo desentrañar en el presente discurso, despues de haber obtenido los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la que es su conducto y fuente inagotable.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Es indudable, M. A. O., que al permitir el cielo que el cadáver sangriento de Jesucristo quedase espuesto en la Cruz despues de haber sido recogidos los cuerpos de aquellos dos criminales que murieron á su lado, se proponia designios de alta sabiduría y de infinito amor hácia el mundo. ¿Cómo hubiera podido éste asegurarse

en la creencia de que el Crucificado no era un mero hombre, y si un Dios verdadero, aunque revestido de la humana naturaleza, si aquel cuerpo purísimo hubiese sido confundido con el de los compañeros de suplicio, mancillado por el contacto de unas manos impuras, y arrojado en la huesa comun de los criminales? Y ya que en todas las circunstancias de su pasion y muerte habia demostrado su perfecta humanidad sujeta al dolor y á los tormentos, ¿cómo hubiera probado su divinidad si las condiciones de su sepultura no hubiesen alejado toda sospecha respecto á su futura resurreccion verificada tres dias despues de su muerte? Este era efectivamente el gran fenómeno á que estaba ligada digámoslo así toda la economía del cristianismo, de donde pendia todo el sistema del nuevo Evangelio que iba á predicarse en el mundo: y por lo tanto convenia que los antecedentes fuesen tales y tan claras y palpables las pruebas de este hecho, que por ningun concepto pudiera dudarse que aquel mismo que habia sido sepultado era y no otro el que triunfante de la muerte resucitaba glorioso del sepulcro. De lo contrario, dice San Pablo, sin este desenlace misterioso de nada nos hubieran servido las ignominias del Crucificado, estériles hubieran sido sus tormentos, infecunda su muerte, de ningun valor su sangre. Jesucristo hubiera sido un personage ilustre, un justo perseguido, un mártir magnánimo y nada mas, pero de ninguna manera un Dios; y por consiguiente, ni se hubiera verificado nuestro rescate, ni hubieran quedado satisfechas nuestras deudas; nuestras cadenas subsistirian, nuestra esclavitud continuaria aun, y todas nuestras esperanzas hubieran quedado fallidas, y nuestra fé careceria de un motivo infalible, y finalmente el cristianismo seria un absurdo, la predicacion del Evangelio impotente para conquistar el dominio de la inteligencia, y la redencion una mentira (1). Es pues innegable que si la resurreccion del Salvador es la piedra fundamental del grandioso edificio de la religion, el misterio de su sepultura es el que evidencia y hace palpable ese dogma, bien así como el de su muerte, y

(1) Si Christus non resurrexit, vana est fides vestra: adhuc enim estis in peccatis vestris. (I. Corint. XV. 17.)

por lo tanto el que preparó el desarrollo de la fé en la divinidad de Jesucristo, como afirma el mismo apóstol (1).

Por eso plugo á la divina Providencia que todas las circunstancias que concurriéron en este acontecimiento fuesen singulares y notables. ¿ Quiénes son en primer lugar los elegidos para tributar al Salvador este último obsequio de piedad? ¡ Ah! No son los apóstoles, que á escepcion de Juan andan errantes y fugitivos por temor á las iras del Sanhedrin: no son los discípulos, los deudos ó amigos del Crucificado, que se hallan ausentes de aquel sangriento teatro, pues todos han abandonado á Jesus en la hora del peligro. Son, sí, dos personajes ilustres de la Judea, llamados Joseph y Nicodemus, oriundo el primero de Arimathéa, hombre opulento y virtuoso á la par, senador del reino, miembro del gran consejo de los setenta ancianos, y generalmente respetado por su posicion independiente y por su notoria probidad; y príncipe de los judíos el segundo é individuo tambien del Senado conforme al sentir de muchos intérpretes. Estos dos israelitas, discípulos ya aunque ocultos de Jesucristo, y que á pesar de su representación política jamás se asociaron á los pérfidos designios de la Sinagoga, son los llamados á cumplir la mision mas honrosa que pudo haber á hombre alguno cual fué la de dar sepultura al hijo de Dios. Joseph desafiando la animadversion de sus conciudadanos y el encono de un pueblo ciego y amotinado, no teme declararse públicamente adicto al Nazareno, y cuando nadie hay que levante la voz en defensa de aquella victima, cuando ni una mano bienhechora se ofrece á bajar su cuerpo del patíbulo, cuando los unos por no contraer la impureza legal inherente al contacto de un cadáver, los otros por miedo de incurrir en la nota de afiliados en las banderas del llamado impostor, quiénes por odio, quiénes por cobardía, no pocos por miras y respetos humanos, los mas por espíritu de aversion sistemática, todos abandonan al Crucificado y se niegan á sepultar sus restos mortales, solo aquel varon justo se presenta al gobernador Pilatos á pedirle el cuerpo de Jesus. Y notad que,

(1) Predestinatus est Dei Filius ex resurrectione mortuorum. (Ad Rom. I. 4.)

segun refiere San Marcos, en su continente, en su voz, en sus maneras distinguidas é independientes se manifiesta lleno de intrepidez y de valor, no como quien suplica, sino como quien reclama un derecho, no en ademan de quien espera una gracia, sino de quien solicita justicia (1). Observad asimismo que Pilatos antes de otorgar á Joseph su demanda, no satisfecho con su dicho á pesar de ser persona tan respetable, envia á un centurion para asegurarse de que el Crucificado habia realmente espirado (2); y sólo cuando hubo recibido una respuesta afirmativa dió al de Arimathéa el permiso solicitado (3). Entonces fué cuando asociándosele el piadoso Nicodemus, ambos se dirigieron al Calvario provistos de esencias olorosas, de esquisitos perfumes, de composiciones aromáticas: y rivalizando en amor y ternura, descolgaron de la cruz el sagrado cadáver, ungiéronle con la mas respetuosa veneracion, y le envolvieron en un blanco y fino lienzo para depositarle en el sepulcro que Joseph habia mandado escavar en una roca para sí mismo, y en donde por lo tanto nadie habia sido enterrado.

No sin una especial inspiracion han consignado los sagrados evangelistas todas estas circunstancias con una escrupulosa minuciosidad, pues ellas son otros tantos testimonios que confirman la veracidad de la muerte del Salvador y por consiguiente de su resurreccion. Si los apóstoles, amigos ó parientes de Jesucristo hubiesen intervenido en su entierro, ¿no hubiera podido decirse que á trueque de llevar adelante la impostura habian fingido lo que realmente no existia? Pero cuando al contrario los que tributan al Redentor este piadoso obsequio, son dos hombres cuyas cualidades les ponen á cubierto de la menor sospecha, cuyos antecedentes son intachables, y por el rango que ocupan en la sociedad, y por su proverbial honradez y por su carácter franco y veraz son incapaces de doblegarse ante el soborno ni de ceder á ninguna pasion innoble; cuando á mayor abundamiento el Centurion mismo que presencié la ejecucion por mandato

(1) Audacter introivit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu. (Marc. XV. 43.)

(2) Ib. 44 et seq.

(3) Ib. 45.

11. XIX. anol. (1)

23. IIIXX. on.1 (2)

00. IIIVXX. d.11.16 (3)

del gobernador romano fué el comisionado para cerciorarse y dar fé de la muerte del sentenciado; cuando el descendimiento del cadáver, su embalsamamiento y entierro se verificaron públicamente en presencia de personas interesadas en denunciar el menor fraude si hubiese existido, como lo eran los soldados que custodiaban al reo y los demás que con carácter oficial ó sin él asistieran al sangriento drama: ¿qué duda podia quedar acerca de la identidad de la persona en los acontecimientos ulteriores? (1) Así es como el cielo preparaba el triunfo de la fé cristiana por unos medios al parecer casuales, y que á la verdad no eran sino circunstancias providenciales encaminadas á un fin altísimo y de las mas graves consecuencias! ; Así es como Dios permitia que sobre el sepulcro de su Hijo se arrojasen los fecundos gérmenes del árbol frondoso del cristianismo, que en breve debía estender sus ramas por todo el universo, llevando donde quiera los frutos de la redencion! Por eso quiso que la muerte del Nazareno quedase justificada por el testimonio desapasionado del que en representacion del imperio romano habia asistido á la ejecucion de la sentencia: para que en ningun tiempo la envidia de los fariseos, la hipocresía de los escribas, el ódio envenenado de los sacerdotes, ó la intriga de los pérfidos judíos tuviese el menor motivo de negar un hecho que habia recibido el sello de la mas escrupulosa legalidad. Por eso dispuso que el monumento en que fué enterrado estuviese á poca distancia del sitio de la crucifixion: (1) para que pudiendo presenciar su entierro cuantos allí estaban, como en efecto se aproximaron para cerciorarse con sus propios ojos, segun el testimonio de San Lucas (2), no hubiese lugar á creer que se habia cambiado el cuerpo del Salvador ocultándole para fingir despues que habia resucitado. Por eso determinó que fuese enterrado en un sepulcro nuevo de la propiedad de Joseph de Arimathéa, y con la circunstancia de estar abierto en la piedra viva, sin comunicacion alguna por bajo de tierra (3): á fin, dice el Cri-

(1) Joan. XIX. 41.

(2) Luc. XXIII. 55.

(3) Matth. XXVIII. 60.

sóstomo, de que jamás la malignidad judáica pudiese decir cuando el Salvador resucitase que era algun otro justo ó profeta que en tiempos anteriores habia sido depositado allí, ni menos que los discípulos de Jesus le habian robado practicando alguna abertura secreta. Por eso plúgole que la única entrada del sepulcro fuese cerrada con una enorme piedra, asegurada despues con una mezcla consistente de argamasa betuminosa y marcada con el sello de la Sinagoga, rodeando por último aquel sitio con una especie de empalizada, y dejando numerosos centinelas (1) que relevándose por turno custodiasen aquel depósito de que debian responder en todo evento: y todo esto, segun San Gerónimo, lo dirigia invisiblemente el dedo de la Providencia, para que siempre y donde quiera constase la verdad de la futura resurreccion del Crucificado, tanto mas brillante cuanto mayor era la imposibilidad de fingir una impostura.

¡Pueblo insensato! En vano adoptas todas esas medidas de precaucion para impedir que se cumplan los vaticinios del que llamaste impostor (2). Por demas es que cierras el sepulcro y le rodees de soldados para que no roben ese depósito. ¡Ah! Cuanto mas trabajas por evitar la resurreccion del Hijo de Dios, tanto mas corroboras las pruebas de ese hecho que ha de deshacer todos tus planes y poner de manifiesto tu impiedad. Tú eres sin saberlo el ciego instrumento de que se vale la infinita sabiduría del Altísimo para burlarse de la malicia de los hombres. Él es quien dispone todas esas circunstancias para honrar la tumba de Jesus, haciéndolas servir á sus misericordiosos designios. Y de hecho, como dice muy oportunamente un célebre orador contemporáneo, «del mismo modo que el depósito de las profecias estaba en manos de los judíos, así tambien el cuerpo del Salvador permaneció en poder de ellos despues de su muerte. Sus fortificaciones le rodean, sus centinelas lo guardan y sus sellos hacen auténtica su identidad. Por consiguiente de sus manos y no de las nuestras saldrá el Señor vencedor de la muerte. Ellos mismos, dice San Juan Crisóstomo, establecen sin conocerlo la verdad del gran misterio».

(1) Matth. XXVIII. 66.

(2) Ib. 63.

rio que manifestará al que ellos se atrevieron á infamar con el dictado de seductor, colocado como sobre un glorioso pedestal sobre la cabeza de sus enemigos. Esos satélites de la Sinagoga, son por lo tanto los centinelas avanzados de la Iglesia: colocados alrededor del sepulcro contribuyen á afirmar nuestra fé y á desarrollar en el mundo sus fecundos gérmenes (1).»

— ¿Y no es este mismo hecho el que tan poderosamente ha influido en la corroboracion del sentimiento de la unidad católica en los siglos posteriores? ¡Oh! ¿Quién no vé verificado al pié de la letra el vaticinio de Isaías relativo á las futuras glorias del nuevo imperio de Jesus que comenzó en su tumba? «Brotará (habia dicho) un verde re-
»nuevo del tronco de Jessé, y de su raiz se elevará una flor. Y re-
»posará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de
»entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de cien-
»cia y de piedad... En su día ese mismo renuevo será colocado en
»alto como simbolo de salud para los pueblos, las naciones le invo-
»carán, y su sepulcro será glorioso. Y en aquel día estenderá el
»Señor nuevamente su manos para atraer los restos de su pueblo...
»Y enarbolará su estandarte entre las naciones, y reunirá los fugiti-
»vos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de los cuatro pun-
»tos de la tierra. Y concluirá el cisma de Ephraim (2)... Y todos á
»una vez apiñados en torno de ese estandarte, esclamarán: «Hé aquí
»el Dios Salvador mio, mi fortaleza y mi gloria, pues ha tomado por
»su cuenta mi salvacion (3).»

Al escuchar estas palabras, menester es ser ciego é insensible para no admirar en ellas, mas bien que una profecía de lo venidero, una historia de un hecho consumado. No es posible pintar con mas bellos rasgos los triunfos que la unidad católica viene reportando desde que el Hombre-Dios elevado en la Cruz como el signo de confederacion de todos los pueblos, como el pendon de alianza de

(1) *Inviti veritatis demonstrationem adjuvant; quantum in illis est manum opponunt, ut diligentia eorum fidei nostræ proficeret.* (S. Joan. Chrys. in Joan.)

(2) *Isaïæ. XI. per tot.*

(3) *Ib. XII. 4, 2.*

todas las tribus, naciones y lenguas, unió á todas las inteligencias y á todos los corazones bajo un mismo símbolo, bajo unos mismos dogmas, bajo un mismo Evangelio. ¿Qué pais ha habido en la tierra que no haya tributado sus homenajes á la victima del Calvario? ¿Qué imperio no ha reconocido la divinidad del Nazareno crucificado en Jerusalem? ¿Qué rey, qué príncipe no ha ido á depositar la ofrenda de su fé sobre el sepulcro de Jesucristo? Y si algunos pueblos se han obstinado en negarle ese tributo, ¿su decadencia y sus desgracias no manifiestan visiblemente que sobre ellas pesa la justicia de un Dios vengador? Y en cambio de esto, ¿cuánto no indemnizan á Jesucristo las nuevas conquistas que diariamente hace su religion en los paises infieles! Desde que la perfidia judáica cerró la tumba del Salvador para enterrar juntamente con su adorable cuerpo su nombre y su gloria, aquella se ha convertido en un foco perenne de luz que ha alumbrado á los mismos que posaban en las sombras de la muerte, y les ha manifestado la verdad en todo su esplendor. De allí han surgido los rayos de ese sol de justicia que ha fecundado una tierra estéril haciéndola producir los mas sazonados frutos de inmortalidad. De allí partió el primer grito de victoria, luego que Jesucristo hubo resucitado, para estenderse despues por todos los confines del orbe. De allí arrancáron los primeros heraldos de la resurreccion del Hijo de Dios, para clavar el estandarte de su nuevo imperio sobre los altos alcázares de la ciudad de Rómulo. De allí salieron las primicias del sacerdocio cristiano, los primeros apóstoles de la Cruz, los primeros mártires de la unidad católica, que perpetuándose en una larga descendencia han llevado á través de los mares, de los desiertos y de los bosques la doctrina de ese código de paz y de amor, que ha hecho de todos los hombres una sola familia y de todas las naciones un solo pueblo de adquisicion. De allí... Pero permitidme, católicos, que sacrificando en este instante el mérito de la originalidad tome prestadas de una pluma elocuentísima de nuestros dias unas espresiones que epilogan de la manera mas brillante las glorias inmarcesibles del sepulcro de nuestro Salvador: «Hay un Hombre (dice) cuya tumba guarda el amor, cuyo sepulcro no solo es glorioso, segun la frase de un profeta, sino que es tambien amado. Hay

un Hombre cuyas cenizas despues de diez y ocho siglos no se han resfriado, que renacen cada dia en el pensamiento de innumerable multitud de hombres. Hay un Hombre muerto y sepultado, cuyo sueño y despertar se expian, y cada una de sus palabras proferidas mas de mil ochocientos años hace, están vibrando todavía y producen el amor y virtudes que fructifican en el amor. Hay un Hombre clavado hace siglos en un patibulo, y á ese hombre millones de adoradores le desprenden cada dia de ese trono de su suplicio, se arrodillan en su presencia, se postran cuan bajamente pueden sin avergonzarse de ello, y allí por tierra le besan con indecible ardor los piés ensangrentados. Hay un hombre azotado, muerto, crucificado, á quien una pasion inefable resucita de la muerte y de la infamia para colocarle en la gloria de un amor que nunca desfallece, que encuentra en él la paz, el honor, el gozo, y aun el éxtasis. Hay un Hombre perseguido en su suplicio y en su tumba por un odio inestinguible, y que pidiendo apóstoles y mártires á toda posteridad que se levanta, encuentra apóstoles y mártires en el seno de todas las generaciones. Hay un Hombre en fin, y es el único, que ha fundado su amor sobre la tierra: y ese Hombre es Jesus que con su sangre y su muerte ha sabido grangearse el amor y la adoracion de todo el universo.»

Tal es el triunfo del sepulcro del Salvador, glorioso y amado, poderoso y fecundo, puesto que no solamente ha contribuido á desarrollar en el mundo la fé en la divinidad de aquel que en él fué enterado, sino que ha corroborado prodigiosamente en todos los pueblos y en todas las edades el sentimiento de la unidad católica; que es lo que me propuse probar en este discurso. Contribuyamos tambien nosotros M. A. O. á ese mismo triunfo, realizando en nuestras almas lo que simbolizaron las circunstancias de este misterio. Imitemos en primer lugar la conducta de aquellos genérosos varones que sin avergonzarse de la Cruz de Jesucristo se ofrecieron á tributarle los últimos obsequios, y con igual fervor, con idéntica ternura, con los mismos afectos de amor recibamos en nuestro corazon aquel cuerpo imaculado que ellos recibieron en sus manos. ¡ Oh! si ellos fueron verdaderamente ricos en poseer por algunos momentos aquel te-

soro inapreciable, ¡cuánto mas lo seremos nosotros que tan frecuentemente le depositamos en nuestros pechos! Si ellos fueron harto dichosos en poder abrazar aquellos divinos despojos, regarlos con sus lágrimas, besarlos con sus labios, ¡cuánto mayor es nuestra dicha pues nos es dado no solo abrazar, besar y derramar lágrimas sobre ese cuerpo purísimo, obra del Espíritu Santo, sino unirnos á él, santificarnos con él, alimentarnos de él en el sacramento del amor! Seamos por nuestra pureza blancos como el lienzo en que fué envuelto; exhalemos con nuestras virtudes el suave perfume del aloe y de la mirra con que fué embalsamado; sean nuestras almas, renovadas por la gracia, aquel sepulcro nuevo que le recibió en su seno. Pues no en vano, dicen los Padres, nos han trasmitido los sagrados evangelistas estas circunstancias de la sepultura del Hombre-Dios. Si fué envuelto en un lienzo nuevo y jamás manchado por extraño contacto, fué para mostrarnos la santidad y pureza de alma con que debemos disponernos para recibirle en nuestros corazones. Si quiso ser sepultado en un sepulcro tambien nuevo en donde nadie fuera enterrado, fué para indicarnos la nueva vida que debemos emprender, una vez muertos con Jesucristo al pecado, y sepultados al mundo y á sus pasiones. Si quiso que este sepulcro fuese prestado y de propiedad de otro, fué para enseñarnos que nada debemos ansiar en la tierra sino la posesion de la gracia, y el desprecio que deben inspirarnos los bienes del tiempo, á imitacion del que en su nacimiento no tuvo cuna en que reposar sus infantiles miembros, ni en su muerte un lecho donde recostar su cabeza. Todo en fin, en este misterio, es digno de admiracion, dice Orígenes, todo instructivo y lleno de las mas sublimes enseñanzas. La sábana en que se envuelve á Jesus es blanca, la sepultura nueva, la losa que la cubre grande, porque todo en derredor de él respira candor, novedad y grandeza; emblemas preciosos de la conducta del cristiano en quien todo debe ser grande, nuevo, justo, cual cumple al que está llamado á participar de la resurreccion gloriosa del Hombre-Dios.

Plegue á vos, Salvador dulcísimo, que así sea. Haced que por vuestras virtudes seamos un receptáculo digno de vuestra adorable

persona, un sepulcro odorífero, inmaculado, santo, en donde reposeis tranquilo cuando nuestras almas tengan la indefinible dicha de recibirnos en el sacramento eucarístico. Y pues templos somos, como dice San Pablo, destinados á encerrar al Dios de toda magestad, no permitais que jamás se vean mancillados con la mas leve impureza unos miembros que tan estrechamente deben unirse á los de su Redentor. Sean ellos crucificados con la penitencia, como lo fueron los vuestros con los clavos, para que muriendo á todo lo terreno, y sepultados á todo lo visible, merezcamos resucitar á lo invisible é impercedero. Y en prenda de nuestros deseos, aceptad, Señor, las místicas flores que arrojamos en derredor de vuestra tumba, flores de ternura y de piedad, flores de compuncion y de dolor, flores de amor y de esperanza. Renazcan un dia bellas y olorosas en el ameno jardin de la gloria, para adornar la inmarcesible aureola que han de ceñir nuestras sienas por toda la eternidad.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO QUINTO.

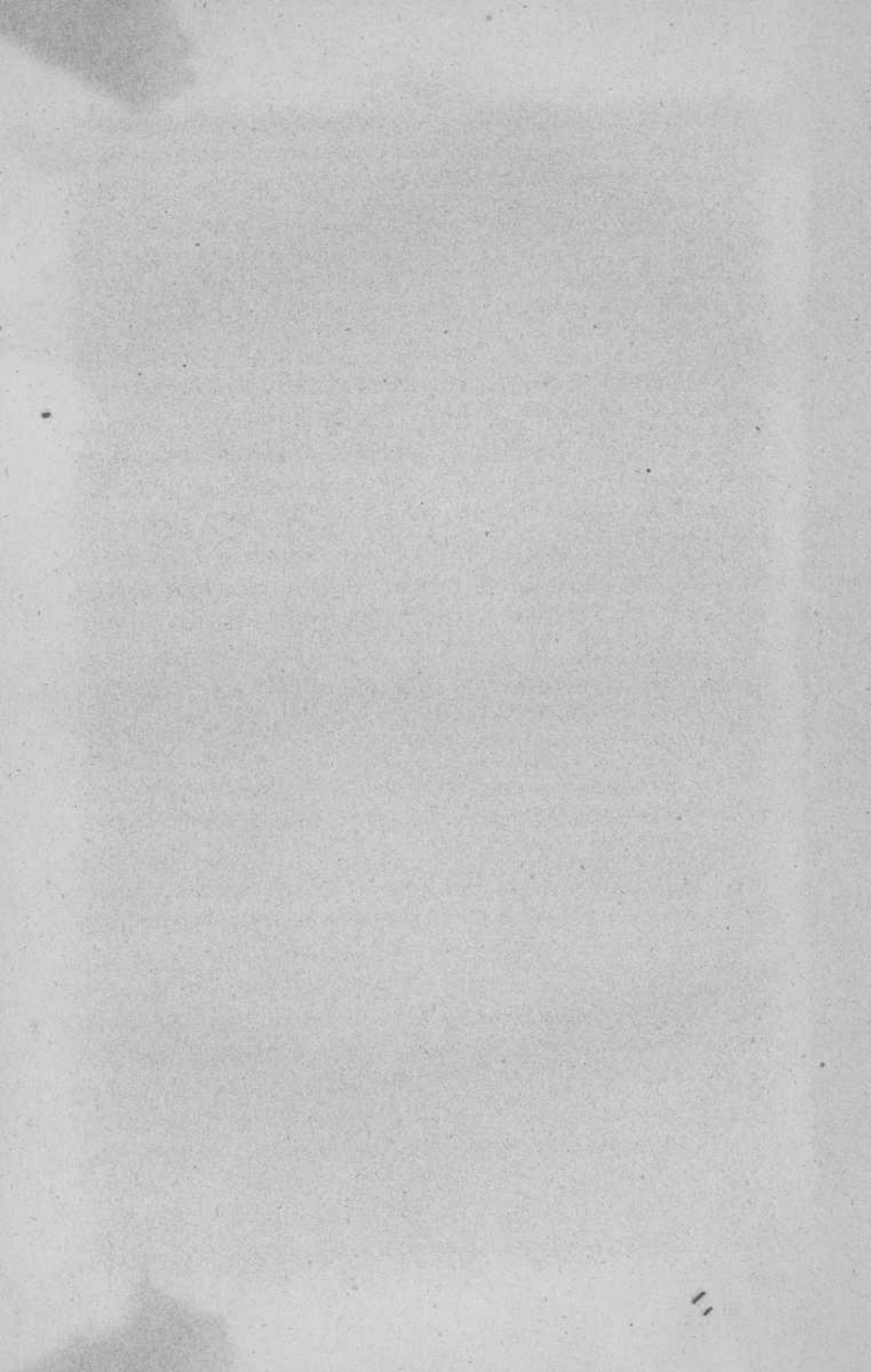
	<u>Páginas.</u>
I. <i>Sermon para el primer día de Carnaval.</i> Cuán contraria es á la misma razon ilustrada del hombre la conducta de los que en estos dias consagrados á inaugurar la escena sangrienta del Calvario, se entregan á los excesos del libertinaje y de la inmoralidad	5
II. <i>Sermon para el segundo día de Carnaval.</i> Cuán opuesto es al espíritu de la religion el proceder de los malos cristianos en los dias de Carnaval, puesto que se muestran enemigos de Jesucristo, perseguidores de su Cruz, y profanadores de su Evangelio	16
III. <i>Sermon para el día tercero de Carnaval.</i> Los acontecimientos funestos que venimos presenciando tiempo há, y que cada vez van tomando un carácter mas alarmante, no son sino la justa expiacion de la impiedad y de los crímenes de nuestro siglo	27
IV. <i>Sermon para el miércoles de Ceniza.</i> La imposicion de la ceniza sobre nuestras frentes nos recuerda lo que fuimos por la bondad del Criador, lo que perdimos por nuestra malicia hereditaria, y lo que estamos llamados á ser por la piedad del divino Redentor	39
V. <i>Homilia para la Dominica I de Cuaresma.</i> Necesidad del ayuno, su utilidad y eficacia para dominar la carne, desarmar al enemigo de nuestra felicidad, y triunfar de las malas pasiones.	49
VI. <i>Sermon para el miércoles despues de la Dominica I de Cuaresma.</i> Los resultados casi infalibles de la reincidencia en el pecado, con el libertinaje de las pasiones, la obstinacion y la impenitencia final	60
VII. <i>Exordio é idea de un sermon para el sábado despues de la Dominica I y para la Dominica II de Cuaresma.</i> Solo la religion puede darnos una idea exacta de la felicidad que es imposible hallar en la tierra y realizarla en la otra vida, llenando cumplidamente nuestros deseos y esperanzas.	71
VIII. <i>Sermon para el miércoles despues de la Dominica II de Cuaresma.</i> El primer deber de la grandeza humana, y el uso mas digno que puede hacer de su autoridad consiste, segun	XIX

- los principios de la doctrina católica, en dispensar á los pueblos la proteccion y los servicios que reclaman sus necesidades 74
- IX. *Homilia para el sábado despues de la Dominica II de Cuaresma.* El hijo pródigo tipo del pecador que se separa de Dios, y modelo de nuestra conversion hácia él 84
- X. *Exordio de un sermon para la Dominica III de Cuaresma.* Absurdo y falsedad de las principales acusaciones que el libertinaje ha formulado contra la Confesion sacramental. 97
- XI. *Sermon para el miércoles despues de la Dominica III de Cuaresma.* Error lamentable de los que creen poder co-honestar sus vicios al abrigo de las costumbres y máximas del mundo, é ilusion lastimosa de los que piensan agradar á Dios sirviéndole á su modo, ó cumpliendo la ley divina en lo que no se opone á sus propios caprichos 100
- XII. *Homilia para el sábado despues de la Dominica III de Cuaresma.* Notable contraste entre la intolerancia que el error ha mostrado siempre contra el catolicismo, y la tolerancia con que éste á su vez ha tratado en todas épocas á sus verdaderos émulos. 111
- XIII. *Exordio de un sermon para la Dominica IV de Cuaresma.* La codicia oponiéndose de frente al espíritu del cristianismo y negando prácticamente el dogma de la Providencia, atrae sobre los culpables de este vicio la mas tremenda responsabilidad y la venganza de la divina justicia. 120
- XIV. *Sermon para el miércoles despues de la Dominica IV de Cuaresma.* Carácter de la calumnia, sus consecuencias y su expiacion 123
- XV. *Homilia para el sábado despues de la Dominica IV de Cuaresma.* Cuán infundadamente se acusa á la religion católica de propender al oscurantismo, y de querer oponerse á la marcha civilizadora de las sociedades. 134
- XVI. *Exordio de un sermon para la Dominica de Pasion.* El verdadero origen de la infecundidad de la divina palabra radica en el abuso criminal que de ella se hace, cual si fuese meramente un elemento humano. 143
- XVII. *Sermon para el miércoles despues de la Dominica de Pasion.* A la luz de la fé, de la razon y de las divinas y humanas leyes, preséntase la blasfemia como un pecado el mas injurioso á Dios y el mas digno de una expiacion eterna. 146
- XVIII. *Homilia para el viernes despues de la Dominica de Pasion.* Por qué convino que Jesucristo y su grande obra pasasen por el crisol de las tribulaciones, y verdaderos motivos que han escitado el ódio de la impiedad y la incansable repulsion de las malas pasiones contra la verdad católica. 158
- XIX. *Exordio y aplicacion de un sermon para la Dominica*

- de Ramos.* El amor, primera condicion de nuestra union con Jesucristo en la Eucaristía, juntamente con los demas sentimientos que escita en el alma, constituyen las verdaderas disposiciones con que debemos salirle al encuentro en la solemnidad pascual, á imitacion de las fieles turbas hebreas. 168
- XX.** *Sermon sobre la necesidad de hacer penitencia, que suele predicarse el lunes ó martes santo.* Necesidad de hacer penitencia, fundada en la innegable autoridad de los divinos libros, en los hechos luminosos de la historia, y en la conviccion de nuestro propio estado. 171
- XXI.** *Sermon para el Jueves Santo por la mañana sobre la institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.* La institucion de la Eucaristía es el postrimer esfuerzo de la caridad de Jesucristo, en el que se manifestó pródigo de todos los tesoros de su corazon amante, derramándolos en nuestras almas para enriquecerlas del modo mas inaudito. 183
- XXII.** *Sermon II sobre el mismo asunto.* La institucion del Sacramento de la Eucaristía, bien se considere por lo que en sí contiene, ó bien por los beneficios que á su recepcion están vinculados, debe crear en nuestras almas los sentimientos de la fé mas pura y del mas serviente amor. 195
- XXIII.** *Homilla para el Jueves Santo por la tarde.* El recuerdo del lavatorio de los piés de los discípulos es de suyo el mas propio para inspirar en el alma el sentimiento de la humildad y el ejercicio de la caridad cristiana. 203
- XXIV.** *Sermon sobre la agonía de Jesucristo en el huerto.* Jesucristo experimentando en el huerto las pasiones y debilidades propias del hombre, nos manifiesta en su aceptacion su inagotable bondad y su amor infinito, al propio tiempo que sufriéndolas nos proporciona un gran fondo de merecimiento. 215
- XXV.** *Sermon II sobre la oracion de Jesucristo en el huerto.* Jesucristo orando en el huerto nos muestra por una parte cuán repugnante es el espectáculo de nuestros delitos, cuando para resignarse á aceptar el cáliz que contenia su expiacion necesitó recurrir al cielo por medio de la plegaria, y por otra nos descubre la necesidad y eficacia de este mismo medio para conseguir la gracia de la conversion y la perseverancia en el bien. 224
- XXVI.** *Sermon sobre el prendimiento de Jesucristo.* La prision voluntaria á que se somete Jesucristo, es una condenacion elocuente de ese espíritu de quimérica independencia que nos arrastra frecuentemente á quebrantar los divinos preceptos, y una sublime leccion que nos enseña á someternos á la suprema voluntad del ciclo aun en los mas repugnantes y costosos sacrificios. 235

- XXVII. *Sermon sobre la negacion de San Pedro.* Jesucristo permitiendo la negacion de San Pedro, quiso manifestarnos cuán grande es nuestra debilidad, cuán profunda nuestra miseria; y que si confiamos presuntuosos en nuestras propias fuerzas no nos apoyamos en el auxilio de Dios, irremediablemente caeremos en los mayores extravíos. 247
- XXVIII. *Sermon sobre la conversion y lágrimas de San Pedro.* La pronta y eficaz conversion de San Pedro nos enseña á no diferir la nuestra ni un solo momento, si llegásemos á incurrir en la desgracia del Señor. 258
- XXIX. *Sermon sobre la flagelacion de Jesucristo.* Jesucristo en su ignominiosa y sangrienta flagelacion nos muestra la ignominia y gravedad de nuestros pecados, pues que ellos fueron la causa principal que le obligó á someterse á este castigo. 268
- XXX. *Sermon sobre la coronacion de espinas.* Jesucristo coronado de espinas en el pretorio de Pilatos se muestra á nuestra fé tanto más digno de nuestros homenajes y adoraciones, cuanto mas sensibles y profundas fueron las humillaciones á que se sometió por nuestras culpas. 281
- XXXI. *Sermon II sobre la coronacion de espinas.* Jesucristo coronado de espinas en el pretorio de Pilatos revela tanto mas su gloria positiva y su verdadera grandeza, cuanto el ódio y la venganza se mostraron mas ingeniosos para envilecer y rebajar su augusta dignidad. 293
- XXXII. *Sermon sobre la presentacion de Jesucristo al pueblo.* Jesucristo proclamado públicamente Hombre-Dios en el pretorio, si bien nos manifiesta la infinita caridad que le movió á hacerse el hombre de dolores por redimirnos de la esclavitud de la culpa, muéstranos tambien cuán terrible será un dia la accion de su justicia sobre los que obstinados le ofenden y quebrantan sus divinos preceptos. 304
- XXXIII. *Sermon II sobre la presentacion de Jesucristo al pueblo.* Jesucristo proclamado por Pilatos rey de los judios, nos dá á conocer que él es nuestro verdadero y legitimo monarca, á quien debemos tributar el homenaje de nuestra fé y de nuestro amor: y que si ahora le negamos este tributo debido á su soberanía, habremos de reconocerla un dia á nuestro despecho esperimentando su justa venganza. 317
- XXXIV. *Sermon sobre la sentencia de muerte pronunciada contra Jesucristo.* La sentencia de muerte pronunciada contra el Salvador inicua en su origen, ilegal en sus formas y sacrilega en su terminacion, fué tanto mas honrosa para su adorable persona, cuanto mas palpable hizo su inocencia y santidad. 328
- XXXV. *Sermon sobre el paso de la Cruz á cuestras.* En el

ejemplo de Jesucristo cargado con la Cruz en el camino del Calvario, debemos admirar por una parte el exceso de amor que en esta accion nos manifiesta, y aprender al mismo tiempo á aceptar nuestra Cruz como él la aceptó, á llevarla como él la llevó, y á triunfar en ella de nosotros mismos como él triunfó de nuestros pecados.	341
XXXVI. <i>Sermon sobre la crucifixion de Jesucristo.</i> Jesucristo clavado en la Cruz nos demuestra hasta qué punto nos amó y la correspondencia que de nosotros exige tan inefable caridad.	354
XXXVII. <i>Pláticas sobre las siete palabras que habló Jesucristo en la Cruz.</i> Introduccion.	366
XXXVIII. <i>Plática I.</i> Primera palabra.—El perdon.	372
XXXIX. <i>Plática II.</i> Segunda palabra.—La concesion del paraíso al buen ladron.	383
XL. <i>Plática III.</i> Tercera palabra.—La transmision de la maternidad de Maria al discípulo amado.	393
XLI. <i>Plática IV.</i> Cuarta palabra.—El desamparo de Jesus en la Cruz.	402
XLII. <i>Plática V.</i> Quinta palabra.—La sed.	411
XLIII. <i>Plática VI.</i> Sesta palabra.—La consumacion.	420
XLIV. <i>Plática VII.</i> Sétima palabra.—Jesucristo encomienda su espíritu al Padre, y espira.	429
XLV. <i>Sermon sobre las angustias de María Santísima en el Calvario, y el descendimiento de su divino Hijo de la Cruz.</i> La angustia de Maria en la muerte de su divino Hijo escedió á toda ponderacion, puesto que con él perdió el único objeto capaz de llenar la inmensidad de su amor maternal.	440
XLVI. <i>Sermon sobre el entierro de Jesucristo.</i> El misterio de la sepultura de Jesucristo contribuyó poderosamente á desarrollar en el mundo la fé en su divinidad y corroborar en lo sucesivo el sentimiento de la unidad católica.	462







TRONCOSO

SERMONES

1156

